

LOS ORÍGENES ORIENTALES
DE LA
CIVILIZACIÓN DE OCCIDENTE



LIBROS DE HISTORIA

JOHN M. HOBSON

LOS ORÍGENES ORIENTALES
DE LA
CIVILIZACIÓN DE OCCIDENTE

Traducción castellana de
TEÓFILO DE LOZOYA

CRÍTICA
BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original:

The Eastern Origins of Western Civilisation

Press Syndicate of the University of Cambridge. Cambridge University Press

Realización: Átona, SL

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández

Ilustración de la cubierta: placa de marfil y lapislázuli de Nimrud en la que aparece una leona devorando a un etíope (Londres, British Museum).

© 2004, John M. Hobson

© 2006 de la traducción castellana para España y América:

EDITORIAL CRÍTICA, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

e-mail: editorial@ed-critica.es

<http://www.ed-critica.es>

ISBN: 84-8432-718-3

Depósito legal: B. 38-2006

Impreso en España

2006. A & M Gràfic, Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

A la influencia indirecta de mi bisabuelo,
John Atkinson Hobson,
cuyas obras «heréticas» impregnan en gran medida mi forma de explicar
el mundo.

Vaya para ti toda mi gratitud.
Tu solitaria luz crepuscular nunca se apagará.

A la influencia directa de mi amada Cecilia
y de mi familia,
Evangeline, Michael y Gabriella,
cuyas cariñosas y comprensivas acciones impregnan en gran medida
todo lo que sé sobre el mundo, lo que siento por él
y lo que entiendo de él.

Vaya para vosotros toda mi gratitud.
Vuestra esplendorosa luz matutina es lo único que me da calor cada día.

PRÓLOGO Y AGRADECIMIENTOS

Para tranquilizar al posible lector que piense lleno de angustia: «¡No! ¡Otro típico libro sobre la ascensión de Occidente!», permítaseme decir que no se trata de nada parecido. Pues a diferencia de casi todos los libros sobre dicha materia, éste no vuelve a contar los temas de siempre según el marco de referencias habitual, de carácter europeo y etnocéntrico. En lugar del relato de costumbre, he escrito uno que pone en primer plano a Oriente. Por lo tanto, aunque en determinados aspectos mis objetivos son distintos de los de Felipe Fernández-Armesto en Millennium, lo mismo que él me divierte sorprendiendo al lector. Centro mi atención en los numerosos descubrimientos, pueblos y lugares de Oriente que permitieron la ascensión de Occidente, y que son pasados por alto en los estudios convencionales. Si se me permite, me gustaría basarme en la fraseología que aparece en el prólogo de Millennium para transmitir una idea de lo que trata y de lo que no trata mi libro.

En la presente obra el lector no encontrará nada relacionado con la Cuestión de las Investiduras, la guerra de los Treinta Años o la Paz de Westfalia. Aunque hablamos de los communi mercantiles de Italia, en todo momento se presentan como resultado de los desarrollos innovadores más generales iniciados en la economía

global liderada por Oriente. El Renacimiento europeo y la revolución científica son vistos más desde la perspectiva del Oriente Medio y el norte de África islámicos que desde la Toscana.¹ Leonardo da Vinci, Marsilio Ficino y Copérnico se postran de rodillas ante personalidades como al-Shāṭir, al-Khwārizmī, y al-Tūsī. La figura de Vasco de Gama desaparece en la sombra proyectada por el esplendor de Asia. Ésta será la única mención que hagamos a Isabel I de Inglaterra, a Oliver Cromwell o a la reina Victoria. Luis XIV y Federico el Grande salen sólo a escena para pedir disculpas. Durante la mayor parte de la época analizada en el libro, Madrid, Lisboa, Londres y Venecia son sólo ciudades provincianas, charcos de agua estancada comparadas con Bagdad, El Cairo, Cantón o Calicut. La Exposición Universal de Londres es simplemente una manifestación de arrogancia, habida cuenta de que la industrialización de Gran Bretaña no es más que el último estadio de la transmisión de los inventos realizados mucho antes en China. Discutimos y abordamos, sí, los procesos de industrialización y proteccionismo dirigidos por el estado y de carácter militarista, pero en el contexto de Gran Bretaña y no en el del Japón del período Meiji. Y por último, en lugar de hablar de la «industrialización tardía» de Alemania, ofrecemos al lector un estudio del «desarrollo temprano» del Japón del período Tokugawa. En general, el lector adquirirá un conocimiento mejor de Oriente —especialmente del Oriente Medio musulmán, el norte de África, la India, el Sudeste Asiático, Japón y sobre todo China—, aunque de paso aprenderá cosas nuevas relacionadas con Occidente y sus orígenes.

Por consiguiente, el lector que espere que se le ofrezcan los detalles específicos del desarrollo de Occidente presentados exclusivamente bajo un prisma europeo, se sentirá por fuerza defraudado. No obstante, mi intención es justamente defraudar a ese tipo de lector, aunque al mismo tiempo lo que pretendo es contarle la historia olvidada de cómo Oriente permitió la ascensión del Occidente mo-

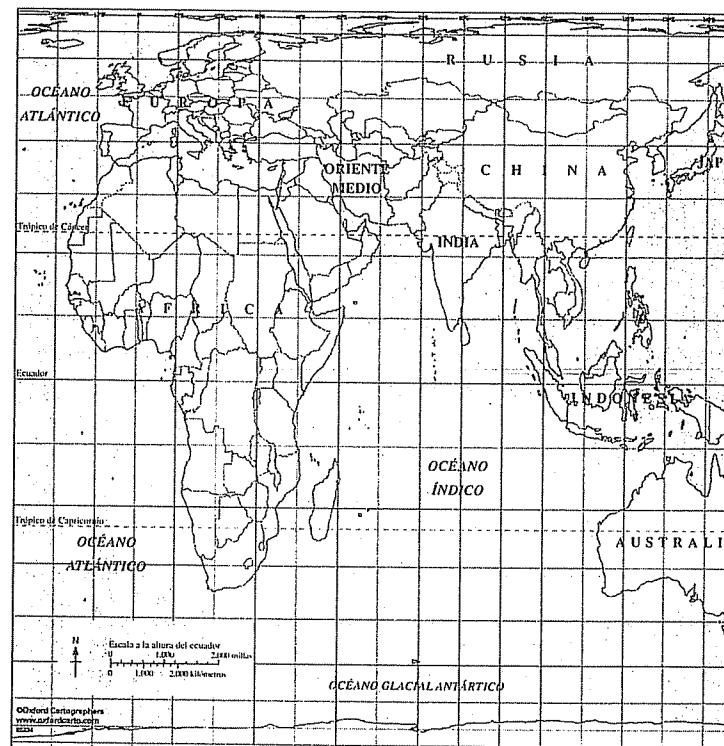
derno. El hecho de que el lector encuentre o no totalmente convincentes los argumentos concretos expuestos en la obra me preocupa menos en cierto sentido que el de que considere dichos argumentos nuevos, interesantes y perspicaces. Y me interesan más las cuestiones y los temas generales planteados por los argumentos expuestos a lo largo de estas páginas, que las respuestas concretas que puedan ofrecer. Puedo, por tanto, tranquilizar a mi posible lector asegurándole que efectivamente no está ante otro libro al uso sobre la ascensión del mundo occidental. Espero, pues, que, cuando lo coja entre sus manos, el lector intrépido disfrute del viaje anticonvencional que representa mi libro al mundo hasta la fecha tenebrosa de lo que durante tanto tiempo ha permanecido en el olvido.

Permítaseme ahora expresar mi agradecimiento a varias personas que de maneras muy diversas me han ayudado a moverme por estas aguas con más soltura de la que habría tenido de no ser por ellos. Mi gratitud para las siguientes personas que me ofrecieron sus utilísimos consejos: Robert Aldrich, Brett Bowden, Jeff Groom, Steve Hobden, David Mathieson, Leanne Piggott, Tim Rowse, Ahmad Shboul y Richard White. Vaya también mi gratitud para las siguientes personas, que leyeron y comentaron importantes secciones del manuscrito: Amitav Acharya, Ha-Joon Chang, M. Ramesh, Lily Rahim, Leonard Seabrooke y Vanita Seth. Doble agradecimiento para Ha-Joon por invitarme a presentar mis ideas en el Departamento de Estudios sobre el Desarrollo de la Universidad de Cambridge. Ben Tipton tuvo la amabilidad de leerse el manuscrito entero y me ofreció los consejos siempre más adecuados, como es habitual en él. Mi gratitud para Michael Mann, de quien he aprendido muchísimo sobre historia universal y al que sigo estando profundamente agradecido por el generoso apoyo que ha venido prestándome desde que en 1986 tuve la suerte de asistir a sus clases magistrales de teoría sociológica en la LSE. También Linda Weiss me ha ayudado de manera parecida durante los últimos diez años. Y vaya especialmente mi gratitud para Eric Jones, que también me

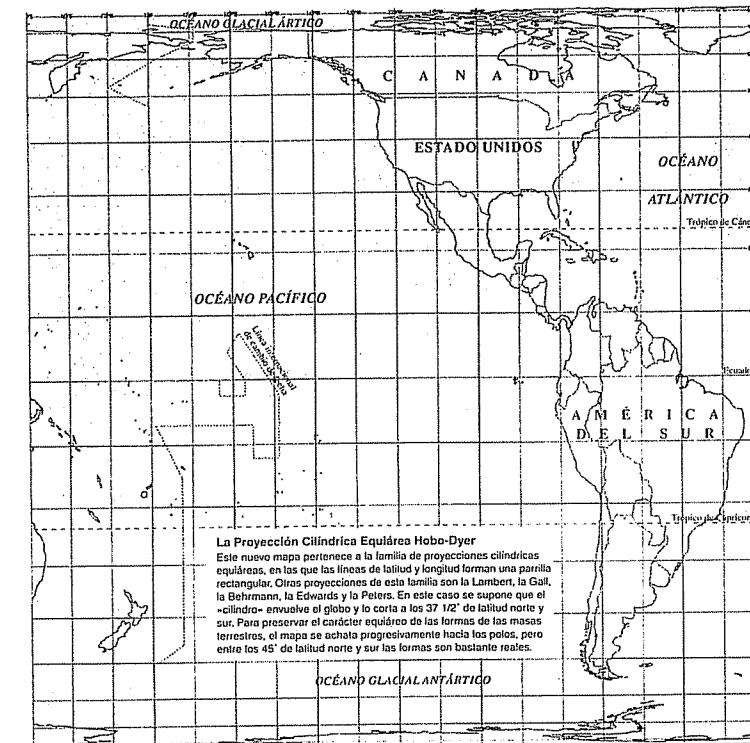
ha ayudado a conocer mucho mejor la historia universal a través de sus escritos [especialmente en Growth Recurring] y de nuestras conversaciones particulares a lo largo de los años.

Mi más sincero agradecimiento a John Haslam, de CUP, cuya paciencia y sabios consejos en el ámbito editorial he tenido, como siempre, muy en cuenta. Quisiera dar las gracias también a Trevor Matthews, encargado de la confección del índice analítico, por los heroicos esfuerzos que tuvo que llevar a cabo, e igualmente a Hilary Scannell por la corrección y el montaje del manuscrito. Deseo expresar además mi especial gratitud a las tres personas que de manera anónima escribieron sendas reseñas de mi libro y me proporcionaron numerosísimos comentarios útiles y críticas constructivas, proponiéndome llevar a cabo la revisión más completa que he realizado en toda mi carrera. Les doy las gracias en particular por permitirme escribir un libro mejor, y del que desde luego estoy más satisfecho. Y por supuesto sigue siendo válido el típico comentario final: el único responsable de los errores soy yo.

Por último, deseo expresar mi amor y mi agradecimiento más profundo a mi prometida, Cecilia Thomas, que me ha servido de guía y tabla de salvación sacrificándose por mí de muchísimas formas a lo largo de los tres años más tumultuosos y llenos de cambios de mi vida. Su humanidad, su capacidad de sacrificio, su sensibilidad y su simpatía representan lo mejor de cuanto de bueno existe en este alborotado planeta, y arrojan luz y calor sobre el lugar que yo ocupo en él. Y llegados a este punto sigue siendo válido otro comentario final menos típico que el anterior: el único responsable de mis errores personales soy yo.



MAPA. Proyección Hobo-Dyer del mundo.



Capítulo I

CONTRA EL MITO EUROCÉNTRICO DEL OCCIDENTE PRIMORDIAL

El descubrimiento del Occidente oriental

La historia no puede escribirse como si sólo perteneciera a un grupo [de personas]. La civilización ha ido construyéndose poco a poco, unas veces a partir de las aportaciones de unos, y otras de las de otros. Cuando se atribuye toda la civilización a los [europeos], estamos ante el mismo tipo de afirmación que puede oír un antropólogo de labios de los representantes de cualquier tribu primitiva: sólo ellos cuentan la historia de su pueblo. También ellos creen que todo lo que hay de importante en el mundo comienza y acaba con ellos ... Nosotros sonreímos al escucharles [a las tribus primitivas] hacer semejantes afirmaciones, pero ese mismo ridículo podría volverse contra nosotros ... Es posible que el provincianismo reescriba la historia y ponga de relieve sólo los logros alcanzados por el grupo al que pertenezca el historiador, pero no dejará de ser provincianismo.

RUTH BENEDICT

Nos han enseñado, en las aulas y fuera de ellas, que existe una entidad llamada Occidente, y que podemos pensar que ese Occidente es una sociedad y una civilización independiente de otras sociedades y civilizaciones [es decir, Oriente] y opuesta a ellas. Muchos de nosotros nos hemos educado incluso creyendo que ese Occidente posee una genealogía [autónoma], según la cual la antigua Grecia engendró a Roma, Roma engendró a la Europa cristiana, la Europa cristiana engendró el Renacimiento, el Renacimiento a la Ilustración, la Ilustración a la democracia política y la revolución industrial... El cruce de la industria y la democracia dio a su vez lugar a Estados Unidos, que personifican los derechos a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad... [Se trata de un concepto] erróneo en primer lugar porque convierte la historia en un relato acerca del triunfo moral, una carrera en el tiempo en la que cada corredor [occidental] entrega la antorcha de la libertad al siguiente relevo. La historia se convierte así en un cuento sobre el avance de la virtud, sobre el modo en que los niños virtuosos [es decir, Occidente] vencen a los niños malos [Oriente].

ERIC WOLF

La mayoría de nosotros damos por supuesto, como si fuera la cosa más natural del mundo, que Oriente y Occidente son y han sido siempre dos entidades distintas y aparte. Por lo general creamos también que el Occidente «autónomo» o «primordial» abrió por sí solo la senda de la creación del mundo moderno; eso al menos es lo que a muchos nos han enseñado en el instituto, cuando no en la universidad. Es habitual que demos por sentado que el Occidente primordial se situó en la cima del mundo hacia 1492 (recordemos a Cristóbal Colón), debido a su racionalidad científica singularmente genial, a su inquietud racional y a sus cualidades democráticas y progresivas. A partir de ese momento, según la opi-

nión tradicional, los europeos se expandieron hacia el exterior conquistando Oriente y el extremo Occidente al tiempo que abrían la senda del capitalismo, a través del cual el mundo entero sería librado de las fauces de la pobreza y la miseria y alcanzaría la radiante luz de la modernidad. Por lo tanto, a la mayoría nos parece perfectamente natural y obvio mezclar el relato progresivo de la historia universal con la ascensión y el triunfo de Occidente. Esta postura tradicional podría ser calificada de «eurocétrica», pues en el fondo de ella subyace la idea de que Occidente merece dignamente ocupar el protagonismo de la historia del progreso del mundo pasado y presente. Pero ¿realmente lo ocupa?

La tesis fundamental del presente libro es que esta teoría eurocétrica, tan bien conocida de todos, pero engañosamente seductora, es falsa por varias razones, entre otras porque Occidente y Oriente han estado ligados de manera fundamental y constante por los lazos de la globalización desde el año 500 e. v. Y curiosamente debemos señalar, a modo de analogía, que Martín Bernal sostiene que la civilización de la antigua Grecia surgió en gran medida a partir de la del antiguo Egipto.¹ Del mismo modo, la presente obra sostiene que Oriente (que estaba más adelantado que Occidente entre los años 500 y 1800) desempeñó un papel decisivo que permitió la ascensión de la civilización occidental moderna. Por ese motivo pretendo sustituir la idea del Occidente autónomo o primordial por la del Occidente oriental. Oriente facilitó la ascensión de Occidente a través de dos grandes procesos: el difusiónismo y asimilacionismo y el apropiacionismo. En primer lugar, a partir del año 500 los pueblos de Oriente crearon una economía global y una red de comunicaciones también global a través de la cual las «carteras de recursos» (por ejemplo, ideas, instituciones y tecnologías orientales) más adelantadas se difundieron por Occidente, donde fueron posteriormente asimiladas, por medio de lo que yo llamo la globalización oriental. Y en segundo lugar, el imperialismo occidental a partir de 1492 llevó a los europeos a apropiarse de recursos económicos

orientales de todo tipo que permitieron la ascensión de Occidente. En resumen, Occidente no abrió la senda de su desarrollo de manera autónoma, sin la ayuda de Oriente, pues su ascensión habría sido inconcebible sin las aportaciones realizadas por éste. La tarea que se propone este libro, pues, es rastrear las múltiples aportaciones orientales que condujeron a la ascensión de lo que yo llamo el Occidente oriental.

El presente libro se incorpora al debate entre eurocentrismo y antieucentrismo. Durante los últimos años un pequeño grupo de estudiosos ha sostenido la tesis de que todas las teorías al uso en torno a la ascensión de Occidente —marxismo y teoría de los sistemas universales, liberalismo y weberianismo— son eurocéntricas.² Todas dan por supuesto que el Occidente «primordial» «triunfó» por propia iniciativa debido a la superioridad de sus virtudes y cualidades innatas. Semejante tesis da por supuesto que Europa se desarrolló de manera autónoma gracias a una férrea lógica de inmanencia. En consecuencia, todas esas teorías dan por supuesto que la ascensión del mundo moderno puede contarse como si fuera el relato de la ascensión y el triunfo de Occidente. Cabe destacar que la postura eurocéntrica ha recibido una nueva inyección de vida o se ha visto revigorizada gracias especialmente a la publicación en 1998 del libro de David Landes *The Wealth and Poverty of Nations*,³ obra que implícitamente trae a la memoria *The Triumph of the West* de John Roberts.⁴ El libro de Landes en particular lanza un ataque apasionado y despectivo contra algunos estudios antieuocéntricos recientes (aunque, eso sí, con un ingenio y un estilo que hacen que su lectura resulte especialmente agradable). Acaso el servicio más significativo que haya prestado Landes sea el de haber contribuido a transformar el viejo debate teórico mantenido entre marxismo y teoría de los sistemas universales, liberalismo y weberianismo en una nueva disputa que podríamos llamar «eurocentrismo frente a antieuocentrismo». Ahí es donde radica, a mi juicio, la verdadera lucha intelectual. Y es que podemos decir que el viejo

debate es una especie de no debate, pues en estos momentos da la impresión de que todos esos planteamientos no son más que variaciones menores o utilísimas en torno al mismo tema eurocéntrico (véase la próxima sección). Por consiguiente, el presente libro entra en este nuevo debate para rebatir cada una de las grandes tesis sostenidas por el eurocentrismo al uso, proponiendo al mismo tiempo una explicación alternativa.

Cabría replicar, sin embargo, que el marco «eurocentrismo frente a antieuocentrismo» en el que se mueve este libro supone una simplificación excesiva y constituye a su vez un «no debate». Presuponer la existencia de una especie de lucha maniquea entre dos ideologías coherentes resulta problemático especialmente porque, según podrían objetar algunos, no existe un paradigma coherente llamado «eurocentrismo». En efecto, yo creo que sería un error suponer que la mayoría de los estudiosos luchan para defender una visión «triumfalista» de Occidente explícitamente eurocéntrica. Y, si bien hay algunos (como, por ejemplo, Landes y Roberts) que se alían explícitamente con el eurocentrismo, la mayoría no lo hace. No obstante, yo creo firmemente que el eurocentrismo impregna *todas* las explicaciones al uso de la ascensión de Occidente, aunque casi siempre esto ocurre sin que lo sepa el propio interesado (véase la próxima sección). Considero, por tanto, lícito desarrollar mi propia explicación evaluando críticamente las múltiples tesis planteadas por el eurocentrismo.

El principal argumento de este libro va en contra de uno de los presupuestos básicos más importantes del eurocentrismo, a saber, el de que Oriente ha sido un espectador pasivo en el relato del desarrollo histórico del mundo, además de una víctima del poderío de Occidente, destinada a cargar con él, y que por lo tanto debe quedar justamente al margen de la historia del progreso del mundo. Aunque el presente volumen difiere en varios aspectos del magnífico libro de Felipe Fernández-Armesto, *Millennium*, comparto con él la opinión de que

por lo que hace a la historia universal, los márgenes a veces requieren más atención que la metrópoli. Parte de la misión de este libro es rehabilitar lo que ha sido pasado por alto, empezando por los lugares ignorados a menudo por su presunto carácter periférico, los pueblos marginados y considerados inferiores, y los individuos relegados a la categoría de personajes secundarios o a las notas a pie de página.⁵

O en un contexto más restringido, como decía W. E. B. Du Bois en el prólogo a su importante volumen *Africa in World History*:

Ha habido un afán constante de racionalizar la esclavización de los negros por medio de la exclusión de África de la historia universal, de modo que en la actualidad casi todo el mundo da por sentado que realmente puede escribirse la historia sin hacer alusión a los pueblos negroides ... Por consiguiente en mi libro pretendo recordar al lector ... el papel fundamental que ha desempeñado África en la historia pasada y presente del género humano.⁶

Del mismo modo, la principal tesis de mi libro es que la negación eurocéntrica de la función de Oriente como sujeto agente y la omisión que de él hace en el relato progresivo de la historia universal son del todo inadecuadas. Pues de ese modo no sólo se nos ofrece una visión sumamente distorsionada de la ascensión de Occidente, sino que al mismo tiempo no se nos permite conocer casi nada de Oriente, excepto como objeto pasivo o residuo provincial de la corriente principal de la historia universal escrita por Occidente.

Esta marginación de Oriente supone un silencio sumamente significativo, pues escamotea tres conceptos fundamentales. En primer lugar, Oriente tuvo un papel muy activo en la iniciación de su propio desarrollo económico, por lo demás bastante importante, a partir del año 500 aproximadamente. En segundo lugar, Oriente creó y conservó activamente la economía global a partir del año 500.

Y en tercer lugar, y sobre todo, Oriente ha contribuido activamente y de manera muy significativa a la ascensión de Occidente creando nuevas «carteras de recursos» (por ejemplo, tecnologías, instituciones e ideas) y transmitiéndoselas a Europa. Por consiguiente, nos es preciso resucitar la historia del dinamismo económico de Oriente y el papel decisivo que desempeñó en la ascensión de Occidente. No obstante, como también veremos, eso no significa que Occidente haya sido un beneficiario pasivo de los recursos de Oriente. Pues los europeos desempeñaron un papel muy activo en la configuración de su propio destino (especialmente mediante la construcción de una identidad colectiva cambiante, que a su vez determinó en parte la dirección seguida por el desarrollo económico y político de Europa). En resumen, estas dos tesis íntimamente relacionadas entre sí —la función de Oriente sujeto y agente y la asimilación de sus «carteras de recursos» avanzados a través de la globalización oriental por un lado, en concomitancia por otro lado con la función de agente e identidad de Europa y su apropiación de los recursos orientales— constituyen el descubrimiento del relato perdido de la ascensión del Occidente oriental.

En este contexto resulta especialmente reseñable el hecho de que nuestra percepción común de la irrelevancia de Oriente y de la superioridad de Europa se ve reforzada o «confirmada» por el mapa del mundo de Mercator. Este mapa se encuentra en todas partes, desde los atlas universales o las paredes de las escuelas hasta las agencias de viaje o las salas de juntas de las compañías aéreas. Curiosamente, el tamaño de las masas continentales del hemisferio sur es en realidad exactamente el doble que el de las del hemisferio norte. Pero en Mercator, la masa continental del hemisferio septentrional ocupa dos terceras partes del mapa, mientras que la correspondiente al sur representa sólo un tercio. De ese modo, aunque la superficie de Escandinavia es más o menos un tercio de la de la India, en el mapa se concede a una y otra zona casi la misma cantidad de espacio. Es más, en Mercator Groenlandia aparece representada

casi dos veces más grande que China, aunque ésta en realidad es prácticamente cuatro veces mayor que Groenlandia. Para corregir lo que él consideraba una forma racista de privilegiar a Europa, en 1974 Arno Peters creó la proyección Peters (o Peters-Gall), que pretendía representar los países del mundo según la superficie real de cada uno. En ese mapa el hemisferio sur aparece representado, como corresponde, con un tamaño mayor, mientras que el de Europa se ve considerablemente reducido. Aunque no existe ningún mapamundi perfecto, la proyección de Peters se halla libre, desde luego, de la deformación eurocéntrica implícita que podemos apreciar en el mapa de Mercator. Como es natural, cuando apareció la proyección de Peters se produjo una verdadera tormenta política, pues, como señala Marshall Hodgson, «los occidentales se aferran lógicamente a un mapa [el de Mercator] que evidentemente los halaga».⁷

El presente volumen intenta de hecho corregir nuestra visión de la historia universal del mismo modo que la proyección de Peters pretende corregir nuestra percepción de la geografía universal, poniendo de manifiesto la importancia relativa de Oriente respecto a Occidente. Más concretamente, al comienzo de este capítulo presento una variante de proyección de Peters (la llamada «Hobo-Dyer»), pero la he configurado de nuevo para situar a China en el centro, debido al papel crucial que desempeñó este país en la ascensión de Occidente. Y un detalle no menos importante es que Estados Unidos y Europa ocupan ahora, como les corresponde, los márgenes periféricos reducidos respectivamente del extremo nordeste y del extremo noroeste. Y aunque África ocupa también el extremo occidente, el aumento de sus dimensiones viene a corregir la relegación y marginación de que la hacía objeto el modelo eurocéntrico.

El presente capítulo se divide en dos secciones. La primera comienza rastreando brevemente la construcción del discurso eurocéntrico, tal como surgió a lo largo de los siglos XVIII y XIX. A continuación pasa a exponer cómo las principales explicaciones que se han dado de la ascensión de Occidente, según podemos comprobar

concretamente en las obras de Karl Marx y de Max Weber, se basan en ese discurso. La segunda sección desarrolla brevemente mi propia doble tesis como remedio al eurocentrismo dominante de las explicaciones al uso.

CONSTRUCCIÓN DE LOS FUNDAMENTOS EUROCÉNTRICOS/ ORIENTALISTAS DE LAS TEORÍAS AL USO DE LA ASCENSIÓN DE OCCIDENTE

La formación de la identidad europea y la invención del eurocentrismo/orientalismo

En 1978 Edward Said acuñó la famosa expresión «orientalismo», aunque, para ser justos, algunos otros especialistas, entre los cuales deberíamos citar a Victor Kiernan, Marshall Hodgson y Bryan Turner, ya habían empezado a seguir esa línea de pensamiento.⁸ El orientalismo o eurocentrismo (uso ambos términos de forma intercambiable a lo largo de todo el libro) es una cosmovisión que afirma la superioridad intrínseca de Occidente respecto a Oriente. Concretamente el orientalismo construye una imagen permanente de un Occidente superior (el «Yo»), que se define en negativo frente al «Otro», igualmente imaginario, el Oriente atrasado e inferior. Como explicaremos detalladamente en el capítulo X, fue sobre todo durante los siglos XVIII y XIX cuando esta entelequia polarizada y esencialista se impuso plenamente en la imaginación europea. ¿Pero cuáles fueron las categorías concretas que permitieron a Occidente crear esa imagen de un Yo superior frente a Oriente entendido como el Otro?

Entre 1700 y 1850 la imaginación europea dividió el mundo, o mejor dicho obligó concienzudamente a dividirlo, en dos campos diametralmente opuestos: Occidente y Oriente (o mejor «Occidente y el resto»). Según esta nueva concepción, se imaginaba que Oc-

cidente era superior a Oriente. Los valores imaginarios del Oriente inferior se presentaron como la antítesis de los valores racionales de Occidente. En concreto, se imaginaba que Occidente gozaba intrínsecamente de ciertas virtudes singulares: era racional, laborioso, productivo, sacrificado y parco, liberal-democrático, honrado, paternal y maduro, adelantado, genial, activo, independiente, progresivo y dinámico. Oriente era presentado, por tanto, como el Otro opuesto a Occidente: irracional y arbitrario, vago, improductivo, indolente, exótico a la vez que seductor y promiscuo, despótico, corrupto, infantil e inmaduro, atrasado, secundario, pasivo, dependiente, estancado e inmutable. Otra forma de expresar todo esto sería decir que Occidente se definía por una serie de presencias progresivas, y Oriente por otras tantas ausencias.

Particularmente importante es el hecho de que este proceso de creación de una nueva imagen estableció que Occidente siempre había sido superior (en el sentido de que esta entelequia fue proyectada al pasado, a los tiempos de la antigua Grecia). Pues, según se decía, Occidente había gozado desde el primer momento de unos valores dinámicos y progresivos, liberales y democráticos, y de unas instituciones racionales, circunstancia que a su vez había dado lugar a la aparición del individuo racional, cuya próspera vida permitió el progreso económico y el inevitable avance hacia la luz deslumbrante y el calor de la modernidad capitalista. En cambio, a Oriente se le puso la etiqueta de ser inferior en todo momento. Según se decía, había perseverado en cultivar unos valores despóticos y unas instituciones irracionales, lo que significaba que en el mismísimo corazón de las tinieblas un colectivismo cruel había estrangulado al individuo racional desde la cuna, y lo había condenado para siempre al estancamiento económico y la esclavitud. Este argumento creó la base de la teoría del despotismo oriental y la teoría de Peter Pan aplicada a Oriente, que transmitiría la imagen eterna del «Occidente dinámico» frente al «Oriente inmutable» (véase la tabla 1.1).

TABLA 1.1. *La construcción orientalista y patriarcal de «Occidente frente a Oriente»*

Occidente dinámico	Oriente inmutable
Inventivo, genial, activo	Imitativo, ignorante, pasivo
Racional	Irracional
Científico	Supersticioso, ritualista
Disciplinado, ordenado, con dominio de sí mismo, juicioso, sensato	Vago, caótico y anárquico, espontáneo, alocado, emocional
Proclive a lo mental	Proclive a lo corporal, exótico, seductor
Paternal, independiente, funcional	Infantil, dependiente, disfuncional
Libre, democrático, tolerante, honrado	Esclavizado, despótico, intolerante, corrupto
Civilizado	Salvaje y bárbaro
Moral y económicamente progresivo	Moralmente regresivo y económicamente estancado

Probablemente a nadie se le escape que esas oposiciones binarias son precisamente las mismas categorías que constituyen la identidad de origen patriarcal determinante de la masculinidad y la feminidad. Esto es, el Occidente moderno es afín a la entelequia de lo varonil, y Oriente a lo femenino imaginario. Y no es una coincidencia, pues durante la época posterior al año 1700 se construyó la identidad occidental como dotada de rasgos patriarcales y poderosos, mientras que por esa misma época se impuso la imagen de Oriente como femenino, débil y desamparado. Esto condujo a la representación orientalista de una Asia que «aguardaba pasivamente a Bonaparte», pues sólo él podía liberarla de su existencia esclavizada (acto de liberación que más tarde sería denominado «la carga del hombre blanco»). Y semejante teoría tendría una importancia vital porque pondría a Oriente la etiqueta de exótico, cautivador, seductor, y sobre todo pasivo (es decir, sin iniciativa para desarrollarse por sí mismo), y crearía así una base lógica inmanente y una ingeniosa legitimación de la penetración imperial de Occidente y de su control sobre Oriente.

Pero no se trataba sólo de una idea que legitimara el imperialismo y el sometimiento de Oriente. Pues el hecho de representar o

imaginar a Oriente como la antítesis pasiva de Occidente no era más que un pequeño paso para plantear el argumento de que sólo Occidente era capaz de abrir de manera independiente la senda del desarrollo progresivo. En efecto, el resultado de la revolución intelectual europea fue la construcción del sujeto «activo» europeo y del objeto «pasivo» oriental de la historia universal. Además, se atribuía a la historia europea una linealidad temporal progresiva, mientras que se imaginaba a Oriente gobernado por ciclos regresivos de estancamiento. En particular, dentro del discurso eurocéntrico esta división implicaba una especie de «régimen de *apartheid* intelectual», pues el Occidente superior—era—aislado=con carácter permanente y retroactivo del Oriente inferior. O, por citar la feliz expresión de Rudyard Kipling: «Bueno, Oriente es Oriente y Occidente es Occidente, y nunca se encontrarán». Este principio era fundamental precisamente porque inmunizaba a Occidente y le garantizaba no tener que reconocer la influencia positiva recibida de Oriente a lo largo de los siglos, dando por sentado así que Occidente había abierto la senda de su propio desarrollo sin recibir la más mínima ayuda de Oriente desde los tiempos de la antigua Grecia. Y de ahí no faltaba más que un paso para proclamar que la historia universal sólo puede contarse como el relato de un Occidente pionero y triunfante desde el primer momento. Así nació el mito del Occidente primordial, según el cual los europeos, gracias a la superioridad de su genio, a su racionalidad y a sus cualidades socialdemocráticas, habían abierto la senda de su desarrollo sin recibir la menor ayuda de Oriente, de modo que la desembocadura triunfante en el capitalismo moderno resultaba inevitable.

No es ninguna coincidencia el hecho de que las ciencias sociales surgieran sobre todo en el siglo XIX, en el momento en el que llegó a su apogeo ese proceso de reinención de la identidad occidental. Pues para entonces los europeos habían dividido intelectualmente el mundo entero en dos compartimentos antitéticos. Pero en vez de criticar esta división orientalista y esencialista entre Oc-

cidente y Oriente, los sociólogos occidentales ortodoxos desde el siglo XIX hasta la actualidad no sólo aceptaron como una verdad de Perogrullo esa separación polarizada, sino que enmarcaron en ella sus teorías acerca de la ascensión de Occidente y los orígenes de la modernidad capitalista. Pero ¿cómo se produjo este hecho?

En general, como señala la cita de Eric Wolf colocada al comienzo del presente capítulo,⁹ en las teorías al uso podemos detectar una teleología triunfalista latente —aunque en ocasiones también explícita—, según la cual toda la historia de la humanidad ha conducido ineludiblemente al punto final de la modernidad capitalista—marcado por Occidente. De ese modo, los relatos convencionales de historia universal dan por supuesto que todo este proceso comenzó con la antigua Grecia y fue progresando hasta llegar a la revolución agrícola europea de la baja Edad Media, y luego hasta la aparición del comercio dominado por los italianos que coincidió con el cambio de milenio. El relato prosigue con la alta Edad Media, época en la que Europa redescubrió las ideas puras de los griegos durante el Renacimiento que, al aliarse con la revolución científica, la Ilustración y la aparición de la democracia, impulsó a Europa hacia la industrialización y la modernidad capitalista.

Cojamos cualquier libro convencional acerca de la aparición del mundo moderno. Occidente es presentado habitualmente como la *civilización fundamental* y es santificado con una cualidad *prometeica* (parafraseando los títulos de dos destacadas obras).¹⁰ Aunque las sociedades orientales son estudiadas de vez en cuando, se sitúan claramente fuera del relato principal. Y a menudo ocurre que el estudio de Oriente, si es que llega a tratarse, se lleva a cabo en secciones aparte. En consecuencia, habría que centrarse sólo en las secciones dedicadas a Occidente y tendríamos el relato fundamental. De ese modo, las sociedades orientales aparecen básicamente como un apéndice o como una simple nota a pie de página totalmente irrelevante. Pero ese apéndice es importante no por lo que dice acerca de Oriente, sino porque sólo describe las cualidades

regresivas intrínsecas que impidieron su progreso. Una vez más, estamos ante una poderosa confirmación de la superioridad occidental y de por qué el «triunfo de Occidente» no fue más que un hecho consumado.

Debemos apuntar aquí dos ideas importantes. En primer lugar, esta forma de contar las cosas imagina una superioridad de Occidente desde el primer momento. Y en segundo lugar, el relato de la ascensión y el triunfo de Occidente es una historia que puede contarse sin estudiar para nada Oriente o «lo que no sea Occidente». Europa es considerada por un lado autónoma y autoconstituyente, y por otro racional y democrática, por lo que habría llegado sola al punto en el que se encuentra. A eso es a lo que yo llamo la férrea lógica de inmanencia eurocéntrica. Todas estas ideas apuntalan la noción eurocéntrica triunfalista del «milagro europeo» concebido como un «parto virginal». En consecuencia, el relato de los orígenes del capitalismo (y la globalización) se funde con el de la ascensión de Occidente; la explicación de la aparición del capitalismo y la civilización moderna *es* la historia de Occidente. Ésa es precisamente la idea en la que pensaba Ruth Benedict cuando calificaba de «provinciana» «nuestra» concepción de la historia universal.¹¹ O, como decía Du Bois,

el hombre moderno ha creído durante mucho tiempo que la historia de Europa constituye la historia fundamental de la civilización, salvo algunas excepciones de poca importancia; que el progreso de los blancos [europeos] ha seguido la única senda natural, normal, hacia la máxima cultura humana posible.¹²

No obstante, todavía queda por determinar cómo las categorías del orientalismo fueron interiorizadas por las explicaciones al uso de la ascensión de Occidente. Como otros adversarios del eurocentrismo han emprendido la tarea de deconstrucción de la obra de varios destacados especialistas modernos,¹³ yo me concentraré aquí

en poner de manifiesto los fundamentos orientalistas de las teorías clásicas de Marx y Weber. Es lícito que me fije especialmente en estos autores porque la mayoría de las teorías posteriores han partido de un modo u otro de Marx y especialmente de Weber.

Fundamentos orientalistas del marxismo

Cabría pensar que el marxismo no encaja en el molde orientalista, dado que Karl Marx fue uno de los críticos más estridentes del capitalismo occidental. Pero el hecho es que Marx privilegió a Occidente como sujeto activo de la historia del progreso del mundo y denigró a Oriente convirtiéndolo en mero objeto pasivo de ella. Y al hacerlo así la teoría de Marx puso de manifiesto todos los rasgos característicos de la historia universal eurocéntrica. Pero ¿y eso?

La teoría de Karl Marx daba por supuesto que Occidente era un caso singular y que disfrutó de un desarrollo histórico del que carecía Oriente. En efecto, Marx decía explícitamente que Oriente *no* había tenido una historia [de progreso]. Así lo repitió en numerosos opúsculos y artículos periodísticos. Por ejemplo, China era una «semicivilización en descomposición ... que vegetaba en las fauces del tiempo».¹⁴ Por consiguiente, la única esperanza de emancipación o redención progresiva que tenía China se hallaba en las guerras del opio y en las incursiones de los capitalistas británicos, que «volvieran a abrirla» al impulso vigorizante del comercio capitalista mundial.¹⁵ También la India era pintada con los mismos colores.¹⁶ Particularmente célebre es la exposición que hacía de esta fórmula en el *Manifiesto comunista*, en el que se afirma que la burguesía occidental

arrastra a todas las naciones, incluso a las más bárbaras, hacia la civilización ... Obliga a todas las naciones, so pena de exterminarlas, a adoptar el modo de producción burgués [occidental]; las obliga a

introducir en su seno lo que llama civilización, esto es a convertirse [en occidentales]. En una palabra, [la burguesía occidental] crea un mundo a su imagen y semejanza.¹⁷

El rechazo de Oriente que hacía Marx no se limitaba a sus numerosos artículos periodísticos (escribió no menos de setenta y cuatro entre 1848 y 1862) y a diversos opúsculos, sino que además se inscribía fundamentalmente en el esquema teórico de su enfoque, el materialismo histórico. Decisivo en él era el concepto de «modo de producción asiático», en el que destacaba la ausencia de «propiedad privada» y por ende de «lucha de clases», el motor generador del progreso histórico. Como decía en *El capital*, en Asia «los productores directos ... [se encuentran] directamente subordinados a un estado que se erige sobre ellos como su señor ... [En consecuencia] no existe propiedad privada de la tierra».¹⁸ Y era la absorción del excedente susceptible de ser reinvertido en la economía, y por consiguiente la incapacidad de producir, lo que «proporciona[ba] la llave del secreto de la *inmutabilidad* de las sociedades asiáticas».¹⁹ En resumen, la propiedad privada y la lucha de clases no existían en parte debido a que las fuerzas de producción eran propiedad del estado despótico. Así, pues, el estancamiento estaba previsto en ese sistema de propiedad pública de la tierra, porque las rentas eran extraídas de los productores en forma de «impuestos cobrados —a menudo recurriendo a la tortura— por un estado despótico implacable».²⁰

Este panorama se contraponía básicamente a la situación europea. En Europa el estado no estaba por encima de la sociedad, sino que estaba fundamentalmente integrado en la clase económicamente dominante, con la cual cooperaba. Por otra parte, al ser incapaz de obtener un excedente a través del cobro de elevadísimos impuestos, el estado permitía la aparición de un espacio a través del cual los capitalistas pudieran acumular un excedente (esto es, unos beneficios) susceptible de ser reinvertido en la economía capitalis-

ta. Por consiguiente, el progreso económico era concebido como un coto vedado propiedad exclusiva de Occidente. Así, pues, lo que tenemos en la interpretación teórica de Oriente y Occidente que hacía Marx es la teoría del despotismo oriental (que más tarde hallaría su expresión más conocida en la obra neomarxista de Karl Wittfogel).²¹ Es bien cierto que la idea marxista del modo de producción asiático oscilaba entre los poderes en pugna del estado despótico por un lado y el papel sofocante de la producción colectiva rural por otro. Pero independientemente de cuál de los dos fuera el factor decisivo, nada apartaba a Marx de pensar en todo momento que Oriente no tenía perspectiva alguna de autodesarrollo progresivo y que, por lo tanto, sólo podía ser salvado por el imperialismo capitalista británico.

Un detalle no menos importante es que toda la teoría marxista de la historia reproduce fielmente el relato teleológico orientalista o eurocéntrico. En *La ideología alemana* Marx encuentra los orígenes de la modernidad capitalista en la antigua Grecia, fuente de la civilización (y en los *Grundrisse* desecha explícitamente la importancia del Egipto antiguo).²² A continuación nos cuenta el relato eurocéntrico de todos conocido acerca del progreso lineal e inmanente que conduce al feudalismo europeo, para pasar de éste al capitalismo igualmente europeo, y llegar después al socialismo antes de alcanzar el punto culminante en el comunismo.²³ Así, pues, el hombre occidental nació originalmente libre en el seno de un «colectivismo primitivo» y, después de atravesar por cuatro fases históricas progresivas, acabaría emancipándose —y de paso también al hombre asiático— a través de la lucha de clases revolucionaria. Para Marx el proletariado occidental es el «Pueblo Elegido» de la humanidad del mismo modo que la burguesía occidental es el «Pueblo Elegido» del capitalismo global. El planteamiento hegeliano invertido de Marx dio paso a un relato progresivo y lineal en el que la especie [de los occidentales] iba acercándose cada vez más a la libertad a través de la lucha de clases a medida que iba superando cada fase histórica.

Esa «linealidad» progresiva no era posible en Oriente, donde unos «ciclos» de régimenes políticos despóticos y de regresivos sistemas rurales de producción, caracterizados por la represión del crecimiento, lo único que hacían era marcar los tiempos. Detrás de todo este planteamiento subyace una clara negación del papel activo de Oriente. Parafraseando la diferencia que establece Marx entre una «clase proletaria en sí» (que representaría la inercia y la pasividad) y una «clase proletaria para sí» (que representaría una propensión activa a la emancipación), sería como si Marx viera en Oriente un «ser en sí» intrínsecamente incapaz de convertirse en un «ser para sí». En cambio, Occidente era desde el principio un «ser para sí». Además, no parece casual que la influencia hegeliana existente en la obra de Marx hubiera dado lugar a esta pareja binaria «Occidente progresivo-Oriente regresivo», precisamente porque para Hegel el Espíritu superior de Occidente es la libertad progresiva, mientras que el Espíritu inferior de Oriente es el despotismo inmutable y regresivo.²⁴ En resumen, para Marx Occidente ha sido la carrera triunfal del progreso histórico, mientras que Oriente no es más que su receptor pasivo.

Entre unas cosas y otras, parece que sería bastante justo calificar los planteamientos de Karl Marx de «orientalismo pintado de rojo».²⁵ Ello no quiere decir, sin embargo, que el marxismo esté moribundo, pues indudablemente sigue siendo un método útil y perspicaz. Lo que sí queremos decir es que, como marco general, sigue estando integrado firmemente en el discurso orientalista.

Fundamentos orientalistas del weberianismo

En ninguna parte resulta tan evidente el enfoque orientalista como en las obras del sociólogo alemán Max Weber. Todo el planteamiento de Weber se basaba en las cuestiones orientalistas más punzantes: ¿Qué había en Occidente que hacía inevitable su senda

hacia el capitalismo moderno? ¿Y por qué Oriente estaba predestinado al atraso económico? La postura orientalista de Weber se encuentra en esas cuestiones iniciales y en la consiguiente metodología analítica empleada para responderlas. La tesis de Weber decía que la esencia del capitalismo moderno se encuentra en su singularísimo y marcado grado de «racionalidad» y «previsibilidad», valores que sólo podían encontrarse en Occidente. A partir de ahí, como señala Randall Collins,

la lógica del argumento de Weber consiste en primer lugar en describir dichas características; a continuación, en mostrar *los obstáculos ante ellas que había en prácticamente todas las sociedades de la historia universal de Occidente hasta estos últimos siglos*; y por último, mediante el método del análisis comparativo, en mostrar las condiciones sociales responsables de su [exclusiva] aparición [en Occidente].²⁶

Se trata de una lógica orientalista en su forma más primordial, pues Weber seleccionaba o atribuía a Occidente una serie de rasgos progresivos supuestamente exclusivos de esta parte del mundo, insistiendo al mismo tiempo en que no se daban en Oriente, donde una serie de impedimentos imaginarios garantizaban su incapacidad de alcanzar el progreso. Es decir, no seleccionaba objetivamente los aspectos fundamentales que hacían posible la ascensión de Occidente. De hecho, simplemente se los atribuía al igual que atribuía a Oriente una serie de impedimentos imaginarios que supuestamente hacían inevitable su fracaso [tesis que iré demostrando a lo largo de todo mi libro]. El carácter orientalista de su esquema analítico se pone de manifiesto con la máxima claridad en la descripción que realiza de Oriente y Occidente (véase la tabla 1.2).

La comparación fundamental en este sentido es la que debe establecerse entre las tablas 1.1 y 1.2. Dicha comparación confirma que Weber trasladaba perfectamente las categorías eurocéntricas a

TABLA 1.2. La visión orientalista de «Oriente» y «Occidente» según Max Weber: la gran línea divisoria de la «racionalidad»

Occidente (modernidad)	Oriente (tradición)
Derecho (público) racional	Derecho (privado) ad hoc
Contabilidad por partida doble	Ausencia de contabilidad racional
Ciudades libres e independientes	Campos políticos y administrativos
Burguesía urbana independiente	Mercaderes controlados por el estado
Estado legal-racional [y democrático]	Estado patrimonial (despótico oriental)
Ciencia racional	Misticismo
Ética protestante y aparición del individuo racional	Religiones represivas y predominio de la colectividad
Constitución institucional básica de Occidente	Constitución institucional básica de Oriente
Civilización fragmentada con equilibrio social de poderes entre todos los grupos e instituciones (es decir, sistema multiestatal o civilización actora con múltiples poderes)	Civilizaciones unificadas sin equilibrio social de poderes entre grupos e instituciones (es decir, sistemas de estado único o imperios de dominio)
Separación de la esfera pública y la esfera privada (instituciones racionales)	Fusión de la esfera pública y la esfera privada (instituciones irracionales)

sus conceptos sociológicos más importantes. De ese modo, Occidente gozaba de la bendición de una singularísima serie de instituciones racionales que eran liberales y a la vez permitían el crecimiento. Resulta sorprendente la presencia en Occidente y la ausencia en Oriente de esos factores favorecedores del crecimiento.²⁷ En este sentido, la división entre Oriente y Occidente basada en la presencia de instituciones irracionales y racionales respectivamente refleja en gran medida la teoría de Peter Pan aplicada a Oriente. En particular, conviene resaltar las dos últimas categorías situadas en el extremo inferior de la tabla. En primer lugar, las diferencias entre las dos civilizaciones se resumen en la tesis de Weber de que la modernidad capitalista de Occidente se caracteriza por una separación fundamental de la esfera pública y la esfera privada. En la sociedad tradicional (como sucede en Oriente) no existía esa separación. Y precisamente sólo cuando se produce esa se-

paración puede prevalecer la racionalidad formal, el leitmotiv de la modernidad. Ésta afecta supuestamente a todos los ámbitos, el político, el militar, el económico, el social y el cultural.

El segundo rasgo distintivo general entre Occidente y Oriente era la existencia de un «equilibrio social de poderes» en el primero y su ausencia en el segundo. Inspirándose en Weber, los análisis neoweberianos suelen diferenciar las «civilizaciones actoras con múltiples poderes» o sistema multiestatal europeo de los sistemas monoestatales o «imperios de dominio» orientales.²⁸ Y, al igual que algunos teóricos marxistas y no marxistas de los sistemas mundiales,²⁹ subrayan el papel crucial desempeñado por la guerra entre los estados en la ascensión de Europa (papel que, por definición, no existió en los imperios monoestatales de Oriente). Aquí es donde adquiere una importancia capital la teoría del despotismo oriental. Sólo Occidente disfrutó de un equilibrio precario de fuerzas e instituciones sociales en el que ninguna de ellas podía predominar.³⁰ Los gobernantes seculares europeos no pudieron dominar según el modelo despótico. Concedieron «poderes y libertades» a determinados individuos de la sociedad civil, primero a los nobles y luego a la burguesía. Hacia 1500 los gobernantes estaban ansiosos por promover el capitalismo con el fin de mejorar sus rentas fiscales frente a la competitividad militar constante y cada vez más costosa entre los estados. En cambio, en Oriente el predominio de los «sistemas monoestatales» desembocó en los imperios de dominio, en buena parte porque la falta de competitividad militar liberó al estado de la presión de tener que promover el desarrollo de la sociedad. Así, a diferencia del feudo [la posesión de la tierra con carácter hereditario] que los gobernantes occidentales habían concedido a la nobleza con anterioridad al año 1500 aproximadamente, los nobles de Oriente fueron eliminados por el estado despótico o patrimonial que imponía unos derechos similares a las prebendas (que impedían la consolidación del poder de esta clase). Además, la burguesía oriental fue radicalmente reprimida por el estado despótico o

patrimonial y quedó confinada a los «campos administrativos», en contraposición con las «ciudades libres» que supuestamente se encontrarían sólo en Occidente. Por otra parte, los gobernantes europeos tuvieron que hacer de contrapeso frente al poder del Sacro Imperio Romano y del papado, situación que contrasta con el cesaropapismo oriental (en el que se funden las instituciones religiosas y políticas). Por último, mientras que el hombre occidental fue imbuyéndose de una «inquietud racional» y una «ética de dominación mundial» transformadora, debido en parte al impulso vigorizante del protestantismo, el hombre oriental tuvo que enfrentarse a unas religiones regresivas y por lo tanto quedó marcado por un fatalismo a largo plazo y una conformidad pasiva con el mundo. Por consiguiente, la ascensión del capitalismo fue tan inevitable en Occidente como imposible en Oriente.

En resumen, aunque la tesis de Weber tiene un contenido distinto de la de Marx, ambas se inscriben en un marco orientalista. Y el vínculo más obvio existente entre ellas radica en el protagonismo que ambas conceden a la ausencia de despotismo oriental en Occidente por una parte, y a la supuesta lógica de inmanencia europea por otra. En consecuencia, como ya hemos señalado, vistas a través de una lente antieurocéntrica estas perspectivas, calificadas de radicalmente opuestas, parece que no son más que sutiles variaciones sobre exactamente el mismo tema orientalista.

Probablemente, la consecuencia más significativa de la construcción que elabora Max Weber del esquema teórico eurocéntrico es que ha impregnado casi todas las explicaciones eurocéntricas de la ascensión de Occidente, aunque, como señala también James Blaut, muchos destacados autores no se reconocerían a sí mismos ni como weberianos ni como orientalistas.³¹ Lo cierto es que no debería sorprendernos, dado que todos los estudiosos al uso empiezan sus tratados planteando la típica pregunta weberiana: ¿Por qué sólo Occidente culminó en el capitalismo moderno, mientras que Oriente, por el contrario, fue condenado a permanecer en la pobreza?

Expresado de esta forma, el relato orientalista resultaba inevitable, pues la pregunta en cuestión llevaba a quien se la planteaba (a menudo involuntariamente) a considerar inevitables la ascensión de Occidente y el estancamiento de Oriente. Pero ¿cómo es esto? La aplicación del concepto orientalista de una «oposición binaria Oriente-Occidente» proporcionaba a los especialistas occidentales la respuesta inevitable: a saber, que sólo Occidente poseía el genio y las cualidades progresivas necesarias para alcanzar semejante culminación, valores que en Oriente se consideraban ausentes por completo de antemano. Planteada de esta forma, la cuestión sólo podía ser respondida de una forma: ¿Cómo avanzó Occidente, genial y liberal progresivo, hacia la modernidad capitalista, a diferencia de lo que le sucedió a Oriente, regresivo y despótico, cuyo destino eterno es el estancamiento y la esclavitud? De ese modo, las categorías causales esenciales ya habían sido asignadas de antemano, antes incluso de que fuera llevada a cabo la investigación histórica.

Pero cabría replicar que es razonable empezar señalando la situación actual, caracterizada por la existencia de un Occidente adelantado y de un Oriente atrasado, y explorar después el pasado para «poner de manifiesto» los factores que dieron lugar a dicha situación. El problema está en que al proyectar al pasado la idea de un Oriente atrasado se comete un desliz sutil, pero gravemente erróneo: al «poner de manifiesto» los diversos impedimentos que provocaron el atraso de Oriente, el eurocentrismo acaba por atribuir a Oriente una «férrea ley del *no desarrollo*» permanente. Y por encima de todo, como el eurocentrismo ve a Oriente sólo a través de la culminación de Occidente y su desembocadura en el capitalismo moderno, todos los desarrollos tecnológicos o económicos realizados en Oriente son desdenados de inmediato y considerados intrascendentes. En cambio, al tomar como un hecho incontrastable la actual superioridad de Occidente y al extrapolar este concepto al pasado histórico, el investigador acaba necesariamente atribuyendo a Occidente una constante «ley férrea del desarrollo inmanente».

Semejante conclusión resulta problemática si atendemos a la tesis fundamental de la presente obra, según la cual la ascensión de Occidente no tuvo nada de inevitable, precisamente porque Occidente nunca fue ni tan genial ni tan progresivo moralmente como presupone el eurocentrismo. Pues sin la ayuda de Oriente, mucho más avanzado en el período comprendido entre los años 500 y 1800, lo más probable es que Occidente no hubiera cruzado nunca el umbral de la modernidad.

Así, pues, buena parte de nuestro pensamiento occidental no es científico ni objetivo, sino que está mediatisado por una perspectiva unilateral que refleja los prejuicios y valores de Occidente, y que necesariamente impide al investigador contemplar el cuadro completo. Esta situación sería equivalente a lo que Blaut llama el «túnel de la historia eurocéntrica».³² ¿Qué sucede, entonces, cuando vemos el mundo desde una perspectiva más abierta o multilateral?

LA ILUSIÓN DEL EUROCENTRISMO: EL DESCUBRIMIENTO DEL OCCIDENTE ORIENTAL

Conviene señalar que la deformación eurocéntrica e implícitamente «triunfalista» de nuestras teorías al uso no hace que éstas sean necesariamente incorrectas. En efecto, como ha afirmado recientemente un estudioso que se proclama a sí mismo eurocéntrico, David Landes, en realidad hay bastantes razones que justifican el eurocentrismo, pues *ha sido* Occidente y *no* Oriente el que ha triunfado, ya que, según dice Landes, sólo los europeos supieron abrir la senda que desembocaría en la modernidad capitalista. En consecuencia, Landes desdeña la explicación antieurocéntrica calificándola de «consigna políticamente correcta», de «eurofóbica» o simplemente de «historia mal escrita».³³ Pero mi tesis fundamental es que el relato eurocéntrico resulta problemático no porque sea políticamente incorrecto, sino porque no encaja con lo que realmente

sucedió. David Landes, en un libro suyo que él mismo califica de eurocéntrico, se muestra necesariamente en desacuerdo. Según dice,

una tercera escuela [en la que se inscribiría el presente libro] sostiene que la dicotomía Occidente-el resto [Occidente-Oriente] es sencillamente falsa. En la larga corriente de la historia universal, Europa es un personaje recién llegado y un explotador de los logros alcanzados con anterioridad por otros. Semejante tesis es a todas luces incorrecta. Como demuestra la documentación histórica, durante los últimos mil años Europa [Occidente] ha sido la principal impulsora del desarrollo y la modernidad. Queda en pie, sin embargo, la cuestión moral. Algunos podrían decir que el eurocentrismo es malo para nosotros, que desde luego es malo para el mundo, y que por lo tanto debería evitarse. Esa gente es la que debería evitarlo. En cuanto a mí, prefiero la verdad a las consignas. Me siento más seguro del terreno que piso.³⁴

Pero la documentación histórica empírica que yo he consultado pone de manifiesto que durante la mayor parte del último milenio Oriente ha sido el principal impulsor del desarrollo mundial. Los estudiosos convencionales atribuyen sin excepción el protagonismo del poder global durante el último milenio a estados occidentales. Pero el problema inmediato que se suscita es que las potencias occidentales sólo han sido las dominadoras porque la visión eurocéntrica dictaminó desde el principio que en ese selecto grupo no podía ser admitida ninguna potencia oriental. Como demuestra mi libro, todas las llamadas «principales potencias occidentales» eran inferiores, económica y políticamente, a las principales potencias asiáticas (véanse los capítulos II-IV y VII). Hasta casi el final de dicho período (c. 1840) no hubo ninguna potencia occidental que eclipsara por completo a China.

No obstante, Landes continuaría afirmando qué, aun cuando esto fuera verdad, sigue en pie el hecho de que sólo los europeos lo-

graron desembocar en la modernidad capitalista sin ayuda de nadie. O, como dice Lynn White, «Hay una cosa tan cierta que parece estúpido verbalizarla: tanto la tecnología como la ciencia moderna son específicamente *occidentales*».³⁵ Pero como afirmábamos anteriormente, Occidente sólo cruzó el umbral de la modernidad porque se sirvió de la difusión y la apropiación de las carteras de recursos y los recursos efectivos más adelantados de Oriente. Como el éxito de mi explicación debe basarse en las pruebas empíricas que presenta y no en el hecho de ser una simple «consigna», ¿qué podemos decir de algunos de los hechos empíricos que sustentan mi explicación antieurocéntrica alternativa? Tomemos en primer lugar la transmisión y asimilación de las carteras de recursos orientales a través de la globalización oriental, antes de pasar a la apropiación de los recursos de Oriente por medio del imperialismo europeo.

Un ejemplo revelador lo encontramos en lo que yo llamo el «mito de Vasco de Gama» (véase el capítulo VII). En Occidente solemos enorgullecernos de que fuera el descubridor portugués Vasco de Gama el primero en doblar el cabo de Buena Esperanza y continuar navegando rumbo a las Indias orientales, donde realizó el primer contacto con una primitiva raza india, hasta entonces aislada. Pero en una fecha desconocida, entre veinte y cincuenta años antes, el navegante islámico Ahmad ibn-Mājid ya había doblado el cabo y, tras remontar la costa de África occidental, había llegado al Mediterráneo cruzando el estrecho de Gibraltar. Además, los persas sasánidas habían llevado a cabo viajes por mar a la India y la China desde los primeros siglos del primer milenio e. v., al igual que los etíopes negros y posteriormente los musulmanes (desde 650 aproximadamente). Y los javaneses, indios y chinos también habían doblado el cabo de Buena Esperanza muchas décadas, cuando no siglos, antes que Vasco de Gama. Asimismo se ha olvidado que el navegante portugués sólo fue capaz de viajar hasta la India porque contaba con la guía de un piloto gujarati de religión musul-

mana, cuyo nombre por lo demás se desconoce. No menos espinoso es el hecho de que prácticamente toda la tecnología y todas las técnicas náuticas y navales que hicieron posible el viaje de Vasco de Gama habían sido inventadas (y desde luego ulteriormente perfeccionadas) o en China o en el Oriente Medio islámico. Dichas técnicas y tecnologías fueron asimiladas después por los europeos, tras difundirse a lo largo y ancho de la economía global a través del Puente del Mundo musulmán (véanse los capítulos III, VI-VIII). Y si añadimos el hecho de que el cañón y la pólvora fueron descubiertos en China y difundidos también al resto del mundo, prácticamente no queda indicio alguno que permita a los portugueses reclamar nada como suyo. Por último, como sostendemos en el presente libro con todo detalle, los habitantes de la India no eran bárbaros primitivos. De hecho estaban considerablemente más adelantados que sus «descubridores» portugueses, calificativo por lo demás erróneo precisamente porque la India había venido manteniendo contactos comerciales directos con buena parte de Asia y con África oriental, e indirectamente también con Europa, muchos siglos antes de que Vasco de Gama se atreviera a reclamar falsamente su descubrimiento (véanse los capítulos II-IV).

De modo más general conviene señalar que las carteras de recursos orientales tuvieron una influencia significativa en todos los grandes puntos de inflexión de la historia de Europa. La mayoría de las grandes tecnologías que permitieron la revolución agrícola de la Europa medieval con posterioridad al año 600 e. v. llegaron, al parecer, de Oriente (véanse los capítulos V y VI). A partir del año 1000, las grandes tecnologías, ideas e instituciones que estimularon las diversas revoluciones comerciales, productivas, financieras, militares y navales de Occidente, así como la revolución renacentista y científica, se desarrollaron en primer lugar en Oriente, aunque luego fueron asimiladas por los europeos (véanse los capítulos VI-VIII). A partir de 1700, las grandes tecnologías y las ideas tecnológicas que aceleraron las revoluciones agrícola e industrial de

Gran Bretaña fueron transmitidas desde China (véase el capítulo IX). Además, las ideas chinas contribuyeron también a incentivar la Ilustración europea. Y precisamente porque Oriente y Occidente han permanecido unidos en una especie de gran red global desde el año 500, debemos prescindir de la idea eurocéntrica de que podemos representarnos estas dos entidades como dos realidades totalmente distintas y antitéticas.

Conviene asimismo señalar que frente a todas mis tesis se despliega una serie de contramedidas que permiten (por lo general de manera inconsciente) la pervivencia de la visión eurocéntrica. Así, cuando los autores eurocéntricos admiten que una determinada idea o tecnología se originó en Oriente, a menudo recurren a lo que cabría llamar una «cláusula orientalista» específica. Dichas cláusulas desdeñan la importancia de cualquier logro concreto que pudiera haber alcanzado Oriente, haciéndonos volver así al *statu quo* orientalista. Este proceso rara vez se lleva a cabo de manera consciente, dado que casi ningún estudioso se empeña en defender una visión del mundo explícitamente eurocéntrica. La mayor parte de las veces despliegan cláusulas orientalistas con el fin de sustentar su propia perspectiva teórica (por ejemplo, marxista, liberal, weberiana, etc.) más que el eurocentrismo en sí. Pero lo hagan voluntariamente o no, el resultado sigue siendo el mantenimiento de la visión eurocéntrica, aunque sólo sea porque todos estos enfoques son intrínsecamente orientalistas.

Bastarán dos ejemplos del modo en que se utilizan dichas cláusulas para ilustrar mi tesis. A la teoría que expongo en el capítulo III en el sentido de que China realizó un milagro industrial durante la dinastía Sung (siglo xi), los historiadores eurocéntricos responden a menudo invocando una de las «cláusulas de China» (o lo que Blaut llama la «fórmula de China»).³⁶ Esta cláusula desdeña la importancia de mi tesis insistiendo en que no fue más que una «revolución fallida», tras la cual la economía china volvió a su estado normal de estancamiento relativo. De ese modo, estos teóricos tienen la posi-

bilidad de seguir sosteniendo su tesis de que la revolución industrial británica fue realmente la primera del mundo (la «cláusula británica»). En segundo lugar, para responder a la afirmación de que el Oriente Medio transmitió a Europa ideas y textos científicos originales que facilitaron el Renacimiento y la revolución científica occidentales, se invoca inmediatamente la «cláusula islámica», que desdeña la influencia oriental alegando que esos textos eran en realidad meras obras griegas y que los musulmanes no añadieron a ellas nada valioso desde el punto de vista intelectual: todo lo que hicieron fue restituir a los europeos las obras griegas originales. Este alegato se solapa entonces con la «cláusula griega», que estipula que los antiguos griegos fueron la fuente original de la civilización moderna (es decir, occidental). Sólo estos dos ejemplos deberían bastar para poner de manifiesto que hay muchas cláusulas orientalistas que se solapan para constituir un «texto orientalista» coherente desde el punto de vista lógico. De ese modo, para hacer mi tesis lo más verosímil posible, no tengo más remedio —como le ocurre a cualquiera que pretenda desafiar al eurocentrismo— que enfrentarme a cada una de esas cláusulas o fórmulas orientalistas concatenadas e irlas desmantelando. Ésa es la labor que ocupa la mayor parte de este libro. Y baste de momento con el proceso de difusión.

Otro medio importante a través del cual facilitó Oriente la ascensión de Occidente fue la apropiación imperialista por parte de Europa de los recursos orientales (la tierra, la mano de obra y los mercados). Subrayo aquí el papel de la identidad europea o de Europa como sujeto agente. Todos los grandes especialistas antieuropéicos intentan eliminar por completo la función de Occidente como sujeto agente. Contar con ella, piensan, equivaldría a caer de nuevo en la trampa eurocéntrica consistente en subrayar el carácter excepcional o singular de Europa. Pero al prescindir de la noción de Europa como sujeto agente incurrimos en varios peligros. En primer lugar, corremos el riesgo de presentar el éxito europeo como algo verdaderamente milagroso.³⁷ En segundo lugar, dado que mi

principal tesis engloba la contribución positiva que hizo Oriente a los logros occidentales, corri el riesgo de caer en la trampa del occidentalismo, según el cual se privilegia a Oriente y se denigra a Occidente. En último término, semejante actitud no sería más adecuada que el enfoque orientalista. Y en tercer lugar, al negar la función de Europa como sujeto agente corremos el riesgo de caer en una especie de trampa estructural-funcionalista, en la que la función del hombre como sujeto agente es sustituida por la idea del individuo como «portador pasivo» de estructuras materiales. Efectivamente, semejante postura concibe a los seres humanos como receptores del don o de la carga del cambio, más que como directores creativos de dicho cambio.

Mi concepción de la función de Europa como sujeto agente difiere también de los enfoques puramente materialistas del resto de la bibliografía antieurocéntrica (y eurocéntrica), porque se basa en la noción de identidad, que a su vez es un fenómeno fruto de un montaje o construcción social. Y ahí puede encontrarse un punto de unión con el primer aspecto de mi tesis, dado que la identidad europea se ha forjado siempre en un contexto global. Así, pues, me fijo en las diversas fases en las que la identidad europea fue montada y vuelta a montar en un contexto global en constante mutación, relacionándolas en todo momento con el progreso económico de Occidente. No obstante, como explico en el último capítulo, ello no supone ni mucho menos afirmar que los factores materiales carecen de importancia, pues de hecho constituyen un elemento muy importante de mi argumentación general. Aquí me limito a señalar que la identidad es un aspecto importante de la función de agente. Mi idea de función de agente parte de la premisa de que la forma en que pensamos en nosotros mismos o nos imaginamos a nosotros mismos y el lugar que ocupamos en el mundo determina en una medida considerable la manera que tenemos de actuar en él. ¿Cómo construyeron, pues, los europeos una identidad imperial y cómo ésta a su vez dio lugar a la fase posterior de la ascensión de Occidente?

A comienzos del período medieval, los europeos llegaron a definirse negativamente a sí mismos frente al Islam (véase el capítulo V). Este hecho fue fundamental para la construcción de la cristianidad, que a su vez permitió la consolidación del sistema económico y político feudal, tal como surgió más o menos a finales del primer milenio e. v. Fue también esta identidad la que condujo a las Cruzadas. Posteriormente, la identidad cristiana europea dio lugar a los llamados «viajes de descubrimiento» —o lo que yo llamo la «segunda ronda» de las Cruzadas medievales—, encabezados por Vasco de Gama y Cristóbal Colón (véase los capítulos VII-VIII). Cuando los europeos llegaron a América, ciertas ideas cristianas los indujeron a creer en la inferioridad de la población nativa del Nuevo Mundo y de los negros africanos. Esta situación a su vez legitimó a sus ojos la superexplotación y la represión de la población americana nativa y de los africanos, así como la apropiación del oro y la plata de América, que a su vez contribuyeron el desarrollo económico de Europa de muy distintas maneras (véase el capítulo VIII). Después, durante el siglo XVIII, la reconstrucción de la identidad europea llevó a la creación de lo que denomino un «racismo implícito», que a su vez dio lugar a la idea de la necesidad moral de la «misión civilizadora» imperial (véase el capítulo X). El hecho de imaginar a Oriente como un mundo atrasado, pasivo e infantil, a diferencia de Occidente, avanzado, activo y paternal, fue decisivo para que los europeos emprendieran la carrera del imperialismo. Pues las élites europeas creían sinceramente que estaban civilizando Oriente a través del imperialismo (aunque muchos de sus actos desmintieran esta concepción tan noble). Y a su vez, la apropiación de numerosos recursos no europeos a través del imperialismo supuso un nuevo refuerzo para la revolución industrial británica, decisiva en todo este proceso (véase el capítulo XI).

En definitiva, esto me permite reintroducir el tema de la función de Europa como sujeto agente en mi explicación antieurocéntrica de la ascensión de Occidente. Algunos especialistas como Blaut acaso

denuncien este aspecto de mi argumentación, especialmente porque parece caer de nuevo en un planteamiento eurocentrífico que subraya la excepcionalidad europea. Pero sería así *sólo* si dicho aspecto constituyera el eje central de mi argumentación. Así, pues, es fundamental tener en cuenta el marco explicativo general de mi interpretación, a saber, que la identidad europea constituye una variante explicativa necesaria, aunque no suficiente. Pues sin la difusión de los recursos materiales y conceptuales de Oriente a través de la globalización oriental, por mucha codicia y afán de apropiación que tuvieran los europeos, no habrían podido «cruzar el umbral». Ello significa además necesariamente que las causas materialistas deben ser incluidas entre los factores determinantes, junto con el papel desempeñado por la identidad, si queremos elaborar una explicación satisfactoria de la ascensión de Occidente.

En resumen, cuando mostramos el cuadro general que el eurocentrismo se empeña en oscurecer, la imagen primordial de la civilización occidental —presentada como autónoma, genial y moralmente progresiva— se revela muy semejante al retrato de Dorian Gray de Oscar Wilde, cuyo verdadero rostro ha sido ocultado al espectador. Mi labor, por tanto, consiste en revelar esa imagen oculta y al mismo tiempo resucitar el relato de Oriente. De ese modo, pretendo socavar la idea eurocentrífica del Occidente triunfante que subyace, de manera latente o explícita, en el fondo de las explicaciones al uso de la ascensión de Occidente. En este proceso nos veremos obligados a descubrir los orígenes del Occidente oriental. Así, pues, utilizando el lenguaje de la sociología positivista occidental adoptado por Landes y otros, éstas son las razones empíricas (analizadas anteriormente) por las que deberíamos evitar el eurocentrismo. Pues sólo así podremos ofrecer una explicación satisfactoria de la ascensión de Occidente.

Conviene señalar una última cosa. Es evidente que me he impuesto una tarea muy ambiciosa, que exige una historia revisionista de prácticamente todo el mundo durante los últimos 1.500 años.

Evidentemente no es posible presentar todos los detalles en un solo libro. Por deseable que esto fuera, tendré que conformarme con una labor más modesta. Mi objetivo fundamental es esbozar los rasgos generales de una imagen alternativa y presentar de paso pruebas suficientes que permitan echar por tierra los grandes principios del enfoque eurocentrífico. Dicho de otro modo, el «éxito intelectual» del libro, creo yo, debería apreciarse no fijándonos en si el lector queda plenamente convencido o no por las particularidades de mi razonamiento, sino más bien en si le persuade o no mi tesis de que la explicación y la visión eurocentrífica de la ascensión y triunfo de Occidente es un mito que debe ser impugnado.

Primera parte

**ORIENTE COMO ZONA
DE DESARROLLO TEMPRANO**

Oriente descubre y dirige el mundo por medio
de la globalización oriental, 500-1800

Capítulo II

~~PIONEEROS ISLÁMICOS Y AFRICANOS~~

La construcción del Puente del Mundo y la economía global en la era afroasiática de los descubrimientos, 500-1500

Si como filósofo desea uno instruirse acerca de lo que ha tenido lugar en el globo, ante todo debe volver sus ojos hacia Oriente, cuna de todas las artes, al que Occidente debe todo.

VOLTAIRE

Los especialistas occidentales, al menos a partir del siglo XIX, han intentado encontrar maneras de ver [la] zona afroeuroasiática de la civilización como si estuviera compuesta por diferentes mundos históricos ... Un resultado muy útil [de esto] sería dejar a Europa ... con una historia que no necesita integrarse en la del resto de la humanidad salvo en los términos dictados por la propia historia europea ... [Pero a partir del año] 500 d. C. se produjeron una serie de mejoras acumulativas en el mundo de la técnica, especialmente en las [instituciones] militares e incluso financieras, el comercio amplió su radio de acción, como por ejem-

plo en el África subsahariana, que de hecho entró al fin a formar parte de la zona de la civilización afroeurasíatica ... [Como] la interacción entre las regiones —a consecuencia [de la acción] del Islam o de los mongoles, o de los préstamos científicos o artísticos [etc.] era tan frecuente y afectaba ... a China y ... a la Europa occidental, [ello implica necesariamente] que dichos desarrollos [en el campo de la técnica] no pueden desligarse por completo unos de otros.

MARSHALL HODGSON

La imagen habitual del mundo antes de 1500 que ofrece el eurocentrismo contiene dos rasgos fundamentales: en primer lugar, un mundo atrapado en lo que se llama una «tradición» estancada; y en segundo lugar, un mundo fragmentado, dividido entre civilizaciones regionales aisladas y atrasadas que eran gobernadas por estados despóticos «irracionales» (sobre todo en Oriente). En consecuencia, resulta inconcebible imaginar un mundo globalmente interdependiente con anterioridad al año 1500. Por otra parte, el eurocentrismo supone que hasta 1500, con la aparición de Europa como civilización avanzada, no dio comienzo la era europea de los descubrimientos. Y este hecho a su vez condujo al derrumbamiento de las murallas que habían mantenido separadas las grandes civilizaciones, allanando así el camino a la futura edad de la globalización occidental, surgida en el siglo XIX y madurada después de 1945.

La imagen eurocéntrica que todos conocemos es un mito ante todo y sobre todo porque ya en el siglo VI, durante la era afroasiática de los descubrimientos, dio comienzo una economía global que rompió el aislacionismo de las civilizaciones. Y, como veremos, los llamados pioneros europeos entraron en este circuito global preexistente casi siempre en los términos dictados por los árabes de Oriente Medio, los persas y los africanos (véanse asimismo los ca-

pítulos IV, VI y VII). Además, como demostraremos en este y en los dos siguientes capítulos, el período anterior al año 1500 fue testigo de un considerable progreso económico en Oriente, que al mismo tiempo desmiente la teoría eurocéntrica del despotismo oriental. Demuestro también que «el protagonismo del poder económico global» durante el período anterior al año 1800 correspondió a diversas sociedades orientales. Existen dos tipos genéricos de poder económico global que podríamos llamar, siguiendo a Michael Mann, «extensivo» e «intensivo».¹ En el terreno económico, el poder extensivo tiene que ver con la capacidad que tiene un estado o una región de proyectar sus tentáculos económicos hacia el mundo exterior, mientras que el poder intensivo alude al alto grado de poder «productivo» existente dentro de sus propias «fronteras». Debemos diferenciar estos conceptos precisamente porque en cada época ha habido diferentes regiones que han gozado de preeminencia en una de estas dos formas de poder global o en las dos a la vez. Así, por ejemplo, aproximadamente entre los años 650 y 1000, el Oriente Medio y el norte de África musulmán alcanzaron los grados más altos de poder extensivo e intensivo, aunque hacia 1100 el protagonismo del poder intensivo había pasado a China (donde permaneció hasta el siglo XIX, véase el capítulo III). No obstante, el Oriente Medio y el norte de África mantuvieron el liderazgo del poder extensivo hasta más o menos el siglo XV, cuando China tomó el relevo, aunque siguieron gozando de niveles muy significativos de poder intensivo y extensivo hasta bien entrado el siglo XVIII. Esta imagen fue remodelada conscientemente por los intelectuales eurocéntricos durante el siglo XIX, para [re]presentar primero a Venecia y luego a Portugal, España, los Países Bajos y Gran Bretaña como las principales potencias globales a partir del año 1000.

En resumen, la finalidad de este capítulo es descubrir la imagen original (esto es, la que existía antes de que la borrara el eurocentrismo). No obstante, aunque he dedicado tres capítulos a analizar los numerosos logros económicos de Oriente, por fuerza no pueden

ofrecer más que un bosquejo somero. Pues, como nos recuerda encarecidamente Perry Anderson,

el desarrollo asiático no puede ser reducido en modo alguno a una categoría uniforme, abandonada una vez que fueron establecidos los cánones de la evolución europea ... Sólo en la noche de nuestra ignorancia asumen la misma tonalidad todas las formas extrañas.²

Por lo tanto, en la medida en que me ha sido posible he intentado descomponer Oriente en los grandes elementos que lo integran, y ninguno de ellos puede ser pintado con los mismos pinceles. Espero, pues, que el lector me perdone si en este y en los dos capítulos siguientes me fijo fundamentalmente en el Oriente Medio musulmán, el norte de África, China, Japón, la India y el Sudeste Asiático.

El presente capítulo se divide en dos secciones. La primera pone de manifiesto el papel pionero que los norteafricanos y los musulmanes de Oriente Medio desempeñaron en la creación de una economía global después del año 500 y sigue la pista del liderazgo del poder global. La segunda estudia la expansión del poder extensivo del Islam y de su paso a Egipto, poniendo de manifiesto al mismo tiempo los contornos de la economía global entre los años 1000 y 1500.

LOS ORÍGENES ORIENTALES DE LA ECONOMÍA GLOBAL: LA ERA AFROASIÁTICA DE LOS DESCUBRIMIENTOS (DESPUÉS DE 500 E. V.)

La creación de la globalización oriental después del año 500

La tesis de que la globalización comenzó cuando menos ya en el siglo VI necesariamente va en contra de la machacona insistencia del eurocentrismo en que la globalización sólo surgió después del

año 1500, tras el advenimiento de la llamada era europea de los descubrimientos. Concretamente son seis las refutaciones eurocéntricas que se han presentado a la tesis de que la globalización dio comienzo antes del año 1500.³ En primer lugar se da por hecho que las grandes civilizaciones regionales vivían aisladas unas de otras. En segundo lugar, esta tesis se basa a su vez en el supuesto de que los costes políticos eran demasiado altos para permitir el comercio global, dado que los déspotas orientales intentaban acabar con todo tipo de beneficios comerciales y fiscales. En tercer lugar, no habría podido existir un comercio global significativo antes del año 1500 debido a la ausencia de instituciones capitalistas (por ejemplo, entidades de crédito, cambistas, bancos, derecho mercantil, etc.). En cuarto lugar, un comercio significativo a escala global habría sido simplemente imposible porque las tecnologías relacionadas con el transporte eran demasiado rudimentarias. Y en la medida en que pudiera existir algún tipo de comercio global, éste sería insignificante, pues habría afectado sólo a los artículos de lujo, que, por definición, eran consumidos únicamente por una ínfima minoría de la población mundial (más o menos un 10 por 100). En quinto lugar, en la medida en que pudieran existir flujos globales, éstos habrían sido demasiado lentos para ser significativos. Y en sexto lugar, aunque hubiera habido algún proceso global en funcionamiento, no habría sido lo bastante sólido para tener unas repercusiones reorganizativas importantes sobre las diversas sociedades del mundo.

Empezaré por presentar mis seis contrapropuestas, antes de elaborarlas a lo largo de este mismo capítulo (y de los capítulos III-IX). En primer lugar, a partir del año 500 persas, árabes, africanos, javaneses, judíos, indios y chinos crearon y mantuvieron hasta más o menos el año 1800 una economía global, a través de la cual las grandes civilizaciones del mundo permanecieron en todo momento en contacto (de ahí la expresión globalización oriental). En segundo lugar, las diversas regiones fueron gobernadas por regímenes que crearon un ambiente pacífico y mantuvieron muy bajas las ta-

sas impuestas al tráfico mercantil con el fin de facilitar el comercio global. En tercer lugar, a partir del año 500 fueron creadas y puestas en vigor una serie de instituciones capitalistas lo bastante racionales para mantener el comercio global (las analizaremos en detalle en el capítulo VI). Como ha señalado Janet Abu-Lughod,

las distancias, medidas en tiempo, eran calculadas en el mejor de los casos por semanas y meses, pero se tardaba años en atravesar todo el circuito [global]. Y sin embargo se llevaban mercancías de un sitio a otro, se fijaban precios, se acordaban tipos de cambio, se hacían contratos, se ampliaban créditos —en fondos o en mercancías situadas en otro lugar—, se formaban sociedades y, evidentemente, se llevaba una contabilidad y se respetaban los acuerdos.⁴

En cuarto lugar, aunque evidentemente las tecnologías relacionadas con el transporte no estuvieran en ninguna parte tan adelantadas como lo están hoy, resultaron suficientes para llevar a cabo un comercio global. Además, la suposición eurocéntrica de que el comercio global afectaba sólo a un 10 por 100 aproximadamente de la población mundial —y por lo tanto era insignificante— ha sido puesta en entredicho en primera instancia por Charles Tilly. Este autor califica las relaciones globales de significativas en la medida en que «las acciones de los que ostentaban el poder en una zona determinada de la red ... afectaban ... visiblemente al bienestar de al menos una minoría significativa [digamos una décima parte] de la población de otra región de la red».⁵ Otros autores han sugerido que el comercio de artículos de lujo tuvo numerosas repercusiones importantes en la reproducción de estados y sociedades de todo el mundo.⁶ No obstante, sea como fuere, la mayoría del comercio global afectó en realidad a productos de consumo masivo, que repercutían sobre una proporción de la población mundial bastante superior al 10 por 100 (argumento sobre el que volveré en varios capítulos).

En quinto lugar, aunque es indudablemente cierto que la velocidad de los transportes globales era con frecuencia muy lenta, los flujos globales tuvieron unas consecuencias reorganizativas considerables sobre todas las sociedades del mundo. Este hecho nos conduce directamente a mi sexta tesis, según la cual el significado fundamental de la economía global radicó no en el tipo ni en el volumen del comercio que llevó a cabo, sino en que constituyó una cinta transportadora hecha a la medida a través de la cual se difundieron por Occidente las «carteras de recursos» orientales más avanzadas (por ejemplo, ideas, instituciones y tecnologías). Estos flujos globales condujeron en último término a una configuración radicalmente nueva de las sociedades de buena parte del mundo. En efecto, el tema principal de mi libro pretende demostrar este argumento poniendo de relieve cómo la difusión de las «carteras de recursos» optimizadas (es decir, las orientales) a través de la globalización oriental fue tan significativa que sirvió de trampolín para la ascensión de Occidente (véanse los capítulos V-IX).

Por último, cabría poner alguna objeción a mi tesis alegando que no todas las regiones del globo estuvieron totalmente interrelacionadas. Pero la idea de que todo el mundo deba estar estrechamente unido antes de que podamos afirmar que es global resulta problemática incluso para la época actual. Una vez más, como dice Janet Abu-Lughod,

ningún sistema mundial es *global*, en el sentido de que todas las partes están articuladas unas con otras de manera homogénea, independientemente de si el papel que desempeñan es central o periférico. Incluso hoy día, el mundo, que ha alcanzado el máximo grado de integración global de toda la historia, está dividido en importantes subesferas o subsistemas, como el sistema del Atlántico Norte ... la costa del Pacífico ... China, que sigue siendo un sistema en sí misma, [etc.].⁷

Desde luego la globalización ha sido un fenómeno dinámico a lo largo del tiempo e indudablemente es cierto que su «grado de extensión» ha variado con el paso del tiempo. Y la globalización moderna durante el período 1800-2000 es en algunos aspectos fundamentales muy diferente de su predecesora oriental. No obstante, cabe afirmar que la globalización existió antes [y por supuesto después] de 1500 en la medida en que hubo flujos significativos de mercancías, recursos, monedas, capitales, instituciones, ideas, tecnologías y pueblos entre unas regiones y otras, hasta el punto de que repercutieron en las sociedades de buena parte del globo provocando su transformación. A pesar de todo, Robert Holton sostiene que

una historia global no tiene por qué adoptar la forma de un único proceso unificador [o metanarración] como, por ejemplo, el triunfo de la razón o de la civilización occidental. Ni debería suponerse que implica un proceso inexorable de homogeneización con arreglo a un único patrón ... [Lo] mínimo que se requiere para que podamos hablar de un solo hilo conductor global es que *existan interconexiones tangibles entre las distintas regiones, que den lugar al intercambio y a la interdependencia*.⁸

Evidentemente mi definición es menos «minimalista» que la que ofrece Holton.

Tomo el año 500 e. v. como el punto de partida aproximado de la globalización oriental. Según explica William McNeill, aunque existía una serie de incipientes lazos globales que se remontaría al primer milenio a. e. v. (o incluso más atrás), hacia el año 500 ya habían sido rellenados casi todos los intersticios que habían impedido el contacto entre las regiones.⁹ Especial importancia tuvo el resurgimiento del transporte a lomos de camello que tuvo lugar entre los años 300 y 500. Se comprobó que los camellos eran unos «vehículos» muy superiores a los caballos o los bueyes. Podían hacer jor-

nadas de viaje el doble de largas, eran más baratos, podían ser organizados con más facilidad y no necesitaban calzadas. Esto significó que las largas rutas terrestres que cruzaban el Asia central podían ahora ser atravesadas con relativa facilidad. Tan importante fue este hecho que, según ha dicho recientemente McNeill, fue

análogo ... al fenómeno mucho mejor conocido de la apertura de las rutas oceánicas por los navegantes europeos a partir de 1500. Arabia, junto con los oasis y desiertos del Asia central, las estepas situadas más al norte, y el África subsahariana fueron las regiones más afectadas ... [y] entraron en un contacto mucho más estrecho con los centros establecidos de la vida civilizada —fundamentalmente con Oriente Medio y con China— de lo que había sido posible hasta entonces. En consecuencia, entre los años 500 y 1000 d. C. aproximadamente [se desarrolló] un sistema mundial ... intensificado.¹⁰

Pero el acontecimiento clave en este sentido fue la aparición de una serie de imperios mundiales interconectados que permitieron el desarrollo de un ambiente marcadamente pacífico dentro del cual pudo florecer el comercio terrestre (y marítimo).¹¹ La ascensión de la China de los T'ang (618-907) y el imperio musulmán de los omeyás y los abasíes en Oriente Medio (661-1258), así como el de los fatimitas en el norte de África (909-1171), fueron factores decisivos para la aparición de una red comercial global suficientemente extensa. Como señala Philip Curtin, «el poderío simultáneo de los abasíes y de los T'ang hizo que a los mercaderes que participaban en el comercio a larga distancia les resultara relativamente fácil realizar sus viajes cruzando Asia y el norte de África».¹² Y aunque Jack Goody, André Wink y Nigel Harris ven conexiones globales que se remontan incluso al año 3500 a. e. v. o incluso a épocas anteriores, admiten que la gran expansión del comercio global tuvo lugar a partir del año 600.¹³ En resumen, como ha sostenido recientemente McNeill, la prosperidad y la comercialización del

mundo árabe y del mundo chino (y del Sudeste Asiático) actuaron como un fuego gigantesco que avivó las llamas de una incipiente economía global.¹⁴ Cabe señalar aquí que la famosa tesis de Pirenne, según la cual las invasiones islámicas rompieron la unidad de la Europa occidental y la Europa oriental (Bizancio), y el comercio no se reanudó hasta que se produjo el cambio de milenio, debe ser invertida:

Existió una estrecha relación entre el mundo franco y el mundo árabe, y ... el Renacimiento carolingio, los logros de las ciudades-estado de Italia, y el desarrollo de la Liga Hanseática no fueron obstaculizados, sino que vieron allanado su camino, por los contactos con el Oriente musulmán ... Parece bastante seguro que el comercio resurgió en muchos lugares [de Europa] a finales del siglo VIII y durante la siguiente centuria ... Así, pues, contradiciendo a Pirenne muchos historiadores hablan hoy día de la «islamización» económica de la Europa de los primeros siglos de la Edad Media.¹⁵

Así, pues, con la creación del Imperio carolingio en 751 en la Europa occidental y la aparición de las diversas ciudades-estado comerciales de Italia a lo largo de los siglos VIII y IX, el sistema mercantil global se extendió hasta Europa, uniéndose así los dos extremos del continente euroasiático en una red ininterrumpida de imperios mundiales interconectados. En consecuencia, la globalización no es exclusiva del siglo XX ni está en consonancia únicamente con esta época. No sólo dio comienzo durante la «Época Oscura» de Europa, sino que en último término su significación radicó en el hecho de la que la globalización oriental fue la comadrona, si no la madre, del Occidente medieval y moderno.

El nacimiento de la globalización oriental debe mucho al Oriente Medio y al norte de África islámico. Los musulmanes (y los negros) del norte de África, así como los musulmanes de Oriente Medio fueron los verdaderos pioneros del capitalismo global, pues contribuyeron a tejer una economía global de unas proporciones y

una importancia considerables. Pues se extendía por todo el continente afroasiático y por las rutas marítimas que van de Europa occidental a China y Corea por el este, y África, Polinesia (y tal vez la Australia de los aborígenes) por el sur. ¿Cómo se alcanzaron semejantes logros en aquella época?

El Islam, pionero de la globalización: la ascensión del poder extensivo e intensivo islámico

Los musulmanes árabes de Oriente Medio basaron su labor en los logros conseguidos por los persas sasánidas, que se remontarían posiblemente al siglo III y con toda seguridad al IV.¹⁶ Después de 610, Oriente Medio comenzó su ascensión hacia la categoría de potencia global con la «revelación» de Mahoma. Antes de esa fecha, el Oriente Medio estaba sumamente fragmentado y se había visto sometido a diversos intentos de colonización por parte de Persia, Siria y el Egipto bizantino. Una de las grandes aportaciones de Mahoma fue que contribuyó a forjar una unidad a través del poder del Islam. Y uno de los aspectos más significativos del Islam era su inclinación por el comercio y la actividad capitalista racional. Conviene subrayar que esto se contradice inmediatamente con la idea eurocéntrica de que el Islam era una religión regresiva que obstaculizó cualquier posibilidad de desarrollar una actividad capitalista, por no hablar de una actividad capitalista racional. Pero parece olvidarse, consciente o inconscientemente, que el propio Mahoma había sido un mercader en *commenda* (o *qirād*). A los veintitantes años se casó con una acaudalada coraixí (los coraixíes se habían enriquecido gracias al comercio caravanero y a la actividad bancaria). Curiosamente los habitantes de

La Meca —la tribu de los coraixíes— hicieron fructificar su capital por medio del comercio y de los préstamos a interés de un

modo que Weber calificaría de racional ... Los mercaderes del imperio musulmán encajaban perfectamente con los criterios [racionales] aplicados por Weber a la actividad capitalista. Aprovechaban cualquier oportunidad que se les presentara de obtener beneficio, y calculaban sus inversiones, sus cobros y sus beneficios en términos monetarios.¹⁷

A la luz de estos hechos, resulta curioso constatar algunos de los vínculos existentes entre el Islam y el capitalismo que podemos encontrar en el Corán. Según el detallado examen realizado por él mismo, Maxime Rodinson afirma que el Corán «no simplemente dice que uno no debe olvidar nunca su propia porción del mundo, sino que afirma también que conviene compaginar la práctica de la religión con la vida material, comerciando incluso durante las peregrinaciones, y llega incluso a sostener el beneficio comercial dándole el nombre de “Munificencia de Dios”». El Islam decretaba que los hombres de negocios podían realizar una peregrinación con más eficacia que un individuo que efectuara un trabajo meramente físico. De hecho el Corán afirma que

si sacas provecho haciendo lo que es lícito, tu acción es una *djihād* ... Y si lo inviertes en beneficio de tu familia y tu parentela, será un *sadaqa* [esto es, una obra piadosa de caridad]; y ciertamente, un *dírham* [una dracma o moneda de plata] ganado lícitamente con el comercio vale más que diez *dírham* ganados de otra forma.

Y el dicho de Mahoma que afirma que «la pobreza es casi como una apostasía»,

implica que el verdadero siervo de Dios debería ser acaudalado o, cuando menos, económicamente independiente. Las cajas de los cambistas en la gran mezquita de la ciudad-campamento de Kufa posiblemente ilustren el hecho de que en el Islam no existía necesariamente conflicto entre negocio y religión.¹⁸

Resulta asimismo significativo el hecho de que el Corán establezca la importancia de las inversiones. Y aunque habitualmente consideramos que la *Shariá* (la ley sagrada islámica) es la fuente del despotismo y del atraso económico, en realidad fue creada como medio de evitar los abusos de poder de los gobernantes y los califas, y además contenía claras disposiciones relativas al derecho mercantil. Como es natural, existía un motivo racional de que los mercaderes islámicos fueran firmes partidarios de la *Shariá*. Además, hay claros signos de que en el Islam existía una mayor libertad personal que en la Europa medieval. Los cargos eran adjudicados con arreglo a unas «responsabilidades contractuales igualitarias». Éstas comportaban unas ideas de racionalidad que, según Hodgson, estaban más cerca del concepto moderno de *Gesellschaft* que de los conceptos tradicionales de *Gemeinschaft*.¹⁹

En último término, la ventaja relativa del Islam radicaba en su considerable poder «extensivo». El Islam consiguió conquistar un espacio horizontal, hecho que podemos comprobar con la máxima claridad en su capacidad de extenderse y difundirse a lo largo de grandes regiones del globo, así como en su capacidad de expandir el capitalismo. El centro del Islam, La Meca, fue a su vez uno de los centros de la red mercantil global. El poder del Islam se difundió rápidamente a partir del siglo VII, hasta el punto de que el Mediterráneo se convirtió de hecho en un lago musulmán, y la «Europa occidental» pasó a ser un promontorio dentro de la economía global afroasiática. El Islam ejercería una influencia particularmente poderosa en el desarrollo de Europa (véanse los capítulos V-VII) sobre todo, aunque no desde luego de manera exclusiva, a través de la España musulmana. Ante todo el mundo musulmán constituyó ni más ni menos que el Puente del Mundo, a través del cual muchas «carteras de recursos» y mercancías orientales pasaron a Occidente entre 650 y c. 1800. El crecimiento de las ciudades y el tipo de las casas construidas por los musulmanes resultan particularmente ilustrativos del poder extensivo del Islam. La religión islámica

prohibía las casas altas de varios pisos porque levantarse hacia Dios se consideraba una arrogancia. En general, para el Islam, era moralmente censurable conquistar el espacio vertical. Por consiguiente, el signo de mayor piedad sería humillarse a los ojos de Dios, prostermarse y bajar la cabeza al suelo ante la grandeza de Dios. Análogamente, se dice en *Las mil y una noches* que mostrar respeto por el soberano es «besar la tierra entre las propias manos». En resumen, la idea de *jihad* (*dījhād*) proclamaba que los musulmanes debían conquistar no el espacio vertical, sino el horizontal o extensivo, por medio de la religión y el comercio. En consecuencia, surgieron ciudades por todo el Oriente Medio, que rápidamente formaron las grandes nervaduras de la red económica global.

La imagen de una densa red comercial y urbana contradice la visión tradicional del eurocentrismo, según la cual el Islam era un desierto poblado por nómadas. Como dice Marshall Hodgson, el Islam no era «un “monoteísmo del desierto”, nacido del reverencial asombro de los beduinos ante la vasta amplitud del cielo y de la tierra ... El Islam surgió de una larga tradición de religión urbana y estaba tan orientado hacia las ciudades como cualquier otra variante de dicha tradición».²⁰ Maxime Rodinson refuerza la afirmación general que hacemos aquí cuando dice:

La densidad de las relaciones comerciales existentes dentro del mundo musulmán constituía una especie de mercado mundial ... de unas dimensiones desconocidas hasta entonces. El desarrollo de los intercambios había hecho posible la especialización regional en la industria y la agricultura ... El mundo musulmán no sólo conoció un sector capitalista, sino que dicho sector fue, al parecer, el más extenso y desarrollado de la historia antes de [la época moderna].²¹

El Islam se propagó no sólo hacia el oeste, es decir hacia Europa, sino también hacia el este, es decir por la India, el Sudeste Asiático y China, y hacia el sur, esto es hacia el interior de África, unas

veces a través de la influencia religiosa y otras por medio de la influencia comercial (y a menudo por ambos conductos a la vez). Su envergadura económica fue extraordinaria para la época, hasta tal punto que un estudioso ha afirmado, y con razón, que «debemos aceptar el hecho evidente de que [los árabes] fueron, entre otros, unos pioneros del comercio en aquellos remotos países, y que aca- so, como sugiere Tibbets, actuaron de intermediarios en el comercio entre China y el Sudeste Asiático».²² Desde luego en el siglo IX —como confirman varios documentos de la época— existía una larga línea continua de actividades comerciales transcontinentales abierta por los mercaderes islámicos que iba desde China hasta el Mediterráneo.²³

Los omeyas (661-750) y los abasíes (750-1258) en Oriente Medio, y los fatimitas en el norte de África tuvieron una importancia especial, pues contribuyeron a unir las diversas arterias del comercio a larga distancia, conocidas ya en la Antigüedad, que iban desde el océano Índico hasta el Mediterráneo. Entre ellas estaban las rutas del mar Rojo y del golfo Pérsico. La capital abasí, Bagdad, estaba comunicada con la ruta del golfo Pérsico, que a su vez se abría a través del océano Índico hacia el mar de China Meridional y el mar de China Oriental. Un autor de la época, al-Ya'qūbi (c. 875) llamaba a Bagdad «la ribera del mundo», mientras que al-Mansūr proclamaba que «no existe obstáculo entre nosotros y China; todo lo que hay en el mar puede llegar por él hasta nosotros».²⁴ También eran importantes otros puertos islámicos, especialmente Sīrāf, en el golfo Pérsico (en la costa de Irán, al sur de Shīrāz), que era el principal destino de los productos procedentes de China y del Sudeste Asiático. La ruta del mar Rojo (vigilada por Egipto) tenía también una importancia especial (véase la sección siguiente). Además de las rutas marítimas, quizás la más famosa fuera la ruta terrestre que conducía a China y por la cual transitaban las caravanas atravesando las ciudades iraníes de Tabriz, Hamadan y Nishapur, para llegar hasta Bukhara y Samarcanda, en Transoxiana, y

que después continuaba por un lado hacia China y por otro hacia la India. Marco Polo (¿el «Ibn Battūta europeo»?) quedó particularmente impresionado, lo mismo que el propio Ibn Battūta:

Los habitantes de Tabriz viven del comercio y de la industria ... La ciudad tiene un emplazamiento tan favorable que es un mercado de productos procedentes de la India y de Bagdad, de Mosul y Ormuz, y de muchos otros lugares, y muchos mercaderes latinos vienen aquí a comprar las mercancías importadas de tierras extrañas. Es también un mercado de piedras preciosas, que se encuentran aquí en gran abundancia. Es una ciudad en la que obtienen grandes beneficios los mercaderes ambulantes.²⁵

Los musulmanes dependían particularmente del comercio con numerosos puertos de África (no sólo del norte de África). Ello se debía a varios motivos; el primero era que Egipto dominaba una de las rutas comerciales más importantes que unía el Lejano Oriente con Occidente (véase la próxima sección); y el segundo, que los mercados africanos constituyan probablemente la rama más beneficiosa del comercio exterior del Islam. Aunque el eurocentrismo desdeña la relevancia de África en el sistema mercantil internacional antes de 1500, el comercio africano distaba mucho de ser insignificante y existió mucho antes de que llegaran los europeos. No menos significativo es el hecho de que el reino aksumita de Abisinia se jactaba de los mercaderes negros que llevaban a cabo un importante comercio con la India antes incluso de la llegada del Islam.²⁶ La descripción, por lo demás magistral, que hace la profesora Abu-Lughod de la economía global es curiosa tan sólo porque omite el sudeste de África.²⁷ Pero el comercio marítimo procedente de la costa sudoriental del continente había sido importante incluso antes de la llegada de los musulmanes; su carácter extensivo nos lo revela el hecho de que existía un tráfico regular con zonas tan alejadas de Oriente como Polinesia. Además, los indonesios ha-

bían emigrado al África oriental ya en los siglos II-IV e. v. La navegación islámica fue bajando por la costa del África oriental hasta llegar a Sufāah, en Mozambique, y Qanbalu (Madagascar). Había minas de oro en varios lugares, entre otros en Etiopía y en Zimbabue, mientras que Kilwa (hoy día en el sur de Tanzania) era el principal centro de distribución comercial.²⁸ El famoso viajero islámico Ibn Battūta decía de Kilwa que era «una de las ciudades más hermosas y mejor construidas» que había visto a lo largo de sus múltiples viajes por buena parte del mundo.²⁹ Los africanos importaban abalorios, cauris, cobre en bruto y objetos elaborados con dicho metal, grano, frutas y uvas, trigo y, posteriormente, tejidos (casi en su totalidad productos de consumo masivo, no artículos de lujo). Las relaciones comerciales más intensas que mantenían los puertos del África oriental afectaban a la India, Adén, Suhār y Sīrāf. Y este comercio a larga distancia contribuyó también a estimular el comercio con el interior del continente africano.³⁰

Asimismo sería un error pensar que el África occidental estaba comercialmente aislada de la costa oriental y que fueron los europeos los que la «trajeron a la vida» después de 1492.³¹ De hecho, a raíz de la llegada de los musulmanes a la zona en fecha muy anterior, algunos centros de distribución occidentales como Sijilmassa (en Marruecos) y Awdaghast experimentaron un crecimiento notable y el litoral oriental y el occidental quedaron interrelacionados, tanto en las regiones del norte como en la zona subsahariana.³² No obstante, los lazos comerciales en el interior de África habían comenzado mucho antes de la llegada de los musulmanes (como ya hemos señalado), lo mismo que todo tipo de formas de producción, tales como la minería de oro, la producción de cobre y la fundición de hierro.³³ Curiosamente, hablando de Méroe (capital del reino de Kush a finales del primer milenio a. e. v.), importante centro de producción de hierro, el arqueólogo Sayce la calificaba de «la Birmingham del África central». Además, Sufālah (antes de la llegada de los musulmanes) tenía no sólo las mejores minas de hierro, sino

también las más grandes, y su producción iba dirigida en parte a la exportación a la India.³⁴

Conviene señalar también que el comercio global se vio favorecido de forma significativa por la acción de los mercaderes judíos y por el reino de Śrivijaya en Sumatra. De hecho, este último actuó como eje del comercio global en el llamado «Lejano Oriente», lo mismo que lo hizo el Oriente Medio y el norte de África en Occidente. Como comenta Jerry Bentley,

el comercio entre el sur de China y Ceilán y la India adquirió tales proporciones que los reyes de Śrivijaya, cuya sede estaba en Palembang, al sudeste de Sumatra, organizaron un imperio insular que durante buena parte de los siglos VII-XIII controló todo el comercio que pasaba por las aguas del Sudeste Asiático.³⁵

La mayor parte de las autoridades reconocen que la ascensión de Śrivijaya se vio favorecida de forma significativa por la recuperación del comercio chino en tiempos de la dinastía T'ang.³⁶ Y se convirtió en un punto de confluencia decisivo del comercio procedente de Oriente Medio, India y China.³⁷ Curiosamente, el famoso viajero chino I-Ching contó la llegada de unas treinta y cinco naves procedentes de Persia sólo durante su estancia de seis meses en el lugar en 671. También tuvieron importancia los judíos (o «mercaderes radanitas»).³⁸ Su papel lo describen detalladamente un autor de la época, Ibn Khurradhbih, y los documentos de Geniza (en El Cairo).³⁹ El término «radanita» derivaba, al parecer, de la expresión persa *rha dan* (que significa «los que conocen la ruta»). En particular, esos mercaderes desempeñaron un papel importantísimo en el comercio y las finanzas del mundo islámico, en Bagdad hasta aproximadamente el siglo X y posteriormente en El Cairo, en el Egipto fatimita, a partir de 969.

Por último, entre 650 y 1000 aproximadamente, el protagonismo del poder intensivo global correspondió al Oriente Medio y el

norte de África musulmán. Eric Jones afirma del califato abasí que fue la primera región en alcanzar el crecimiento económico per cápita (supuestamente el leitmotiv del capitalismo moderno).⁴⁰ Fernand Braudel describía la actividad económica del mundo musulmán después del año 800 en los siguientes términos:

El calificativo «capitalista» no es demasiado anacrónico. De un extremo a otro de las relaciones mundiales del Islam, los especuladores se dedicaron profusamente al comercio. Un autor árabe, Harriri, hacía decir a un mercader: «Quiero enviar azafrán de Persia a China, donde he oído decir que alcanza precios muy elevados, y luego embarcar porcelana china con destino a Grecia, brocados griegos a la India, hierro indio a Aleppo, vidrio de Aleppo al Yemen, y telas rayadas yemeníes a Persia». En Basora, se establecían acuerdos entre mercaderes por medio de lo que hoy día llamaríamos un sistema de acreditación.⁴¹

En este sentido fueron decisivas las numerosas innovaciones (productivas) intensivas, lo mismo que los perfeccionamientos tecnológicos y conceptuales, que llevó a cabo el Islam. Como explicaremos en el capítulo VI, la posible invención, y el desarrollo comprobable de la vela latina permitió la navegación a larga distancia, especialmente en el océano Índico. Lo mismo ocurrió con el desarrollo del astrolabio, junto con los numerosos avances realizados por la astronomía y las matemáticas islámicas (véanse asimismo los capítulos VII y VIII). La fabricación del papel comenzó después de 751.

La manufactura de tejidos revistió particular importancia: Siria e Irak tuvieron mucha fama por sus sedas, mientras que Egipto estaba en la vanguardia de la fabricación de telas de lino y lana. Los musulmanes utilizaban además unos tintes impresionantes. La influencia islámica queda patente en los numerosos términos árabigos (y persas) que fueron importados a las distintas lenguas europeas. Se necesitaban productos químicos llamados mordentes para

fijar los colores, especialmente el álcali (de la palabra arábiga *al-kali*, «cenizas»). El «azafrán» procede del árabe *zafaran*. El término «damasco» deriva del nombre de la ciudad de Damasco, «muselina» del nombre de Mosul, y «organdí» del nombre de la ciudad de Urgench, en Asia central. «Moer» procede del término arábigo *mukhayyir* (que significa «lo mejor»), y «tafetán» deriva de *taftan* (verbo persa que significa «hilar»).⁴²

Cabe señalar también que los musulmanes dominaron a los europeos en lo tocante a la producción de hierro, y ese dominio se prolongó hasta el siglo XVIII en la producción de acero. Además, la producción islámica se extendía al refinado del azúcar, la construcción, la fabricación de muebles, el vidrio, el curtido de pieles, la cerámica y la cantería.⁴³ Curiosamente, la producción egipcia de caña de azúcar fue una de las industrias globales más importantes y el *sukkar* refinado (de donde procede nuestro vocablo «azúcar») fue exportado de manera extensiva a casi todo el mundo. El Islam dominó también la energía a través de los molinos de viento y de agua, que eran utilizados para facilitar la producción industrial. Notable también es el hecho de que la zona correspondiente a Oriente Medio y norte de África sacó durante largo tiempo una ventaja relativa a Europa en lo tocante a los conocimientos científicos y a las tecnologías militares (véase el capítulo VIII).

No menos importante fue la creación de toda una serie de instituciones capitalistas (relacionadas con las sociedades, el derecho mercantil, la banca, el crédito y muchas otras cuestiones), en las que descansaban no sólo la producción, las inversiones y el comercio islámico, sino también todo el comercio global (véase el capítulo VI).

En definitiva, como reza la conclusión que extrae atinadamente Eric Jones, «el número de avances técnicos y económicos de los abasíes ... demuestra que el pasado [islámico] fue todo menos immutable».⁴⁴

PODER GLOBAL EXTENSIVO Y LOS CONTORNOS DE LA ECONOMÍA GLOBAL, C. 1000-1517

La mejor descripción de los contornos de la economía global en el período inmediatamente posterior al año 1000 ha sido realizada por Janet Abu-Lughod en su magistral volumen *Before European Hegemony*. La autora revela la existencia de tres rutas principales que unían ocho subsistemas regionales, y que analizaré sucesivamente.

La ruta norte y el imperio mongol: ¿las «tribus benignas del infierno»?

Un significativo empuje hacia la consecución de la globalización oriental fue el que dio la aparición del Imperio mongol en el siglo XIII. Este imperio unió Oriente y Occidente dando lugar a un espacio comercial continuo. Si bien es cierto que en el siglo XII los turcos seljúcidas se desplazaron hacia el oeste y llegaron a controlar una zona que ocupaba prácticamente todo Irak y el Creciente Fértil, fueron Chingiz (Gengis) Khan y los mongoles los que lograron conquistar buena parte del continente euroasiático. Curiosamente —vistas las cosas desde la perspectiva eurocéntrica tradicional— Chingiz Khan prefirió no conquistar la Europa atrasada, quedándose sólo con la parte oriental (principalmente la Rusia de Kiev), y concentrar sus esfuerzos en el botín más precioso, China. A finales del siglo XIII la mayor parte del continente euroasiático estaba en poder de los mongoles. El hecho trascendental es que este imperio territorial relativamente unificado —la Pax Mongolica— supuso la existencia de una región en paz en la que pudo florecer el capitalismo. Permitió por un lado el desarrollo de un comercio a larguísima distancia o global que ocupaba una extensión de más de 8.000 kilómetros entre China y Europa, y por otro la difusión a Oc-

Occidente (y otros lugares) de las ideas y tecnologías superiores de Oriente.⁴⁵ Las restricciones institucionales y los costes políticos se redujeron entre otras razones porque los mongoles se mostraron muy receptivos ante los numerosos mercaderes que atravesaban su imperio. En efecto, Balducci Pegolotti, el famoso contemporáneo de Marco Polo, decía de la «ruta de la seda» que era «perfectamente segura de día y de noche».

Igualmente curiosas en este sentido son las ideas eurocéntricas de que los mongoles o «tártaros» (como los llamaban los europeos) eran fundamentalmente destructivos y enemigos de la actividad económica progresista. Como señala Abu-Lughod,

los mongoles fueron situados inicialmente en la misma región mitológica reservada a otras criaturas extrañas que poblaban el mundo desconocido de Asia. A partir de una mala interpretación del término tártaro (nombre sólo de uno de los grupos tribales que más tarde se unieron para formar la confederación mongola), los mongoles fueron identificados como los tártaros, es decir, los pueblos procedentes de la región bíblica del Tártaro o Infierno. Resulta difícil entender cómo, al mismo tiempo, pudo quererse ver en ellos a unos potenciales aliados de la Cristiandad en su guerra santa contra los musulmanes. [No obstante] quizás esas criaturas provenientes de las tierras de Gog y Magog [los heraldos del Apocalipsis] (otro débil intento de identificar su procedencia) pudieran ser movilizadas en su lucha (contra los musulmanes).⁴⁶

Un cronista de la época, Matthew Paris, caracterizaba la «invasión tártara» o mongola de 1240 en los siguientes términos: «Una nación detestable de Satán, a saber las incontables huestes de los tártaros, se desataron abandonando su montañosa sede y perforando las sólidas peñas [del Cáucaso] entraron en tropel como demonios». Describía incluso a los «tártaros» como hombres con cabezas de tamaño desproporcionado que comían carne humana. A los europeos de la Edad Media todo esto les parecía perfectamente na-

tural, pues venía a complementar las curiosas imágenes que tenían de los pueblos orientales, como los blemias (que tenían el rostro en el pecho), los esciopodas (que tenían una sola pierna y utilizaban su descomunal pie a modo de sombrilla), los antropófagos (que tenían la cabeza por debajo de los hombros), y por último los cinocéfalos (los hombres con cabeza de perro).⁴⁸

Las concepciones europeas de los mongoles —por no hablar de otros pueblos de Oriente— se basaban en varios mitos. En primer lugar, la tribu de los tártaros había sido prácticamente aniquilada por Chingiz Khan. En segundo lugar, los mongoles se mostraron sumamente indiferentes ante «los bárbaros pelirrojos» del atrasado Occidente. Y en tercer lugar, además de suministrar productos de Oriente, el Imperio mongol prestó de manera indirecta otros servicios sumamente beneficiosos para Europa en la medida en la que constituyó la correa de transmisión a través de la cual algunas «carteras de recursos» orientales especialmente adelantadas pasaron a Occidente (como veremos en sucesivos capítulos). No obstante, este influyente circuito comercial se hallaba ya en decadencia a mediados del siglo XIV. Tras iniciar la lucha en Samarcanda, Tamerlán contribuyó a poner fin a la Pax Mongolica, y lo mismo cabe decir de la desolación causada por la Peste Negra.

Pero estos acontecimientos no supusieron el fin de la economía global capitaneada por Oriente. Antes bien, el comercio fue canalizándose progresivamente hacia la ruta central y especialmente hacia la del sur.

La ruta central: el mantenimiento del poder extensivo islámico en Oriente Medio

Según Abu-Lughod, la ruta central daba comienzo en la costa mediterránea de Siria y Palestina, cruzaba el pequeño desierto y se internaba en la llanura de Mesopotamia hacia Bagdad, antes de en-

lazar por fin con una ruta terrestre y otra marítima. La ruta terrestre proseguía por Persia hasta Transoxiana, y luego doblaba hacia el sudeste hasta llegar al norte de la India, continuando en línea recta hacia el este hasta Samarcanda y luego atravesando el desierto hasta China. La ruta marítima seguía el curso del río Tigris desde Bagdad, pasando por Basora, hasta su desembocadura en el golfo Pérsico, y luego continuaba por los reinos mercantiles de Omán, Sīrā, Ormuz o Qais (guardianes de las comunicaciones entre el golfo y el océano Índico). Aunque esta ruta adquirió especial importancia a partir del siglo VI, su influencia sería extraordinaria cuando Bagdad se convirtiera en el principal centro del comercio musulmán después del año 750. Pero cuando la capital abasí fue saqueada por los mongoles en 1258, la ruta experimentó una decadencia temporal.

No obstante, cuando Irak pasó posteriormente a ser gobernado desde Persia, la ruta del golfo se reactivó. Esta ruta central fue importante además porque permitió unas relaciones comerciales «profundamente simbióticas» entre los reinos de los cruzados y los mercaderes musulmanes que acudían a ellos con productos procedentes del lejano Oriente.

El principal puerto de los cruzados en Oriente Medio, Acre, estuvo controlado hasta 1291 por los venecianos, que excluyeron de él a sus rivales pisanos y genoveses. No obstante, aunque los venecianos dominaron el sistema mercantil europeo, su participación en el sistema global se llevó a cabo siempre en los términos dictados por los musulmanes de Oriente Medio y sobre todo del norte de África.

Cuando Constantinopla cayó en poder de los bizantinos en 1261, los genoveses fueron favorecidos en detrimento de los venecianos, que se vieron obligados así a centrar su interés en la ruta central y en la meridional. Pero luego, tras la caída de Acre en 1291, los venecianos no tuvieron más remedio que recurrir a la ruta sur, dominada por los egipcios.

La ruta sur: la dependencia europea de la hegemonía comercial de Egipto, 1291-1517

Esta ruta unía el complejo Alejandría-El Cairo-mar Rojo con el mar Arábigo y el océano Índico (y más allá). A partir del siglo XIII, Egipto se convirtió en la principal puerta de entrada hacia Oriente. Como postula Abu-Lughod, «quien controlara la ruta marítima hacia Asia podría establecer los términos del comercio para una Europa en aquellos momentos en retirada. Desde el siglo XIII y hasta el siglo XVI esa potencia fue Egipto».⁴⁹ En efecto, entre 1291 y 1517 casi el 80 por 100 de todo el comercio que llegaba por mar a Oriente era controlado por los egipcios. Pero cuando cayó Bagdad, Al-Qahirah —cuyo nombre fue europeizado posteriormente como El Cairo— se convirtió en la capital del mundo islámico y en el centro en torno al cual giraba el comercio global (aunque este segundo proceso había dado comienzo ya en la época fatimita, allá por el siglo X). Los estudiosos eurocéntricos subrayan el hecho de que el comercio internacional europeo con Oriente se interrumpió a partir de 1291 (tras la caída de Acre), cuando Egipto pasó a dominar el comercio del mar Rojo con Oriente a expensas de los europeos cristianos. Y eso fue lo que supuestamente impulsó a unos navegantes, los hermanos Vivaldi, a salir en 1291 en busca de una ruta más meridional hacia las Indias a través del cabo de Buena Esperanza. Pero semejante afirmación resulta problemática. Si bien es cierto que la caída de Acre en 1291 indujo al papa Nicolás IV a publicar numerosas bulas prohibiendo las actividades comerciales con el «infiel», el hecho es que los venecianos lograron soslayar todos los impedimentos y firmar nuevos tratados con el sultán en 1355 y 1361. Y hasta 1517 Venecia sobrevivió debido al importante papel que desempeñó Egipto en la economía global. Además, Venecia y Génova no fueron las «pioneras» del comercio global, sino sus adaptadoras, colándose por los intersticios de la economía

global liderada por asiáticos y africanos y comerciando casi siempre en los términos impuestos por los musulmanes de Oriente Medio, y especialmente por los egipcios. En particular, los mercaderes europeos encontraron cortado el paso al llegar a Egipto. Cuando sus barcos atracaban en Alejandría, eran recibidos por los funcionarios del servicio de aduanas, que subían a bordo y supervisaban el desembarco de las mercancías. En concreto, los cristianos necesitaban un permiso o visado especial para pisar tierra y pagaban una tasa mucho más alta que los mercaderes musulmanes. Los europeos debían alojarse en sus propios barrios, que se regían según sus leyes. Sin embargo, no estaban autorizados a abandonar sus barrios en Alejandría y por lo tanto dependían enteramente de los mercaderes egipcios y de los funcionarios del gobierno. A pesar de todo, los venecianos y los europeos en general acataron este régimen, porque era allí donde podían tener acceso a muchos productos fabricados en distintos lugares de Oriente. De hecho, Venecia logró hacer fortuna tan sólo debido al acceso que tuvo al comercio oriental a través del norte de África.

Por último, conviene señalar que Venecia y Génova siguieron teniendo el privilegiado acceso del que gozaron a la economía global liderada por africanos y asiáticos sólo debido a una gran dosis de suerte (más que a su fuerza económica). Los retos geopolíticos que plantearon a Egipto los mongoles y los cruzados dieron lugar a una reorganización militar de la sociedad egipcia. Como la organización militar de los mamelucos de Egipto se caracterizaba por el empleo de esclavos, que no podían ser reclutados entre la población musulmana, Venecia y Génova obtuvieron permiso para mantener sus relaciones comerciales a cambio de suministrar a Egipto esclavos que no fueran musulmanes. A partir de 1261, los genoveses desempeñaron un papel decisivo en el suministro de esclavos circasianos no musulmanes, que eran embarcados en los puertos de Crimea. Pero posteriormente, los numerosos cambios geopolíticos introducidos en el siglo XIV liberaron a los egipcios de la necesidad

de esclavos no musulmanes. Esta novedad selló el destino del tráfico de esclavos de los genoveses, que vieron cómo los egipcios dejaban de necesitar sus servicios. No obstante, las relaciones privilegiadas de Venecia con Egipto siguieron vivas, pero sólo debido a la buena voluntad de los egipcios.

Concluye así la descripción de los contornos de la economía global dirigida por Oriente por un lado, y de la hegemonía del comercio del Asia occidental y del norte de África sobre Europa por otro. Pero también conviene señalar que incluso después de 1517 se mantuvo la hegemonía comercial islámica sobre Europa. Pues el bastón de mando del poder extensivo islámico pasó de Egipto al Imperio otomano, que mantuvo su control sobre los portugueses en el océano Índico (véase el capítulo VII). Además, otros centros del poder económico musulmán —la India de los mongoles y el Sudeste Asiático— siguieron siendo lo bastante fuertes como para ofrecer resistencia y dominar a los mercaderes europeos hasta aproximadamente el año 1800 (véase los capítulos IV y VII). No obstante, a despecho de la magnitud del poder extensivo musulmán y pese al hecho de que Oriente Medio siguió siendo el Puente del Mundo durante buena parte del segundo milenio, el protagonismo del poder intensivo global pasó no a Italia después del año 1000 ni a Portugal después del año 1500, sino a China en el año 1100. Y allí permaneció hasta el siglo XIX.

Capítulo III

PIONEROS CHINOS

El primer milagro industrial y el mito
del aislacionismo chino, c. 1000-1800

Cuando Marco Polo viajó a Oriente e informó de lo que había visto, mezclando verdad y falsedad, pero en último término diciendo parte de verdad, los occidentales se negaron a creerle. A finales de la Edad Media, el relato de sus viajes era considerado un libro de cuentos ... Era como si los occidentales fueran incapaces de creer en la realidad de las maravillas de Oriente.

JACQUES LE GOFF

Los historiadores ... europeos todavía [no se han] dado cuenta de que la irrupción de la civilización europea medieval después del año 1000 d. C. coincidió con un desvío hacia el este del centro [productivo] del sistema mundial, que pasó de Oriente Medio a China. No es sorprendente, si tenemos en cuenta la anterior pre-ocupación de nuestros medievalistas por las historias nacionales de Inglaterra y Francia, proyectando implícitamente de manera retrospectiva al pasado de toda la humanidad las circunstancias propias de finales del siglo xix, cuando el imperio francés y el

imperio británico ocupaban la mayor parte del globo. Es preciso dar un auténtico salto con la imaginación para reconocer la primacía de China.

WILLIAM H. McNEILL

Hacia el año 1100 el protagonismo del poder intensivo global había pasado a China y allí permanecería hasta el siglo XIX. China desarrolló además un poder extensivo considerable y llegó a dominar a este respecto a partir del siglo XV (aunque el Oriente Medio musulmán seguiría constituyendo un punto vital de la economía global).

Esta afirmación se contradice con la imagen que ofrece el eurocentrismo. Expondré en dos fases mi crítica de la forma en que éste presenta habitualmente a China. La primera sección pone de manifiesto que China experimentó lo que yo llamo el «primer milagro industrial», en virtud del cual muchas de las características que asociamos con la revolución industrial británica del siglo XVIII habían aparecido ya hacia el año 1100. La segunda sección aborda el desinterés general del eurocentrismo por los logros alcanzados por la China Sung, so pretexto de que los sucesivos gobiernos chinos, típicos del despotismo oriental, malograron las semillas del progreso industrial plantadas por los Sung, consiguiendo que la economía experimentara un declive acelerado. Esto justificaría, a su vez, la supuesta retirada del mundo que protagonizó China a partir de 1434, cuando el estado prohibió el comercio exterior y se encerró en su sistema tributario imperial.

Yo ofrezco una imagen diferente, que pone de manifiesto la existencia si no de una economía global sinocéntrica, sí desde luego la de un sistema económico global en el que China desempeñó un papel principal a partir de 1434. En los capítulos IV y VII aporto además otros testimonios detallados que sustentan el hecho indiscutible del liderazgo de China.

EL PRIMER MILAGRO INDUSTRIAL: LA CHINA SUNG DEL SIGLO XI

Como explicamos en el capítulo IX, los especialistas en historia económica dan por supuesto convencionalmente que los orígenes o los ingredientes necesarios para elaborar la receta de la industrialización se encontrarían en la Gran Bretaña del siglo XVIII. Pero lo que no nos dicen es que el maestro de cocina de la industrialización fue China, no Gran Bretaña. El «milagro industrial» chino se produjo a lo largo de un período de 1.500 años y culminó con la revolución Sung, unos seiscientos años antes de que Gran Bretaña iniciara su fase de industrialización. Vale la pena fijar con detalle nuestra atención en el milagro industrial chino, pues fue el acontecimiento más importante de la historia del poder intensivo global entre 1100 y 1800. En efecto, fue la difusión de los numerosos logros tecnológicos y conceptuales de la China Sung lo que determinó de manera significativa la irrupción de Occidente (véanse los capítulos VI-IX).

La (r)evolución del hierro y el acero, de 600 a. e. v. a 1100 e. v.

El milagro del hierro y el acero de China se remonta al año 600 a. e. v., con la aparición del primer objeto de hierro fundido, que data de 513 a. e. v., mientras que el acero empezó a producirse en el siglo II a. e. v.¹ No obstante, el asombroso crecimiento de esta rama de la industria entre 800 y 1100 parece un hecho incontrovertible, aunque los detalles relativos a su volumen no estén precisamente claros. En un famoso artículo Robert Hartwell calculaba que la producción de hierro chino per cápita se multiplicó por seis entre 806 y 1078.² En términos de producción bruta anual, China producía 13.500 toneladas de hierro en 806, unas 90.400 en 1064 y 125.000 en 1078. Dos comparaciones resultarán ilustrativas: en primer lugar, el hecho de que el conjunto de Europa no produciría cantida-

des mayores hasta 1700, y que incluso en 1788 Gran Bretaña sólo producía 76.000 toneladas. En segundo lugar, la relación de los precios (calculada como la relación existente entre el valor del hierro respecto al del arroz) se situaba a razón de 177:100 en la Szechwan de época Sung en 1080, y a razón de 135:100 en Shensi, lo que indica que el precio del hierro era bastante bajo. Cabría señalar asimismo que estas provincias no constituyan un caso atípico, pues los precios eran incluso más bajos en el nordeste de China. Pero el dato estadístico más sorprendente en este sentido es que incluso en 1700 la cifra equivalente en Gran Bretaña era de 160:100, lo que acaso suponga un precio tres veces más alto que el que podía encontrarse en los mercados del nordeste de China en el siglo xi. Por último, en 977 la relación de precios chinos había subido a razón de 632:100, lo cual nos hablaría de una reducción del precio del hierro de casi un 400 por 100 en el curso de apenas cien años. Gran Bretaña tardó más de doscientos años, de 1600 a 1822, en alcanzar una reducción de precios semejante. No obstante, Joseph Needham ha sugerido que los datos relativos a la producción de hierro que ofrece Hartwell son un tanto exagerados para el período en cuestión (asunto sobre el que volveré más adelante). A pesar de todo, tendrían que tener un margen de error enorme para invalidar la conclusión de que la China Sung experimentó un crecimiento masivo, cuando no «revolucionario», de la producción de hierro, que los británicos no igualarían hasta casi siete siglos después.

Los estudiosos eurocéntricos a menudo desdeñan esta conquista aduciendo que el uso del hierro en China se limitaba sólo a las armas y a las artes decorativas, y no a las herramientas ni a la producción. Pero el hecho es que el hierro se utilizaba para fabricar objetos y herramientas de la vida cotidiana, como esperaríamos que ocurriera en una revolución industrial. Entre esos instrumentos cabría citar cuchillos, hachas, cinceles, barrenos, martillos y mazos, rejas de arado, palas y vertederas, ejes de carretilla, ruedas, herraduras, sartenes y cacerolas, ollas, campanas, cadenas para puentes

colgantes, puertas y atalayas blindadas, puentes, y prensas y tipos de imprenta. Éstos son sólo una muestra de los objetos que había en la época. Hartwell añade a su lista sierras, pernos, cerrojos, hornillos, lámparas, clavos, agujas, alfileres, calderas, címbalos, y garniciones de tambores. De manera más general, Donald Wagner llega a la conclusión de que «la producción masiva de objetos de hierro fundido fue importantísima ... y los maestros herreros “proto-industriales” labraron grandes fortunas», proceso al que el autor sigue la pista hasta el siglo iii a. e. v.³

No menos impresionantes en este sentido son las técnicas de fabricación que se inventaron. Los chinos produjeron una gran variedad de formas de hierro, utilizando hierro fundido para fabricar palas y rejas de arado (además de cañones), al tiempo que producían hierro forjado para fabricar hojas de todo tipo (por ejemplo, espadas y cuchillos). Este hecho resulta particularmente significativo porque los europeos utilizaron sólo hierro forjado durante casi toda la Edad Media. «Parece de hecho que el mundo chino ... llegó directamente al hierro fundido, sin pasar, como hicieron los países europeos, por el largo estadio intermedio del hierro forjado».⁴ El hierro fundido era muy superior, debido a su mayor fortaleza. Y fue precisamente el hecho de que China alcanzara el dominio de un material como el hierro fundido, mucho más barato, lo que hizo que los efectos de la revolución industrial se extendieran tanto a lo largo y ancho del país.

A su vez, todo esto fue posible debido a los logros alcanzados en el campo de la fundición, trascendentales para la producción de hierro fundido. A este respecto tuvieron particular importancia los altos hornos y el fuelle de pistón (aunque ambos eran conocidos ya desde hacía unos 1.400 años). El fuelle suministraba el flujo continuo de aire necesario para mantener las altas temperaturas requeridas (975 °C). Se utilizaba ya en el siglo iv a. e. v. y en 31 e. v. era movido por energía hidráulica. Además, los chinos producían acero (material derivado del hierro fundido) ya en el siglo ii a. e. v.,

mientras que Europa no llegó a desarrollar la producción de acero hasta la Edad Moderna. Particularmente importante en este sentido es el hecho de que el acero chino era producido en el siglo V e. v. mediante un proceso de «co-fusión» en el que se mezclaban el hierro forjado y el fundido.

Otro avance sorprendente fue el que se consiguió en el siglo XI con la sustitución del carbón vegetal por la hulla o carbón de piedra (teniendo en cuenta la escasez de la madera). Se trata de un hecho enormemente significativo justo porque el eurocentrismo insiste en que fue un logro que los británicos fueron los primeros en alcanzar muchos siglos después. Eso sí, Gran Bretaña se parece a China en que ambos países utilizaron el carbón mineral para resolver el problema de la deforestación. Los notables avances conseguidos en el terreno de la fabricación de tejidos son otro rasgo del milagro Sung que suele atribuirse a los británicos del siglo XVIII. La industria china de la seda comenzó ya en el siglo XIV a. e. v. Y cabe afirmar que la innovación tecnológico-industrial más avanzada se llevó a cabo en el sector textil con la adopción generalizada de la máquina de hilar movida por energía hidráulica que se utilizaba en la elaboración del cáñamo y la seda (véanse los capítulos VI y IX). Por notables que fueran todos estos logros en la producción de hierro y acero y en el terreno de la industria textil, no eran más que la punta de un gran iceberg industrial. Y es que esa producción implicaba una enorme red de infraestructuras capaces de sustentárla.

Las revoluciones en el ámbito del transporte y la energía

Mientras que en Europa los molinos de agua empezaron a ser utilizados en principio para moler grano, y su aplicación a la elaboración de hierro no se produjo en el sur de Alemania hasta el año 1025 aproximadamente, en China ocurrió lo contrario. Los molinos de agua chinos se desarrollaron ante todo para impulsar los fueles

de los altos hornos ya en el año 31 e. v. Y lo que es más significativo, el empleo de un vástago de émbolo y de la correa de transmisión en el fuelle hidráulico guardaba un parecido asombroso con la máquina de vapor (para ulteriores detalles véase el capítulo IX). Por otra parte, los canales y compuertas mecánicas fueron un invento importantísimo (el de estas últimas data de 984).⁵ Y el transporte del carbón mineral, el hierro y el acero por los canales permitió su distribución al sur del país, hecho que fue fundamental para el milagro industrial chino, entre otras cosas porque supuso poder satisfacer la gigantesca demanda interna de estos tres materiales. Cabe señalar también que los chinos explotaron el petróleo y el gas natural como combustibles, para su utilización en la cocina y en la iluminación, probablemente ya en el siglo IV a. e. v.⁶ En efecto, el alcance de esta innovación nos lo revela el hecho de que en torno al siglo X e. v. se producían en masa lámparas de asbesto permanentes destinadas a la iluminación de los hogares.⁷

Los impuestos, el papel, la imprenta y el desarrollo de una economía comercializada

Una innovación especialmente significativa de la época Sung fue la creación de un sistema fiscal basado en el empleo de dinero en metálico. Mientras que el papel moneda (*fei-ch'ien*) fue inventado en torno al siglo IX con fines crediticios, a comienzos del siglo X pasó a convertirse en papel moneda «de verdad» utilizado como valor de cambio. En 1161 el estado emitía diez millones de billetes al año. Significativamente, estas innovaciones fueron copiadas posteriormente por los europeos, y entre los ingleses no se popularizaron hasta 1797.⁸ Cada vez más a menudo se exigía el pago de los impuestos en metálico, y no en especie. De ese modo, del 4 por 100 que se cobraba en 749 en concepto de tributo, los impuestos exigidos en metálico ascendieron rápidamente a mediados del si-

glo xi al 52 por 100. Este hecho revistió particular importancia porque obligó a los campesinos a emprender actividades mercantiles. Los intercambios comerciales calaron en los niveles más bajos de la sociedad, de modo que hasta los campesinos más pobres no tenían más remedio que cultivar sus productos para venderlos en el mercado. Como dice McNeill, «la proliferación de los intercambios comerciales—locales, regionales o interregionales—permitió incrementos espectaculares de la productividad total, cuando entraron en funcionamiento todas las ventajas de la especialización analizadas posteriormente de forma tan persuasiva por Adam Smith».⁹ Y pasa a citar a un escritor del siglo XIV que dice:

En nuestros días, donde haya una aglomeración de apenas diez casas, siempre hay un mercado ... En la estación propicia, la gente cambia lo que tiene por lo que no tiene, subiendo o bajando los precios con arreglo al cálculo que efectúe del deseo o la desconfianza mostrada por los demás, con el fin de obtener el beneficio menos pequeño posible. Ésa es, por supuesto, la forma habitual de todo el mundo.¹⁰

A diferencia de la imagen eurocéntrica del estado chino, presentado como clásico ejemplo de despotismo oriental, Eric Jones dice que el gobierno

abandonó su función de asignar y reasignar tierras a cambio de servicios laborales y de impuestos en especie y empezó a cobrar los tributos en metálico. Esta política de no intervención facilitó el crecimiento del mercado privado de bienes raíces ... [El] estado no era capaz ni de reprimir los cambios económicos que no consideraba deseables, ni tampoco, conviene señalar, reservó para el emperador y sus funcionarios todos los beneficios del cambio. Ni el estado ni los que tenían prebendas se quedaban con todas las ganancias a través de los impuestos ... De haberlo hecho, habrían acabado con el incentivo a la respuesta al abastecimiento que de hecho podemos observar.¹¹

De manera similar, R. Bin Wong comenta que los gobiernos chinos «creían que una presión fiscal ligera permitía prosperar al pueblo, y como se pensaba que un pueblo próspero era fundamental para el mantenimiento de un estado poderoso, los niveles impositivos se mantuvieron bajos».¹² De hecho, las cargas fiscales impuestas por los gobiernos centrales fueron enormemente bajas, situándose acaso en torno al 6 por 100 del producto nacional.¹³ Mientras que el eurocentrismo pinta la economía china como un sistema agrario basado en la mera subsistencia, lo cierto es que el comercio del período Sung no sólo conoció un altísimo desarrollo, sino que el estado obtenía la mayor parte de sus ingresos fiscales del sector comercial. También es significativo el hecho de que los comerciantes pagaran unos impuestos mucho menores que los productores agrícolas.¹⁴ Los innumerables informes de los misioneros jesuitas en China resultan también muy instructivos en este sentido; muchos de ellos confirman que el estado dejaba en paz a los mercaderes para que pudieran seguir llevando a cabo sus negocios.¹⁵

Un testimonio sorprendente del profundo grado de comercialización alcanzado durante la dinastía Sung es el desarrollo de ciudades medianas y grandes. Yoshinobu Shiba señala que resulta difícil calcular el volumen de la población urbana debido a la desigualdad de los datos disponibles para el período Sung. Las estimaciones correspondientes al distrito de Yin hablan de una población urbana equivalente más o menos al 13 por 100 del total, a un 7 por 100 en el distrito de She, y a un 37 por 100 en el de Tan-t'u. Aun así, la urbanización no sólo fue más pronunciada en China que en Europa, sino que China se jactaría de poseer algunas de las ciudades más populosas del mundo. Por ejemplo, Hang-chou tenía entre 1,5 y 5 millones de habitantes (según los distintos cálculos).¹⁶

El desarrollo de una economía monetaria está significativamente vinculado con otra innovación decisiva: la impresión y la fabricación de papel (cuyos orígenes se rastrean en los capítulos VI y VIII). Cabe señalar que el uso generalizado del papel moneda estampado

fue uno de los numerosos aspectos de China que impresionaron a Marco Polo. No menos sorprendente es el hecho de que se utilizara el papel de tantas maneras, a cuál más ingeniosa, empezando por las armaduras (por ser un material duro que no se oxidaba), el revestimiento de paredes, las prendas de vestir, como material higiénico, en la fabricación de cometas, en los tejidos, etc. La industria papelera china se vio espoleada asimismo por la enorme demanda de libros existente. La Academia Nacional con sede en la capital, Khai-feng, y luego en Hang-chou emprendió una actividad editorial a gran escala. No obstante, la confección y venta de libros no estaban restringidas al estado, sino que también afectaban a la esfera privada.

La revolución agrícola o revolución «verde»

En el siglo VI e. v. China tenía ya casi todos los aspectos que relacionamos con la revolución agrícola británica de los siglos XVIII y XIX (véase el capítulo IX para un análisis más extenso).¹⁷ Como dice Robert Temple:

No es exagerado afirmar que China estaba en la situación de Estados Unidos y la Europa occidental de hoy día, y que Europa estaba en la situación, pongamos por caso, de [!] Marruecos [actual]. Sencillamente, no había comparación entre la agricultura primitiva y desesperada de Europa antes del siglo XVIII y la ... agricultura avanzada de China después del siglo IV a. C.¹⁸

En efecto, durante el período Sung la superioridad de la agricultura china era tal que un historiador eurocéntrico se ha visto incluso obligado a admitir que «[para] Europa en su conjunto, la situación de la China del siglo XII no fue alcanzada hasta el siglo XX».¹⁹ Los agricultores chinos gozaban de unos niveles de producción

muy superiores a los de sus homólogos europeos.²⁰ Además, la agricultura china continuó teniendo unos niveles impresionantes durante los siete siglos siguientes (véase la próxima sección). No menos significativa fue la iniciativa del gobierno Sung llamada «política de los jóvenes retoños» (*chhing miao fa*). El gobierno daba incentivos a los agricultores para que invirtieran en sus explotaciones y concedía préstamos a intereses muy convenientes. «[T]al vez su mayor éxito fuera el modo en que la población rural, sensible a los beneficios de la nueva tecnología, se mostró dispuesta a experimentarla y a mejorarla por propia iniciativa».²¹

La revolución en el ámbito de la navegación

Es célebre la afirmación que hacía Francis Bacon en su *Novum Organum* (1620) en el sentido de que los tres descubrimientos más importantes del mundo fueron la imprenta, la pólvora y la brújula. Sorprendentemente, los tres fueron inventados en China (véase la próxima sección y el capítulo VI). Cabe señalar también que fueron los chinos los que en torno al año 1000 descubrieron que el polo magnético y el polo norte no eran exactamente idénticos. Más tarde, en el siglo XV, este descubrimiento permitió la elaboración de los mapas más exactos conocidos hasta entonces.

Acaso el aspecto más sorprendente de la revolución experimentada por la navegación china sea el desarrollo de los barcos. Éstos impresionaban tanto por sus dimensiones como por su número. Así, mientras que en 1588 los buques ingleses más grandes desplazaban apenas 400 toneladas, los juncos chinos desplazaban mucho antes más de 3.000 (véase asimismo el capítulo VII). Además, los juncos de mayores dimensiones disponían de numerosos elementos absolutamente geniales, como por ejemplo el casco cuadrado, el timón de popa, las velas de proa a popa, y los compartimentos estancos, elementos asimilados todos ellos mucho después por los euro-

peos (véanse los capítulos VI y IX). En particular, el número de barcos —grandes y pequeños— existente da testimonio no sólo de la revolución experimentada por la navegación china, sino también del carácter comercial de su economía. En el siglo VIII trabajaban en el Yangtze unas 2.000 embarcaciones, que transportaban un cargamento total equivalente más o menos a un tercio de lo que transportaba la marina mercante británica mil años después. Como es bien sabido, Marco Polo calculaba que sólo en el bajo Yangtze había 15.000 barcos. En el siglo XVII, el jesuita español Álvarez Se-medo llegó a contar no menos de 300 embarcaciones remontando el Yangtze en una sola hora.²² Por último, Gang-Deng pone de manifiesto que en tiempos de la dinastía Sung del norte había unos 12.000 navíos dedicados al transporte de grano, número que ascendía a más de 20.000 en la época Ch'ing, y a unos 130.000 barcos dedicados al transporte privado a finales del siglo XVIII.²³ En definitiva, la conclusión a la que llega Temple parece bastante acertada:

Probablemente sería prudente decir que los chinos fueron los mayores navegantes de la historia. Durante casi dos mil años dispusieron de barcos y técnicas de navegación tan adelantadas respecto al resto del mundo que las comparaciones resultan tremadamente embarazosas. Cuando Occidente logró por fin ponerse a su nivel, fue sólo a costa de adaptar de un modo u otro los inventos que habían hecho los chinos. Durante la mayor parte de la historia, los europeos utilizaron barcos decididamente inferiores a los chinos en todos los aspectos imaginables [incluso en 1800].²⁴

La primera revolución militar: China, c. 850-1290

Como veremos en el capítulo VIII, el eurocentrismo ensalza el genio militar de los europeos que supuestamente abrió la senda de la primera gran «revolución militar» (1550-1660). Los grandes avances tecnológicos fueron los que supusieron la pólvora, las armas de

fuego y el cañón. Pero todos estos inventos fueron realizados en China durante la «primera revolución militar» entre 850 y 1290. Una de las formas más habituales que tiene el eurocentrismo de menospreciar este hecho es decir que los chinos sólo utilizaban la pólvora para los fuegos artificiales y que no la aplicaban en el terreno militar (es decir, se apela a la «cláusula de China» típica de los orientalistas). Curiosamente, en la película épica *Las aventuras de Marco Polo* se cuenta que el primer invento chino del que tuvo conocimiento el viajero veneciano fueron los espagueti, y el segundo una explosión de pólvora. En la pantalla vemos a Marco Polo comentar a propósito de esta última: «¿Sólo se utiliza como juguete?». La inocente respuesta de los chinos no se hace esperar: «Sí, y para los fuegos artificiales». El veneciano sugiere entonces: «Pero podría ser un arma muy valiosa en la guerra». Los chinos, sin embargo, responden: «No, sería demasiado horrible, causaría demasiadas muertes». El diálogo viene a reproducir certeramente uno de los mitos eurocéntricos más habituales, a saber, el de que aunque los chinos fueron los inventores de la pólvora, los europeos, mucho más creativos, fueron los encargados de utilizarla en la guerra.

Aunque los chinos ya habían inventado la pólvora en torno al año 850,²⁵ a comienzos del siglo X ya la empleaban en sus lanzallamas y en 969 fue utilizada para disparar flechas. En 1231 fue empleada en bombas, granadas y cohetes (en forma de mortero metido en un tubo de hierro). Y en el siglo XIV era utilizada para fabricar minas terrestres y marítimas.²⁶ Los chinos inventaron también lan-zacohetes que podían disparar 320 proyectiles de una vez, arma que Needham califica de «equivalente medieval de la bazuka usada con tanta profusión en la segunda guerra mundial».²⁷ Curiosamente, los chinos desarrollaron asimismo en el siglo XIV un cohete con alas y aletas que, de nuevo según Needham, «guardaba un fuerte parecido ... con los famosos cohetes V-1 de la segunda guerra mundial».²⁸

Los orígenes de la pistola podrían remontarse a la «lanza de fuego» de mediados del siglo X. La primera pistola que disparaba

balas de hierro fue inventada alrededor de 1259 y ya se usaba un tambor metálico hacia 1275».²⁹

Aproximadamente en 1288 (es decir, con treinta y ocho años de antelación respecto al primer cañón europeo) ya había sido inventado un cañón rudimentario llamado «eruptor».³⁰ Y hay testimonios convincentes de la transmisión de este invento chino a Europa (véase el capítulo VIII).

Y ya, por último, uno de los aspectos más llamativos de la revolución militar china es el correspondiente a la marina. La armada de los Sung llegó a contar con 20.500 navíos.³¹ Esta flota china habría podido eclipsar a cualquier potencia europea, y con toda probabilidad a la totalidad de las fuerzas navales combinadas del continente.

Un detalle importante es que los sistemas armamentísticos de las embarcaciones experimentaron una mejora constante. En 1129 el trabuquete lanzaba bombas de pólvora y formaba parte del armamento habitual, y en 1203 algunos buques iban acorazados con planchas de hierro. La marina militar china se jactaba de tener unos antecedentes asombrosos. Por ejemplo, a finales del siglo VI, el buque de guerra «de cinco banderas» contaba con cinco puentes que alcanzaban los 30 metros de altura y podía transportar unos 800 hombres. Además iba equipado con «armas chocantes» o «hierros perforadores» —pértigas de unos 15 metros de longitud provistas en la punta de poderosos pinchos de hierro— que iban enganchados a las cubiertas superiores. Actuaban a modo de martillos gigantescos, que se abatían sobre las embarcaciones enemigas y las destruían. Y ya en el siglo III había «fortalezas flotantes cuadradas», que ocupaban más de 108.000 metros cuadrados, tenían torres muy altas y daban cabida a más de 2.000 hombres.³²

En definitiva, las palabras de Temple constituyen una vez más una buena conclusión: «Los chinos ... eran fabricantes de armas a una escala que nadie habría podido soñar en Occidente hasta la Edad Moderna».³³

Conclusión inicial china

Por último, estamos en condiciones de volver a evaluar uno de los principios fundamentales del eurocentrismo, a saber, el que afirma que sólo los europeos occidentales desarrollaron unas «miras mecánicas». Las palabras de Frederic Lane no pueden ser más típicas:

La necesidad no explica nada ... Mientras que los artistas del Lejano Oriente se complacían en pintar flores, peces y caballos, Leonardo da Vinci y Francesco di Giorgio Martini estaban obsesionados por la maquinaria. [Los] filósofos [europeos] llegaron a considerar el universo una enorme pieza de relojería, el cuerpo humano una máquina, y a Dios un «relojero» extraordinario.³⁴

Pero a la luz de los extraordinarios inventos mecánicos chinos semejante visión ya no se sostiene. De hecho —como demostraré en mi libro— durante buena parte del período que analizamos los europeos inventaron muy pocas cosas por sí solos. Las únicas verdaderas innovaciones que introdujeron antes del siglo XVIII fueron el tornillo o rosca de Arquímedes, el cigüeñal o árbol de levas, y los procesos de la destilación alcohólica.³⁵ Y aunque los europeos mostraron una enorme capacidad de asimilar muchos de los descubrimientos tecnológicos chinos a lo largo de los setecientos años siguientes, la propensión a la asimilación no es lo mismo que las miras mecánicas «innovadoras». Y si alguien demostró tener esas miras, fueron los chinos, no los europeos.

La reacción eurocéntrica más habitual consiste en desdeñar los logros económicos alcanzados en la China Sung calificándolos de «revolución fallida», en la que el progreso económico no tardó en ser engullido por el iceberg del estado despótico oriental, hundiéndose sin dejar rastro.³⁶ Aparte de que esa actitud tan despectiva no puede dar cuenta de los asombrosos avances iniciados durante el

período Sung, la economía china no sufrió ninguna regresión ni se hundió sin dejar rastro a partir de 1279. Su considerable pujanza permitió a China situarse hasta el siglo xix en el centro de la economía global o muy cerca de él.

EL MITO DEL AISLACIONISMO Y EL ESTANCIAMIENTO ECONÓMICO CHINO: CHINA, «PRIMUS INTER PARES», 1434-1800

Durante casi todo el segundo milenio, el comercio chino fue tan importante que varios autores antieurocéntricos han calificado la economía global anterior a 1800 de «sinocéntrica».³⁷ En realidad, aunque en efecto China fue la primera potencia del mundo, en último término la mejor forma de calificarla sería decir que fue un *primus inter pares*. La distribución del poder económico en el mundo sometido a la globalización oriental era «policéntrica», y todos los países y regiones, China, India, Oriente Medio y el norte de África, el Sudeste Asiático y Japón, desempeñaron papeles significativos.

No obstante, la mayor parte de los estudiosos desdeñan el éxito cosechado por China después del siglo xv basándose en dos grandes argumentos incluidos en la «cláusula de China». En primer lugar, como ya hemos señalado, aunque admiten que se produjo un desarrollo significativo durante el período Sung, dicho desarrollo es despreciado y calificado de «revolución fallida», en la que el crecimiento cesó al poco tiempo. Y en segundo lugar, la publicación por la dinastía Ming de la prohibición imperial del comercio exterior en 1434 hizo que se cerrara de inmediato cualquier ventana que tuviera abierta China a la posibilidad de crear un nuevo mundo. Y ello se debió a que la economía china entró en decadencia, lo que obligó a las autoridades a retirarse del comercio internacional. El comercio internacional chino, afirman, fue sustituido por el sistema tributario regresivo característico del país, sistema que se hallaba completamente al margen de la economía global. Por

esos dos motivos, pues, el eurocentrismo descarta la posibilidad de que China pudiera ser el centro del comercio mundial a partir de 1280 y especialmente de 1434. Por el contrario, se nos dice, China volvió a sumirse en el aislacionismo.

Esta llamada retirada da lugar a dos de las teorías más importantes en relación con la historia universal eurocétrica. En primer lugar, tuvo unas consecuencias enormes, en la medida en que supuestamente produjo un vacío de poder en Oriente que enseguida se encargó de llenar la superioridad de los europeos a partir de 1500. En palabras de David Landes,

el abandono del programa de grandes viajes [en tiempos de Chêng Ho] se integraba en una política más general de clausura, de alejamiento de los azares y las tentaciones del mar. Esta introversión deliberada, uno de los grandes puntos de inflexión de la historia de China, no habría podido llegar en un momento peor, pues no sólo desarmó al país frente al incipiente poder europeo, sino que lo puso en una actitud complaciente y tenaz en contra de las enseñanzas y las novedades que no tardarían en traerles los viajeros europeos.³⁸

En segundo lugar, esta prohibición hizo que China quedara separada de la gran corriente del comercio internacional (que supuestamente dio comienzo a partir de 1500), de modo que a partir de ese momento su economía quedó agotada de hecho. Citando una vez más a Landes, «el aislacionismo se convirtió en sinónimo de China. Redondo, completo, aparentemente sereno, provisto de una armonía inefable, el Celeste Imperio siguió ronroneando durante varios siglos más, inaccesible e imperturbable. Pero el mundo pasó de largo ante él».³⁹ Así, pues, esa retirada explica supuestamente el gran salto atrás que dio China, al tiempo que permitió el gran salto hacia adelante que dio Europa a partir de 1500. Es evidente, pues, que es mucho lo que depende de esta cuestión. Frente a la imagen eurocétrica habitual, yo ofrezco cuatro contrapropuestas que analizaré sucesivamente.

El mito de la retirada de China: la continuidad del comercio internacional chino después de 1434

La imagen convencional de la retirada de China es errónea en primera instancia porque los historiadores occidentales hacen una interpretación demasiado literal de la prohibición oficial y del sistema tributario chino. La lectura literal de la prohibición oficial se basa hasta cierto punto en el problema de su interpretación errónea. Los documentos oficiales quedan distorsionados por el afán que tenía el gobierno chino por salvaguardar aparentemente el ideal confucianista (es decir, aislacionista). Además, esa retirada se considera equivocadamente confirmada por la existencia de un sistema tributario imperial regresivo, basado supuestamente en la coerción y en modalidades de tributo administradas por el estado, y no en los intercambios comerciales. Pero las interpretaciones convencionales no saben entender ni el sistema tributario ni el carácter de la prohibición.

La primera objeción a este respecto es que el sistema tributario era también un sistema comercial. Como señala Rodzinski, el sistema tributario

no era a menudo, de hecho, más que una forma aparente tras la cual se ocultaba un comercio exterior de gran envergadura. En muchos casos los mercaderes extranjeros, especialmente los de Asia central, se presentaban a sí mismos como portadores de un tributo ficticio en nombre de estados imaginarios con el único fin de llevar a cabo sus transacciones.⁴⁰

Además, al tiempo que se ampliaban las relaciones tributarias chinas, se expandieron también las relaciones comerciales en el este y el sudeste de Asia.⁴¹ Así lo admitían incluso a veces algunos documentos oficiales chinos. Habría que añadir varias puntualiza-

ciones.⁴² El sistema tributario tenía un carácter más voluntario que forzoso. Esto se debía a que acceder al mercado chino pagando unas cantidades nominales en concepto de tributo constituía para los llamados vasallos un medio de enriquecerse. ¿Cómo se explicaría, si no, que portugueses, españoles y holandeses solicitaran repetidamente integrarse en el sistema en calidad de vasallos? Además, los estados vasallos a menudo rivalizaban entre sí para pagar tributo, una vez más con el fin de acceder por esa vía a la lucrativa economía china. Y toda una variedad de soberanos extranjeros, entre otros el sultán de Malaca, los emires de Brunei, los reyes Chōla de Coromandel y los príncipes de Malabar, se mostraron celosos por pagar tributo con el fin de obtener la protección de China frente a cualquier enemigo vecino. Como señala Anthony Reid, algunos «estados», por ejemplo Java, Siam o Malaca, insistieron tanto en enviar delegaciones tributarias que llegaron incluso a irritar a las autoridades chinas.⁴³ Prueba del carácter voluntario del sistema es que cuando los vasallos se veían privados de su estatus de tributarios a menudo reaccionaban de manera violenta. Por ejemplo, a finales del siglo XVI Japón invadió Corea (estado vasallo de los Ming) para obligar a China a reanudar las relaciones tributarias, e incluso amenazó con invadir la propia China si se negaba. Otra estrategia adoptada a menudo por los mercaderes asiáticos era proveerse de credenciales falsas, presentándose como emisarios que acudían a pagar tributo, expediente utilizado a modo de «piadosa hoja de parra tras la cual se ocultaba una actividad comercial corriente y moliente»;⁴⁴ y una vez más, todo el mundo estaba al corriente de los hechos y ocasionalmente así lo reconocen incluso los documentos de época Ming.

Hay tres grandes razones que hacen de la prohibición un mito. En primer lugar, como ya hemos señalado, el sistema tributario era en parte un sistema comercial encubierto. En segundo lugar, muchos mercaderes particulares chinos llevaban a cabo sus transacciones soslayando la prohibición oficial de varias maneras. Iróni-

camente, la imagen eurocéntrica del sistema portugués de *cartaz* como signo de la dominación europea no tiene en cuenta el hecho de que para los chinos, en particular, tener un *cartaz* significaba poder hacerse pasar por portugueses y saltarse a la torera la prohibición Ming. Además, buena parte del comercio chino se confundía con el japonés (pero era en realidad piratería china) y gozaba de una prosperidad enorme. Pero quizás el método más habitual de soslayar la prohibición lo encontramos en la práctica comercial cantonesa. Según comenta Philip Curtin,

todos los cargamentos superiores al tributo oficial eran desembarcados con éste y marcados con la etiqueta «lastre a bordo de los barcos tributarios», siendo retenidos hasta que llegara de Beijing el permiso necesario para venderlos ... [S]i la embarcación extranjera tenía que zarpar, se veía obligada a cargar lastre para garantizar la seguridad de la travesía. Y así en el viaje de regreso llevaba productos chinos a modo de lastre. De esa manera el «lastre» [es decir, la mercancía] que los barcos transportaban en un sentido y otro era más importante que el tributo que lo justificaba.⁴⁵

El monarca del reino de las islas de Ryūkyū era especialmente creativo, y animaba a los mercaderes particulares chinos de Fujian a establecerse en su país, desde el cual habrían podido realizar lucrativas transacciones comerciales con China. A cambio, todo lo que debía hacer era enviar de vez en cuando a China la delegación tributaria de rigor. Todo esto formaba parte de una estrategia más general emprendida por los mercaderes particulares chinos, que trasladaban su sede a otros lugares de la zona para poder exportar sus mercancías a China. Durante la primera mitad del siglo XVI, los mercaderes chinos se extendieron por todos los rincones del mar de la China Meridional, zona muy estratégica desde el punto de vista comercial, desde Indochina, Malasia y Siam, cruzando el arco de islas que va de Sumatra a Timor, hasta Filipinas. Y siguieron dominando esta red comercial hasta bien entrado el siglo XIX. Ade-

más, comerciaban por el este y por el oeste, y estaban en conexión con Fukien, en China.⁴⁶ Por último, existía también un comercio de contrabando muy boyante. Y como los funcionarios del gobierno a menudo colaboraban con los contrabandistas, resultaba a todas luces imposible mantener en vigor la prohibición. De hecho, tan volúmenoso era el comercio de contrabando que durante la década de 1560 el gobierno de los Ming acabó cediendo y legalizó el principal puerto contrabandista (Moon).

El tercer motivo por el cual podemos decir que la prohibición es un mito radica en el hecho de que no todo el comercio privado quedó prohibido. Buena parte de él quedó oficialmente ratificado en tres grandes puertos: Macao, Chang-chou, en la provincia de Fukien, y Su-chou, en la provincia occidental de Shensi. Más tarde, en la época Ch'ing el comercio se llevó a cabo a través de las ciudades de Amoy, Ningbo y Shanghai. Como dicen Lach y Kley:

Los primeros observadores occidentales, como, por ejemplo Mendoza, tuvieron la impresión de que los mercaderes de Fukien comerciaban ilegalmente en el exterior con la connivencia de las autoridades locales. [Pero] los autores del siglo XVII —Matlief sería uno de los primeros— no tardaron mucho en darse cuenta de que los mercaderes de la zona de Chang-chou disponían de permiso oficial para comerciar más allá de las fronteras del imperio.⁴⁷

Varios autores han apuntado hacia la importancia de los lazos comerciales existentes entre China y el Sudeste Asiático.⁴⁸ En particular, Manila constituía un centro de distribución sumamente importante para todo el sistema de comercio global porque allí obtenía China buena parte de su plata (a través de los galeones españoles). En efecto, sólo entre 1570 y 1642 fueron enviados anualmente a Manila unos veinticinco barcos chinos por término medio.⁴⁹ Y estos contactos siguieron siendo importantes durante gran parte del período posterior a la «prohibición», pero de hecho se intensificaron a finales del siglo XVIII.⁵⁰ El argumento fundamental estriba, sin

embargo, en que la mayor parte de la plata del mundo fue absorbida por China, lo que confirmaría que su economía no sólo estaba integrada plenamente en la economía global, sino que era lo bastante vigorosa como para disfrutar de un sólido excedente comercial. Por consiguiente, vale la pena analizar brevemente un poco más este punto.

Hay cuatro razones fundamentales que explican por qué la plata del mundo tendió a gravitar hacia China. En primer lugar, a mediados del siglo xv se produjo la conversión de la economía a la moneda de plata. En segundo lugar, la solidez de la economía china generó una fuerte demanda interna de este metal. En tercer lugar, las exportaciones de China superaban en gran medida a sus importaciones. Y en cuarto lugar, el precio de la plata respecto al oro en China era el más alto del mundo (la proporción oro y plata existente en China se situaba en un 1:6, si la comparamos con la proporción 1:14 existente en Europa).⁵¹ Así lo reconocía Adam Smith: «En China, país más rico que cualquier lugar de Europa, el valor de los metales preciosos es mucho más alto que en cualquier parte de Europa».⁵²

La economía de China fue el eje central en la medida en que constituía un desagüe por el que se colaba gran parte de la plata existente en el mundo. Curiosamente, hacia 1640, el erario chino ganaba unos 750.000 kilos de plata al año. Podemos calibrar el nivel de riqueza de China por el hecho de que «incluso un “pobre” comerciante de telas de Shanghai poseía un capital de unas cinco toneladas de plata, y las familias más ricas poseían [un capital de] varias toneladas de plata».⁵³

No obstante, el término «desagüe» resulta equívoco sólo porque da la impresión de que la plata desaparecía en China para no reaparecer nunca más. El hecho de que el precio de la plata china respecto al oro fuera tan alto y que en cualquier otro sitio fuera más bajo, dio lugar a un sistema global de arbitraje.⁵⁴ Como explican Flynn y Giraldez,

la existencia de distintas ratios entre ambos metales implica teóricamente que se podía utilizar una onza de oro para comprar unas once onzas de plata en Amsterdam, y transportar el metal a China y cambiar allí las once onzas por unas dos onzas de oro. Las dos onzas de oro podían llevarse de nuevo a Europa y cambiarlas por veintidós de plata, que a su vez podían ser llevadas de nuevo a China, donde su valor volvería a doblarse.⁵⁵

Este sistema de arbitraje global vio el constante desvío de plata hacia China, donde era cambiada por oro. Éste, a su vez, era exportado al extranjero, principalmente a Europa, donde era cambiado por plata y a continuación enviado de nuevo a China, donde era cambiado otra vez por oro. Llamo a este sistema «proceso de reciclaje global de plata»: «global» porque adoptaba la forma de un circuito cerrado que iba de las Américas a Eurasia para acabar en China, de donde volvía a Occidente y a Europa. De ahí que el término «desagüe» resulte problemático: Y es evidente que los chinos no eran unos meros acumuladores de tesoros (como explicaré en el capítulo IV). Curiosamente, incluso a partir de 1640, cuando disminuyeron los beneficios del arbitraje, la plata siguió fluyendo hacia China debido a que la demanda de este producto seguía siendo muy fuerte. Este hecho refuta de inmediato la «cláusula de China» esgrimida por el eurocentrismo, según la cual a partir del período Sung la economía china «simplemente se frenó». Además, como han sostenido Flynn y Giraldez, el hecho es que la conversión de la economía china a la plata a mediados del siglo xv fue extremadamente importante para la suerte futura de los europeos. Pues como señala atinadamente Pomeranz, «si China no ... hubiera tenido una economía tan dinámica [basada en una moneda de plata que le permitió] ... absorber las enormes cantidades de este metal extraídas de las minas del Nuevo Mundo a lo largo de tres siglos, esas minas habrían acabado siendo ruinosas al cabo de unas pocas décadas».⁵⁶

Así, pues, para resumir, es evidente que de un modo u otro, los mercaderes chinos continuaron con el comercio extremadamente lucrativo que habían venido desarrollando con o sin autorización oficial. Por consiguiente, numerosos especialistas eurocéntricos se han dejado seducir con demasiada facilidad por la retórica oficial. Como concluye acertadamente Jacques Gernet, «existía un abismo enorme entre la normativa oficial y la realidad de la situación comercial; las restricciones [oficiales] impuestas al comercio podrían inducirnos a suponer que China quedó aislada en el momento mismo en que el tráfico marítimo se hizo más intenso».⁵⁷ Pero, si como es lo más seguro, las autoridades chinas hicieron la vista gorda ante ese sistema de comercio privado ilegal generalizado, se nos plantea de inmediato la siguiente cuestión: ¿Por qué insistieron en fingir oficialmente que la prohibición era eficaz? Para responder a esta pregunta deberemos enfrentarnos a otra concepción equivocada muy habitual del eurocentrismo.

El mito de la «prohibición» del comercio internacional en China: la política de identidad china

Volviendo sobre mi segunda contrapropuesta, la historia eurocéntrica insiste en que la prohibición oficial del comercio exterior fue un resultado inevitable de la decadencia económica china. Y de manera similar, si los chinos hubieran tenido pretensiones imperiales por aquel entonces, su decadencia económica habría justificado su retirada y su aislamiento. Pero teniendo en cuenta los testimonios de la continuidad del comercio chino expuestos más arriba, resulta evidente que la prohibición no es más que un mito. Yo sostengo aquí que el mito de la prohibición se mantuvo para reproducir la legitimidad del estado chino (a su vez vinculada con la identidad china). Pues el hecho es que el sistema de tributos era más que un simple sistema comercial encubierto. El mito de la prohibición se mantuvo por decisión política, no por una necesidad económica.

En tiempos del emperador Hung-hsi, de la dinastía Ming, China volvió a los valores confucianistas tradicionales que hacían hincapié en el aislamiento del resto del mundo. Los primeros soberanos Ming habían mirado al exterior (como demostrarían las expediciones de Chêng Ho), aunque no estuvieran interesados en emprender una política imperialista. Pero cuando el emperador Hung-hsi accedió al trono (en 1424), se inclinó por la restauración de las prácticas del confucianismo, que debían situarse en el corazón del estado chino. En 1434 la dinastía Ming declaró oficialmente muerto el comercio internacional chino. Pero si continuó desarrollándose una actividad comercial significativa, ¿a qué venía esa pretensión de ser un reino aislado, en el que las relaciones con el mundo exterior se basaban sólo en el falso sistema soberanista de vasallaje tributario? El sistema de tributos había sido para el estado chino un medio fundamental de mantener su legitimidad en el interior. Pero implicaba —y eso era lo más importante— la ejecución del saludo reverente por parte de los emisarios de los estados vasallos. Y ese saludo era el símbolo decisivo del Mandato Celeste del emperador. Así, pues, era esencial mantener el mito del sistema tributario, aunque sólo fuera para perpetuar la legitimidad del estado en el interior.⁵⁸ De ahí que la significación política del sistema tributario radicara en el hecho de que el emperador tuviera que demostrar a su propia población que contaba con el acatamiento del mundo «bárbaro» (de ahí el sistema tributario), aunque en la práctica el sistema de tributos supusiera también un comercio lucrativo tanto para los vasallos como para los mercaderes chinos.

Este juego imperial de entelequia de legitimidad y de engaño comercial ha sido captado perfectamente por Joseph Fletcher, por lo que vale la pena incluir esta extensa cita suya:

Las autoridades chinas estaban encantadas de ser engañadas. El prestigio [es decir, la legitimidad] del emperador no se veía realzado si sus ministros ponían de manifiesto la verdadera naturaleza de

sus «vasallos», y la corte podía escoger mejor la mercancía si los mercaderes ... tenían que llevarla consigo a la capital. En consecuencia, embajadas de pacotilla con credenciales igualmente de pacotilla iban y venían constantemente a la corte china. Tanto mercaderes como ministros eran cómplices de lo que podríamos llamar un secreto a voces ... Según [el padre] Ricci [misionero jesuita de la época], «los propios chinos (que no ignoran, ni mucho menos, el engaño) engañan a su rey, adulándolo de manera servil, como si verdaderamente todo el mundo pagara impuestos al reino de China, mientras que, por el contrario, sería más cierto decir que es China la que paga tributos a esos reinos». Y si en algo se equivocaba Ricci era sólo en creer que el emperador no estaba también al corriente del juego.⁵⁹

En efecto, era un juego de engaños al que estaban encantados de jugar los llamados estados vasallos, pues, como señala atinadamente Bin Wong, «los gobiernos extranjeros permitían generalmente que los chinos abrigaran esa idea [de superioridad de China] sin tener por qué aceptarla necesariamente ellos».⁶⁰ Pues a todas luces redundaba en beneficio de sus intereses comerciales seguir jugando.

Es evidente, pues, que no fue la decadencia económica, sino la necesidad de mantener la legitimidad —estrechamente relacionada con la identidad china— lo que indujo a las autoridades del Celeste Imperio a fingir que la prohibición funcionaba. Pero paradójicamente hay un sentido en concreto en el que los chinos sí que emprendieron la retirada. Y es que no se retiraron de la economía global, sino que se «abstuvieron» de desarrollar la política de poder imperial que poco después arraigaría en los estados de la península Ibérica.

Como señalaba Louise Levathes,

a [comienzos del siglo XIII] ... China extendió su esfera ... de influencia por todo el océano Índico. Medio mundo estaba en manos

de China, y, teniendo como tenía una armada tan formidable, habría sido muy fácil, si así lo hubiera querido, que la otra mitad también cayera en ellas. China habría podido convertirse en una gran potencia colonial un siglo antes de que diera comienzo la gran edad de la exploración [sic] y la expansión europea. Pero no fue así.⁶¹

El hecho es que, si se lo hubieran propuesto, los chinos podrían haber emprendido una misión imperial por la mayor parte del mundo.

¿Por qué no lo hicieron? A estas alturas debería estar ya bien claro que no fue debido al carácter inadecuado de sus condiciones materiales. Se debió a que *prefirieron* renunciar al imperialismo, en buena medida como consecuencia de su particular identidad. Como ha señalado de modo parecido Felipe Fernández-Armesto,

el «destino manifiesto» de China no se produjo y el dominio mundial, que por un momento pareció a punto de ser suyo, fue abandonado ...

La renuncia [de China] sigue siendo uno de los ejemplos más notables de reticencia colectiva de la historia [universal].⁶²

En definitiva, pues, el único problema que plantea esta prohibición ficticia es que los estudiosos eurocéntricos se han dejado seducir con demasiada facilidad por la creencia de que fue un hecho y al mismo tiempo no han sido capaces de entender su función social.

A su vez, este error de interpretación ha dado pie a una de las mayores falacias de la historia universal eurocéntrica, a saber, la de que fue la retirada de la economía global por parte de los chinos lo que creó el vacío que posteriormente llenarían los europeos, debido a su superioridad, a partir del año 1500. Sin embargo, lo cierto es que no se produjo ningún vacío (véase asimismo el capítulo VII).

El mito de la decadencia de la economía china: la preeminencia de China, 1100-1800/1840

A partir de 1100 el poder intensivo de China no tuvo rival en el mundo. Pero si es así, ¿qué debemos hacer con el comentario despectivo eurocéntrico, según el cual la revolución industrial Sung fue en realidad una «revolución fallida»? Para los especialistas eurocéntricos, la economía post-Sung se agotó principalmente como consecuencia de la reimplantación del despotismo oriental, que se vio obligado a instaurar la prohibición del comercio debido a su debilidad económica y a la decadencia de su producción. Irónicamente, esta tesis se basa a menudo en los datos aportados por Robert Hartwell acerca de la producción de hierro y acero, que sugieren que dicha producción se redujo rápidamente a partir de 1279. O, según la expresión típica de esta tesis habitual del eurocentrismo realizada por Fernand Braudel:

Lo extraordinario es que después de estos inicios tan increíbles, la metalurgia china no siguiera adelante después del siglo XIII. Las fundiciones y forjas chinas no hicieron más descubrimientos, sino que simplemente repitieron los viejos procesos. La fundición de coque —si es que llegó a ser conocida— no se desarrolló. Resulta difícil averiguarlo, y más aún explicarlo.⁶³

El primer problema que plantea el desdén eurocéntrico es que el comercio internacional chino siguió boyante (como ya hemos explicado), lo mismo que el comercio interno.⁶⁴ El segundo problema de la tesis eurocéntrica radica en que los cálculos de Hartwell son discutibles no tanto porque exageran marginalmente los logros del período Sung, sino sobre todo porque subestiman los niveles de producción de hierro y acero *posteriores*. Kenneth Pomeranz sugiere que, al contrario de lo que se pensaba en otro tiempo, la pro-

ducción de hierro se recuperó a partir de 1420.⁶⁵ A comienzos del siglo XX Fang Xing calcula que se producían unas 170.000 toneladas de «hierro nacional» (comparadas con las 125.000 toneladas de 1078).⁶⁶ Además, Peter Golas llega a la conclusión de que la producción de hierro probablemente llegara a su punto culminante en el siglo XVIII.⁶⁷ Señala asimismo que China gozó en el siglo XIX de niveles muy altos de producción de hulla, parte de la cual se encontraba en pozos mucho más grandes que los descubiertos en Europa, y que el carbón mineral se utilizaba en todos los sectores de la economía. Además, existen pruebas convincentes de que la producción de hierro en Guangdong se basaba en un modelo capitalista formal.⁶⁸ El milagro industrial de la dinastía Sung no fue un episodio aislado de la historia de China. La economía no sólo siguió boyante, sino que sería una economía con importantes ramificaciones para las perspectivas de desarrollo de muchas otras regiones del mundo, y muy especialmente de Europa (véanse los capítulos VI-IX). ¿De qué otras pruebas, pues, disponemos, que revelen los significativos niveles del poder intensivo de China después de 1280?

Un indicio del elevado poder intensivo de China estaría en su base productiva agrícola. En el siglo XVI, la economía se había recuperado de los estragos de la peste negra. Los beneficios de la agricultura no sólo habían incrementado en un 60 por 100 entre finales del siglo XIV y el año 1600, sino que además sobrepasaban de largo los niveles alcanzados en cualquier lugar de Europa. Por otro lado, buena parte del excedente de la agricultura china era destinado a la exportación. No se trataba de una economía agrícola atrasada basada en la mera subsistencia, sino que la producción agrícola estaba muy comercializada y dependía del comercio internacional.⁶⁹ En definitiva, varios autores han elaborado detalladamente una impresionante imagen del desarrollo agrícola chino en el siglo XVIII.⁷⁰ Gernet incluso la califica de «época de prosperidad» y llega a la conclusión de que la agricultura china seguía muy por delante de la de Europa.⁷¹ Cabe señalar también que entre más o menos

1700 y 1850 los índices de crecimiento de la población china alcanzaron unos niveles fenomenales, que sólo serían alcanzados en Gran Bretaña después de la industrialización del país. Ello implica un incremento enorme de la producción agrícola y de la producción de grano per cápita, hecho que sin duda supone un potencial técnico enorme.⁷² Jones coincide con esta opinión, y sugiere que se produjo una sustitución de mano de obra por capital, fenómeno que continuó hasta después de la época Sung.⁷³

El elevado poder intensivo de China se vio reflejado también en la exuberancia de su producción y de su comercio. En primer lugar, cuantiosas importaciones de plata afluían al país procedentes de todo el mundo (hecho que, como ya hemos señalado, supone una prueba importante de la superioridad de la capacidad de producción de China). En segundo lugar, había un importante conjunto de infraestructuras capitalistas de carácter privado.⁷⁴ En particular, la banca privada era superior a la pública. Shansi constituía el principal centro de la banca privada, y a comienzos del siglo XIX los ocho bancos más grandes de China tenían más de treinta sucursales a lo largo y ancho del país. La inversión en el comercio y la industria era superior a la agricultura, incrementándose considerablemente el poder de los mercaderes. En tercer lugar, la producción algodonera era gigantesca, lo que exigía grandes cantidades de materia prima. A finales del siglo XVIII, China importaba de la India más algodón que el que importaba Gran Bretaña de América. A esto debemos añadir los argumentos aportados en el capítulo 4, a saber, que la renta per cápita en China era más o menos igual a la de Gran Bretaña en 1750; que su PIB era tan alto como el de Gran Bretaña en 1850; y que su participación en la producción mundial de manufacturas era más alta que la de Gran Bretaña hasta 1860. Por consiguiente, la preocupación de muchos sinólogos eurocéntricos por relacionar el desarrollo económico chino con la irrupción de la influencia occidental a partir de 1839 no reconoce el considerable progreso económico alcanzado mucho antes del advenimiento de los británicos.

Por último, como explicamos en el capítulo IX, hasta el siglo XVIII los europeos reconocieron el espíritu de lo que vengo sosteniendo aquí. Hasta 1780 no empezarían a revisar esta idea en lo que probablemente constituya uno de los casos más fantásticos de construcción de una imagen social emprendida por los europeos en el último milenio. En un momento dado, los chinos eran «todo un ejemplo y todo un modelo de civilización avanzada», y al siguiente no eran más que «un pueblo caduco [marcado por] la paralización eterna». Desgraciadamente, los especialistas en historia universal de tendencias eurocéntricas (occidentales y chinos) han decidido erróneamente interiorizar el «argumento de la paralización»,⁷⁵ cuando deberían haber centrado su interés en la idea de China como civilización dinámica y avanzada durante la mayor parte del segundo milenio.

Mi última contrapropuesta dice que antes de 1839 China fue capaz de controlar a los europeos a los que concedía permiso oficial para acceder a sus mercados, y de derrotar en el terreno militar a los que, sin gozar de ese permiso, se atrevieran a desafiarla. Como trataré esta cuestión con más detalle en el capítulo VII, la dejaré de momento aquí. En una palabra, parece lógico llegar a la conclusión de que China ni se retiró de la economía global a partir de 1434 ni su economía se agotó. De ese modo, resulta que la afirmación de Landes (citada anteriormente) en el sentido de que «el aislacionismo se convirtió en sinónimo de China» mientras que el mundo exterior pasaba de largo ante ella, no es más que otro mito eurocéntrico. Y la misma conclusión cabe aplicar a la India, el Sudeste Asiático y Japón, como veremos a continuación.

Capítulo IV

ORIENTE SIGUE SIENDO HEGEMÓNICO

El doble mito del despotismo oriental y el aislacionismo de la India, el Sudeste Asiático y Japón, 1400-1800

La idea de que la civilización no puede existir en el ecuador está en contradicción con la tradición continuada. Y bien lo sabe Dios.

IBN KHALDŪN

Uno de los asertos eurocéntricos más importantes dice que hacia el año 1500 Occidente se había erigido en la región dominante del mundo. También suele darse por supuesto que las principales potencias mundiales entre 1400 y 1800 fueron todas, sin excepción, europeas. Pero como demuestra este capítulo, ningún de los grandes actores de la economía mundial antes de 1800 fue en ningún momento europeo. Además, hasta el siglo xix Europa no acortó distancias y se puso finalmente a la altura de las demás regiones, tras permanecer por detrás de ellas durante quince siglos. Uno de los principales motivos de que los especialistas eurocéntricos hayan dado por supuesto el histórico atraso económico de Oriente de-

riva de su creencia en que las economías orientales se vieron sofocadas por el predominio del despotismo oriental y por su aislamiento respecto al comercio internacional. La falsación de estos dos presupuestos contribuye a fortalecer la tesis que exponemos en la próxima sección, a saber, que Oriente siguió estando por delante de Occidente hasta el siglo XIX. La segunda sección revela que es un mito la marginación eurocéntrica de la India y del Sudeste Asiático como meras regiones aislacionistas, que permanecieron atrasadas —en el caso de la India— como consecuencia de ser un estado despótico oriental. La tercera sección hace lo mismo con Japón. En particular yo sostengo que Japón alcanzó un progreso económico significativo *antes* de la industrialización británica, lo que indica a su vez que Japón fue más un «país de desarrollo temprano» que un «país de desarrollo tardío».

ORIENTE POR ENCIMA DE OCCIDENTE, 1200-1800

¿Qué pruebas (cuantitativas o cualitativas) hay para afirmar que Oriente estuvo económico más adelantado que Occidente hasta el siglo XIX? Aunque muchos de los indicadores estadísticos al uso son necesariamente áridos, al fin y al cabo son todo lo que tenemos. Y en cualquier caso han sido utilizados por los propios autores eurocéntricos para sustentar sus afirmaciones. Empecemos por los datos relativos a la renta nacional. Según Paul Bairoch, en 1750 la renta de lo que más tarde sería el tercer mundo (oriental) superaba en un 220 por 100 a la de Occidente, en 1830 era un 124 por 100 más alta, y en 1850, un 35 por 100. Téngase en cuenta que la renta de Occidente corresponde a la de Europa, las Américas, Rusia y Japón, mientras que la de Oriente corresponde a Afroasia (definición distorsionada a favor de Occidente). La renta de Occidente sólo sobrepasó los niveles de la de Oriente en 1870.¹ Según Angus Maddison, el PIB de China en 1820 suponía el 29 por 100

del PIB mundial y equivalía a la contribución al mismo de toda Europa.² No es de extrañar que, como Oriente tiene una población mucho mayor que Occidente, los especialistas eurocéntricos hayan solidado centrar su atención en los datos relativos a la renta per cápita. Angus Maddison y David Landes proponen una proporción de 2:1 a favor de Occidente en 1750.³ Sin embargo, utilizando como base el dólar estadounidense de 1960, Bairoch calcula que en 1750 la renta per cápita en Oriente era más o menos la misma que la de la Europa occidental, y que China estaba al mismo nivel que las principales economías europeas.⁴

¿Cómo podemos hacer una valoración a partir de unos cálculos tan distintos y unas conclusiones tan radicalmente opuestas? Como señala acertadamente Maddison,

si Bairoch tiene razón, buena parte del atraso del tercer mundo [actual] debería explicarse presumiblemente apelando a la explotación colonial y la ventaja de Europa se debería mucho menos a su precocidad científica, a siglos de lenta acumulación, y a su superioridad organizativa y financiera.⁵

Significativamente, Maddison admite que si utilizáramos los métodos creados por uno de los juegos de datos más sofisticados que se han ideado, las extrapolaciones aplicadas al año 1750 confirmarían los datos de Bairoch.⁶ Además, en su libro de 1993 Bairoch tiene en cuenta un juego de datos más reciente ideado por Maddison que, al convertirlos en dólares norteamericanos de 1960, le lleva a calcular una renta de 121 dólares para la India e Indonesia en 1830. Se trata de una conclusión muy importante, pues, como dice Bairoch,

teniendo en cuenta el hecho de que el nivel de la India en torno a 1750 era probablemente como mínimo una tercera parte más alto que en torno a 1830, y que, en esa misma época (1750), China era

más rica que la India, y que Latinoamérica era probablemente «más rica» que Asia, mientras que África era probablemente «más pobre», atribuir a lo que luego sería el Tercer Mundo un nivel de partida de unos 170-190 dólares parece un cálculo muy conservador. En otras palabras, una cifra muy próxima o como mínimo similar a la que daba yo en 1981.⁷

En suma, incluso en 1750 puede afirmarse que en términos de renta per cápita Occidente estaba más o menos al mismo nivel que Oriente. No obstante, existe un consenso bastante generalizado en el sentido de que a partir de 1800, la renta per cápita de los países de Europa occidental se puso por delante.

¿Cuál era la situación relativa en términos de participación en la producción mundial de productos manufacturados? Aquí debo basarme en el conjunto de datos elaborado en 1982 por Bairoch (que es, por lo que yo sé, el único que existe).⁸ Según Bairoch, en 1750 Occidente contribuía a la producción mundial con un 23 por 100 aproximadamente, mientras que Oriente (incluido Japón) aportaba casi el 77 por 100. Incluso en 1830 Oriente producía todavía el doble que Occidente; y éste probablemente superara a Oriente sólo hacia 1850. Pero el punto más importante tiene que ver con la posición relativa de los países más destacados. En 1750 el liderazgo de China era evidente, pues gozaba del 33 por 100 de la producción mundial de productos manufacturados (superando la posición resurgente que ocupa hoy día Estados Unidos). Sorprendentemente, la participación relativa de China era por aquel entonces casi un 50 por 100 superior a la de Occidente, circunstancia que la equipararía con la participación de Estados Unidos en relación con Europa más Japón y Canadá en su momento de mayor apogeo en 1953. Hasta 1830 Occidente no superó a China. ¿Y qué podemos decir de la relación existente entre China y Gran Bretaña? En 1750, la participación de China en la producción mundial de productos manufacturados superaba en más de un 1.600 por 100 a la de Gran Bretaña. En

1800 esa proporción se situaba en un 670 por 100 a favor de China y en 1830 en un 215 por 100. Sólo en 1860 Gran Bretaña llegó a ponerse en este sentido a la altura de China. No menos importante es el hecho de que la participación de la India era superior a la de toda Europa en 1750 y un 85 por 100 superior a la de Gran Bretaña en 1830.

¿Qué conclusión podemos extraer de este análisis? Si nos atenemos a los datos del PIB, Occidente no se puso por delante de Oriente hasta 1870. Pero si nos atenemos a los datos relativos a la renta per cápita parece lógico afirmar que Occidente no tomó la delantera hasta después de 1800. No obstante, la renta per cápita no es indicativa necesariamente de un poder económico global fuerte. Suiza y Singapur gozan en la actualidad de una renta per cápita muy alta, pero a nadie se le ocurre sacar la conclusión de que cualquiera de estos dos países es una potencia económica global significativa. El puesto sorprendentemente destacado que ocupaba China en la participación en la producción mundial de productos manufacturados hasta mediados del siglo XIX resulta especialmente significativo. Sería lógico concluir, pues, que Oriente estuvo, según parece, por delante de Occidente al menos hasta el año 1800.

Hay además diversos parámetros cualitativos que son útiles a este respecto, entre otros los datos relativos a la esperanza de vida y la ingesta de calorías. Kenneth Pomeranz ha compilado recientemente los datos relevantes a partir de múltiples fuentes y llega a la conclusión de que Asia tenía cuando menos la misma, si no mayor, calidad de vida que Europa incluso en 1800 (aunque se fija sobre todo en Japón y China).⁹ Curiosamente, las investigaciones realizadas en los últimos años han revelado que, contrariamente a la tesis eurocéntrica al uso, el nivel de vida y los niveles reales de salario existentes entre los turcos otomanos no estuvieron nunca por detrás de los europeos antes del siglo XIX.¹⁰ Además, la sanidad pública y el suministro de agua limpia estaban más avanzados en China que en Europa. Lee y Feng afirman que el nivel de vida de China era sin

duda alguna comparable al de Occidente en el año 1800.¹¹ Y Susan Hanley dice que incluso en 1850 el nivel de vida de los japoneses era más alto que el de los británicos. Esta misma profesora sostiene también que el japonés medio tenía una alimentación más saludable que el británico medio.¹²

A pesar de todo, sin embargo, Oriente estaba a todas luces por delante en su posición comercial dentro de la economía global. Como reconocen unánimemente la mayor parte de las autoridades, Europa padeció déficit comerciales crónicos con las grandes potencias de Oriente durante todo este período, situación que databa de la época del Imperio romano. Como la demanda europea de productos asiáticos era muy grande, mientras que la demanda asiática de productos europeos era muy pequeña, Europa compensaba la diferencia con la exportación de metales preciosos (signo palpable del atraso de Europa). Otro testimonio es el que nos proporciona el hecho de que los europeos ni siquiera eran capaces de producir esos metales, sino que para obtenerlos se dedicaron a explorar África y las Américas. O, como dice Andre Gunder Frank:

En la estructura de la economía mundial, hubo cuatro grandes regiones que mantuvieron déficit constantes y calculados del comercio de bienes de consumo: las Américas, Japón, África y Europa. Las dos primeras equilibraron sus déficit produciendo plata monetaria para la exportación. África exportaba oro monetario y esclavos. En términos económicos, estas tres regiones producían «bienes de consumo» para los cuales existía una demanda en otros puntos de la economía mundial. La cuarta región deficitaria, Europa, apenas podía producir por su cuenta para la exportación nada con lo que equilibrar su perpetuo déficit comercial.¹³

El eurocentrismo, sin embargo, esgrime tres grandes objeciones que yo me encargaré de ir refutando sucesivamente. En primer lugar, los estudiosos eurocéntricos afirman con frecuencia que los asiáticos no compraban productos europeos porque los gustos del

consumidor asiático sencillamente no eran lo bastante refinados. Sin embargo, los productos europeos eran inferiores tanto en calidad como en precio (motivo por el cual los asiáticos sólo aceptaban de ellos oro o plata).¹⁴ Además, parece que nadie se ha dado cuenta de que Europa no fue la única región que estuviera en déficit con algunas de las grandes potencias orientales (lo que a su vez indica que el problema no podía deberse al carácter «poco refinado» de los patrones de consumo orientales).

Una segunda objeción igualmente habitual dice que la preferencia de los asiáticos por los metales preciosos se explica por su supuesta propensión a acumular tesoros.¹⁵ Pero la tesis del acaparamiento de tesoros tiene tres grandes puntos flacos. En primer lugar, se basa en la suposición injustificada de que las economías asiáticas no estaban monetizadas. Desde luego la economía china, la japonesa y la india estaban ya monetizadas en los siglos XVI y XVII. Digno de reseñar es también el hecho de que la mayoría de los estados asiáticos insistían en recaudar los impuestos en moneda y no en productos «en especie», lo que a su vez arrastró a muchos campesinos a la economía comercial. En segundo lugar, y punto a su vez más importante, si los asiáticos se hubieran dedicado simplemente a acumular los metales preciosos, ¿cómo explicamos el hecho de que recurrieran al arbitraje global para obtener más beneficios? Lo cierto es que la plata era primero absorbida por India y China en particular, y luego era cambiada por oro, que se exportaba a Europa, donde era cambiado de nuevo por plata (según comentamos en el capítulo anterior). Así, pues, la plata no era atesorada sin más, sino que era empleada de un modo racional, orientado a la obtención de más beneficios. En tercer lugar, la importación de metales preciosos constituyó un gran acicate para la comercialización de muchas economías asiáticas. En otras palabras, los metales preciosos no eran retirados de la circulación para ser atesorados, sino que eran utilizados para estimular la circulación y la producción.¹⁶ Por estas tres razones es evidente, pues, que la exportación

de metales preciosos por parte de Europa con el fin de compensar el déficit comercial es una muestra de su debilidad productiva y de la fuerza económica relativa de Asia.

En definitiva, pues, existen numerosas pruebas que revelan que, según todos los grandes indicadores económicos, Oriente estuvo por delante de Occidente hasta comienzos del siglo XIX como mínimo. Ahora pasaré a analizar Oriente región por región y a examinar el poder intensivo y extensivo de algunas de sus potencias más importantes. Analizado el caso de China en el capítulo anterior, pasaré ahora a examinar uno tras otro los de la India, el Sudeste Asiático y Japón. Téngase en cuenta que estudiaré brevemente los casos del Imperio otomano y el Imperio persa en el capítulo VII.

EL DOBLE MITO DEL AISLACIONISMO INDIO Y DEL DESPOTISMO ORIENTAL

El eurocentrismo pinta la India como un caso típico de despotismo oriental —un Leviatán brutal e insaciable— que, tras agotar todos sus recursos económicos, creó una economía atrasada y estática, aislada de la corriente general del comercio internacional.¹⁷ Esta sección ofrece ocho contrapropuestas que revelan que si por algo destacaba la economía india antes de la llegada del imperialismo británico, era sólo por su pujanza.

El estado indio como potenciador del crecimiento: ocho propuestas antieurocéntricas

En primer lugar, la idea de que el estado mongol aplastó toda la actividad capitalista resulta problemática porque dicho estado se mostró, en el peor de los casos, indiferente al capitalismo, a menudo lo toleró e incluso a veces hizo mucho para promocionarlo. Un

ejemplo notable de la ayuda efectiva que proporcionó el estado es el caso de los mercaderes de Gujarat. En efecto, aunque los navíos reales fueron importantes hasta comienzos del siglo XVII, a partir de ese momento se produjo un cambio trascendental. Los mercaderes de Gujarat lograron convencer a los príncipes de que retiraran la marina real y les concedieran la autonomía necesaria para llevar a cabo sus transacciones comerciales en sus propias embarcaciones, especialmente desde Surat (proceso que quedó concluido a mediados del siglo XVII). Y parece que la protección suministrada por el estado a los mercaderes de Gujarat fue un factor importante del incremento masivo, que podríamos situar entre un 600 y un 1.000 por 100, del número de embarcaciones indias con base en Surat. Vale la pena señalar también la filosofía del príncipe maratha Shivaji:

Los mercaderes son el ornato del reino y la gloria del rey. Son la causa de la prosperidad del reino. Toda clase de bienes no accesibles llegan al reino. Ese reino se hace rico. En tiempos de dificultades hay posibilidad de contraer cualquier deuda que sea necesaria. Por este motivo debería mantenerse el respeto debido a los mercaderes. En los mercados de la capital deberían mantenerse los grandes mercaderes.¹⁸

De hecho, fue esta actitud la que atrajo a los gujarati a emigrar a Maharashtra en el siglo XVII. Más en general, los individuos que practicaban el comercio de larga distancia, los *banjāra*, disfrutaban de gran prestigio. Grover señala que

en nombre del estado, se pidió a los zamindar de las regiones que les garantizaran [a los *banjāras*] paso libre por sus respectivas jurisdicciones zamindari. Como la clase de los *banjāra* mantenía vivas las vías de aprovisionamiento de un sitio a otro ... era muy respetada en la sociedad. Cuando una caravana llegaba a una aldea ... era recibida calurosamente. Los jefes zamindar ... a menudo regala-

ban túnicas de honor a los jefes banjāra cuando llegaban sanos y salvos a sus territorios.¹⁹

Además, basando sus afirmaciones en la nueva investigación primaria que él mismo ha realizado, Muzafar Alam demuestra que los príncipes mongoles a menudo intentaron proteger a los mercaderes indios. Por ejemplo, hubo intercambio de cartas entre los príncipes mongoles, el sah de Persia y los khanes uzbekos, con el fin de fomentar la paz en aras de mantener el lucrativo comercio que unía estas tres regiones.²⁰ Y, como señala Van Santen, los príncipes mongoles emprendieron una especie de política de promoción de las exportaciones destinada a atraer el flujo de metales preciosos hacia la India.²¹ No es de extrañar que los comerciantes indios soñaran ver a esos príncipes como a sus aliados.

Un segundo problema es que la tesis del despotismo oriental exagera burdamente el centralismo y el poder del estado mongol. El estado central en realidad delegaba el poder y el control a las autoridades locales y estaba encantado de permitir (y tolerar) las numerosas instancias locales que controlaban la actividad comercial. Dado que las autoridades portuarias y locales hicieron mucho por facilitar el capitalismo y el comercio, esta misma circunstancia contribuye en gran medida a echar por tierra el planteamiento eurocéntrico. Esa misma debilidad administrativa echa por tierra igualmente la idea eurocéntrica de que el comercio y los precios venían determinados por el gobierno central. Aunque hubo unos pocos lugares en los que el gobierno mongol intentó influir en el comercio por su cuenta, los

navieros [privados] eran libres de enviar sus barcos a donde quisieran; no había ninguna compañía naviera que fuera monopolio de un individuo o un grupo. Se tienen noticias de intentos ocasionales de crear un monopolio de determinados productos, pero no fueron bien vistos y no tuvieron efectos duraderos.²²

En cualquier caso, el sistema era sencillamente demasiado vasto y el estado mongol demasiado débil para poder establecer una economía de ordeno y mando y un sistema comercial monopolístico basado en su propio interés.

Un tercer problema es que si la tesis del despotismo oriental fuera cierta, no habría cabido esperar encontrar fuentes de crédito significativas dentro de la economía india. Sin embargo, las instituciones financieras estaban bien desarrolladas y extendidas. Los mercaderes de Ahmadabad, por ejemplo, efectuaban todo tipo de pagos y contraían deudas en papel. Curiosamente, los tipos de interés en los mercados financieros eran equivalentes o inferiores a los existentes en Gran Bretaña (variando entre el 0,5 y el 1 por 100 al mes) en los siglos XVI y XVII.²³ Además, los *shroff* (banqueros) locales ofrecían préstamos a un interés anual muy bajo, entre el 1 y el 5 por 100 en las zonas rurales, y entre el 1 y el 6 por 100 en las ciudades. Por si fuera poco, los intereses cobrados por los *sarraf* (cambistas) por avalar las transacciones comerciales eran también muy bajos, lo que indica a todas luces que los caminos debían de hallarse libres de cualquier tipo de inseguridad. Por último, los *sarraf* abrieron bancos de depósito, prestando el dinero depositado en ellos (principalmente a los mercaderes) a un tipo de interés más elevado, rasgo evidentemente propio del sistema financiero de la banca moderna. Si esos capitalistas hubieran vivido en el temor de un estado «rapaz», seguramente no habrían emprendido esas actividades financieras.

En cuarto lugar, si el estado se hubiera basado en el despotismo oriental, ¿cómo podríamos explicar el hecho de que muchos mercaderes se hicieran enormemente ricos? Un mercader del siglo XVII, Abdul Ghafur, desarrollaba unas actividades comerciales cuyo volumen era equivalente al de toda la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Se dice que poseía unos 300 barcos, de entre 300 y 800 toneladas cada uno. Otro mercader, Virji Vora, tenía una finca enorme que valía unos 8 millones de rupias y alcanzó personalmen-

te tal nivel de preeminencia en varios sectores del comercio que podía ejercer su control sobre la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.²⁴ Por otra parte, numerosos mercaderes de Surat eran muy ricos, y algunos de ellos poseían a mediados del siglo XVII fortunas por valor de 5 o 6 millones de rupias. También es significativo el hecho de que tanta riqueza no estaba confinada a los mercaderes de Surat. Como concluye Ashin Das Gupta,

el *bania* hindú, que tiembla de miedo ante el mongol, incapaz de acumular y conservar sus bienes debido a [la rapacidad del] gobierno, es una figura conjurada a menudo por la imaginación mal informada de unos pocos viajeros occidentales [eurocéntricos]. Podían acumularse libremente grandes fortunas gracias al comercio marítimo.²⁵

En quinto lugar, si el estado era tan «metomentodo», ¿cómo se explica que los aranceles que gravaban el comercio exterior y las tasas impuestas al tráfico interior fueran tan bajos? Y si los impuestos sobre la tierra y la actividad comercial hubieran sido tan abrumadores, ¿cómo podemos justificar la presencia de numerosos grupos de mercaderes enormemente ricos (que no tenían nada que agradecer al estado)?

En sexto lugar, el eurocentrismo asegura que uno de los principales signos del despotismo oriental indio radica en el hecho de que antes de la aparición del Imperio británico, el comercio indio era insignificante.²⁶ Además, algunos estudiosos eurocéntricos, como por ejemplo Moreland, presentan el comercio indio apenas como un simple apéndice o una nota a pie de página de la corriente general del comercio europeo. De semejante planteamiento se desgajan dos consecuencias concretas: la primera sería que las actividades comerciales de menor importancia existentes afectaban sólo a los artículos de lujo y, por lo tanto, no cabe hablar de un comercio extensivo;²⁷ y la segunda sería que el comercio indio estaba supuestamente en manos de «mercachifles» de poca monta que no eran más

que simples actores secundarios en la escena internacional. Examínamos una por una estas afirmaciones.

Uno de los motivos de que el eurocentrismo insista en que el comercio indio era sólo marginal procede de la exótica imaginería de los lujosos tejidos indios vendidos a reyes y magnates. Pero semejante imaginería parece que es más bien producto de una mentalidad orientalista. De ese modo, aunque los tejidos lujosos eran producidos en lugares como Bengala, Gujarat y Coromandel, la mayoría de las telas producidas en la India iban destinadas a los mercados de consumo masivo. De lo que no se han dado cuenta los estudiosos eurocéntricos es de que gran parte de los tejidos indios eran de una calidad basta, propia sólo de los consumidores más pobres. También es interesante constatar que esos mercados de masas se extendían por un área geográfica amplísima, que llegaba hasta Indonesia por el sudeste y hasta Ormuz y Adén por el oeste. Semejantes mercados, pues, tenían poco de excepcional. En efecto, era de los grupos de consumidores más pobres de buena parte de Oriente Medio de donde procedía en mayor medida la demanda de los paños indios de peor calidad.²⁸ Los bienes de consumo destinados a las masas adoptaban también la forma de productos alimenticios cotidianos, como el arroz o las legumbres, el trigo y el aceite, mercaderías todas que se compraban y vendían a lo ancho y largo del océano Índico, y además en grandes cantidades.

La imagen eurocéntrica convencional de que el comercio indio estaba en manos de «mercachifles» es también falsa. Así lo pone de manifiesto el hecho de que existieran muchos mercaderes a gran escala cuyas actividades comerciales se desarrollaban dentro y fuera de la economía india. Importantes en este sentido serían los *banjāra* (comerciantes con países lejanos) y los *banian* (comerciantes urbanos). Los *banjāra* no eran ni mucho menos mercachifles de poca monta. Ni tampoco lo eran los *banian*, entre otras razones porque a menudo daban empleo a mercachifles ambulantes. Los mercaderes musulmanes de Gujarat eran los más importantes entre

los *banjāra* y su papel en la vastísima red comercial del océano Índico fue impresionante.²⁹ Y como hemos señalado anteriormente, muchos llegaron a amasar enormes fortunas. Los *banian* se dividían en dos grupos, los *dallāl* (intermediarios) y los *shroff* y *sarraf*. Los *banian* estaban imbuidos desde su nacimiento de un pensamiento capitalista racional. Como señala Habib,

la adquisición inmediata de la capacidad de adquirir cosas constitúa la piedra angular de la mentalidad de los banyan... Esa mentalidad llevaba aparejadas dos virtudes calvinistas, a saber, la parsimonia y el espíritu religioso. Los banyan se absténian cuidadosamente de hacer ostentación de su riqueza, y no gastaban pródigamente en nada, excepto en joyas para sus mujeres (que, por otra parte, era una manera de ahorrar).³⁰

En particular, los *banian* tenían acceso a altísimos niveles de capital. Desempeñaron un papel decisivo en la financiación no sólo del comercio ultramarino indio, sino también de diversas compañías europeas, especialmente la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. No menos significativo es el hecho de que llegaron a financiar el comercio a larga distancia a una escala mucho mayor que los británicos. En efecto, «los navíos europeos eran más pequeños y estaban menos capitalizados. Los ingleses empleaban por término medio un capital de 200.000 rupias a comienzos del siglo XVII, mientras que algunos barcos de Gujarat que comerciaban con el mar Rojo tenían un valor cinco veces superior a esa cifra».³¹ De ese modo, aunque había muchos mercaderes indios a pequeña escala, lo cierto es que ellos solos (lo mismo que los británicos) habrían sido incapaces de emprender sus actividades comerciales sin la ayuda de los numerosos mercaderes a gran escala que había en el país.

No obstante, para seguir con la imagen transmitida por el eurocentrismo, cabría afirmar que esos capitalistas a gran escala no eran

más que meros *compradores*, subordinados a los comerciantes europeos de mayor entidad. Pero en realidad el papel de los *banian* era más parecido al de un «socio principal».³² Los *banian* no eran hombres de origen humilde a los que los británicos concedieron riqueza y poder. Eran ya ricos mucho antes de que llegaran los británicos. Y sobre todo, fue su capital el que proporcionó en buena parte la financiación del comercio británico, es decir que fueron los británicos los socios minoritarios hasta después de 1800.

Conviene señalar también que la imagen de la India como país aislado del comercio internacional dista mucho evidentemente de corresponder a la realidad. De ese modo, si bien otomanos y chinos fueron los actores principales de la actividad comercial de la economía global del período posterior al año 1500, los mercaderes indios fueron desempeñando poco a poco y de manera progresiva un papel complementario, especialmente dentro del importante sistema comercial del océano Índico. India estaba orientada más hacia la exportación que hacia la importación y gozó de un cuantioso superávit comercial con Europa.³³ No es de extrañar que fluyeran hacia la India grandes cantidades de plata procedente de Europa. Eso sólo constituye ya a todas luces un argumento de peso, teniendo en cuenta la idea eurocéntrica (equivocada) de que el comercio europeo constituía «la corriente principal» de la actividad mercantil. Además, sería un error suponer que la economía india se basaba en una burda agricultura de subsistencia. Recientes investigaciones han puesto de manifiesto que la aldea india «típica» estaba significativamente relacionada no sólo con los boyantes centros comerciales del propio país, sino también con toda la economía global.³⁴ Significativo era también el volumen del comercio interno indio que corría a cargo de los *banjāra*, y que se cifraba en unos 821 millones de toneladas métricas por milla al año. Podemos conjutar que alcanzaba ese volumen por el hecho de que todavía en 1882 el ferrocarril transportaba 2.500 millones de toneladas por milla.³⁵

Por último, acaso el problema más claro que plantea la tesis del despotismo oriental sea que la economía india alcanzó unos niveles impresionantes de poder (productivo) intensivo. Es bien sabido que los dos sectores que se vieron más afectados por la revolución industrial británica fueron el del algodón y el del hierro y acero. Lo que resulta particularmente sorprendente en este sentido es que en estos dos sectores India estuvo a la cabeza hasta el siglo XVIII, cuando no hasta el XIX. India era bien conocida por su producción de acero wootz, que era exportado a Persia, donde constituía la base de la elaboración del famoso acero de Damasco (damasquino). Es evidente que ya había altos-hornos durante el período mongol, y a finales del siglo XVIII existían unos diez mil en todo el país. Además, el acero indio siguió siendo no sólo superior al producido en Sheffield, sino también más barato. E incluso tras el inicio de la industrialización británica, el abismo existente entre el acero europeo y el indio, aunque cada vez más pequeño, siguió siendo considerable (véase el capítulo IX). La India era además el mayor productor de tejidos de algodón del mundo. Su producción de seda era casi tan grande como la de algodón. Sólo la zona de Kasimbazar suministraba 1,1 millones de kilos de seda al año. Como concluye Braudel,

de hecho toda la India fabricaba seda y algodón, enviando una cantidad increíble de telas, desde las más corrientes a las más lujosas, al resto del mundo, pues a través de los europeos incluso América acogía una gran parte de los tejidos indios. No cabe duda de que hasta la revolución industrial británica, la industria del algodón indio fue la más importante del mundo, tanto por la calidad como por la cantidad de su producción y la escala de sus exportaciones.³⁶

Además, la influencia de la India se ve reflejada en la propia lengua: *chintz*, *calicó*, *dungaree*, *caqui*, *pijama*, *sash* y *chal*, son todas palabras de origen indio.³⁷

En resumidas cuentas, pues, dado que todavía incluso a finales del siglo XVIII la India tenía un poder intensivo y extensivo mayor que las principales potencias europeas, queda patente que lo del despotismo oriental y el aislacionismo de la India es un mito, y que los albores de la Edad de Europa todavía no se veían por ninguna parte.

El Sudeste Asiático, ¿un mero apéndice?

El eurocentrismo reduce el Sudeste Asiático a los estrechos de Malaca y luego reduce Malaca a un apéndice o una pequeña nota a pie de página en la corriente principal del relato occidental. Ello se debe en parte a que los estrechos se conciben como un mero punto de paso o una parada en ruta en la llamada «corriente principal del comercio» entre Europa y China, y en parte también a que Malaca estuvo supuestamente dominada por los portugueses a partir de 1511 y por los holandeses a partir de 1641. Pero de ese modo se ensombrece el hecho de que la región participó en un comercio que se remontaba a los primeros años de la era vulgar.³⁸ Se ensombrece también el papel decisivo que desempeñó el reino de Sríwijaya, en Sumatra, dentro de la economía global entre los siglos VII y XIII (como ya señalamos en el capítulo II). Y remontar la relevancia de Malaca sólo al período posterior al año 1511 resulta problemático entre otras cosas porque fueron los viajes del almirante (musulmán) chino, Chêng Ho, casi un siglo antes, los que dieron un impulso especialmente importante a la actividad comercial de Malaca y del Sudeste Asiático.³⁹ Pues sólo entonces Malaca sustituyó a Java como gran centro del comercio indonesio, extendiendo sus relaciones comerciales hasta Gujarat, Dhabol, Bengala y Coromandel, en la India, hasta China y las islas Ryūkyū, y hasta los Imperios otomano y persa, y por ende hasta el Mediterráneo. En último término, sin embargo, contar la historia de Malaca como si se tratara

de una avanzadilla de Europa en Oriente resulta problemático porque, como veremos con mayor detalle en el capítulo VII, los portugueses y los holandeses fueron simplemente incapaces de monopolizar el comercio del Sudeste Asiático.

Las consideraciones que llevan al eurocentrismo a desdénar el comercio del Sudeste Asiático, como hiciera con el de la India, se basan en otros dos motivos. En primer lugar, ese comercio lo realizaban supuestamente sólo «mercachifles» de poca monta; y en segundo lugar, ese comercio afectaba sólo a artículos «de lujo» y, por lo tanto, era marginal. El primer argumento eurocéntrico queda refutado por la existencia de los *nakhoda*, grandes propietarios de juncos moderadamente ricos. En su mayoría eran javaneses y en ellos sobre todo recaía la gestión del comercio exterior. Prueba de ello es que en el Sudeste Asiático la nave mercante media desplazaba apenas 500 toneladas de carga, y los buques más grandes —gestionados por los *nakhoda*— llegaban a pesar unas 1.000 toneladas cuando iban cargados hasta los topes (todos ellos en cualquier caso superaban la capacidad de carga de los navíos europeos). Además, hablando del comercio indonesio, Meilink-Roelofsz dice:

Es ... evidente que un comercio a una escala semejante [por su magnitud] ... no puede decirse que fuera una actividad de mercachifles. Antes bien, constituye un modelo sumamente variado en el que enormes cantidades de mercancías a granel, como productos alimenticios o tejidos, se alternan con cantidades ... más pequeñas de productos valiosos o incluso baratijas.⁴⁰

Esto nos lleva al rechazo de la segunda alegación. La habitual afirmación eurocéntrica de que el comercio del Sudeste Asiático estaba dominado únicamente por los artículos de lujo se basa, al parecer, en la importancia exagerada que se da al comercio de las especias, presumiblemente porque estaba dominado por los europeos. Pero las especias eran en realidad sólo una mercancía marginal

en la zona.⁴¹ Por el contrario, los productos alimenticios a granel (entre otros el arroz, la sal, el pescado salado o seco, y el vino de palma), así como tejidos baratos y objetos de metal, «ocupaban más espacio en los barcos que cruzaban las tranquilas aguas del estrecho de la Sonda».⁴²

EL MITO DEL DESPOTISMO ORIENTAL Y EL AISLACIONISMO DE JAPÓN: JAPÓN COMO «PAÍS DE DESARROLLO TEMPRANO», 1600-1868

Cabría pensar que Japón —que experimentó una industrialización notable a partir de 1868 (por no hablar de un «milagro económico» a raíz de la segunda guerra mundial)— seguramente constituyó la excepción que incluso algunos autores eurocéntricos se ven obligados a admitir. Pero para muchos de esos estudiosos Japón no es más que la excepción que confirma la regla del eurocentrismo.⁴³ La «cláusula de Japón» contiene dos tesis fundamentales. La primera afirma que el Japón Meiji sólo se industrializó a partir de 1868 porque se vio obligado a abandonar su política de aislamiento internacional por el comodoro americano Matthew Calbraith Perry en 1853. Se cree que la influencia occidental fue decisiva porque, si la hubieran dejado a su aire, la atrasada economía nipona habría languidecido como lo había venido haciendo bajo el despotismo oriental del estado Tokugawa (1603-1868). Y la segunda tesis dice que Japón confirma la regla eurocéntrica porque el éxito de su industrialización a partir de 1868 se debió supuestamente a su capacidad de emular o copiar los modos occidentales (coherente con la estrategia del «desarrollo tardío»). En efecto, la datación de la industrialización japonesa con posterioridad a 1868 es importante para la argumentación eurocéntrica porque semejante periodización haría de Japón un «país de desarrollo tardío» por definición (dados que todos los países europeos, incluida Rusia, comenzaron

sus programas de industrialización antes de 1868). Además, los especialistas eurocéntricos a menudo explican la rapidez del progreso nipón a partir de 1868 como una muestra o bien de la celeridad con la que fueron absorbidas las ideas occidentales, o bien del grado en que la estructura social de Japón era parecida a la de Gran Bretaña (tesis de «la Gran Bretaña de Oriente»).⁴⁴

De un modo u otro, el caso de Japón proporciona la prueba tranquilizadora de la superioridad de los modelos occidentales y confirma de paso el presupuesto eurocéntrico típico que hizo famoso Walt Rostow, a saber, que todos los países atrasados pueden gozar de los frutos de la modernidad mientras sigan la receta de modernización de Occidente.⁴⁵ Esta sección supone una revisión crítica de la perspectiva eurocéntrica y ofrece una imagen revisada de Japón como «país de desarrollo temprano». Esta conclusión a su vez pone en entredicho las tesis eurocéntricas de que los «países de desarrollo temprano» se encontrarían sólo en Europa, y de que Oriente fue incapaz de abrir la senda de su propio desarrollo.

Cómo empezaron realmente las cosas en Japón: el dinamismo económico en la época Tokugawa (1603-1868)

En otro tiempo había muy pocas pruebas empíricas del desarrollo de Japón antes de la era Meiji. A menudo simplemente se daba por supuesto que la economía del Japón Tokugawa estaba atrasada y estancada como correspondería al despotismo oriental. Incluso los especialistas nipones estaban unánimemente de acuerdo en que el Japón Tokugawa era una economía atrasada, feudal o agraria. Sin embargo, enseguida se impone una prueba circunstancial que pone en entredicho esa opinión: las tasas de crecimiento económico del Japón de la era Meiji a partir de 1868 superaron las de casi todas las economías europeas. Esas tasas de crecimiento tan elevadas no podían haber salido de la nada. Parece inconcebible pensar

que la economía japonesa pudiera estar estancada en un momento dado (justo antes de 1853) e inmediatamente después se convirtiera en una de las más dinámicas del mundo. En los últimos años se han llevado a cabo investigaciones (a menudo a costa de mucho esfuerzo) que ofrecen una imagen revisada del dinamismo económico que caracterizó a la era Tokugawa. Esto ha llevado a algunos a pensar, en palabras de Eric Jones, que «buena parte de la facilidad relativa de los logros conseguidos en la época Meiji se atribuye actualmente al impulso que le dio la época anterior [la Tokugawa]».⁴⁶

Una de las principales tesis que plantea Eric Jones en su libro *Growth Recurring* es que el Japón Tokugawa disfrutó de un incremento de la renta per cápita (supuestamente el leitmotiv del capitalismo moderno). Otros han sugerido que ese crecimiento de la renta per cápita se consiguió durante la segunda mitad de la dinastía Tokugawa.⁴⁷ Y, como hemos señalado más arriba, existen pruebas de que antes de 1868 los japoneses gozaron de un nivel de vida relativamente alto con un fuerte incremento de los salarios reales y de las rentas.⁴⁸ Del mismo modo, la opinión tradicional afirmaba que la producción agrícola creció sólo muy lentamente durante la era Tokugawa. Pero ahora es evidente que los datos tradicionales en torno al crecimiento de la producción de grano están sujetos a tergiversaciones conservadoras. Las investigaciones más recientes demuestran que se alcanzó una tasa de crecimiento de la producción agrícola muy significativa durante buena parte del período Tokugawa, si no en todo él.⁴⁹ El incremento de la productividad de la tierra era atribuible a diversas innovaciones entre las cuales estarían el uso de los fertilizantes comerciales, el aumento de las variedades de plantas (especialmente de arroz), el uso extensivo del regadío y la conversión de los campos de secano en arrozales, el empleo cada vez mayor de la especialización (es decir, la posibilidad de no tener que cultivar productos antieconómicos), la selección de las semillas, la siembra de múltiples productos, y otras muchas.⁵⁰

Un argumento convencional afirma que los viejos bastiones del feudalismo —los *daimyo* (la aristocracia) y los samurái (los vasallos militares)— no se vieron socavados hasta el período Meiji. Pero este hecho no fue más que el punto final de numerosas medidas políticas introducidas en tiempos de los Tokugawa, medidas que convierten ese punto final en una especie de simple hecho consumado. La erosión de las bases de poder de los *daimyo* y de los samurái comenzó en la primera mitad del siglo XVII. Los *daimyo* se vieron obligados a vivir en la capital (Edo), pues la intención del emperador era erosionar su poder cargándolos con enormes deudas personales. Cabe señalar aquí que esta estrategia refleja la de los soberanos europeos, cuando emprendieron sus políticas de centralización del estado.⁵¹ Todas esas medidas consiguieron reducir la autonomía local de los *daimyo* y por consiguiente echar por tierra el feudalismo.⁵² En efecto, tanto se habían endeudado muchos *daimyo* a finales del período Tokugawa que la mayoría se sintieron encantados de que el estado Meiji expropiara sus tierras (a condición de que condonara sus deudas). En resumen, las reformas Meiji fueron únicamente el punto final de un largo proceso de formación de un estado «racional» iniciado durante el período Tokugawa.

El estado Tokugawa intentó también socavar el poder de los samurái obligándolos a vivir en ciudades fortificadas. A su vez, el rápido desarrollo de estas ciudades tuvo un importante efecto multiplicador del comercio, dando lugar a avances en la agricultura con el fin de sustentar a aquella población urbana cada vez más numerosa. A comienzos del siglo XIX los cultivos de productos de subsistencia prácticamente habían desaparecido, y los mercados habían penetrado hasta el corazón de las aldeas más pequeñas. Ello se debió en no pequeña medida a la separación de los samurái de los campesinos, lo que a su vez dio lugar a la plena consolidación de la unidad familiar campesina. A lo largo de este proceso, la liberación de los campesinos supuso para ellos un incentivo inmediato para producir más, especialmente debido a que el estado los animaba a

hacerlo. Los campesinos leían los tratados de agricultura más recientes (por ejemplo, el *Nōgyō Zenshō*, de 1697) para mejorar sus conocimientos, y empezaron a producir para el mercado. Esta circunstancia se vio favorecida por la extensión de las zonas destinadas a cultivar productos de regadío, así como por el incremento de los niveles de productividad. Todo ello contribuyó a la rápida comercialización de la economía. Tenemos buena prueba de ello en el hecho de que en 1800 casi el 22 por 100 de la población de Japón vivía en ciudades, cifra que supera fácilmente la de Europa.⁵³ Por último, la promoción de una moneda nacional por parte del gobierno resultó beneficiosa porque obligó a los grandes *daimyo* a vender sus bienes para adquirir la nueva moneda (hasta entonces los *daimyo* acuñaban cada uno la suya). Este hecho dio un nuevo empuje a la comercialización y a la creación de un mercado nacional unificado.

En una palabra, las tendencias centralizadoras del estado y la elevación de los niveles de comercialización y producción que las acompañó significan que la imagen convencional de Japón como una sociedad feudal atrasada antes de 1868 dista mucho de la realidad. El resultado final fue «una estructura de poder [burocrático] sumamente elaborada ... [que] mostró una capacidad de cohesión y una flexibilidad suficientes como para garantizar una rápida transición a nuevas estrategias de establecimiento del estado tras el segundo choque con Occidente [en 1853]».⁵⁴ Además, este aparato burocrático cada vez más racional y centralizado echa por tierra la imagen eurocéntrica del Japón Tokugawa como un despotismo oriental. Eric Jones, en particular, enumera todos los tipos de medidas económicas «racionales» promovidas por el estado que él considera no menos racionales que las empleadas en Occidente por esa misma época.⁵⁵ Examinemos, pues, las diversas instituciones propias del capitalismo racional que surgieron durante el período Tokugawa.

Para sustentar la rápida expansión del comercio japonés aparecieron las primeras instituciones crediticias en Osaka durante la dé-

cada de 1630. En la siguiente década, los prestamistas aceptaban depósitos y efectuaban préstamos sobre ellos. En 1670 el llamado Grupo de los Diez (los diez principales financieros de Osaka) obtuvo un reconocimiento oficial que les permitía actuar en nombre del gobierno y asumir la responsabilidad de dirigir el mercado de dinero. Además, este grupo de bancos poseía algunas características propias de los bancos centrales, guardando las reservas finales del sistema bancario y actuando como «prestatario de último recurso», además de ejercer cierto control sobre el mercado de oro y plata. Y nadie podía abrir un negocio de banca sin obtener previamente su aprobación y avenirse a acatar sus normas.⁵⁶ Era un sistema financiero sofisticado que adoptó métodos modernos, entre los cuales cabe destacar la utilización de depósitos, adelantos, pago de facturas, cheques, créditos al descubierto, transacciones en divisas, seguros y seguros de vida. Permitía, pues, la financiación tanto de la industria como de la agricultura. De hecho, la idea tradicional de que las instituciones bancarias no existían en las zonas rurales, y de que los únicos que podían prestar dinero eran los prestamistas sin escrúpulos, y no los bancos, dista mucho de responder a la verdad. Recientes investigaciones han demostrado que al menos en la década de 1830 ya había surgido toda una red de empresarios bancarios o financieros rurales.⁵⁷

Un curioso testimonio del avanzado estado en que se encontraban las instituciones financieras en el período Tokugawa lo tenemos en el hecho de que ya existía un mercado de futuros.⁵⁸ También vale la pena señalar que la primera transacción de futuros japonesa tuvo lugar en Dōjima (en Osaka) en 1730. En cambio, las primeras transacciones de futuros de Frankfurt y Londres no se produjeron hasta 1867 y 1877 respectivamente. Cabe señalar también en este sentido que el sistema de derecho mercantil creado durante el período Tokugawa era especialmente sofisticado por la amplitud de su cobertura y su imparcialidad (signo propio de una institución «racional»). Se conocían perfectamente las transaccio-

nes comerciales, y resultan particularmente chocantes sus conceptos de contrato, bancarrota y la distinción entre préstamos y capital neto. En definitiva, como concluyen Hanley y Yamamura,

la descripción de esas instituciones [financieras] ... induce al lector a sacar la conclusión de que cualquier economía que contara con tales instituciones debió de estar sumamente comercializada y ser muy próspera. Lo que importa aquí son las aportaciones que efectuaron esas instituciones al incremento de las transacciones comerciales a un coste cada vez más bajo.⁵⁹

Otro aspecto importante desde el punto de vista económico es el avance experimentado por la industria. Aunque el período de mayor adelanto de la producción manufacturada tendría que esperar al período Meiji, en tiempos de los Tokugawa se dieron numerosos signos de «protoindustrialización». Entre los sectores afectados por ella cabe citar el pesquero, el textil, la fabricación de papel, sake y salsa de soja, el acero y otros metales, y la elaboración de productos agrícolas y pesqueros.⁶⁰ Una vez más, la importancia de esos desarrollos radica en que, cuando surgió el estado Meiji, buena parte de los cimientos ya habían sido echados, lo que facilitó el camino hacia la plena industrialización.

El mito del aislacionismo japonés: la continuación del comercio exterior después de 1639

Como han hecho con los estudios de China a partir de 1434, los especialistas eurocéntricos hacen mucho hincapié en el argumento de que durante el siglo XVII Japón emprendió supuestamente la retirada y quedó aislado del comercio internacional al tiempo que en 1639 el estado ponía en vigor la política llamada *sakoku* («país cerrado»). Esta tesis se utiliza para confirmar la existencia del despo-

tismo oriental por un lado, y del atraso económico por otro, dado que supuestamente durante el período Tokugawa la economía quedó estancada en la práctica. En 1639 sólo los holandeses y los chinos tenían permiso oficial para residir en Nagasaki, desde donde importaban productos extranjeros. Y esas actividades de importación y exportación eran supuestamente insignificantes. La primera objeción —en el sentido de que la economía japonesa no experimentó estancamiento alguno durante el período Tokugawa— ya la hemos expuesto incluyendo algún detalle crítico en la subsección anterior.

El segundo problema que plantea este argumento eurocéntrico es que interpreta erróneamente la política de *sakoku* y toma demasiado al pie de la letra la expresión «país cerrado». Como ocurriera en China a partir de 1434, a partir de 1639 Japón ni se cerró al comercio internacional ni la intención del estado japonés fue la de cerrar el país. El gobierno pretendía simplemente regular o controlar el comercio exterior. Lo que más nos importa en este sentido es que los Tokugawa se comprometieron a fondo a mantener el comercio. No obstante, para la mentalidad eurocéntrica este planteamiento regulador o monopolístico tiene un regusto a «mercantilismo regresivo» (aunque curiosamente algunos autores eurocéntricos ven el mercantilismo europeo como un medio de crear una economía nacional). Pero el principal objetivo del sistema no era excluir el comercio en sí, sino erradicar la influencia extranjera de las ideas cristianas católicas (de ahí que los holandeses, de religión protestante, se vieran favorecidos en detrimento de portugueses y españoles, de religión católica).⁶¹ En cualquier caso, sin embargo, los estudiosos eurocéntricos insisten en que el comercio exterior se redujo rápidamente y por lo tanto pasó a ser insignificante.

El hecho es que durante casi todo el siglo XVII —incluso a partir de 1639— las cantidades de plata exportadas a Asia por los japoneses superaron con mucho a las de británicos, holandeses y portugueses juntos (como explicamos en el capítulo VII). Curiosamente, siguiendo a Satoshi Ikeda, Frank señala que la posición de los ja-

poneses y la de los europeos respecto a Asia y especialmente a China eran análogas. Tanto Japón como Europa importaban productos manufacturados de Asia y exportaban plata para pagarlos. La única diferencia era que Japón producía su propia plata dentro del país, mientras que Europa debía explorar a sus colonias americanas para obtenerla.⁶² No obstante, los autores eurocéntricos apelan al «hecho» de que en 1668 el estado japonés prohibió todas las exportaciones de plata. Pero según las investigaciones recientemente, las exportaciones de este metal continuaron hasta mediados del siglo XVIII. Por otra parte, Japón exportaba plata y otros metales preciosos a Corea y China a través de la isla de Tsushima, y las cantidades embarcadas hacia esos destinos superaban a las que holandeses y chinos habían sacado anteriormente del puerto de Nagasaki. No menos significativo es el hecho de que cuando las exportaciones de plata cesaron a mediados del siglo XVIII, fueron reemplazadas por grandes e incesantes exportaciones de cobre.⁶³ Como comenta Satoshi Ikeda en el resumen de los descubrimientos realizados en el curso de sus recientes investigaciones: «Este ciclo de productos japoneses de exportación fue consecuencia del afán del Bakufu [Tokugawa] por *conservar el valor total de las actividades comerciales*».⁶⁴

Existen además otros testimonios que sugieren que el comercio nipón siguió adelante después de la proclamación del *sakoku* en 1639.⁶⁵ Habitualmente se piensa que Japón emprendió una política mercantilista clásica de sustitución de las importaciones con el fin de crear diversas industrias nacionales, como la del azúcar y la seda. Pero de hecho, el volumen de las importaciones de seda de China se mantuvo muy alto hasta finales del siglo XVIII. También llegaban grandes cantidades de seda importada a través de Corea (cantidades que a veces superaban el volumen de la que llegaba a Nagasaki). Y mientras que las importaciones de seda en rama fueron restringidas en el siglo XVIII, siguieron importándose telas de seda procedentes de China y el Sudeste Asiático hasta el final del período Tokugawa.

Análogamente, mientras que la producción nacional de azúcar se incrementó notablemente durante la primera mitad del siglo XIX, hasta entonces fue habitual la importación de grandes cantidades de este producto, e incluso después de esa época siguió importándose azúcar de China para mantener las relaciones comerciales con este país.

La habitual concepción eurocéntrica, según la cual sólo se concedió permiso para comerciar con Japón a holandeses y chinos, resulta problemática si tenemos en cuenta el hecho de que siguió habiendo una actividad comercial significativa con Siam, Corea y especialmente con las islas Ryūkyū (autorizada efectivamente por el estado japonés). Esta circunstancia coincide con el hecho de que, tras ser expulsado del sistema tributario chino en 1557, Japón estableció su propio sistema tributario. Corea era el único estado que era tratado prácticamente como un igual. Las islas Ryūkyū eran consideradas como un país subordinado, y Holanda todavía más (véase el capítulo VII). El volumen de comercio privado extraoficial y de contrabando que llevaban a cabo los mercaderes japoneses era considerable, y semejante panorama refleja bastante bien la situación de China después de 1434. Además, como hicieron los chinos a partir de 1434, también muchos mercaderes nipones trasladaron sus actividades después de 1639 a otros puntos del Sudeste Asiático con el fin de continuar con sus transacciones comerciales (proceso que tiene su corolario hoy día en el traslado de las multinacionales japonesas). En particular, los mercaderes privados japoneses y chinos desarrollaron un comercio muy vigoroso unos con otros en los puertos del mar de China Meridional. Por consiguiente, ahora podemos ver por qué la política japonesa de *sakoku* no tenía por objeto limitar las actividades comerciales con el mundo exterior en sí, sino tan sólo limitar esas actividades con las potencias católicas de Europa. Y por lo que concierne a estos dos objetivos, parece que esta política fue todo un éxito. Por encima de todo, pues, el argumento eurocéntrico habitual que afirma que el comodoro Perry abrió en 1853 al comercio mundial el coto vedado

que constituía Japón resulta problemático precisamente porque Japón llevaba abierto al negocio global desde mucho tiempo atrás.

En resumen, pues, parece claro que el Japón Tokugawa no fue un despotismo oriental empeñado en reprimir el desarrollo. El hecho crucial que debemos señalar es que las sorprendentes tasas de crecimiento económico que se alcanzaron a partir de 1868 no fueron el resultado milagroso de los impulsos e ideas occidentales que de repente golpearon a Japón en 1853. Durante el período Tokugawa ya se había realizado una considerable labor de cimentación en términos de establecimiento de un estado, creación de instituciones capitalistas y formación de una economía capitalista. Irónicamente el argumento decisivo en este sentido nos lo proporciona Angus Maddison, quien calcula que la renta nacional de Japón en 1820 era lo bastante alta como para concederle una posición respetable en la clasificación de las naciones europeas según su PIB.⁶⁶

Por último, no he tenido en cuenta la afirmación eurocéntrica según la cual el Japón Meiji triunfó sólo porque supo emular a Occidente. Pero resulta instructivo señalar que una vez más las últimas investigaciones indican que la industrialización Meiji se debió en gran parte al deseo de Japón de contrarrestar el predominio en la región no de los mercaderes europeos, sino de los chinos.⁶⁷ De ser así, estaríamos ante un indicio no sólo de un motivo alternativo que aceleró la industrialización Meiji, sino, lo que es más importante, de la posibilidad de que Japón pudiera haber emprendido un programa de plena industrialización en ausencia de la incursión de Occidente. Además, en el desarrollo social alcanzado durante la era Tokugawa hay muchos elementos que sugieren que el desarrollo de la economía podía desembocar espontáneamente en el capitalismo pleno.⁶⁸ Sea como fuere, podemos tener la seguridad de que el desarrollo de Japón antes de 1853 y 1868 no sólo fue significativo, sino que, salvo la excepción marginal del *rangaku* o *bangaku* («saber bárbaro» de los holandeses), se alcanzó con independencia de la influencia de Occidente.

Segunda parte

OCCIDENTE FUE EL ÚLTIMO
EN LLEGAR

La globalización oriental y la invención
de la Cristiandad, 500-1498

Capítulo V

LA INVENCIÓN DE LA CRISTIANDAD Y LOS ORÍGENES ORIENTALES DEL FEUDALISMO EUROPEO, c. 500-1000

Para los árabes ... [Europa occidental] era una zona de tan poco interés que, si bien sus conocimientos geográficos mejoraron incesantemente entre los años 700 y 1000, su «conocimiento de Europa no aumentó en absoluto». Si los geógrafos árabes no se molestaron en estudiar Europa, no fue por una actitud hostil, sino más bien porque la Europa de la época «tenía poco que ofrecer» que resultara interesante.

CARLO CIPOLLA

[L]a principal debilidad metodológica de mi libro [*The Rise of the West*] es que ... dedica una atención inmerecida a la aparición del ... sistema mundial ... Al pre-ocuparme demasiado de la idea de civilización, acabé de mala manera por no hacer el hincapié que merecía en la aparición inicial de un proceso transcivilizador.

WILLIAM H. MCNEILL

La existencia de la globalización oriental antes de 1500 (como quedó establecido en la primera parte del libro) será confirmada por los argumentos del presente capítulo. No sólo la aparición de la Europa feudal sería inconcebible sin la difusión de diversas «cartas de recursos» avanzadas procedentes de Oriente, sino que esta época fue testigo de una oleada particularmente intensa de flujos globales. No obstante, Europa no fue —ni ha sido nunca— sólo un «beneficiario pasivo» de transmisiones globales de tecnologías, ideas y recursos. Hasta cierto punto «Europa» hizo su propia historia (a través del proceso de formación de su identidad). El capítulo consta de tres secciones. La primera analiza cómo la difusión de ciertas ideas y tecnologías orientales permitió la revolución agrícola de la Edad Media. La segunda estudia las fuerzas globales que configuraron el sistema político y de clases que fue el feudalismo (dentro del cual estaba fundamentalmente integrada la economía). Y la tercera sección analiza el contexto global dentro del cual se forjó la identidad europea. Ésta es importante entre otras razones porque el catolicismo permitió la consolidación y la reproducción del sistema económico y político feudal.

FUERZAS GLOBALES Y ORIENTALES EN LA APARICIÓN DE LA ECONOMÍA FEUDAL EUROPEA

Pretendo hacer un breve repaso de las tecnologías económicas de la revolución agrícola medieval fundamentalmente por dos razones. En primer lugar, porque los contextos morales, políticos y de clase fueron más importantes para la aparición de la Europa feudal. Y en segundo lugar, porque la historia progresiva de la ascensión de Occidente hace mucho más hincapié en la aparición del comercio y del protocapitalismo a partir del año 1000 (tema que trataré con mucho más detalle en el capítulo VI).

Los elementos tecnológicos básicos de la revolución agrícola medieval

La mayoría de los especialistas en historia económica coinciden en afirmar que fueron una serie de nuevas tecnologías agrícolas las que se unieron para permitir la aparición del feudalismo europeo. Entre ellas están el molino de agua y el molino de viento, el arado de vertedera pesado, nuevos sistemas de aparejo de los animales y la herradura.¹ El arado pesado fue particularmente importante. Antes del siglo VII, el único arado que tenían a su alcance los europeos era el arado romano, adaptado a las características de la agricultura mediterránea y a los suelos de escasa profundidad. Este apero resultaba eficaz en las condiciones áridas del sur de Europa, dado que su finalidad era pulverizar el terreno seco y evitar así la evaporación. Pero resultaba inútil en la Europa nortoccidental, donde la existencia de suelos húmedos implicaba que el problema del drenaje quedara sin resolver. Por consiguiente, esta región había seguido subdesarrollada desde el punto de vista agrícola. La llegada del «arado de vertedera» pesado cambió por completo esta situación porque abría surcos de drenaje.

Sin embargo, este nuevo arado trajo consigo otra serie de problemas que fue preciso resolver antes de que «cuajara» propiamente su uso. En primer lugar, como generaba unos niveles muy altos de tracción debido a la ineficacia de la vertedera y de las ruedas de madera, se necesitaban grandes yuntas de bueyes (habitualmente cuatro a la vez). Pero los bueyes eran lentos, no resultaban especialmente eficaces y además eran muy caros. Con el tiempo, los campesinos adquirieron caballos, que eran más fuertes y por lo tanto se necesitaban yuntas más pequeñas para tirar del arado. Pero el empleo del caballo topó con dos obstáculos iniciales: el problema de su enganche y la necesidad de proteger las pezuñas de los animales para que no se les pudrieran (en los terrenos húmedos). Los

arreos tradicionales de los bueyes (o arreos de «collera y cincha»), que se enganchaban al vientre y al cuello del animal, resultaban muy ineficaces porque estrangulaban al animal si la carga era demasiado pesada. La solución fue el nuevo «aparejo de collera», que se ataba al cuerpo del caballo en vez de al cuello. La mayoría de los historiadores coinciden en que aquella innovación permitió multiplicar por cuatro o cinco veces el poder de tracción. Sin embargo, el caballo no podía utilizarse en los terrenos húmedos a menos que llevara los pies protegidos, pues la humedad hacía que las pezuñas se le pudrieran. Sólo se resolvió la dificultad con la introducción de las herraduras provistas de clavos de hierro. De ese modo, hacia los siglos X u XI, el nuevo aparejo de collera y la herradura provista de clavos permitió la difusión del arado de vertedera por toda Europa. Para acabar, la última pieza que completa el rompecabezas es el papel desempeñado por los molinos de agua y de viento (cuyos orígenes analizaré en el capítulo VI).

Los orígenes orientales de la economía feudal europea

En contraposición con el argumento general eurocéntrico, que afirma que Europa abrió sola la senda de su propio desarrollo, el postulado que presentamos aquí dice que algunos de los grandes ejemplos de innovación tecnológica se produjeron fuera de Europa y que luego pasaron al viejo continente a través de la globalización oriental. Lo que hizo, pues, Europa fue asimilar esos inventos. ¿Cómo ocurrió? Ya hemos señalado que la innovación más significativa fue la que supuso el arado de vertedera. Sabemos que el arado romano se utilizaba por toda Asia y parte de África mucho antes de que acabara el primer milenio e. v. Pero estos aperos tenían poco que ver con el arado de vertedera. Por desgracia nadie sabe con seguridad dónde se sitúan sus orígenes, como se pone inmediatamente manifiesto cuando se examinan los numerosos libros existen-

tes en torno a la revolución agrícola medieval. Abundan las frases del siguiente tenor: «El arado probablemente [o acaso] apareció por primera vez en...». Más a menudo los historiadores se limitan a afirmar que el arado desempeñó un «importante papel» y a continuación pasan de largo sin hablar de su lugar de origen. En la medida en que los historiadores eurocéntricos se han interesado por el asunto, a menudo se da por supuesto que fueron los eslavos los primeros en desarrollar el arado hacia 568. Sin embargo, Lynn White nos proporciona una pista en este sentido cuando afirma que el arado no fue inventado por los eslavos, sino que llegó hasta ellos a partir de una «fuente desconocida».² Lo que sí sabemos es que los eslavos empezaron a usar el arado de vertedera sólo inmediatamente después de la invasión de los ávaros en 567 (los ávaros eran «refugiados» que salieron de la estepa tras la formación de la confederación turca en Mongolia y la región de Altai entre 552 y 565). No parece probable que fuera una mera coincidencia. Por desgracia, el examen de la enorme bibliografía existente sobre el tema no nos permite llegar a ninguna conclusión acerca de los orígenes orientales u occidentales del arado.

¿Qué podemos decir entonces de la herradura y del aparejo de collera? Aunque no está claro cuándo fue inventada exactamente la herradura de las caballerías, algunas pruebas circunstanciales indican que los hunos la utilizaban al menos ya en el siglo V.³ Significativamente, los que no la utilizaban eran los romanos. Parece que llegó al este de Europa procedente de Oriente (probablemente de Siberia) a finales del siglo IX, llegando en los últimos años de ese mismo siglo a Bizancio, desde donde se propagó a la parte más atrasada de Europa.⁴ El aparejo de collera lo empezaron a emplear con toda seguridad los chinos en el siglo III e. v., y quizás proceda del anterior enganche de correa de pecho (o «arnés de tirante»), inventado en la China Han en 100 a. e. v. Incluso el arnés de tirante era mucho más eficaz que el aparejo «de collera y cincha» occidental, lo que ha llevado a un autor a decir. «Un carro de la época

Han era un autobús comparado con uno griego o romano».⁵ De ese modo,

mientras que los carros egipcios, griegos o romanos aparecen representados siempre con unas dimensiones mínimas, con capacidad sólo para dos personas a lo sumo ... y a menudo tirados por cuatro caballos, los chinos con frecuencia muestran incluso a seis pasajeros ... muy a menudo también están provistos de pesadas cubiertas curvas ... y a menudo van tirados por un solo caballo.⁶

Y desde luego el uso del arnés de collar se transmitió directamente desde China.⁷

Si a esto le añadimos que el molino de viento y el molino de agua tienen un origen oriental (véase el capítulo VI), parece razonable llegar a la conclusión de que la revolución agrícola medieval de Europa no nació «por partenogénesis en Occidente», sino que contó con la significativa ayuda prestada por la transmisión global de diversas tecnologías orientales. Pero si dejáramos aquí el asunto, acabaríamos dando una explicación del feudalismo europeo que exagera la importancia de la tecnología económica. Hubo, sin embargo, varios otros factores que fueron más importantes, y a ellos dedicaré ahora mi atención.

LA DIMENSIÓN MILITAR Y DE CLASE DEL FEUDALISMO: EL CONTEXTO ORIENTAL

Ninguna economía nunca es únicamente un conglomerado de tecnologías económicas. La economía feudal europea estaba profundamente integrada dentro de un sistema de clases y de un sistema político-militar, que a su vez estaban profundamente integrados dentro de una estructura moral y normativa. En el siglo VIII había comenzado a utilizarse un nuevo tipo de combate (la caballería mon-

tada de carga), que a su vez desempeñó un importante papel en la creación de la estructura institucional del estado y la economía feudales. Todo partió de un invento anterior: el estribo.⁸ Antes de la utilización del estribo, los caballos resultaban ineficaces en la batalla porque el jinete no tenía nada que lo sujetara con seguridad a su montura. Por consiguiente, sólo se podía arrojar una lanza contando con la fuerza del propio jinete. Pero el estribo permitía a éste lanzar un proyectil utilizando toda la fuerza del caballo. De ese modo, la frágil potencia muscular del hombre fue sustituida por una energía animal superior, lo que permitía a la caballería de carga pasar sencillamente como un autobús en medio de los soldados de a pie.

Aunque los autores eurocéntricos suelen atribuir la invención del estribo a Carlos Martel en 733, parece claro que la idea básica del estribo, en el que el jinete apoyaba sólo el dedo gordo del pie, apareció por primera vez en la India (a finales del siglo II a. e. v.). En el año 100 e. v. en el norte de la India (donde el clima era más frío y por lo tanto no se podía montar con los pies descalzos) los pies calzados con botas se apoyaban en ganchos, pero estos garfios podían resultar enormemente peligrosos, pues si el jinete caía cabía la posibilidad de que quedase colgado y fuera arrastrado por su montura. El desarrollo decisivo fue el que supuso la invención del estribo chino de bronce y hierro fundido en el siglo III e. v. En 477 su uso era habitual ya en toda China.⁹ Desde allí se difundió a través de la ruta de la seda a los pueblos del Asia Central y parece que ya había llegado a Persia a finales del siglo VII. En particular los hombres de la tribu Juan-Juan (los llamados ávaros) fueron los encargados de su transmisión cuando fueron desplazados hacia el oeste y se establecieron entre los ríos Danubio y Theiss. En 964 los árabes fabricaban estribos de hierro antes de que el invento se propagara finalmente a Occidente a través de los vikingos y los lombardos.¹⁰ De ese modo, la idea habitual de que Carlos Martel fue el que inventó el utilísimo estribo en torno a 733 resulta insostenible.

Sin embargo, cabría objetar que si Carlos Martel no inventó el estribo, sin duda fue el pionero en el uso de la «nueva» caballería de carga. Parece justo afirmar que Carlos Martel fue el principal innovador dentro del contexto «europeo». Pero lo cierto es que fueron los persas (así como los bizantinos) los que empezaron a utilizar la caballería montada de carga. Los musulmanes árabes pronto aprendieron a utilizar esta táctica en el curso de sus enfrentamientos con los persas. Y durante el período inmediatamente posterior al año 640 (casi un siglo antes de la «innovación» de Carlos Martel) la caballería de carga se convirtió en un elemento fundamental de los ejércitos musulmanes. Conviene recordar que el combate de caballería fue introducido por primera vez por los asirios a comienzos del primer milenio a. e. v. (aunque los soldados de caballería disparaban flechas y no llevaban estribo). También es interesante, aunque no sea significativo, tener en cuenta que muchas de las armas que asociamos con la Europa medieval —el arco largo, la maza y la lanza— aparecieron por primera vez en Oriente Medio.¹¹ Además, los ejércitos musulmanes emplearon durante muchos siglos unas tecnologías militares superiores, muchas de las cuales fueron copiadas o asimiladas por los europeos (véase el capítulo VIII). Evidentemente, pues, Carlos Martel no inventó el estribo ni la caballería de carga.

¿Cómo permitió entonces la caballería de carga la aparición del sistema político feudal? El principal problema que planteaba el nuevo tipo de combate basado en la caballería era sencillamente su coste. Era necesario, por tanto, crear una economía en la que el excedente agrícola pudiera ser escamoteado o expropiado a los campesinos. De ese modo, los monarcas cedieron sus tierras pobladas por campesinos a los caballeros (o vasallos), que podían explotar libremente a los labradores. Así surgió una poderosa clase noble que consolidó su poder sobre los campesinos e, irónicamente, también sobre sus soberanos. De ahí nació el sistema social y político del feudalismo. Pero ¿todo esto fue una mera respuesta a los pro-

blemas militares surgidos dentro de Europa, o poseía una dimensión global importante?

Las intensas oleadas de migraciones procedentes de Asia plantearon a Europa numerosos retos militares. Además, aunque se produjeron múltiples migraciones intraeuropeas, éstas a su vez fueron fruto de la dislocación causada por la llegada de diversos pueblos orientales. Primero en 370 los hunos abandonaron Asia a consecuencia de unos disturbios militares desencadenados en la remota China. Su penetración en Europa fue muy violenta, provocando el desplazamiento masivo de los pueblos germánicos a lo largo y ancho del continente e incluso más allá de tierra firme. Los ostrogodos ocuparon Italia, los visigodos España (hasta 711), los frances la Galia, y los anglos y sajones, Inglaterra. Los ávaros invadieron Europa en 567 e intentaron saquear la mayor cantidad posible de territorio. Se cebaron especialmente en Hungría y, tras aniquilar a la tribu de los gépidas, obligaron a los lombardos a buscar refugio más al sur. Sus incursiones continuaron hasta el siglo siguiente. Como dice McNeill,

estas incursiones provocaron dos cambios étnicos duraderos: la ocupación de Italia por los lombardos (568), que a su vez expulsaron a los bizantinos del interior de la península, y la retirada de los campesinos de lengua latina y griega de la península Balcánica, que tuvieron que refugiarse en las zonas montañosas o en la costa. Los eslavos ocuparon su lugar, sosteniéndose mediante un tipo de agricultura migratoria primitiva.¹²

Durante el siglo IX empezó a desintegrarse el Sacro Imperio Romano (instaurado en el año 800 con la coronación de Carlomagno como su titular). Esta fragmentación se produjo más o menos por la misma época en la que una nueva ola de migraciones globales se abatió sobre Europa. Los musulmanes atacaron por el sur desde sus bases en el norte de África y se establecieron en Sicilia y Cerdeña,

llegando a saquear Roma en 846. Más importante (aunque menos significativo desde el punto de vista cultural) es el hecho de que los magiares invadieran el continente por el este, ocupando la actual Hungría y asolando buena parte de Europa. Penetraron incluso hasta la actual Holanda, el sur de Francia y Alemania. A todo esto hay que sumar las diversas incursiones intraeuropeas de los vikingos (los hombres del norte). Como consecuencia de todas estas migraciones (en su mayoría de pueblos procedentes de Oriente), la composición étnica de Europa sufrió una remodelación basada en nuevas líneas.

¿Qué tiene que ver todo esto con la creación del sistema político feudal? Ahora podemos comprobar que la creación de un sistema político feudal no fue sólo fruto de las nuevas tecnologías (principalmente el estribo), que se difundieron por el mundo a partir de Oriente. Fue también la respuesta a los múltiples retos militares de dimensiones globales que se abatieron sobre Europa procedentes de Oriente entre 370 y aproximadamente el año 1000. Pero conviene señalar también que las instituciones políticas y militares se hallaban entrelazadas dentro de la estructura feudal de clases. Pues a los nobles y a los aristócratas se les concedió el control que ejercían sobre los campesinos en parte para que pudieran extraer de ellos el excedente necesario para sufragar los gastos ocasionados por las guerras. Y los nobles no tardaron mucho en consolidar el control de que gozaban sobre campesinos y soberanos. El contrato social denominado *feudo* era particularmente importante. A diferencia del *beneficio* de la época anterior, que era un contrato vitalicio entre los soberanos y los nobles, el *feudo* era hereditario y por lo tanto garantizaba por un lado el linaje de la nobleza y por otro otorgaba a ésta un poder considerable sobre sus soberanos. Por consiguiente, la soberanía quedó «parcelada» en el ámbito de la localidad feudal (la mansión o la aldea), disfrutando los nobles de un poder político considerable.¹³

En una palabra, el sistema feudal se creó como consecuencia de una compleja amalgama de fuerzas tecnológicas, étnicas, de clase,

militares y políticas. Y en cada caso existió una dimensión global u oriental significativa. Pero hay otro factor que debemos analizar antes de acabar nuestro estudio de la aparición de la economía agrícola medieval en la Europa occidental. Pues una vez que los retos militares empezaron a disminuir su presión en torno al año 1000, el problema central pasó a girar en torno a la necesidad de hacer que aquella economía pareciera legítima, dado que comportaba una relación social sumamente desigual entre nobles y campesinos. Por consiguiente, una vez que volvió a reinar la paz y que los nobles no pudieron seguir justificando la explotación de los campesinos con el pretexto de que les proporcionaban la protección militar necesaria, el sistema estaba condenado a perder su legitimidad. De ese modo, era preciso que la explotación del campesinado pareciera «natural». Este fenómeno estuvo íntimamente relacionado con el proceso en virtud del cual se construyó o inventó la identidad europea. ¿Cómo se consiguió?

INVENCIÓN DE LA IDENTIDAD DE LA CRISTIANDAD EN EL CONTEXTO GLOBAL

Construcción o invención de la «amenaza musulmana»

Es fundamental entender que el proceso de formación de la identidad es una cosa a la vez muy simple y muy complicada. Su sencillez deriva del hecho de que el «yo» (es decir, lo que debe definirse como «nosotros») no existe en realidad. Europa no fue una entidad armónica, sino que se vio desgarrada por conflictos internos muy profundos: entre campesinos y nobles, entre nobles y soberanos, entre soberanos y clérigos, entre soberanos y papas, o entre papas y titulares del Sacro Imperio Romano.¹⁴ Por consiguiente no existió una homogeneidad intrínseca. El único modo de forjar una sola identidad fue construir un «otro» externo frente al cual pu-

diera construirse un «yo» homogéneo. Es decir, puesto que no había un único «yo», era más fácil definir el «yo» por lo que no lo era. Es importantísimo señalar que el yo y el otro son meras representaciones o construcciones basadas en el modo en que nos gusta vernos a «nosotros» y a «ellos». En el contexto medieval, el «yo» representaba todo lo que era bueno y justo, mientras que el «otro» era imaginado como lo contrario, lo malo y lo indeseable. Así, la primera tarea fue encontrar y construir un otro imaginario. Pero ¿a quién escoger? Dado que los prelados cristianos se convirtieron en los actores fundamentales de la construcción de la identidad europea, escogieron al Islam como candidato más idóneo. Pero el Islam debía ser construido no sólo como un mal, sino también como una amenaza, de modo que los europeos pudieran unirse frente a él. Pues como ha señalado con gran agudeza Maxime Rodinson, «los musulmanes fueron una amenaza para la cristiandad occidental mucho antes de convertirse en un problema».¹⁵

¿Cómo fue inventado entonces el Islam como amenaza del mal? Ante todo, a pesar de la retórica, la irrupción del Islam resultó ser una gran ventaja para los fabricantes de mitos europeos. El Islam fue condenado inmediatamente por los cristianos como una religión pagana idólatra (aun cuando ambas religiones tenían en común numerosas similitudes trascendentales). Esta pretensión se legitimó invocando el relato bíblico de Noé y sus tres hijos. Fundamentalmente, a Jafet se le adjudicó la «Europa cristiana», que estaba «destinada a engrandecerse», mientras que a Sem se le asignó Asia, que estaba «poblada por paganos» (es decir, infieles), destinados a ser absorbidos por Jafet. Esta repartición resultó especialmente útil para que los grandes intermediarios del poder cristianos pudieran presentar al Islam en general y a Mahoma en particular como la encarnación del mal y el paganismo. De hecho, el papa Inocencio III lo llamaba la «Bestia del Apocalipsis».¹⁶

La denigración de Mahoma llegó a su punto culminante en la *Divina Comedia* de Dante, donde el poeta explora los abismos del

Infierno (dividido en nueve círculos que van de menor a mayor profundidad). Cuanto peor había sido un personaje en vida, más profundo era el círculo al que era condenado. Curiosamente donde Dante encuentra a Mahoma es en el octavo círculo, casi en lo más profundo del Infierno. Las únicas personas que están por debajo de él son los máximos traidores de la historia del mundo, y en particular Judas Iscariote y Bruto, los penúltimos personajes que ve Dante antes de llegar al fondo del Infierno, donde reside Satanás. Además, como señala Edward Said hablando del pasaje en cuestión del libro:

El castigo de Mahoma, que es también su destino eterno, es particularmente repugnante: es partido eternamente en dos desde la boca hasta el ano, igual, dice Dante, que un tonel cuyas duelas son serradas. La poesía de Dante en este punto no escatima al lector ni uno de los detalles escatológicos que un castigo tan vívido comporta: las entrañas y los excrementos de Mahoma son descritos con una precisión impasible.¹⁷

Curiosamente, sin embargo, Dante se resistió a relegar al Infierno a los filósofos musulmanes, pues habían ejercido una influencia considerable en sus escritos,¹⁸ y, por el contrario, los sitúa en la región fronteriza o limbo. De manera más general, como señala Rana Kabbani: «El Islam era considerado la negación de la cristiandad; Mahoma, un impostor, un sensualista malvado, un anticristo aliado con el demonio. El mundo musulmán era visto como la antiEuropa».¹⁹

El proceso de invención requirió un grado considerable de ingenio por varias razones. En primer lugar, el hecho es que el Islam y la cristiandad tenían muchos elementos en común. Musulmanes y cristianos creían en un solo Dios, el mismo. Y mientras que los primeros veían a Mahoma y no a Jesús como el gran profeta de Dios, reconocían que Jesús era un profeta de la mayor relevancia, y lo más importante es que estaban encantados de tolerar la presencia

de cristianos entre ellos. Resulta también que ambas religiones se inspiraban en tradiciones judeo-helénicas: «El árabe y el hebreo son lenguas semíticas, y juntas utilizan y vuelven a utilizar un material que tiene una importancia capital para el cristianismo». ²⁰ Además, las dos religiones remontan sus orígenes a Abraham. La conclusión que podemos sacar aquí es que las profundas semejanzas existentes entre estas dos religiones podrían haber servido de puente para dar lugar a unas relaciones armónicas entre la cristiandad y Oriente Medio. Pero al final las élites europeas prefirieron tomar el camino fácil que las llevó a reprimir a los musulmanes con el fin de engendrar artificialmente un Yo europeo homogéneo.

La segunda forma de presentar al Islam como una amenaza inmanente fue la construcción de una especie de «teoría del dominó» islámico. Era una cosa a la vez muy simple y muy complicada: simple porque el Islam se atiene a la idea universalista de *jihad* (aunque este concepto fue mal interpretado a propósito). Y curiosamente era complicada —y requería un grado considerable de finura— porque, si hubieran querido, los musulmanes probablemente *habrían podido* ocupar la mitad más atrasada de Europa. Pero prefirieron no hacerlo. Esta tesis choca, por supuesto, con el argumento general eurocéntrico que afirma que, de no haber sido por la derrota de la «invasión» musulmana en 733 (no 732) en Tours y Poitiers a manos del heroico Carlos Martel, Europa habría sido ocupada. Y, como dice Edward Gibbon, de haber ocurrido una cosa así,

quizá la interpretación del Corán acaso fuera enseñada hoy día en las aulas de Oxford, y sus púlpitos mostraran a un pueblo circundado la santidad y veracidad de la revelación de Mahoma. De tales calamidades se libró la cristiandad gracias al genio y la fortuna de un solo hombre.²¹

Pero en las historias musulmanas de esta época la batalla de Tours, Poitiers y la figura de Carlos Martel prácticamente ni se

mencionan. Mucho más hincapié se hace en la derrota de los árabes en Constantinopla (718). En efecto, no fue la pobre caballería de carga de Carlos Martel la que derrotó a los musulmanes, sino el hecho de que el caudillo franco logró atraer a los llamados invasores a una plaza fuerte desde la cual su ejército arrojó sobre los atacantes una lluvia incesante de flechas y jabalinas. Lo más significativo, sin embargo, es que aquello no fue ninguna «invasión musulmana», sino más bien la incursión de una pequeña banda de individuos que habían emprendido una misión de saqueo sin importancia (cuyo objetivo era el rico santuario de San Martín). Como dice Bernard Lewis,

prácticamente no cabe duda de que al desdefiar Poitiers [y Tours] y fijarse más en Constantinopla, los historiadores musulmanes veían los acontecimientos desde una perspectiva más real que los historiadores occidentales de época posterior. Los franceses que vencieron en Poitiers se enfrentaron a poco más que a una banda de saqueadores [musulmanes] que actuaban más allá de sus remotas fronteras, a miles de kilómetros de su hogar. Fue la incapacidad del ejército árabe de conquistar Constantinopla, no la derrota de una partida de saqueadores en Tours y Poitiers, lo que permitió sobrevivir a la cristiandad de Oriente y Occidente.²²

Así, aunque los musulmanes habían conquistado varias regiones de «Europa occidental» —concretamente España y Sicilia—, la realidad fue que no estaban interesados en ir más lejos. La razón no podía ser más simple: la parte occidental de Europa estaba atrasada y tenía poco interés para ellos. Bizancio era a la vez más poderosa y más atractiva. Como comentara originalmente Marc Bloch, de todos los «enemigos de Europa occidental, el Islam era desde luego el menos peligroso... Durante un largo período ni la Galia ni Italia, con sus pobres ciudades, podían ofrecer nada que se aproximara al esplendor de Bagdad o de Córdoba».²³ De hecho, las numerosas oleadas de migraciones que habían inundado Europa, habían causado muchos más estragos que las esporádicas incursiones de sa-

queo islámicas. Pero los fabricantes de mitos europeos escogieron precisamente exagerar la «amenaza universal» del Islam con el fin de cimentar de ese modo una nueva identidad de Europa como «defensora de la única religión verdadera» (es decir, el cristianismo).

Los prelados cristianos intentaron construir una especie de «teoría del dominio islámico». Del mismo modo que la construcción de la teoría del dominio por Estados Unidos después de 1947 estuvo relacionada con la invención de la «amenaza soviética» que era preciso contener, así también los prelados cristianos de la Edad Media consideraron que era imprescindible consolidar y fortalecer Europa como un «baluarte de contención» frente a la llamada «amenaza islámica» universalista. De ese modo, se publicaron una y otra vez afirmaciones como la realizada por el obispo de Reims (en Trosly en 909):

Ves ante ti cómo se desencadena la ira del Señor ... No hay nada más que ciudades vacías de sus pueblos, monasterios arrasados o pasto de las llamas, campos desolados ... Por doquier el fuerte opri-me al débil y los hombres son como peces del mar que se devoran ciegamente unos a otros.²⁴

La estrategia de contención encontró su expresión más clara en la «primera ronda» de Cruzadas entre 1095 y 1291. De hecho, como comenta Maxime Rodinson,

la imagen del Islam deriva no sólo de las Cruzadas, como algunos han sostenido, sino más bien de la unidad ideológica del mundo cristiano latino que fue desarrollándose gradualmente. Ésta produjo una imagen más nítida de los rasgos del enemigo y concentró las energías de Occidente en las Cruzadas.²⁵

E irónicamente los nobles respondieron a la llamada de unidad del papa Urbano II como «Caballeros de Cristo» (*milites Christi*), galvanizados por la idea de que si perecían en la empresa se con-

vertirían en mártires cristianos y serían ricamente recompensados con un pasaporte al paraíso.²⁶

Invención de la cristiandad

Así, una vez construido el Islam como «amenaza del mal», había que forjar todavía una identidad para la mitad atrasada de Europa. Conviene señalar que no existe algo llamado Europa, si suponemos que dicha entidad existe en un espacio geográfico bien definido. Europa no tiene nada de natural. Europa ha sido siempre una idea, una cosa que se ha construido y reconstruido una y otra vez a lo largo del tiempo (como veremos a lo largo de este libro). Y fue definida y vuelta a definir no como una función científica u objetiva de circunstancias o fronteras geográficas cambiantes, sino según una definición moral que redistribuye en cada momento los límites geográficos de lo que constituye «Europa». En último término, una definición moral semejante se basa en cómo les gusta a los «europeos» imaginarse que son. Así, pues, ¿cómo se construyó a sí misma Europa frente al Otro islámico?

Lo primero que tenemos que señalar aquí es que ese Yo se forjó en un contexto global. Europa pasó a llamarse «la Cristiandad» porque se inventó o se imaginó que su identidad consistía en ser cristiana católica, en contraposición con el Oriente Medio musulmán. Este hecho marcó la primera fase de la formación de la identidad europea, que duraría hasta el siglo xvi (aunque podemos encontrar alusiones a la *res publica christiana* incluso en el xviii). Que Europa como cristiandad era una «idea» se refleja en el hecho de que el cristianismo fue en su origen una religión oriental. Necesariamente, presentar a Europa como la cuna representativa o «defensora» de la fe cristiana requería una serie de importantes acrobacias intelectuales para hacer ver que la unión existente entre Europa y el cristianismo era una articulación natural y sin fisuras.

Evocar de nuevo el relato bíblico de los tres hijos de Noé era importante en este sentido porque el Islam era presentado como una religión pagana, mientras que Jafet (Europa) era presentado como cristiano. Además, como señala Mudimbe, «no debemos olvidar que desde su nacimiento, el cristianismo [europeo] se ha apropiado de la única forma de establecer una verdadera comunicación con lo divino y de la única imagen correcta de Dios y de la magnificencia de Dios».²⁷ Y, según comenta Robert Holton,

el cristianismo se originó en Oriente Medio, no en Europa, pero posteriormente fue occidentalizado y europeizado. La operación salió tan bien que Europa se convirtió en el baluarte de la «civilización occidental» frente al Islam en las Cruzadas. Una vez más, un fenómeno que no se desarrolló en Occidente se lo apropiaron los elementos más poderosos de un Occidente en pañales, como si fuera una parte de su modo de vida característico.²⁸

De ese modo, Europa fue (re)presentada como la fuente del cristianismo, cuya misión iba a ser difundir por el mundo el mensaje universal de esta religión con el fin de meter en cintura al «pagan infiel». A su vez, la construcción de Europa como la cristiandad fue el requisito imprescindible para crear el orden y dar legitimidad al sistema económico y político feudal, marcado por una enorme desigualdad. ¿Cómo se consiguió este objetivo?

Cómo se forjó el orden y la legitimidad

El nuevo código de moral cristiana que daría legitimidad a la injusta estructura económica y política del feudalismo recibió el nombre de «decreto de los tres órdenes», o lo que Georges Duby ha llamado «trifuncionalidad».²⁹ Este decreto venía a complementar y ampliaba a la vez la noción ya existente de «Paz y tregua de Dios»

de la que han hablado Marc Bloch y otros autores.³⁰ El documento fue redactado por un poderoso grupo de prelados en el siglo XI. Afirmaba que Dios había asignado a la humanidad tres tareas distintas. Dichas tareas eran, en orden descendente, orar por la salvación de todos (obispos y sacerdotes); luchar para defender a todos (los caballeros o nobles); y trabajar con el fin de suministrar los recursos necesarios para el mantenimiento de los dos primeros grupos (los campesinos). Y era importantísimo que los campesinos estuvieran al servicio de los nobles porque estos últimos tenían la misión de defender al clero. Todo esto se basaba en la creencia de que

es la voluntad del Creador en el cielo y en la tierra [que] el más alto gobierne siempre al más bajo. Cada individuo y cada clase debería permanecer en su sitio, ejecutar su tarea y gozar de los favores y derechos que le son propios ... Rebelarse contra esta norma es un pecado mortal.³¹

En resumen, era sencillamente «voluntad de Dios» que los campesinos estuvieran al servicio de los nobles y de los sacerdotes. De este modo, el catolicismo y la entelequia de la Cristiandad desempeñaron dos funciones sociales importantísimas: en primer lugar, crear una idea coherente del yo frente al otro (identificado con el Islam), que permitiera una unidad y una armonía relativas dentro de Europa. Y en segundo lugar, sin el Decreto de los Tres Órdenes, el sistema económico feudal habría estallado casi con toda seguridad en mil pedazos.

De esta manera la jerarquía celeste era trasladada a la jerarquía social feudal. Además, las actividades militares y la identidad coercitiva del caballero eran calificadas de legítimas, puesto que ni la Iglesia ni las masas en general podían protegerse solas. Estos nuevos principios morales fueron el recurso más importante que permitió a la nobleza sostenerse en su posición de poder sobre el campesinado por un lado y sobre las autoridades seculares por otro. Ya hemos comentado más arriba que la institución del *feudo* garantizó

zaba no sólo el linaje de las familias nobles, sino que contribuyó también a consolidar el poder de esta clase sobre los soberanos. Lo fundamental a este respecto es que uno de los factores que legitimaron el *feudo* fue el Decreto de los Tres Órdenes. Además, el nuevo decreto establecía la reimposición de derechos feudales sobre los campesinos (que habían andado huyendo de un lado a otro del continente durante los siglos de caos en los que las diversas migraciones procedentes de Asia habían inundado Europa). Se consiguió este objetivo imponiendo las terroríficas imágenes de las penas que les aguardaban en el infierno si no acataban la «voluntad de Dios».

En último término, todo esto fue posible gracias a que la Iglesia católica poseía el monopolio de los medios de alcanzar la gracia o la salvación. La Iglesia podía enviar al creyente al cielo, e igualmente podía, si lo excomulgaba, ponerlo a las puertas del infierno. A finales del siglo XIII, las imágenes del infierno como las descritas por Dante eran tan terribles que quebrantar el código cristiano comportaba a ojos de las masas un destino peor que la muerte (a saber, la condenación eterna). Por otra parte, en una época en la que no existían estados formales semejantes ideas constituyeron un medio muy eficaz de asegurar el acatamiento y un orden relativo. En efecto, la creencia de que no existía salvación fuera de la Iglesia (*extra ecclesiam nulla salus*) era prácticamente aceptada por todos.³² El principal medio de que dispuso la Iglesia para llegar a los corazones y las mentes de los campesinos fue la administración regular de los sacramentos por el clero. Y gracias al Decreto de los Tres Órdenes, el cristianismo pudo presentar la relación social sumamente desigual existente entre campesinos y nobles como una cosa enteramente «natural». Salió tan bien la jugada, que a los campesinos les resultaría muy difícil imaginarse un orden social alternativo (y, por otra parte, hacerlo habría sido por definición un sacrilegio). De esta manera, pues, la construcción de la identidad europea, forjada en un crisol global, fue fundamental para permitir la consolidación y la reproducción del feudalismo medieval.

CONCLUSIÓN

Este capítulo ha demostrado que la mayoría de los principales elementos que componían la sociedad feudal europea a comienzos del segundo milenio fueron elaborados en una medida significativa por fuerzas provenientes de Oriente. Además, la construcción de una identidad colectiva europea se forjó en un contexto global. De hecho, «fue del encuentro [que se produjo en el ámbito imaginario y a través de la difusión] entre los bárbaros europeos y las grandes civilizaciones de Oriente de lo que nació la civilización occidental».³³ No obstante, la impresión que se ha dado hasta ahora es la de que Europa estaba dominada por una economía feudal o rural «basada en la subsistencia». Más importante para la historia progresiva de la ascensión de Occidente fue la reanudación del comercio a partir del año 750 aproximadamente. Y no menos importantes fueron las sucesivas minirrevoluciones «protocapitalistas». Esta faceta de la historia suele atribuirse al «genio» de los pioneros italianos. Pero como sostengo en el capítulo VI, los italianos no fueron los pioneros geniales del capitalismo que presuponen los autores eurocéntricos. Pues detrás de Italia estaba el Oriente más avanzado.

Capítulo VI

EL MITO DEL PIONERO ITALIANO, 1000-1492

Los venecianos, los pisanos y los genoveses solían venir, unas veces en incursiones de pillaje ... otras como viajeros, con la intención de prevalecer sobre el Islam con las mercancías que traían ... y ahora ninguno de ellos trae a nuestras tierras sus armas de guerra y de batalla y todos nos conceden lo más selecto de lo que hacen y han heredado ... [Pues ahora hemos establecido unas comunicaciones y un trato con ellos] tal como nosotros deseamos y ellos deploran, tal como preferimos nosotros, no ellos.

SALAH AL-DIN AL-AYYUBI [Saladino], 1174

Quienquiera que sea el señor de Malaca oprime con sus manos el cuello de Venecia.

TOMÉ PIRES

La aparición de una inmensa economía de mercado en China durante el siglo XI tal vez bastara para cambiar el equilibrio mundial [en contra] del ordeno y mando y [en favor de] un comportamiento de mercado de un modo decididamente significativo ... y a me-

dida que los secretos técnicos de China se propagaron por el extranjero, se abrieron nuevas posibilidades en otros lugares del Viejo Mundo, y particularmente en Europa occidental.

WILLIAM H. MCNEILL

Los autores eurocéntricos hacen especial hincapié en la revolución comercial que se produjo «a partir del año 1000» (aunque como vimos en el capítulo II, esa nueva puesta en marcha comenzó a partir de 750). Y nos dicen que detrás de todas esas innovaciones estaba el genio de los italianos que supieron abrir la senda. Como dice un especialista: «Incluso hoy día es imposible encontrar algo —el impuesto sobre la renta, por ejemplo— que no tenga algún precedente en el genio de alguna de las repúblicas italianas».¹ Análogamente, los estudios eurocéntricos de las «principales potencias» del mundo a partir del año 1000 a menudo empiezan por Venecia.²

El presente capítulo sostiene que la imagen del «pionero italiano» no es más que un mito. Italia basó su fuerza económica en situarse dentro de una economía global preexistente, que habían iniciado y mantenían las grandes potencias de Oriente (véanse los capítulos II-IV). No es que Italia descubriera el mundo y luego lo transformara; es más bien que el mundo más avanzado de Oriente descubrió Italia y permitió su ascensión y su desarrollo. Mi principal tesis es que prácticamente todas las grandes innovaciones que se ocultan tras el desarrollo del capitalismo italiano proceden de Oriente, por entonces más avanzado que Italia, y especialmente de Oriente Medio y de China, y que se transmitieron a través del Puente del Mundo islámico gracias a la globalización oriental. Además, aunque Italia estuviera a la cabeza del resto del subcontinente europeo más atrasado, no dejó de ser una mera comparsa en el escenario global en sentido lato, tocando siempre el segundo violín.

para los estados musulmanes más avanzados y los mercaderes de Oriente Medio y especialmente del norte de África.

EL COMERCIO ORIENTAL COMO EL QUINTO ELEMENTO
DE LAS «REVOLUCIONES» INSTITUCIONALES Y TECNOLÓGICAS
DE LA ALTA EDAD MEDIA EUROPEA

Los historiadores eurocéntricos suelen ver la ascensión de Europa a partir del año 1000 como una economía o civilización regional autocontenido o autónoma. En particular las ciudades eran consideradas «autocéfalas»: «Fue la ciudad medieval ... la que, como la levadura en una potente masa, produjo la ascensión de Europa».³ En la teoría convencional a la proliferación de ciudades se le conceden unas cualidades «cuasi mágicas». Pues se supone que con el fin de los disturbios internos que asolaron Europa entre 370 y 1000, el orden interno que a continuación se impuso permitió necesariamente el desarrollo de las ciudades y el comercio. Detrás de semejante tesis subyace la idea de que el «hombre europeo» es intrínsecamente racional desde el punto de vista económico, y que en las debidas condiciones [esto es, en paz y bajo unos gobiernos minimalistas basados en el *laissez faire*], triunfará naturalmente y se dedicará a lo que mejor se le da, esto es, al comercio. Pues, como nos dice Adam Smith, en la humana naturaleza está «hacer tratos, trocar e intercambiar una cosa por otra».⁴ Luego está uno de los presupuestos clásicos del eurocentrismo: a saber, el de que la «libertad occidental» permitió el desarrollo capitalista o comercial, idea cuya mejor formulación tendríamos en el refrán medieval: *Stadt Luft macht frei* («El aire de ciudad hace libre»), o mejor: *Westen Stadt Luft macht frei* («El aire de una ciudad occidental hace libre»).

Particularmente desconcertante dentro del contexto eurocéntrico es el concepto, por lo demás muy utilizado, de «comercio a larga distancia (con países lejanos)»: desconcertante porque, si bien

Europa se encontraba en un extremo de la línea, no está muy claro qué es lo que había al otro lado. Y lo que generalmente se ha pasado por alto es que era Oriente lo que no sólo estaba al otro lado, sino que además esta zona desempeñó un papel trascendental en la ascensión del propio comercio europeo. Pues en último término el comercio europeo fue posible sólo gracias al flujo de productos orientales que llegaron a Europa a través de Italia. Y en segundo lugar, el flujo de diversas «carteras de recursos» —ideas, instituciones y tecnologías— procedentes de Oriente Medio y China se difundió hasta Italia y el resto de Europa fundamentalmente a través de las vías comerciales de la economía global (aunque del mismo modo algunas fueron conocidas durante las Cruzadas). No obstante, eso no significa que Italia careciera de importancia en la suerte que pudieran correr el comercio, las finanzas y la producción de Europa, pues de hecho tuvo un papel trascendental. Pero sólo porque Italia fue uno de los grandes conductos a través de los cuales los «recursos» orientales (no sólo el comercio) llegaron a Europa y la remodelaron.

Como vimos en el capítulo II, desde finales del siglo VIII Italia mantuvo relaciones con varios subsistemas de la economía global que se extendían por Europa, África y Asia. Esta circunstancia concedió a Italia un privilegio singular. Como ya he analizado este fenómeno con algún detalle en el capítulo II, me limitaré a señalar aquí que fue su entrada directa en la lucrativa economía global capitaneada por Asia y África lo que marcó el destino de Italia. Como dice Abu-Lughod,

esta entrada directa en la riqueza de Oriente modificó el papel de las repúblicas marineras italianas, que pasó de pasivo a activo. La reanimación de las Ferias de Champaña en el siglo XII puede explicarse de manera convincente por la creciente demanda de productos orientales estimulada por las Cruzadas y porque, debido a la estratégica posición de los italianos en algunos enclaves de la costa de

Levante, la provisión de los productos que ahora podían suministrar era cada vez mayor.⁵

Venecia acabó imponiéndose sobre su rival, Génova, no ya debido a su supuesto genio, sino por el lucrativo acceso que tenía a Oriente a través de Egipto y Oriente Medio. Braudel así lo confirma recurriendo a una interrogación retórica:

¿Puede explicarse [el protagonismo de Venecia dentro de Europa] por los vínculos [tradicionales] que prefirió establecer con Oriente, mientras que otras ciudades italianas se interesaron más por el mundo occidental, que por entonces empezaba lentamente a tomar forma? ... La savia del comercio veneciano fue su contacto con Levante. Así, pues, ¿el hecho de que Venecia parezca un caso especial se debe tal vez a que todas sus actividades comerciales, de la A a la Z, vinieron dictadas por Levante?⁶

En resumen, si bien los italianos desempeñaron un papel crucial en la propagación de la comercialización a lo largo y ancho de la cristiandad, no fueron los grandes pioneros del comercio que el eurocentrismo quiere hacer de ellos. Y como señalamos en el capítulo II, en todo momento estuvieron subordinados a los términos y las condiciones impuestas por los musulmanes de Oriente Medio hasta más o menos 1291, y después de esa fecha por los de Egipto. Pero al final, la función más importante de los vínculos comerciales de Italia con Oriente Medio y luego con Egipto radica en que esas rutas comerciales fueron una de las vías a través de las cuales muchas de las «carteras de recursos» orientales más significativas se difundieron y permitieron fertilizar una región tan atrasada como Occidente.

Y esas carteras de recursos facilitaron las diversas revoluciones de la economía y la navegación italianas, por las que este país se ha hecho injustificadamente célebre.

Orígenes orientales de la revolución financiera

Generalmente se da por supuesto que los italianos fueron los pioneros de toda una serie de instituciones financieras. La innovación más importante de la que se habla fue la *commenda* (o *collegantia*), inventada supuestamente por los italianos en torno al siglo XI.⁷ Se trataba de un pacto contractual en el que un inversor financiaba el viaje de un mercader. Esto no sólo sustentaba el comercio internacional, al asociar capital y «mano de obra comercial», sino que tuvo unos efectos similares a los de una bolsa de cambios en el sentido de que proporcionaba un mercado para los ahorros, que, de ese modo, avivaron la llama del desarrollo económico. Sin embargo, donde fue inventada la *commenda* fue en Oriente Medio. Y aunque sus raíces se remontan a la época preislámica,⁸ experimentó su máximo desarrollo gracias a los primeros mercaderes musulmanes.⁹ En efecto, como indica Abraham Udovitch, «es la forma musulmana de este contrato (*qirād*, *muqārada*, *mudāraba*) la que constituye el primer ejemplo de un acuerdo comercial idéntico a la institución económica y jurídica que [mucho después] se llamaría en Europa *commenda*».¹⁰ Difícilmente podía esto ser una «revelación», ya que el propio Mahoma había sido un mercader en *commenda*. Y tampoco sería de extrañar, ni mucho menos, que los italianos llegaran a utilizar esta institución debido a los vínculos directos que unían Italia con el sistema comercial arábigo. Conviene señalar además que a partir del siglo VIII el *qirād* se aplicó en el Islam a las operaciones crediticias y manufactureras, y no sólo al comercio.¹¹

A los italianos se atribuye también erróneamente el mérito del descubrimiento de varias otras instituciones financieras, entre otras la letra de cambio, las instituciones crediticias, los seguros y la banca. Pero el hecho es que todas estas instituciones proceden o del Oriente Medio musulmán o del Oriente Medio preislámico, dado que «muchas técnicas financieras estaban ya firmemente estableci-

das antes de que el Corán las codificara».¹² Los sumerios y los sásanidas utilizaban bancos, letras de cambio y cheques antes del advenimiento del Islam, aunque fueron los musulmanes los que llevaron más lejos estos primitivos sistemas. Irónicamente, una razón de que así fuera fue la necesidad de los capitalistas musulmanes de soslayar la prohibición de la usura. Por ejemplo, a menudo los pagos se retrasaban dos meses o más para ocultar las prácticas usurarias mediante el pago de un precio mayor (requerido por este tipo de instituciones).¹³ La figura del banquero era muy habitual en el mundo musulmán, lo mismo que la del cambista de monedas extranjeras, y los propios bancos participaron en negocios en *commenda* adelantando dinero o concediendo créditos a cambio de los beneficios. Los bancos fueron un conducto fundamental del comercio internacional, haciendo transferencias de fondos de un lugar a otro. Los banqueros emitían cédulas: la «solicitud de pago» o letra de cambio en una localidad distante (*suftaja*) y la «orden de pago» (*hawāla*), que era idéntica al cheque actual. Como comenta Abu-Lughod a propósito del *hawāla*: «En el extremo superior izquierdo iba la cantidad a pagar (en números), y en el extremo inferior izquierdo la fecha y el nombre del pagador».¹⁴ Y en la misma página la autora indica que la solicitud de pago era de hecho de origen persa y que su uso en esta zona fue varios siglos anterior al europeo.

Por último, suele atribuirse a los italianos el descubrimiento de sistemas de contabilidad avanzados. Pero también estaban bastante desarrollados varios sistemas de contabilidad orientales, especialmente en Oriente Medio, la India y sobre todo en China.¹⁵ De hecho, varios de ellos probablemente fueran tan eficaces como el celebrado método occidental de «contabilidad por partida doble» de Weber. No obstante, vale la pena recordar que en Occidente la contabilidad por partida simple fue el método más extendido hasta finales del siglo XIX.¹⁶ Y como veremos en el capítulo VIII, los comerciantes italianos sólo empezaron a utilizar las matemáticas para

reemplazar el viejo sistema del ábaco a partir de que el mercader pisano Leonardo Fibonacci les transmitiera los conocimientos de los orientales en 1202. En definitiva, podemos concluir así con las atinadas palabras de Jack Goody:

Lo que encontramos en Italia es en esencia un renacimiento, una recuperación o recreación de [unas instituciones] que habían existido adoptando diversas formas en el Oriente Próximo ... Si bien la secuencia de cuentas de Tesorería, cuentas comerciales, finanzas de mercado desde las Ferias de Champaña hasta los sistemas bancarios más estables, de documentos y asociaciones mercantiles como la *commenda* y la sociedad anónima, fue importante para el [futuro] desarrollo del capitalismo industrial, esa misma secuencia había tenido lugar ya con anterioridad en otras partes del mundo.¹⁷

Los orígenes orientales de la revolución náutica

La revolución de la navegación se basó en el astrolabio y en la brújula marina, la vela latina, el timón de popa y el casco cuadrado (así como en los sistemas de tres palos y en nuevos métodos de navegación, de los que trataré en el capítulo VII). La vela latina, que era de forma triangular y colgaba de una verga bastante larga formando un ángulo de 45 grados respecto al mástil, podía moverse siguiendo la dirección del viento. Supuso una innovación trascendental porque, a diferencia de la vela cuadrada, permitía a la embarcación virar hacia viento contrario. Un problema muy importante al que se enfrentaba el comercio marítimo europeo era el de las dimensiones de los barcos, que ponían límite al transporte de grandes cargamentos. En este sentido la innovación tecnológica trascendental fue el timón de popa (siglo XIII). Como iba montado sobre una popa lisa o cuadrada, permitía la construcción de barcos mucho más grandes, multiplicando así el espacio destinado a la carga. Los portulanos, que, pese a ser suficientes para la navegación dentro de

Europa, eran demasiado rudimentarios para arrostrar la navegación en el océano, planteaban también una grave limitación. Este problema vino a solventarlo el astrolabio (instrumento que permite marcar una posición respecto a las estrellas). Y no menos importante fue la invención de la brújula, que podía utilizarse incluso cuando estaba nublado (o sea, cuando no podían verse las estrellas). Esta circunstancia permitió inmediatamente la ampliación de la temporada de navegación a todo el año (antes se limitaba a seis meses), doblándose así el número de viajes. Todas estas innovaciones permitieron a los europeos adentrarse en los océanos. Pero por extraordinarias que resultaran todas estas novedades en el contexto europeo, lo cierto es que la mayoría de ellas fueron inventadas en Oriente y desde luego todas fueron ulteriormente perfeccionadas allí.

El astrolabio apareció por vez primera en la antigua Grecia, aunque los detalles de su descubrimiento no están claros y las referencias que a él se hacen son pocas y distantes unas de otras. Fueron, sin embargo, los musulmanes los que emprendieron todas las grandes innovaciones que podemos remontar probablemente a al-Fazārī, a mediados del siglo VIII (y no a Māshā'allāh, como se ha sugerido en algunas ocasiones). En el siglo IX el astrolabio se fabricaba de forma regular y a mediados del siglo X ya se había difundido a Europa a través de la España musulmana.¹⁸ Curiosamente, el texto latino aparentemente más antiguo que habla del astrolabio, las *Sententiae astrolabi* (del siglo X, procedentes del norte de España), se basa en gran medida en diversos textos árabes, entre ellos el tratado de al-Khwārizmī acerca de este instrumento.¹⁹ Pero igualmente impresionantes fueron los numerosos perfeccionamientos introducidos por diversos astrónomos musulmanes, que facilitaron el uso habitual del artefacto por los europeos de época posterior (véase el capítulo VIII).

La brújula marina se utilizó por primera vez en el contexto europeo en 1185. Pero no pudo ser inventada por los italianos ni en realidad por ningún otro europeo, por la sencilla razón de que ya

era empleada a todas luces por las embarcaciones chinas en torno a 1090.²⁰ Aun así, no fue más que la culminación de una serie de innovaciones chinas que se remontan al año 83 e. v., cuando se inventaron unas brújulas rudimentarias, o incluso al siglo IV a. e. v., cuando se descubrieron unas brújulas «de piedra imán» todavía más rudimentarias. Los italianos se limitaron a tomar prestada de los chinos la brújula, cuyo uso había sido transmitido a la atrasada Europa por los musulmanes.²¹ Aunque estudiaré la evolución de las técnicas de navegación en el capítulo VII, examinaré aquí los orígenes de las nuevas técnicas náuticas, empezando por la afirmación de Lynn White en el sentido de que la vela latina es originaria de Europa.

En primer lugar, pese a que nunca podremos saber quién inventó la vela latina, Lynn White (basándose en Lionel Casson) insiste en que fue inventada por los romanos. Esta afirmación se basa en dos imágenes de embarcaciones provistas de vela latina (una representada en una lápida funeraria del siglo II y otra en un mosaico del siglo IV).²² En segundo lugar, aunque White admite que ningún navío europeo de grandes dimensiones desplegó una vela latina de gran tamaño antes del siglo VI, justifica el hecho comentando que la utilización de una vela latina en una embarcación de grandes dimensiones exige una buena dosis de experimentación y un perfeccionamiento considerable del diseño. Lo que implica que los europeos estuvieron muy ocupados perfeccionando la vela latina durante los cuatro siglos anteriores pongamos al año 533. A continuación el profesor White alude a dos testimonios que sugieren que los barcos europeos ya la utilizaban en el siglo VI. El primero es una breve referencia en la biografía de san Cesáreo de Arles, y el segundo, la interpretación que da Sottas a la afirmación de Procopio que supuestamente aporta la confirmación irrefutable de que la vela latina fue desplegada en tres grandes buques del Imperio romano de Oriente en 533.²³ En tercer lugar, junto con muchos otros autores, el profesor White reconoce que la siguiente aparición tiene lugar en el Me-

diterráneo hacia el año 880. En cuarto y último lugar, White concluye que fue la *carabela* portuguesa el vehículo que transmitió el invento a los musulmanes (que a su vez no utilizaron la vela latina hasta el siglo XVI).²⁴ Responderé a todos estos planteamientos de forma sucesiva (aunque me referiré al primer punto en último lugar).

Ante todo, la validez de la alusión que se hace en la biografía de san Cesáreo de Arles (citada originalmente por Jal en 1848) para demostrar el uso de la vela latina por los europeos en el siglo VI ha sido puesta en duda por H. H. Brindley.²⁵ El pasaje original de Cesáreo que se cita es, según Brindley, nada más que una alusión indirecta: «*tres naves, quas Latenas vocant, maiores, plenas tritico direxerunt*». Lo que se infiere es que al llamar «latinas» a estas tres naves cargadas de trigo se da a entender que tenían velas latinas. También hay motivos para dudar de la interpretación que hace Sottas de la afirmación de Procopio, según el cual tres navíos de la flota de Justiniano desplegaron en 533 velas latinas. En realidad Procopio dice que el almirante de la flota «ordenó que los tres navíos en los que iban los oficiales al mando llevaran al menos un tercio del ángulo superior de sus velas pintado de rojo». Como señala Richard Bowen, «Sottas deduce inmediatamente de la palabra “ángulo” que los tres buques llevaban vela latina».²⁶ Aparte del hecho evidente de que sería muy extraño que toda la flota no llevara el mismo aparejo, Bowen concluye en la misma página que «parece más lógico ... que las velas triangulares se refieran a las velas triangulares de gavia, que llevaban habitualmente las embarcaciones romanas provistas de vela cuadrada desde el año 50 d. C.» Nótese que las velas triangulares de gavia iban dispuestas en sentido horizontal, no vertical, y no funcionaban como la latina.

En segundo lugar, la afirmación de White en el sentido de que la vela latina fue desplegada en un barco europeo en el año 880 es problemática. El famoso dibujo, dado a conocer por primera vez por Jal en 1848, está, según Brindley, «tan bien acabado que su fielidad resulta dudosa; es demasiado improbable que una obra del

siglo IX fuera así».²⁷ Y lo que es más importante, aunque por lo demás no es de extrañar, Brindley demuestra que la fecha es errónea (puesto que la referencia original que aparece en la Bibliothèque Nationale, aunque sea del siglo IX, corresponde en realidad a un rey antiguo, no a un barco provisto de vela latina).

En tercer lugar, la afirmación de White en el sentido de que fueron en último término los portugueses a finales del siglo XV los que transmitieron la vela latina a los musulmanes no puede ser correcta. Sabemos (como dijimos en el capítulo II) que los persas navegaron hasta la India y más allá a través del golfo Pérsico desde los siglos III y IV. Y ya a mediados del siglo VII los musulmanes surcaban el océano Índico. Sin embargo, habría sido imposible que las embarcaciones persas y árabes volvieran a sus puertos de origen con una vela cuadrada, debido a que en la zona del golfo predominan los vientos del norte. Por lo tanto, sin vela latina no habría podido haber navíos de Oriente Medio recorriendo el océano Índico como en efecto observamos. Y desde luego en ningún momento encontramos el menor rastro de velas cuadradas en ningún barco persa o árabe.

Permítaseme ahora abordar la cuestión de las imágenes de Casson en las que White se basa exclusivamente. La imagen de un navío romano provisto de vela latina representada en una lápida funeraria del siglo II es puesta en tela de juicio por Needham, quien sugiere que en realidad podría tratarse de una vela cuadrada.²⁸ Y la otra imagen de Casson (datada en el siglo IV) no supone una prueba concluyente de que se tratara de un invento romano. Pero aun cuando los romanos hubieran inventado la vela latina, es importante recordar que a partir del año 50 e. v. no hay testimonios de que se produjera ningún perfeccionamiento ni ningún desarrollo ulterior de las velas y los aparejos.²⁹ Desde luego ni Casson ni White aportan esos testimonios; se trata simplemente de meras deducciones o suposiciones. Particularmente importante a este respecto es el hecho de que las dos representaciones plásticas de naves romanas

que supuestamente llevan vela latina muestran sólo una vela muy pequeña. En cambio, los marinos de Oriente Medio desplegaban este tipo de vela en barcos mucho más grandes y, lo que es más importante, utilizaban velas mayores de forma triangular realmente enormes. Un autor de la época, ibn-Shahriyā, menciona incluso una vela árabe de más de 20 metros de altura a mediados del siglo X (que a duras penas habría podido corresponder a los mástiles de las naves europeas de mayor tamaño utilizadas a comienzos del siglo XVI).³⁰ Además, Gerald Tibbets dice que los navíos árabes del siglo XV —es decir, anteriores al viaje de Vasco de Gama en 1498— eran con toda seguridad tan grandes como los *dhows* actuales (embarcaciones de unos 30 metros de eslora provistas de mástiles de más de 20 metros).³¹ Ante todo, el empleo de velas latinas de gran tamaño demuestra una clara «capacidad de adaptación». Esto es, el uso de una vela latina de grandes dimensiones en un navío igualmente grande requiere una buena dosis de perfeccionamiento y un largo período de experimentación previa (como el propio White reconoce). En resumen, no es posible concluir que fueron los persas o los árabes los que definitivamente inventaron la vela latina, pero igualmente erróneo sería descartar semejante posibilidad. No obstante, es sumamente probable que fueran los musulmanes, y no los europeos, los que, tras perfeccionar sus características durante un largo período de tiempo, se la transmitieran a estos últimos, permitiendo así a Vasco de Gama emprender su viaje en 1498.

En cuanto al timón de popa y el casco cuadrado, son sin la menor duda inventos chinos. Aparecieron ya en el año 400 e. v. y se difundieron hacia Occidente llegando a Europa en torno a 1180 a través del Puente del Mundo islámico.³² Por último, resulta sumamente instructivo recordar que, aunque los buques de guerra venecianos eran los más avanzados de Europa a comienzos del siglo XV, quedaban muy por detrás comparados con los barcos de guerra chinos de la época. De ese modo, las galeras venecianas de mayor tamaño, que podían tener 45 metros de eslora y 6 metros de anchura,

habrían parecido enanas frente a los barcos chinos de mayores dimensiones, que medían 150 por 50 metros. Por otro lado, «las gálleras venecianas iban defendidas por arqueros, mientras que los buques chinos iban provistos de armas de fuego, cañones de latón y de hierro (fundido), morteros, flechas incendiarias y granadas».³³

Los orígenes orientales de la revolución «energética» y «protoindustrial» europea

Respecto a la revolución energética medieval, Carlo Cipolla afirma convencionalmente que la invención del molino de agua fue una innovación estrictamente europea, dada su ausencia en Oriente.³⁴ Pero como aduce Arnold Pacey,

solía creerse que [el molino de agua] fue una innovación típicamente europea. Pero ahora se sabe que existían numerosos molinos de agua en las proximidades de Bagdad, y que la energía hidráulica era aplicada a la fabricación de papel en esa región dos siglos o más antes que en Europa.³⁵

Pero en realidad Pacey subestima este hecho. Una imagen más completa es la que nos ofrecen al-Hassan y Hill:

Los musulmanes eran evidentemente muy aficionados a explotar cualquier aprovisionamiento de agua como fuente potencial de energía para mover los molinos. Incluso calculaban el caudal de un río por la cantidad de molinos que podía mover: el caudal equivalía, por así decir, a tanta «energía de molienda» ... Había molinos en todas las provincias del mundo musulmán, desde España y el norte de África hasta Transoxiana.³⁶

Sorprendentemente, durante toda la Edad Media proliferaron a lo largo de los ríos ruedas hidráulicas y molinos de agua, emplea-

dos en labores de regadío, o para moler grano y triturar materiales necesarios para determinados procesos industriales. Había asimismo grandes norias (grandes máquinas de madera de más de 18 metros de altura que servían para hacer subir el agua) a orillas del río Orontes en Hama, Siria. Precisamente las norias y los molinos de agua se construyeron también en la España musulmana. Además, desde el segundo milenio a. e. v. se habían desarrollado en Oriente Medio toda clase de mecanismos para facilitar el suministro de agua, entre otros, acueductos por encima de la superficie encargados de conducir el agua a las ciudades y aldeas, pero especialmente acueductos subterráneos (los *qanat* de Irán o los *khattara* de Marruecos).³⁷⁻³⁸ Y los sistemas de riego no pueden considerarse un signo del despotismo oriental (como querían los eurocéntricos), porque en Oriente Medio esos sistemas estaban demasiado descentralizados para encajar en el molde de un estado despótico hidráulico y centralizado.

No obstante, el eurocentrismo pasa por alto efectivamente todos estos logros del mundo musulmán afirmando que el molino se originó mucho antes, en tiempos del Imperio romano. Parece, sin embargo, que los molinos empezaron a desarrollarse en el Antiguo Egipto y que posteriormente se extendieron al Imperio romano (aunque no fueran molinos de agua).³⁸ Los primeros molinos de agua (la innovación decisiva) aparecieron en China en el siglo I a. e. v. Esta realidad a veces se soslaya afirmando que fue el molino romano el que influyó en el posterior molino de la Europa medieval, dado que los romanos, a diferencia de los chinos, usaban ruedas verticales que constituirían la base de los posteriores molinos de agua medievales. Pero la influencia china se pone de manifiesto en el hecho de que el molino de agua de la Europa medieval se basaba fundamentalmente en el «martillo de caída». Y éste es evidente que había sido inventado en China en el siglo IV a. e. v.

Por último, ¿fue el molino de viento un invento exclusivamente europeo que empezó a utilizarse a lo largo del siglo XIII? No puede ser así puesto que la primera referencia al molino de viento pro-

cede de Persia y data del año 644. No obstante, como señala Needham, «más segura quizá es la mención de molinos de viento en las obras de los hermanos Banū Mūsā (850-870), mientras que un siglo más tarde varios autores fiables hablan de los curiosos molinos de viento de Seistan (por ejemplo, Abū Ishāq al-Istakhrī y Abū al-Qāsim ibn Hauqal)». ³⁹ Posteriormente el molino de viento persa se transmitió no sólo a Europa, sino también a Afganistán y China. ⁴⁰ Se esgrime habitualmente una objeción que desdeña los orígenes persas del invento alegando que el molino de viento de Oriente Medio estaba construido en sentido horizontal, a diferencia del europeo, dispuesto en sentido vertical. Decir que el diseño original no se transmitió a Europa parece justo; que no existió en absoluto una aportación por parte de Persia parece improcedente. Pues es evidente que la idea del molino de viento fue transmitida a Europa. Y desde luego no es ninguna coincidencia que los cruzados europeos, que indudablemente tuvieron que ver los molinos de viento persas en el curso de sus «aventuras» —dado que muchos de ellos se quedaron numerosos años en Oriente Medio o incluso se establecieron para siempre allí—, lo difundieran por Europa poco tiempo después.

Fabricación de tejidos

Sabemos que las dos industrias más significativas de Europa después del año 1000 fueron el sector textil y la fabricación de papel, aunque también empezó a tener importancia la producción de hierro. Parece claro que hubo una serie de tecnologías textiles que fueron transmitidas a Europa desde Oriente, en particular la rueca de hilar, las devanaderas, el telar y los pedales. La rueca se originó en China y se transmitió a Italia una vez más a través de la España musulmana, adonde llegó en el siglo XIII. ⁴¹ No fue una coincidencia que las máquinas de las sederías italianas del siglo XIII se parecieran tanto al primitivo modelo chino. Como señala Hugh Honour,

mientras la *pax tartarica* instaurada por Kublai Khan reinó sobre Asia, miles y miles de fardos [de tejidos chinos] fueron transportados de China a Oriente Medio y a Europa por la ruta de las caravanas que Balducci Pegoletti dice que era perfectamente segura de día y de noche. No es de extrañar que esa gran afluencia de brocados y telas bordadas, de calidad mucho más fina y de una riqueza de color y de diseño mucho mayor que la de cualquier producto europeo, suscitara admiración y alentara la emulación.⁴²

Y como en varias ciudades italianas encontramos «hilaturas de seda que usaban una maquinaria muy similar a la empleada en China, cabe suponer que alguno de los mercaderes europeos que viajaban a Oriente por entonces trajera consigo los correspondientes diseños en sus alforjas». ⁴³ Casualmente la invención de las devanaderas de seda [bobinadoras] había tenido lugar en China en 1090. Las máquinas chinas constaban de un conjunto de bobinadoras movidas por pedales con una tabla inclinada y un sistema de enrollado. El modelo italiano se parecía al chino hasta en los más mínimos detalles, como la palanca unida a la manivela. ⁴⁴ Y significativamente, las máquinas italianas siguieron reproduciendo más o menos el modelo chino hasta el siglo XVIII. ⁴⁵ Por último, no sería de extrañar, ni mucho menos, que las máquinas llegaran a Europa a través de la España musulmana, pues allí se desarrollaron plenamente todos los aspectos más importantes del telar. Y esto a su vez tiene muy poco de extraño dado que los tejidos musulmanes dominaron los mercados europeos durante siglos.

Fabricación de papel

Una de las industrias más importantes de la Europa medieval fue la papelera. No obstante, el papel se fabricaba en la España musulmana en 1150, y posteriormente la práctica se transmitió al res-

to de Europa. El papel, eso sí, había sido inventado por Ts'ai Lun en China en 105 e. v. (véase el capítulo VIII) y su fabricación dio comienzo poco después.⁴⁶ ¿Cómo se transmitió a Europa? Según la ingeniosa explicación que ofrecía Thomas Carter, el papel se propagó hacia Occidente de forma muy gradual. Llegó a Turquestán entre los siglos IV y VI, pero sólo se utilizó ocasionalmente. Si bien se detectó la existencia de papel en Transoxiana y Persia bastante antes de la batalla de Talas (751),⁴⁷ el hecho es que fue después de esa batalla en concreto cuando los prisioneros chinos transmitieron las técnicas más importantes de la fabricación del papel. Como decía al-Qazwīnī,

trajeron unos prisioneros de guerra naturales de China. Entre ellos había alguien que conocía la fabricación del papel y ejercitó su arte. Entonces se propagó hasta convertirse en uno de los principales productos de la población de Samarcanda, y desde allí se exportó a todos los países.⁴⁸

En efecto, la fabricación de papel pasó de Samarcanda a Bagdad en 974, y el papel árabe producido en Damasco —llamado naturalmente en Europa *charta damascena* (papel de damasco)— sería el más utilizado en Europa hasta el siglo xv. En resumen: «El comercio y otros contactos entre árabes y chinos dieron a los primeros la oportunidad de conocer el papel en fecha muy temprana, y los vocablos árabes utilizados para designar el papel como *kagaz* y su equivalente *qirtas*, que aparece en el Corán, son de origen chino».⁴⁹

No obstante, aunque el invento original se debió indudablemente a los chinos, los árabes hicieron una aportación propia. Concretamente, los árabes se aprendieron a almidonar el papel para que los escribas pudieran utilizar la pluma (en vez de los pinceles empleados por los chinos). La producción de papel se transmitió posteriormente a la España musulmana hacia 1150 y luego al resto de Europa: a Francia en 1157 y a Italia en 1276 (más de mil años des-

pués de su descubrimiento en China).⁵⁰ Y la influencia musulmana puede apreciarse en el hecho de que en nuestra lengua usamos la palabra «resma», que en italiano se dice «risma» y en inglés de dice «ream», términos todos derivados del vocablo árabe *rismah*.⁵¹

La primitiva industria europea del hierro

Como veíamos en el capítulo III, aunque la producción de hierro comenzó mucho antes de la era vulgar, fueron los chinos los que la llevaron más lejos que nadie durante el «milagro Sung» del siglo xi. Aquí me limitaré a señalar que los desfases en la transmisión de los inventos de China a Europa resultan asombrosos sólo por sus dimensiones: once siglos para la difusión del soplado mecánico por energía hidráulica, y catorce para el fuelle de émbolo.⁵² Ya se ha señalado que el Flussofen europeo, que sustituyó al Stukofen (alto horno) de Estiria o Austria en el siglo xiv, fue la última fase de la transmisión de una tecnología china que había llegado a través de Asia Central, Siberia, Turquía y Rusia.⁵³ Digno de reseñar es también el hecho de que los indios y los musulmanes fueron productores importantes por propio derecho. La del hierro era una industria vital para el Islam. Se le adjudica incluso un lugar destacado en el Corán: «Hemos hecho descender el hierro, que encierra una gran fuerza y ventajas para los hombres» (capítulo 57). Parece que las técnicas orientales de producción de hierro se transmitieron a Europa probablemente a través del Puente del Mundo islámico.

La fabricación de relojes en Europa

«El reloj fue el mayor hallazgo del genio mecánico [de la Europa] medieval», afirma el profesor David Landes, declaradamente eurocéntrico.⁵⁴ Se dice que el primer reloj público se erigió en la to-

tre de la iglesia de San Eustorgio de Milán en 1309. Y supuestamente el primer reloj portátil apareció en el palacio Visconti de esta misma ciudad en 1335. Significativamente, sin embargo, incluso los autores eurocéntricos admiten que nadie sabe quién lo inventó.⁵⁵ Que los chinos no llegaran a fiarse del reloj parece una conjectura razonable. Que los chinos no se interesaran por un reloj mecánico, o que no fueran capaces de fabricarlo es un argumento muy poco razonable. El hecho es que a finales del siglo XI, Su Tzu-Jung construyó un reloj astronómico. En 1086 recibió del emperador chino el encargo de reconstruir el reloj de armillas ya existente (inventado por Han-Kung-Lien). Hablando de la descripción que hacía Su de su propio reloj, Needham concluye: «A pesar de la vivacidad de sus detalles, el pasaje [se refiere] a la organización de uno de los logros técnicos más importantes de la Edad Media en cualquier civilización».⁵⁶ El mayor desafío que planteaba la fabricación de un reloj consistía en la invención del mecanismo de escape (dispositivo que regula el movimiento de los ejes y los cuadrantes para garantizar que el reloj marque la hora con exactitud). Cardwell comentaba que «nos deja absolutamente a oscuras sobre cuáles fueron los pasos que dio (o dieron) un genio (o genios) desconocido(s) para inventar el mecanismo de escape que ... acaso constituyera el mayor invento del hombre desde la aparición de la rueda».⁵⁷ El enigma se resuelve por el hecho evidente de que habían sido los chinos (probablemente I-Hsing en 725) quienes habían inventado el mecanismo de escape y, además, hay pruebas de su transmisión a Occidente. De hecho, parece que la idea se difundió primero al Oriente Medio musulmán. Más tarde, en 1277 (unos sesenta años antes de la fabricación del reloj Visconti) se tradujo en Toledo un texto árabe sobre el cómputo del tiempo, que incluía la idea del reloj de pesas con escape de mercurio.⁵⁸ También debemos recordar que prácticamente todas las técnicas y mecanismos del reloj europeo, incluidos los autómatas, los trenes de engranaje complejos y los engranajes segmentados, así como las pesas y las señales sonoras,

estaban ya presentes en la relojería andaluza (es decir de la España musulmana).⁵⁹ Curiosamente, Lynn White sugiere que las seis máquinas perpetuas fueron, al parecer, fruto de la inspiración de un indio del siglo XII, Bhāskarā.⁶⁰ Pero sea como fuere, muchos relojes europeos tenían en su diseño elementos que se parecían mucho al reloj de Su.⁶¹ Existen, por lo tanto, buenas pruebas circunstanciales que sugieren que los chinos (y tal vez los indios) a través de los musulmanes llegaron a influir en los relojeros europeos. Y aunque no haya más argumentos, sólo éste refutaría el típico estribillo eurocéntrico que repite una y otra vez que los chinos no estaban lo bastante avanzados tecnológicamente para fabricar un reloj.

CONCLUSIÓN

Que Italia fue importante para el desarrollo de Europa durante gran parte de la Edad Media parece una afirmación perfectamente razonable. Pero la idea de que los italianos fueron los pioneros de las innovaciones de todo tipo que impulsaron hacia adelante el capitalismo europeo es, en cambio, un mito. El influjo oriental sobre Italia fue tan profundo como generalizado. Por último, cuando pensamos en Italia, a menudo se nos viene a la cabeza su singularísima cocina y muchas de sus creaciones culturales. Pero la base de la pizza fue inventada en el Antiguo Egipto. Los árabes introdujeron el cultivo del arroz y el azafrán en Sicilia y España (ingredientes indispensables para la elaboración de la paella). Y el café llegó de Etiopía (y su nombre deriva del término arábigo *kahwa*).⁶² Sin embargo, ni la pasta ni los espagueti vinieron de China (a pesar de lo que diga Marco Polo), sino que proceden de los antiguos etruscos, que vivieron en la parte occidental de Italia.

Se dice que uno de los máximos indicios del genio y el refinamiento de Italia está en el Ponte Vecchio de Florencia. Pero como comenta Michael Edwardes,

los responsables de los primeros puentes de arcos segmentados de Europa —como el Ponte Vecchio que cruza el Arno en Florencia (1345)— debieron de contar con la influencia de los expertos chinos, pioneros de esta técnica. En efecto, la fama de los técnicos chinos perduró [durante muchos siglos], y en 1675, cuando quiso modernizar su país, Pedro el Grande de Rusia llamó a ingenieros chinos para que ejecutaran sus proyectos de construcción de puentes.⁶³

En efecto, con todo el respeto para el Ponte Vecchio, Needham señala que «un puente comparable de carácter incluso más avanzado ... fue construido hacia el año 610 e. v. por un ingeniero chino de calidad sobresaliente, Li Chhun». ⁶⁴ Además había cerca de otros veinte puentes como ése en China antes del siglo XIV. Y como muchos occidentales (empezando por Marco Polo) visitaron aquellos puentes y se maravillaron ante ellos, es muy posible que la transmisión de tales conocimientos estimulara directamente a los ingenieros italianos.

Pero, a pesar de todo, en lo que solemos pensar cuando «imaginamos Italia» es en el Renacimiento, que supuestamente puso en marcha la dinámica europea que culminaría con la llegada de Occidente a la modernidad capitalista. A este respecto a menudo pensamos en Leonardo da Vinci, que insistía en que la pintura debía basarse en las matemáticas, especialmente en la geometría y la óptica (un leitmotiv de la «Europa avanzada»). Pero la geometría y la óptica en las que se basaba Leonardo habían sido desarrolladas y transmitidas por los musulmanes de Oriente Medio y el norte de África. En efecto, como explicaremos en el capítulo VIII, detrás del Renacimiento occidental se esconde Oriente. Por último, la concepción tradicional de la historia eurocéntrica de que el bastón de mando del poder global pasó de Italia a los reinos de la península Ibérica, que lanzaron la era europea de los descubrimientos, no es más que otro mito. El capítulo VII explica por qué.

Capítulo VII

EL MITO DE LA ÉPOCA DE VASCO DE GAMA, 1498-c. 1800

Continuar con aquellos que no siguen mis pasos.
Es peor que los peligros de un mar tempestuoso.
Dadme una nave y la llevaré a través de los peligros,
Pues eso es mejor que tener amigos que no sean sinceros...
Esta [nave] es una maravilla de Dios, mi montura, mi escolta.
[Oh Señor, sé generoso] En el viaje, que es la propia casa de Dios...
He agotado mi vida por la ciencia y he llegado a ser famoso por ella.
Mi honra ha sido engrandecida por los conocimientos [científicos] en mi vejez.
Si no hubiera sido digno de ello, los reyes no habrían reparado en mí.

AHMAD IBN MĀJID, navegante
musulmán, c. 1475

Si la teoría que planteaba en la primera parte de mi libro es correcta —esto es, que Asia fue todo el tiempo por delante de Europa hasta el siglo XIX—, ¿cómo podemos hacer frente a la tesis eurocéntrica según la cual después de 1500 los europeos conquistaron Asia? ¿Y qué vamos a hacer con el célebre argumento que afirma que la época inaugurada en 1492 constituyó la era europea de los descubrimientos, que dio paso a la protoglobalización capitaneada

por Occidente? O, en un contexto asiático, ¿cómo debemos abordar la definición que habitualmente hace el eurocentrismo del período de la historia de Asia comprendido entre 1498 y 1800 calificándolo sin más como la «época de Vasco de Gama»? O más concretamente, ¿qué debemos hacer con la conocida definición eurocéntrica, tan apasionadamente expresada por John Roberts en su libro *The Triumph of the West*?:

Hay un hecho ... tan obvio que fácilmente se pasa por alto: las exploraciones las llevaron a cabo exclusivamente los europeos. Es más, los viajes de descubrimiento fueron el inicio de una nueva era, una era de expansión mundial de los europeos ... [C]omo Lutero en el siglo siguiente, Enrique [el Navegante] contribuyó a inaugurar la historia moderna sin tener la menor intención de hacerlo ... Fue sólo un acto de jactancia relativamente menor que el rey de Portugal [D. Manuel] no tardara en titularse «Señor de Etiopía, Arabia, Persia y la India» ... La conquista de alta mar fue el primero y el mayor de todos los triunfos sobre las fuerzas de la naturaleza que habrían de conducir al dominio de todo el globo por la civilización occidental.¹

Y Roberts continúa afirmando:

Hoy día se ha empezado a usar una palabra acuñada especialmente para resumir esa mentalidad: «Eurocentrismo». Significa: «Poner a Europa en el centro de todo», y suele implicar que semejante actitud es un error. Pero desde luego si sólo hablamos de hechos, de lo que sucedió, y no del valor que les atribuimos, es perfectamente correcto situar a Europa en el centro de la historia de los tiempos modernos.²

Mi respuesta es que los «hechos» a los que apela Roberts son simplemente los que ha querido seleccionar el discurso eurocéntrico, precisamente ante todo para «situar a Europa en el centro de la historia». Se ve perfectamente que es así cuando repasamos unos

cuantos hechos alternativos. Aquí presento seis grandes contrapuestas a la historia eurocéntrica de todos conocida, que en conjunto componen una imagen totalmente distinta y que al mismo tiempo confirman los argumentos planteados en la primera parte de este libro.

EL MITO DE LA ERA EUROPEA MODERNA DE LOS DESCUBRIMIENTOS EN ASIA

Los viajes de los portugueses no fueron la encarnación de una insólita era europea moderna de los descubrimientos, que mostrara los signos de una singular «inquietud racional» o una curiosidad impulsiva. Fueron de hecho «las últimas boqueadas» o la «segunda ronda» de la era medieval de las Cruzadas, cuya «primera ronda» habría tenido lugar entre 1095 y 1291. Es decir, esos viajes estaban informados por una vieja mentalidad de cruzada más que por un conjunto de nuevas ideas. El telón de fondo ante el que se sitúan inmediatamente estos viajes es la toma de Constantinopla por los turcos otomanos en 1453, suceso que desencadenó una gran crisis en toda la cristiandad. Esta crisis de identidad cristiana se vio exacerbada por la conquista de Atenas (la Ciudad Santa de los pensadores renacentistas) por los musulmanes en 1456. En consecuencia, «se levantó un gran coro de lamentaciones ... El sagrado suelo de la Hélade había sido profanado».³ Esta circunstancia desencadenó un deseo irrefrenable de localizar a los cristianos de Oriente (y sobre todo al fantástico rey negro católico, el preste Juan). En efecto,

en la segunda mitad del siglo xv, la idea de organizar y dirigir una gran Cruzada formó parte de los planes de la reforma papal de la Iglesia ... Un papa reformista fuerte debía trabajar para la paz dentro de la Cristiandad, inspirar una Cruzada y rejuvenecer la fe.⁴

La «amenaza» islámica, junto con la desunión de la Cristiandad, indujo a la Iglesia católica a publicar varias bulas papales. Para la Iglesia, aquello era en buena parte una cuestión de vida o muerte religiosa: es decir, estaba en juego la propia supervivencia de la cristiandad. Como proclamaba el papa Pío II: «Nos amenaza una guerra inevitable con los turcos. Si no tomamos las armas y vamos a la guerra y nos enfrentamos al enemigo, creemos que todo está perdido para la religión».⁵

La primera bula papal (*Dum diversas*), publicada en 1452 por Nicolás V, afirmaba que «el papa autoriza al rey de Portugal a atacar, conquistar y someter a los sarracenos ... a capturar sus bienes y sus territorios, a reducir sus personas a esclavitud perpetua, y a traspasar sus tierras y propiedades al rey de Portugal».⁶ Tras ésta vino una segunda bula (*Romanus Pontifex*), publicada por el mismo papa en 1455, que ha sido denominada acertadamente «Fuero del imperialismo portugués». En ella, el príncipe Enrique el Navegante es cargado de elogios como soldado de Cristo y defensor de la fe. Es alabado por su deseo de propagar el nombre de Cristo y de obligar al «infiel» a entrar en el redil de la Iglesia católica. Y específicamente se le atribuye la intención de doblar el cabo de Buena Esperanza y entablar relaciones con los habitantes «católicos» de las Indias (supuestamente gobernados por el preste Juan). Se creía que esas gentes, «honran el nombre de Cristo», y que forjando una alianza con ellos los portugueses podrían seguir adelante en su lucha contra los sarracenos y otros «infieles». Tras esta bula, que concedía legitimidad al imperialismo portugués en las Indias, vino otra todavía más importante, *Inter caetera* (1456). Venía a confirmar lo declarado en la *Romanus Pontifex* concediendo «jurisdicción espiritual sobre todas las regiones conquistadas por los portugueses ahora o en adelante “desde los cabos Bojador [en la costa nordoccidental de África] y Nun hasta Guinea y más allá, por el sur hasta las Indias”».⁷ En particular se ordenaba específicamente la búsqueda del preste Juan, con el cual era de esperar que se aliaran

los portugueses y derrotaran a los musulmanes (se buscaba al preste Juan porque se creía que vivía en la retaguardia del imperio islámico).

El presuntuoso pronunciamiento de la Iglesia en el sentido de que el océano Índico era una *nullius diocesis* (antecedente cristiano medieval hasta cierto punto del concepto posterior de *terra nullius*), se veía reflejado en la afirmación de que dicho océano era un *mare liberum*. Esto indujo a los portugueses a creer desde el primer momento que era perfectamente justo que todos los barcos asiáticos llevaran licencias portuguesas si querían comerciar en el que ahora se consideraba un «océano portugués».⁸ Dicho de otro modo, el cristianismo no era invocado sólo como principio justificador del «imperialismo» portugués en las Indias a posteriori, sino que fundamentalmente reforzaba desde un principio la creencia de que aquella vía era moralmente apropiada. Esto no significa que las motivaciones económicas carecieran de relevancia. Pero la riqueza económica sería también un medio importante de hacer la guerra al «infiel». Resulta significativo en este sentido que en 1457 la ceca de Lisboa acuñara una moneda de oro con el llamativo nombre de «cruzado»; y no menos sorprendente es el hecho de que el oro procediera de Guinea.

EL DOBLE MITO DE LA ERA PORTUGUESA DE LOS DESCUBRIMIENTOS Y DE LA ERA OCCIDENTAL DE LA PROTOGLOBALIZACIÓN

Los portugueses ni «descubrieron» Asia y el cabo de las Tormentas, ni fueron las «expediciones» realizadas a partir de 1497 y 1498 el primer signo de la protoglobalización occidental. Más bien se integran en la globalización [oriental] capitaneada por África y Asia y constituyeron una parcela de ella. Convencionalmente se piensa que fue el navegante portugués Bartolomé Díaz (Bartholomeu Dias) el que descubrió el cabo de las Tormentas entre 1487 y

1488 (posteriormente llamado cabo de Buena Esperanza), y que fue Vasco de Gama el que consiguió continuar la ruta hasta la India doblando el cabo una década más tarde. Pero de hecho, los portugueses fueron los últimos en descubrirlo: varios pueblos orientales ya habían llegado hasta él, aunque no lo doblaran, muchos siglos antes. A mediados del siglo xv el famoso navegante árabe Shihāb al-Dīn Ahmad Ibn Mājid zarpó rumbo al oeste en dirección al cabo y luego fue remontando la costa de África occidental hasta llegar al Mediterráneo atravesando el estrecho de Gibraltar.⁹ Y el litoral «es descrito con tal detalle en los manuales que no cabe duda de que otros navegantes árabes y persas circunnavegaron África».¹⁰ También cabe señalar que hacia 1420 un navío indio (o tal vez chino) dobló el cabo y continuó viaje durante unas 2.000 millas por el océano Atlántico.¹¹ Además, el almirante chino (de religión musulmana) Chēng Ho remontó la costa oriental de África a comienzos del siglo xv, aunque también es posible que algunos navegantes chinos doblaran el cabo ya en el siglo viii, si no antes.¹² Hay pruebas asimismo de que los javaneses doblaron el cabo. En 1645 Diogo do Couto decía de los javaneses:

[Son] todos hombres muy experimentados en el arte de la navegación, hasta el punto de afirmar que son los más antiguos de todos ... [E]s cierto que anteriormente navegaron hasta el cabo de Buena Esperanza, y que estaban en comunicación con ... [Madagascar], donde hay muchos nativos morenos y ajavanados que dicen ser descendientes suyos.¹³

Y este patrón migratorio dio comienzo indudablemente en los primeros siglos del primer milenio de la era vulgar.¹⁴ En resumen, una gran variedad de comerciantes orientales ya se habían adentrado más allá del cabo y habían remontado la costa oriental, si no también la occidental de África mucho antes de que Enrique el Navegante empezara a pensar en dirigirse hacia allí.

Otro mito eurocéntrico es el que dice que la llegada de Vasco de Gama a la India supuso una especie de primer contacto con un pueblo aislado hasta ese momento. Pero como vimos en los capítulos II-IV, la India y en realidad el resto de Asia habían desempeñado un papel trascendental en la economía global capitaneada por África y Asia muchos siglos antes de que Vasco de Gama pensara en zarpar de Portugal. La realidad era que a Colón y Vasco de Gama se les adelantó en casi un milenio la edad afroasiática de los descubrimientos. Prueba de ello es que

cuando Vasco de Gama remontó la costa de África oriental en 1498 empezó a navegar por un mundo conocido, un mundo que ya mantenía lazos con el Mediterráneo y con Europa. Los mercaderes árabes habían llegado por el sur hasta Sofala [en la costa del sudeste de África], habían convertido al Islam a sus habitantes, se habían establecido en la zona y habían contraído matrimonios mixtos, conectando todo el litoral del África oriental situado al norte de allí con otros puntos del océano Índico, del mar Rojo y de Europa.¹⁵

Otro mito relacionado íntimamente con éste es el que se refiere a la creencia eurocéntrica de que fue Vasco de Gama el que estableció los primeros contactos con un pueblo primitivo. Como vimos ya con cierto detalle en el capítulo IV, los indios estaban mucho más adelantados que sus «descubridores» europeos. Una prueba circunstancial de cuánto decímos es la entrevista inicial mantenida por el navegante portugués y el zamorín (príncipe) indio de Calicut. Lejos de sentir un temor reverencial o de mostrarse abrumado por la llegada de los europeos, el zamorín indio no se dejó impresionar en absoluto. Después de que le fuera graciosamente concedida audiencia, Vasco de Gama regaló al zamorín algunos de los productos europeos más adelantados de los que disponía. Pero los indios apenas pudieron ocultar su risa ante la inferioridad de aquellas mercancías. Como dice Needham,

el abismo tecnológico existente entre [Oriente] y Occidente queda patente en la primera visita de Vasco de Gama a Calicut en 1498. Ofreció varios regalos: mantos, sombreros, azúcar, aceite... El rey se echó a reír al verlos y aconsejó al almirante que mejor le regalara oro. Al mismo tiempo, los mercaderes musulmanes presentes ya en el lugar aseguraron a los indios que los portugueses eran esencialmente piratas, y que no tenían nada que los indios pudieran desear.¹⁶

De hecho, fueron los consejeros del monarca los que se rieron. El soberano se sintió muy ofendido con aquellos regalos, que desdenó por considerarlos indignos incluso del mercader más pobre.

La idea de que los indios quedaron absolutamente impresionados por los portugueses debe ser en realidad invertida. Curiosamente, el rey portugués Juan II había enviado a Pedro de Covilhão a explorar la India en 1487. A su regreso, Covilhão comunicó que

quedó asombrado ante lo que vio en los puertos indios: el animado comercio... y sobre todo las ingentes cantidades de canela y los manojos de casia que había en los almacenes de los mercaderes árabes, la pimienta que trepaba por los árboles, y la inmensa variedad de especias que crecían en los campos como crece el trigo en las tierras de Europa.¹⁷

Al cabo de unos años, Cabral regresó a Portugal no sólo con unos informes igualmente deslumbrantes, sino que incluso trajo consigo algunos productos indios. Los portugueses en general quedaron tan asombrados por la riqueza de la población como por la opulencia de los palacios.¹⁸ De ese modo, si los portugueses se sintieron, al parecer, motivados por una intensa curiosidad que supuestamente no tenían los asiáticos, fue sólo porque, a diferencia de éstos, conocían por un lado muy poco de aquel mundo, y porque sabían por otra parte que los asiáticos tenían mucho que ofrecer.

En resumen, ni el hecho de doblar el cabo ni la llegada de los portugueses a la India constituyeron la marca de un descubrimiento insólito. Aunque indudablemente fueron toda una revelación para los europeos, supusieron sólo una noticia que no tenía nada de nuevo para los africanos y los asiáticos. Todo lo que sucedió fue que los europeos entraron directamente en la economía global capitaneada por África y Asia que había sido creada a partir del año 500. En una palabra, los europeos no «descubrieron» ni Asia ni África, pues los pueblos de este último continente llevaban ya mucho tiempo en contacto con Europa.

EL MITO DEL GENIO EUROPEO DE LOS VIAJES DE LOS PORTUGUESES

La llegada de los portugueses a Asia no fue el signo de un singular genio europeo; por el contrario, sólo fue posible gracias a la asimilación por parte de Europa de las tecnologías náuticas y las ideas científicas superiores de los asiáticos. Europa no recreó Asia entre 1500 y 1800, sino que Asia contribuyó a recrear Europa entre 500 y 1800. El hecho es que de no ser por la transmisión y la asimilación de la ciencia oriental, así como de la ciencia y las tecnologías de la náutica y la navegación de Oriente, Vasco de Gama no habría llegado al cabo, y mucho menos a la India. Los portugueses empezaron a tomar prestada la ciencia de los musulmanes en el siglo XII, y el proceso lo inició hasta cierto punto la familia real. La monarquía portuguesa dio empleo a varios científicos judíos que transmitieron directamente, a través de sus traducciones, los conocimientos islámicos originales (en el contexto de las Cruzadas, recurrir a los judíos suponía un método más «fácil desde el punto de vista político» que colaborar directamente con los musulmanes). Además, los portugueses se beneficiaron más en general de la inmigración de científicos judíos que huyeron de España a finales del siglo XIV, cuando los pogromos llegaron a su punto álgido.

La navegación oceánica suponía nuevos retos para los habitantes de la península Ibérica en términos de diseño de barcos y de navegación propiamente dicha. Pero como señala Patricia Seed, recurrieron a los orientales —especialmente a los musulmanes a través de los judíos— para resolver los numerosos retos que se les planteaban.¹⁹ El primero de ellos era la necesidad de navegar contra los fuertes vientos que soplaban al sur del cabo Bojador, en la costa de África occidental. Esta dificultad se resolvió en la década de 1440 con la construcción de la carabela, que disponía de timón de popa y tenía tres palos, uno de ellos provisto de vela latina. No obstante, los orígenes de la carabela datan del siglo XIII, cuando los portugueses construían pequeños barcos pesqueros inspirados en el *qārib* islámico.²⁰ Y como veíamos en el capítulo VI, el timón de popa, de importancia trascendental, fue un invento chino. También se ha señalado que la vela latina lo más probable es que sea originaria de Oriente Medio, aunque en cualquier caso se había convertido en un elemento constante de la navegación islámica mucho antes del siglo xv. Y desde luego los marinos de Oriente Medio la habían perfeccionado todavía más antes de pasársela a los europeos. También conviene resaltar que hasta mediados del siglo xv no se introdujo en la marina europea el importantísimo sistema de tres palos (que combina la vela cuadrada y la latina). Sin esta innovación, los «viajes de descubrimiento» no habrían tenido lugar nunca. No obstante, este rasgo había sido un elemento habitual de la marina china, y su conocimiento podría haber sido transmitido por cualquiera de los europeos que visitaron China en el siglo XIII, o por los europeos o musulmanes que hubieran observado los barcos chinos que llegaban a los puertos de África o de Oriente Medio.²¹

Por otra parte, la vela latina planteaba un segundo desafío. Como este tipo de velamen hacía que la nave avanzara en zigzag, resultaba forzosamente más difícil calcular la distancia lineal recorrida. El problema se resolvió mediante el uso de la geometría y la trigonometría, ciencias desarrolladas por los matemáticos musulmanes, de

los que se tomaron prestadas (véase el capítulo VIII). Un tercer reto era el que planteaban las fuertes corrientes existentes al sur del cabo Bojador, que podían hacer encallar la nave o simplemente destruirla. Para resolver el problema era preciso conocer los ciclos lunares (pues es la luna la que gobierna las mareas). A finales del siglo XIV este conocimiento fue desarrollado por un cartógrafo judío residente en Portugal, Jacob ben Abraham Cresques. El cuarto reto era la necesidad de unas cartas de navegación más precisas que aquellas de las que se disponía (como, por ejemplo, los portulanos). La respuesta la proporcionó la astronomía musulmana, que fue capaz de calcular las dimensiones de la tierra y, gracias a la utilización de los grados, permitía calcular la distancia recorrida.

El astrolabio tuvo una importancia especial. Una vez más, como vimos en el capítulo VI, este instrumento había sido perfeccionado por los astrónomos musulmanes y había llegado a Europa a través de la España islámica a mediados del siglo x. Pero los portugueses necesitaban además establecer una marcación precisa en horas diurnas. Para ello recurrieron a las sugerencias del destacado astrónomo cordobés Ibn as-Saffār (cuyo tratado había sido traducido al latín). También tomaron prestadas otras innovaciones musulmanas en el campo de las matemáticas para calcular la latitud y la longitud, apoyándose en las tablas desarrolladas por un astrónomo musulmán del siglo XI. Además, para calcular la latitud era preciso conocer también el año solar (pues la declinación del sol era fundamental para efectuar esos cálculos). Una vez más, recurrieron a los sofisticados calendarios solares musulmanes y judíos, que ya se habían desarrollado en el siglo XI. En definitiva, un portugués de la época, Pedro Nunes, se jactaba en 1537 de que «es evidente que los descubrimientos de las costas, islas y continentes no han sido obra del azar, sino que, por el contrario, nuestros marinos partieron muy bien informados, provistos de instrumentos y reglas de astronomía y geometría».²² En efecto, estuvieron muy bien informados. Pero sólo lo estuvieron gracias a los avances de la ciencia judía, y sobre

todo musulmana, en los que se basaron los llamados viajes de descubrimiento de los portugueses.

Pero la influencia musulmana no terminó aquí. En primer lugar, es posible, aunque no seguro, que un musulmán de Gujarat, Malemo Cana, mostrara en Malindi a Vasco de Gama, un mapa detallado de la India, antes de que el portugués se adentrara en el mar Arábigo. Más seguridad se tiene de que Vasco de Gama sólo pudo pasar a las Indias con la ayuda de un piloto musulmán anónimo, originario de Gujarat (al que recogieron en Malindi, en la costa de África oriental). Curiosamente, a menudo se da por supuesto que este navegante fue el famoso Ahmad Ibn-Májid, aunque Gerald Tibbets ha presentado una serie de argumentos convincentes que arrojan serias dudas sobre semejante teoría.²³ La enorme importancia del marinero musulmán queda patente en el hecho de que durante el viaje de vuelta su ausencia significó que sólo la fortuna permitió el regreso del navegante portugués. Como se especifica en el *Diario del primer viaje de Vasco de Gama*,

debido a la frecuencia de las calmas y de los malos vientos tardamos tres meses menos tres días en cruzar el golfo [esto es, el mar Arábigo], y todos nuestros hombres ... sufrieron de las encías, que se les inflamaban sobre los dientes, por lo que no podían comer. También se les hincharon las piernas y otras partes del cuerpo, y la hinchazón se extendía hasta que el desgraciado moría ... Treinta de nuestros hombres perecieron de ese modo ... y los que estaban en condiciones de manejar la embarcación eran sólo siete u ocho en cada nave, y ni siquiera éstos se encontraban en las condiciones en las que habrían debido estar. Os aseguro que si éste estado de cosas hubiera continuado otros quince días, no habrían quedado hombres para manejar las naves.²⁴

Más tarde, se vieron obligados a quemar uno de los barcos, porque no había hombres suficientes para equiparlos todos. Aun así, dentro del contexto europeo esta experiencia distaba mucho de ser

atípica. Antonio Pigafetta, el joven aventurero italiano que acompañó a Magallanes (unos veinte años después del viaje de Vasco de Gama), nos cuenta que

comíamos sólo galleta seca que se hacía polvo, toda llena de gusanos y que olía a la orina de las ratas ... Y bebíamos agua sucia y amarilla. Nos comimos también las pieles de los bueyes ... Y con las ratas ... no dábamos abasto ... veintinueve de nosotros murieron ... veinticinco o treinta cayeron enfermos.²⁵

Por último, cuando leemos la cita incluida al comienzo del presente capítulo, podría perdonársenos por completo pensar que semejantes palabras pudieran ser escritas por Vasco de Gama. Pero salieron de la pluma del famoso navegante musulmán Ahmad ibn-Májid.²⁶ En efecto, durante casi mil años los marineros y navegantes persas y árabes habían estado mucho más adelantados que sus homólogos europeos. Y la ironía está en que mientras que Vasco de Gama pretendía llevar a cabo una Cruzada contra el Islam, había sido ante todo la transmisión de las «carteras de recursos» orientales —y especialmente musulmanas— a través del Puente del Mundo islámico lo que le había permitido emprender su viaje.

EL MITO DE LA SUPERIORIDAD MILITAR EUROPEA EN ASIA

En el corazón mismo de la explicación eurocéntrica se encuentra el presupuesto de la superioridad del poder militar de Europa. Semejante idea es con toda seguridad un mito. Resultará instructivo comparar a Vasco de Gama con el almirante chino (de religión musulmana) Chêng Ho, que atravesó el océano Índico y desembarcó en la costa de África oriental muchas décadas antes de que el marino lusitano hiciera lo mismo, pero al revés. ¿Qué sería más adecuado? Llamar a Vasco de Gama el «Chêng Ho europeo» o

llamar a Chêng Ho el «Vasco de Gama chino»? Semejante comparación no puede más que resultar embarazosa para los europeos. Pues mientras que los barcos más grandes de Vasco de Gama tenían aproximadamente 25 metros de eslora, los buques de mayor tamaño de Chêng tenían cerca de 150 metros de longitud por 50 de anchura (y cada uno transportaba a unos mil hombres).²⁷ Sólo el timón del buque insignia de Chêng (10 metros de largo) medía casi la mitad que la *Niña*, la nave capitana de Colón. Y la carga máxima que desplazaba la *Niña* era 100 toneladas, cifra que palidecería ante las 3.100 toneladas que desplazaban los buques de mayor tamaño de Chêng. Incluso el desplazamiento de carga de las «gigantescas» carracas portuguesas era sólo una quinta parte del que tenían los barcos más grandes de Chêng. Por otra parte, las naves portuguesas de tres palos no eran nada comparadas con los navíos de nueve o diez mástiles de Chêng, que iban equipados con múltiples mamparos y disponían de doce compartimentos estancos. Por último las cuatro naves y los 170 hombres de Vasco de Gama parecerían comparados con los varios centenares de barcos y los 27.550 hombres que participaron en el viaje de Chêng que tuvo lugar entre 1431 y 1433.

También llama la atención el hecho de que el número de hombres movilizados en estos viajes chinos supera las dimensiones incluso de los mayores ejércitos de las potencias europeas de la época. Y, por si fuera poco, el número de naves desplegadas en varios viajes chinos superaba las dimensiones de la Marina Real inglesa a finales del siglo XVI en una proporción de 10:1. Llamativo también era el volumen de la marina de guerra china (como señalamos en el capítulo III). Incluso después de la llamada «retirada» de 1434, la marina de los Ming siguió siendo la mayor del mundo y probablemente superara el total de la que podía tener a su disposición Europa occidental.²⁸ Por el contrario, la proporción de la presencia de barcos portugueses en Asia era pequeñísima. A lo largo de todo el siglo XVI los portugueses enviaron a Oriente una media anual de

apenas siete barcos, y además sólo cuatro al año realizaban el viaje de regreso, situación que permanecería inalterable a lo largo del siglo XVII. Semejante es la situación que podemos encontrar en el contexto holandés y en el inglés. Entre 1581 y 1630 el número total de barcos enviados por holandeses, portugueses e ingleses juntos a Oriente era de apenas ocho al año.

El argumento decisivo, sin embargo, es que los barcos asiáticos bastaban desde el punto de vista militar para resistir a las naves europeas. En efecto, una «batalla entre la armada [de Chêng Ho] y las demás flotas del mundo juntas se habría parecido a un enfrentamiento entre una manada de tiburones y un banco de boquerones».²⁹ Pero la superioridad de la marina china perduró incluso después de 1434. En 1598 la flota Ming derrotó a una armada invasora japonesa formada por unas quinientas embarcaciones.³⁰ Logró también mantener a raya a las flotas portuguesa, holandesa e inglesa siempre que intentaron «abrir» China. Así, por ejemplo, cuando en 1521 y 1522 los portugueses intentaron extender por la fuerza la avanzadilla que tenían en China, sufrieron una contundente derrota a manos de la guardia costera. Sólo en 1557 (el mismo año en que los japoneses fueron expulsados del sistema tributario chino), se concedió permiso oficial a los portugueses para instalar una cabeza de puente en Macao. Significativamente, Macao era un pequeño centro de distribución situado en una diminuta península deshabitada de la bahía de Cantón, unida al continente por un istmo estrechísimo (y cuya línea de suministros por tierra habría resultado muy fácil cortar, si los portugueses hubieran mostrado un comportamiento recalcitrante). El establecimiento de esta «concesión» se debió no a la superioridad militar lusitana, sino que fue una consecuencia del afán de los chinos por reducir las actividades comerciales emprendidas por los nipones, afán que los llevó a «utilizar» de ese modo a los portugueses. Y aunque éstos lograron hacerse con una parte del comercio chino, éste se llevaba a cabo en las estrictas condiciones impuestas por el gobierno imperial. En cualquier caso, se-

ría un error exagerar las repercusiones del comercio portugués en China, pues sólo se permitía la llegada de un barco al año.

La situación era ligeramente distinta en la parte occidental de Asia. En el golfo Pérsico los portugueses tuvieron una influencia muy escasa sobre los otomanos, que guardaban aquella ruta marítima tan importante. En cualquier caso, los portugueses se abstuvieron de seguir esta vía porque necesitaban mantener buenas relaciones con la Persia safaví (para que hiciera de contrapeso al creciente poder de los turcos otomanos). En consecuencia, fueron incapaces sencillamente de llenar el hueco existente en el golfo Pérsico (pese al hecho de conquistar Ormuz), a través del cual los turcos traficaban en especias, cuyo volumen superaba con mucho el de las que transportaban los portugueses por la ruta del cabo. Los lusitanos tampoco tuvieron más suerte en su afán de apoderarse de la ruta del mar Rojo. Su incapacidad de conquistar Adén supuso un golpe terrible para sus esperanzas, pues deseaban ardientemente alejar el comercio de las especias del control otomano. Incluso la flota enviada a la zona para bloquear el llamado tráfico «ilegal» que llegaba hasta allí resultó ineficaz. Así, la incapacidad de Alburquerque de conquistar Adén en 1513 supuso que el mar Rojo siguiera siendo un lago musulmán. El fracaso resultó tanto más dañino por cuanto a partir de 1540 el comercio de las especias a través del mar Rojo y Levante experimentó un notable aumento.

Si bien es cierto que los portugueses no siempre toparon con alguna oposición, parece que cuando lo hicieron normalmente salieron mal parados. Por ejemplo, encontraron resistencia en Acheh, y además con dramáticas consecuencias. Acheh siguió teniendo sus propias rutas hacia el mar Rojo para el comercio de las especias al margen de los portugueses. En consecuencia, éstos no fueron capaces de detener el desvío de un volumen cada vez mayor del tráfico de sus propias rutas hacia las que pasaban por el mar Rojo y Egipto, existentes desde tiempo inmemorial. No sólo siguió bajo el control de los musulmanes la ruta del mar Rojo, sino que también lo

hizo la que pasaba por la India y el Sudeste Asiático.³¹ Además, «incluso casi a tiro de pistola de los remotos fuertes de Goa, los corsarios moplah de Malabar causaban periódicamente estragos en el comercio costero de los lusitanos interceptando sus *cáfi-las*».³²

Y en su «bastión» de Malaca los portugueses fueron obligados a menudo prácticamente a hincar la rodilla ante las flotas de Java y Achin. A este respecto conviene señalar que la imagen de un mundo oriental empobrecido desde el punto de vista militar se vio violentamente alterada ya en 1511 cuando Alburquerque atacó Malaca y descubrió que los nativos estaban tan familiarizados como sus hombres con el uso y el despliegue de la artillería pesada.³³ Aunque no habría sido en modo alguno de extrañar, dado que la pólvora, las armas de fuego y el cañón habían sido inventados en el «patio trasero» del Sudeste Asiático, es decir en China.

En la medida en que los portugueses lograron algún éxito, éste fue a menudo más bien consecuencia de su capacidad de jugar con las rivalidades existentes entre los asiáticos. En este terreno son muchos los ejemplos disponibles, pero hay dos que vale la pena mencionar.

En primer lugar, la enemistad del zamorín (rajá marítimo) de Calicut y el rajá de Cochín permitió a los portugueses establecer una cabeza de puente en Calicut. Y en segundo lugar, la rivalidad existente entre los tres reinos de Ceilán también les permitió perpetuar su presencia en la isla. No es de extrañar que se vieran obligados a depender tanto de la fortuna y de la astucia, dada su debilidad en el terreno militar. Y también sorprende la extraordinaria suerte que tuvieron de que las grandes potencias de Oriente prefirieran en general no imponerse frente a ellos. Ello confirma, sin embargo, mi argumento general. Pues como sostiene Chaudhuri, no había motivos para que las potencias asiáticas no se impusieran frente a los lusos, ya que éstos no eran considerados una amenaza militar.³⁴

Más o menos lo mismo cabe decir de la experiencia holandesa. De ese modo, aunque los neerlandeses se apoyaron en la fuerza más que cualquier otro «colonizador», reservaron buena parte de ella para usarla en sus relaciones con los portugueses, y no con los asiáticos.³⁵

Además, es muy posible que sus éxitos hayan sido exagerados. Si bien dejaron Goa y Macao en manos de los portugueses, lograron arrebatarles el control de algunos puertos clave —Batavia, Ceylán, Malaca o Bantam—, aunque tampoco esto resultara fácil. Ya habían reclamado Malaca en varias ocasiones (por ejemplo en 1607), pero no lograron apoderarse de ella hasta 1641. Y cuando hundieron ochenta juncos chinos en 1622, los asiáticos se negaron a comerciar con ellos hasta un siglo después, en 1727 (fecha en la que se les concedió una mera cabeza de puente en Cantón). Entretanto, los mercaderes chinos continuaron yendo a Java, pero «siguieron teniendo el comercio en sus manos y dictando sus propias condiciones».³⁶ Y como veremos más tarde, la humillación de los holandeses fue completa durante su estancia en la isla japonesa de Deshima. Incluso en Batavia —el llamado bastión holandés— los comerciantes asiáticos pudieron resistir a la incursión neerlandesa.³⁷

En resumen, el hecho desnudo es que los portugueses (y sus sucesores europeos) simplemente no tuvieron la fuerza militar ni los hombres necesarios para entrar en Asia «a golpe de cañón» y obligar a los asiáticos a someterse a ellos durante los tres siglos que siguieron al viaje de 1498. Tan débiles eran desde el punto de vista militar que ni siquiera fueron capaces de llenar los huecos que constantemente se abrieron a lo largo y ancho de su imperio de ficción.

No es de extrañar, por tanto, que la «tecnología naval fuera citada en escasas ocasiones [por los europeos de la época] como indicador de la superioridad europea sobre los pueblos no occidentales».³⁸

EL MITO DEL MONOPOLIO COMERCIAL EUROPEO EN ASIA

Uno de los factores primordiales que en mayor medida han sustentado la idea eurocéntrica de que los europeos dominaron el sistema comercial asiático es la exagerada importancia que se ha concedido a la apertura de la ruta del cabo en 1500. En efecto, casi todo el mundo coincide en afirmar que en 1500 el corazón islámico de la economía mundial casi había dejado de latir cuando el imperio otomano en decadencia fue desplazado por los conquistadores europeos. Así, Fernand Braudel insiste en que no deberíamos «subestimar la presencia de los portugueses que daban vueltas alrededor del Islam mientras surcaban el océano Índico: pues este triunfo de la *tecnología* marinera europea seguiría adelante para impedir al monstruo otomano establecer una presencia firme fuera del golfo Pérsico y del mar Rojo».³⁹ Otra conclusión igualmente triunfalista afirma:

El Asia central quedó ... aislada desde comienzos del siglo XVI ... y desde entonces llevó una existencia al margen de la historia universal ... El descubrimiento de la ruta marítima a Asia oriental [a través del Cabo] hizo que la Ruta de la Seda resultara cada vez más superflua ... Desde los umbrales de la Edad Moderna la historia de Asia Central se ha convertido en una historia provincial. Este hecho justifica que nos limitemos a hacer un rápido repaso de los siglos siguientes.⁴⁰

Según esta explicación eurocéntrica, es como si la creación por parte de Europa de una nueva ruta a través del cabo de Buena Esperanza hubiera creado una especie de «lago en forma de herradura» en el que las viejas rutas comerciales musulmanas fueron agotándose progresivamente mientras la vía de afluencia portuguesa por la ruta del cabo iba creciendo hasta convertirse en la corriente principal.

Esta tesis eurocéntrica plantea numerosos problemas, uno de los cuales es que los portugueses simplemente se sumaron a la corriente principal de la actividad comercial que ya encabezaban los musulmanes otomanos.⁴¹ Más concretamente, hay cinco grandes razones que explican por qué la ruta portuguesa del cabo no logró desplazar el poder comercial islámico. En primer lugar, la nueva ruta del cabo no resultó particularmente provechosa porque no consiguió reducir los costes del transporte. En segundo lugar, lo cierto es que un volumen considerablemente mayor del comercio llegó a Europa a través de Levante y Venecia, comercio que a su vez venía del mar Rojo, el golfo Pérsico y las rutas terrestres de las caravanas. En efecto, todavía en 1585 llegaba a Europa por el mar Rojo y por vía terrestre una cantidad de pimienta y especias tres veces superior a la que llegaba por la ruta del cabo.⁴² Además, sólo el 10 por 100 del comercio de clavo de las Molucas que llegaba a Europa pasaba por el cabo.⁴³ En tercer lugar, investigaciones realizadas recientemente han puesto de manifiesto que antes de 1650 entraban en Oriente procedentes de Europa muchas más exportaciones de metales preciosos a través del Imperio otomano y del Imperio persa que por la ruta del cabo.⁴⁴ Por otra parte, las cantidades de plata que pasaban por estos imperios se incrementaron todavía más durante el período 1650-1700 (sobreponiendo de nuevo significativamente a las que llegaban por la ruta del cabo).⁴⁵ Sin embargo, cabría objetar que los portugueses dominaron las exportaciones de plata al Sudeste Asiático. Resulta sorprendente, pues, que entre 1580 y 1670 la cantidad de plata exportada al extremo Oriente por el conjunto de todos los países europeos ascendiera a una media de 2.240 toneladas, mientras que sólo de Japón llegaban 6.100 toneladas.⁴⁶ Y aunque las cifras europeas estuvieran infravaloradas en un 50 por 100, las exportaciones de plata de Japón seguirían superando con creces las del conjunto de toda Europa. En cuarto lugar, una prueba evidente de la insignificancia de la ruta del cabo es que los portugueses obtenían casi el 80 por 100 de sus beneficios comerciales

con el extremo Oriente del comercio interno. Y la mejor explicación del mito del monopolio comercial portugués tal vez sea que buena parte de los beneficios de los lusitanos procedía del arbitraje y no del comercio propiamente dicho. En quinto y último lugar, la falsedad del monopolio portugués queda demostrada por el simple hecho de que en el siglo XVI sólo el 6 por 100 del tonelaje total empleado por el sistema comercial del océano Índico correspondía a barcos lusitanos.⁴⁷

Cabría perfectamente objetar que los portugueses controlaron al menos el comercio de las especias. Pero lo cierto es que el control portugués del *mercado de la pimienta* brilla precisamente por su ausencia. En Malabar, por ejemplo, sólo consiguieron comprar y exportar un 10 por 100 del total de la producción. Y únicamente les correspondía un 5 por 100 del mercado de la pimienta de Gujarat. Además, cuando los portugueses asumieron el control del puerto indio de Diu en 1535, los gujarati empezaron a reunir cantidades ingentes de pimienta en el golfo de Bengala, desde donde la comercializaron por todo el océano Índico. De modo semejante, cuando los lusos intentaron bloquear el comercio de Calicut, surgieron nuevas rutas mercantiles, de modo que la pimienta se comercializaba desde Kanara (al norte de Malabar) así como desde el golfo de Bengala y Acheh. Charles Boxer calcula que en 1585 sólo los achineses exportaban a Jidda (en el mar Rojo) casi la misma cantidad de especias que los portugueses importaban a Europa a través del cabo.⁴⁸ Si el control de la pimienta por los portugueses dista mucho de ser espectacular, el que ejercieron sobre otras especias impresiona todavía menos. El único producto que los portugueses llegaron casi a monopolizar fue la canela. Por desgracia para la corona de Portugal, sin embargo, resultó una victoria pírrica, pues «en la práctica los principales beneficios se los llevaban los gobernadores y funcionarios que hacían desaparecer la canela o traficaban con ella, a pesar de toda la legislación elaborada en Goa y Lisboa para evitar este tipo de abusos».⁴⁹

Llegados a este punto cabría afirmar que existió efectivamente un monopolio comercial portugués y que la prueba está en el sistema de *cartaz* vigente en todo el océano Índico. Es decir, todos los barcos que no fueran portugueses debían llevar un pasaporte (*cartaz*) que obligaba a su titular a pagar una cantidad de dinero o de tasas a las autoridades portuguesas. Pero el sistema de *cartaz* se convirtió irónicamente en un reconocimiento tácito por parte de los portugueses de que simplemente eran incapaces de establecer, y menos todavía mantener, un monopolio comercial en toda Asia. Lo que se le escapa a la postura eurocéntrica convencional es que el *cartaz* fue, a lo sumo, un sistema utilizado por los asiáticos en su propio beneficio. Así, muchos mercaderes asiáticos hacían ondear en sus barcos la bandera portuguesa no tanto en señal de acatamiento, sino como una forma de sacar provecho de la rebaja de los derechos aduaneros existentes en los puertos portugueses (pues las naves lusitanas pagaban unos aranceles mucho menores que las de otros países: un 3,5 por 100 frente a un 6 por 100). E incluso para los que no llevaban *cartaz*, «la admisión del control portugués en realidad sólo significaba que tenían que pagar unos derechos aduaneros extra de alrededor del 5 por 100. Eso era todo lo que significaba el monopolio portugués, y esa suma relativamente menor podía recuperarse con toda facilidad cargando ligeramente los precios».⁵⁰ Por otra parte, muchos navíos asiáticos preferían comprar un *cartaz* porque resultaba más barato que cargar de armas sus barcos. El problema al que se enfrentaban los mercaderes asiáticos no era tanto que no fueran capaces de igualar el poder militar de los lusitanos, sino que antes de la llegada de éstos el sistema comercial del océano Índico había seguido unas líneas pacíficas. Por lo tanto, para los asiáticos cargar de armas sus barcos no sólo era algo innecesario, sino que además se consideraba económicamente irracional. De ese modo, «mientras que los portugueses decidieron invertir en armas para recaudar dinero a cambio de protección, los gujarati prefirieron pagar por ella, [lo que] ... les permitía seguir co-

merciendo por su cuenta».⁵¹ En cualquier caso, aquella opción resultó más barata o más «racional desde el punto de vista económico». Llama la atención también que tras la denominada «prohibición imperial» de 1434 muchos mercaderes particulares chinos navegaran con documentación portuguesa comprada en Malaca o Macao. Gracias a esos papeles sus barcos eran oficialmente portugueses, lo que les permitía soslayar perfectamente la prohibición (y además a poco coste).⁵²

De ese modo, para muchos mercaderes asiáticos el pabellón portugués era de hecho más una «bandera de conveniencia» que un inconveniente. Y si el océano Índico hubiera estado dominado en efecto por los portugueses con la práctica exclusión de todos los demás pueblos (lo que desde luego no era el caso), ¿cómo se explica que los gujarati y otros mercaderes de las diásporas orientales estuvieran encantados de colaborar con ellos y de financiar buena parte de la actividad mercantil lusa? Y es que había ventas comerciales importantísimas de las que podían gozar los asiáticos si forjaban alianzas comerciales simbióticas con los portugueses.⁵³

Incluso cuando los asiáticos optaban por no pagar, los portugueses solían comprobar que no podían hacer gran cosa. Por ejemplo, si los barcos japoneses del «Sello Rojo» eran atacados por los portugueses (o en realidad por cualquier otra potencia europea), comunicaban el incidente a las autoridades niponas en Nagasaki, que confiscaban y retenían todas las embarcaciones europeas y no las soltaban hasta que no cobraban la indemnización exigida. Este hecho nos sitúa de nuevo en el punto anterior, relativo a la inferioridad militar.

La realidad es que los sueños de conquista no tardaron en sosegar y los portugueses se avinieron a ser uno más entre los múltiples grupos de comerciantes del océano Índico. En efecto, según Tomé Pires en su *Suma Oriental*, incluso en lo que llamaban su bastión —Malaca—, se hablaban no menos de ochenta y cuatro

lenguas,⁵⁴ lo que da a entender que los portugueses constituían un grupo más entre las numerosas diásporas mercantiles de la zona (y no precisamente uno demasiado importante).

Los holandeses tuvieron que enfrentarse más o menos al mismo destino. A pesar de sus esfuerzos, el deseo de construir un sistema comercial monopolístico de carácter imperial resultó no ser más que un sueño. En concreto, cuando intentaron monopolizar el mercado y hacer subir los precios, a menudo les salió el tiro por la culata. El mejor ejemplo es su intento de crear un monopolio del clavo de olor. Hacia 1660, tras destruir las plantaciones de árboles de clavo de las zonas que no controlaban, los precios de esta especia se doblaron. Pero la situación no tardó en sembrar la inquietud en los mercados europeos. La solución llegó con la importación a Europa de «madera de clavo» de Brasil. Al final, el intento de los holandeses de monopolizar este producto acabó perjudicándolos, pues una oferta excesiva de clavo barato procedente de Brasil inundó Europa, lo que acarreó la reducción de los beneficios obtenidos por los holandeses del que había sido uno de sus negocios más lucrativos en Asia.⁵⁵

En pocas palabras, los holandeses fueron incapaces de imponer su superioridad como consecuencia de las presiones de la competencia global.

Pero de un modo más general, y a pesar de sus esfuerzos, la VOC (la Compañía Holandesa de las Indias Orientales) no fue capaz de crear un mercado monopolístico en ningún lugar de Asia. Sólo con un producto en concreto estuvieron a punto de conseguirlo —el clavo—, aunque no tardaron en comprobar que la suya había sido una victoria pírrica, como acabamos de señalar. Por otro lado, este ejemplo resulta ser la excepción que confirma «la regla antieurocéntrica». Pues en todos los demás mercados en los que intervino la VOC, las condiciones de la competitividad del mercado global hicieron que el jactancioso engreimiento del monopolio mercantil holandés se basara más en un deseo ilusorio que en una

realidad. Podríamos poner muchos ejemplos, pero dos de los más ilustrativos tienen que ver con el comercio de artículos de algodón en el noroeste del océano Índico. En esta zona los holandeses tenían que competir con los mercaderes de Gujarat. En este sector en concreto, los holandeses habían logrado hacerse con un mísero 10 por 100 de la cuota de mercado. Por otra parte los gujarati disponían de unos márgenes de beneficio superiores a los de los holandeses.

Esta situación se convirtió, como es natural, en una fuente considerable de irritación para la VOC, y la compañía decidió investigar los motivos. Como dice Van Santen,

¿cómo un humilde mercader de Gujarat iba a poder competir con la poderosa VOC? La respuesta dada por los propios empleados de la empresa parece bastante convincente. El mercader indio simplemente trabajaba con unos costes mucho más bajos ... Además, como reconocían los propios empleados holandeses, a menudo tenía un conocimiento mucho más profundo del modo en que funcionaba el mercado cuando compraba y vendía a sus *bafías*, *tapecindes* o *chelas*.⁵⁶

Van Santen pasa a comentar en la misma página que «al cabo de varias décadas de resultados financieros decepcionantes, la VOC reconoció su derrota, y entre 1660 y 1670 puso fin a este negocio». La VOC intentó asimismo entrar en el mercado del algodón en Mocha, pero se enfrentó a problemas similares. Aquí la VOC exportaba alrededor de 70.000 prendas de algodón a mediados del siglo XVII. Pero semejante cifra parecía una miseria comparada con las 990.000 de los mercaderes de Gujarat en 1647.⁵⁷

De ese modo, los holandeses, lo mismo que sus homólogos portugueses, descubrieron que no tenían más remedio que dar marcha atrás y convertirse en uno más de los grupos de mercaderes orientales que desarrollaban sus actividades comerciales en el sistema asiático.

EL MITO DE LA DOMINACIÓN POLÍTICA EUROPEA EN ASIA

La cuestión final en estos momentos es la siguiente: Si el poder militar no podía asegurar el monopolio comercial europeo, ¿cómo se las arreglaron los europeos para asegurarse su posición o sus cabezas de puente, por modestas que fueran, en la zona del comercio asiático? Los europeos —primero los portugueses y luego los holandeses y los ingleses— no tuvieron más remedio que colaborar y cooperar con los estados y mercaderes asiáticos más fuertes que ellos, e incluso a veces hacerles la reverencia ritual de respeto. Pues lo cierto es que, a pesar de la jactanciosa declaración inicial de «muerte al infiel (musulmán)», cuando los portugueses llegaron a las Indias «entraron también en el dominio hegemónico del Islam», y no tuvieron más remedio que cooperar con él.⁵⁸

Esta colaboración o asociación mutua tuvo varias facetas. En primer lugar, los príncipes asiáticos concedieron a los portugueses una forma limitada de «extraterritorialidad», que incluía las importantísimas colonias de Macao en China, Santo Tomé en la costa india de Coromandel, y Hughli en Bengala. En segundo lugar, debido a su falta de recursos, los portugueses no tuvieron más remedio que apoyarse en fuentes de financiación locales, especialmente en los *banian* indios. En tercer lugar, se produjo un grado considerable de fusión entre mercaderes portugueses y asiáticos, en beneficio de unos y otros. Los mercaderes asiáticos llevaban a veces más mercancías en un barco portugués que los propios comerciantes lusitanos. Como señala Pearson,

parece que los portugueses enviaban sus mercancías en barcos de Gujarat, y viceversa, de un modo promiscuo y confuso bastante típico del comercio privado interno luso en general. Ahí, más que en los grandilocuentes intentos de monopolio del estado, era donde estaba el interés de la mayor parte de los portugueses.⁵⁹

Y en cuarto lugar, los portugueses no tuvieron más remedio que apoyarse en las fuentes de conocimiento locales. Como dice Braudel,

en Kandahar ... un mercader hindú, tomando al viajero español por portugués, le ofreció sus servicios porque, según le explicó, «el pueblo de tu nación no habla la misma lengua de estos países, así que puedes tener la seguridad de encontrar muchas dificultades, si no cuentas con alguien que te guíe». Ayuda, colaboración, complicidad, coexistencia, simbiosis: todo esto fue haciéndose necesario con el paso del tiempo.⁶⁰

Más o menos la misma conclusión cabe aplicar a holandeses e ingleses hasta más o menos el año 1800. Como hicieran los portugueses, holandeses e ingleses se mezclaron con los asiáticos de maneras muy diversas, empezando por la contratación mutua de tripulaciones e incluso de barcos enteros, así como por el préstamo de capital asiático.⁶¹ Un signo de ello es que holandeses e ingleses no tardaron en seguir la senda de los portugueses, instalándose cómodamente en el lucrativo comercio «interno» asiático. De hecho, los directivos de la VOC decían en una carta de 1648 que «el comercio interno y los beneficios que produce son el alma de la compañía, por la cual debemos velar atentamente, pues si el alma enferma, el cuerpo entero se destruye».⁶² Y como señalamos en el capítulo IV, los holandeses se apoyaron en el comercio de plata y oro para obtener la mayoría de sus beneficios. De modo parecido, al enfrentarse a una falta crónica de productos con los que comerciar con Asia, los ingleses también acabaron por acomodarse al comercio interno:

Incapaz de llenar ni siquiera su 10 por 100 de cuota de exportaciones, la Compañía [Inglesa de las Indias Orientales] tuvo que recurrir a la sobrefacturación y a la subfacturación para reducir las exportaciones «totales», y estuvo siempre bajo presión a la hora de

encontrar financiación para sus importaciones asiáticas en la propia Asia. Por consiguiente, emprendió el «comercio interno» asiático, que estaba mucho más desarrollado y era más rentable que el comercio Asia-Europa.⁶³

Una vez más, holandeses e ingleses no tardaron en descubrir que no tenían más remedio que colaborar con los mercaderes y príncipes asiáticos, rendirles pleitesía a veces haciéndoles la reverencia de respeto, y confiar siempre en su buena voluntad.⁶⁴ Y no existe una expresión más patética de los niveles de humillación que los europeos estaban dispuestos a aguantar ~~contar simplemente de~~ de obtener una pequeña porción del lucrativo comercio asiático, que la experiencia de los holandeses en Japón. En este país los neerlandeses estaban confinados en la pequeña isla de Deshima (de 82 pasos de ancho por 236 de largo), junto al puerto de Nagasaki. Durante más de dos siglos

los holandeses eran espiados por sus criados nipones y controlados por un equipo de intérpretes oficiales integrado por 150 individuos. Sólo se permitía la visita de un barco al año y sus oficiales eran habitualmente «golpeados con bastones como si fueran perros». Se les permitía visitar tierra firme una vez al año para rendir homenaje al shogun.⁶⁵

CONCLUSIÓN

En resumen, el mayor legado del «imperio» ultramarino portugués (y holandés e inglés) fue no ya cuántas sino qué pocas cosas cambiaron en términos de dominio de la economía global por parte de Asia entre 1500 y 1750/1800. No es fácil evitar la conclusión: la «era del Asia europea» o la «época del Asia de Vasco de Gama» resulta que no es más que una idea ilusoria retrospectiva del euro-

centrismo. Ello viene a confirmar al mismo tiempo los argumentos que exponíamos en el capítulo IV, a saber, que la India y el Sudeste Asiático, Japón, China, así como el Imperio otomano y el Imperio persa fueron económica y políticamente lo bastante fuertes como para resistir a la incursión europea, al menos hasta el año 1800 aproximadamente. A la luz de todo esto resulta muy instructivo acabar comparando el engreimiento imperial manifestado por el rey de Portugal Manuel I, con el del emperador otomano, Selim «el Cruel». Don Manuel se jactaba en una carta al papa de 28 de agosto de 1499 de que era «señor de Guinea y de las conquistas, navegaciones y comercio de Etiopía, Arabia, Persia y la India». Por mucho que pudiera impresionar al sumo pontífice, tales títulos no eran más que una mera fantasía. En este sentido las palabras de jactancia de Selim estaban más cerca de la verdad:

Ahora todos los territorios de Egipto, Malaytia, Alepo, Siria, la ciudad de El Cairo, el Alto Egipto, Etiopía, Yemen, las tierras que llegan hasta los confines de Tunicia, el Hijaz, las ciudades de La Meca, Medina y Jerusalén —que Dios aumente la honra y el respeto de ellas total y plenamente!— han sido añadidos al Imperio otomano.

También más cerca de la verdad estaban las palabras pronunciadas en 1538 por otro sultán otomano, Solimán (al que los europeos llamaban «el Magnífico»):

Soy Solimán, en cuyo nombre se lee el sermón del viernes en La Meca y en Medina. En Bagdad soy el sah, en los reinos bizantinos el césar, y en Egipto el sultán que envía sus flotas a los mares de Europa, al Magreb y a la India.⁶⁶

En conclusión, pues, debemos corregir la cita de Roberts incluida al comienzo del capítulo y decir: «Si sólo hablamos de he-

chos, de lo que sucedió [entre 1500 y 1800] ... es de todo punto *incorrecto* situar a Europa en el centro de la historia [de Asia]». Más o menos la misma conclusión cabe decir del desarrollo de Europa durante estos siglos, tema del que me ocuparé a continuación.

Tercera parte

OCCIDENTE COMO ZONA DE DESARROLLO TARDÍO Y LAS VENTAJAS DEL ATRASO

La globalización oriental y la reconstrucción
de la Europa Occidental como el Occidente
avanzado, 1492-1850

Capítulo VIII

EL MITO DE 1492 Y LA IMPOSIBILIDAD DE AMÉRICA

La aportación afroasiática a la recuperación
de Occidente, 1492-c. 1700

Conviene observar la fuerza, la virtud y las consecuencias de los descubrimientos. Éstas no se ven en ninguna parte con más claridad que en la imprenta, la pólvora y la aguja imantada [la brújula]. Pues entre las tres han cambiado toda la faz y el estado de las cosas en todo el mundo.

FRANCIS BACON

«La gran edad de la expansión europea» no fue ninguna efusión de dinamismo [racional] reprimido. Surgió en los extremos inseguros de una civilización en contracción ... La Europa del siglo xv aparecerá [a los ojos de los historiadores del futuro lejano], si es que llegan a fijarse en ella, estancada e introspectiva ... [su] economía en conjunto seguía padeciendo una balanza comercial con el Islam permanentemente adversa y no podía garantizar el sustento de su propia población.

FELIPE FERNÁNDEZ-ARMESTO

[N]o era posible ni deseable la igualdad para los «morenos». De acuerdo con esta convicción ... católicos y protestantes al principio fulminaron a los negros paganos con la «maldición de Canán», luego ofrecieron la esperanza de la libertad por medio de la «conversión», y por último se conformaron con un ... estatus de esclavitud humana.

W. E. B. Du Bois

Uno de los años más importantes de la cronología eurocéntrica de la historia universal es 1492. Se considera todo un axioma que el descubrimiento del mundo debía corresponder a los europeos. Pues por entonces sólo ellos habían desarrollado lo que Max Weber llamaba una «inquietud racional» y una «ética de dominio del mundo» que permitieron por un lado el desarrollo moderno y por otro la conquista del mundo. Y el signo más conocido de esta situación fue el «descubrimiento» de América por Cristóbal Colón. Por el contrario, Oriente estaba gobernado por una mentalidad irracional y un fatalismo a largo plazo que no producía más que conformidad pasiva y retramiento ante el mundo. Por eso estaba destinado a sumirse en el atraso económico y a esperar sencillamente que los europeos lo descubrieran y lo emanciparan. Pretendo en estas páginas hacer una crítica del «mito de 1492», según el cual Europa fue el arquitecto de su propio desarrollo y había llegado a la cúspide del mundo a finales del siglo xv.

Lo cierto es que no sólo existió antes de Colón y de Vasco de Gama una edad afroasiática de los descubrimientos, iniciada después del año 500 (véase el capítulo II), sino que Europa siguió estando muy por detrás de Oriente en términos de poder económico y militar hasta el siglo xix (véanse los capítulos III y IV). El presente capítulo sostiene la tesis de que durante el período 1500-1800 Europa se limitó a acortar distancias para alcanzar a Oriente. Europa no fue una zona de desarrollo temprano, sino tardío, que gozó de

las «ventajas del atraso económico».¹ Es decir, no abrió la senda de su propio desarrollo ella sola, sino que continuó asimilando o emulando las carteras de recursos superiores que habían sido iniciadas como consecuencia del desarrollo temprano de los orientales, y que se transmitieron gracias a la globalización oriental (véase la próxima sección). Además, la incautación de los recursos de América y África por parte de Europa contribuyó también a que ésta fuera acortando distancias (véase la primera sección del presente capítulo).

LA IMPOSIBILIDAD DE AMÉRICA Y EL MITO DE CRISTÓBAL COLÓN

El eurocentrismo celebra el descubrimiento de Colón como un signo del genio moderno de Europa. Dicho genio se encontraría supuestamente en el carácter avanzado de la marina europea y la superioridad de sus técnicas de navegación, así como en la aparición de una serie de ideas científicas y racionales modernas relacionadas con el llamado Renacimiento occidental. En el capítulo anterior he analizado ya el «mito de Vasco de Gama», y en él sosténía que prácticamente todos los elementos que permitieron su llegada a la India —los barcos y las tecnologías y técnicas de navegación de que disponía— procedían de una forma u otra de China o del Oriente Medio musulmán. La misma conclusión vale para Colón. Pues sin todos esos regalos de Oriente, casi con toda seguridad Colón no habría podido nunca cruzar el Atlántico.

La idea de que Colón representaba una serie de ideas científico-racionales modernas es un mito precisamente porque sus viajes (como los de Vasco de Gama) estaban integrados básicamente en una mentalidad de Cruzada propia del cristianismo medieval que había surgido por primera vez allá por el siglo xi. Como ya he tratado detalladamente este asunto en el capítulo anterior, no insistiré más en él. Baste señalar que Cristóbal Colón, como Vasco de Gama y la monarquía española, estaba obsesionado con la idea de una

cruzada contra el Islam. Y aunque desde luego es bien cierto que estaba decidido a ir en busca de oro, éste era necesario para financiar la reconquista de Tierra Santa (dado el relativo atraso de Europa respecto al Imperio otomano). El 26 de diciembre de 1492 Colón escribió en su diario que esperaba «encontrar oro en tales cantidades que los reyes [de España] puedan en tres años preparar y emprender la conquista de Tierra Santa».² Especialmente significativo es que en su «*Lettera Rarissima*» de 1503 cita las palabras de Marco Polo: «El emperador de Catai mandó llamar hace algún tiempo a unos sabios para que le enseñaran la religión de Cristo». ¿Es posible que Colón considerara que su misión era el regreso a Oriente de uno de los «reyes magos» con el fin de predicar la Palabra? Desde luego se consideraba a sí mismo un «elegido, cargado con una misión divina».³ No es ninguna coincidencia que el mismo año que Colón zarpó del puerto de Palos se produjera la instauración oficial de la Inquisición española y la reconquista del reino musulmán de Granada. Pues el propio Colón señaló al comienzo de su primer diario la relación directa existente entre la reconquista de Granada y su viaje.⁴ Por otro lado, como veíamos en el capítulo anterior, varios papas habían decretado la realización de viajes por medio de diversas bulas. Y un detalle no menos importante es que la «conquista» de las Américas por España y la «conquista de Asia» por Portugal contó con la ratificación oficial —y por tanto con legitimidad espiritual— del papa Alejandro VI en el Tratado de Tordesillas de 1494 (aunque por supuesto varias potencias protestantes europeas rechazaron posteriormente su validez).

En la medida en que los viajes pudieran tener algo de nuevo, dicha novedad sería que se inscribieron en una incipiente identidad europea que certificaba la superioridad de Occidente frente a la «no Europa». Paradójicamente, esta idea fue de la mano del cristianismo (el racismo no aparecería hasta mucho más tarde, como expliqué en el capítulo X). No obstante, es a todas luces evidente que los europeos consideraban a los indios nativos (y posteriormente a

los negros africanos) tan decididamente inferiores que por principio estaban «maduros para la explotación» y «maduros para la conversión». La etiqueta de «indio» resulta especialmente significativa porque para Colón suponía la «imposibilidad de América». Hasta el día de su muerte se negó obstinadamente a reconocer que no había descubierto China y las Indias Orientales (causa de que los nativos de América recibieran el nombre de «indios»). De hecho apeló a todo tipo de justificaciones geográficas falsas (la totalidad de las cuales se enmarcaban en concepciones cristianas ortodoxas de la geografía universal) para demostrar que efectivamente había descubierto Asia. Entre otros muchos ejemplos, conviene señalar dos. Creyó que Cuba era el Cipango (el Japón de Marco Polo), aunque cuando desembarcó en la isla cambió afortunadamente de idea, pero sólo para llegar a la conclusión de que era la China continental, que tan desesperadamente iba buscando. Y cuando los «indios» nativos le hablaron de los caribes (los habitantes del Caribe), Colón entendió «canibes» (es decir, los súbditos del Gran Khan de Asia), lo que «confirmaba» una vez más lo imposible. De ahí la atinada tesis de Edmundo O’Gorman de que, más que descubrir, Colón inventó América.⁵ El marco mental de Colón se refleja perfectamente en las palabras de Bartolomé de las Casas: «¡Qué maravillosa cosa es que cuando un hombre desea algo con fuerza y lo tiene fijado en su imaginación, todo lo que oye y ve a cada paso se figura que le da la razón!».⁶ No es de extrañar que resultara imposible llamar «Colombia» a aquel continente. Por otro lado, en ninguna parte se ve con más claridad la «imposibilidad de América» en la mente de Colón que en su percepción de los pueblos que encontró.

Cuando Colón desembarcó en las Américas adoptó dos visiones de los nativos que respondían por completo a la cosmovisión cristiana que previamente se había formado. Los que lo acogían con relativa amabilidad se suponía que eran inocentes «hijos de la naturaleza», que habrían sido convenientes receptáculos del cristianismo. Los hostiles —entre los que estaban aquellos que no acep-

taban la conversión— pensó que debían ser sometidos por medio de la fuerza o de la esclavitud o del exterminio. De ahí la idea del «salvaje noble», que podía ser asimilado, frente al «salvaje innable», cuyo destino era la esclavitud o el exterminio. Éste es el telón de fondo en el que se desarrolló la famosa controversia de Valladolid de 1550, en la que la idea del salvaje ignorante de Juan Ginés de Sepúlveda se opuso a la del salvaje noble de Bartolomé de las Casas. El padre De las Casas salió victorioso porque la Iglesia católica lo apoyó. Y lo hizo precisamente porque admitir que los nativos podían no ser cristianizados habría ido contra la teoría de la monogénesis expresada en la Biblia. Por otra parte, en 1537 el papa llegó a la conclusión de que los nativos no sólo eran capaces de recibir el cristianismo, sino que «desean fervientemente recibirllo».⁷ No obstante, Colón —y los españoles— no «descubrieron» América, sino que la interpretaron (o la inventaron) a través de un prisma selectivo propio de la cosmovisión que se habían formado previamente. O, como dice Todorov: «Sabe de antemano lo que va a encontrar; la experiencia concreta existe para ilustrar una verdad que ya se posee».⁸ América no existía por derecho propio para ser «descubierta», sino que fue entendida sólo a través de unas percepciones cristianas impuestas o proyectadas desde el exterior; de ahí, para Colón, la doble imposibilidad de América.

A pesar de la victoria ideológica de fray Bartolomé de las Casas sobre Juan Ginés de Sepúlveda, sería completamente erróneo suponer que la concepción de la igualdad intrínseca de todos los hombres que tenía la Iglesia impedía el trato desigual dispensado a algunos de ellos. En efecto, las dos visiones de los indios nativos dieron lugar a una versión primitiva del discurso imperial que llegaría a su plena madurez en Gran Bretaña principalmente en los siglos XVIII y XIX (véase el capítulo X). La visión «benigna» del padre De las Casas dio lugar, sin embargo, a una misión imperial en la que los nativos serían «convertidos culturalmente»; su identidad y sus prácticas culturales serían transformadas según las líneas del

cristianismo occidental. Y lo más importante es que De las Casas nunca puso en tela de juicio el derecho de los españoles a gobernar a los nativos ni pensó que debiera concedérseles la autodeterminación. De ese modo, en términos de Todorov, en todo momento el debate dio por supuesta la inferioridad de los nativos y se basó en un enfrentamiento de la ideología de la esclavización *versus* la ideología colonialista y asimilacionista.⁹ En este sentido las dos visiones ideológicas aparentemente opuestas de los nativos coincidían lógicamente, aunque no del todo.

No obstante, vale la pena señalar que estas concepciones parecían «relativamente tolerantes» comparadas con las de los colonos puritanos del norte, cuya antipatía paranoide por los nativos no desembocó en una «conversión cultural», sino en la «solución primera» consistente en el exterminio del Otro —el indio—, y en su *apartheid* social.¹⁰ Y mientras que la película épica *La conquista del Oeste* nos habla de pioneros y de gentes amantes de la libertad que levantaron la civilización más grande de la tierra, hay un silencio patético que agua la fiesta. Pues la idea de que los indios no eran más que «animales salvajes» (Timothy Dwight), o «perros sanguinarios» (John Adams) que debían ser obligados a salir «de sus madrigueras» (Roger Williams) «se había convertido hacia 1770 en un axioma tan universalmente aceptado que fue escrito con letras mayúsculas en el certificado de nacimiento de Estados Unidos de América».¹¹

Pero volvamos a nuestro relato: el discurso de la Iglesia católica llevaba algunas de las marcas de identificación (aunque desde luego no todas) del discurso imperial británico que aparecería en el siglo XVIII y en las décadas posteriores. En efecto, la idea dieciochesca que se tenía en Europa de que la «civilización» era un monopolio de Occidente era en realidad «una versión secularizada del primitivo aserto del cristianismo occidental que decía: «*Nemini salus ... nisi in Ecclesia*» [o «*extra Ecclesiam*»] non est».¹² Es decir, no había salvación fuera de la Iglesia católica occidental. Así se dejó

claro desde el primer momento a través de la lectura ritual que hacían los españoles del «Requerimiento», que era un «ultimátum presentado a los indios para que reconocieran la superioridad del cristianismo o se aprestaran a la guerra».¹³ La parte fundamental del texto oficial decía:

En nombre de Su Majestad ... yo ... su servidor y heraldo ... os pido y os requiero como mejor puedo ... [que] reconozcáis a la Iglesia como señora y superiora del mundo universal ... [Si así lo hacéis] Su Majestad y yo en su nombre os recibiremos ... Pero si no lo hacéis ... con la ayuda de Dios entraré por la fuerza contra vosotros y os haré la guerra en todo lugar ... Os someteré al yugo y a la obediencia de la Iglesia ... Tomaré a vuestras mujeres y a vuestros hijos, y los haré esclavos ... y a vosotros os haré todo el mal y el daño que un señor puede hacer a los vasallos que no lo obedecen o reciben.¹⁴

Y fue precisamente esa mentalidad la que permitió a la Iglesia asumir sin el menor problema que podía simplemente repartir el mundo «no europeo» o coser a puñaladas su vientre y entregar sus despojos a los dos grandes países católicos, España y Portugal (en virtud del Tratado de Tordesillas). En definitiva, las concepciones europeas implicaban que sencillamente era imposible imaginar a los nativos de América con todos sus derechos, o tratarlos con dignidad, equidad y justicia. Pues la consecuencia de semejante situación fue convertir a los nativos en un papel en blanco o en un barco vacío que aguardaban a ser llenados de palabras o de mercancías, para ser utilizados al servicio del cristianismo occidental.

También los africanos fueron importados y degradados a la «experiencia americana» de Europa. No obstante, buscar una ideología hecha a la medida y coherente resultaría problemático, pues la degradación de los africanos se basó en una serie de ideas cristianas seleccionadas ad hoc. De un modo u otro, los europeos llegaron a creer que la esclavización de los africanos era natural porque contaba con aprobación divina. Una de las ideas más importantes era la de la mal-

dición bíblica de Cam (o más exactamente la maldición de Canán). El libro del Génesis —según se cuenta en el capítulo 9, versículos 18-26— dice que Cam vio a Noé, su padre, borracho y desnudo y se burló de él. Por eso Dios maldijo no a Cam, sino a su hijo Canán (aunque el episodio pasó a ser conocido como la «maldición de Cam»). (Parece que fueron los árabes en la Edad Media los primeros en trasladar la maldición de Canán a Cam.)¹⁵ No obstante, la maldición condenaba a Canán (y a todos sus descendientes) a ser «siervo de siervos de sus hermanos» (cap. 9, vers. 25). Aun así, debemos recordar que esta creencia religiosa no constituía una teoría plenamente elaborada. Como dice George Frederickson, la maldición actuaba

en el ámbito de las creencias populares y de la mitología más que como una ideología formal. De hecho era refutada por las autoridades sabias en la materia, que simplemente debían señalar que la maldición recayó específicamente en Canán y no en su hermano Cus, que, según la exégesis bíblica al uso de los siglos XVI y XVII, era el verdadero progenitor de la raza africana.¹⁶

También vale la pena recordar que, si bien la raza como concepto específico no figuraba en la concepción denigratoria de los africanos, a partir más o menos de 1440, como señala George Frederickson, los portugueses se dedicaron al tráfico de esclavos negros. Por tanto este autor sugiere que «incluso antes del descubrimiento de América, algunos cristianos de la península Ibérica eran más proclives a considerar a los negros destinados por Dios a “cortar leña y acarrear agua” que a verlos como ejemplo de las virtudes cristianas».¹⁷ No obstante, la asociación del color negro de la piel con la esclavitud es una idea que tardaría varios siglos en fermentar en la mentalidad europea, aunque la «inferioridad» de los negros ya estaba bien asentada. Irónicamente por otra parte, sería el cese del tráfico de esclavos lo que en parte contribuiría al rápido ascenso del racismo científico.

El hecho clave es que fueron estas concepciones despectivas de los africanos negros las que legitimaron o fueron decisivas para provocar la tragedia que se desencadenó a continuación. Como este asunto ha sido ya muy bien tratado en la bibliografía existente, me limitaré aquí a exponer unos cuantos elementos notables de esta historia. No deberíamos caer presa de la tesis expuesta por varios historiadores, según la cual los horrores del «Paso Intermedio» (el viaje por mar desde África) no es más que un producto exagerado de la «propaganda abolicionista». Particularmente grave era el peligro de agotamiento físico causado sobre todo por la deshidratación y la disentería. Los esclavos a menudo no tenían más remedio que hacer sus necesidades en el espacio en el que estaban confinados. Como explicaba el médico de un barco de la época: «El puente, que es el suelo de sus habitaciones, estaba tan cubierto de sangre y mucosidades procedentes de ellos mismos ... que aquello parecía un matadero». ¹⁸ En efecto, el hedor de los barcos negreros era tal que los nativos americanos sabían de antemano que estaban a punto de llegar incluso cuando todavía estaban en el mar a varias millas de distancia. Como es bien sabido, los capitanes de los barcos a menudo arrojaban por la borda a los negros enfermos. Según informa un observador de la época acerca del tráfico de esclavos en la Liverpool del siglo XVIII, «los negros eran arrojados por la borda con tanta frecuencia que podía verse una hilera de tiburones de varias millas de longitud vigilando aquellos barcos y aguardando su comida». ¹⁹ La realidad del viaje queda patente en las palabras de un esclavo negro de la época, Olaudah Equiano, testigo directo que dice:

Enseguida me metieron bajo el puente [del barco negrero], y allí recibí un saludo en las narices que nunca había sentido en mi vida, de modo que en medio de aquel hedor asqueroso y llorando al mismo tiempo, me puse tan enfermo y me desanimé hasta tal punto que no era capaz de probar bocado. Y sólo deseaba que llegara a liberarme el último amigo, la muerte. ²⁰

En efecto, para muchos esclavos la muerte llegaba como una salvación. En la bibliografía acerca del número de esclavos que hicieron la travesía los cálculos más bajos hablan de 12 millones de personas, y los más elevados de más de 20 millones, aunque la mayoría de las autoridades admiten que fueron unos 15. También están de acuerdo en afirmar que al menos un 10 por 100 por término medio moría durante el viaje. Así, pues, una estimación razonable, cuando no conservadora, supondría que aproximadamente 1,5 millones de esclavos negros murieron sólo durante el Paso Intermedio. Si esas tasas de mortalidad se hubieran dado entre la población adulta joven de la Inglaterra de la época, habría sido considerada una epidemia catastrófica.²¹

A su llegada, los africanos eran marcados con un hierro candente y luego vendidos en subasta como si fueran cabezas de ganado.²² Y aunque el trato recibido por las clases trabajadoras blancas de Inglaterra durante los siglos XVIII y XIX rayaba en lo inhumano, no estaban sometidas a los mismos despiadados niveles de explotación y de degradación cultural que experimentaron los negros en las Américas. La esperanza de vida en aquellos verdaderos «campos de trabajos forzados» no era superior a siete años.²³ Particularmente inquietante era la institución del «curado» o «aclimatación». Se trataba de un período de tres años durante el cual los propietarios de esclavos intentaban «borrar las identidades de sus nuevas adquisiciones, acabar con su voluntad y cortar todos sus lazos con el pasado».²⁴

Un análisis pertinente del aspecto deshumanizador que asumió la esclavitud en las Américas es el que ofrece Orlando Patterson en su libro *Slavery and Social Death*.²⁵ Como señala el autor, el trato que recibían los esclavos africanos en las Américas iba más allá del concepto de alienación del que habla el materialismo histórico marxista. Suponía un proceso que pretendía arrancar por completo la identidad y de hecho la humanidad del esclavo. Aun así, John Thornton nos advierte prudentemente que no demos por supuesto

que los europeos lograron siempre deshumanizar a los negros.²⁶ Tampoco es correcto considerar a los africanos en general simples «víctimas pasivas» del poder superior de los europeos. Pues como señalaron originalmente C. L. R. James y W. E. B. Du Bois, los esclavos adoptaron numerosas estrategias de resistencia que irían desde el suicidio hasta la lentitud en el trabajo o la sublevación abierta.²⁷ En efecto, las sublevaciones de los esclavos fueron uno de los factores que dieron lugar al movimiento abolicionista. Por otra parte, el tráfico de esclavos probablemente no habría sido posible sin la colaboración activa de las élites indígenas de África, que eran las primeras en efectuar redadas de esclavos en su propio continente. Y tampoco deberíamos olvidar que los africanos desempeñaron un papel importante en la creación de la economía global mucho antes de que los europeos afirmaran falsamente que fue creación suya.

Análogamente, la visión que tenían los españoles de los indios nativos —especialmente aquellos que oponían resistencia al proyecto imperial cristiano— como seres inferiores, provocó otra de las grandes tragedias de la humanidad. Cuando intentamos calcular el número de nativos que perecieron, inmediatamente chocamos con el problema de tener que calcular los niveles de población existentes en 1492 (justo antes de la llegada de Colón). Las estimaciones se sitúan entre los 8 y los 113 millones de personas. Una cifra intermedia serían los 54 millones que ofrece William Denevan,²⁸ y que muchos han aceptado como válida. Una cifra aceptada por lo general del número de muertos que se produjeron habla del 90 por 100 de la población existente antes de 1492. Y cuando «computamos» los nuevos nacimientos producidos a partir de esa fecha, parece razonable suponer que entre 50 y 100 millones de personas perdieron la vida como consecuencia directa de la incursión de los europeos en el siglo xvi. De ese modo, mientras que la población nativa suponía más o menos el 13 por 100 de la población total del mundo en 1492, en 1600 había descendido hasta situarse en poco

más del 1 por 100. No podemos dejar de extraer las debidas conclusiones. Como señalaba Jan Carew respecto a la destrucción provocada en las Grandes Antillas,

para los intrusos [europeos] fue un inicio glorioso, pero para los ingenuos y hospitalarios lucayos fue el principio del fin. En menos de cuarenta años, los conquistadores españoles, los colonos, los cazadores de esclavos, las enfermedades, el hambre y la desesperación, cual heraldos del Apocalipsis, harían illover la muerte y la destrucción sobre las cabezas inocentes de la mayoría de la población.²⁹

Otro mito eurocéntrico dice que «la conquista de las Américas» fue un claro signo de la superioridad militar europea (llamada la «Leyenda Negra»).³⁰ Aunque fuera un factor importante, no puede constituir una explicación suficiente de la tragedia que se desencadenó. En un principio, el principal factor que facilitó la conquista europea fue la importación o introducción de gérmenes y enfermedades euroasiáticas.³¹ Nótese que no fue la inferioridad genética de los nativos, sino el hecho de que no habían desarrollado un sistema inmunitario adecuado contra las enfermedades propias de Eurasia lo que resultó decisivo. Como indica Alfred Crosby, la conclusión es que fueron las enfermedades las que debilitaron la resistencia de los nativos, allanando así el camino a los cañones europeos para que hicieran el trabajo sucio.³² O utilizando la lacónica formulación de Blaut, «los americanos no fueron conquistados: fueron infectados».³³ No obstante, con «Leyenda Negra» o sin leyenda, no deberíamos cancelar de un plumazo el hecho de que el trato brutal dispensado a estos pueblos por los españoles fue un momento muy negro en la historia de la humanidad.

No menos importante es el hecho de que las concepciones denigratorias de los indios nativos y de los africanos los hacían «naturalmente» aptos o maduros para la explotación económica a manos de los europeos. La paradoja de la «imposibilidad de América» (o

la imposibilidad de tratar a los indios nativos y a los africanos en pie de igualdad o con la más remota apariencia de dignidad) está en que abrió la posibilidad de explotar sus recursos, por no hablar de sus tierras, su mano de obra y sus metales preciosos. Como señalamos en el capítulo III, en 1500 Europa era incapaz de producir muchas cosas que pudieran tener algún interés para los consumidores asiáticos, y sin embargo los europeos compraban profusamente productos de Asia. En efecto, el signo más claro del atraso de Europa en 1500 era su perpetuo déficit comercial con Asia. Incluso el especialista eurocéntrico John Roberts admite que «sin esa afluencia [procedente de las Américas], sobre todo de plata, difícilmente habría podido haber un comercio con Asia, pues prácticamente no había nada producido en Europa que desearan los asiáticos».³⁴ Como los europeos no podían fabricar suficientes productos que desearan los asiáticos, tenían que pagar lo que compraban con metales preciosos (sobre todo plata). Pero sus reservas eran insuficientes. En consecuencia, el oro y la plata explotado o expropiado a los americanos (y a los africanos) vinieron a salvar a los europeos, así como la mano de obra productiva de los nativos americanos y de los esclavos africanos que extraían los metales.³⁵ En efecto, si bien los esclavos africanos compartieron con los americanos nativos las labores de extracción en las minas de plata, su presencia fue mayoritaria en las minas de oro.³⁶ Ahí es donde se manifestó en un principio la aportación de los africanos a la recuperación de Occidente ayudándole a acortar distancias respecto a Oriente. En los tres siglos inmediatamente posteriores al año 1500, el 85 por 100 de la producción mundial de plata y el 70 por 100 de la de oro vino de las Américas. La inmensa mayoría de los metales que eran embarcados con destino a Europa pasaban luego a Asia para financiar uno de los déficit comerciales más continuados que ha conocido el mundo. La mayor parte del oro y de la plata iba a parar a China, aunque algunas cantidades significativas acabaron también en la India.

Otro hecho fundamental en este sentido —como señalamos en el capítulo III— es que el oro y la plata constituyan «bienes de consumo» global, que se compraban y se vendían para obtener beneficios de las diferencias existentes en los tipos de cambio (esto es del arbitraje), o lo que yo he llamado el «proceso global de reciclaje de la plata». Ésta fue una de las principales fuentes de beneficios de los comerciantes europeos en Asia a partir de 1498. De ese modo, sin la fuerza de trabajo de los nativos y de los africanos, y sin el suministro de oro y plata de la América hispana (y por supuesto sin la gran demanda de plata creada por las economías china e india), no habría habido un sistema global de arbitraje. Ni tampoco habría habido para los europeos una fuente de liquidez con la que pagar su perpetuo déficit comercial con Asia. Por último, lo que no significa que sea menos importante, durante los siglos XVIII y XIX el esclavismo negro, del tráfico de esclavos, de los centros de producción basados en mano de obra negra esclava existentes en América, y de los mercados de esclavos negros, contribuyó significativamente al «progreso» agrícola e industrial de Gran Bretaña (véase el capítulo XI).

Finalmente, otro beneficio importante de las Américas para los europeos fue que el Nuevo Mundo fue utilizado para reforzar y reconstruir la identidad occidental. En efecto, el factor decisivo de la redefinición de Europa como el Occidente avanzado fue la expansión de la frontera hacia el oeste, hacia las Américas, a partir de 1492. Este hecho supuso una expansión de la categoría del Otro, pues en adelante quedarían incluidos en ella africanos y americanos. El éxito de este proyecto imperial fue trascendental para forjar la noción —por primera vez desde los tiempos del Imperio romano— de que Europa representaba una civilización avanzada. De ese modo, la expansión de la frontera occidental permitió un desplazamiento en la identidad europea de un estatus periférico a otro más elevado de «civilización avanzada». Esta circunstancia permitió también la división entre Europa del este y Europa occidental,

cuando esta última pudo desarrollar un poder comercial y naval gracias a su expansión hacia el Lejano Oeste, mientras que la primera, al ser un territorio sin acceso al mar, persistió en el feudalismo y se convirtió en un cordón de seguridad o almohadilla defensiva frente a los pueblos islámicos de Oriente. Notable es asimismo el hecho de que a partir del siglo xv la idea de «Europa occidental» empezó también a cristalizar a medida que los turcos otomanos y los habitantes de la Europa del este eran imaginados como pueblos bárbaros.³⁷ De ese modo, a lo largo de los siglos xvi y xvii la identidad de la Europa occidental quedaría definida cada vez más por sus vecinos inmediatos «paganos y bárbaros» del este y sus vecinos «salvajes» del sur y del oeste.

Si las Américas fueron importantes porque permitieron a Europa Occidental acortar distancias respecto a Oriente, también fue significativa la asimilación de ideas y tecnologías orientales más avanzadas que fueron transmitiéndose gracias a la globalización oriental. Y eso es lo que constituye mi segunda gran crítica del mito de 1492, que ocupa el resto del capítulo.

EL «RENACIMIENTO ORIENTAL» Y LAS TRES PARADOJAS DEL RENACIMIENTO OCCIDENTAL

Muchos autores eurocéntricos remontan los orígenes de la «dinámica europea» al Renacimiento, que, según dicen, proporcionó a los europeos la «racionalidad científica» y el «individualismo» necesarios. El Renacimiento supuestamente fue un redescubrimiento de la ciencia de la antigua Grecia. Una expresión típica de esta tesis dice:

Europa no tomó de Oriente nada sin lo cual no pudiera haber sido creada la ciencia moderna; por otra parte, lo que tomó prestado tuvo valor sólo porque fue incorporado a la tradición intelectual europea. Y ésta, naturalmente, se basaba en [la antigua] Grecia.³⁸

Esta afirmación ensombrece el hecho de que muchas de las ideas fundamentales que sustentaron el Renacimiento europeo y la posterior revolución científica (así como la Ilustración; véase el capítulo IX) procedían en realidad de Oriente, y fueron transmitidas a través del Puente del Mundo islámico gracias a la globalización oriental. Como señala Michael Edwardes,

en conjunto, este gran período de gestación se preocupó poco o nada por Oriente. El Renacimiento volvió efectivamente la espalda a Oriente, anexionándose, en cambio, una visión particular del mundo antiguo. Ello no significa, sin embargo, que los hombres del Renacimiento no fueran perfectamente conscientes de la existencia de Oriente... El Renacimiento, a pesar de su apariencia [griega] clásica, estuvo lleno de la influencia de Oriente, a menudo disfrazada, sin que casi nunca fuera reconocida su fuente.³⁹

Ocasionalmente, sin embargo, los autores eurocéntricos admiten que parte de las ideas renacentistas vinieron de Oriente Medio. Pero esta concesión es eliminada al descartarse la posibilidad de que Oriente pudiera haber desempeñado un papel independiente en todo esto (es decir, la cláusula islámica). Esta cláusula afirma que los musulmanes fueron únicamente conservadores o traductores de los textos de los antiguos griegos, que todo lo que hicieron fue simplemente devolverlos al lugar del que procedían. Así, suele decirse que «en último término el manto de los griegos pasó al mundo islámico, donde el legado helénico permaneció bajo custodia en el seno de Alá hasta que volvió a despertarse el interés de los occidentales».⁴⁰ En una palabra, los musulmanes son representados como meros bibliotecarios, y no como pensadores originales. Aunque sea un relato muy simple, no encaja con los considerables testimonios existentes que apuntan hacia la gran cantidad de ideas orientales independientes que impregnaron el Renacimiento europeo. Como señala William McNeill,

los occidentales descubrieron que los musulmanes poseían un refinamiento mental y una riqueza de erudición que sobrepasaba con mucho la disponible en latín ... La facilidad con la que [los europeos] se incautaron de esos legados ajenos probablemente no tenga parangón en la historia de la civilización, como no sea en la asimilación de la civilización oriental [egipcia] durante el siglo VI a. C. por parte de los griegos.⁴¹

Según se dice, sin embargo, no es de extrañar, dado que «la influencia [intelectual] de Occidente durante este período fue prácticamente nula, tal vez por la sencilla razón de que Occidente tenía muy poco que ofrecer». ⁴² No obstante, aunque parece que los chinos experimentaron un Renacimiento en el siglo XI,⁴³ fue sobre todo la contribución pionera de los musulmanes la que resultó trascendental para el destino intelectual de Europa.

A comienzos del siglo IX e. v. el séptimo califa abasí, al-Ma'mún, fundó la «Casa de la Sabiduría» [*Bayt al-Hikmah*] en Bagdad, donde, entre otras cosas, se tradujeron al árabe algunas obras griegas, especialmente las de Ptolomeo, Arquímedes y Euclides. Pero los eruditos árabes también se inspiraron en gran medida en textos persas e indios (además de chinos) de medicina, matemáticas, filosofía, teología, literatura y poesía. Elaboraron así un nuevo corpus de conocimientos —con la ayuda de científicos y traductores judíos— que era no sólo algo más que una simple amalgama del pensamiento griego, sino que además se mostraba a menudo crítico con las ideas helénicas y al mismo tiempo las llevaba más lejos, a menudo en direcciones completamente nuevas. Este proceso se vio favorecido por el hecho de que Bagdad estaba situada en el centro de la economía global y no sólo recibió nuevas ideas asiáticas, sino que, tras reelaborarlas, las transmitió a través de la España musulmana. Cada vez con más frecuencia a partir del año 1000, los europeos tradujeron al latín los textos científicos árabes. La caída de Toledo en 1085 fue especialmente significativa, pues fue allí don-

de muchos intelectuales europeos tuvieron acceso a los libros técnicos musulmanes. La erudición heredada del Islam fue continuada por el rey de Castilla Alfonso X (1252-1284), en buena medida gracias a intermediarios judíos (como harían más tarde los reyes de Portugal). De los muchos ejemplos disponibles, destaca aquí que en 1266 el importante *Libro de los secretos acerca de los resultados de los pensamientos* de Ibn Khalaf al Muradí fue traducido en la corte de Toledo. Este texto y muchos otros proporcionarían a españoles y portugueses muchas de las innovaciones del Islam. Por último, los italianos también aprendieron directamente de estas ideas a través de sus vínculos comerciales con Oriente Medio y durante las Cruzadas. ¿Qué fue lo que añadieron los sabios árabes al corpus original de conocimientos griegos?

Innovaciones de los musulmanes en el terreno de las matemáticas

Como comenta atinadamente Jack Goody, «las matemáticas fueron uno de los campos en los que tuvieron lugar unos desarrollos paralelos, aunque no idénticos, en Oriente y en Occidente. En cuanto a la geometría, el primer desarrollo se produjo en Mesopotamia [el antiguo Irak] y Egipto, y sólo más tarde fue adoptado por los griegos». ⁴⁴ En efecto, las escuelas del Irak antiguo enseñaban álgebra y geometría, conocían el teorema que ahora llamamos de Pitágoras ya en el año 1700 a. e. v., y conocían también el valor del número pi. Desarrollaron además el «sistema sexagesimal», en el que el círculo se divide en 360 grados, la hora en 60 minutos, el minuto en 60 segundos, y el día en 24 horas. Pasando del Irak antiguo al Egipto antiguo y a Grecia (que se benefició de su proximidad con estos países, sujetos de desarrollo temprano), la siguiente gran fase del desarrollo la iniciaron a partir más o menos del año 800 los musulmanes, que llevaron mucho más lejos estos primeros descubrimientos. El matemático Muhammad ibn Musa al-Khwārizmī (780-

847), todo un pionero en este campo, escribió un tratado llamado a ser muy influyente, *Sobre el cálculo de los numerales hindúes* (c. 825). Este libro fue en buena medida el responsable de la difusión del sistema numérico indio por el Islam y por Occidente.⁴⁵ Curiosamente fue otro pueblo de Oriente Medio, los fenicios (aunque ellos se llamaban a sí mismos *can'ani*, es decir «cananeos», de Canán, la zona situada en la ribera oriental del Mediterráneo), el primero en introducir los numerales. No obstante, la innovación más importante que introdujeron los indios fue la creación de nueve números más el cero (*sūnya*) con valor decimal. Este sistema fue adoptado posteriormente, en torno al año 760 e. v., por los estudiosos árabes.⁴⁶ A su vez, diversos eruditos árabes del siglo x llevaron todavía más lejos la obra de al-Khwārizmī, entre otros al-Ūqlidisi, Abu'l-Wafā al-Buzajānī, al-Māhānī, al-Kindī y Kushyar ibn Labban.⁴⁷ Tras propagarse por todo Oriente Medio, estas ideas fueron transmitidas hacia finales del siglo x a la España musulmana, donde los europeos, más atrasados, tuvieron acceso a ellas (especialmente a través de Córdoba y luego tras la caída de Toledo en 1085 y la conquista de Zaragoza por los aragoneses en 1118).

Al principio los europeos fueron lentos a la hora de acortar distancias, y prefirieron seguir apegados al viejo sistema basado en el ábaco. Pero en 1202 el mercader pisano Leonardo Fibonacci, que vivía en Túnez, se convenció de los nuevos conceptos orientales y escribió un libro rechazando el viejo sistema del ábaco en favor del nuevo sistema indoarábigo. El nuevo sistema se abrió paso finalmente en los *communi* comerciales de Italia. Y resulta bastante problemático decir, como hace Charles Singer, que la adopción de este sistema numérico oriental por parte de los europeos «fue un factor importante de la irrupción de la ciencia [occidental], y tuvo consecuencias a la hora de determinar las relaciones de la ciencia y la tecnología de los siglos xvi y xvii».⁴⁸

La labor de al-Khwārizmī en el campo del álgebra fue igualmente importante y sus obras fueron traducidas al latín en 1145 por el

inglés Roberto de Ketton y por el italiano Gerardo de Cremona. La traducción de Ketton del nombre de al-Khwārizmī fue «Algorítmus» (y de ahí nuestro término algoritmo). Y también la palabra álgebra proviene del título de una de las obras de al-Khwārizmī, *Al-jabr W'almuqalah* (pues *al-jabr* se tradujo por «álgebra»). Por otro lado, su libro siguió siendo el tratado más importante sobre este tema existente en Europa hasta el siglo xvi. A esto se añadieron varias innovaciones de los musulmanes que iban mucho más allá de la teoría de Ptolomeo. Este autor utilizaba cuerdas basadas en una teoría muy tosca. Al-Battanānī sustituyó la cuerda por el seno. Además, la trigonometría esférica experimentó un gran avance gracias a la teoría de la tangente de Abū'l-Wafā al-Buzajānī, del teorema de los senos de Abū Nars, y del teorema de las cotangentes de al-Haytham.⁴⁹ No menos reseñable es el hecho de que a comienzos del siglo x los matemáticos musulmanes ya habían definido y tabulado las seis funciones trigonométricas clásicas.⁵⁰ Y la obra de Nasīr al-Dīn al-Tūsī sobre trigonometría de planos de mediados o finales del siglo xiii no fue igualada por ningún matemático europeo hasta 1533.⁵¹

Concepciones musulmanas del hombre como agente racional

Fueron los musulmanes (especialmente los mutazilis) los que propagaron la idea de que el hombre era un agente libre y racional, supuestamente uno de los leitmotiv del pensamiento europeo moderno. Semejante idea surgió no mucho después de la muerte de Mahoma, lo que significó un paso adelante hacia una «teología racional islámica» (de modo que las doctrinas de Mahoma no pudieran ser tergiversadas por las autoridades políticas sucesivas). Este concepto, llamado *ijtihad*, comportaba el ejercicio del juicio independiente y, sobre todo, la idea de que Dios sólo podía ser comprendido por medio de la razón humana independiente e individual.

Esta idea fue incorporada a las obras de eruditos como al-Kindī (800-873), al-Rāzī (865-925), al-Fārābī (873-950), Ibn Sīnā (980-1037), Ibn Rushd (1126-1198), y por último, lo que no significa que sea el menor de todos ellos, al-Zahrāwī (936-1013). Estas ideas eran además asombrosamente similares a las que inspiraron a Martín Lutero y la Reforma. La principal tesis de al-Rāzī decía que toda la «verdad» (religiosa y científica) puede alcanzarla directamente la mente del individuo humano por medio de la razón o la contemplación racional. A su vez, esta meta sólo puede alcanzarse cuando la mente es liberada de las emociones irracionales: en una palabra, es fundamental la «objetividad». Análogamente, Ibn Rūshd (llamado en Occidente Averroes) insistía en que la investigación científica sólo puede conseguirse rompiendo con el dogma religioso, y en que la existencia de Dios sólo puede probarse a través de causas racionales.

En resumen, estos y otros filósofos y científicos musulmanes tuvieron un profundo impacto en el cambio experimentado por el pensamiento europeo. Sus ideas, cuando fueron asimiladas por Occidente, permitieron a los pensadores europeos trascender la creencia católica en la autoridad de lo divino, habitual por aquel entonces, y avanzar hacia el protagonismo del individuo. Los musulmanes empezaron también a practicar y encarecer la objetividad y el proceso de experimentación científica, actitud que más tarde influiría en la revolución científica europea.

Métodos científicos musulmanes como preludio de la revolución científica europea

Uno de los aspectos más radicales de la revolución científica islámica fue la idea de que el pensamiento de los antiguos griegos no era, ni mucho menos, perfecto, y podía, si es que no debía, ser cambiado. De ese modo,

si bien los científicos musulmanes no abandonaron nunca la tradición griega, la volvieron a formular introduciendo un nuevo concepto revolucionario de cómo debía progresar el pensamiento, concepto que sigue gobernando el modo en que se hace ciencia hoy día. Mejores instrumentos y mejores métodos, pensaron, habrían permitido obtener mejores resultados.⁵²

Esto era algo que los griegos no habían comprendido del todo. Y fue la escasez de los experimentos científicos griegos lo que intentaron corregir los sabios musulmanes. Por otro lado, empezaron a poner en entredicho las tradiciones heredadas en muchos campos, como la medicina, la higiene, la óptica, la física, etc. Según esta nueva modalidad de pensamiento científico, el egipcio Ibn al-Haytham (965-1039) escribió un libro de óptica que llegó a tener una enorme repercusión en Europa. No menos importante fue el médico egipcio Ibn al-Nafis (muerto en 1288). Su obra sobre el cuerpo humano, que contradecía la postura tradicional del médico griego Galeno, precedió en más de tres siglos y medio la tan cacareada labor del inglés William Harvey.

También fueron importantes los trabajos de al-Rāzī, al-Fārābī e Ibn Sīnā. Sus progresos en el campo de la medicina y la higiene fueron revolucionarios en el contexto europeo. Al-Rāzī dio a la experimentación la mayor importancia en su hospital, en el que los pacientes eran divididos en dos grupos para evitar la propagación de las enfermedades. Esto permitió además el desarrollo de la cuarentena, práctica que más tarde fue acogida calurosamente en Occidente.⁵³ Inició asimismo el estudio de varias enfermedades, aunque hay buenas razones para sospechar que experimentó una influencia significativa de las innovaciones chinas de época anterior.⁵⁴ En definitiva, los «trabajos médicos de al-Rāzī ejercieron durante siglos una notable influencia sobre las mentes del Occidente latino».⁵⁵ Una prueba del impacto producido en Europa por la obra de al-Rāzī la tenemos en el hecho de que sus libros traducidos fueron reim-

presos unas cuarenta veces entre 1498 y 1866. Abu Nasar al-Fārābī (llamado en Occidente Avennasar) escribió un libro muy importante, *Catálogo de las ciencias*, que fue traducido al latín por Gerardo de Cremona y Juan de Sevilla. También fue notable la labor de Ibn Sīnā (llamado en Occidente Avicena), cuyo famoso libro *Canon de medicina* fue traducido al latín a finales del siglo XII (lo mismo que su enciclopedia, el *Libro de las curaciones*). Además el *Canon de medicina* se convirtió en el manual de las escuelas de medicina europeas hasta finales del siglo XVI. En general, la influencia arábiga en el desarrollo de la importante escuela de Salerno a partir de 1050 fue muy profunda.⁵⁶ Conviene destacar por otra parte que los chinos fueron también los pioneros de numerosos aspectos de la medicina moderna, entre otros la práctica de la inmunología, o los exámenes forenses y clínicos, hábitos que se propagaron a Occidente a través del Puente del Mundo islámico.⁵⁷

No menos influyentes fueron los avances de los musulmanes en el campo de la astronomía. En el siglo XIV, Ibn al-Shātīr, de la escuela de Marāgha, desarrolló una serie de modelos matemáticos que eran casi exactamente los mismos que desarrollaría unos 150 años más tarde Copérnico en su teoría heliocéntrica. Esta semejanza llevó a Noel Swerdlow a sugerir que «parecen unas coincidencias demasiado extrañas para admitir la posibilidad de un descubrimiento independiente [por parte de Copérnico]».⁵⁸ Otros especialistas han sostenido también que Copérnico tomó prestados de al-Shātīr sus modelos.⁵⁹ No en vano, Copérnico ha sido llamado «el seguidor más conocido de la escuela de Maragha».⁶⁰ Por otro lado, la teoría heliocéntrica fue descubierta por primera vez, al menos de manera implícita, en los «textos herméticos» del antiguo Egipto.⁶¹ Curiosamente, Copérnico menciona de manera explícita al sabio egipcio Hermes Trismegisto en la introducción de su principal obra. Por otra parte, «Trismegisto no es un autor que cualquier científico actual esté dispuesto a reconocer como precursor, pero durante el Renacimiento este sombrío sabio egipcio gozó de una reputación

enorme».⁶² También vale la pena mencionar la obra de astronomía de al-Khwārizmī, de época anterior. Este autor no sólo introdujo mejoras en la *Geografía* de Ptolomeo, sino que además elaboró varios mapas que incluían las posiciones de muchos astros. Estos mapas fueron muy importantes para la actividad comercial oceánica. Al-Khwārizmī calculó también la circunferencia de la Tierra con un margen de error de menos del 0,04 por 100 (es decir, se equivocó sólo en 41 metros). Su obra fue continuada por al-Bīrūnī y al-Idrīsī.

Por consiguiente, el pensamiento islámico tendría una repercusión trascendental, que iría más allá del Renacimiento europeo, y contribuiría a marcar la revolución científica europea. La idea de Bacon de que la ciencia debería basarse en la experimentación y de que podía obtenerse el máximo rendimiento de la división del trabajo era casi palabra por palabra la misma que habían planteado tiempo atrás los sabios musulmanes. Como señala Robert Briffault,

las discusiones sobre quién fue el creador original del método experimental ... forman parte de la colosal tergiversación [eurocéntrica] de los orígenes de la civilización europea. El método empírico de los árabes estaba muy difundido en tiempos de [Francis] Bacon y era cultivado en toda Europa.⁶³

No obstante, siempre cabe desdeñar este argumento esgrimiendo otra de las cláusulas islámicas, a saber, la que dice que, aun cuando en el Islam se introdujeran nuevas ideas científicas e individuales, enseguida fueron desechadas por las autoridades religiosas, que intentaron reafirmar su control. De ahí que no se tratara más que de una «revolución islámica fallida». Contrastaría con esta situación la de Europa, donde la ausencia de impedimentos religiosos habría permitido el desarrollo sin trabas de la ciencia occidental (que a su vez fue la base de la «dinámica europea»). El problema que plantea inmediatamente la cláusula islámica es que no excluye

el hecho fundamental de que aquellos logros intelectuales de los musulmanes tuvieron una importancia trascendental para el avance intelectual de Europa, para el Renacimiento y la revolución científica en particular. Y aunque los europeos lograran llevar todavía más lejos esas ideas orientales,⁶⁴ sin esas ideas originarias en un principio de Oriente no habría habido nada o muy poco que llevar más lejos.

Pero hay otra faceta que debemos mencionar aquí. Pues es posible que el Renacimiento tenga contraída una deuda no sólo con musulmanes, indios y chinos, sino también con los negros de África.⁶⁵ Como señalaba W. E. B. Du Bois, los textos científicos originales griegos no sólo pasaron a Oriente Medio, sino que se transmitieron también a África, especialmente a Alejandría y El Cairo (zona que, como vimos en el capítulo II, dominó económicamente el comercio italiano hasta 1517 e incluso después). Además, el Sudán negro había sido desde tiempo inmemorial un centro de cultura y erudición, buena parte de la cual se transmitió a la Europa medieval. Sin embargo, aunque es indudable que los egipcios contribuyeron al desarrollo del conocimiento científico,⁶⁶ especialmente a través del Salón de la Sabiduría (*Dar al-Hikmah*), instaurado en 1005, sus orígenes étnicos no están claros. Lo que sí está claro, en cambio, es que muchos de los llamados moros de Oriente Medio, especialmente los que vivían en España, eran en su origen negros africanos (de ahí la expresión europea medieval «moro negro»). Esta mezcla de razas permitió también la mezcla de ideas. Por otro lado, algunos negros africanos visitaron España dando conferencias en las universidades del país, mientras que los españoles viajaron a su vez con frecuencia al norte de África para estudiar sus ideas. Nuevas investigaciones revelarían que algunas destacadas personalidades egipcias, algunas de las cuales ya hemos mencionado aquí, eran de origen negro (Dhu'l Nun sería un ejemplo evidente, mientras que san Agustín, nacido en el norte de África, aunque desde luego en una época muy anterior, sería otro). Curiosamente

en la *Escuela de Atenas* de Rafael Averroes (Ibn Rushd) aparece pintado de color oscuro. Y desde luego el pensamiento de los negros —o nubios— del antiguo Egipto influyó en el Renacimiento, especialmente a través de la importación de los «textos herméticos» (muchos de los cuales fueron traducidos después de 1460 por Marsilio Ficino en la corte de Cosimo de Medici).⁶⁷ De un modo u otro, Du Bois nos deja intrigados con las siguientes interrogaciones retóricas:

¿Es posible o intrínsecamente probable que el África negra no tuviera ningún papel creativo [en el Renacimiento]? ¿Que nada de la ciencia procediera de un cerebro negro? ¿Que la Europa que elogiaba y alababa al pueblo negro de aquellos tiempos lo hiciera por simple curiosidad o por caridad? ¿O es más probable que la contribución cultural de muchos negroides haya sido olvidada o no haya sido reconocida porque su color se consideraba poco importante, o fuera desconocido o estuviera olvidado, y porque para la Europa moderna la civilización negra constituye una contradicción *in terminis*?⁶⁸

Por último, conviene señalar que todo este proceso se basó en tres crueles paradojas. En primer lugar, al mismo tiempo que los musulmanes proporcionaban a los europeos ideas nuevas y más avanzadas, los cristianos demonizaban el Islam y le hacían la guerra a través de las Cruzadas. En segundo lugar, Oriente aportó muchas de las ideas del Renacimiento occidental, pero luego pudo comprobar que los europeos daban la vuelta a la tortilla y afirmaban falsamente que ellos solos habían encontrado esas ideas en primer lugar. Por otra parte, los europeos proclamarían más tarde que Occidente era la encarnación de la civilización racional avanzada, mientras que Oriente era desdorado como una civilización inferior que no era más que un páramo intelectual irracional. La tercera paradoja, y la más cruel de todas, es que fue esa entelequia de la superioridad de Occidente (definida principalmente por la «racionali-

dad científica») la que más tarde fomentaría que Occidente emprendiera su misión civilizadora imperial contra Oriente.

LOS ORÍGENES ORIENTALES DE LA IMPRENTA: EL MITO DE JOHANNES GUTENBERG

No cabe duda de que la llegada de la imprenta tuvo unas consecuencias enormes para el desarrollo de Europa. En primer lugar y ante todo, la repercusión del Renacimiento y de la revolución científica habría sido considerablemente menor a falta de libros impresos. Como señala Marie Boas,

la imprenta ... facilitó el progreso de la ciencia: cada vez fue siendo más normal publicar los propios descubrimientos, consiguiéndose así que las nuevas ideas no se perdieran, sino que por el contrario estuvieran al alcance de la gente y constituyeran la base de la labor de otros ... La publicación facilitó enormemente la propagación, y en general es innegable que los trabajos científicos no impresos tuvieron muy pocas posibilidades de influir sobre otros.⁶⁹

Otra consecuencia de la imprenta fue que contribuyó a promover la irrupción del nacionalismo,⁷⁰ así como la consolidación de la burocracia y el progreso de la economía europea en general.⁷¹ En una palabra, parece justo afirmar que la imprenta cambió fundamentalmente el carácter de la civilización occidental. Lo que no parece justo es atribuir su invención a Johannes Gutenberg.

Como sostiene Michael Clapham, el intento de encontrar «un solo inventor de la imprenta, y la rivalidad natural suscitada entre los partidarios de Johannes Gutenberg ... de Maguncia y Laurens Coster ... de Haarlem, no sólo han dado lugar a ciertas fantasías, [sino] a muchas interpretaciones falsas de los testimonios».⁷² Lo que sí sabemos es que los orígenes de la imprenta se remontan di-

rectamente a la China del siglo VI y la Corea de comienzos del XIV. La impresión sobre plancha de madera surgió en China en el siglo VI e. v. El molde de imprenta se inventó a comienzos del siglo IX, y el libro impreso más antiguo que se conserva data del año 868. La impresión de libros se incrementó a partir de aproximadamente el año 950.⁷³ Ya en 953 Fêng-Tao había impreso el texto de los clásicos confucianistas, «labor que supuso para la imprenta china casi lo que supuso luego la Biblia de Gutenberg para la europea».⁷⁴ Pero este hecho se desdeña a menudo afirmando que la prensa de Gutenberg utilizaba los tipos móviles, mucho más sofisticados. Esta afirmación ensombrece el simple hecho de que la primera imprenta de tipos móviles fue inventada en China por Pi Shêng en torno a 1040.⁷⁵

Aun así, los autores eurocéntricos a veces rebaten este argumento diciendo que el empleo de la imprenta de tipos móviles no cuajó nunca en China y que se prefirió seguir utilizando la imprenta de moldes. Esto no se debió, sin embargo, a ninguna falta de genio por parte de los chinos, sino que tuvo que ver con el hecho de que la naturaleza de la escritura china hacía más fácil la impresión mediante moldes. Como ya señalaron los jesuitas, «el método de impresión de los chinos se adaptaba mejor a los numerosos y complejos caracteres chinos que el proceso de tipos móviles».⁷⁶ Curiosamente, esta circunstancia viene a reforzar superficialmente un planteamiento eurocéntrico habitual, a saber, el de que la imprenta de Gutenberg fue en último término más eficaz y más rápida porque la tipografía europea se basaba sólo en las veintiséis letras del alfabeto. Sin embargo, Lach y Kley señalan que los jesuitas pensaban que el proceso chino no sólo era tan eficaz como el europeo, sino que incluso tenía algunas ventajas sobre este último.⁷⁷ Por otro lado, resulta interesante recordar que sólo en el siglo XIX la imprenta europea llegó a ser más rápida que las imprentas asiáticas: hasta entonces siguió siendo un método lento y caro de reproducir los textos.⁷⁸ Aun así, David Landes insiste en que, a diferencia de

lo que ocurrió en Europa, la imprenta nunca «estalló» en China.⁷⁹ Pero a finales del siglo xv China probablemente publicaba más libros que todos los países del mundo juntos.⁸⁰ E incluso ya en 978 una biblioteca china contenía 80.000 volúmenes (aunque en esa época esta cifra era superada con creces por los fondos de algunas de las grandes bibliotecas islámicas). No obstante, el eurocentrismo sugiere que nada de esto impide que fuera Gutenberg el primero en desarrollar la imprenta con tipos móviles de metal. Pero lo cierto es que la imprenta de tipos móviles de metal fue inventada en Corea en 1403 (cincuenta años antes que la de Gutenberg).⁸¹

¿Cómo, pues, y en qué medida se propagaron hacia Occidente estos inventos chinos y coreanos? Existen testimonios convincentes que indican que el conocimiento de la imprenta de moldes china se transmitió a Europa, donde fue utilizada por primera vez en Alemania en el siglo xiii, después de atravesar Polonia (1259) y Hungría (1283) en el curso de las conquistas mongoles.⁸² Significativamente Needham señala que

Robert Curzon ... [1810-1873] ha dicho que los libros europeos y chinos impresos mediante moldes guardan un parecido tan exacto en casi todas las facetas que «debemos suponer que el proceso de impresión de los mismos debió de ser copiado de algunos ejemplares chinos antiguos, traídos de ese país por algún viajero de época temprana cuyo nombre no ha sido transmitido hasta nuestros tiempos». ⁸³

Pero ¿qué podemos decir de los tipos móviles de metal?

En primer lugar debemos preguntarnos si fue realmente una mera casualidad que a Gutenberg se le ocurriera la idea de su imprenta, cuyos rasgos generales ya habían sido descubiertos en la China a mediados del siglo xi y cuyos rasgos específicos ya habían sido inventados en Corea unos cincuenta años antes de Gutenberg. Aunque no ha encontrado ningún testimonio de su transmisión directa, Thomas Carter defiende la tesis de la difusión indirecta. En

primer lugar, el conocimiento de la fabricación de papel indudablemente se transmitió a Occidente (como vimos en el capítulo VI), y el papel era un requisito indispensable para utilizar la imprenta. En segundo lugar, una serie de productos impresos se difundieron por el mundo y llegaron a Europa, como por ejemplo las cartas de juego (a finales del siglo xiv), el papel-moneda, las estampas y los libros chinos. Y en tercer lugar, Carter sugiere que el conocimiento del método de tipografía propiamente dicho pudo ser explicado por alguno de los numerosos europeos que habían visitado China.⁸⁴ De un modo u otro, la conclusión a la que llega Hudson parece justa:

Como la tipografía coreana experimentó un desarrollo tan notable justo antes de la aparición de ese mismo proceso en Europa [a través de Gutenberg], y existieron posibles líneas de transmisión de noticias entre el Lejano Oriente y Alemania, la carga de la prueba recae sobre quienes afirman la absoluta independencia de la invención europea.⁸⁵

LOS ORÍGENES ORIENTALES DE LA REVOLUCIÓN MILITAR EUROPEA

La revolución militar europea (1550-1660), que sustituyó la espada, la lanza, la maza y la ballesta por la pólvora, las armas de fuego y el cañón, constituyó indudablemente un momento crítico en el desarrollo de Europa.⁸⁶ Muchos dan por supuesto que esto no sólo puso el poderío militar de Europa en primer plano para todo el mundo, sino que además permitió la irrupción del estado burocrático moderno y del capitalismo.⁸⁷ Pero lo que se ha pasado por alto en todo este fenómeno es el hecho de que todos sus ingredientes tecnológicos fueron inventados durante la primera revolución militar, que tuvo lugar en China, c. 850-1290. Como ya he analizado todo esto con detalle en el capítulo III, me limitaré aquí a centrarme en el proceso de difusión global dirigido desde Oriente.

Los autores eurocéntricos a menudo atribuyen el descubrimiento de la pólvora al científico europeo Roger Bacon en 1267. Pero como indicamos en el capítulo III, la receta de la pólvora se remonta al año 850 en China y era accesible públicamente en forma impresa en 1044. Joseph Needham señala además que en la declaración pública de Bacon acerca de la pólvora parece claro que lo que se describía eran unos petardos chinos.⁸⁸ Por otra parte, es perfectamente posible que Bacon hubiera tenido acceso a la fórmula china de la pólvora, que ya había sido hecha pública. ¿Cómo pudo transmitirse este conocimiento desde China a Occidente? Paul Cressey y Arnold Pacey destacan la figura de Guillermo de Rubruck (amigo personal de Bacon), que regresó de un viaje a China entre 1256 y 1257.⁸⁹ Aunque es perfectamente posible que trajera consigo la información, varios europeos (sobre todo frailes) habían estado yendo y viniendo a China desde 1245, y cualquiera de ellos podría haber transmitido la fórmula.⁹⁰

Ya vimos en el capítulo III que la primera arma de fuego con cañón de metal apareció en China hacia mediados del siglo XIII —desde luego no después de 1275—, y que el primer cañón (*el eruptor*) fue inventado en China en torno a 1288. Este dato es significativo porque el primer cañón europeo data de 1326 en Florencia y 1327 en Inglaterra (este último aparece representado en el manuscrito de Walter de Millemete).⁹¹ Como señala Pacey,

resulta sorprendente que la ilustración más antigua de un [cañón] europeo ... muestre un tubo precisamente de tipo chino, montado sobre un banco y disparando una flecha. Otrora se pensaba que [el cañón] era un invento europeo, y que las armas chinas vinieron después ... Esta teoría ya no es creíble.⁹²

Hay un hecho trascendental, y es que el cañón implica un desarrollo anterior, a lo largo de un dilatadísimo período, algo que evidentemente falta en el contexto europeo. Y de nuevo en el con-

to europeo nadie ha aportado pruebas que sostengan semejante hecho. En cambio, esa línea de evolución anterior está perfectamente clara en el contexto chino (y se remontaría a unos cuatro siglos antes). No menos significativo es el hecho de que el cañón chino disparaba proyectiles explosivos, algo que no se logaría en Europa hasta el siglo xv. Por otra parte, el cañón chino estaba hecho a veces de hierro fundido, material mucho más fuerte y, por lo tanto, más eficaz que el hierro forjado del cañón europeo. Los europeos no llegarían a acortar distancias en este campo hasta la segunda mitad del siglo xvi.

La transmisión de las armas de fuego y del cañón a Europa se basa sólo en pruebas circunstanciales. Needham y Ling sugieren que esta labor habrían podido llevarla a cabo o bien los mercaderes italianos que residían en Tabriz, o bien los frailes europeos (mencionados anteriormente), o bien los diversos musulmanes que fueron empleados en las fuerzas armadas chinas a partir de 1260.⁹³ Desde luego hubo suficiente contacto entre Europa y China como para permitir la transmisión de la idea del cañón, acaso a través de representaciones pictóricas y/o de informaciones propiamente dichas acerca de su construcción. Y aunque estas teorías son meramente especulativas, es evidente que el cañón no surgió sin más de la nada. Las teorías acerca de una invención europea independiente resultan problemáticas, aunque no sólo porque el cañón más antiguo que se conserva data de casi cuarenta años después de la invención del *eruptor* chino. Pues, como señalamos anteriormente, el dato fundamental a este respecto es que ningún experto ha podido presentar prueba alguna de las innovaciones europeas que necesariamente tendrían que haber precedido al primer cañón producido en el continente entre 1316 y 1317. Sin esa prueba, la única respuesta posible es la difusión del conocimiento del cañón por los chinos. La carga de la prueba, pues, recae sobre los autores eurocéntricos, que deberían demostrar lo contrario. Digna de señalar es también la presunción eurocéntrica de que la construcción de gran-

des embarcaciones armadas con cañones fue una innovación exclusivamente europea. Pero semejante postura pasa por alto el hecho de que el cañón había sido utilizado ya con anterioridad en los barcos chinos, de dimensiones mucho mayores.

Por último, deberíamos añadir las innovaciones militares musulmanas, que también ejercieron una influencia independiente sobre Europa. Las tecnologías militares islámicas no sólo se desarrollaron con rapidez, sino que durante mucho tiempo siguieron siendo superiores a las empleadas por los europeos. A partir del siglo VIII, los ejércitos islámicos desplegaron tropas especiales incendiarias provistas de trajes ignífugos. Utilizaban lo que los cruzados europeos llamaban el «fuego griego» (petróleo), que era un material incendiario. Lo cierto es que el nombre fuego griego era una denominación errónea, precisamente porque su origen estaba en Oriente Medio. En 673 un arquitecto sirio de Baalbeck llamado Calinico desertó y se pasó al lado de Bizancio, llevando consigo el secreto del nuevo fuego.⁹⁴ Significativamente, los bizantinos no llamaron al invento fuego griego porque sabían que era originario de Oriente Medio. El fuego griego era provocado por unos lanzallamas de gran eficacia destructiva (*zarraya*), era untado en flechas incendiarias y se utilizaba en granadas disparadas a mano y por máquinas (trabuquetes) o lanzadas a modo de cohetes.⁹⁵ En efecto, el trabuquete de contrapeso fue un invento exclusivo de los musulmanes. En el siglo XII, la aparición de Salah al-Din al-Ayyubi (Saladino) marcó una nueva fase, mucho más intensa, del desarrollo tecnológico militar. Por ejemplo, se utilizaron instrumentos incendiarios en todas las batallas musulmanas. Contra esta táctica los cruzados no tenían forma de responder, y su destino frente a la superioridad de la acometida musulmana quedó sellado en Acre en 1291 (como indicamos en el capítulo II).

Más tarde, en el Imperio otomano —que, como es sabido, Hodgson llamaba «imperio de la pólvora»— se produjeron diversas innovaciones en el campo de la tecnología militar, muchas de

las cuales fueron transmitidas a la Europa occidental. En particular, las armas de fuego turcas se difundieron rápidamente a través de Asia Central hasta la India por el este y a Europa por el oeste. «No sólo fue aquel el tráfico de exportación de armas de fuego más grande del mundo, sino que algunas de esas armas eran de altísima calidad».⁹⁶ En particular, los otomanos contribuyeron de manera significativa al desarrollo del mosquete gracias a la fabricación de tubos de acero, que eran más fuertes y menos susceptibles de estallar que los fabricados en Europa. No es de extrañar que «los europeos apreciaran los tubos turcos y que los mejores fabricantes de armas de fuego europeos utilizaran a veces los tubos turcos como base para [sus] armas».⁹⁷ Por otra parte, a los técnicos europeos siguió intrigándoles durante mucho tiempo la enorme calidad de los tubos de los mosquetes turcos y el acero wootz indio (véase el capítulo IX). Los otomanos probablemente inventaron también el gatillo (llamado serpentín), aunque es probable que se tratara de un descubrimiento chino.⁹⁸ Cabe destacar el hecho de que, si bien en la «protoartillería» romana (por ejemplo, la catapulta) ya existía un gatillo, y también en la ballesta de la Europa medieval, este tipo no pudo constituir la base del gatillo del arcabuz de época posterior. Pues el serpentín fue un invento completamente independiente.

En resumen, absolutamente todos los aspectos tecnológicos significativos de la revolución militar europea vinieron de Oriente, y fueron difundidos a Occidente a través de una larga cadena de transmisión. Y si bien los europeos acabaron llevando más lejos todas esas tecnologías militares —desde luego en el siglo XIX—, sigue en pie el hecho de que sin la existencia de los adelantos orientales no habría habido nada que llevar más lejos.

Capítulo IX

LOS ORÍGENES CHINOS DE LA INDUSTRIALIZACIÓN BRITÁNICA

Gran Bretaña como país de desarrollo tardío
y secundario, 1700-1846

Lo que quiere decir ... en mi opinión *wu-wei [laissez-faire]* es que no hay ningún prejuicio personal [ninguna voluntad privada o pública] que interfiera en el Tao universal [las leyes de las cosas], y que no hay deseos u obsesiones de ningún tipo que desvíen el verdadero curso de las técnicas. La razón debe guiar la acción para que el poder sea ejercido según las propiedades intrínsecas y las tendencias naturales de las cosas.

LIU AN, *Huai Nan Tzu*, 120 a. e. v.

Basta de Grecia y Roma. El depósito exhausto
De una y otra nación ya no puede encantarnos;
Adventicias ayudas buscamos en vano,
Nuestros triunfos desmayan a la vista del público...
Sobre alas de águila el poeta esta noche
Se eleva en busca de nuevas virtudes hasta la fuente de luz,
Hasta los reinos orientales de China, y trae con osadía
A los oídos británicos la moral de Confucio.

WILLIAM WHITEHEAD

LA IMPORTANCIA DE CALIFICAR A GRAN BRETAÑA «PAÍS DE INDUSTRIALIZACIÓN RECENTE» O «DE DESARROLLO TARDÍO»

El capítulo anterior trataba del período 1492-1700 y sostenía que lo único que hizo Europa fue acortar distancias respecto a las potencias orientales más adelantadas. Esta labor se vio facilitada al mismo tiempo por la apropiación imperial del oro y la plata «no europeos» y la asimilación de las «carteras de recursos» orientales. Ahora me ocuparé de la faceta asimilacionista del relato. La siguiente fase y a la vez la más significativa de la cronología eurocéntrica al uso de la ascensión de Occidente corresponde a la revolución industrial británica. De hecho, la historia británica constituye el eje en torno al cual gira toda la teoría eurocéntrica. Pues constituye un tópico universal decir que Gran Bretaña fue el primer país que se industrializó. En efecto, cojamos cualquier manual al uso de historia económica acerca de la industrialización y su análisis empezará con los «tempranos» logros alcanzados por Gran Bretaña durante los siglos XVIII y XIX. Así lo proclaman ya incluso los títulos de los principales manuales sobre el tema: particularmente *The First Industrial Revolution* de Phyllis Deane, y *The First Industrial Nation* de Peter Mathias.¹ O como afirma concisamente R. M. Hartwell, respondiendo a su interrogación retórica «¿Existió una revolución industrial?»: «*Hubo, sí, una revolución industrial, y fue la británica*».²

Hay otros dos axiomas íntimamente ligados entre sí que constituyen el epicentro de la explicación eurocéntrica de la revolución industrial británica: el primero dice que fue posible gracias al ambiente social positivo que legó el estado del *laissez-faire* liberal británico (principio que critico en el capítulo XI). Y el segundo afirma que esos logros se consiguieron gracias al genio singular y al individualismo de los anglosajones sin ninguna ayuda externa. Típico en este sentido es el aserto de Walter Rostow, según el cual «el caso de la transición británica es único en el sentido de que parece que

fue producido por la dinámica interna de una sola sociedad, sin intervención de fuera».³ O, siguiendo la formulación típica del marxismo, Perry Anderson asegura que la «revolución industrial británica ... fue una combustión gigantesca y espontánea de las fuerzas de producción, sin precedentes por su energía y universal por su alcance».⁴ Se cree que en general el secreto del éxito de los británicos estuvo en su característica singular, el individualismo o fe en el esfuerzo personal. La importancia de este rasgo es proclamada por David Landes, al modo típicamente smithiano, como panacea universal de la pobreza:

La historia nos dice que el remedio más provechoso para la pobreza viene de dentro ... [I]o que cuenta es el trabajo, la honradez, la paciencia, la tenacidad. Para la gente obsesionada por la miseria y el hambre, habría que añadir la indiferencia egoísta. Pero en el fondo, ningún poder es más eficaz que el que uno se da a sí mismo.⁵

Más específicamente, se ha hecho mucho hincapié en el genio de los primeros inventores de Gran Bretaña. Habitualmente los historiadores fijan su objetivo en el proceso en virtud del cual la revolución industrial británica se vio impulsada por una «secuencia [puramente interna] de reto y respuesta al reto». Esa secuencia comportó un proceso en virtud del cual «la aceleración de un solo estadio del proceso de fabricación sometió a un gran esfuerzo a los factores de producción de otro u otros estadios [los llamados «cuellos de botella»] y provocó innovaciones destinadas a corregir el desequilibrio».⁶ Fue la solución de los numerosos «cuellos de botella» acumulados gracias a la utilización pionera de nuevos inventos británicos lo que culminó en la desembocadura final en el capitalismo industrial moderno. O, según la terminología de Landes, el secreto del éxito británico estuvo en su capacidad de efectuar un cambio «autogenerado».⁷

La tesis fundamental del presente capítulo es que aunque los británicos pusieran su granito de arena, todo el proceso vino signi-

ficativamente determinado por un cambio «generado por otros». Marshall Hodgson comentó una vez de pasada que Occidente fue «el heredero inconsciente de la ... revolución industrial de la China Sung».⁸ Pero yo me opongo al empleo del adjetivo «inconsciente» pues, según afirmo en el presente capítulo, los británicos adquirieron y asimilaron conscientemente las tecnologías chinas, ya fueran las tecnologías propiamente dichas o el conocimiento de cualquiera de ellas en particular. En este sentido Gran Bretaña fue como cualquier «país de desarrollo tardío» o de industrialización reciente en el sentido de que gozó de las «ventajas del atraso» y pudo asimilar y perfeccionar las tecnologías más adelantadas que previamente habían empezado a experimentar los países de desarrollo temprano. En cierto modo, pues, podría atribuirse a los británicos la característica que a muchos occidentales les gusta aplicar a los japoneses del período comprendido entre 1868 y 1913 (o después de 1945): tuvieron una capacidad en gran medida poco original y demostraron su excelencia copiando, asimilando y perfeccionando las ideas de otros.

Si bien el presente capítulo levanta el velo eurocéntrico que cubre la revolución industrial británica, se trata claramente de una tarea absurda. La inmensa mayoría de nosotros sigue creyendo que estudiar la Gran Bretaña del siglo XVIII nos proporcionará todos los criterios que conducen a la consecución del desarrollo económico, por lo demás llamada «modernización». Como dice Eric Jones, «la idea de partida es que los especialistas en historia económica deberíamos buscar una transformación singular; que ya la hemos encontrado; y que fue la revolución industrial británica».⁹ Esta idea ha calado plenamente en la imaginación occidental. Hasta el punto de que «cualquier escolar [lo] sabe, pues casi todos los programas de historia económica empiezan por este punto ... [particularmente] si el muchacho o la muchacha en cuestión ha visto alguna de las series televisivas acerca de la aparición de nuestra especie».⁹ Pero al situar la historia británica en un contexto histórico global más am-

plio [o en el largo plazo global], necesariamente ponemos en entredicho la creencia de que la «gran transformación» británica supuso la discontinuidad más importante de la historia económica del mundo. Tiene más sentido considerar la revolución industrial británica una simple fase (no desde luego insignificante) de la continua historia acumulativa del desarrollo económico global que une a los «socios» históricamente distantes de la China Sung con la Gran Bretaña del siglo XVIII. En este sentido, Eric Jones tiene razón al decir que los logros de la China Sung no fueron como los de Gran Bretaña: los de Gran Bretaña fueron como los de China.¹¹ Pero en otro sentido, esta combinación ensombrece dos disparidades cruciales: en primer lugar, que a diferencia de China, Gran Bretaña dependió mucho de la asimilación y el préstamo de los inventos de otros, como explica el presente capítulo. En segundo lugar, una vez más en claro contraste con el milagro de China, la industrialización británica dependió significativamente de la apropiación imperial de numerosos recursos no europeos, tierras, mano de obra, materias primas y mercados (véase el capítulo XI). Si no más, esto debería servir para invertir o al menos restringir la tendencia eurocéntrica predominante a denigrar el milagro de la China Sung en favor de los logros alcanzados «sin ayuda de nadie» por Gran Bretaña.

En resumen, pues, la importancia inmediata de calificar a Gran Bretaña de país de desarrollo tardío es doble. En primer lugar, echa por tierra el prejuicio universal de que Gran Bretaña fue «la primera». Y en segundo lugar, corrige nuestro punto de mira y dirige nuestra atención a las estrategias mediante las cuales los británicos emularon y asimilaron las tecnologías y las ideas más adelantadas que emanaban de los países de desarrollo temprano de Oriente (y en particular de China), así como el proceso de globalización oriental que las hizo posibles. El presente capítulo expone estas tesis en tres fases. La primera sección analiza las formas en que las ideas chinas afectaron a la Ilustración europea y pone de manifiesto las vías de difusión a través de las cuales las carteras de recursos chi-

nas llegaron a Occidente. La segunda sección analiza las aportaciones chinas a la revolución agrícola británica, mientras que las últimas secciones ponen de manifiesto las aportaciones hechas por China a la revolución industrial británica.

CHINA: UN MODELO PARA LA INDUSTRIALIZACIÓN BRITÁNICA

Mi tesis fundamental es que los británicos no estuvieron especialmente dotados de inventores brillantes. Su capacidad radicó más bien en asimilar y perfeccionar los antiguos inventos y las ideas técnicas de China. ¿Cómo, pues, tuvieron acceso los británicos a esos recursos chinos y cómo afectaron las ideas chinas a la cultura y a la economía política británica?

La Ilustración oriental

La edad europea de la Ilustración fue esencialmente esquizofrénica en el sentido de que, si bien fue imprescindible para la aparición del «racismo implícito» (véase el capítulo X), se dio la paradoja de que muchas de las ideas que hicieron suyas y consideraron positivas los pensadores de la Ilustración fueron transmitidas directamente de Oriente. Analizo aquí esa influencia oriental positiva, antes de pasar en el siguiente capítulo a considerar las formas en que los europeos denigraron más tarde a Oriente.

Las ideas chinas tuvieron una particular importancia a la hora de estimular la Ilustración europea tanto en el continente como en Gran Bretaña. Influyeron en las ideas europeas acerca del gobierno, la filosofía moral, los estilos artísticos (por ejemplo, el rococó), los vestidos, los muebles y el papel de pared, los jardines, la economía política, el consumo de té y muchas otras cuestiones. El vínculo existente entre la Ilustración europea y el pensamiento chino vino

determinado en último término por la fe de ambos en la razón humana como centro de todas las cosas. La razón era fundamental porque permitía descubrir las «leyes del movimiento» que supuestamente estaban inscritas en todos los campos de la vida social, política y «natural». En 1687 fue traducido un libro sobre Confucio (*Confucius Sinarum Philosophus*) y en el prólogo, el autor afirmaba que

cabría decir que el sistema moral de este filósofo es infinitamente sublime, pero que al mismo tiempo es sencillo, sensato y emana de las fuentes más puras de la razón natural ... Nunca la Razón, privada de la Revelación divina, apareció tan bien desarrollada ni con tanto poder.¹²

El libro tuvo una gran repercusión en Europa. En efecto, al leer la obra

los hombres descubrirían, para su asombro, que hacía más de dos mil años en China, cuyo nombre estaba ya en labios de cualquier vendedor en las grandes ferias, Confucio había tenido en cierto modo los mismos pensamientos, y había librado las mismas batallas ... De ese modo, Confucio se convirtió en santo patrono de [la] Ilustración del siglo XVIII.¹³

La fecha decisiva en este relato es el año 1700: «El año de transición en el que los afectos del mundo culto [europeo] se volvieron hacia China». Durante los ochenta años siguientes, muchos europeos sintieron una curiosidad cada vez mayor por China; tanto que prácticamente vivieron una aventura amorosa con el mundo del rococó.

Muchos pensadores de la Ilustración hicieron suyas y consideraron positivas China y sus ideas, entre otros, Malebranche, Leibniz, Voltaire, Quesnay, Wolff, Hume y Adam Smith. Uno de los pensadores más destacados de la Ilustración fue Voltaire. Su libro

Essai sur les moeurs (1756) ha sido calificado de «perfecto compendio de todos los sentimientos [positivos] de la época hacia el Lejano Oriente». Por otra parte, en sus obras *L'orphelin de la Chine* (1755) y *Zadig* (1748), Voltaire se inspiraba en concepciones chinas de la política, la religión y la filosofía —basadas todas en principios racionales— para atacar la preferencia europea por la aristocracia hereditaria. En efecto, muchos de los grandes pensadores de la Ilustración tomaron de China su preferencia por el «método racional».

En la medida en que algunos autores eurocéntricos admiten que China tuvo alguna repercusión sobre la Ilustración, suele darse por supuesto que sólo llegó a ocupar un lugar positivo en Francia (sin duda en parte debido a que el absolutismo del estado francés hacía parecer atractiva a la «despótica China»). Pero las ideas chinas desempeñaron también un papel importante por la influencia que ejercieron en la cultura británica. Los británicos desarrollaron un gusto generalizado por las *chinoiseries*, que iban desde el consumo de té a los papeles de pared, los jardines anglo-chinos o las ideas sobre economía política.¹⁴ Según el canon anglosajón, el principal experto en economía política de Europa fue el escocés Adam Smith. Pero si bien, llevados de su chovinismo, los anglosajones consideran a Smith el primer experto en economía política, detrás de Smith se encuentra el «fisiocrata» francés François Quesnay. Y curiosamente detrás de Quesnay se encuentra China.¹⁵ Quesnay, no Smith, fue el primer europeo que criticó las ideas del mercantilismo. El término «fisiocracia» significa «gobierno de la naturaleza». La importancia de sus ideas, tomadas de China, fue al menos doble: en primer lugar, Quesnay veía en la agricultura una fuente fundamental de riqueza (noción que se convirtió en un elemento importante de la revolución agrícola británica). En segundo lugar, y lo que es más importante, creía que la agricultura sólo podía ser explotada plenamente cuando los productores se vieran libres de las intervenciones arbitrarias del estado. Sólo entonces podrían preva-

lecer las «leyes naturales» del mercado (como hacía tiempo que habían constatado los chinos). J. J. Clarke comenta agudamente que

las ideas revolucionarias de Quesnay equivalían a la liberación de la ortodoxia económica del ... mercantilismo ... y su influencia en las teorías del libre mercado de Adam Smith fue muy profunda. Lo que suele omitirse en los estudios del lugar que ocupa Quesnay en el pensamiento moderno es su deuda con China, a diferencia de lo que ocurría en su época, en la que fue conocido generalmente como «el Confucio europeo».¹⁶

La deuda de Quesnay con las concepciones chinas de economía política puede encontrarse en numerosas ideas, la más importante de las cuales es la del *wu-wei*, que ha sido traducida al francés como *laissez-faire*. Este concepto chino andaba por el mundo desde antes de comienzos de la era común (véase la cita de Liu An colocada como encabezamiento del presente capítulo). Ya en 300 e. v. Kuo Hsiang definía el *wu-wei* como lo que deja «que se permita a todas las cosas hacer lo que naturalmente hacen, de modo que su naturaleza se vea satisfecha».¹⁷ El lazo concreto que unía a Quesnay con la Ilustración se encuentra en el hecho de que subrayaba la importancia primordial del método científico, tal como era expresado en su (por lo demás endiabladamente complejo) *Tableau économique*, cuyos principios estaban poderosamente influidos por el pensamiento chino.¹⁸ También vale la pena recordar que los pasos de Quesnay fueron seguidos por Nicolas-Gabriel Clerc, cuyo libro *Yu le Grand et Confucius* (1765) instaba explícitamente a los europeos a imitar a China si querían disfrutar de un progreso económico significativo. Haciéndose eco de las ideas de Quesnay, Clerc insistía también en que el comercio funcionaría mejor si eran eliminadas todas las barreras (como haría Adam Smith once años más tarde). Según dice Basil Guy: «Tanto el legislador como la ley debían reconocer los principios del ... orden natural, y de ese modo adap-

tarse al ideal chino del *wu-wei* [*laissez-faire*], que ha inspirado siempre sus teorías de gobierno».¹⁹

Nada de esto quiere decir que la Ilustración europea fuera un mero producto de las ideas chinas. Y evidentemente hubo algunos pensadores ilustrados que rechazaron a China como modelo para Europa, particularmente Montesquieu y Fénelon. El aspecto esquizofrénico de la Ilustración se puso de manifiesto en los cambios sufridos por la imagen de China que se hicieron los europeos. Si bien empezó dominando la idea de un maravilloso Catay, a partir de 1780 acabó imperando la creencia de que China era el «pueblo cándido» de un país bárbaro, atrasado y sofocado por el despotismo. Pero como se encarga de recordarnos Martin Bernal, «ningún europeo del siglo XVIII [antes de 1780] podía afirmar que Europa se había hecho a sí misma».²⁰ Tal era la importancia que los pensadores europeos atribuyeron a China desde finales del siglo XVII hasta más o menos 1780, que Voltaire arremetió incluso contra Bossuet por no hablar de China en su libro de historia universal. Sir William Temple expresó hábilmente el sentimiento predominante en los siguientes términos: «El reino de China parece hallarse estructurado y gobernado por la máxima fuerza y envergadura de la sabiduría, la razón y la inventiva humana».²¹ Pero hacia 1780 se dio la vuelta a la tortilla. El «ciclo de Catay» había cerrado su círculo. La nueva visión aparece representada de manera inconfundible en las siguientes palabras de Oliver Goldsmith: «Las artes que acaso tuvieron su invención entre otras razas de la humanidad [es decir, China] han llegado a su perfección allí [en Europa]».²² O como decía el octavo conde de Elgin (haciéndose eco de Goldsmith y de Purchas), en manos de China

la invención de la pólvora ha explotado en vanos cohetes y fuegos de artificio. La brújula del marinero no ha producido nada mejor que el junco, incapaz de alejarse de la costa. El arte de la impresión se ha estancado en ediciones estereotipadas de Confucio, y la re-

presentación más cínica de lo grotesco ha sido el principal producto de las concepciones chinas de lo sublime y de lo bello.²³

En ese proceso, tuvo lugar un desliz tan sutil como erróneo: pues se creó la ilusión de que los europeos eran después de todo totalmente independientes, originales y geniales. El presente capítulo pone de manifiesto que todo eso no era más que soberbia. Pero antes de demostrarlo, conviene dejar claro cómo se transmitieron a Europa las ideas y tecnologías chinas.

Los canales de transmisión de China a Europa

El conocimiento del Catay transmitido directamente a Europa comenzó con los numerosos monjes franciscanos que se establecieron temporalmente en aquel país a partir de 1245. A su regreso, sus relatos fueron eclipsados por las maravillosas noticias contadas por Marco Polo durante las últimas décadas del siglo XIII. Más tarde, los jesuitas se convertirían en el conducto más importante. Matteo Ricci compuso una serie de volúmenes que fueron traducidos en 1610 a varios idiomas europeos y que confirmaban que «su China era indiscutiblemente la misma que [la maravillosa imagen del Catay ofrecida por] de Marco Polo».²⁴ Fueron los jesuitas los que persuadieron a los europeos de que debían admitir que la pólvora, la brújula, el papel y la imprenta habían sido inventados en China (aunque luego estas grandes conquistas fueran desdeñadas o suprimidas en las diversas historias universales eurocéntricas). Un europeo de la época que estuvo residiendo en China, el padre De Magaillans, quedó enormemente impresionado por el funcionamiento de una compuerta mecánica. Braudel formula la siguiente interrogación retórica:

¿Tuvo entonces [1678] razón el padre De Magaillans, que subraya la dificultad y el peligro de semejante operación, en poner [la

compuerta mecánica] como ejemplo de la costumbre china de realizar «toda suerte de trabajos mecánicos con muchos menos instrumentos de los que usamos nosotros [en Occidente]»?²⁵

Los informes de los europeos que residieron en China o que visitaron este país sugieren claramente que así era; todos ellos hablaban de una civilización tecnológica impresionante como ninguna. Y los occidentales en general pensaban que China [y Egipto] constituyan «ejemplos positivos de civilizaciones superiores y más refinadas. Se creía que las dos habían realizado enormes conquistas materiales, habían producido profundas filosofías y unos sistemas de escritura superiores».²⁶ Cabría replicar, sin embargo, que los jesuitas exageraron intencionadamente las cosas y que lo hicieron para impresionar al emperador chino con el fin de obtener su favor. Pero de hecho los jesuitas se mostraron sorprendentemente ecuánimes en la mayoría de sus informes sobre China y no tuvieron reparo en indicar las áreas en las que creían que los europeos eran superiores.

Sea como fuere, sin embargo, los jesuitas constituyeron un conducto importante para la transmisión de las ideas económicas chinas y, sobre todo, de sus tecnologías. Los ejemplos son múltiples. Luis XIV envió a seis jesuitas a China en 1685 con una larga lista de temas (elaborada por la Academia francesa de las Ciencias) para que se informaran de todo tipo de asuntos que iban desde la ciencia, la flora y la fauna, hasta la producción agrícola. Curiosamente, Luis XIV fue instado a enviar esa misión por Colbert, que a su vez había sido aconsejado en ese sentido por Leibniz.²⁷ El propio Leibniz escribió a la misión jesuita de China pidiéndole específicamente que le proporcionara información acerca de la fabricación de los metales, el té, el papel, la seda, la «verdadera» porcelana, los tintes, y el vidrio, así como sobre diversas tecnologías agrícolas, militares y navales. Sin tales conocimientos, argumentaba Leibniz, «poco provecho se sacará de la misión a China».²⁸ Lo más significativo es

que Leibniz pedía además a los jesuitas que trajeran a Europa tecnologías chinas, máquinas y maquetas, así como explicaciones escritas del funcionamiento de la agricultura y la industria del país. Por fortuna, los jesuitas atendieron sus peticiones. Una de las investigaciones más curiosas fue la que llevó a cabo Turgot (ministro de finanzas de Luis XVI), que en 1765 envió a dos misioneros cristianos a China con un cuestionario muy amplio.²⁹ Y numerosos escritores europeos fueron hasta aquel remoto país y escribieron libros acerca de sus hallazgos: buen ejemplo de ello sería *Una relación de la labranza china*, del capitán Ekeberg, que fue traducido al alemán y al inglés.³⁰ Además los marineros holandeses establecidos en Batavia constituyeron otro conducto fundamental para la difusión de las ideas y tecnologías chinas.

A partir del año 1600, la información en torno a China fue acumulándose rápidamente a través de las cartas de los jesuitas, aunque después de 1650 destacó sobre todo la aparición de libros sobre China. Publicados en numerosas lenguas europeas, relataban los múltiples esplendores del Catay en el ámbito general, y más concretamente sus tecnologías e ideas económicas.³¹ Además de los escritos de Matteo Ricci de 1610, Nicolas Trigault, Álvarez Semedo, Martino Martini y otros autores compusieron libros en los que describían detalladamente todos los aspectos de China, incluyendo secciones sobre «fertilidad y productos» o «artes mecánicas». Lo más significativo es que muchos libros escritos por jesuitas estimularon la imaginación europea, tanto la de los intelectuales como la de los profanos, la de las masas e incluso la de algunos monarcas. De ese modo, Europa no sólo se vio inundada de textos chinos, sino que también recibió numerosas tecnologías y maquetas que fueron debidamente copiadas para permitir las revoluciones agrícola e industrial. Vale la pena recordar aquí, a pesar de su extensión, el siguiente resumen:

Durante el siglo [xvii] aparecieron cientos de libros sobre Asia, escritos por misioneros, mercaderes, capitanes de barco, médicos,

marineros, soldados y viajeros independientes. Se compusieron al menos veinticinco grandes descripciones sólo del sur de Asia, otras quince se dedicaron al sudeste de Asia continental, cerca de veinte a los archipiélagos, y sesenta o más al Extremo Oriente. Además de estas grandes contribuciones independientes estaban los cientos de libros de cartas de jesuitas, relatos de segunda mano, relaciones de viajes ... panfletos, periódicos, etc. Los libros fueron publicados en todas las lenguas europeas, a menudo se hicieron reimpresiones y traducciones, y fueron reunidos en varias grandes compilaciones de literatura de viajes publicadas a lo largo del siglo, de las que picotearían escritores y editores de época posterior ... Pocos europeos cultos podrían afirmar no haber tenido ningún contacto con ella, y en efecto sería sorprendente que sus repercusiones no se dejaran ver en la literatura, el arte, el saber y la cultura europea de la época.³²

Es evidente, pues, que los europeos pudieron tener fácil acceso a las ideas y tecnologías más adelantadas de China (y de otros países asiáticos). Y como veremos enseguida, una vez obtenidas esa información y las tecnologías propiamente dichas, los europeos y especialmente los británicos empezaron a asimilarlas con el fin de acortar distancias y coger la delantera. Por desgracia, si prácticamente ningún inventor occidental confiesa que de hecho toma prestadas sus ideas de otros occidentales, menos todavía confesaría que las toma de unos chinos. Y como dice Francesca Bray,

si esperamos encontrar el reconocimiento explícito de esa influencia en sus obras, nos veremos totalmente defraudados. Los escritores e inventores occidentales plagiaban mutuamente sus ideas con el mayor descaro ... [y] podemos tener la seguridad de que no tuvieron escrúpulos en hacer pasar por suyas ideas que les habían llegado desde el otro extremo del mundo.³³

No obstante, es posible rastrear la difusión a Occidente de algunas ideas y tecnologías chinas concretas (aunque resulte una tarea

muy dura). Por eso, con el espíritu de Voltaire analicemos de nuevo las revoluciones agrícola e industrial de Gran Bretaña resucitando las numerosas aportaciones chinas que el eurocentrismo ha escamoteado.

LOS ORÍGENES CHINOS DE LA REVOLUCIÓN AGRÍCOLA BRITÁNICA

Tradicionalmente se cree que la revolución agrícola representa si no el requisito previo fundamental del progreso de la industrialización británica, sí al menos una de las condiciones que la acompañaron. Constó de varios inventos tecnológicos supuestamente geniales y genuinamente británicos. Entre ellos estarían la «sembradora» y la «cavadora de tracción equina» de Jethro Tull (construidas en 1700, pero sólo dadas a conocer masivamente hacia 1730), la «trilladora mecánica» (1780), el «arado de Rotherham» (patentado en 1730), y la «aventadora giratoria». Se hace hincapié asimismo en los nuevos tipos de explotación de la tierra: las técnicas de rotación de cultivos, los fertilizantes, los nuevos cultivos y la cría selectiva. Si todos estos elementos hubieran sido descubiertos o hubieran empezado a utilizarse en Gran Bretaña, parecería justo admitir la tesis eurocéntrica del genio y la originalidad británica. Pero hay pruebas convincentes que hablan en sentido contrario.

El arado de vertedera de hierro (arado de Rotherham) en el siglo XVIII

La mayoría de los comentaristas reconocen que el arado de vertedera de hierro supuso una innovación tecnológica fundamental que incrementó considerablemente la producción agrícola británica (aunque su uso generalizado tardó mucho en imponerse). Compa-

rado con el pesado arado medieval de volteo (véase el capítulo V), el arado de Rotherham de 1730 era muchísimo más eficaz. El rasgo fundamental era que la vertedera cuadrada de madera del arado medieval fue sustituida por otra de hierro, curva y de forma retorcida que se fijaba al mismo nivel perpendicularmente a la reja. El nuevo arado permitía una importante reducción de la fricción (lo mismo que la falta de ruedas). Supuestamente fue desarrollado por primera vez en la Holanda del siglo XVII (con el nombre de arado «bastardo» holandés). Posteriormente fue transmitido a Inglaterra por los ingenieros holandeses (que participaron en el drenaje de los pantanos de East Anglia). Este modelo fue sucedido por el arado inglés de Rotherham, que incorporaba muchos elementos del arado bastardo. Pero supuso un perfeccionamiento al tener una estructura mucho más ligera, y siguió perfeccionándose a lo largo del siguiente siglo. ¿Fueron los holandeses los inventores originales, confirmándose así la tesis eurocéntrica del invento europeo independiente?

Paul Leser fue el primero en afirmar en 1931 que el arado europeo moderno era originario de China y que, de no haberlo importado, Europa no habría experimentado probablemente una revolución agrícola.³⁴ En efecto, todos los elementos del arado bastardo holandés fueron inventados en China, y datarían de hace más de dos milenios. Pero ¿fue una simple coincidencia? Más recientemente, Francesca Bray ha descartado esta posibilidad alegando que los nuevos arados europeos eran demasiado parecidos a los inventos chinos, de fecha mucho más antigua. En efecto, los arados de vertedera de hierro chinos fueron muy anteriores al modelo descrito en 1784 por el europeo James Small (uno de los llamados pioneros del arado).

Por otra parte, la repentina aparición de los nuevos arados europeos, tan radicalmente distintos de los que llevaban utilizándose desde hacía más de mil años, indica que no pudo tratarse de una mera coincidencia. En cualquier caso, es evidente que los holande-

ses (que habían residido en el Extremo Oriente durante el siglo XVII) llevaron a su país el modelo original chino y crearon el arado «bastardo», que luego fue adaptado para dar lugar al arado de Rotherham inglés.³⁵

Como concluye Robert Temple:

No hubo un elemento más importante [que la adopción del arado chino] en la revolución agrícola europea. Cuando pensamos que sólo han pasado doscientos años desde que Europa empezó de repente a acortar distancias respecto a la agricultura china para luego superarla, podemos comprobar qué fina es la capa de barniz temporal que cubre nuestra supuesta superioridad occidental en la producción de alimentos.³⁶

La aventadora giratoria

La invención de la aventadora giratoria (que separaba la cáscara y la paja del grano después de la siega) supuso un avance importantísimo. Pero fue precedida por la aventadora giratoria china, inventada en el siglo II a. e. v. y perfeccionada a lo largo de los siglos siguientes.³⁷

Lo mismo que el arado de vertedera de hierro, esta máquina fue transmitida a Europa directamente desde China. Hacia 1720 los jesuitas la llevaron primero a Francia, donde llamó mucho la atención. Se llevaron también diversos modelos a Suecia, donde fue adaptada por científicos del país como Jonas Norberg. Resulta curioso comprobar que Norberg rompió con la convención europea y admitió que «La idea inicial me vino ... de tres modelos distintos que trajeron aquí de China».³⁸

Por último, la aventadora giratoria fue importada también a Europa por los marineros holandeses entre 1700 y 1720 (tras descubrir su utilización en Batavia).³⁹

La labranza con sembradora y escardadora de tracción equina

Antes de la utilización de la sembradora, las semillas eran laboriosamente plantadas a mano. El proceso era lento y resultaba sumamente ineficaz. Como consecuencia, buena parte de la cosecha se perdía, pues parte de la simiente caía en hoyos abiertos en el terreno, lo que daba lugar al agrupamiento de plantas que luego debían competir por la luz, la humedad y los nutrientes. Esta situación contrastaba con la sembradora de múltiples tubos china, inventada en el siglo III a. e. v.:

Podía ser hasta treinta veces más eficaz en términos de producción. Y así fue durante mil setecientos o mil ochocientos años. A lo largo de todos esos siglos, China estuvo tan adelantada respecto a Occidente en términos de productividad agrícola, que el contraste, si las dos mitades del mundo hubieran podido verlo, se habría parecido al existente hoy día entre ... el «mundo desarrollado» y ... el «mundo en vías de desarrollo». ⁴⁰

Europa empezó a acortar distancias muy tarde, cuando, según parece, Jethro Tull descubrió la sembradora (aunque su invento era muy rudimentario y sólo se generalizó su uso al cabo de varias décadas). Esta máquina sembraba la simiente en surcos regulares y a una profundidad concreta. El mecanismo de escardado era responsable de quitar las malas hierbas y de ventilar el suelo. Por muy ingenioso y revolucionario que resultara este sistema cuando fue introducido en Gran Bretaña, el hecho es que había sido inventado en China hacía unos dos mil años.

Rastrear la difusión de este invento desde China no resulta fácil. Nos topamos aquí con uno de los grandes dilemas del proceso de difusión. Pues, como en el caso del molino de viento, lo que en realidad se transmitió fue la idea de la máquina sembradora, dado

que el modelo de Tull se diferenciaba en varios aspectos de los modelos chinos. Ello se explica por el hecho de que la sembradora china estuviera confinada a las regiones del norte del país, lejos de los puertos del sur frecuentados por los europeos. Ello supuso que, a diferencia de otros inventos chinos, éste no es probable que lo trajeran directamente a Occidente los marineros europeos. Pero es muy verosímil que la *idea* de la sembradora fuera transmitida probablemente por medio de la difusión de libros y manuales sobre esta máquina. Por ejemplo, en su *Historia de la Grande y Reputada Monarquía de China* (1655), Álvarez Semedo nos cuenta que

cuando pasé por Honum [Honam] vi a un hombre arando con arado de tres hierros o rejas, de modo que de un golpe hacía tres surcos; y como la tierra era buena para la semilla que aquí llaman habichuelas o judías de riñón, la semilla era colocada, como si dijéramos, en una fanega o artesa cuadrada atada a la parte superior del arado, de tal modo que con el movimiento las judías iban cayendo despacio a la tierra como cae el grano sobre la muela con el movimiento de la tolva, de suerte que al mismo tiempo se ara y se siembra con la esperanza de la futura cosecha. ⁴¹

Lo que estaba describiendo Semedo era en realidad la sembradora. Y nótese la fecha en la que lo hacía: 1655. Esto no significa que fuera este libro en particular el que determinara la asimilación de la sembradora en Europa; pero es innegable que los europeos tuvieron a su disposición estudios publicados de este invento pionero de los chinos para estudiarlos cuando quisieran. Y resulta sorprendente comprobar que los principios básicos de la sembradora de Tull, esbozados en su libro *Horse-Hoeing Husbandry* (1733), fueran una reproducción casi palabra por palabra de los expuestos en los manuales chinos originales, que se remontaban al siglo III a. e. v. ⁴² En efecto, la profesora Bray afirma que el sistema de Tull se parece tanto a la «práctica de la labranza en el norte de China que se ve

una tentada a creer que Tull tomó prestado de China el sistema entero y verdadero». ⁴³

Dado que fue la idea lo que se transmitió, los europeos tuvieron que reinventar la máquina por su cuenta, y por eso no es de extrañar que el modelo final se pareciera tan poco a la versión original china. En efecto, debido a que la versión final tenía un aspecto tan diferente del modelo chino ha solidado crearse la ilusión de que estábamos ante un caso de genialidad británica espontánea. Pero como señala la profesora Bray,

cabría objetar que la sembradora europea fue un desarrollo lógico a partir de técnicas de horticultura más antiguas como la puesta a punto, pero no puede ser una casualidad que los inventores europeos empezaran a trabajar en máquinas para sembrar varias hileras de grano a la vez en línea recta, lo mismo que las máquinas chinas, precisamente en el momento en que la información acerca de la agricultura china empezaba a estar al alcance de todo el mundo. ⁴⁴

Por otra parte, parece que Jethro Tull se las ingenió para mantener en secreto los orígenes orientales de «su» sembradora. Tan bien se las arregló que hasta 1795 el Departamento de Agricultura de Gran Bretaña no se enteró de que en realidad la sembradora llevaba muchísimo tiempo utilizándose en Oriente, y consiguió que le enviaran desde allí una de esas máquinas (y un arado). ⁴⁵

En resumen, aunque las principales tecnologías agrícolas británicas tuvieran un claro origen chino, los labradores británicos tardaron mucho tiempo en adoptar masivamente las nuevas técnicas: para el uso generalizado de la sembradora habría que esperar a mediados del siglo XIX, para el del arado de Rotherham a la década de 1820, y para el de la aventadora giratoria a 1870. Por consiguiente, el relato del progreso agrícola británico no puede empezar y acabar con los inventos tecnológicos, entre otras razones porque aparecieron en escena relativamente tarde. A pesar del importante papel de-

sempeñado por estas tecnologías, lo que marcó la diferencia en último término fue la introducción de innovaciones biológicas y ecológicas: los nuevos cultivos que permitían ahorrar terreno, los alimentos ricos en calorías, los fertilizantes y los nuevos métodos de rotación de los cultivos. En efecto, fue este último «descubrimiento» el que dio fama imperecedera a Turnip Townshend. Lo que normalmente no se nos dice, sin embargo, es que este logro sólo se consiguió en buena parte gracias a la ayuda suministrada por China y por las Américas (la aportación de esta zona será analizada con más detalle en el capítulo XI).

Los nuevos sistemas de rotación de cultivos, presentados a bombo y platillo por los británicos como uno de los avances más trascendentales de la agricultura, fueron introducidos mucho antes por los chinos. Curiosamente, los chinos habían desarrollado muchos sistemas de ese estilo ya en el siglo VI, y de todos ellos se habla en el *Chhi Min Yao Shu*. ⁴⁶ Su uso no sólo estaba muy generalizado, sino que además era sumamente sofisticado. Éste es otro motivo de que los niveles de producción agrícola chinos superaran a los británicos con tanta facilidad durante muchos siglos. Por otro lado, algunos de los revolucionarios cultivos rotativos utilizados por los británicos en el siglo XVIII llevaban siendo utilizados ya por los chinos desde hacía más de doce siglos (por ejemplo las habas, la batata, el mijo, el trigo y la cebada, y los nabos). Sería muy sorprendente que el conocimiento y los detalles de estos sistemas no hubieran sido transmitidos a Europa (como estudiamos más arriba). También conviene señalar que el Nuevo Mundo proporcionó a los británicos muchos de los cultivos que tan importantes fueron para la revolución agrícola. ⁴⁷ Entre ellos cabría citar el nabo, la patata, el maíz, el guano, la zanahoria, la col, el alforfón, el lúpulo, la colza, el trébol y otras plantas forrajeras. Los nabos y el trébol fueron la base del sistema de rotación de cultivos británico; el guano constituyó un fertilizante muy importante y la patata contribuyó a aumentar notablemente la ingesta de calorías de las masas. ⁴⁸ Por último,

suele hacerse mucho hincapié en las nuevas técnicas de cría de caballos que permitieron el desarrollo de animales más grandes y resistentes. Pero lo que no suele decirse es que fue la introducción a comienzos del siglo XVIII de la «cepa oriental» —esto es las tres yeguas árabes (Darley Arabian, Byerley Turk y Godolphin Barb) que llegaron procedentes del Imperio otomano— lo que facilitó significativamente este fenómeno en particular.⁴⁹

LOS ORÍGENES CHINOS DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL BRITÁNICA

El hierro y el acero constituyeron, junto con el algodón, el principal pilar de la industrialización británica. Las explicaciones eurocéntricas siempre empiezan hablando de un conjunto de geniales avances tecnológicos británicos. La lista suele incluir el acero fundido con coque de Abraham Darby (1709), el proceso de puledado de Henry Cort (1784) y sobre todo la máquina de vapor de James Watt (1776). Y como es habitual, los historiadores eurocéntricos cuentan todo esto en términos de «secuencia de reto y respuesta al reto» (como indicábamos en la introducción al presente capítulo), en el curso de la cual el ingenio pionero de los inventores británicos fue capaz de resolver todos los cuellos de botella que acompañaron a cada descubrimiento. Así, por ejemplo, la máquina atmosférica de Thomas Newcomen (1705) fue perfeccionada a través de una larga serie de desarrollos, entre los cuales cabría citar el motor de fuelle hidráulico patentado por John Wilkinson (1757) y la máquina de vapor de James Watt (c. 1776), antes de culminar en 1802 con el motor de alta presión de Richard Trevithick (que lo llevó a construir la primera locomotora a vapor en 1804). La cuestión que se plantea de inmediato es: ¿Fueron los británicos tan originales como pretende el eurocentrismo? La respuesta que da esta sección es negativa. Y es lógico empezar por la máquina de vapor, dado su papel como eje central de la industrialización británica.

La máquina de vapor

Kenneth Pomeranz sostiene que en último término lo que dio lugar a la «gran divergencia» entre Gran Bretaña y China a partir de 1800 fue que la primera disponía de unas minas profundas y llenas de agua, a diferencia de las minas de China, superficiales y áridas. Esta circunstancia hizo que en Gran Bretaña fuera precisa la invención de la máquina de vapor para bombeo de agua. A su vez, la máquina de vapor permitió que la industrialización se expandiera por toda Gran Bretaña (debido a su aplicación generalizada no sólo en las minas, sino también en las fábricas, ferrocarriles, etc.). Las minas poco profundas y secas de China, en cambio, acabaron siendo su ruina, pues por ese motivo no fue necesaria la invención de la máquina de vapor y de ahí la falta de industrialización.⁵⁰

El argumento de Pomeranz resulta problemático por tres grandes razones. En primer lugar, la explotación de minas a gran profundidad en China dio comienzo ya en el período de los Estados en Guerra (siglo V-221 a. e. v.). Entre esa época y el período Sung, las minas más hondas estaban a unos 90 metros de profundidad por término medio (y durante los períodos Ming y Ching algunas llegaron a alcanzar los 900 o 1.500 metros, y una incluso los 2.500).⁵¹ En segundo lugar, muchas minas se encontraban desde luego por debajo de la capa freática y, por consiguiente, requerían labores de drenaje (por ejemplo en las llanuras del norte de Kiangsu). Robert Hartwell indica que allí «el incremento de los niveles de actividad durante el siglo XI probablemente requiriera una inversión sustancial en equipos de drenaje, que tal vez incluyeran bombas de fuelle hidráulico similares a las empleadas en las minas de sal de Szechwan».⁵² Y como explica Peter Golas,

incluso una pequeña cantidad de agua causa muchísimos quebraderos de cabeza en una mina de carbón, pero este problema se agravó

incluso en China porque gran parte del carbón del país está asociado a la presencia de piedra caliza, que a menudo contiene enormes cantidades de agua. Debido a la abundancia de los plegamientos, las labores de picado hacían que con frecuencia se perforase alguno de esos depósitos. En el mejor de los casos, la extracción del agua acaso se convirtiera en el problema más grave y a la vez más habitual de las minas de carbón chinas ... Fue, sin embargo, el exceso de agua y no su escasez lo que constituyó con mucho el problema más grave de los mineros chinos.⁵³

En tercer lugar, y lo que es más irónico, es cuando menos discutible si realmente habría llegado a desarrollarse en Gran Bretaña la máquina de vapor de no haber sido por muchas innovaciones chinas anteriores que se encargaron de abrir la senda en esa dirección, en particular la bomba de fuelle hidráulico que los chinos utilizaron ni más ni menos que para drenar las minas inundadas.

Será instructivo empezar señalando que los elementos esenciales de la máquina de vapor aparecieron por primera vez en forma impresa en China en el *Tratado de agricultura* de Wang Chén (1313). Esos elementos esenciales se remontan al fuelle hidráulico (utilizado por primera vez en 31 e. v.). Como suelen admitir casi todos los especialistas, la máquina de vapor de Watt fue un perfeccionamiento de la máquina de Wilkinson. Pero el invento de éste era más o menos idéntico a la máquina de Wang Chén. El único añadido, aunque desde luego no fuera insignificante, fue el uso de un cigüeñal (que fue una de las cuatro innovaciones auténticamente independientes introducidas por los europeos durante el período 500-1700). Por otra parte, conviene señalar también que el fuelle de caja chino, que era una bomba de succión y de fuerza de doble acción, a cada golpe expulsaba el aire por un lado del émbolo al tiempo que absorbía una cantidad igual por el otro. No sólo guardaba un «estrechísimo parecido formal» con la máquina de Watt, sino que a finales del siglo XVII, los chinos ya habían desarrollado

una turbina de vapor.⁵⁴ Curiosamente, basándose en el argumento planteado por Needham y Ling, Pomeranz comenta que

los chinos habían aprendido hacía tiempo el principio científico básico que implicaba —a saber, la existencia de la presión atmosférica— y por eso hacía tiempo que dominaban (como parte del «fuelle de caja») un sistema de émbolo y cilindro de doble acción muy parecido al de Watt, así como un sistema para transformar el movimiento rotatorio en movimiento lineal tan bueno como el que pudiera llegar a conocerse en cualquier sitio antes del siglo XX. Todo lo que quedaba era el uso del émbolo para hacer girar la rueda, y no al revés. (En un fuelle, el chorro de aire caliente movido por el pistón era el objetivo perseguido, no un paso encaminado a suministrar energía a la rueda). Un misionero jesuita que en 1671 hizo una demostración en la corte del funcionamiento de un carro con turbina de vapor y de un barco a vapor con unos modelos en miniatura, parece que trabajó tanto con modelos chinos como con modelos occidentales.⁵⁵

Y por otra parte Robert Temple señala:

[Los] diseños europeos [de la máquina de vapor] derivaban en su totalidad, a través de varios intermediarios como Agostino Ramelli (1588), de los de China. En cuanto a los pistones que movían las ruedas, y no al revés, la influencia china habría sido posible por otro conducto. Los pistones movidos mediante una explosión de pólvora se probaron en Europa sobre la idea, como ha dicho Needham, de que «el émbolo y su vástago pueden ser considerados una bomba de cañón trabada». Como los chinos inventaron la pólvora y las armas de fuego, la combustión interna y las máquinas de vapor se inspiraron en parte en el hecho de que el arma de fuego tiene un proyectil que encaja perfectamente en el tambor y es expulsado por la fuerza: más contribuciones chinas al origen de ambos mecanismos.⁵⁶

Las armas de fuego y el cañón son de hecho un mecanismo de combustión interna de un solo cilindro y, como ha señalado aguda-

mente Lynn White, «nuestros motores más modernos ... descenden en su totalidad de ahí». ⁵⁷ En efecto, uno de los grandes desafíos a los que se enfrentó James Watt cuando estaba desarrollando su máquina de vapor, fue la necesidad de perforar un cilindro hermético exacto. Curiosamente, recurrió a Wilkinson en busca de ayuda; y curiosamente recurrió a él porque Wilkinson poseía una fresa para hacer perforaciones concebida específicamente para la producción de cañones. Y mira por dónde eran los chinos los que habían inventado el cañón y las armas de fuego, artílugos ambos que posteriormente habían sido transmitidos a los europeos (como vimos en los capítulos III y VIII).

Con esto no queremos decir que Pomeranz y otros autores se equivoquen al subrayar la importancia del desarrollo y el uso generalizado de la máquina de vapor para la industrialización de Gran Bretaña. Lo que sí decimos es que muchos de los elementos fundamentales de la máquina de vapor ya habían empezado a desarrollarse en China muchos siglos antes de que europeos como Leonardo da Vinci soñaran incluso con un artílugio así. De hecho, la máquina de vapor inglesa no salió milagrosamente de la nada. Por eso, aunque diversos inventores británicos aportaran su granito de arena, sería una negligencia imperdonable desdeñar la aportación de China.

La hulla y los altos hornos

El eurocentrismo hace especial hincapié en la sustitución «revolucionaria» que se llevó a cabo en Gran Bretaña del carbón vegetal por la hulla (como consecuencia de la rápida deforestación del país), lo que ha dado lugar a la típica afirmación de todos conocida de que la localidad británica de Coalbrookdale fue el «primer lugar» del mundo en el que se utilizó la hulla para fundir el mineral de hierro. Como dice Phyllis Deane: «El logro más importante de

la revolución industrial fue que [el carbón mineral] hizo que la economía británica dejara de ser una economía basada en la madera y el agua para convertirse en otra basada en el carbón y el acero». ⁵⁸ Pero como señalamos en el capítulo III, esta afirmación ensombrece el hecho de que los chinos ya habían usado la hulla para sustituir el carbón vegetal allá por el siglo XI. Además, los altos hornos tuvieron su origen en la China del siglo II a. e. v., y en el siglo V e. v. los chinos ya habían desarrollado un proceso de «cofusión» en el que el hierro forjado y el fundido eran mezclados para producir acero. «Ésta es esencialmente la elaboración del acero de Martin y Siemens de 1863, aunque realizada mil cuatrocientos años antes». ⁵⁹ No obstante, incluso en 1850 Gran Bretaña sólo producía una proporción relativamente pequeña de acero (comparada con la de hierro), debido a que los costes de producción eran mucho más altos. Lo que cambió esta situación fue la invención del convertidor Bessemer (1852). Y en este sentido resulta muy instructivo recordar que

al trabajo de Henry Bessemer se había anticipado ya en 1852 William Kelly [aunque a éste no se le reconocieran todos los méritos] ... [Y] en 1845 Kelly había traído a Kentucky cuatro expertos en acero chinos, de los cuales había aprendido los principios de la producción de acero utilizados en China desde hacía más de dos mil años. ⁶⁰

La producción de hierro y acero

Como señalamos en el capítulo III, incluso en 1788 los niveles de producción de hierro en Gran Bretaña eran todavía más bajos que los alcanzados en China en 1078. Y sólo sería hacia comienzos del siglo XIX cuando los británicos pudieran igualar el bajo coste que tenía el producto chino en el siglo XI. Como apuntaba agudamente Joseph Needham,

es una paradoja histórica extraordinaria que ... la civilización occidental, que tanto ha influido en la civilización mundial hoy día, dependa tanto de la elaboración del hierro y el acero, [dado que] los chinos llevaban 1.300 años de delantera a Occidente por lo que respecta al hierro fundido.⁶¹

También la India iba por delante de Gran Bretaña. El acero Wootz indio fue el mejor del mundo durante mucho tiempo hasta el siglo XIX, y era especialmente apreciado en Persia, donde era llamado acero de Damasco (damasquino). Incluso a finales del siglo XVIII, el producto británico seguía siendo inferior a la variedad Damasco.⁶² E incluso en 1842 el hierro y el acero indios eran indudablemente tan buenos como el de producción británica, si no mejores, aunque desde luego más baratos que los producidos en Sheffield.⁶³ También resulta interesante constatar que por entonces el número de altos hornos existentes en la India era unas cincuenta veces mayor que el de los que había en Gran Bretaña (y en el año 1873 todavía seguía habiendo diez veces más). Y, lo que es más importante, a los productores occidentales seguía causándoles estudio la altísima calidad del producto indio y persa.

No es de extrañar, por tanto, que, cuando los británicos se interesaron en fecha ya tardía por la producción de acero, se fijaran en las técnicas de producción chinas e indias. El primer intento de reproducir este proceso lo emprendió Benjamin Huntsman en Sheffield en 1740, aunque durante los ochenta años siguientes se llevaron a cabo otros intentos. Como comenta Arnold Pacey a propósito del sistema británico,

[aunque] el «acero de crisol» producido de ese modo era de la elevada calidad necesaria para fabricar herramientas para los tornos ... no se alcanzó nunca el patrón que puede apreciarse en algunas hojas asiáticas, cosa que, junto con su altísima calidad, seguía dejando boquabiertos a los fabricantes de acero occidentales. Así, inclu-

so hacia 1790 el acero Wootz indio era objeto de investigación en Sheffield, donde fue utilizado para hacer hojas de muestra de una calidad que no era posible reproducir por otros medios.⁶⁴

Por otro lado, a finales del siglo XVIII varios científicos europeos, el más conocido de los cuales es Michael Faraday, estudiaron los orígenes del acero Wootz indio.⁶⁵ Como concluye Braudel: «Durante las primeras décadas del siglo XIX, muchos científicos occidentales ... se empeñaron en descubrir los secretos del damasco [o acero Wootz]: los resultados de sus investigaciones marcaron el comienzo de la metalografía [británica].⁶⁶ Conviene señalar también que los productores británicos llevaron a cabo experimentos en las fábricas de acero Corby con el fin de reproducir las antiguas técnicas de producción chinas. Las pruebas efectuadas fueron un éxito, consiguiéndose la producción de un acero uniforme.

LOS ORÍGENES CHINOS DE LA INDUSTRIA ALGODONERA BRITÁNICA

La industria del algodón fue el segundo pilar, si no el más importante, de la revolución industrial británica. En 1830 las manufacturas de algodón se habían convertido en la principal exportación del país. La industria del algodón fue, pues, la que marcó el ritmo de la industrialización británica. Una vez más, los historiadores se fijan ante todo en una serie de descubrimientos independientes cuyos pioneros fueron varios inventores británicos; entre dichos descubrimientos destacan el de la lanzadera volante por John Kay (1733), la máquina de hilar de John Wyatt y Lewis Paul (1738), la *spinning jenny* de James Hargreaves (c. 1765), la hiladora movida por energía hidráulica de Richard Arkwright (1767), la selfactina de Samuel Crompton (1779), el telar a vapor de Edmund Cartwright (1787) y, una vez más, la máquina de vapor de James Watt (1776). Y de nuevo todos estos inventos siguieron supuestamente el

ritmo interno de una «secuencia de reto y respuesta al reto», en el que la aplicación constante del genio británico inventó y posteriormente perfeccionó todas estas tecnologías. Resultado de todo ello fue que las labores de hilado se multiplicaron por diez, ritmo que sólo podían seguir las importaciones de algodón americano (véase el capítulo XI).

Habitualmente se da por sentado que fue en el «lóbrego» paisaje de Lancashire, en el norte de Inglaterra, donde brillaron, al parecer, los primeros rayos deslumbrantes de la modernidad. Pero Lancashire no fue en realidad el lugar en el que dio comienzo el milagro del algodón. Pues la industria algodonera no fue ni mucho menos exclusiva de la Gran Bretaña del siglo XVIII, sino que pueden encontrarse poderosos antecedentes en la India y en China. Esta última no sólo llevaba la delantera en términos de maquinaria textil, sino que había inventado la gran máquina de hilar, superior a la máquina de Arkwright. Por otro lado, en el ramo del textil hacía mucho que los chinos poseían máquinas que se diferenciaban en un detalle fundamental de la *spinning jenny* (hiladora de husos múltiples) de Hargreaves y de la lanzadera volante de Kay.⁶⁷ Como indica Dieter Kuhn,

los técnicos textiles chinos habían inventado ya en el siglo XIII todos los elementos esenciales de una máquina de hilar [semejante a estos inventos británicos] para uso industrial ... En efecto, en términos de estructura mecánica, incluso la *spinning jenny*, que nunca resultó fácil de manejar, no alcanzaba la calidad de la gran máquina de hilar utilizada para fabricar ramina.⁶⁸

La única diferencia era que la máquina china se usaba para la producción de seda, en vez de para la de algodón. No obstante, fue la difusión de las tecnologías sederas chinas lo que en último término puso los cimientos de las tecnologías de la industria algodonera británica.

La primera transmisión de inventos textiles chinos a Europa tuvo lugar en el siglo XIII (lo que permitió el desarrollo de la industria sedera italiana, como señalamos en el capítulo VI). Y a su vez, los italianos divulgarían estas ideas y se las transmitirían a los británicos. Uno de los momentos más significativos en este sentido tiene que ver con las sederías de John Lombe. Estas fábricas revisten importancia porque fueron las sederías las que suministraron el modelo para la manufactura del algodón que luego se desarrollaría en Derby. Comprobamos así que la máquina de Lombe fue en realidad la culminación de una serie de difusiones globales en las que China habló indirectamente a Europa y, por supuesto, a Gran Bretaña. John Lombe tomó sus ideas de Italia, donde ya se utilizaban esas máquinas sederas.⁶⁹ Pero calificar dichas máquinas de inventos italianos supondría inmediatamente ensombrecer sus orígenes chinos. Como explicamos en el capítulo VI, el elemento fundamental de esas máquinas era el uso de devanaderas (o bobinadoras) para seda. Éstas, a su vez, procedían de China, donde se usaban ya desde el año 1090.⁷⁰ También la máquina de Lombe se basaba en el uso de esas devanaderas y se parecía mucho a las máquinas chinas. Por otro lado, como vimos también en el capítulo VI, casi todos los elementos de las máquinas italianas mantuvieron el parecido con los antiguos modelos chinos hasta la época en que Lombe visitó Italia.⁷¹ Pero lo que aquí nos interesa más es que fue la sedería de Derby (inspirada en diseños italianos, basados a su vez en los modelos originales chinos) la que suministró el modelo para la incipiente manufactura del algodón.

¿Signos de superioridad industrial británica o simple soberbia?

Uno de los signos clásicos de la superioridad y el genio industrial británico es, según suele decirse, que el primer puente de hierro apareció en la localidad inglesa de Coalbrookdale ya en 1779.

En una típica formulación de esta idea se afirma que fue en Coalbrookdale

donde John Wilkinson y sus rivales hicieron ostentación de su genio. El primer Darby había utilizado su hierro para fabricar ollas y sartenes, pero los grandes metalúrgicos Wilkinson y Shropshire eran por aquel entonces mucho más ambiciosos. En colaboración con el tercer Abraham Darby, Wilkinson construyó el primer puente de hierro cerca de Coalbrookdale. En la actualidad sigue en pie y tan nueva fue la idea que la pequeña población situada en sus inmediaciones se llama actualmente Ironbridge [Puente de Hierro].⁷²

Semejante afirmación pasa, sin embargo, por alto el hecho de que existían miles de puentes colgantes de hierro en China desde hacía mil años. El *primer* puente colgante de hierro forjado apareció en realidad en China (Chingtung, en Yunnan) allá por el año 65 e. v., y más tarde, entre 580 y 618 e. v., se tendieron puentes colgantes de cadenas de hierro sobre el río Chin-sha.⁷³ Estos ejemplos chinos no sólo «se sabe que inspiraron a los ingenieros occidentales»,⁷⁴ sino que los informes de los jesuitas acerca de los puentes colgantes chinos fueron estudiados por varios arquitectos británicos, como, por ejemplo, sir William Chambers, e incluso atrajeron la atención de Thomas Telford.⁷⁵ Se nos dice que otro signo del genio británico fue la aparición «por vez primera» de un sistema de alumbrado de las calles con farolas de gas en 1798. Una vez más semejante afirmación olvida que los chinos llevaban utilizando el gas natural para el alumbrado unos dos mil años antes de que se produjera la «innovación» británica.⁷⁶

También se considera un triunfo el barreno británico, pues podía alcanzar profundidades de casi 60 metros. Pero esas profundidades quedaban en nada comparadas con la de los barrenos utilizados en las minas chinas a gran profundidad, que alcanzaban los 900 o incluso los 1.500 metros. Los chinos empleaban barrenos largos ya en el siglo I a. e. v. Y Occidente no acortó distancias en este terreno.

no hasta el siglo XIX. Curiosamente fueron los métodos de perforación chinos los empleados en Europa para buscar agua salada (1834) y petróleo (1841). En efecto, en 1859 Drake construyó un pozo de petróleo en Pennsylvania utilizando directamente el método de cables chino. Como concluye Temple,

el método del «derrumbe», como solían llamarlo, para la perforación de pozos de petróleo en América hasta la aparición del motor a vapor era exactamente el mismo que el de la técnica china de la perforación con cuerda de arco ... E incluso los barrenos de rotación modernos parecen que tienen, en parte, antecedentes chinos. En una palabra, la perforación a gran profundidad en Occidente fue esencialmente una importación de China, y la moderna industria del petróleo se basa en técnicas utilizadas en Oriente con mil novecientos años de antelación respecto a Occidente.⁷⁷

Otro signo de la supremacía industrial británica, según suele decirse, fue la invención de barcos con mamparos y compartimentos estancos. Estas novedades se atribuyeron al genio de sir Samuel Bentham, que desarrolló este gran invento para la Marina Real hacia 1795. Pero como luego revelaría su esposa (rompiendo con la convención europea), es a los chinos a los que hay que atribuir el mérito de su invento.⁷⁸ En efecto, el mamparo y el compartimento estanco fueron introducidos en las embarcaciones chinas ya en el siglo II e. v. Por otra parte, resulta particularmente sorprendente que la flota británica esperara hasta finales del siglo XVIII para imitar directamente este invento chino; y resulta sorprendente porque ya en 1295 Marco Polo había dado a conocer a Occidente esta innovación capaz de salvar muchas vidas humanas. Y lo triste es que, si los ingenieros británicos hubieran utilizado esta innovación en el *Titanic* —que se supone que era el mayor logro del diseño y la construcción naval en Occidente y Gran Bretaña—, habrían podido salvarse no menos de 1.502 vidas de las que se perdieron en su viaje inaugural (aunque habría perdido el récord de velocidad en el Atlántico).

Quizá el signo definitivo de la soberbia británica podamos encontrarlo en la organización de la Gran Exposición de 1851, que proclamó ante el mundo la supremacía industrial británica. Se celebró en el Palacio de Cristal de Paxton, supuestamente hecho de vidrio y sustentado por grandes estructuras de hierro y acero. Pero lo que habitualmente no se dice es que «los arcos más largos de Paxton, los arcos del crucero de 22 metros de longitud, estaban hechos de laminado de abeto de Memel. En aquel invernadero hecho aparentemente de hierro y cristal había más de 300 kilómetros de vergas de ventana y más de 50 kilómetros de canalones, todo ello de madera».⁷⁹ Esta circunstancia refleja el hecho en la actualidad ensombrecido de que la madera, y no el acero, siguió siendo el material básico de muchos productos durante la mayor parte de la industrialización británica. En efecto, a pesar de nuestra imaginería de barcos de hierro y acero, lo cierto es que antes de la Gran Exposición el 90 por 100 de los barcos británicos eran de madera. Por otra parte, hasta después de 1852 el acero no resultó para los británicos lo bastante barato como para producirlo en grandes cantidades. Y esto fue posible gracias a la creación del convertidor Bessemer que, como vimos anteriormente, tuvo una gran influencia de los expertos chinos.

Por último, lo que no significa que sea menos importante, uno de los signos clásicos de la revolución industrial británica fue la revolución del transporte que la acompañó, aspecto primordial de lo que fue su innovadora creación de canales y especialmente la compuerta mecánica. En efecto, suele decirse que fue el británico James Brindley «quien habría de convertirse en el mayor de los ingenieros de canales [y cuyo] genio mecánico ... [se] aplicó al problema de construir un canal. El resultado fue todo un éxito».⁸⁰ Pero como vimos en el capítulo III, la construcción de canales con compuertas mecánicas constituyó un elemento fundamental del milagro económico Sung y fue inventada en 984, casi ochocientos años antes.⁸¹ Por otra parte, los 6.000 kilómetros de canales construidos en Gran

Bretaña entre 1750 y 1858 palidecen ante los 50.000 kilómetros construidos durante el período Sung, unos setecientos años antes. Y por ellos pasaba un número muy superior de barcos chinos, que reduce a la nada a las pequeñas y excéntricas barcazas, lentamente impulsadas en su mayoría por un caballo, que transitaban por los estrechos canales ingleses. En el siglo XI los barcos pertenecientes a particulares chinos que pasaban por el Gran Canal podían transportar más de 110 toneladas (cifra que supera la mayor cantidad de carga desplazada por la *Niña*, el buque insignia de Colón). Y a finales del siglo XIX, los barcos que utilizaban los canales chinos transportaban cerca de 140 toneladas (unas tres veces más que la carga que transportaban las barcazas británicas).

CONCLUSIÓN

Con esto no queremos decir que la industrialización británica se levantara sólo y exclusivamente sobre cimientos chinos. Pero sí que la industrialización británica se basó en gran medida en un proceso de cambios «generado por otros» que se remontaba a numerosos inventos cuya senda habían abierto los pioneros chinos entre 700 y 2.300 años antes. Podría parecer justo decir que las industrias británicas del hierro y el acero y del algodón destacaron no sólo por lo tardío de su fecha, sino también por su carácter secundario. El éxito de los británicos en este sentido está no en su originalidad, sino en su tenacidad a la hora de resolver los problemas trabajando sobre los inventos de otros y perfeccionándolos. En este sentido, Gran Bretaña encaja bastante con el concepto habitual de país de industrialización reciente o de desarrollo tardío, que gozó de todas las «ventajas del atraso» y fue capaz de asimilar y adaptar los descubrimientos tecnológicos de otros. Decir que los británicos los hicieron progresar en época muy tardía parece una afirmación razonable. Pero denigrar el papel de China en todo este proceso es

absolutamente absurdo, pues sin los inventos anteriormente realizados por los chinos habría habido poco que hacer progresar. Por otra parte, sin esas aportaciones chinas Gran Bretaña habría seguido siendo con toda verosimilitud un país pequeño y atrasado, flotando en la periferia de un continente igualmente atrasado, que a su vez habría estado flotando en la periferia de la economía global liderada por africanos y asiáticos desde el año 500 e. v.

En una palabra, mi perspectiva «acumulativa-histórica-global» sugiere que la importancia que convencionalmente se da a la revolución industrial británica como el punto en el que, por citar a Rostow, «empezó todo», sólo puede ser entendida como fruto de una mentalidad eurocéntrica chovinista. No podríamos hacer nada mejor, por tanto, que concluir con las siguientes palabras de Eric Jones:

Érase una vez un tiempo en el que parecía que teníamos un acontecimiento concreto que estudiar. El crecimiento empezó con ... una revolución industrial en la Gran Bretaña de finales del siglo XVIII. Ahora sabemos con bastante certeza que ese acontecimiento fue en realidad un proceso, más pequeño, mucho menos británico [y mucho más oriental], infinitamente menos brusco, parte de un *continuum* [de la historia universal], que tardó mucho más tiempo en transcurrir.⁸²

Capítulo X

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD RACISTA EUROPEA Y LA INVENCIÓN DEL MUNDO, 1700-1850

La misión civilizadora imperial como vocación moral

Turquía, China y el resto del mundo podrían llegar un día a ser prósperos. Pero esos pueblos no empezarán nunca a avanzar ... hasta que gocen de los derechos del hombre; y éses nunca los obtendrán si no es a través de la conquista europea.

WINWOOD READE

Se ha dicho que sólo nuestra misión civilizadora puede justificar nuestra ocupación de las tierras de los pueblos incivilizados. Todos nuestros escritos, todas nuestras lecturas y transmisiones repiten *ad nauseam* nuestro deseo de civilizar a los pueblos africanos [y orientales]. Indudablemente hay pueblos a los que les encanta considerar un progreso de la civilización la mejora de las condiciones materiales, el incremento de la cualificación profesional, las mejoras de la vivienda, la higiene y la educación. No cabe duda de que todos ellos son «valores» útiles e incluso necesaria-

rios. Pero ¿constituyen la «civilización»? ¿La civilización no es, ante todo, el progreso de la *personalidad humana*?

PADRE PLÁCIDO

El presente capítulo cumple tres objetivos principales. En primer lugar, plantea mi tesis de que la formación de la identidad desempeñó un papel importante en la ascensión de Occidente. Y para ello demuestra que la formación de la identidad constituyó un factor fundamental que dio lugar al imperialismo, que a su vez permitió la fase posterior de la ascensión de Occidente (véase el capítulo XI). En segundo lugar, es la invención de la identidad racista lo que está en la base del discurso imperial. Esto me permite rebatir el presupuesto general eurocéntrico que afirma que las características liberales progresistas sustentaron la ascensión de Occidente. Y en tercer lugar, refuerza mi tesis general de que el contexto global fue trascendental para la ascensión de Occidente. Como dice Gerard Delanty,

[I]a idea [o la identidad] de Europa encontró su expresión más duradera en el enfrentamiento con Oriente en la época del imperialismo. Fue en el choque con otras civilizaciones donde se forjó la identidad europea. Europa no saca su identidad de sí misma, sino de la formación de un conjunto de contrastes globales. En el discurso que sustentaba esta dicotomía del Yo y del Otro, Europa y Oriente [se convirtieron en] polos opuestos dentro de un sistema de valores de civilización definidos por Europa.¹

La tesis de que el imperialismo se basó en un discurso racista parece poco plausible sólo si confundimos el racismo con su forma «científica», dado que ésta surgió en Europa a partir de la década de 1840, es decir, demasiado tarde para el imperialismo. Pero siguiendo a George Frederickson (y a James Blaut), yo diferencio el

racismo implícito del racismo explícito.² En primer lugar, el racismo implícito fue construido durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Y mientras que la construcción del racismo explícito comenzó a comienzos del siglo XVIII, sólo apareció en todo su vigor (especialmente en Gran Bretaña) a partir de 1840. En segundo lugar, el racismo implícito sitúa la «diferencia» en criterios culturales, institucionales y ambientales más que en las cualidades genéticas. Aun así, encarna en gran medida una relación de poder racista que comprende la superioridad de Occidente y la inferioridad de Oriente. En consecuencia, el racismo implícito es mucho más insidioso que el racismo explícito, pues actúa en un ámbito mucho más subliminal, de modo que su aspecto racista a menudo queda ensombrecido. Fue el racismo implícito lo que permitió a muchos europeos creer sinceramente que estaban ayudando a Oriente a través del imperialismo cuando en realidad estaban infligiéndole una dosis considerable de represión, de miseria y de infelicidad de todo tipo, cultural, económica, política y militar.

Estas ideologías mantienen distintas relaciones con el imperialismo y también tienen implicaciones distintas en ese sentido. Fundamentalmente, el racismo implícito da por supuesto que la inferioridad de una civilización puede y debe remediararse por medio de la «misión civilizadora» imperial. En cambio, como el racismo explícito (o científico) se centra sólo en las características fisiológicas y genéticas, suele considerar la inferioridad racial como algo permanente. En consecuencia, el racismo explícito tiene una relación incoherente con el imperialismo. Muchos cultivadores del racismo científico eran «pesimistas» y se manifestaban en contra del imperialismo o bien porque constituía una labor estéril (dado que las razas orientales eran incapaces de llegar a ser civilizadas), o bien porque habría dado lugar a la degeneración de la raza superior como consecuencia de la mezcla de razas (caso de De Gobineau y Robert Knox). Por otra parte, algunos desaconsejaban el imperialismo alegando que el clima provocaría además la degeneración de las razas

superiores. En cambio, algunos partidarios del darwinismo social y del racismo científico eran menos «pesimistas». Creían que la raza anglosajona tenía la obligación de asumir el dominio del mundo dado que las razas inferiores estaban condenadas a la extinción y que el progreso de la civilización sólo estaba seguro en manos de los británicos (caso de Charles Kingsley).

Aunque esta concepción del racismo podría inicialmente parecer compleja, en realidad se simplifica de varias maneras. Sería problemático suponer que el racismo explícito es un hermano gemelo idéntico del racismo implícito. Pues, si bien hubo ciertos elementos de continuidad evidentes entre uno y otro, también hubo discontinuidades fundamentales, lo que implica que cada fase estuvo marcada por características similares y diferentes a un tiempo. A veces, es casi como si la genealogía histórica del racismo implícito y la del racismo explícito fueran distintas. De ese modo, el lector debería recordar que la explicación que yo ofrezco es necesariamente una versión simplificada de lo que en realidad es una historia extraordinariamente compleja. No obstante, hay dos puntos que resultan significativos en este sentido. En primer lugar, aunque el racismo explícito fue un factor importante, haré mucho más hincapié en la aparición del racismo implícito, pues fue éste el que resultó trascendental para la construcción del imperialismo. Y en segundo lugar, me interesa menos ofrecer una genealogía que pasara detalladamente por los numerosos vericuetos de la construcción del racismo implícito y del racismo explícito. Mi foco de interés en concreto se centra en la relación del racismo y la formación de la identidad europea en la construcción del discurso del imperialismo.

Vale la pena subrayar aquí un último punto. Como sostengo más adelante, fue paradójicamente en la época del progreso y de la Ilustración cuando apareció definitivamente el racismo implícito. Pero como también señala Thierry Hentsch, considerar la Ilustración una época en la que los pensadores empezaron a construir abiertamente una cosmovisión marcada por el racismo implícito es

demasiado simplista.³ Ante todo fue un proceso subconsciente. Por otra parte, la Ilustración fue «esquizofrénica». Pues su mayor paradoja fue que, si bien tomó prestadas y asimiló ideas orientales (principalmente chinas), como veíamos en el capítulo IX, esas mismas ideas fueron elaboradas para formar un corpus de conocimientos que imaginaba a Oriente como un mundo incivilizado y que, a su vez, daría lugar a la misión civilizadora imperial y a la represión de Oriente.

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD EUROPEA: EL RACISMO, EL DISCURSO DEL IMPERIO Y LA INVENCIÓN DEL MUNDO

El racismo implícito surgió propiamente durante la Ilustración.⁴ Ante todo, la Ilustración fue un momento definitivo en la reinvencción de la identidad europea. De hecho se basó en dos preguntas: ¿Quiénes somos? ¿Y cuál es nuestro lugar en el mundo? El hecho de responder a estas dos cuestiones dio paso a la sistematización, clasificación y, de hecho, invención del mundo, y fruto de todo ello fue la creencia de que Occidente es —y siempre ha sido— el único portador de la civilización y el progreso humano en el ámbito económico, intelectual y político. Como dice Samir Amin, este proceso de elaboración de una nueva imagen «inventó un Occidente [progresista] eterno, único desde el momento mismo de sus orígenes [imaginarios]». Este discurso creó (en gran medida de manera inconsciente) una especie de régimen de *apartheid* intelectual en el que Occidente fue rigurosamente separado de Oriente por una frontera imaginaria que databa de los tiempos de la antigua Grecia. Aunque antes del siglo XVIII se sostuvo a menudo la tesis de que Oriente había estado durante mucho tiempo en contacto con Occidente y que había sido él el que había abierto la senda del progreso económico, en el siglo XIX esta idea ya había desaparecido en gran medida. De ese modo, los europeos pudieron pasar por alto o mar-

ginar la contribución efectiva que Oriente había hecho a la ascensión de Occidente. Así, pues, las nuevas teorías del mundo dieron lugar a la tesis de que la ascensión de Occidente había sido un mero parto virginal, esto es que se había producido gracias a los esfuerzos en solitario de los europeos. Así, los europeos se dibujaron a sí mismos como el sujeto progresivo de la historia universal pasada y presente, mientras que los pueblos de Oriente fueron relegados al papel de objeto pasivo. Como dice Linda Tuhiwai Smith:

Una de las supuestas características de los pueblos primitivos era que no podíamos utilizar nuestras mentes ni nuestros intelectos. No podíamos inventar cosas, no podíamos crear instituciones ni historia, no podíamos imaginar, no podíamos producir nada de valor, no sabíamos cómo utilizar la tierra y otros recursos del mundo natural, no practicábamos las «artes» de la civilización. A falta de esas virtudes [fuimos] descalificados ... no sólo de la civilización, sino también de la propia humanidad. En otras palabras, no éramos «plenamente humanos», algunos no éramos considerados ni siquiera parcialmente humanos.⁵

Fue esta idea la que dio lugar a la concepción de los asiáticos como «el pueblo sin historia». Y al ver a los orientales como gentes incapaces de alcanzar el progreso, era axiomático que sólo Occidente podía llevar el don de la civilización a Oriente a través del imperialismo.

Al hablar del imperialismo empezaré por la teoría expuesta por John Mackenzie (siguiendo a Edward Said), que lo considera algo «más que una serie de fenómenos económicos, políticos y militares. Es también una ideología compleja que tuvo manifestaciones culturales, intelectuales y técnicas generalizadas».⁶ Si bien es indudable que los grupos de interés económico, político y militar se beneficiaron del imperialismo, sería erróneo dar por sentado que este discurso fue creado exclusivamente para ellos o por orden suya. E igualmente sería erróneo reducir el imperialismo a un solo grupo

de interés en particular (como a menudo dan por sentado los teóricos del materialismo). Por otro lado, mientras que los capitalistas se aprovecharon del imperialismo, resulta curioso comprobar que en realidad no aportaron gran cosa a la construcción del discurso. En efecto, fueron sobre todo académicos, intelectuales, profesores, científicos, viajeros, novelistas, periodistas, misioneros cristianos, políticos y burócratas sus principales arquitectos.

Si algo esencial tuvo el imperialismo fue la glorificación de los europeos como «señores de la humanidad» y el reforzamiento del yo superior europeo.⁷ De ese modo constituiría el vehículo a través del cual los capitalistas propagarían el don del capitalismo-occidental, los misioneros propagarían el don del mensaje de salvación de Cristo, los científicos harían avanzar el desarrollo de los conocimientos científicos para todos, los maestros propagarían el don del saber europeo, los burócratas universalizarían el don de la burocracia racional, y los políticos llevarían la democracia. Pero como veremos más adelante (y también en el capítulo XI), esta «promesa» fue desmentida por la «práctica» del imperialismo, ya que la represión y la explotación económica se convirtieron en la sintonía característica de la misión británica. Conviene señalar aquí un último asunto. Mi principal punto de interés en este sentido es la construcción del discurso imperial británico. Pues, aunque compartió diversas características genéricas con otros discursos imperiales europeos, también se diferenció de ellos en varios aspectos. Apuntaré algunos en las próximas líneas.

Los británicos inventaron de hecho el mundo a través de la construcción de una «tabla clasificatoria de la civilización» totalmente imaginaria. Como demuestra la tabla 10.1, los británicos se situaban a sí mismos en la Premier League. A los europeos continentales se les asignaba la Primera División (o «Primer Mundo»); a los «amarillos» se les asignaba la Segunda División (o «Segundo Mundo»); y a los «negros» se les relegaba a la Tercera División (o «Tercer Mundo»), al borde de caer en la Cuarta División (o «Pla-

neta de los Simios»). Los criterios de clasificación se basaban en diversos ingredientes conceptuales entre los cuales estaban:

- La teoría del despotismo oriental
- La teoría de Peter Pan de Oriente
- La clasificación por clima y temperamento
- La aparición del evangelismo protestante
- La aparición del darwinismo social y del racismo científico

La teoría del despotismo oriental

Una de las teorías más importantes de la dicotomía Oriente-Ocidente es la del despotismo oriental. Esta idea impregna los escritos de los viajeros europeos a Asia y de eruditos académicos que irían desde Bodin, Maquiavelo y sobre todo Montesquieu, hasta Mill, Marx y Weber entre otros. Afirmaba que Europa era la cuna de la democracia y de ahí que fuera la portadora del progreso económico y político, mientras que Asia era desdeñada como la cuna del despotismo y por lo tanto víctima del estancamiento económico. He analizado esta teoría a fondo a lo largo de todo el libro, por lo que no será preciso repetir el planteamiento completo. Aunque la idea surgió claramente en los siglos XVII y XVIII, en el XIX ya había calado hondo en toda la sociedad. La publicación *The Edinburgh Review* manifestaba la opinión popular de la época cuando afirmaba que

el espíritu de las instituciones orientales es enemigo de la vigorosa expansión del pensamiento. En todas las edades del mundo, Asia ha estado privada de la luz de la libertad y en consecuencia ha sufrido la condena de la esterilidad absoluta en los frutos más elevados de la cultura manual y mental.⁸

Tabla 10.1. *El discurso británico del imperialismo: la tabla clasificatoria de las civilizaciones y la invención racista del mundo*

Clasificación de las civilizaciones	«Civilizadas» (Premier League y Primera División)	«Bárbaras» (Segunda división)	«Salvajes» (Tercera División)
Países correspondientes	Gran Bretaña en la Premier League; Europa occidental en Primera División	Por ejemplo, Imperio otomano, China, Siam y Japón	Por ejemplo, África, Australia y Nueva Zelanda
Color racial	Amarillo	Melanocólico y rígido	Negro
Temperamento	Disciplinado y trabajador	Árido y tropical	Flemático y laxo
Carácter climático	Frío y húmedo	Paganos	Aríztez sumo
Carácter humano	Cristiano	Despotismo, esclavitud, individualismo, racionalidad	Ateo y pagano
Teoría del despotismo oriental	Democracia liberal, libertad, individualismo, racionalidad	Despotismo, esclavitud, colectivismo, irracionalidad	Despotismo o ausencia de gobierno, colectivismo, irracionalidad
Teoría de Peter Pan	Paternal y masculino, independiente, innovador, racional	Adolescente y femenino, imitativo, exótico e irracional	Infantil y femenino, dependiente, indiferente, irracional
Principios de legitimación social	Los británicos como pueblo elegido o raza de amos	El pueblo caduco	Hombre natural en estado de naturaleza
Principios de legitimación política	Soberano (espacio poblado limitado)	No soberano y régimen imperial indirecto (espacio poblado sin límite)	<i>Terra nullius</i> y régimen colonial directo (espacio vacante o desolado)
Calidad de civilización resultante	Normal	Pervirtida	Pervirtida

Esta idea se reflejaría más tarde en las palabras de lord Curzon (virrey de la India, 1898-1905), cuya descripción de la India era aplicada a todas las sociedades asiáticas:

La desconfianza en la empresa privada está arraigada en la mente acostumbrada a creer que el gobierno lo es todo y que el individuo no es nada ... Toda la empresa privada perece por estrangulamiento oficial ... La clase gobernante en su integridad ... está interesada en el mantenimiento del *statu quo* ... [Todas las clases] encuentran el mismo encanto en el estancamiento.⁹

O como dijo John Stuart Mill de China y Egipto: sus pueblos «fueron inducidos a un estado de paralización permanente por falta de libertad mental y de individualidad ... [C]omo las instituciones [despóticas] no dejaron de funcionar y no dieron paso a otras, cualquier mejora ulterior quedó interrumpida.¹⁰

Esta teoría tuvo una importancia trascendental para el proceso de formación de la identidad europea, porque permitió a los europeos imaginarse a sí mismos como un pueblo decididamente liberal y democrático aunque sólo fuera porque «no eran el Oriente despótico». Semejante convicción fue necesaria porque —como veremos en el capítulo XII— ningún estado europeo fue democrático ni liberal antes del siglo XX. En consecuencia, esta «terrorífica imagen totalitaria» de Oriente sirvió para desviar la atención del problema del déficit democrático de los estados europeos.¹¹ Por otra parte, los pensadores europeos no sólo fabricaron la Europa concebida como democrática, sino que además intentaron trasladar retrospectivamente esa idea al pasado para (re)presentar a Europa como la cuna y el hogar de la democracia. Ya señalamos en el capítulo V que el proceso de formación de una identidad es simple y complicado a la vez. Lo que es relevante aquí es el aspecto «complicado»; pues su complejidad proviene de las múltiples acrobacias intelectuales que hay que hacer para construir una determinada

identidad, en este caso la de una Europa pura y avanzada concebida como permanentemente democrática y progresista, a diferencia de un Oriente permanentemente atrasado, despótico y regresivo. Una consecuencia fundamental de todo esto fue la idea de que la historia europea estaba regida por una linealidad temporal progresiva, mientras que Oriente estaba gobernado por ciclos temporales regresivos de estancamiento.

La principal acrobacia intelectual a este respecto implicaba la elaboración de una nueva imagen de Grecia. En un espacio de tiempo relativamente corto (desde finales del siglo XVIII a comienzos del XIX) los pensadores europeos elevaron repentinamente a Grecia a la categoría de cuna de la civilización europea, debido a sus supuestas instituciones democráticas y su racionalidad científica.¹² Situar a Grecia dentro de Europa era además trascendental, debido a su supuesto papel en el incuestionable Renacimiento (que supuestamente había creado la «dinámica europea»). Pero esa concepción de una Grecia europea pura no respondía desde luego a la forma en que los griegos se veían a sí mismos. Los griegos veían a Grecia firmemente anclada en lo que se llamaba el «Occidente heleno». Que Europa ha sido siempre una idea, y no una «realidad» geográfica se refleja en el hecho de que la propia «Europa» era, según la mitología griega, hija de Agénor, rey de Tiro, ciudad situada en la costa de Líbano.¹³ Y nótese de paso que Troya se encuentra al otro lado del estrecho de los Dardanelos. En efecto, «Grecia estaba unida espiritual y culturalmente a Oriente; y ... el intento de apartarla de ese legado oriental o de negarlo ha significado siempre para Grecia un envilecimiento y un deterioro de los valores espirituales y culturales».¹⁴

Martin Bernal llamó a esta actitud el «modelo antiguo» (antieuropocéntrico), que afirmaba que Grecia se había inspirado profundamente en el antiguo Egipto.

Pero admitir que la antigua Grecia era en parte oriental o que el Renacimiento había sido formado a partir de ideas orientales (prin-

cipalmente musulmanas) o había estado imbuido de ellas, o que Grecia no había sido especialmente democrática, habría resultado sumamente chocante. Pues habría echado por tierra la nueva tesis de que Europa había sido siempre singularmente progresista y genial: habría interrumpido la trayectoria lineal del progreso europeo que los eruditos eurocéntricos habían inventado recientemente, o que le atribuían. De ese modo, los intelectuales y los pensadores europeos intentaron depurar el aspecto oriental de Grecia y exagerar sus características europeas, así como sus instituciones científicas y democráticas.

Esta labor fue fundamental porque la democracia griega era muy rudimentaria, por no decir algo peor, ya que sólo los varones griegos participaban en el proceso político —las mujeres estaban excluidas de él— y que la esclavitud constituía una institución fundamental de la sociedad de la antigua Grecia (naturalmente los esclavos también estaban excluidos). Por otro lado, su ciencia debía mucho al antiguo Egipto. En consecuencia, según la terminología de Bernal, el «modelo antiguo» de Grecia fue sustituido por el «modelo ario» (la construcción eurocéntrica moderna que hacía de Grecia una civilización puramente europea).¹⁵ Y como señalan Bernal y Ali Mazrui, la fabricación de la antigua Grecia fue trascendental para la entelequia eurocéntrica de la Europa democrática y científica eternamente superior al Oriente despótico y precientífico.¹⁶

En resumen, la teoría del despotismo oriental fue trascendental no sólo para «explicar» el atraso del continente asiático, sino también, en no menor medida, para cimentar la identidad —pasada y presente— de Europa como cuna de la civilización avanzada y democrática.

Y de ese modo la teoría elevó a los europeos a la categoría de sujeto o agente permanentemente progresista, al tiempo que relegaba a los orientales al papel de objeto pasivo y permanentemente regresivo, de la historia universal.

La teoría de Peter Pan de Oriente

La teoría del despotismo oriental fue complementada por una segunda idea que podríamos denominar «teoría de Peter Pan de Oriente». En muchos sentidos los «hallazgos» o los conocimientos acumulados durante la Ilustración culminaron en esta teoría. La semejanza básica entre las dos teorías estriba en la invención de un Occidente racional y un Oriente irracional. Y la diferencia radica en que la teoría de Peter Pan evocaba una imagen romántica del Otro—más—desamparado—que—cruel, además de fascinante, promiscuo y exótico. De hecho imaginaba que Oriente era un niño inocente que nunca sería capaz de crecer por sí solo. Una vez más, la consecuencia de todo ello fue la idea de que Europa estaba gobernada por una linealidad temporal progresista, mientras que Oriente se hallaba marcado por un estatismo temporal regresivo.

Esta teoría dio lugar a diversas categorías binarias, ideadas para diferenciar a Occidente de Oriente. De ese modo, Occidente era imaginado como inventivo, activo, científico, disciplinado, dotado de autocontrol, juicioso, sensato, práctico, propenso a lo mental, independiente y sobre todo paternal. Se trataba, evidentemente, de una construcción imaginaria, pues, como hemos visto en los capítulos anteriores, Occidente había dependido de manera significativa de las tecnologías e ideas superiores de Oriente durante todo el período comprendido entre los años 500 y 1800. En cambio, Oriente era imaginado como la antítesis inferior de Occidente: imitativo, pasivo, supersticioso, vago, espontáneo, loco, emocional, exótico, propenso a lo carnal, dependiente y, sobre todo, infantil. Y precisamente por las mismas razones, también aquellas ideas no eran más que una entelequia imaginaria. Conviene señalar, como ya hicimos en el capítulo I, que este discurso de Oriente y Occidente era idéntico al discurso patriarcal. Así, podríamos sustituir los términos Occidente y Oriente por «masculinidad» y

«feminidad» y acabaríamos encontrando exactamente las mismas oposiciones binarias.

La teoría de Peter Pan de Oriente es idéntica a la doctrina de la «unidad psíquica de la humanidad». Como explica Blaut, esta teoría estaba íntimamente relacionada con la «racionalidad». ¹⁷ La esencia de la Ilustración es que situaba a todos los pueblos en un *continuum* mental. El hombre occidental era privilegiado con la consideración de plenamente racional en términos mentales y de madurez, mientras que el oriental era inmaduro y psíquicamente subdesarrollado, es decir, no había alcanzado el estado de pleno desarrollo mental (racional).

Lo fundamental aquí es que

dada la [idea preconcebida de] unidad mental de la humanidad, los no europeos podían por supuesto ser inducidos a la madurez, a la racionalidad, a la modernidad, a través de una serie de experiencias de aprendizaje [esto es a través del imperialismo occidental]. (La expresión «tutela colonial» era la firma de la doctrina, y este concepto lo encontramos en la mayoría de los manuales de historia y geografía de la época).¹⁸

En efecto, la representación de Occidente como varón racional, independiente y paternal frente a la imagen de Oriente como niño o mujer irracional, dependiente y desamparado, fue decisiva para fomentar la idea de la misión civilizadora imperial como deber moral. Pues era axiomático que sólo el Occidente paternal podía y debía emancipar o redimir al Oriente infantil, del mismo modo que el padre considera su obligación educar a su hijo. Por otro lado, la representación de Oriente como mujer seductora y exótica constituyó otro incentivo más para que el Occidente patriarcal lograra la conquista imperial, la penetración, el control y la gratificación.

Otra prueba de que todo esto no fue más que una construcción nos la proporciona el hecho de que la teoría de Peter Pan y la teoría

del despotismo oriental eran en un sentido claramente incompatibles. Pues al mismo tiempo que Oriente era imaginado como una amenaza despótica (sinónimo de crueldad y de poder totalitario), era visto también como una entidad mucho menos amenazadora, supuestamente desamparada e infantil (sinónimo de inocencia e impotencia). De ese modo, Oriente se vio marcado simultáneamente por una división maniquea entre «una imagen del mal» y una «imagen romántica de la inocencia».

Aunque estas características parecían inmensas, el genio de los intelectuales eurocéntricos se puso de manifiesto en su capacidad de hacerlas encajar de cualquier forma en un único discurso imperial coherente y sin fisuras.

Presentar a Oriente como una amenaza despótica fue tan importante para el discurso del imperialismo como la idea de que era inocente, exótico y, sobre todo, pasivo y desamparado, pues esta segunda idea fue utilizada para hacer que el imperialismo pareciera una «vocación moral» (esto es, el príncipe encantador occidental tenía la obligación de emancipar a la bella durmiente oriental). En ninguna parte se representa con más claridad el vínculo existente entre la teoría de Peter Pan, la teoría del despotismo oriental y el imperialismo que en el famoso poema de Rudyard Kipling compuesto en el año 1899 «La carga del hombre blanco». Pues en él se describe a los orientales como «mitad demonio, mitad niño». La carga constituía una obligación moral de «aliviar la enfermedad» de las depravaciones y de las privaciones de Oriente. No obstante, no dejaba de ser una carga, pues los imperialistas no debían esperar gratitud alguna por los servicios prestados a la humanidad.

La recompensa, advertía Rudyard Kipling en su célebre poema, no sería más que

La acusación de aquellos a los que mejoráis,
El odio de aquellos a los que guardáis.

La clasificación según el clima y el temperamento

Un aspecto trascendental del pensamiento ilustrado fue la importancia que se concedía a la relación existente entre el clima, el temperamento y la civilización. Montesquieu, Adam Ferguson y William Falconer tuvieron una importancia particular a este respecto, aunque contaron con antecedentes en Michel de Montaigne, Pierre Charron y Jean Bodin. Los que vivían en climas áridos o tropicales se creía que tenían «un estado de moralidad bajo», mientras que los que vivían en climas templados se caracterizaban por una «actividad mayor del cerebro».¹⁹ En efecto, se consideraba perfectamente natural que los europeos fueran laboriosos, dado que vivían en un clima frío y húmedo, y que los africanos fueran flemáticos y vagos debido al ambiente extremadamente árido de su entorno. Como dice Philip Curtin, «la conclusión es [que] ... en opinión de Falconer, el mejor equilibrio de cualidades humanas posible se encuentra cerca del extremo septentrional de la zona templada; en una palabra, en Gran Bretaña».²⁰

El clima y el temperamento estaban íntimamente unidos al nivel de civilización. Como señalábamos en el capítulo anterior, los amarillos (y especialmente los chinos) eran considerados hacia 1780 un pueblo caduco, que se había deslizado por la senda de la decadencia moral y el atraso como consecuencia de su clima degenerativo por un lado y del peso abrumador del despotismo oriental por otro.²¹ Naturalmente aquella era una representación incómoda, que no justificaba la vieja creencia europea de que China había sido un ejemplo de civilización avanzada. Ni tampoco era congruente con el hecho de que el norte de China sea tan «templado» como Europa. Y en cualquier caso, ni el régimen ni el clima habían cambiado de repente a finales del siglo XVIII para justificar esa «decadencia». Como explica Michael Edwardes, todo aquello quizá no fuera más que una «reacción natural frente [al anterior] culto acrítico de Chi-

na, aunque, eso sí, una reacción basada fundamentalmente en la ignorancia. En tales circunstancias, no había término medio entre la alabanza exagerada y el desprecio total».²² De ese modo, la antigua imagen de China como el país del noble y sabio Confucio fue sustituida repentinamente a partir de 1780 por la del siniestro Fu Manchú. Y el temperamento chino pasó a ser considerado melancólico, dado que, después de ser grandes, los chinos tenían ahora que conformarse con sus «defectos».

Los negros «salvajes» eran imaginados, de hecho, como el «hombre natural en estado de naturaleza» que sólo estaba un paso más adelantado que el mono. Un ejemplo típico en este sentido es la opinión expresada por el explorador británico William Dampier. Cuando llegó a Australia a finales del siglo XVII, quedó asombrado por la «deformidad natural» de los nativos, que tenían «el aspecto más desagradable y los rasgos más feos de todos los pueblos que he visto, aunque he visto una gran variedad de salvajes».²³ El tono condescendiente de Dampier se reproduciría un siglo más tarde cuando los científicos europeos situaron a los aborígenes de Australia apenas un paso por delante de los monos. Peter Cunningham se preguntaba si había que colocar a los aborígenes «al nivel cero de la civilización, constituyendo en cierta medida el eslabón que unía al hombre con la tribu de los simios. Pues desde luego a algunas mujeres sólo les falta la cola para completar el parecido».²⁴

Aquí es donde se manifiesta con toda claridad el vínculo existente entre los orígenes del racismo explícito (científico) y el racismo implícito. El momento crítico en este sentido fue la creación de la Gran Cadena del Ser, definida por Linneo en su libro *Systema Naturae* (1735). A lo largo de las sucesivas ediciones de su obra, el autor fue elaborando una estructura rudimentaria. Originalmente hablaba de cuatro razas humanas dentro de una jerarquía: la blanca, la amarilla, la roja y la negra (ocupando la blanca el nivel superior). Después, en 1758 dividió el *genus homo* en dos grupos: en el segundo estaban el orangután y algunos hombres salvajes que no sa-

bían hablar, pero tenían emociones. Como los negros se situaban un grado por delante del orangután «desprovisto de cola», y como la graduatoria entre cada miembro de la escala era muy pequeña, llegaba a la conclusión de que el negro estaba en el nivel más bajo de la civilización humana, apenas por encima del orangután.

A partir de aquí antropólogos y biólogos en particular desarrollaron una larga serie de «teorías» y «clasificaciones» que culminaron a partir de 1840 con la aparición del racismo científico en Gran Bretaña. A finales del siglo XVIII Pieter Camper empezó a realizar mediciones del perfil del cráneo humano. El resultado fue que los europeos estaban dotados de los máximos niveles de inteligencia y belleza, mientras que los negros se situaban en los peldaños más bajos de la escala, apenas por encima de los animales más sofisticados. Camper fue imitado por una serie de pensadores que también estudiaron las dimensiones y la forma del cráneo —entre otros Cuvier, Blumenbach y Retzius—, y todos llegaron más o menos a la misma conclusión, esto es, que el hombre europeo era el más inteligente y el negro el menos. El conde de Buffon afirmaba que los hotentotes (los khoi-khoi de África austral) eran el eslabón perdido entre los simios y los humanos. Y la tesis de Buffon se oculta claramente tras la afirmación de Edward Long, según el cual «por ridícula que pueda parecer mi opinión, no creo que un marido orangután fuera ninguna deshonra para una hembra hotentote».²⁵ Aunque la mayoría de nosotros no pondría objeción alguna a la primera parte de su aserto, muchos de sus contemporáneos habrían estado de acuerdo con la segunda.

Otro mito «científico» muy popular fue el iniciado por Maeterlinck, que «comparaba el “lóbulo oriental” del cerebro humano, que separa la intuición, la religión, y el subconsciente, con el “lóbulo occidental”, que produce la razón, el saber y la conciencia».²⁶ Por otro lado, el doctor James Hunt afirmaba que «el desarrollo mental interrumpido del negro es fruto del cierre temprano de las suturas del cráneo propio de las “razas inferiores del género huma-

no”».²⁷ Curiosamente, estos mitos fueron activamente alimentados por la costumbre británica de usar el típico casco de visera para el sol (*topi*). Esta costumbre permitió a las autoridades coloniales británicas crear una superstición, basada en su mayor proclividad a sufrir insolaciones, según la cual sus cráneos eran más delgados y, por consiguiente, sus cerebros más grandes. Como señalaba George Orwell, «el cráneo fino era la marca de la superioridad racial, y el *topi* una especie de emblema del imperio».²⁸

El racismo científico se vio favorecido por la noción anticristiana de la poligénesis, que afirmaba que las diferentes razas del hombre tenían múltiples orígenes. El rechazo de la concepción cristiana del origen del hombre a partir de una sola sangre (lo que implicaba que todas las personas eran potencialmente iguales en la medida en que todas podían ser cristianizadas), allanó el camino para la teoría de la inferioridad permanente de los negros y de los amarillos. Sin embargo, aunque esta teoría tuvo bastante predicamento en Francia, cayó en terreno menos fértil en Inglaterra como consecuencia del evangelismo protestante.²⁹ De hecho, sería a partir de 1840 cuando propiamente apareciera en Gran Bretaña el racismo explícito.

El evangelismo protestante

La mayor paradoja del evangelismo protestante británico es que, si bien frenó la aparición del racismo científico debido a su preferencia por la monogénesis frente a la poligénesis, su contribución al racismo implícito y a la misión civilizadora fue muy significativa. El hecho de invocar de nuevo el relato bíblico de los tres hijos de Noé tuvo importancia entre otras cosas porque permitió justificar la misión civilizadora. El relato del Génesis desempeñó ese papel porque afirmaba —o al menos así se interpretaba— que la obligación de Jafet (esto es, Europa) era absorber a Sem (los asiáticos) y esclavizar y colonizar a Cam o Canán (los negros afri-

canos). Según el Génesis, capítulo 9, versículo 27: «Dilate Dios a Jafet, y habite éste en las tiendas de Sem y sea Canán su siervo». El evangelismo protestante infundió en los misioneros cristianos el deseo de salir al mundo y divulgar la Palabra entre todos los no creyentes. Como dice A. J. Christopher,

los misioneros, posiblemente más que los miembros de cualquier otro sector de las autoridades coloniales, buscaban la transformación radical de la sociedad indígena ... Por consiguiente, pretendían consciente o inconscientemente la destrucción de las sociedades precoloniales y su sustitución por nuevas ... sociedades a imagen y semejanza de Europa.³⁰

Los misioneros cristianos constituyeron una de las voces más poderosas e influyentes en el fomento de la misión civilizadora. En efecto, como indica David Abernethy, una vez que se establecieron en los diversos rincones del imperio, los misioneros «presionaron vigorosamente en favor de la intervención del gobierno con el fin de facilitar la misión civilizadora».³¹

Otra faceta notable del evangelismo protestante fue que permitía a los británicos diferenciarse no sólo de los negros y los amarillos, sino también de las diversas naciones europeas. Los británicos se situaban a sí mismos en lo más alto de la jerarquía (en la Premier League). Por detrás de ellos venían los alemanes (encabezando la Primera División). A continuación elaboraron una escala dentro de esa Primera División. Los franceses católicos iban por detrás de los alemanes, y los portugueses, también católicos, ocupaban la última plaza, a punto de perder la clasificación. Como decía Palmerston, «la pura verdad es que los portugueses son de todas las naciones europeas [a excepción de los irlandeses] los que ocupan un lugar más bajo en la escala moral».³² También es sumamente significativo que los irlandeses católicos quedaran fuera de la Primera División, siendo relegados a la Tercera. La revista satírica inglesa

Punch caracterizaba conveniente esta opinión: los irlandeses eran «el eslabón perdido entre el gorila y los negros».³³ Las manifestaciones de la clase alta británica o inglesa en torno a los irlandeses estaban llenas de afirmaciones que los presentaban como una raza particularmente «bruta y salvaje» (en palabras de Samuel Marsden).³⁴ Y la actitud de desconfianza y odio hacia los irlandeses propia de la clase alta inglesa fue uno de los factores decisivos de la política consistente en deportarlos a las colonias de Australia. Este detalle resulta significativo porque indica que el color de la piel era un criterio de clasificación necesario, aunque a todas luces no suficiente. En último término lo que más importaba era cuánto se ajustaban otras civilizaciones a los «criterios de civilización» imaginarios que habían llegado singularmente a su perfección en Inglaterra.

Como ha sostenido persuasivamente Linda Colley, los británicos eran casi tan hostiles hacia los católicos franceses (por no hablar de los católicos irlandeses) como hacia los distintos pueblos asiáticos.³⁵ Creían que, a diferencia del catolicismo, el protestantismo representaba la civilización. Los católicos franceses eran considerados semiesclavos que languidecían bajo el despotismo francés (mientras que los irlandeses eran acusados de ser ni más ni menos que unos rufianes salvajes). Y en la viciada atmósfera protestante de la Gran Bretaña de los siglos XVIII y XIX, los británicos llegaron a imaginarse a sí mismos especialmente dedicados al servicio de la divinidad, pensando que eran el verdadero «pueblo elegido de Dios». Así queda resumido en el famoso poema de Blake que instaba a los británicos a no cesar hasta que hubieran «edificado Jerusalén en el paisaje verde y placentero de Inglaterra». Como comenta Linda Colley, los protestantes británicos sabían que

estaban condenados a ser probados regularmente por períodos de extremo pecado y extremo sufrimiento, y daban por sentado que la lucha —especialmente la lucha con los que no eran protestantes— era un

derecho que les pertenecía por naturaleza. Pero también creían que con la ayuda de la Providencia podrían obtener la liberación y alcanzar la distinción. En una palabra, creían, al menos muchos de ellos, que su país era ni más ni menos que un segundo Israel, pero mejor.³⁶

De ese modo, desde la concepción de los británicos como el pueblo elegido de Dios no había más que un paso hasta el imperialismo y la anglización del mundo vistos como el destino manifiesto de Gran Bretaña.

El darwinismo social y el racismo científico (o explícito)

Sólo a partir de 1840 apareció vigorosamente en Gran Bretaña el racismo explícito (o científico). La formación de este discurso en particular comportó numerosas novedades intelectuales (ya hemos mencionado algunas). Uno de los momentos más importantes fue la publicación de la obra de Charles Darwin *Sobre el origen de las especies*, que no tardó en ser incorporada a las teorías de la sociología. No obstante, algunas de las ideas expuestas en el libro eran anteriores a Darwin, y procedían en particular de la obra de Herbert Spencer. Los conceptos de «selección natural» y de «supervivencia de los mejor adaptados» (esta última expresión fue acuñada originalmente por Herbert Spencer) fueron muy importantes a la hora de legitimar ante los occidentales la superioridad de la raza blanca. La incorporación del darwinismo a la teoría de las ciencias sociales revistió particular importancia porque «parecía acentuar la validez “científica” de la división de las razas en avanzadas y atrasadas, o europeas-arias [frente a] ... orientales-africanas».³⁷ Esta teoría fue bien acogida en los tratados del incipiente racismo explícito [científico], desarrollado por el conde Arthur de Gobineau en Francia, Robert Knox y Charles Kingsley en Gran Bretaña, Nott y Gliddon en Estados Unidos, y diversos autores en Alemania, entre ellos

Karl Vogt y el inglés de nacimiento Houston Stewart Chamberlain. Estas teorías aparecieron hacia mil ochocientos cuarenta y tantos, pero proliferaron a partir de 1850 (aunque sus raíces se hundían en el siglo XVIII).³⁸ En el contexto inglés, el racismo científico quedaba perfectamente caracterizado en uno de los personajes de la novela *Tancred* (1847) de Benjamin Disraeli, quien afirma que el triunfo histórico de Inglaterra es una

cuestión de raza. Una raza sajona, protegida por su situación insular, ha imprimido a este siglo su carácter diligente y metódico. Y cuando una raza superior, con una idea superior del Trabajo y el Orden, avanza, su posición será progresiva ... La raza lo es todo.³⁹

Por primera vez en la historia universal, se daba por sentado que el desarrollo de las sociedades debía encontrarse en las características raciales permanentes (es decir: «La raza lo es todo»). Se hacía especial hincapié —de nuevo por primera vez en la historia— en la importancia del color de la piel y en las características genéticas como criterio determinante de la civilización. Libros como *Las razas del hombre* de Robert Knox, *La evolución social* de Benjamin Kidd, o *La desigualdad de las razas* del conde de Gobineau, construyeron una división tripartita de las razas basada en el color de la piel, blanca, amarilla y negra (en correspondencia con el relato bíblico). Dicha división se concebía ahora como una jerarquía permanente y para algunos exponentes del racismo científico, aunque no para todos, justificaba el sometimiento del Otro (las razas amarilla y negra) por el Yo (los europeos). En su modalidad extrema, el racismo científico justificaba en el peor de los casos el exterminio de las razas inferiores, y en el mejor, el *apartheid* social. La entelequia racista no tardó en transmitirse al discurso imperial popular, expresado en una serie aparentemente interminable de declaraciones efectuadas por burócratas imperiales y políticos británicos. Típica es la manifestación de Joseph Chamberlain:

Creo en esta raza, la raza gobernante más grande que ha visto el mundo; en esta raza anglosajona, tan orgullosa, tan tenaz, tan resueltamente segura de sí misma, esta raza a la que ni el clima ni los cambios pueden hacer degenerar, esta raza que infaliblemente será la fuerza predominante de la historia futura y de la civilización universal.⁴⁰

Por otro lado, el imperialismo como misión civilizadora quedó convenientemente expresado en las siguientes palabras de lord Curzon: «En el imperio hemos encontrado no sólo la llave de la gloria y la riqueza, sino también la llamada del deber, y los medios de servir a la humanidad».⁴¹

Conviene señalar que el discurso racista llegó a integrarse en el derecho internacional. James Lorrimer, por ejemplo, dividía la humanidad en tres zonas: la humanidad civilizada blanca, la humanidad bárbara amarilla, y la humanidad salvaje negra.⁴² M. F. Lindley afirmaba que «los territorios atrasados abarcan las tierras habitadas por nativos situados tan bajo en la escala de la civilización como los de África central».⁴³ Y John Westlake sostenía en sus *capítulos sobre los principios del derecho internacional* (1894) que «las regiones incivilizadas de la tierra deberían ser anexionadas u ocupadas por las potencias occidentales avanzadas».⁴⁴ En efecto, el derecho internacional europeo instituyó y legitimó activamente la colonización y el imperialismo en Oriente.⁴⁵ El derecho internacional europeo permitió el imperialismo a través de su propia clasificación o construcción política de los diversos estados del mundo. De hecho, permitió una «desterritorialización» mental de los pueblos orientales. ¿Cómo lo hizo?

Los países de la Tercera División fueron etiquetados con la marca de *terra nullius*. En esencia las tierras de los «salvajes» eran concebidas como espacios vacíos o desiertos. Según la expresión típica formulada en 1874 por lord Carnarvon, la «misión de Inglaterra» evocaba «un espíritu de aventura deseoso de llenar los espa-

cios desiertos de la tierra»,⁴⁶ aunque, como señala emotivamente Edward Said, «[a los británicos] no les preocupaba que lo que en el mapa era un espacio en blanco estuviera en realidad habitado por nativos».⁴⁷ Pero naturalmente no les habría preocupado porque los nativos eran imaginados en el mejor de los casos como salvajes, y en el peor, como animales, y, por lo tanto, no tenían derecho alguno a reclamar un espacio soberano. Esta «desterritorialización mental» significaba que la dominación colonial plena era perfectamente adecuada. En contraposición con el trato dispensado a los negros salvajes y con el concepto de *terra nullius*, los «amarillos» de los países de Segunda División eran concebidos como los «pueblos caducos» y sus tierras eran imaginadas como «espacios sin fronteras». Así, dada su supuesta degeneración moral, era perfectamente apropiado que los europeos llegaran y los regeneraran de acuerdo con las líneas de la civilización occidental. No obstante, como sus territorios no habían sido declarados *terra nullius* (pero naturalmente carecían de soberanía), los europeos debían administrar el tratamiento «correctivo» no ya a través de la simple dominación colonial, sino del imperio informal. Los europeos, en cambio, disfrutaban de plena soberanía. A su vez, esta circunstancia los aislaba de la misión civilizadora británica, ya que sólo Europa contenía seres humanos civilizados, aunque, a ojos de los británicos, unos eran más civilizados que otros.

LA CONTRADICCIÓN MORAL DE LA MISIÓN CIVILIZADORA IMPERIAL

Una vez forjado el discurso del imperialismo a través de la reconstrucción de la identidad europea y de la invención racista del mundo, la empresa de la «misión civilizadora» se convirtió en un deber moral. El argumento materialista que afirma que Gran Bretaña había alcanzado el culmen del poder material y, por lo tanto, emprendió el imperialismo «porque podía» es demasiado simplista.

Pues no tiene en cuenta que fue la nueva identidad imperial británica la que añadió a ese «gran poder» una finalidad moral. Es decir, su identidad permitió a los británicos emprender el imperialismo no sólo porque «podían», sino porque creían que debían (es decir, «la Carga del Hombre Blanco»). Como señalaba agudamente Edward Said, los orientales no tenían más estatus que el de ser vistos como un problema que debía ser resuelto, preferiblemente a través de la dominación colonial. En efecto, «la propia designación de algo como “oriental” ... llevaba implícito un programa de acción ... Una vez que empezamos a pensar en el orientalismo como una especie de proyección occidental sobre Oriente y como una voluntad de gobernarlo, nos encontramos con pocas sorpresas».⁴⁸ Sin embargo, como me encargo de explicar en el capítulo XIII, nada de esto quiere decir que el poder material o los factores materiales carecieran de importancia. El poder material fue indudablemente un requisito fundamental del imperialismo británico. Pero lo que más conviene resaltar aquí es que una gran potencia se canaliza en direcciones concretas dependiendo de la identidad particular del «agente» en cuestión. ¿Cómo, pues, la identidad racista infundió en la gran potencia británica (u occidental) el objetivo moral de desembocar en el imperialismo?

El resultado de la «tabla clasificatoria de las civilizaciones» y de la invención racista del mundo fue la creencia de que Occidente era normal y avanzado, mientras que Oriente era imaginado como un universo pervertido, atrasado y bárbaro o salvaje (véase la tabla 10.1). Pero lo más importante es que la identidad occidental fue construida de tal modo que Oriente no pudiera ser tolerado debido a su supuesta perversión. Los europeos llegaron a ver el imperialismo como una «misión civilizadora» a través de la cual era un «deber moral» del hombre occidental legar a Oriente el don de la civilización. Etiquetar el imperialismo de misión civilizadora es adecuado por varias razones: en primer lugar, porque tenía por objeto civilizar y emancipar Oriente erradicando la identidad y la cul-

tura orientales y sustituyéndolas por las cualidades superiores de la civilización occidental. Y en segundo lugar, la expresión resulta útil porque, si bien el imperialismo no fue necesariamente bueno para el mundo tal como se desarrolló en realidad, los imperialistas británicos creyeron sinceramente que de hecho estaban «civilizando» o emancipando y redimiendo a Oriente. No hicieron ostentación de esta creencia para defender lo que estaban haciendo, como los materialistas dan por sentado. Parafraseando el famoso comentario de Mr. Podsnap, el personaje de Dickens, otros países no eran más que un «error». Y, en su imaginación racista, a los británicos les correspondía «corregir ese error». Los británicos no veían nada malo en ello. ¿Pues qué podía ser más noble que ayudar a los demás a gozar de los frutos de la modernidad y la civilización que sólo Occidente había creado y que sólo los británicos podían regalar, aunque los pueblos orientales fueran demasiado ignorantes o demasiado obstinados para reconocer y agradecer la generosa mano del imperio británico que se los brindaba?

Así, pues, ¿cómo debían ser tratados o administrados los pueblos orientales debido a su «perversión» (es decir, cómo se los podía hacer más «civilizados»)? La correspondiente «estrategia civilizadora» sería seleccionada según el supuesto nivel de civilización que Occidente juzgara que había alcanzado cada estado o cada pueblo oriental. De ese modo, cuanto más incivilizado se juzgara que era un pueblo o un estado, más severo debería ser necesariamente el tratamiento disciplinario con el fin de curar la dolencia perversa. Los habitantes de los países de la Tercera División (la raza de los negros salvajes), considerados apenas humanos, deberían ser tratados mediante el colonialismo y, en caso extremo, por medio del genocidio y el *apartheid* social. Los habitantes de los países de la Segunda División (la raza de los bárbaros amarillos), considerados más civilizados que los negros, pero, por desgracia, inferiores a los europeos de la Primera División, debían ser tratados por medio del «imperio informal».

La misión civilizadora británica se basó, sin embargo, en una contradicción fundamental. Por un lado, fue el medio necesario para imponer la *conversión cultural*, con la que se pretendía «elevar a los pueblos orientales» al nivel de la civilización británica. Ello exigía la transformación de las instituciones orientales y de sus prácticas culturales, económicas y políticas, con arreglo a las líneas británicas. Por otro lado, la conversión cultural fue de la mano de la estrategia de *contención*, cuya finalidad era mantener a un nivel bajo a los pueblos y las economías de Oriente. En otras palabras, la contradicción se ponía de manifiesto en el doble deseo de elevarlos por un lado (conversión cultural) y de mantenerlos por debajo (contención) por otro. Pero esta contradicción tenía una coherencia lógica dentro del discurso racista del imperio. Había dos motivos de que así fuera. En primer lugar, la misión civilizadora debía conseguir la conversión de Oriente según las pautas marcadas por Occidente para erradicar la amenaza a su identidad que Oriente planteaba con el fin de hacer a Occidente sentirse superior. Pero para seguir siendo «superior» era asimismo fundamental contener las economías orientales para evitar que supusieran un reto para la hegemonía económica de Occidente. En segundo lugar, la conversión cultural y la contención implicaban la represión de Oriente. La conversión cultural encarnaba la esencia misma del racismo implícito, según el cual la identidad y la cultura del grupo en cuestión debían ser erradicadas y reemplazadas por la cultura «superior» de la potencia imperial. De hecho, la conversión cultural es equivalente a lo que Pierre Clastres llama el «etnocidio». Esto enlazaba con la idea que se ocultaba detrás de la contención, a saber, que como los pueblos orientales eran en el mejor de los casos inferiores y en el peor infrahumanos, podían «naturalmente» ser explotados, reprimidos y utilizados al servicio de las múltiples necesidades de la «metrópoli».

El resultado de este análisis es que, si no hubiera existido el racismo y si Occidente hubiera visto a los pueblos orientales como a seres humanos iguales a él, no habría podido darse nunca el impe-

rialismo. O, como dice Edward Said, «no habríamos tenido imperio propiamente dicho sin los importantes procesos filosóficos e imaginativos que operaron en la producción y en la adquisición, en la subordinación y en la ocupación del espacio [mental]».⁴⁹ Ahora nos queda por descubrir cómo se desarrolló en la práctica la contradicción moral de la misión civilizadora imperial (cosa que veremos en la tercera sección del capítulo XI).

Capítulo XI

EL LADO OSCURO DE LA INDUSTRIALIZACIÓN BRITÁNICA Y EL MITO DEL «LAISSEZ-FAIRE»

La guerra, el imperialismo racista y los orígenes
afroasiáticos de la industrialización

Parece que Colbert ... no fue el inventor del sistema [proteccionista] ... pues ... fue elaborado plenamente por los ingleses mucho antes.

FRIEDRICH LIST

La Pax Britannica, siempre una desvergonzada falsedad, se ha convertido en un monstruo grotesco de hipocresía.

JOHN A. HOBSON

La única lección que debemos aprender es que Oriente y Occidente no son más que nombres ... El que quiera, que se conduzca con decencia. No hay ningún pueblo para el que la vida moral constituya una misión especial.

MAHATMA GANDHI

[El imperio británico fue] una magnífica superestructura de comercio americano y poderío naval [británico] sobre unos cimientos africanos.

MALACHY POSTLETHWAYT

Señalábamos en el capítulo IX que la industrialización británica ocupa un lugar especial dentro del discurso eurocéntrico de la historia universal. Señalábamos también que la clave del «Gran Salto hacia Adelante» de Gran Bretaña se encontraba en su cultura individualista basada en el propio esfuerzo, en el marco de la cual se abrió la senda de todo tipo de inventos geniales. A su vez se supone convencionalmente que ésta es una manifestación de la postura minimalista de *laissez-faire* (no intervencionista) del estado. Y ésta a su vez retroalimenta la tesis general eurocéntrica de que la industrialización británica fue un asunto puramente interno basado en un cambio autogenerado.

En el presente capítulo pongo en entredicho esta imagen presentando dos grandes temas de discusión: el primero es que el estado británico se entiende mejor como un estado despótico, intervencionista, de desarrollo tardío, que desempeñó un papel decisivo en la aparición de la industrialización. La primera y la segunda sección profundizan en este argumento aplicado a la esfera interna. Y en segundo lugar, a diferencia de la tesis eurocéntrica del cambio «autogenerado» dirigido desde dentro (la «lógica de inmanencia»), yo sostengo que la apropiación imperial racista de los recursos de Oriente supuso una contribución externa trascendental a la industrialización británica, como analizaremos en la tercera sección. De ese modo, mientras que el capítulo IX centraba su atención en la asimilación de las «carteras de recursos» chinas, en éste analizo la apropiación imperial de los recursos orientales en la historia de la ascensión de Occidente, proceso que denomino los orígenes afroasiáticos de la industrialización británica. En una palabra, la impor-

tancia de poner a Gran Bretaña la etiqueta de estado despótico y de país racista de desarrollo tardío radica en que necesariamente traslada nuestro principal punto de interés a la postura intervencionista, apropiacionista y represiva que adoptó el estado tanto en el interior como en el extranjero durante el período de industrialización.

LA GUERRA Y EL MITO DEL «LAISSEZ-FAIRE» BRITÁNICO

Cojamos cualquier manual al uso de historia económica sobre la industrialización británica y nos contará el cuento de siempre: que fue el sacroso «individualismo soberano» y no el «estadismo soberano» el que consiguió el «triunfo» de Gran Bretaña. En su encarnación liberal, esta fórmula afirma que es mejor ser gobernado por la mano invisible de la competitividad económica que por la mano visible del estado intervencionista. O, según la expresión de Dugald Stewart, resumiendo la postura de Adam Smith: «Poco más se necesita para llevar un estado desde la barbarie más infima hasta el grado máximo de opulencia, que paz, impuestos cómodos y una administración de justicia tolerable; todo lo demás se encarga de realizarlo el curso natural de las cosas».¹ En esencia, se cree que el estado británico creó las condiciones ambientales adecuadas para la conquista pacífica de la naturaleza y la «tradición» absteniéndose al mismo tiempo de intervenir en la economía (esto es, el *laissez-faire*); de ahí vendrían su triunfal culminación en la modernidad. Curiosamente, esta idea tiene una aceptación general en las diversas teorías y explicaciones de la industrialización británica.

La palabra fundamental que sustenta el concepto de *laissez-faire* es «espontaneidad». Según la expresión que daba Peter Mathias de esta opinión generalizada,

la industrialización en Gran Bretaña ... suele ser considerada, con razón, el caso clásico de desarrollo espontáneo, fundamentalmente

como reacción a las influencias del mercado y a las formas sociales e institucionales subyacentes, no organizado de manera consciente por un diseño gubernamental interesado en fomentar el crecimiento industrial. En la medida en que pudiera tener importancia el estado [británico], su principal papel consistió en institucionalizar esas fuerzas sociales y económicas subyacentes, para proporcionar una seguridad interior y exterior dentro de la cual el mercado y las fuerzas económicas ... pudieran actuar [espontáneamente]. [El estado] no pretendía dar un impulso decisivo al proceso de crecimiento industrial, configurar el desarrollo ... Le interesaba más el contexto que el proceso, regular las condiciones externas que crear las propias fuerzas internas.²

Evitar el «proceso» (la política de intervención activa del estado) e interesarse más por el «contexto» (esto es, adoptar la actitud de *laissez-faire* y proporcionar sólo las condiciones ambientales necesarias), significa que el estado proporcionara unos impuestos bajos, unos presupuestos equilibrados, el librecambio y una política exterior pacífica. Al menos ésa es la imagen habitual que asociamos con la historia británica. Pero el presente capítulo pone de manifiesto que éste es uno de los mitos más importantes de la historia universal (eurocéntrica o no), pues el intervencionismo del estado británico destacó sólo por los niveles extremadamente pronunciados que alcanzó.

La industrialización militarizada de Gran Bretaña

La imagen convencional que tenemos de la industrialización de Gran Bretaña nos hace ver que se consiguió debido a la ausencia de guerras, circunstancia que permitió a los primeros capitalistas del país prosperar y dedicarse a hacer lo que mejor sabían. Resulta, por lo tanto, sorprendente comprobar que durante la fase más importante (1688-1815), el estado británico estuvo en guerra

ni más ni menos que el 52 por 100 del tiempo. Más chocantes todavía son las cantidades de dinero gastadas en la guerra. La tabla 11.1 ofrece los datos correspondientes a la carga real que suponía la defensa, calculándose dicha carga tomando los gastos de defensa como una proporción de la renta nacional (lo que al mismo tiempo suaviza los efectos deformantes de la inflación y del crecimiento económico).

Entre 1715 y 1815 los gastos en defensa (D1) supusieron casi un 300 por 100 más que los del período 1850-1913, y sobrepasaron incluso las cantidades destinadas a esa finalidad entre 1914-1980 (en el que se incluyen las dos guerras mundiales). Particularmente curioso es que los gastos D2 entre 1715 y 1815 fueron el doble de los gastos efectuados por el estado en todos los servicios entre 1850 y 1913 y sobrepasaron considerablemente los gastos D2 correspondientes al período 1914-1980. No menos sorprendente es la tabla 11.2, en la que podemos comprobar que la carga real que supuso la defensa en Gran Bretaña durante la fase principal de la industriali-

Tabla 11.1. *Gastos reales del gobierno británico (expresados como una proporción de la renta nacional)*

	1715-1815 = 100	1715-1815 = 100	1715-1815 = 100		
	GGC	GGC	D1	D1	D2
1715-1815	20	100	11	100	18
1760-1815	23	114	13	116	21
1815-1850	14	71	5	40	12
1715-1850	17	84	7	64	14
1850-1913	9	43	3	29	5
1914-1980	33	165	8	71	12
					67

Notas: GGC = gastos del gobierno central en todos los servicios; D1 = gastos ordinarios y extraordinarios en defensa; D2 = gastos ordinarios y extraordinarios en defensa más el pago de los intereses de los préstamos destinados a defensa.

Fuente: Linda Weiss y John M. Hobson, *States and Economic Development*, Polity, Cambridge, 1995, p. 130.

Tabla 11.2. *Carga relativa (en términos reales) de la defensa de las principales potencias europeas durante sus respectivas etapas de industrialización^a*

	GB 1715-1850	Francia 1840-1913	Alemania ^b 1850-1913	Italia 1860-1913	Austria 1870-1913	Rusia 1860-1913
D1	7	3,7	3,8	3,4	3,1	4,7
D2	14	c. 4,5	3,8	c. 4,0	c. 3,5	c. 6,5

Notas: ^a Nótese que las fechas de industrialización aquí reseñadas son sólo aproximadas.

^b Datos prusianos correspondientes a 1850-1871. Nótese que los gastos D1 y D2 alemanes son los mismos porque no pudo deducirse el pago de los intereses. No obstante, los gastos D1 sólo están ligeramente inflados.

Fuente: Cálculo a partir de las fuentes incluidas en Linda Weiss y John M. Hobson, *States and Economic Development* (Cambridge: Polity, 1995), pp. 284-290.

zación sobrepasó significativamente la de todas las grandes potencias europeas durante sus correspondientes fases. En una palabra, es Gran Bretaña y no la autocrática Rusia ni la autoritaria Alemania la que más fielmente se ajusta a la idea de «industrialización militarizada».

La deuda nacional más alta del mundo

La idea popular es que una de las mayores contribuciones realizadas por el estado liberal británico fue la consecución del equilibrio presupuestario. Semejante opinión es un mito, pues entre 1688 y 1815 la deuda pública acumulada se situó en un gigantesco 180 por 100 de la renta nacional.³ El volumen de la deuda nacional británica puede apreciarse si lo comparamos con la de diversos países que convencionalmente se piensa que estaban sumamente endeudados. La deuda nacional zarista en 1914 alcanzaba el 47 por 100 de la renta nacional y la de la Alemania guillermina se elevaba al 9 por 100 en 1913.

Otra comparación significativa es que en 1990 el nivel de la deuda federal de Estados Unidos era el 59 por 100 de la renta nacional.⁴

Impuestos elevados e injustos

Se supone que el estado británico mantuvo bajos los impuestos (para permitir a los capitalistas ahorrar, invertir y acumular riqueza), y que mantuvo un reparto bastante equitativo de las cargas fiscales para no penalizar a las masas. Se trata de un dato trascendental, porque se nos dice que los estados intervencionistas de desarrollo tardío y despóticos tienden a cobrar unos impuestos sumamente regresivos (es decir, impuestos indirectos), que penalizan a los grupos de rentas más bajas, con el fin de obtener un excedente que pueda ser utilizado para facilitar la inversión industrial.

Resulta sorprendente comprobar, por tanto, que los impuestos regresivos (esto es, las cargas fiscales indirectas) suponían poco menos del 10 por 100 de la renta nacional británica entre 1715 y 1815. Esa cifra era inferior a la de la autocrática Rusia (8 por 100) durante su fase de industrialización y también a la de la China Ming y Ch'ing (véase el capítulo III). Y durante el período 1715-1815 los impuestos indirectos británicos supusieron el 66 por 100 de los ingresos del gobierno central, mientras que los directos sólo equivalieron al 18 por 100. No menos significativo es que el aumento de los impuestos aplicados a los grupos de renta más baja en Gran Bretaña fue superior a sus ganancias, mientras que durante la autocracia zarista el aumento de la renta de los campesinos fue superior al crecimiento de las cargas fiscales que se les aplicaron.⁵

Por otro lado, los impuestos indirectos estuvieron íntimamente vinculados al despotismo, el militarismo y el proteccionismo británico.

El sistema británico de protecciónismo nacional: despotismo, militarismo y sistema fiscal regresivo

La imagen convencional que tenemos de Gran Bretaña durante su industrialización es que era un país cosmopolita o liberal, el país del librecomercio por excelencia. Indudablemente fue la derogación de las Leyes del Grano de 1846 la que creó esta imagen. Pero el problema inmediato que se plantea es el de la cronología: el librecomercio sólo llegó al final del proceso de industrialización. Extrapolar este dato y proyectarlo al pasado para atribuir el lustre del *laissez-faire* al estado británico durante el período de industrialización constituye un anacronismo. La tabla 11.3 nos explica por qué, poniendo al mismo tiempo de manifiesto que los aranceles británicos destacaron por sus altos niveles y por el hecho de que fueron superiores a los de todos los demás países europeos durante sus respectivos períodos de industrialización. De hecho, los niveles britá-

Tabla 11.3. *Niveles arancelarios medios durante la etapa de industrialización de algunos países europeos^a*

GB 1700-1799	GB 1800-1845	Francia 1840-1913	Alemania ^b 1850-1913	Austria-Hungria 1860-1913	Italia 1860-1913	Rusia 1870-1913
27	40	10	7	12	11	26

Notas: ^a Nótese que todas las cifras corresponden al nivel medio de los aranceles aplicados a *todas* las importaciones (y no sólo a las importaciones sujetas a derechos de aduana), y se calculan considerando la proporción de aranceles cobrados como un porcentaje de todas las importaciones.

^b Datos prusianos correspondientes a 1850-1871.

Fuentes: Gran Bretaña: Weiss y Hobson, *States*, p. 124. Alemania y Rusia: Hobson, *Wealth of States*, pp. 284-290. Francia: J. V. Nye, «The Myth of Free Trade Britain and Fortress France: Tariffs and Trade in the Nineteenth Century», *Journal of Economic History* 51 [1] (1991), 26. Austria-Hungria e Italia: Brian R. Mitchell, *International Historical Statistics: Europe, 1750-1993* (Macmillan, Londres, 1998).

nicos durante la fase de industrialización alta (1800-1845) fueron unas seis veces superiores a los del estado alemán, supuestamente protecciónista, durante su período de industrialización, y una vez y media más altos también que los de Rusia (que habitualmente se supone que fue el país de Europa cuya industrialización más dependió del protecciónismo).

La escalada de los niveles arancelarios de Gran Bretaña a partir de 1790 y especialmente a partir de 1815 resulta muy significativa por dos motivos. En primer lugar, se produjo en un momento en el que el crecimiento económico no sólo estaba aumentando, sino «despegando» (véase la siguiente sección). Y en segundo lugar, hace que resulte problemática la tesis tradicional que afirma que a partir de 1800 Gran Bretaña encabezó la marcha hacia la liberalización arancelaria, hasta tal punto que la derogación de las Leyes del Grano en 1846 se hizo inevitable. Sin embargo, el incremento de los aranceles a partir de 1815 «se agudizó tanto en volumen y por sus consecuencias ... que prácticamente constituyeron un sistema nuevo». ⁶ De ese modo, entre 1800 y 1809 la media de los aranceles se incrementó hasta un notable 36 por 100; subió al 44 por 100 entre 1810 y 1819, y alcanzó su punto más alto, un 55 por 100, entre 1820 y 1829. No obstante, todavía entre 1830 y 1839 los niveles arancelarios medios se situaban en el 38 por 100. Esta última cifra resulta significativa porque en ningún momento llegó ningún otro país europeo a cobrar unos aranceles tan altos durante su fase de industrialización. Por otra parte, en 1840 había no menos de 1.146 artículos sujetos al pago de aranceles.

Significativamente, al más puro estilo «despótico» la política arancelaria tenía una profunda motivación militar, en el sentido de que el estado esquilmbaba la economía en general y a las masas en particular con el fin de extraer impuestos indirectos sobre el comercio con los que financiar el militarismo británico. El cobro de aranceles equivalía al 2,6 por 100 de la renta nacional y al 37 por 100 de los gastos de defensa (D1) entre 1715 y 1790. Los aranceles

volvieron a subir para financiar las guerras napoleónicas, situándose al nivel del 3,8 por 100 de la renta nacional y del 25 por 100 de los gastos de defensa (D1) entre 1790 y 1815. De nuevo volvieron a subir progresivamente a partir de 1815 para ayudar a financiar los enormes intereses de la deuda nacional, que había aumentado como consecuencia del constante militarismo de los 120 años anteriores. Entre 1815 y 1850 los ingresos arancelarios suponían el 4,6 por 100 de la renta nacional y el 70 por 100 del pago de la media de los intereses anuales (mientras que el pago de los intereses se llevaba poco más del 50 por 100 de los gastos del gobierno central). Por otra parte, incluso entre 1850 y 1913 el cobro de aranceles regresivos suponía el 2 por 100 de la renta nacional y permitía sufragar casi un 60 por 100 de los gastos de defensa.

En el proceso de financiación del militarismo británico eran gravadas con aranceles casi un 60 por 100 de las materias primas, muchas de las cuales eran componentes importantísimos de la industria británica. Esto a su vez encarecía el precio de los productos británicos de exportación, haciéndolos menos competitivos en el extranjero. Para apaciguar a los industriales directamente perjudicados por los aranceles a los que estaban sujetos muchos componentes de la industria, el estado creó un complejísimo sistema de medidas reguladoras, que constaba de subvenciones, descuentos y rebajas. Al final, el sistema de normas reguladoras proteccionistas se complementó con nuevas tandas de regulaciones. Y a aquella multitud de medidas proteccionistas vino a sumarse todavía otro conjunto de normas reguladoras en la forma de Leyes de Navegación. En una palabra, es evidente que lo que estuvo a la orden del día durante la revolución industrial británica fueron las medidas reguladoras, no el *laissez-faire*.

También cabe señalar que en un aspecto fundamental el año 1846 no supuso un giro de Gran Bretaña hacia el librecambio. Los aranceles habían alcanzado la cota sustancial del 20 por 100 entre 1846 y 1860, permanecieron al nivel nada despreciable del 10 por

100 entre 1860 y 1879, y sólo bajaron a un modesto 6 por 100 en el período 1880-1913. Es cierto que a partir de 1846 la mayor parte de esas importaciones sujetas al pago de aranceles no eran producidas en Gran Bretaña (de ahí que tuvieran poco sentido proteccionista). Pero el hecho trascendental es que tuvieron unas repercusiones sumamente negativas sobre los productores coloniales (véase más adelante) y sobre los consumidores británicos de clase trabajadora. Por otra parte, los ingresos procedentes de los impuestos progresivos sobre las propiedades y la renta sólo sobrepasaron de forma continuada a los generados por los aranceles a partir de 1911. Curiosamente, en su estudio ya clásico *Imperialism*, mi bisabuelo John A. Hobson afirmaba con razón que el militarismo y el imperialismo en el continente se beneficiaron de los impuestos indirectos y del proteccionismo arancelario.⁷ De lo que no se dio cuenta, sin embargo, fue de que la misma conclusión habría sido igualmente válida para Gran Bretaña hasta 1911. En efecto, durante la fase más importante de la industrialización (y después) fueron sobre todo las masas carentes de derechos políticos las que pecharon con la mayor parte de la carga fiscal impuesta por el militarismo y el proteccionismo británico.

La idea casi universal de que el estado británico o la Pax Britannica estimularon activamente a la Europa continental a adoptar el librecambio también requiere ser revisada. Si por algo destacaron las actitudes británicas en la promoción del librecambio en el continente fue por su indiferencia. En primer lugar, en Europa el librecambio no se alcanzó realmente a mediados del siglo XIX. En efecto, en 1875 (en el momento culminante de la «era de la liberalización») la media de los niveles arancelarios sobre los productos manufacturados se situaba en el 10 por 100 en Europa y en el 14 por 100 si contamos también con Estados Unidos. Lo más que podríamos decir es que fue una era de «cambio más libre» (o mejor dicho, una era de proteccionismo moderado). Y en segundo lugar, Europa tendría que esperar al Tratado Cobden-Chevalier de 1860

antes de empezar a avanzar hacia ese «cambio más libre». En efecto, fue Francia la que asumió un papel particularmente destacado en la promoción de esta nueva actitud.⁸ Curiosamente, Richard Cobden rechazó en un principio la propuesta de Chevalier. Y más curioso todavía es que Cobden

seguía siendo de la opinión de que debía dejarse a las naciones adaptar su política fiscal [comercial] a sus intereses, sin dejarse coartar por pactos y tratados con otros países, y de que Gran Bretaña en particular, tras adoptar el librecambio, debía evitar cualquier acuerdo arancelario con otros países.⁹

También resulta particularmente irónico que William Gladstone no pusiera reparos a la conclusión del tratado con Francia en 1872. Su actitud fue representada por lord Lyons, «quien dijo al duque de Broglie que Gran Bretaña estaba harta de tratados comerciales, y que creía en la libertad que tenía cada país de poner sus propios aranceles, supeditada únicamente a la seguridad del comercio británico».¹⁰ Si eso significaba aranceles más bajos, habría resultado ventajoso; si no, habría sido perjudicial. Por otra parte, hablando de Gladstone, sir Louis Mallet «observaba que nunca había servido a un gobierno tan poco amigo o incluso tan hostil a “la política de librecambio en sentido lato” [y se quejaba de que el gobierno] había echado en realidad por tierra toda su labor en el Departamento de Comercio».¹¹

Una prueba de esta indiferencia, si no hostilidad, hacia la promoción del libre comercio europeo la encontramos en dos hechos bien sencillos: en primer lugar, Gran Bretaña no hizo nada para detener la tendencia continental al restablecimiento del proteccionismo a partir de 1877-1879. En cualquier caso, su postura comercial unilateral perjudicó su capacidad de frenar el proteccionismo continental, lo mismo que la perjudicó el débil carácter institucional del llamado régimen de comercio internacional británico. Y en se-

gundo lugar, lo cierto es que el gobierno británico había negociado sólo muy pocos tratados con otras potencias continentales durante la llamada era del librecambio. Pues bien, en la década de 1860 Italia negoció veinticuatro de esos tratados, Bélgica y Francia diecinueve cada una, Alemania dieciocho, Austria-Hungría catorce, y Gran Bretaña ocho.

En resumen, la caracterización que se hace convencionalmente de la industrialización británica como un fenómeno basado en el *laissez-faire* es, aunque absolutamente generalizada, un puro mito. Los impuestos, los aranceles, el déficit presupuestario, la deuda nacional y los gastos militares de Gran Bretaña destacaron sólo por sus altos niveles. La cuestión que se impone ahora es la siguiente: ¿Fue todo ello una coincidencia o existió una relación causal entre esos niveles tan acusados de intervención estatal y la industrialización? La siguiente sección se decanta por la relación causal.

LA GUERRA, EL DESARROLLO TARDÍO Y EL ESTADO INTERVENCIÓNISTA DESPÓTICO

El militarismo, el estado intervencionista y la creación activa de capital financiero

El desarrollo del capital financiero se basó fundamentalmente en las políticas activas del estado británico, emprendidas en gran medida para sufragar el militarismo británico. Debido a la escalada de los gastos militares a partir de 1688, los sucesivos gobiernos se vieron obligados a recurrir a préstamos. Para obtener los préstamos necesarios el estado se vio obligado a fomentar la «revolución financiera».¹² En 1694 se creó el Banco de Inglaterra, con el fin específico de organizar los préstamos de guerra del estado en el mercado de capitales de Londres. Los bonos del gobierno durante el

siglo XVIII en sentido lato (1688-1815) constituyeron una importante vía de escape para el capital de la City de Londres. Por otra parte, las numerosas entidades capitalistas de la City y los beneficios encubiertos facilitaron la industrialización y aseguraron una balanza de pagos positiva. En efecto, esos beneficios encubiertos tuvieron una importancia trascendental, ya que entre 1796 y 1931 la balanza comercial fue deficitaria año tras año.¹³ Esta situación no sólo contrasta notablemente con los históricos superávits comerciales de China, sino que cabe señalar además que durante todo el siglo XIX Gran Bretaña nunca estuvo cerca de igualar ni la cuota de China en la producción mundial de artículos manufacturados ni la cuota de este mismo país en la producción mundial en general correspondiente al período comprendido entre 1750 y 1830.¹⁴

El estado británico intervino también con el fin de establecer un mercado de capitales integrado, de nuevo persiguiendo en gran medida objetivos fiscales y militares.¹⁵ Durante las guerras napoleónicas el estado creó la Bolsa de Londres con el propósito de racionar la venta de los bonos del gobierno. Al mismo tiempo este acontecimiento estimuló el desarrollo de los bancos regionales. En definitiva, no cabe duda de que la deuda nacional británica fue uno de los principales impulsores de las finanzas públicas y privadas durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX. Y en ningún terreno se puso tan de manifiesto este hecho como en la política implícita de «ahorro forzoso».

Militarismo, despotismo y ahorro forzoso

Analizo aquí la política británica de «ahorro forzoso» (asociada tradicionalmente con los régimes autocráticos o con el estalinismo). Este tipo de política exige del estado el cobro de impuestos muy altos a los grupos de rentas más bajas con el fin de obtener ingresos suficientes para invertirlos en la industrialización. La di-

ferencia evidente que existe entre los programas británicos y los estalinistas estriba en que el estado soviético invertía directamente esos ingresos, mientras que el británico los invertía indirectamente. En el fondo, el estado británico repartía los fondos obtenidos de las clases consumidoras pobres entre los inversores financieros ricos, que luego utilizaban ese dinero para invertir en la economía.

Ya hemos señalado anteriormente que el estado británico financió buena parte de sus gastos militares con préstamos contratados en el mercado de capitales de Londres. Esencialmente el estado pagaba el interés a los inversores financieros ricos con los impuestos indirectos regresivos cobrados principalmente a los grupos de rentas más bajas, redistribuyendo así los ingresos procedentes de los pobres (consumidores) entre los más ricos (ahoradores e inversores). Yo calculo que casi el 80 por 100 de todos los préstamos se consiguió en el mercado de capitales de Londres (el 20 por 100 restante se obtuvo en el de Amsterdam).¹⁶ Esto significa que casi el 80 por 100 del total de los intereses pagados por el estado fue a parar directamente a los inversores financieros de la City de Londres. Dado el carácter regresivo del sistema fiscal, doy por sentado que entre el 50 y el 60 por 100 de los intereses fueron pagados por los grupos de rentas más bajas. Partiendo de esta base, calculo que durante el período 1715-1850 alrededor de un 5 por 100 de la renta nacional fue transferida de los consumidores pobres de clase trabajadora o de clase media baja a los inversores financieros ricos. Se trata de unas cantidades enormes (equivalentes casi al doble de los gastos realizados por Gran Bretaña en materia de defensa entre 1850 y 1913). Por otro lado, las cantidades redistribuidas durante las guerras napoleónicas se situaron apenas por debajo del 9 por 100 de la renta nacional (lo que, según un experto, permitió que se doblara el nivel de las inversiones privadas).¹⁷ No es de extrañar que el siglo XVIII fuera testigo de una drástica reducción del consumo, al tiempo que los ahorros y la inversión experimentaban un in-

crecimiento considerable, contribuyendo así al aumento del crecimiento económico.¹⁸

Parece evidente, pues, que el estado llevó efectivamente a cabo una política de ahorro forzoso aparentemente muy rentable. Esta conclusión supone todo un vuelco de la idea convencional y contradice la postura de Peter Mathias, según el cual «el estado hizo en realidad muy poco por promover ... la inversión [o] por movilizar el capital hacia la inversión capitalista ... [ya fuera directa o] indirectamente».¹⁹

Las cantidades de dinero redistribuidas fueron realmente asombrosas. Casi el 40 por 100 del total de los impuestos recaudados por el gobierno central fue redistribuido y pasó de manos de los pobres a manos de los ricos (lo que contrasta con las cantidades redistribuidas por los estados del bienestar keynesianos durante la posguerra).

Proteccionismo arancelario y desarrollo tardío

La política protecciónista británica estuvo relacionada también con el proceso de desarrollo tardío. La postura tradicional da por supuesto que Gran Bretaña fue un «país de desarrollo temprano» y que gozó de las «ventajas del pionero», es decir que no tuvo que hacer frente a una competencia económica significativa por parte de países extranjeros y, por lo tanto, no se vio obligado a adoptar una política estatal intervencionista y protecciónista. Pero lo cierto es que Gran Bretaña sí tuvo que hacer frente a la competencia extranjera, especialmente en los sectores fundamentales de la industria, a saber, el algodonero y el siderúrgico. En efecto, a partir del siglo XVII el país se vio inundado de tejidos indios de calidad superior y bajo precio.

La industria algodonera británica se desarrolló a la manera típica de los países de desarrollo tardío por medio de una «industriali-

zación basada en la sustitución de las importaciones» (y por medio de la esclavitud; véase la tercera sección del capítulo).²⁰ La importación de indias estampadas quedó prohibida en dos fases, en 1701 y en 1721. Por otra parte, al estilo clásico de los países de desarrollo tardío, los británicos copiaron y perfeccionaron las tecnologías y técnicas indias con objeto de reducir los costes y mejorar la competitividad.²¹

O como atinadamente dice Braudel, frente a aquella inundación de telas provenientes de la India,

el primer paso que dio Inglaterra fue cerrar sus fronteras a los tejidos indios durante la mayor parte del siglo XVIII ... Luego intentó conquistar para sí aquel mercado tan beneficioso, algo que sólo podía conseguir efectuando drásticas reducciones de la mano de obra. Seguramente no es ninguna coincidencia que la revolución de las máquinas comenzara en la industria algodonera.²²

En particular, la competitividad superior de la India estimuló la «inventión» de la máquina de hilar de Wyatt y Paul (1738), la hiladora hidráulica de Arkwright (1767), y la selfactina de Crompton (1779), que permitieron la producción de una cantidad de hilaza capaz de igualar la de la India.²³ Se produjo además la transmisión directa y la emulación consciente de los productos y de las técnicas de la India, particularmente en lo tocante al proceso de teñido de las telas.²⁴

Aun así, hasta la década de 1840 los británicos no lograrían igualar la calidad de los estampados indios que podía apreciarse en sus *bandannas* (pañuelos de seda). La otra gran industria británica, la del hierro, experimentó una evolución similar. Como señalamos en capítulos anteriores, el hierro y el acero británicos siguieron siendo inferiores a los producidos en la India hasta bien entrado el siglo XIX. Pero gracias al establecimiento de elevados aranceles a las importaciones de hierro de la India y luego con la imposición

del librecambio dentro del país, los británicos lograron tomar la delantera (véase más adelante).²⁵ De ese modo, la protección de las dos industrias clave de Gran Bretaña resultó decisiva para que pudieran tener alguna oportunidad de crecimiento frente a la mayor competitividad de Oriente.

No menos significativo en este sentido es el hecho de que el gobierno británico aprobara una especie de «política comercial estratégica» (asociada habitualmente con los países de reciente industrialización, Corea del Sur, Taiwán y Japón después de 1945).²⁶ Este tipo de política exige que el estado conceda ventajas fiscales a los industriales que exporten sus productos. A partir de 1721 el estado británico fomentó intencionadamente las exportaciones haciendo descuentos en las materias primas importadas a los industriales que exportaban sus productos manufacturados acabados. Por otra parte, fueron abolidos los impuestos a las exportaciones y sustituidos por subvenciones, gracias a las cuales las exportaciones de tejidos británicos resultaban más competitivas a escala global.

También resulta interesante comprobar que los porcentajes de la producción industrial británica exportada a partir de 1750 fueron similares a los de Corea del Sur durante su período de «industrialización orientada a la exportación».²⁷

Así pues, hemos visto que, a diferencia de lo que dicen las explicaciones al uso, el estado británico llevó a cabo un programa sumamente intervencionista y represivo que facilitó de modo significativo la industrialización a costa de la clase trabajadora (ésta sería la dimensión doméstica del lado oscuro de la industrialización británica).

Ahora me ocuparé de sacar a la luz ese lado oscuro en el contexto global. Al mismo tiempo, esa revelación comporta la falsificación de la tesis general eurocéntrica que afirma que la industrialización británica fue un proceso interno basado en el cambio autogenerado.

RACISMO, INDUSTRIALIZACIÓN Y CONTRADICCIONES MORALES DE LA MISIÓN CIVILIZADORA IMPERIAL BRITÁNICA

Si el capítulo IX trataba de la importancia de la asimilación de las «carteras de recursos» chinas en el nacimiento de la industrialización británica, esta sección se centra en la apropiación imperial-racista de los recursos orientales que permitió el progreso de Gran Bretaña. Fernand Braudel apuntaba a los orígenes externos —concretamente imperiales— de la industrialización británica formulando una fascinante interrogación retórica:

Si el pequeño continente europeo se desprendiera y quedara flotando entre los mares y las inmensas tierras de Asia, desaparecería de la vista ... Sería de todo el mundo de donde [Gran Bretaña] extrajera entonces una parte considerable de su fuerza y su poderío. Y fue esa aportación extraordinaria lo que permitió a los [británicos] alcanzar [nuevas] cotas a la hora de abordar las tareas que les salieron al paso en la senda hacia el progreso. Sin esa ayuda constante, ¿habría sido posible la revolución industrial [de Gran Bretaña] —la clave de su destino como nación— a finales del siglo XVIII? Sea cual sea la respuesta que den los historiadores a esta pregunta, no tenemos más remedio que plantearla.²⁸

Yo doy una respuesta afirmativa a la pregunta de Braudel. Subrayo además el hecho de que el imperialismo fue fruto del «racismo implícito» de la identidad británica elaborada durante los siglos XVIII y XIX (véase el capítulo X). Por otra parte, mi estudio considera el impacto cultural del imperialismo sobre las sociedades orientales no sólo importante, sino a menudo más importante incluso que el impacto económico (aunque con ello no pretendo disminuir el carácter perjudicial de ese impacto económico). No obstante, esta sección —al igual que las dos últimas— está decididamente en oposición a la historia económica liberal que ha intentado prescindir

dir por completo de esa aportación externa a la industrialización británica. Resulta interesante citar aquí la reafirmación del eurocentrismo que efectúa Patrick O'Brien en respuesta al planteamiento de Braudel:

A Braudel le encantaban las grandes preguntas, pero los lazos que unen la economía mundial con la revolución industrial no son lo bastante fuertes como para debilitar seriamente el «consenso eurocéntrico» vigente hoy día, según el cual las principales fuentes de aquélla se encontrarían dentro, no fuera del continente ... Para la historia de la industrialización europea (e-incluso británica) las «perspectivas del mundo» frente a Europa resultan menos significativas que las «perspectivas de Europa» frente al mundo.²⁹

Esta sección aporta pruebas empíricas detalladas que ponen de manifiesto los orígenes afroasiáticos de la industrialización británica, reafirmando así las «perspectivas del mundo» de Braudel.

Las contradicciones del librecambio imperial: contención frente a conversión cultural

En el capítulo X señalábamos que la «misión civilizadora» imperial comportaba una contradicción fundamental, a saber, la de que la conversión cultural tenía por objeto «elevar a los pueblos de Oriente» a los niveles de la civilización británica (la parte civilizadora de la misión), mientras que la estrategia de contención implicaba mantener sus economías a un nivel bajo. Se señaló también que paradójicamente esta contradicción era una emanación lógica del discurso racista de imperio elaborado por Gran Bretaña. En efecto, ambas corrientes confluyan en la medida en que eran las vías a través de las cuales debía ser glorificada la civilización británica. Así pues, la conversión cultural (etnocidio o erradicación de

la identidad y cultura oriental) servía para este fin porque implicaba la occidentalización o anglización del mundo. Y la contención garantizaba que la economía británica siguiera sin ser puesta en entredicho como principal potencia del mundo. Éste es el argumento que constituye el núcleo de nuestro análisis.

Acaso la contradicción moral de la misión civilizadora no resulte en ninguna parte más evidente que en la política de librecambio. La teoría afirma que el librecambio es una fuerza civilizadora. Según Adam Smith y David Ricardo, el librecambio era bueno precisamente porque se basaba en las ideas del «esfuerzo personal», la «especialización» y la «ventaja relativa» a escala nacional. Era un proceso civilizador porque el libre comercio obligaría a los pueblos orientales a desarrollar de manera intensiva sus economías a través del esfuerzo personal individualista y del «trabajo duro», el leitmotiv de la civilización avanzada. Resulta interesante en este sentido la relación existente entre esfuerzo personal individualista y protestantismo. Pues como nos decía Samuel Smiles, «el cielo ayuda al que se ayuda a sí mismo». La ideología del librecambio se propagó rápidamente por la sociedad británica. Richard Cobden, por ejemplo, es bien conocido por la propaganda que hizo del mensaje del libre comercio como «la gran panacea que, al igual que un benéfico descubrimiento médico, serviría para inocular la riqueza y un salvífico gusto por la civilización en todas las naciones del mundo».³⁰ O, como decía en una carta a Dufour, «el librecambio es la diplomacia de Dios, y no existe ningún otro modo seguro de unir a las gentes en los lazos de la paz».³¹ Y luego está, por supuesto, el epígrafe del doctor John Bowring que dice: «Jesucristo es el librecambio y el librecambio es Jesucristo».³² En una palabra, el librecambio era uno de los medios definitivos de llevar al mundo el maná de la civilización occidental, y de paso llevarse a Occidente los frutos de Oriente. Esta teoría era coherente con el deseo británico de convertir culturalmente a Oriente según las pautas occidentales. No obstante, dada la supuesta cortedad de vista de los gober-

nantes orientales, naturalmente se dejaba en manos de los británicos, caracterizados por su mayor longitud de miras, propagar el librecambio a lo largo y ancho del mundo en beneficio de todos; ése era, en efecto, su «deber moral». Pero semejante principio chocaba con el de «contención», otro aspecto más oculto del imperialismo, que a su vez se basaba en diversas manifestaciones del hábito racista de usar doble rasero.

La conversión cultural y la contención de Oriente por medio del imperialismo librecambista se pusieron de manifiesto de varias maneras. En primer lugar, estaba la imposición de tratados inicuos, vehículo a través del cual los británicos «difundirían el don de la civilización». Esos tratados fueron «concedidos» a numerosos países «no occidentales», entre otros Brasil (1810), China (1842-1858), Japón (1858), Siam (1824-1855), Persia (1836, 1857), y el Imperio otomano (1838, 1861). Los tratados en cuestión arrebataban a los países su autonomía arancelaria y en general limitaban los derechos aduaneros a un máximo del 5 por 100. La primera manifestación del uso racista del doble rasero la encontramos en el hecho de que durante la llamada época del librecambio de mediados de siglo XIX, los estados europeos estuvieron sometidos a «tratados de reciprocidad» negociados libremente entre las «partes contratantes». Esta situación contrasta con los tratados «de puertas abiertas» impuestos a los países de Oriente (principalmente a los países de Segunda División). Por otra parte, la indiferencia británica por la difusión del librecambio en Europa contrasta curiosamente con su imposición de este sistema por la fuerza en los países «no europeos». Y más en general, la pasividad militar de Gran Bretaña ante la Europa continental a partir de 1815 contrasta curiosamente con el frecuente recurso que hizo a la violencia en Oriente.³³ Otra manifestación del uso racista de un doble rasero en este terreno lo encontramos en que, mientras que las economías europeas se industrializaron por medio del proteccionismo arancelario —en efecto, Gran Bretaña gozó de unos derechos aduaneros de no menos del 32 por 100 por

término medio entre 1700 y 1850—, las economías orientales se vieron obligadas a pasar directamente al comercio libre o casi libre. Esta circunstancia sirvió para contener sus economías, por cuanto les negaba la oportunidad de crear sus propias industrias.

Resulta especialmente importante subrayar aquí que la imposición de tratados inicuos no se basó en un principio puramente económico, sino que por otra parte constituyó un expediente más general por medio del cual los británicos intentaron imponer la conversión cultural. Los perjuicios que causó esta política fueron a menudo más graves que los de la contención económica. Podríamos decir que el aspecto más ofensivo de los tratados inicuos radica en su desprecio general a la soberanía y la autonomía cultural de Oriente. Tomemos como ejemplo el caso de China. Las guerras del opio y los consiguientes tratados impuestos por Gran Bretaña se revelaron una simple cuña para dejar a China expuesta al asalto cultural de los británicos a la identidad del país. Han sido calificados de «inicuos» principalmente por tres razones. En primer lugar, China no accedió a ellos y en último término fueron impuestos por el poderío militar de Gran Bretaña y de Occidente. En segundo lugar, vinieron dictados únicamente por los intereses occidentales, en detrimento de la soberanía y la autodeterminación cultural de China. Y en tercer lugar, simbolizaron la sensación de humillación e injusticia de China.

Son básicamente tres los aspectos del impacto negativo que tuvo sobre China el imperialismo británico en el ámbito cultural y en el político. En primer lugar, a través de los tratados inicuos la soberanía china se vio fundamentalmente agredida por la imposición a punta de pistola de la «extraterritorialidad», es decir de la idea de que todos los residentes extranjeros, y no sólo los diplomáticos, aunque vivieran en China, estarían sometidos sólo a sus propias leyes occidentales. Con este fin se crearon diversas «concesiones» (es decir, zonas destinadas a los extranjeros sometidos a la ley británica). Y esta situación fue justificada por el derecho internacional

occidental porque China era considerada un país incivilizado y, por consiguiente, no soberano. En efecto, los británicos se negaron obstinadamente a tratar como iguales a los chinos. Según declaraba el duque de Argyll en tiempos de la segunda guerra del opio,

es el colmo del absurdo hablar como si estuviéramos ligados a los chinos por las mismas normas que regulan las relaciones internacionales en Europa ... Sería una locura por nuestra parte dejarnos atar por ese código a un pueblo bárbaro que lo desconoce y que, de conocerlo, no lo respetaría.³⁴

Cabe señalar aquí también que la extraterritorialidad fue impuesta al Imperio otomano, a Tailandia y a otros muchos países, con el pretexto de que tampoco ellos habían superado la «prueba de civilización».

En segundo lugar, el sistema de los tratados inicuos también supuso una agresión a la soberanía china debido a la costumbre británica de obligar a los chinos a aceptar una administración extranjera de algunos departamentos clave de la burocracia, como, por ejemplo, los servicios postales, las aduanas de los puertos o algunas agencias tributarias (por ejemplo, el cobro de la gabela o impuesto sobre la sal). La primera vez que los británicos se hicieron cargo de las Aduanas Portuarias Imperiales (API) fue en 1853, cuando los cónsules ingleses de Shanghai decidieron cobrar los derechos aduaneros. Más tarde, en 1863, Robert Hart fue nombrado jefe de las API, lo que supuso un control pleno por parte de los británicos. Naturalmente, el hecho de que el gobierno chino no pudiera imponer su propia política de comercio exterior supuso una afrenta gravísima a su soberanía y a su independencia.

La tercera afrenta a la autonomía cultural china por medio de los tratados inicuos consistió en la insistencia de los británicos en la abolición de la reverencia de respeto. Aunque no tuviera un impacto económico concreto, ésta fue entre todas las exigencias britá-

nicas la más humillante y la que tuvo unas repercusiones más visibles. Supuso hacer añicos toda la estructura normativa social y moral en la que se basaban el estado y la sociedad china. Como veíamos en el capítulo III, antes del siglo xix, China había desarrollado su propia «norma de civilización», basada en la reverencia respetuosa. La reverencia al emperador equivalía a reconocer formalmente a China como el Reino Medio superior. Pero, como hemos visto, era una «entelequia defensiva» destinada a mantener la legitimidad interna de las instituciones chinas frente a la invasión extranjera y la ocupación «bárbara». Sin embargo, a partir del siglo xvi resultaría cada vez menos eficaz frente a los desafíos europeos. Dichos desafíos comenzaron con la controversia de los ritos en 1645, fueron subiendo después de tono hasta el incidente de lord Macartney en 1793 (cuando el aristócrata inglés se negó a hacer la reverencia protocolaria) y culminaron con su abolición en 1873. Este hecho supuso la mayor humillación de China, pues en la práctica hizo añicos todo su sistema internacional de legitimidad, y de paso también el nacional. Por otra parte, la humillación cultural se manifestó de múltiples maneras, de las cuales el ejemplo más notorio tal vez sea el hecho de que los británicos colocaran a la entrada del campo de deportes de Shanghai (actualmente el parque Huangpu) unos carteles que decían: «No se permite la entrada de perros ni de chinos». Sólo tenemos que imaginarnos cómo habrían reaccionado los ingleses si los chinos hubieran ocupado St. James's Park (en las inmediaciones del palacio de Buckingham) y hubieran colocado un cartel diciendo: «No se permite la entrada de perros ni de británicos».

Pero volviendo al análisis general, hubo una segunda estrategia de contención imperial íntimamente relacionada con la de conversión cultural que comportaba la imposición del librecambio como medio de desindustrializar las diversas economías coloniales. Y nos encontramos así con una tercera manifestación del uso racista de doble rasero; pues mientras que la política de librecambio era vendida como un medio de ayudar a las colonias o de civilizarlas,

sus consecuencias fueron fomentar la economía británica a expensas de las orientales. Un ejemplo notable en este sentido lo tenemos en el modo en que se socavó o desindustrializó la economía india. En efecto, después de apoyarse durante el siglo XVII en las manufacturas de algodón procedentes de la India, el gobierno británico respondió a comienzos del siglo XVIII (como ya hemos señalado) imponiendo elevados aranceles a las importaciones indias. Más tarde, en el siglo XIX, los británicos se aseguraron de que el mercado indio quedara desprotegido (mediante la imposición del librecambio). A petición de Lancashire, entre 1882 y 1894 se abolieron los derechos aduaneros que gravaban las importaciones de algodón a la India (después de ser reducidos al 5 por 100 entre 1859 y 1882). La aplicación del doble rasero y el trato hipócrita dispensado a la India en el caso del algodón resultan muy llamativos. Pues mientras con un pie se pisoteaba el sistema de manufactura del algodón impidiendo su crecimiento (mediante la aplicación de elevados aranceles en Gran Bretaña), con el otro se catapultaban hacia la India las manufacturas británicas sin el menor obstáculo. Aquél fue uno de los «tiros libres directos» más injustos que se permitieron los británicos. Y esta constatación nos lleva a considerar la táctica que Ha-Joon Chang, siguiendo a Friedrich List, llama la «patada a la escalera».³⁵ Como decía en un principio List,

el librecambio va en interés de Gran Bretaña como medio de asegurar su supremacía industrial ... Se trata de una triquiñuela muy habitual consistente en que cuando [alguien] ... ha alcanzado la cúspide de la grandeza, dé una patada a la escalera por la que ha subido para privar a los demás del medio de subir por donde él lo ha hecho. En eso radica el secreto de la doctrina cosmopolita de Adam Smith y del ... gobierno británico.³⁶

Pero, contradiciendo a List, esa estrategia no tenía por objeto ayudar a Gran Bretaña a mantener la delantera sobre los demás paí-

ses del continente europeo, pues los sucesivos gobiernos ingleses hicieron muy poco por fomentar o mantener el libre comercio en Europa. Pretendía más bien mantener la primacía de Gran Bretaña sobre las economías orientales, pues fue sólo fuera de Europa donde los británicos impusieron el librecambio.

De ese modo, mientras que durante el siglo XVII la economía británica fue importadora neta de productos textiles indios, en 1815 Gran Bretaña exportaba aproximadamente 250 millones de metros de algodón por valor de unos 40 millones de libras esterlinas, mientras que en 1874 exportaba 3.500 millones de metros por un valor aproximado de 190 millones.³⁷ En 1873 el 40 o 45 por 100 del total de las exportaciones británicas de tejidos de algodón iba a parar a la India.³⁸ De ese modo, después de exportar durante mucho tiempo productos manufacturados de algodón a Gran Bretaña, a mediados del siglo XIX la India se había convertido en un país proveedor de algodón en rama para la industria de Lancashire, que a su vez exportaba el producto acabado a la India. En una palabra, el coste social del avance de la industria textil británica fue la desindustrialización de la India.³⁹ Como explicaba cierto estudioso británico del siglo XIX,

de no haber existido esos impuestos y esos decretos de prohibición, las fábricas de Paisley y Manchester habrían tenido que cerrar ... Fueron creadas gracias al sacrificio del fabricante indio ... El fabricante extranjero empleó el brazo de la injusticia política para mantener sometido y en último término estrangular a un rival con el que no habría podido competir en pie de igualdad.⁴⁰

Más o menos cabe decir lo mismo de la industria siderúrgica (durante el siglo XIX), de la cual la economía india había sido uno de los principales productores del mundo. Como indica agudamente Felipe Fernández-Armesto, tras señalar la superioridad del desarrollo industrial de la India antes de la dominación imperial británica,

con una exactitud rara en la historia, el hundimiento industrial [la desindustrialización] de la India coincidió con el establecimiento de la dominación o hegemonía británica ... Se impediría la competitividad potencial de su economía. Ningún episodio sería más decisivo en el vuelco que experimentó el equilibrio de los recursos mundiales que este giro efectuado en las fuentes del poderío [británico].⁴¹

Y como señalaba Friedrich List, esa relación de «libre» comercio entre Gran Bretaña y la India fue en último término una relación de «intercambio inicuo», en la medida en que condenaba al país asiático a permanecer en un estadio de producción agrícola y de materias primas, socavando de paso sus perspectivas de desarrollo industrial.⁴²

En definitiva, pues, la política comercial del Imperio británico comportaba la contradicción moral existente entre la conversión cultural y la estrategia de contención, que iba en beneficio de Gran Bretaña y en detrimento del interés económico y la dignidad cultural de Oriente. Por otra parte, se planteó el mismo problema cuando los británicos intentaron movilizar a los pueblos y las economías de Oriente para «propagar el don de la civilización» a todo el mundo.

El racismo y la mercantilización de Oriente: los orígenes afroasiáticos de la industrialización británica

Convencidos de su superioridad, los británicos consideraron perfectamente lícito desmembrar y reorganizar Oriente en aras de sus necesidades económicas. Aquella postura no era sólo una manifestación de una superioridad militar o de un mayor poderío económico en términos materiales, sino que en último término emanaba de una actitud patriarcal y racista frente a la raza «negra» y la raza «amarilla»: en la mentalidad británica constituía todo un axio-

ma la idea de que no debían ser tratadas como iguales. Como decía Charles Kingsley, claro exponente del racismo científico, en el típico estilo del darwinismo social,

toda nación capaz de producir mucho más de cuanto basta a sus necesidades, tiene el deber moral de subvenir a las necesidades de otros con su excedente ... [L]a especie humana tiene derecho a exigir ... o bien que cada pueblo desarrolle las capacidades de su país, o bien que haga sitio a los que puedan desarrollarlas.⁴³

Y como dice Pierre Clastres:

Eso explica por qué no podía darse un respiro a las sociedades [orientales] que abandonaban el mundo a su serena productividad original. Eso explica por qué era intolerable, a ojos de los occidentales, el despilfarro que representaba la no explotación de aquellos recursos inmensos. La opción que se dejaba a aquellas sociedades planteaba un dilema: o dedicarse a la producción o desaparecer, o etnocidio [esto es, la conversión cultural] o genocidio.⁴⁴

Paradójicamente, pues, «propagar el don de la civilización» comportaba la mercantilización de las tierras, la mano de obra, los mercados y los recursos de Oriente. Pues si los habitantes de las colonias no contribuían a la civilización, era indudable que los británicos se encargarían de movilizarlos. Y es ahora cuando llegamos al meollo del aspecto apropiacionista de la historia.

La manifestación última de la actitud de racismo implícito que caracterizó a los británicos la tenemos en la mercantilización de la mano de obra negra a través de la esclavización. Fue la esclavización de los negros y de los africanos en general lo que permitió la industrialización británica, y lo hizo al menos por siete grandes conductos. La primera de estas aportaciones la encontramos en los beneficios generados por el tráfico de esclavos. Stanley Engerman y Roger Anstey descartan esta tesis alegando que los beneficios del

tráfico de esclavos fueron pequeñísimos, si los consideramos en proporción a la inversión o a la renta nacional (se trata del llamado argumento de las «pequeñas proporciones»).⁴⁵ Sin embargo, al comentar los datos de Engerman, Barbara Solow sostiene que en el año 1770 «los beneficios del tráfico de esclavos constituyen ... casi el 8 por 100 del total de la inversión, y el 39 por 100 de la inversión en los sectores del comercio y la industria. Tales proporciones no tienen nada de pequeñas, sino que son enormes».⁴⁶ Basándose siempre en las comparaciones, la profesora Solow pasa a afirmar que en Estados Unidos de 1980, la proporción del total de los beneficios de las empresas en el ámbito nacional respecto a la inversión privada se elevaba a casi el 40 por 100. Por otra parte, ninguna industria norteamericana acapara hoy día por sí sola ni siquiera el 8 por 100 del total de la inversión. Y como sostiene William Darity, los beneficios procedentes del tráfico de esclavos en 1784-1786 respecto al total de la inversión británica triplicaban con creces la cantidad que representa la industria automovilística norteamericana respecto al total de la inversión de Estados Unidos unos doscientos años después.⁴⁷

No obstante, los cálculos que efectúa Roger Anstey de los beneficios del tráfico de esclavos son incluso más moderados que los de Engerman. Sus datos sugieren que esos beneficios suponían un simple 0,11 por 100 de la renta nacional, «cifra lo bastante ridícula como para echar por tierra el mito de la importancia vital del tráfico de esclavos para la financiación de la revolución industrial británica».⁴⁸ Pero, mira por dónde, lo que ensombrecen estas cifras es el hecho de que el argumento de las «pequeñas proporciones» valdría también para los niveles de inversión de capital en las industrias algodonera y siderúrgica (que fueron los motores de la industrialización británica). En efecto, los niveles de inversión dentro de estas dos industrias (en concomitancia con los exagerados cálculos aproximados de la renta nacional que efectúa Anstey para facilitar la comparación) correspondieron en cada caso a más o menos el

0,22 por 100 de la renta nacional en el período 1780-1800. Recordemos también que Liverpool se encontraba a un tiro de piedra de la industria algodonera de Lancashire, que proporcionaba una salida fácil para parte del capital acumulado. Curiosamente, y dando por supuesto una tasa de ahorro del 7 por 100 de la renta nacional, Anstey llega a la conclusión de que los beneficios del tráfico de esclavos habrían supuesto un incremento de la inversión total de un insignificante 0,11 por 100. Pero esta cifra no refleja con exactitud la relación existente entre los beneficios y la inversión, que debió de ser mucho más elevada. Si suponemos que el 50 por 100 de los beneficios fueron a parar a la industria algodonera, con ellos se habría costeado entre el 25 y el 30 por 100 de la inversión total en este sector, cifra que habría más bien en favor de la tesis de las «grandes proporciones».

De un modo u otro, el problema inmediato que acarrea este debate es que estima las consecuencias de la esclavitud de los negros en la industrialización británica sólo en función de los beneficios del tráfico de esclavos. De ese modo se da por sentado sin más que si los beneficios del tráfico de esclavos fueron insignificantes para la industrialización británica, por la misma razón también resultó insignificante para ella la esclavitud. Sin embargo, semejante postura pasa por alto las numerosas aportaciones realizadas por la producción basada en el trabajo de los esclavos negros, cuyos beneficios y ganancias fueron significativos para la industrialización británica al menos por otros seis conductos. En definitiva, todos estos datos hablan en favor de la necesidad de sustituir el argumento eurocéntrico de las «pequeñas proporciones» por la tesis de las «grandes proporciones».

Una segunda contribución africana sería la que supuso la reinversión de los beneficios generados por la explotación de la mano de obra negra por los británicos que poseían plantaciones en las Américas. A partir de 1750 fueron muchas las plantaciones trabajadas por esclavos negros pertenecientes a terratenientes británicos

absentistas. Esto significaba que las sustanciosas ganancias obtenidas por medio de las exportaciones coloniales encontraron una vía directa de salida en la industria británica. Y, mira por dónde, a finales del siglo XVIII los ingresos procedentes de las fincas de las colonias equivalían aproximadamente al 50 por 100 de la inversión bruta británica.⁴⁹ Teniendo en cuenta que gran parte de dichos beneficios habrían sido invertidos en la industria británica, por sí solos habrían constituido un componente importantísimo de la industrialización. Por otra parte, en 1770 sólo las ganancias generadas por la exportación de productos provenientes de las Indias Orientales suponían el 38 por 100 del total de la inversión privada británica o un 2,5 por 100 de la renta nacional.⁵⁰ Esto significa que habría bastado un simple 15 por 100 de esta suma para financiar la inversión de toda la industria algodonera británica (es decir, estaríamos ante la tesis de las «grandes proporciones»).

Una tercera contribución africana la encontramos en el hecho de que en 1801, por ejemplo, la renta neta generada por las exportaciones británicas sostenía a casi la mitad de la mano de obra no agrícola de Inglaterra y Gales.⁵¹ Teniendo en cuenta que casi el 60 por 100 de ese comercio afectaba por aquel entonces a las regiones de América basadas en el trabajo de los esclavos y a África, este dato significa que los consumidores y esclavos negros sostenían a casi una tercera parte del total de la población trabajadora no agrícola de Inglaterra y Gales. Sólo esto habría supuesto una contribución importantísima. Por otra parte, si los trabajadores ingleses y galeses sostenidos por los negros reinvertían el 8 por 100 de sus ingresos (la tasa media de ahorro nacional por persona), sólo con eso se habría sufragado poco menos de la mitad de la inversión total destinada a la industria algodonera, otro dato más a favor de la tesis de las «grandes proporciones».

Una cuarta contribución especial de los esclavos negros a la industrialización británica fue la que supuso el aprovisionamiento de materias primas procedentes de las colonias atlánticas. No debe-

mos olvidar que a finales del siglo XVIII la proporción de bienes de consumo y materias primas producidas por africanos en las Américas ascendía al 83 por 100 del total (y seguía siendo un 69 por 100 en 1850). Destaca sobre todo en este sentido el suministro de algodón en rama que era producido en las Américas casi exclusivamente por esclavos negros africanos.⁵² No obstante, Engerman sosténía que el valor bruto del rendimiento del tráfico de esclavos constituyó una proporción insignificante de la renta nacional británica (argumento de las pequeñas proporciones). Pero recordemos que sin el algodón en rama producido por los esclavos, la industria algodonera británica habría sido incapaz de desempeñar el papel primordial que desempeñó en la industrialización en términos generales. Significativamente, Kenneth Pomeranz señala que cuando las exportaciones de algodón producido por los esclavos en Estados Unidos se interrumpieron en 1861 y 1862 (durante la guerra civil americana), el consumo británico de algodón descendió en un 55 por 100 y los precios se doblaron. En un solo año, las fábricas de Lancashire redujeron su mano de obra a la mitad y muchas empresas fueron a la bancarrota.⁵³ Curiosamente, los británicos respondieron a esta situación recurriendo al suministro de algodón en rama egipcio (que vendría a sumarse a las importaciones de algodón indio), continuando así con su dependencia de la mano de obra africana negra.

En quinto lugar, el tráfico de esclavos y el rendimiento de la producción realizada por mano de obra esclava contribuyeron en grandísima medida al fomento de las finanzas británicas. El Barclays Bank y el Lloyds Bank se enriquecieron a costa en parte de esos beneficios (lo mismo que otros bancos más pequeños).⁵⁴ Las instituciones financieras británicas recibieron un fuerte impulso de las enormes necesidades crediticias (y de seguros) de los esclavistas y propietarios de plantaciones británicos. Según Joseph Inikori, las primas de seguros al tráfico de esclavos y al comercio con las Indias Orientales llegaron a suponer el 63 por 100 del total del

mercado de seguros marinos de Gran Bretaña.⁵⁵ Ya señalamos anteriormente que el mercado de capitales de Londres colocó enormes cantidades de dinero en bonos del gobierno durante la fase de industrialización. Por otra parte, indicamos también que fueron sólo los succulentos beneficios encubiertos los que permitieron a Gran Bretaña mantener un superávit de la balanza de pagos durante los siglos XVIII y XIX. Y, mira por dónde, durante la principal etapa de la industrialización la mayoría de esos beneficios encubiertos procedieron del sistema comercial atlántico. Sorprendentemente, Inikori formula de manera implícita la tesis de las «grandes proporciones» cuando dice:

En vista de lo grandes que fueron los préstamos de guerra contraídos por el gobierno [a través del mercado de capitales de Londres], daría la impresión de que, por término medio, las transacciones anuales en documentos mercantiles (letras de cambio y bonos de empresa) realizadas en Londres fueron mayores que las realizadas en obligaciones del estado durante ese período [1700-1850] ... La mayor parte de las letras de cambio que circulaban en los centros mercantiles y fabriles de las provincias y de Londres, lo mismo que los bonos de empresa, procedía directa e indirectamente del tráfico de esclavos trasatlántico y del comercio basado principalmente en productos americanos obtenidos mediante el uso de mano de obra esclava.⁵⁶

Una sexta contribución de los africanos a la industrialización británica se manifiesta en los beneficios totales obtenidos gracias a las exportaciones de Gran Bretaña a las colonias de su imperio. Por ejemplo, en 1784-1786 esos beneficios equivalieron a un 55 por 100 del total de la inversión bruta británica o a un 64 por 100 del total de la inversión privada (aproximadamente un 80 por 100 de esa cifra correspondería al comercio con África y las Américas).⁵⁷ La importancia de este dato se pone de manifiesto por el hecho de que las cantidades invertidas en la industria algodonera supusieron sólo

un 4 por 100 del total de la inversión bruta de Gran Bretaña. De ese modo, habría bastado aproximadamente un 9 por 100 de los beneficios procedentes del comercio triangular para costear la inversión total de la industria algodonera. Evidentemente esa cifra del 9 por 100 supone una burda infravaloración de las cantidades derivadas de ese comercio que presumiblemente habrían sido invertidas en la industria británica en general. Y no menos importante es otro dato que debemos señalar, a saber, que los beneficios totales del comercio imperial constituyeron mucho más del 55 por 100 del total de la inversión bruta de Gran Bretaña. Ello se debe a que muchas de las exportaciones destinadas a Europa suponían en realidad la reexportación de productos coloniales de importación (procedentes principalmente de las colonias que utilizaban esclavos negros). Lo que significa este dato, por tanto, es que financiar la industria algodonera británica habría supuesto bastante menos del 9 por 100 de los beneficios derivados del comercio triangular (tal vez un simple 6 por 100). Por otra parte, enlazando con el segundo punto expuesto anteriormente, si sumamos los beneficios procedentes de las fincas coloniales a los generados por el comercio con las colonias, obtendríamos una cantidad suficiente para financiar la *totalidad* de la inversión nacional bruta de Gran Bretaña a finales del siglo XVIII. Una vez más, este dato viene a reforzar mi tesis de las «grandes proporciones».

Por último, una séptima contribución de los africanos la encontraríamos en el hecho de que el sistema de comercio triangular no sólo proporcionó grandes beneficios, sino que generó también una demanda enorme de productos británicos de exportación, sin la cual la industrialización británica se habría visto significativamente mermada. Si por un lado estos mercados fueron muy importantes para numerosas industrias, por otro lado fueron también esenciales para el desarrollo de los importantísimos sectores siderúrgico y algodonero.⁵⁸ En este sentido fueron trascendentales las Leyes de Navegación. Estas normas —impuestas por un decreto del gobier-

no absolutamente racista— crearon un sistema monopolístico sumamente protegido destinado a privilegiar específicamente a los mercaderes británicos a expensas de los pueblos de Oriente. Para honra suya, Adam Smith calificó estas leyes de meras «insignias impertinentes de esclavitud». En particular, las Leyes de Navegación quedaron integradas en el sistema comercial de las colonias británicas, un elemento decisivo del cual era el comercio triangular. Significativamente las Leyes de Navegación y el sistema colonial garantizaron un mercado monopolístico para las exportaciones británicas precisamente en un momento en el que los niveles de la demanda interna estaban disminuyendo (esto es, cuando la demanda total interna atravesaba por un período de contracción). De ese modo, al tiempo que las exportaciones industriales de Gran Bretaña subieron a más del 150 por 100 entre 1700 y 1770, el mercado interno se incrementó sólo en un 14 por 100. Por otro lado, los mercados europeos también estaban agotándose, y así la cuota británica del comercio de productos manufacturados destinado a Europa bajó del 84 por 100 (1700) al 45 por 100 (1773), y por fin al 29 por 100 (1855). En cambio, la cuota del comercio de Gran Bretaña destinado a las colonias americanas y africanas creció del 12 por 100 (1700) al 43 por 100 (1773). Y si tenemos en cuenta todas las colonias, la proporción de productos manufacturados británicos exportados subió del 14 por 100 de 1700 al 55 por 100 de 1773 y al 71 por 100 de 1855.⁵⁹ En efecto, incluso algunos autores eurocéntricos se han visto obligados a reconocer que el crecimiento de las posesiones coloniales (especialmente en América y en las Indias Occidentales) explica buena parte del incremento de las exportaciones inglesas.⁶⁰ El punto principal en este sentido es que esos mercados absorbieron buena parte del incremento (tal vez el 70 por 100) de la producción industrial británica en ascenso durante la etapa trascendental que supuso el siglo XVIII.⁶¹

No obstante, en un famoso artículo suyo Patrick O'Brien reafirmaba el eurocentrismo desdeñando el papel del sistema comercial

colonial en el desarrollo de la industrialización europea. Sostenía que para el conjunto de Europa el comercio con la «periferia» fue insignificante, pues supuso sólo el 1 o 2 por 100 de la renta nacional europea.⁶² De esa manera, pues, con semejante argumento eurocéntrico se borra o se oculta el lado oscuro de la industrialización europea. Pero desde luego en el contexto británico, el argumento de O'Brien resulta problemático. Aunque reconoce que la cifra en cuestión subestima el caso de Gran Bretaña, llega a la conclusión de que incluso en este país los beneficios procedentes del comercio con la «periferia» fueron insignificantes.⁶³ En cambio, según las estimaciones que yo he realizado sólo para el período 1750-1800, calculo que el comercio británico con la «periferia» supuso aproximadamente el 15 por 100 de la renta nacional. Se trata de una cifra enorme. Y durante el siglo XIX, creció todavía más, situándose hacia 1855 en un increíble 34 por 100 de la renta nacional (lo que supondría más del 900 por 100 de las partidas destinadas a la defensa británica entre 1850 y 1913). Por otra parte, sólo dentro del sistema comercial triangular esa cifra se situó en cerca del 12 por 100 de la renta nacional británica entre 1750 y 1800.

Paradójicamente, Patrick O'Brien y Stanley Engerman vienen a apoyar mi tesis.

En un artículo conjunto del año 1991, ambos autores concluían que

los navieros británicos dominaron el negocio del transporte de esclavos de África al Nuevo Mundo. Sin la mano de obra forzada o a bajo coste de los africanos, la tasa de crecimiento del comercio transnacional entre 1660 y la abolición del tráfico de esclavos [en 1807] habría sido mucho más lenta ... Se hace difícil vislumbrar una vía de desarrollo alternativa, que hubiera sido capaz de elevar el comercio internacional y el británico al nivel alcanzado a comienzos del siglo XIX.⁶⁴

Y además, rechazando el habitual argumento falaz de Ricardo (véase la conclusión en la siguiente sección), llegan a sostener que, de manera más general, el comercio imperial constituyó un factor decisivo del fomento de la industrialización británica.

En definitiva, pues, no tiene uno por qué suscribir completamente la tesis expuesta por Eric Williams en su obra ya clásica *Capitalism and Slavery*, para afirmar que los consumidores y productores africanos y los esclavos negros desempeñaron un papel activo y trascendental en la industrialización británica. Por otra parte, cabe señalar que la esclavización de los negros se vio complementada por la mercantilización de otros pueblos orientales a través, entre otros medios, de los contratos de trabajo a cambio de la manutención, para que subviniieran a las necesidades de la industrialización británica. Particular importancia tuvo el trabajo en estas condiciones de chinos y especialmente indios. Estos últimos fueron destinados a diversos centros de producción coloniales repartidos por todo el mundo, especialmente a las islas Mauricio, donde producían el azúcar con el que, entre otras cosas, se endulzaba el té indio que los británicos se habían acostumbrado a tomar últimamente.

Resumiendo el sistema de los contratos de trabajo a cambio de la manutención, Ronald Hyam señala que

era, pues, un sistema que implicaba el traslado de grandes cantidades de mano de obra, de manera bastante parecida al esclavismo atlántico, y que reproducía muchos de los rasgos de éste. La mortalidad durante los prolongados viajes a las Indias Occidentales era tremenda, y las condiciones de las plantaciones eran espantosas. Los británicos, sin embargo, insistieron en convencerse a sí mismos ... de que era un sistema aceptable: era defendido como un sistema necesario, y no «incivilizado» como la esclavitud. En consecuencia, fue la mano de obra india la que creó buena parte de la riqueza ultramarina del imperio explotando las materias primas de los Trópicos.⁶⁵

Análogamente, muchas economías de Oriente fueron mercantilizadas y reorganizadas para suministrar productos primarios y materias primas al servicio de las necesidades de la industrialización británica. Y una vez más esta labor se imaginó como un proceso civilizador. Lo que cabe señalar aquí es que los británicos estaban ansiosos por superar el inveterado déficit comercial con los chinos que había permitido la constante salida de oro y plata de Gran Bretaña. Una de las formas en que se consiguió este objetivo fue mediante la creación de nuevas fuentes de aprovisionamiento de té. Con esta finalidad, fueron «reorganizadas» ciertas regiones de la India para cultivar té en ellas. Mientras que en 1850 todo el aprovisionamiento de té de los británicos venía de China, al cabo de apenas cincuenta años el 85 por 100 de este producto era importado de la India. Pero el arma más importante que permitió a los británicos invertir su déficit comercial fue la exportación de opio a China. Después de haberse apoyado en el opio turco desde finales del siglo XVIII, los británicos reorganizaron algunas regiones de la India como fuente de aprovisionamiento de opio. Esta decisión resultó especialmente útil, pues los consumidores chinos preferían el opio indio al turco. En 1828 el opio indio suponía el 55 por 100 de las exportaciones británicas a China (aunque el estado chino había prohibido oficialmente su consumo). Y cuando, como es lógico, el comisario Lin intentó frenar el tráfico de drogas en 1839, los británicos utilizaron esta medida como pretexto para desencadenar las guerras del opio. Por estas vías tan retorcidas los británicos lograron invertir su histórico déficit comercial con China. Pues el hecho es que sólo mediante la introducción de drogas en China (con el apoyo del poderío militar británico) y el consumo de té indio en Inglaterra, pudo invertirse el flujo de metales preciosos hacia China.

Análogamente, muchas otras partes del mundo fueron convertidas en centros de producción de materias primas al servicio de la economía británica. Ante todo y sobre todo, las colonias americanas fueron reorganizadas para abastecer a Gran Bretaña de produc-

tos de importación que permitieran el «ahorro de tierras». Como señala Eric Jones, «la expansión de la Gran Frontera [es decir, las Américas] en su totalidad podría considerarse una ampliación del “terreno fantasma” de Europa». ⁶⁶ La expresión «terreno fantasma» se refiere a la cantidad de tierra de la que los británicos habrían tenido que disponer en su país para obtener una producción equivalente. Según ciertos cálculos muy precisos basados en las exportaciones de azúcar, algodón y madera procedentes del Nuevo Mundo, Pomeranz llega a la conclusión de que se habrían necesitado para ellas entre 11 y 12 millones de hectáreas.⁶⁷ Estos datos nos llevan a postular que, sin esos productos de importación que permitían el ahorro de tierras, para obtener una producción equivalente los británicos habrían tenido que triplicar la cantidad de tierras que explotaban. En consecuencia, sin esa aportación de las colonias, los británicos se habrían visto obligados a dedicar de nuevo a la agricultura la mano de obra empleada en la industria. Y dadas las considerables dimensiones de ese terreno fantasma, es posible que, en su ausencia, la industrialización británica se hubiera visto seriamente comprometida.

Por si fuera poco, la agricultura del África Occidental fue reorganizada para producir aceite de palma, cacao, oro y caucho para subvenir a las necesidades de la economía británica. También Australia era importante, y fue reorganizada para suministrar una gran proporción de la lana necesaria en Gran Bretaña. Mientras que en 1824, el 2 por 100 de las importaciones de lana británica procedía de Australia, esa cifra aumentaría al 40 por 100 en 1860 y al 67 por 100 en 1866.⁶⁸ También muchos otros países fueron reorganizados. Y el resultado final, por lo que a los intereses británicos se refiere, es reflejado en tono corrosivo por W. S. Jevons en su libro titulado *The Coal Question* (1865):

Las llanuras de Norteamérica y Rusia son *nuestros* campos de cereales; Chicago y Odesa *nuestros* graneros; Canadá y el Báltico

son *nuestros* bosques madereros; Australasia contiene *nuestros* rebaños de ovejas, y en Argentina y las praderas del oeste de Norteamérica se crían *nuestras* manadas de reses; Perú nos envía su plata, y el oro de Sudáfrica y Australia fluye hacia Londres; los hindúes ... cultivan té para nosotros, y *nuestras* plantaciones de café, azúcar y especias están en todas las Indias ... y *nuestros* campos de algodón, que durante mucho tiempo ocuparon el sur de Estados Unidos, ahora se extienden por doquier en las zonas cálidas de la Tierra ... [L]as distintas regiones del globo [son] *nuestras* obsequiosas tributarias.⁶⁹

Pero por lo que respecta a las colonias, el efecto final de toda esta situación no fue tanto la conversión de sus economías y su «ascenso al nivel» de la civilización británica, sino más bien su contención. Como señalaba atinadamente Alec Hargreaves a propósito de las colonias europeas, a pesar del principio de conversión cultural (la «misión civilizadora»),

no produjeron calcos de las economías industriales de Europa. Por el contrario, las colonias siguieron siendo predominantemente agrícolas. No tenían que competir con el sistema industrial de Europa, sino sostenerlo mediante el aprovisionamiento de productos alimenticios y materias primas y suministrando mercados para los productos manufacturados.⁷⁰

Este comentario nos remite de nuevo a Friedrich List. Pues era esa relación asimétrica lo que constituía el problema del «intercambio inicuo» precisamente porque condenaba a los productores de las colonias a un estadio de producción de productos agrícolas o primarios y materias primas que excluía cualquier avance hacia la industrialización.

Por último, debemos reiterar el argumento expuesto anteriormente, esto es que a pesar del impacto económico degenerativo que tuvo el imperialismo sobre el imperio, el impacto cultural fue a me-

nudo mucho más perturbador. Ya toqué en el capítulo VIII el trato deshumanizador del que fueron objeto los esclavos negros de África. Más arriba he analizado también brevemente el impacto cultural negativo del imperialismo británico en relación con China. Pero tenemos un ejemplo particularmente sangrante en el caso de Australia, donde los aborígenes se enfrentaron a un ataque cultural y existencial en toda regla a partir de que diera comienzo la colonización blanca en 1788. Vale la pena exponer aquí unos cuantos puntos sumarios.

En primer lugar, al cabo de cien años de colonización británica habían perecido no menos de 20.000 aborígenes en las luchas de la frontera.⁷¹ Hay además pruebas concluyentes que sugieren que en Tasmania se recurrió a la «solución final».⁷² Como es natural, los aborígenes pasaron a considerar el desembarco de James Cook en Australia en 1788 no la colonización gloriosa ni el descubrimiento inicial que habría de celebrarse anualmente el día de la fiesta nacional de Australia, sino simple y llanamente una invasión. No obstante, se perdieron muchas vidas a consecuencia de las enfermedades importadas de Europa. Sorprendentemente, al cabo de cien años de colonización blanca, la tasa de mortalidad de los aborígenes se situaba entre el 80 y el 90 por 100, cifra que puede compararse con la tasa de mortalidad de los nativos americanos al cabo de un siglo de colonización española. Y para calificar la experiencia de los aborígenes algunos autores australianos no han dudado en utilizar el término «holocausto».⁷³ Aun así, la incipiente ideología racista de los británicos veía en ella algo perfectamente natural y adecuado. Pues, en palabras de Edward Curr, superintendente de la Compañía de la Tierra de Van Diemen, «en el orden de las cosas está que, a medida que avanza la civilización, *haya que* exterminar a las naciones salvajes».⁷⁴

En segundo lugar, tras la violencia se oculta otra historia que, según varios autores australianos, cabría calificar de genocidio «pacífico».⁷⁵ Este fenómeno supuso la destrucción intencionada de

la cultura, el legado y la identidad de los aborígenes. En particular conviene señalar a este respecto la historia de las «generaciones robadas», es decir los niños aborígenes que fueron transferidos a la fuerza a «guardianes» blancos con la intención expresa de que dejaran de ser aborígenes. Esta práctica comenzó durante los primeros años de la colonización y continuó hasta mediados del siglo xx.⁷⁶ Naturalmente, en su época se creía que se trataba de un deber civilizador, que ofrecía a los niños un futuro mejor. Pero lo que se trataba simplemente de un futuro blanco segregado de un pasado aborigen. Por último, pero no por ello menos importante, los aborígenes fueron segregados por medio del *apartheid* social—siendo establecidos en «colonias» situadas en la periferia de las ciudades blancas. Las condiciones reinantes en esos campamentos se ha dicho que eran «comparables a las existentes en las instituciones penitenciarias o los sanatorios mentales, con superintendentes blancos que tenían un control absoluto sobre la vida cotidiana de los aborígenes internos».⁷⁷ Y numerosos testimonios de esos nativos los califican de «campos de concentración». Así, pues, tras los datos abstractos que hablan de la reorganización de Australia como país exportador de lana a la madre patria se oculta una historia sombría, una historia que indica lo que debió de significar y lo que debió de parecerles a los aborígenes la misión civilizadora en la «siniestra» avanzadilla colonial establecida en «el culo del mundo».

CONCLUSIÓN: ¿FUERON EL INTERVENCIONISMO ESTATAL Y EL IMPERIALISMO BRITÁNICO UN DESPILFARRO DE DINERO?

Nada de esto quiere decir que esos niveles tan acusados de intervencionismo estatal en el interior por un lado, y de intervencionismo imperial por medio de la apropiación de los recursos orientales de Oriente por otro, fueran la única causa de la industrialización británica. Lo que sí quiere decir es que todos estos factores desem-

peñaron un papel muy importante en ella. No obstante, los especialistas en historia económica de tendencia liberal desdeñan semejante tesis afirmando que los gastos en materia de defensa y en las colonias y las políticas intervencionistas del estado sirvieron sólo para cometer un «error en la destinación» de los recursos británicos, produciendo de paso resultados económicos inferiores a los deseados. Pues bien, sin ellos, continúa diciendo la tesis liberal o ricardiana, por lo demás absolutamente falaz, habría habido unos niveles todavía más altos de crecimiento económico interno.⁷⁸ Semejante tesis borra u oculta eficazmente el lado oscuro de la industrialización y, consciente o inconscientemente, preserva la imagen moralmente limpia de la industrialización británica, tan cara a ciertos autores eurocéntricos, particularmente a los de tendencias liberales. Tomemos ambas categorías, la del intervencionismo estatal y la del colonialismo, con el fin de efectuar una valoración crítica de esta tesis.

El primer punto que debemos señalar es que este planteamiento falaz nos dice simplemente lo que podría haber ocurrido en ausencia del intervencionismo estatal, pero no nos explica lo que sucedió realmente. El hecho es que el «despegue» de la economía británica se produjo en una época en la que los gastos militares, la deuda nacional, los impuestos y los aranceles alcanzaron unos niveles increíblemente elevados. De ese modo, aun cuando el crecimiento económico hubiera sido más acusado en ausencia del intervencionismo estatal, subsiste el hecho de que el despegue de la economía británica vino de la mano de ese grado tan acusado de intervención. Aun así, el canon liberal tiene un defecto que vale la pena señalar, a saber, el de que los liberales estarían dispuestos a admitir que el intervencionismo estatal podría tener unos efectos económicos positivos en una situación de escasa demanda agregada interna. El intervencionismo estatal es provechoso cuando en el interior no existe una vía de absorción de una producción superior. Vale la pena señalar ese defecto porque en el siglo XVIII se produjo efectivamente una es-

casez de demanda agregada interna en forma de «depresión keynesiana».⁷⁹ Acaso fuera una falacia más adecuada sostener que el «verdadero» coste del intervencionismo estatal podría haber sido a lo sumo la no industrialización de la economía británica, o, como mínimo, un ritmo de desarrollo mucho más lento y prolongado.

Los liberales además plantean dos grandes falacias con el fin de empequeñecer el innegable papel del imperialismo en la industrialización británica. En primer lugar, postulan que, fueran cuales fuesen los beneficios económicos que representara el imperio para Gran Bretaña, fueron superados con creces por los exorbitantes gastos militares que supuso la defensa imperial. De ese modo, si no hubiera habido imperio —dicen—, la economía británica habría sido incluso más productiva, pues de ese modo habría aumentado la tasa de ahorro (o, según J. A. Hobson, habría recibido un gran impulso la demanda agregada interna). Lance Davis y Robert Huttonback afirman que entre 1860 y 1912, el contribuyente británico era el que más cargas fiscales soportaba en toda Europa, ascendiendo a una media de 1,14 libras los impuestos dedicados a la defensa (que habría que comparar con las 0,86 pagadas por los franceses y las 0,75 pagadas por los alemanes).⁸⁰ Señalan también que los gastos británicos en materia de defensa se dividían en «defensa nacional» y «defensa del imperio». Sugieren que si Gran Bretaña hubiera abandonado sus colonias, el contribuyente británico podría haber visto aliviada su carga fiscal en un 30 por 100 aproximadamente, lo que habría supuesto un aumento mucho mayor de las tasas de ahorro y de inversión.

El principal problema de este argumento es que medir los gastos en materia de defensa en una sola moneda no revela cuál era la verdadera carga fiscal que suponían y, por lo tanto, no nos dice nada acerca de las verdaderas posibilidades de pagarlos. Para eso se necesita calcular los gastos en materia de defensa como una proporción de la renta nacional. Según mis estimaciones, la media de las verdaderas cargas fiscales en materia de defensa de las princi-

pales potencias entre 1870 y 1913 es la siguiente: Gran Bretaña, 3,2 por 100; Alemania, 3,8 por 100; Francia, 4,0 por 100; Rusia, 5,1 por 100; y Japón, 8,2 por 100.⁸¹ Y nótense que un diferencial del 1 por 100 de la renta nacional es sumamente significativo. Evidentemente, el contribuyente británico soportó una presión fiscal no ya muy alta, sino muy baja. Y lo que es más importante, si los costes del imperio supusieron más o menos un 30 por 100 del total de los gastos militares, el verdadero significado fiscal de los gastos militares del imperio británico habría sido un simple 1 por 100 de la renta nacional. En términos reales, habría sido equivalente a las ridículas cantidades que ha pagado Islandia en materia de defensa durante el último medio siglo. Como incluso Paul Kennedy se veía obligado a admitir, «el rasgo más notable de la Pax Britannica vigente a partir de 1815 fue lo barata que resultó».⁸² En resumen, pues, como el contribuyente británico pagaba en cualquier caso pocos impuestos comparado con el contribuyente de la Europa continental, resulta difícil entender cómo durante el período iniciado en 1850 el imperio pudo suponer realmente una carga fiscal de ningún tipo. Y como también ha concluido Avner Offer, resulta difícil entender cómo los costes mínimos que supuso el imperialismo habrían podido compensar de algún modo los significativos beneficios económicos que produjo el imperio.⁸³

Una objeción evidente en este sentido habría sido constatar que en el período anterior al año 1815 los costes reales de la defensa británica fueron extremadamente altos (como ya señalé en la primera sección de este mismo capítulo). Así, pues, cabría replicar que durante ese primer período los elevadísimos gastos imperiales habrían superado los beneficios económicos acarreados por el imperio. Yo propongo dos contrarréplicas. En primer lugar, Gran Bretaña estuvo en guerra ni más ni menos que doce veces entre 1715 y 1815. Según cierto experto, menos de seis de esas guerras tuvieron que ver con el imperio, e incluso cuando tuvieron que ver con él, las colonias no fueron generalmente el principal factor.⁸⁴ En segun-

do lugar, como explicamos anteriormente, aunque los costes de la guerra (ya fuera en nombre del imperio o por cualquier otro motivo) fueron efectivamente elevadísimos durante el período 1715-1815, probablemente sirvieran para estimular la industrialización, dado que durante esta época la economía británica se caracterizó por una notable escasez de la demanda agregada.

La segunda falacia liberal afirma que la existencia de mercados coloniales garantizados sirvió sólo para perpetuar las industrias británicas atrasadas, cuyo coste previsible fue la renuncia al desarrollo de nuevas industrias más importantes. Pero como estos autores habitualmente incluyen en este contexto la industria algodonera, no consiguen explicar cómo es que el proteccionismo y los mercados coloniales facilitaron en primera instancia su desarrollo. Aun así, Thomas y McCloskey replican afirmando que «al principio parece raro sostener que sin los mercados [coloniales] extranjeros como destino de sus tejidos de algodón ... Gran Bretaña habría sido capaz de encontrar mercados en el interior». Naturalmente admiten que la demanda interna posiblemente no habría absorbido los altos niveles de producción algodonera de Gran Bretaña. Pero sostienen que «a largo plazo ... los hombres y el dinero empleados para producir el exceso de algodón podrían haber sido dedicados a la producción de cerveza, a construir carreteras y casas, y a otras cosas de interés nacional».⁸⁵ Puede ser, pero no lo fueron. En cualquier caso, es difícil entender cómo la fabricación de cerveza o la construcción de carreteras y casas podrían haber asegurado un resultado más óptimo que el que consiguieron las exportaciones británicas de productos manufacturados de algodón. Y lo que es más importante, ninguno de estos argumentos puede desmentir el hecho de que muchos de los beneficios derivados del imperio y el intervencionismo estatal ayudaron a la economía británica, aunque todos ellos fueran, según la expresión favorita de los economistas liberales, «menos que óptimos». ¡Pues bienvenidos sean esos beneficios «menos que óptimos»!

Cuarta parte

CONCLUSIÓN

El Occidente oriental frente al mito
eurocéntrico de Occidente

Capítulo XII

EL DOBLE MITO DEL ESTADO LIBERAL-DEMOCRÁTICO RACIONAL DE OCCIDENTE Y LA GRAN LÍNEA DIVISORIA ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE, 1500-1900

Quien se conoce a sí mismo y conoce al otro,
reconocerá también que Oriente y
Occidente no pueden separarse.

GOETHE

Como hemos ido viendo a lo largo del libro, el eurocentrismo postula la existencia de una estricta línea divisoria entre Oriente y Occidente. Ello contribuye a presentar a Oriente y Occidente como dos entidades no sólo separadas, sino cualitativamente distintas (es decir, en el sentido del desarrollo). Y lo que es más importante, como señalábamos en el capítulo I, dentro del discurso eurocéntrico esa divisoria implica una especie de régimen de *apartheid* intelectual en el que el Occidente superior es higiénicamente mantenido fuera de todo contacto con el Oriente inferior. Se dice que Oriente

se halla saturado de las instituciones despóticas e irracionales que bloquean el progreso económico. El eje en el que se basa semejante postura es la teoría del despotismo oriental (o lo que Max Weber llama el «patrimonialismo»). Por el contrario, la existencia de estados racionales y liberales en Europa garantiza que sólo Occidente es capaz de un desarrollo económico progresivo. La primera parte del libro sostenía que la teoría del despotismo oriental es una invención y que ensombrece tanto la existencia de estados relativamente racionales en Oriente por un lado, como el significativo progreso económico de Oriente por otro. Pero sigue en pie la tarea de determinar hasta qué punto el estado occidental es tan racional como presupone el eurocentrismo. Para evaluar semejante tesis centraré mi atención en tres aspectos del «estado racional»:

1. Una burocracia centralizada «legal-racional» que actúa con arreglo a normas impersonales (y no arbitrarias) y presupone una clara separación de lo público y lo privado.
2. Una postura «minimalista» o de *laissez-faire* respecto a la economía (es decir, en la que el estado no interfiere en el funcionamiento «natural» del mercado libre). Al mismo tiempo este postulado va al meollo mismo de la tesis según la cual la economía es racional en el sentido de que alcanza su grado óptimo de funcionamiento en ausencia de intervenciones y distorsiones políticas.
3. Una propensión democrática en la que los derechos políticos de ciudadanía son concedidos con el fin de dotar de poder a los individuos.

El presente capítulo analiza sucesivamente estos tres puntos y llega a la conclusión de que los estados occidentales han sido mucho menos racionales de lo que habitualmente se ha dado por sentado (a lo largo de todo el período de «culminación» 1500-1900). Y si los estados orientales hubieran sido mucho más racionales de lo que ha venido dando por supuesto el eurocentrismo (como soste-

níamos en los capítulos II-IV), habría que llegar a la conclusión de que no puede seguir sosteniéndose la racionalidad o la gran línea divisoria de la civilización trazada por el eurocentrismo entre Oriente y Occidente.¹ Lo que implica semejante conclusión es el derrumbamiento de la estructura en la que el eurocentrismo basa su explicación de la ascensión de Occidente. Además, proporcionaría la rampa de lanzamiento de mi propia estructura antieurocéntrica, que propongo en el último capítulo.

EL MITO DEL ESTADO OCCIDENTAL CENTRALIZADO Y RACIONAL, 1500-1900

Francia es considerada por lo general uno de los estados más centralizados y racionales de Europa, idea enraizada en la mitología popular debido a la famosa, aunque no por ello menos engañosa, declaración de Luis XIV «*L'état c'est moi*». Se trata de un mito precisamente porque el ámbito de lo público en Francia no estuvo en ningún momento separado del de lo privado antes del siglo XIX, cuando no del XX. El estado francés tenía sólo una burocracia fiscal débilmente centralizada, y el alcance de sus infraestructuras en la sociedad civil era limitado. Incluso hacia 1800 la proporción de burócratas respecto al total de la población era de un penoso 1:4.100.² El escaso alcance de las infraestructuras del estado se pone de manifiesto en el hecho de que la mayor parte de sus rentas las obtenía del cobro de impuestos colectivos, no individuales. Los campesinos eran situados en marcos comunales en parte con un propósito fiscal. Si un miembro de la colectividad no pagaba su cuota de la contribución, debía hacer frente a la cólera no despreciable de los demás miembros de ella.³ En otras palabras, los miembros de una comunidad eran responsables en último término de fiscalizar el cobro de impuestos, no el estado. Por otra parte, el estado dependía muchísimo de la *taille* (impuesto sobre las tierras de labor), y no de

los impuestos sobre las actividades comerciales. En definitiva, las cargas fiscales en Francia eran impuestas de una forma arbitraria, ad hoc (es decir injusta), y los archivos de la recaudación de impuestos eran en buena parte inaccesibles al público. Sólo este hecho contribuiría a reforzar la idea general de que el estado era injusto y tenía una actitud sesgada a favor de los intereses privados a expensas de los públicos.⁴

Nada muestra con más claridad la confusión de los ámbitos de lo público y lo privado que el hecho de que el estado se apoyara en la venalidad, esto es, en la venta de los cargos públicos a los particulares ricos a cambio de dinero. El problema estribaba en que luego estos individuos utilizaban su cargo público para lucrarse en privado de acuerdo con el modelo patrimonial (quedándose con casi el 50 por 100 de las rentas del estado). Significativamente, fue la ineficacia del sistema tributario lo que provocó la crisis fiscal que a su vez dio lugar a la Revolución francesa en 1789.⁵ Menos conocido es el hecho de que el mercado internacional de bonos elevó el precio de los préstamos del estado francés (aumentando el tipo de interés) debido a la falta de confianza en la capacidad de Francia de saldar la deuda, hecho que a su vez exacerbó la crisis fiscal.⁶ En resumen, el estado francés no era en absoluto la institución racional que la imaginación eurocéntrica ha querido ver, desde luego no antes del siglo XIX, si no del XX.

Aunque Prusia suele ser también ensalzada como uno de los estados más racionales de Europa, destacaba igualmente sólo por su acusado grado de irracionalidad. Aunque sus palabras no son tan famosas como las de Luis XIV, el gran elector de Prusia, Federico Guillermo (1640-1688), declaró en una ocasión: «Arruino la autoridad de los *Junkers* y construyo mi soberanía como una roca de bronce». Pero aquello no era más que otro ejercicio de fabricación de mitos. Lo cierto es que los *Junkers* —la clase de los terratenientes prusianos que constituía la burocracia— siguieron utilizando sus cargos públicos como medio de reforzar su poder privado. En

efecto, buena parte de la agenda política del estado vino determinada por los intereses particulares de esta clase, a expensas directamente de las masas, desde las cuestiones tributarias y comerciales a los asuntos exteriores y muchas otras facetas de la política. Y el sistema político siguió fuertemente inclinado a favor de los *Junkers* hasta la revolución de 1918. Así, por ejemplo, aunque en Alemania existiera efectivamente el sufragio universal ya en el siglo XIX, el sistema de votación por tercios vigente en Prusia aseguraba que habitualmente tuvieran la primacía los intereses de los *Junkers* (punto en el que insistiré más adelante).

Sorprendentemente, la escasa proporción de empleados de la burocracia fiscal por habitante existente en Francia (1:4.100) resulta en realidad impresionante si la comparamos con la existente en Prusia (1:38.000).⁷ Un claro indicador de la ineficacia de esa burocracia es que a finales del siglo XIX el estado prusiano ni siquiera sabía cuántas personas trabajaban para él. Como dice Michael Mann, «si un estado no puede decir cuántos funcionarios tiene, no puede ser calificado ni remotamente de burocrático». En consecuencia, este autor llega a la conclusión de que «sería absurdo llamar “burocrático” al estado prusiano, como hacen la mayor parte de los historiadores».⁸ Por otra parte, a pesar de las reformas introducidas después de 1806 por Stein y Scharnhorst, la fuerza de la clase de los *Junkers* siguió incólume hasta 1918 (como ya hemos señalado). La mayor ironía en este sentido radica en que el principal apoyo a esta tesis procede ni más ni menos que de Max Weber. El autor alemán sosténía que los fracasos de la política exterior germanica durante el período 1900-1918 fueron consecuencia directa de que la burocracia no era ni lo bastante racional ni estaba centralizada ni controlada por una sociedad civil fuerte. El problema estribaba en que la burocracia era presa de los intereses particulares irrationales de la clase agraria dominante de los *Junkers*. Y por ese motivo en 1914 los intereses de la nación fueron sacrificados en el altar militarista de los *Junkers*.⁹

En resumen, incluso a finales del siglo XIX ni siquiera los mejores candidatos estaban todavía a la altura del «estándar racional de civilización». Los principales estados dependían en gran medida de funcionarios particulares y patrimoniales de ámbito local, que trataban los cargos públicos que ocupaban como si fueran patrimonio privado suyo. Esta constatación nos lleva a la firme conclusión de que las burocracias occidentales estaban marcadas por unas normas arbitrarias de carácter tradicional y patrimonial y no por las asociadas con las burocracias racionales-legales modernas.

EL MITO DEL ESTADO OCCIDENTAL MINIMALISTA LIBERAL, 1500-1900

Como sostenían Max Weber y especialmente Adam Smith, el estado racional o civilizado se cree que sigue una política liberal o minimalista en la que se evita todo tipo de intervención en la economía (esto es, la política del *laissez-faire*).¹⁰ Se trata de un principio fundamental porque eso es lo que permite a la economía funcionar libremente según sus propias leyes de la oferta y la demanda, lo que permite a su vez la asignación racional de los bienes y servicios con el fin de asegurar unos resultados óptimos. Es mucho, pues, lo que depende de esa afirmación. Para valorarlo, me centraré fundamentalmente en la política comercial europea. La cuestión, por tanto, es la siguiente: ¿En qué medida eran librecambistas los estados europeos durante sus respectivas fases de industrialización?

La política comercial europea llama la atención sólo por el predominio del proteccionismo sobre el librecambio. Esta actitud se prolongó desde el siglo XVII hasta la segunda mitad del siglo XX. Significativamente, el estado británico cobró una media de aranceles no inferior al 32 por 100 entre 1700 y 1846. Además, la media de los aranceles industriales en Europa se elevaba al 19 por 100 en 1820, al 10 por 100 en 1875 y a 19 por 100 en 1913.¹¹ Y lo que no

es menos significativo, la «era del librecambio» de mediados del siglo XIX fue en realidad la excepción que confirma la regla proteccionista (como explicábamos en el capítulo XI). Pues señalábamos en él que la época comprendida entre 1860 y 1877-1879 estuvo marcada por un proteccionismo moderado, no por el comercio libre. Por otra parte, si consideramos el período comprendido entre 1846 y 1877-1879 representativo de la era europea del librecambio (como hacen muchos historiadores), comprobaremos que la media de los aranceles ascendía casi al 20 por 100. A modo de comparación, esa cifra sería equiparable con la ley norteamericana de aranceles Smoot-Hawley de 1930, que suele ser calificada en la bibliografía al uso como una de las legislaciones más proteccionistas de la historia. También conviene señalar que entre 1600 y 1900, se alcanzó en Europa un «mayor grado de librecambio» sólo durante el 6 por 100 del tiempo. No menos interesante resulta comprobar que en toda esta época Europa nunca igualó los bajos niveles arancelarios vigentes en el Imperio otomano durante los siglos XVII y XVIII.

También tiene importancia el hecho de que las grandes potencias europeas —especialmente Gran Bretaña— intervinieron en la economía a través del proteccionismo arancelario en gran medida con el propósito de recaudar impuestos con fines bélicos.¹² Ya se había sentado este precedente en la era del mercantilismo. Colbert, el ministro de finanzas de Luis XIV, encarnaba justamente la creencia general de los europeos en que «el comercio es la fuente de las finanzas [del estado], y las finanzas son el nervio vital de la guerra».¹³ El punto crítico está en que exprimir la economía con el fin de obtener ingresos fiscales-militares necesariamente altera las llamadas leyes de la oferta y la demanda. Y eso fue lo que ocurrió hasta la segunda mitad del siglo XX. Semejante situación sugiere que los principales países europeos encajarián de muy diversas maneras en la definición de «estado patrimonial irracional» de Weber.

Enlazando con la sección anterior (y con la siguiente), también resulta significativo señalar que uno de los motivos de que los es-

tados europeos tuvieran que recurrir al proteccionismo arancelario fue que eran demasiado débiles para apoyarse en un régimen fiscal progresivo basado en el impuesto sobre la renta. Es decir, no estaban adecuadamente centralizados; su capacidad burocrática era insuficiente para calar en la sociedad y poder recaudar el impuesto sobre la renta; y no eran lo bastante democráticos. En consecuencia, dependían de un recurso tan regresivo como los impuestos indirectos —especialmente los aranceles—, que podían ser cobrados y recaudados fácilmente en determinados puertos, y podían fijarse con impunidad debido a que las masas carecían de voz política (véase-más adelante).¹⁴

En efecto, incluso a comienzos del siglo XX los regímenes fiscales europeos llamaban la atención sólo por su carácter regresivo. De ese modo, en 1900 la proporción de impuestos sobre la renta correspondiente a los ingresos generales del estado central ascendía en Austria, Bélgica, Francia, Alemania y Suecia al 0 por 100; en Italia, al 12 por 100; en Gran Bretaña, al 13; en Dinamarca, al 15; en los Países Bajos, al 20; en Noruega, al 39 por 100; y en Suiza, al 55 por 100.¹⁵ En 1900, la media de los ingresos procedentes del impuesto sobre la renta en proporción a los ingresos de los gobiernos centrales en todos los estados de la Europa occidental ascendía a un mero 14 por 100. E incluso esos datos fiscales falsean el verdadero de los regímenes fiscales, exagerando su carácter progresista. Pues en la mayoría de los casos, los impuestos sobre la renta no eran especialmente progresistas dado que o bien los tipos aplicados a los grupos de renta más baja eran más altos, o bien los grupos más ricos podían minimizar sustancialmente de mil maneras sus deudas con el fisco.

No menos sorprendente es el hecho de que hasta la década de 1960 Occidente —por primera vez en la historia— no empezó a avanzar hacia un auténtico librecambio (aunque esto tardaría aún veinte años en ser una realidad). No obstante, hasta los años sesenta los estados de Occidente no estuvieron lo bastante democratiza-

dos y centralizados como para que sus gobiernos pudieran liberar sus regímenes fiscales de la dependencia que hasta entonces habían tenido de los impuestos regresivos sobre el comercio (es decir, los aranceles proteccionistas) en favor de los impuestos sobre la renta.¹⁶

En resumen, la dependencia de los impuestos regresivos sobre el comercio durante todo el período de culminación es una manifestación de la debilidad de las burocracias de los estados y de su falta de democracia, el *leitmotiv* de los estados «patrimoniales irrationales premodernos». Y a modo de adenda, recordemos en este sentido que los estados también cobraban aranceles con el fin de proteger diversos intereses particulares (de las clases industriales y financieras) a expensas de las masas. Los especialistas en economía política califican este proceso de «búsqueda de ingresos». Una vez más, la búsqueda de ingresos es supuestamente el *leitmotiv* de los estados «patrimoniales» irrationales, pues implica que el estado da preferencia a los intereses de los particulares por encima del interés público.

Evidentemente, pues, el intervencionismo estatal en lo tocante a la política comercial europea destacó sólo por los niveles tan acusados que alcanzó. Y más significativo todavía es el hecho de que ese intervencionismo se extendió a muchas otras áreas de la economía.¹⁷ Ya he analizado este contexto más general con respecto a la industrialización británica en el capítulo XI, por lo que no repetiré ahora los descubrimientos que realizaba en él. Y como convencionalmente se considera que Gran Bretaña fue durante su fase de industrialización el estado del *laissez-faire* por excelencia, el hecho de fijarnos en el continente europeo no revelará necesariamente la presencia del «estado minimalista» *racional* de Max Weber y Adam Smith.

En unas palabras, pues, durante el período comprendido entre los años 1500 y 1900 el estado liberal racional brilló en el contexto europeo sólo por su ausencia.

EL MITO DEL ESTADO OCCIDENTAL DEMOCRÁTICO, 1500-1900

El eurocentrismo afirma que, a diferencia del despotismo oriental, los estados democráticos occidentales conceden poderes y libertades a los individuos. En consecuencia, se cree que la existencia de una sociedad civil fuerte es propiedad exclusiva de Occidente (circunstancia que a su vez constituye el principal motivo de que sólo Occidente haya desembocado en el capitalismo moderno). Como veíamos en el capítulo X, el eurocentrismo proyecta habitualmente al pasado la concepción moderna de democracia política y la traslada directamente a la antigua Grecia. Fabrica así una imagen permanente de la democracia occidental, y va haciendo progresar este concepto hasta llegar primero a la Carta Magna de Inglaterra (1215), luego a la Revolución Gloriosa inglesa (1688-1689), después a la Constitución de Estados Unidos (1787-1789) y por fin a la Revolución francesa (1789). De ese modo, Europa y Occidente son (re)presentados como países democráticos durante toda su larga ascensión al poder. El problema inmediato que se plantea en este sentido es que ningún estado occidental fue democrático antes del siglo xx. Como sostiene James Blaut, los historiadores eurocéntricos pretenden «trasladar a la Edad Media muchas de las virtudes efectivas de la sociedad europea que no aparecieron hasta la ascensión de Europa, hasta que Europa no había iniciado su modernización económica».¹⁸ Es decir, los historiadores eurocéntricos pretenden de hecho «proyectar al pasado» un concepto del siglo xx que no tiene una aplicación real antes de esa época. En tal caso, pues, la culminación de Occidente no podría ser una manifestación del estado democrático liberal. Y por ende, esa culminación tampoco podría ser una manifestación de la existencia de una sociedad civil fuerte.

Una rápida ojeada a la tabla 12.1 permite comprobar que la mayoría de los estados occidentales no introdujeron los derechos polí-

Tabla 12.1. *La introducción de los derechos políticos de la ciudadanía en los principales estados occidentales*

País	Sufragio universal de los varones	Sufragio universal sin restricciones
Noruega	1898	1913
Dinamarca	1848	1915
Austria	1907	1918
Suecia	1918	1918
Holanda	1917	1919
Reino Unido	1918	1928
España	no consta	1931
Francia	1848	1946
Alemania	1849	1946
Italia	1919	1946
Bélgica	1919	1948
Estados Unidos	1965 (1870)	1965
Portugal	no consta	1970
Suiza	1879	1971

Fuente: Ha-Joon Chang, *Kicking Away the Ladder* (Londres: Anthem Press, 2002), p. 73.

ticos de ciudadanía para los varones hasta comienzos del siglo xx y, en muchos casos, el sufragio universal sin restricciones no se impuso hasta mediados de siglo. Nótese que los países aparecen enumerados en orden descendente; Noruega es el primero en aprobar el sufragio universal sin restricciones, y Estados Unidos, Portugal y Suiza, los últimos. Estos datos destacan sólo por los bajos niveles de derecho de sufragio vigentes todavía a comienzos del siglo xx. De ese modo, en 1900 sólo el 14 por 100 de toda la población austriaca (mayor de veinte años) tenía derecho de voto, mientras que en Alemania en 1912 esa cifra alcanzaba el 39 por 100. Curiosamente, comparada con Alemania, la situación en la mayoría de los estados liberales europeos era todavía peor. En 1900 y en los años sucesivos, el porcentaje de la población adulta que tenía derecho de sufragio era en la Bélgica de 1900 de apenas un 4 por 100; en Ita-

lia, en 1909, de un 15 por 100; en Suecia, en 1908, de un 16 por 100; en Gran Bretaña, en 1910, de un 29 por 100; en Dinamarca, en 1913, de un 30 por 100; en Noruega, en 1906, de un 35 por 100; en Suiza, todavía en 1967, sólo del 38 por 100; y en Francia, en 1940, sólo del 40 por 100.¹⁹ El único estado liberal que sobrepasaba a Alemania era Holanda, que en 1901 contaba con un 52 por 100 de la población con derecho a voto. Por otra parte, sólo siete de los catorce países analizados aquí introdujeron el sufragio universal de los varones en el siglo XIX y ninguno aprobó el sufragio universal sin restricciones.

Pero incluso esas cifras tan bajas de población con derecho a voto exageran cuál era la verdadera extensión de los derechos de ciudadanía. En Prusia (que dominaba el sistema político alemán), el sistema de derecho de sufragio estaba amañado para favorecer a los grupos más ricos. El sistema de «votación por tercios» propio de Prusia se basaba en una distribución no equitativa. El primer tercio estaba compuesto por los más ricos, y equivalía al 3,5 por 100 de la población; el segundo equivalía al 13 por 100, y el tercero, compuesto por los más pobres, equivalía al 83,5 por 100. Pero la trampa estaba en que el voto de cada tercio *tenía el mismo valor*: es decir, el 3,5 por 100 que ocupaba la cima de la escala social tenía tanta voz como la base de ésta, equivalente al 83,5 por 100 de la población. Y el 16,5 por 100 que formaban los más ricos disponía de una clara mayoría frente al 83,5 por 100 que sumaban los más pobres. Por otra parte, si a ello sumamos que el parlamento alemán tenía sólo unos poderes limitados y que se hallaba supeditado al canciller del Reich que, a su vez, era responsable ante el káiser, es evidente que la idea de derechos políticos de ciudadanía en Alemania era una filfa.

De manera más general, en todos los países occidentales que introdujeron el sufragio universal para los varones en el siglo XIX estaban vigentes numerosas distorsiones y obstáculos que hacían de la democracia una falacia. Entre ellos estaban el voto no secreto

—lo que daba lugar a la compra de sufragios— y al fraude electoral generalizado (nótese que el voto secreto no se introdujo hasta el siglo XX). Aunque Gran Bretaña aprobó la Ley de Prácticas Corruptas e Ilegales en 1883, la medida tuvo pocas repercusiones reales a la hora de poner coto a la corrupción electoral (que siguió siendo un problema hasta bien entrado el siglo XX). La situación era todavía más sombría en Estados Unidos. Como señala Ha-Joon Chang, aunque la Quinta Enmienda concedió el voto a los negros en 1870, la medida fue posteriormente revocada en 1890 en los estados del sur. Por otra parte, siguió en pie a lo largo y ancho del país toda una batería de obstáculos que de hecho actuaban eficazmente en la práctica contra la Quinta Enmienda.²⁰ Entre ellos cabría citar diversos escollos formales unos, como los problemas de alfabetización y los requisitos arbitrarios de «idoneidad», e informales otros, el más notable de los cuales sería la amenaza de violencia contra la minoría negra que se decidía a votar. Esos obstáculos no serían retirados hasta 1965, cuando se aprobó la Ley de Derechos de Voto. Conviene señalar asimismo que los elevadísimos costes de las elecciones no hacían sino generar nuevas distorsiones que debilitaban a la democracia en la práctica. Como concluye Chang,

con unas elecciones tan «caras», no era de extrañar que los magistrados electos fueran tan corruptos. A finales del siglo XIX, la corrupción legislativa en Estados Unidos, especialmente en las cámaras estatales, era tal que el futuro presidente Theodore Roosevelt se lamentaba de que los diputados de la asamblea del estado de Nueva York, enzarzados como estaban en una descarada compra de votos a los grupos de presión, «tuvieran de la vida civil y el servicio público la misma idea que tiene un buitre de una oveja muerta».²¹

También es digno de reseñar el hecho de que Estados Unidos fue uno de los últimos países occidentales en abrazar la democracia política. Es evidente, por tanto, que todavía en el año 1900 la ver-

dadera democracia política seguía siendo en Occidente una ficción. Como concluía elocuentemente Patricia Springborg,

es una suprema ironía de la historia de las teorías de la legitimación del estado ... que el Oriente ... pluralista, transaccional y emprendedor fuera considerado «despótico» por el Occidente pastoral, aquiescente y relativamente subdesarrollado, cuya principal concesión a la democracia implicaba unos parlamentos a los que no se concedió acceso indiscriminado hasta el siglo XX de nuestra era.²²

CONCLUSIÓN

Una de las tesis fundamentales de los capítulos II-IV es que los estados de Oriente fueron mucho más racionales y proclives al fomento del desarrollo de lo que sugiere la teoría eurocéntrica del despotismo oriental. El presente capítulo ha defendido que los estados occidentales han sido mucho menos racionales y democráticos durante su época de culminación de lo que ha dado por supuesto el eurocentrismo. Se demuestra así necesariamente la falsedad de la tesis que afirma que Oriente y Occidente están separados por la gran línea divisoria de la civilización. Y a su vez esta conclusión arrebata por fuerza al eurocentrismo su principal justificación de la ascensión de Occidente. Así, pues, el principal asunto que queda en juego es el de encontrar una pregunta más oportuna que nos permita abordar nuestro análisis de la ascensión de Occidente, y que a su vez exige el desarrollo de una respuesta más adecuada. Ésa es la tarea de la que se ocupa el último capítulo.

Capítulo XIII

LA ASCENSIÓN DEL OCCIDENTE ORIENTAL

Identidad y función de agente, estructura global y contingencia

Si tengo razón en exhortar al derrocamiento del [eurocentrismo] y a su sustitución por el [antieuocentrismo], será preciso no sólo volver a plantear las bases fundamentales de la «civilización occidental», sino reconocer también la penetración del racismo y del «chovinismo continental» en toda nuestra historiografía o filosofía en que se basa nuestra manera de escribir la historia.

MARTIN BERNAL

La historia viene marcada por movimientos alternantes a través de la línea imaginaria que divide la parte oriental de la parte occidental de Eurasia.

HERODOTO

La globalización del saber y la cultura occidental reafirman constantemente la idea que tiene Occidente de sí mismo como centro del conocimiento legítimo, como árbitro de lo que cuenta como conocimiento y

como fuente del conocimiento «civilizado». Esa forma de conocimiento global se denomina habitualmente saber «universal», que es accesible a todos y no es realmente «propiedad» de nadie, es decir, hasta que los eruditos no occidentales lo reclaman. Cuando se plantean reclamaciones de ese estilo, la historia se revisa (una vez más), para que la historia de la civilización siga siendo la historia de Occidente. Con ese fin, el mundo mediterráneo, la cuenca de la cultura arábiga y los países situados al este de Constantinopla son convenientemente expropriados como si formaran parte de la historia de la civilización occidental, de la filosofía occidental y del conocimiento de Occidente ... ▲

LINDA TUHIWAI SMITH

Concluímos el capítulo anterior comentando que las características que supuestamente habían provocado la ascensión de Occidente según el eurocentrismo —racionalidad y democracia— estuvieron ausentes de Europa durante el período de su culminación entre 1500 y 1900. En consecuencia, debemos desarrollar una explicación teórica antieurocéntrica alternativa. El presente capítulo se encargará de hacerlo en tres etapas. La primera sección sugiere que la pregunta organizativa fundamental que plantea el eurocentrismo debe ser formulada de nuevo antes de que ni siquiera podamos comprender mínimamente el relato progresivo de la historia universal o la ascensión de Occidente. A continuación, las secciones 2-4 esbozan los contornos de mi propia explicación antieurocéntrica, subrayando la importancia de la estructura global y la transmisión de las «carteras de recursos» orientales, asimiladas posteriormente en Occidente, y fijándome en el papel de la identidad europea y la apropiación imperial de los recursos orientales a partir de 1492, fenómenos que reforzaron la fase posterior de la ascensión de Occidente. Por último hago hincapié en la importancia

de la contingencia, mientras que en la conclusión hago un resumen de todos estos argumentos yuxtaponiendo antieucentrismo y eurocentrismo con el fin de ofrecer un esbozo alternativo de historia universal. Resultado de mi planteamiento de que la ascensión de Europa fue posible en gran medida gracias a Oriente es que debemos sustituir el concepto eurocéntrico del Occidente primordial por el del Occidente oriental.

**LA RESPUESTA SE BUSCA DONDE NO SE DEBE.
DEBE FORMULARSE UNA NUEVA PREGUNTA**

El eurocentrismo se equivoca desde el primer momento al formular unas preguntas inapropiadas. Todos los autores eurocéntricos (de manera explícita o implícita) empiezan planteando dos cuestiones íntimamente relacionadas entre sí: «¿Qué tenía Occidente que le permitió culminar en la modernidad capitalista?» Y: «¿Qué tenía Oriente que le impidió llegar a esa culminación?» Naturalmente éas eran las preguntas que definían el estudio de Max Weber y que desde entonces han seguido siendo fundamentales para el eurocentrismo. No obstante, como señalábamos en el capítulo I, son muchos los estudiosos que no desean defender explícita o conscientemente un corpus de pensamiento llamado eurocentrismo. Pero se quiera o no, las cuestiones típicas planteadas desembocan irremediablemente en el relato eurocéntrico.

En último término, esas preguntas llevan implícitamente una carga mortífera destinada a Oriente. En primer lugar, inducen al estudiante (a menudo sin él saberlo) a atribuir un carácter irremediable a la ascensión de Occidente. Ello se debe a que los estudiosos empiezan por tomar como un hecho incontestable el actual predominio del Occidente moderno, pero luego lo proyectan al pasado buscando todos los factores típicamente occidentales que lo hicieron posible. Y viceversa, tomando como un hecho incontestable la

subordinación o el atraso del Oriente actual, lo proyectan igualmente al pasado para buscar todos los factores que impidieron la consecución de la modernidad en esta zona. De ese modo acaban por atribuir un carácter irremediable al «malestar actual» de Oriente. Y lo que es más importante, el planteamiento de semejante pregunta exige una valoración de los logros de Oriente exclusivamente con arreglo a los criterios occidentales, concretamente en función de si Oriente llegó o no a la culminación final. Así, pues, como es obvio que Oriente no llegó a la culminación final, todos los logros económicos que alcanzó se consideran por fuerza insignificantes. A lo largo de ese proceso se arrebata a Oriente todo tipo de capacidad económica progresiva, confirmando de paso que el progreso económico es y ha sido siempre monopolio de Occidente.

En resumidas cuentas, hay tres consecuencias íntimamente relacionadas entre sí que derivan de las preguntas planteadas habitualmente: en primer lugar, la apelación a una «férrea ley del desarrollo de Occidente» y a una «férrea ley del no desarrollo de Oriente»; en segundo lugar, la idea preconcebida de un «sujeto activo europeo» de la historia universal, en contraposición con un «objeto pasivo oriental» de la misma. Y en tercer lugar, la ascensión de Occidente es concebida a través de una lógica de inmanencia: es decir, que sólo puede explicarse apelando a unos factores estrechamente inherentes a la propia Europa. La consecuencia final de todas estas ideas es la admisión de Occidente en el relato progresivo de la ascensión del mundo capitalista moderno, y la exclusión de Oriente de dicha historia. Y fruto voluntario o involuntario de esta situación es que la ascensión de Occidente se considera un nacimiento triunfal y milagroso por partenogénesis, que es la verdadera esencia del mito eurocéntrico del Occidente primordial.

Cabría oponerse a semejante conclusión alegando que es perfectamente razonable echar una mirada al pasado y seleccionar las características que permitieron la ascensión de Occidente y la «no ascensión» de Oriente. ¿De qué otro modo íbamos a poder dar res-

puesta a la pregunta? Pero por definición la pregunta impide necesariamente al investigador llegar a la conclusión de que Oriente no sólo alcanzó un progreso económico significativo, sino que fue notablemente esta circunstancia lo que permitió la ascensión de Occidente. En una palabra, esta conclusión alternativa no puede alcanzarse lógicamente partiendo de una cuestión que induce al investigador a tratar la ascensión de Occidente y la tragedia de Oriente como dos historias distintas por un lado, y que por otro dirige la atención analítica hacia los factores progresivos que sólo existen dentro de Occidente.

Para ilustrar mi tesis de que el problema estriba en las preguntas iniciales planteadas por el eurocentrismo, resultará conveniente realizar un simple experimento mental. Supongamos que viviéramos por ejemplo en el año 900 e. v. Como pone de manifiesto el capítulo II, el Oriente Medio y el norte de África musulmán era por aquel entonces la cuna de la civilización. No sólo era la región del mundo económicamente más avanzada, al ocupar el centro de la economía global, sino que disfrutaba de un crecimiento económico notable y acaso incluso de un crecimiento considerable de la renta per cápita, la supuesta condición *sine qua non* del capitalismo moderno (véanse los capítulos II-IV). Si fundáramos una universidad en aquella época y nos pusiéramos a investigar las causas del progreso económico musulmán acabaríamos dando la siguiente respuesta. El Oriente Medio y el norte de África era progresivo porque disfrutaba de una serie de instituciones racionales y progresivas absolutamente únicas. En primer lugar, era una región en paz en la que habían surgido gran número de ciudades y los capitalistas llevaban a cabo un comercio global de larga distancia. En segundo lugar, los mercaderes musulmanes no eran simples comerciantes, sino inversores capitalistas racionales que comerciaban, invertían y especulaban realizando actividades capitalistas a escala global cuya finalidad era la obtención de los máximos beneficios. En tercer lugar, se había creado una serie de instituciones

lo suficientemente racionales, entre las cuales cabría citar un sistema de compensación, unos bancos encargados de realizar el cambio de divisas, depósitos y préstamos a interés, un tipo especial de contabilidad por partida doble, o un derecho de sociedades y mercantil, instituciones todas que presuponían la existencia de un componente de confianza muy fuerte. En cuarto lugar, el pensamiento científico se desarrolló con gran rapidez a partir del año 800. Y en quinto lugar, el Islam tuvo una importancia especial en el fomento del capitalismo a escala global. Desde luego a nadie se le habría ocurrido la idea de escribir un libro titulado *La ética cristiana y el espíritu del capitalismo*, que desdeñara al Islam tildándolo de «represor del desarrollo». Es más probable que alguien hubiera escrito un libro titulado *La ética musulmana y el espíritu del capitalismo*, que habría demostrado definitivamente por qué sólo el Islam era capaz de alcanzar un progreso económico significativo y por qué la Europa cristiana habría quedado empantanada para siempre en el estancamiento agrario. O acaso deberíamos suscribir la tesis expuesta por un hombre de la época, Sā'īd al-Andalusī (seguido posteriormente por Ibn Khaldūn), según el cual el emplazamiento de Europa en una zona templada fría hacía que sus habitantes fueran ignorantes, que carecieran de curiosidad científica y permanecieran atrasados.

O bien podríamos remontarnos al año 1100. Si en esa época fundáramos una universidad y su consiguiente departamento de sociología, podríamos emprender la tarea de plantear y contestar la cuestión más urgente en aquellos momentos, a saber: ¿Cómo logró la China Sung culminar en la producción industrial y en un crecimiento económico (per cápita) intensivo, mientras que Europa seguía empantanada en un agrarismo atrasado y un comercialismo relativamente débil? Podríamos ofrecer la siguiente explicación. China encarnaba unas cualidades e instituciones únicas que se hallaban ausentes en Occidente. China contaba con un estado fuerte, que había creado un ambiente estable y pacífico y que fomentaba

activamente las condiciones ambientales necesarias para el desarrollo del capitalismo. En cambio, Europa estaba fragmentada en una infinidad de estados, ninguno de los cuales era suficientemente fuerte para fomentar un ambiente interno lo bastante pacífico como para permitir el desarrollo del capitalismo. Por otra parte, mientras que China había resuelto sus problemas internos ya en 221 a. e. v. y había permanecido desde entonces en paz, Europa era de hecho un ámbito de estados en guerra constante. Además, China disfrutaba de una poderosa ética del trabajo contenida en su religión, el confucianismo, caracterizado por su singular grado de racionalidad. Europa, en cambio, era mantenida en el atraso más absoluto por el catolicismo, que prescribía el respeto a la autoridad y un fatalismo a largo plazo que impedía el desarrollo de la parsimonia, el trabajo duro y la inquietud racional. Podría haberse escrito un libro titulado *La ética confuciana y el espíritu del capitalismo*, que habría demostrado definitivamente por qué el catolicismo era hostil al progreso económico y por qué sólo el confucianismo encarnaba el conjunto de virtudes correctas que hacían inevitable la consecución de un progreso económico significativo.

El problema evidente que se plantea en este sentido es que al explicar los triunfos musulmanes o chinos y el fracaso europeo acabamos necesariamente atribuyendo unas causas inmutables a una situación que siempre ha sido fluida. Análogamente, si viviéramos, por ejemplo, en el año 1900 y nos preguntáramos por la ascensión de Occidente a la preeminencia, resultaría no menos problemático invertir la teoría anteriormente expuesta de la superioridad musulmana o china. Pero justamente eso fue lo que sucedió. De ese modo, en todas las explicaciones occidentales al uso de la ascensión de Occidente encontramos una propensión a atribuir a esta parte del mundo unos rasgos permanentes que hicieron inevitable su culminación en el capitalismo moderno (es decir, la «lógica de inmanencia» del eurocentrismo), al tiempo que se presupone un Oriente atrasado, permanentemente incapaz de progresar. Pero como Orien-

te fue el pionero de un progreso económico significativo a partir del año 500 y estuvo más adelantado que Occidente hasta más o menos 1800, es evidente que semejante análisis resultaría absolutamente estéril. Y en estos momentos debería estar claro que un ejercicio tan estéril como ése deriva por fuerza de la pregunta de la que parte el eurocentrismo.

El problema fundamental que acarrea dicha pregunta —«¿Por qué Europa y no China?» o «¿Por qué Occidente y no Oriente?»— es que es una pregunta absoluta que requiere respuestas absolutas; es decir, respuestas que atribuyen unas características positivas permanentes a Occidente y unos rasgos negativos también permanentes a Oriente. Eso es lo que da lugar a la marginación de Oriente en el relato progresivo de la historia universal. Lo que nos hace falta, por tanto, es una pregunta que sea relativista desde el punto de vista temporal. No debería caerse en la trampa de atribuir unos rasgos permanentes a ninguna región en concreto. Este detalle es importante precisamente porque atribuir a Occidente unas características singulares y permanentes ensombrece por fuerza la historia oriental alternativa que este libro pretende poner de relieve. En una palabra, una pregunta relativista desde el punto de vista temporal nos permitiría sacar a Oriente del papel marginal al que ha sido relegado o del oscuro gueto en el que lo ha confinado la historia universal eurocéntrica.

¿Cómo sería, entonces, esa pregunta relativista alternativa? Según el análisis efectuado por Jack Goody en su libro precursor *The East in the West*, podríamos preguntar lo siguiente: ¿Cómo y por qué cambió el liderazgo del poder económico global de Oriente a Occidente entre los años 500 y 1800, hasta desembocar finalmente en la modernidad capitalista? Como hemos visto a lo largo del presente volumen, Oriente disfrutó del liderazgo del poder global intensivo y extensivo entre los años 500 y 1800, antes de que el péndulo se decantara definitivamente por el lado de Occidente en el transcurso del siglo XIX.

Michael Mann plantea una posible objeción a todo esto. Si bien admite que China tuvo unos niveles de poder extensivo más altos que Europa hasta por lo menos el año 1500, afirma que «en otras variedades de poder, concretamente en las de carácter *intensivo*, y especialmente en el terreno de la agricultura, Europa dio un salto hacia adelante en el año 1000 d. C.»¹ Y esta afirmación sirve de base a su rechazo de lo que él llama la tendencia de los historiadores revisionistas a la «autodenigración europea». Pero a la luz de los argumentos expuestos en el presente volumen, hay tres razones por las que resulta problemática esta afirmación en lo tocante a Europa. En primer lugar, muchas de las tecnologías trascendentales que permitieron la revolución agrícola de la Edad Media europea fueron transmitidas desde Oriente. En segundo lugar, la agricultura china siguió siendo superior a la europea hasta el siglo XIX (como incluso han reconocido diversos estudiosos eurocéntricos). Y un tercer argumento íntimamente relacionado con los anteriores dice que la primacía ostentada durante tanto tiempo por China se debió al hecho de que las tecnologías agrícolas de este país permitieron unos niveles mucho mayores de poder intensivo. Nada lo pone de manifiesto mejor que el hecho de que los chinos desarrollaran el arado de vertedera de hierro, muy superior al tosco arado cuadrado de vertedera de madera utilizado en la Europa medieval. Y los europeos no empezaron a acortar distancias hasta el siglo XVIII, en gran medida debido a la asimilación del arado curvo de vertedera de hierro chino (y de muchas otras tecnologías agrícolas e industriales procedentes de China; véase más adelante). Mann utiliza asimismo el arco ojival gótico como otro ejemplo de la superioridad del poder intensivo de Europa.² Pero este invento llegó del Oriente Medio musulmán a través de Amalfi.

En resumen, pues, el problema, según mi punto de vista, no es la «autodenigración europea», sino la tendencia al «autobombo europeo», predominante entre los especialistas en historia universal.

A la luz de todo esto, es evidente que no podemos identificar ningún conjunto de rasgos permanentes y singulares característicos de una región en particular. Como señala Goody,

lo que está claro es que la superioridad de los logros de Occidente ya no puede seguir considerándose una característica permanente, ni siquiera un rasgo inveterado de esas culturas, sino una de tantas oscilaciones del péndulo ... El esbozo más elemental de una teoría debe empezar por admitir la alternancia.³

Las tres secciones siguientes esbozan lo que constituye mi propia respuesta, que comporta un análisis multicausal centrado en los papeles desempeñados por la estructura global, la función de agente e identidad, y la contingencia. Examinemos estos tres conceptos.

ESTRUCTURA GLOBAL Y ORIENTE COMO SUJETO AGENTE: LA DIFUSIÓN Y LA ASIMILACIÓN DE LOS RECURSOS ORIENTALES A TRAVÉS DE LA GLOBALIZACIÓN ORIENTAL EN LA ASCENSIÓN DEL OCCIDENTE ORIENTAL

En la primera parte de este mismo volumen esbozábamos los contornos de la economía global liderada por África y Asia tal como surgió a partir del año 500 (encargándose de abrir la senda principalmente, aunque no de manera exclusiva, los persas en Oriente Medio y los pueblos del norte de África y posteriormente los musulmanes). Como veíamos en el capítulo II, los historiadores eurocéntricos desdénan los orígenes globales de la ascensión de Occidente alegando que antes y después del año 1500 el comercio europeo con la «periferia» tenía un carácter sólo marginal. Aunque fuera cierto (que no lo es), lo fundamental es que el significado último de la economía global fue que proporcionó una serie de vías de comunicación hechas a la medida que unían la mayor parte del

globo, y al mismo tiempo constituyan la cinta transportadora a través de la cual se transmitieron a las atrasadas regiones de Occidente las grandes «carteras de recursos» orientales entre los años 500 y 1800. Y particularmente importante fue el Puente del Mundo musulmán, a través del cual pasaron muchas de esas carteras en su viaje de Oriente a Occidente.

La tesis básica planteada aquí es que siempre que se produjo un punto de inflexión significativo en el desarrollo europeo, desempeñó un papel primordial la asimilación de las ideas, instituciones y tecnologías superiores de Oriente. Este planteamiento contrasta con las palabras de Lynn White, quien afirma: «Mi proposición fundamental es ... que el predominio tecnológico de la cultura occidental no es sólo característico del mundo moderno: empieza a ponerse de manifiesto a comienzos de la Edad Media y es evidente a finales de esa misma época».⁴ Pero las tecnologías más trascendentales —el estribo, los arreos de collera, el molino de agua y el molino de viento, probablemente la herradura de las caballerías y tal vez el arado medieval— fueron transmitidas desde Oriente para permitir las revoluciones económicas y políticas de la Europa medieval. Por otra parte, los flujos globales de migraciones orientales que inundaron Europa en sucesivas oleadas a partir de 370 contribuyeron a crear la estructura política feudal. La siguiente fase del desarrollo europeo tuvo que ver con las diversas «revoluciones protocapitalistas» —en los terrenos del comercio, la producción, las finanzas y la navegación—, cuya senda abrieron, según se dice, los italianos a partir del año 1000. Pero el capítulo VI demuestra que la revolución financiera italiana recibió su mayor impulso de Oriente. Pues fue allí (sobre todo en Oriente Medio) donde primero se desarrollaron las sociedades y los contratos (por ejemplo, la *commenda*), los cheques, las letras de cambio, la banca, el cambio de divisas, el préstamo con interés con vistas al comercio y la inversión, el derecho mercantil y los sistemas racionales de contabilidad, elementos todos que fueron transmitidos a los italianos y así-

milados por ellos. Las principales tecnologías que sustentaron la revolución de la navegación medieval —la brújula, la cartografía, el timón de popa, el casco cuadrado, los sistemas de varios palos y quizás incluso la vela latina— fueron en su totalidad introducidas por vez primera y desde luego perfeccionadas en China o en el Oriente Medio musulmán. Por otra parte, los avances alcanzados en la ciencia por indios, chinos, quizás africanos y sobre todo musulmanes (particularmente en los campos de la astronomía y las matemáticas), así como el perfeccionamiento del astrolabio por los árabes, facilitaron el desarrollo de las técnicas náuticas que luego se transmitieron a Occidente para permitir los llamados viajes de descubrimiento europeos. Y por último, lo cual no quiere decir que sea menos importante, la manufactura de textiles, la fabricación de papel, el refinamiento del azúcar y la producción de hierro (y probablemente también la relojería) fueron posibles en la Europa medieval gracias a la difusión de las tecnologías orientales. Aunque muchas de ellas fueron transmitidas a través de la economía global, conviene señalar que las Cruzadas constituyeron también un conducto importante de la difusión a Europa de los recursos orientales.

El capítulo VIII ponía de manifiesto cuáles fueron las principales innovaciones de Oriente cuya transmisión permitió a partir del siglo xv la fase durante la cual Europa empezó a «acortar distancias». Las ideas orientales (especialmente las de los musulmanes, pero también las de judíos, indios y quizás las de los negros africanos) fueron fundamentales para permitir el desarrollo del Renacimiento y la revolución científica occidental. Las tecnologías que están en la base de la llamada revolución militar europea (1550-1660) —la pólvora, las armas de fuego y el cañón— fueron todas introducidas durante la revolución militar china entre 850 y 1290 (aunque el Oriente Medio musulmán contribuyó de manera significativa por varios conductos). Además, los orígenes de la imprenta no pueden ser atribuidos a Gutenberg ya que la primera imprenta de tipos móviles de metal fue inventada en Corea en 1403, y por-

que muchas de las tecnologías e ideas chinas de época anterior relacionadas con este campo fueron transmitidas a Occidente para permitir en fecha posterior la «culminación europea».

La siguiente fase significativa de la ascensión de Occidente que destaca especialmente el eurocentrismo es el triunfo de la revolución industrial británica. Pero el capítulo IX pone de manifiesto que algunas ideas de la Ilustración fueron tomadas directamente de Oriente, y especialmente de China. Por otra parte, la mayoría de las tecnologías y técnicas en las que se basaron la revolución agrícola y la revolución industrial británica, fueron inventadas en China y transmitidas a través de diversas rutas del comercio global. Entre ellas cabría citar la sembradora mecánica y la escardadora de tracción animal, el arado curvo de vertedera de hierro, la aventadora giratoria, los métodos de rotación de cultivos, los altos hornos de carbón y de ventilación, los métodos de producción de hierro y acero, las tecnologías relacionadas con la manufactura del algodón, los canales y compuertas mecánicas, la idea de la máquina de vapor y muchas otras más.

En resumen, sin la existencia de una economía global y de una globalización oriental muchas de las carteras de recursos más avanzadas de Oriente no habrían podido ser transmitidas a Occidente. Y sin esas carteras de recursos, los europeos tal vez hubieran continuado en la periferia atrasada de la economía global liderada por africanos y asiáticos. Claro que, de haber sido así, no habría habido necesidad de escribir un libro acerca de la ascensión de Occidente. Por el contrario, los sociólogos se habrían dedicado a debatir por qué Oriente había sido tan progresivo y naturalmente por qué Europa sigue siendo una sociedad atrasada e inmutable que va a la deriva en la periferia del sistema asiático mucho más avanzado. Indudablemente el principal manual «occidentalista» habría sido *Afroasia y los pueblos sin historia* (parafraseando el título del libro de Eric Wolf *Europe and the People without History*). Y por supuesto ahora habría alguien escribiendo un libro destinado a poner

remedio al occidentalismo demostrando que Occidente había contribuido de manera significativa a configurar Oriente acaso con el título *Los orígenes occidentales de la civilización oriental* o *El Oriente occidental*.

No obstante, lo cierto es que fue Europa y no Oriente la que desembocó en la modernidad capitalista (como, naturalmente, se encargan de recordar con tanto afán los eurocéntricos). Pero si por si casualidad ese hecho no fuera una manifestación de la superioridad de la racionalidad, el genio y la democracia liberal de Europa (como señalábamos en los capítulos XII y II-IV), una tesis alternativa sería la que dice que la ascensión de Occidente se debió a la superioridad de su capacidad de adaptación. Curiosamente, algunos autores eurocéntricos han seguido de hecho esta línea, y dicen:

Lo que lo hizo [a Occidente] extraordinario fue menos la capacidad de inventar que su disposición a aprender de otros, su voluntad de imitar, su habilidad para adoptar los instrumentos o las técnicas descubiertas en otras partes del mundo, para elevarlas a un nivel superior de eficacia, y para explotarlas con fines distintos y con un mayor grado de intensidad.⁵

Este argumento de la adaptación podría tener cierto fundamento dado que los europeos lograron asimilar con eficacia las carteras de recursos orientales (aunque eso sucediera mucho tiempo antes de que se pusieran en cabeza). No obstante, aunque esa capacidad de adaptación fue a todas luces un factor importante, no bastaría para explicar suficientemente la ascensión de Occidente. Hay dos razones principales de que así sea.

En primer lugar, la ascensión de Occidente supuso una gran dosis de contingencia y de suerte (asunto sobre el que volveré más adelante). En segundo lugar, sólo cabría conceder protagonismo a este argumento de la capacidad de adaptación si adoptáramos un enfoque estrictamente materialista-estructuralista. Pero como subrayo en la siguiente sección, en mi marco explicativouento

también con la importancia de la identidad europea y de la función de Europa como sujeto agente. Aludo en ella a la identidad predatoria y cada vez más racista de los europeos, rasgo que a su vez contribuyó al desarrollo de la fase posterior de la ascensión de Occidente. En otras palabras, la mera asimilación o adaptación de las carteras de recursos orientales fue un factor necesario, pero insuficiente del desarrollo de Occidente.

Pero hagamos un resumen de lo que es esta sección: la principal consecuencia del argumento «asimilacionista» es que rebate por un lado la idea eurocéntrica de la distinción radical entre Oriente y Occidente, y por otro la marginación de Oriente en el relato progresivo de la historia universal. De ese modo, podemos comprobar que a partir del año 500 e. v. Oriente y Occidente no han sido entidades separadas, sino que siempre han estado entrelazadas «de manera muy promiscua» (por citar la expresión de Michael Mann).⁶ Y en particular, Oriente no puede ser presentado como una víctima pasiva o un mero portador del poder de Occidente, entre otras cosas porque no sólo creó una economía global a partir del año 500 e. v., sino que durante mucho tiempo llevó la delantera a los europeos. Como señala Andre Gunder Frank

no existió una «economía mundial europea» separada de una «economía mundial del océano Índico». En todo caso, esta última «incorporó» a la primera, y no al revés ... La única «respuesta» consiste en entender que Europa y Asia ... han formado parte de una misma economía mundial desde hace mucho tiempo, y que fue su participación común en ella lo que determinó que corrieran suertes «separadas».⁷

Sobre todo, no puede hablarse de los orígenes de la modernidad capitalista y de la globalización apelando a un Occidente pionero e independiente. Más bien debe hablarse de un proceso histórico de acumulación global a largo plazo (o proceso de «confluencia global»),⁸ en el curso del cual Oriente, unido a Europa a través de la

globalización oriental desde el año 500 e. v., desempeñó un papel trascendental en el relato progresivo de la ascensión de Occidente. No obstante, por la misma regla de tres sería erróneo considerar a Occidente un mero beneficiario pasivo de la generosidad oriental (como haría el occidentalismo), entre otras razones porque los europeos también realizaron una contribución importante a todo ese proceso.

Y es la función de Europa como sujeto agente lo que constituye la segunda vertiente de mi argumentación general.

EUROPA COMO SUJETO AGENTE E IDENTIDAD EUROPEA Y LA APROPIACIÓN DE LOS RECURSOS ORIENTALES EN LA ASCENSIÓN DEL OCCIDENTE ORIENTAL

La apropiación imperial de los recursos orientales perpetrada por Europa fue la segunda vía a través de la cual Oriente posibilitó la ascensión del Occidente oriental. Fundamental para mi planteamiento en este sentido es la importancia concedida a la función de Europa como sujeto agente o, lo que es lo mismo, a la identidad europea. Recordemos que las explicaciones eurocéntricas hacen especial hincapié en la función de Europa como sujeto agente y, particularmente, en el carácter moralmente progresivo de Europa (sobre todo en el liberalismo y la democracia) y en su «inquietud racional», rasgos todos ellos que permitieron la ascensión autónoma e inevitable de Occidente. Acaso no sea de extrañar, pues, que los principales estudiosos antieurocéntricos tengan en común un mismo deseo de prescindir por completo de la función de Europa como sujeto agente o identidad europea. Sólo de esa forma, piensan, pueden elaborar una teoría que no exagere la singularidad de Occidente. Y a su vez, esa actitud los lleva a elaborar teorías que son esencialmente materialistas. Janet Abu-Lughod lo expresa en los siguientes términos:

Mi tesis es que el contexto —geográfico, político y demográfico— en el que se produjo el desarrollo fue mucho más significativo y determinante que cualquier factor psicológico o institucional interno. Europa salió adelante porque «Oriente» se hallaba temporalmente en una situación de confusión ... El hecho de que «Occidente venciera» en el siglo XVI, mientras que el sistema [oriental] anterior fracasaba, no puede utilizarse para afirmar de manera convincente que *sólo* las instituciones y la cultura de Occidente podían haberse alzado con el triunfo.⁹

Eric Wolf expresa su postura materialista invocando eficazmente la premisa socialista de Marx: «Contrariamente a los que creen que la mente sigue un camino propio independiente, yo sostendría más bien que la creación de una ideología ... se produce en el espacio concreto de un modo de producción desplegado para hacer que la naturaleza sea susceptible de ser utilizada por el hombre».¹⁰ Pero el rechazo más enérgico del «ideologismo» es el que plantea James Blaut, quien insiste en que el imperialismo europeo no puede explicarse por un único sentido de «avidez cultural» por parte de los europeos. Según dice,

para aceptar semejante tesis, tendría uno que creer que en la cultura europea hay algo absolutamente fundamental ... que hace a los europeos distintos de los demás seres humanos. Semejante actitud admite [o acepta] buena parte de la tesis eurocéntrica que ve a los europeos como un caso singular entre los seres humanos; sencillamente invierte el argumento y afirma que su singularidad radica no en su carácter progresivo, sino en su agresividad, en su capacidad predatoria y en su avidez.¹¹

Y en la misma página, el autor pasa a afirmar que «las comunidades protocapitalistas sedientas de sangre, dispuestas a emprender la conquista y deseosas de expoliar y esclavizar a cualquiera siempre que ello les acarree algún beneficio, pueden verse en muchos lugares del hemisferio oriental, y en los tres continentes».

Empiezo por el presupuesto de que, al elaborar una explicación antieurocéntrica, no tenemos por qué desechar la idea de la función de agente por el hecho de rechazar el eurocentrismo. Existen al menos tres motivos por los cuales no deberíamos desdeñar la función de Europa como sujeto agente. En primer lugar, correríamos por lo menos el riesgo de crear una especie de occidentalismo, en el que Europa aparecería como un mero «beneficiario pasivo» de las fuerzas o influencias globales y orientales. Semejante postura cabría acaso en un libro titulado *Afro-Asia y los pueblos sin historia* (como señalamos anteriormente). Pero con ello se reproduciría simplemente el discurso difusiónista y el esencialismo que lo acompaña (aunque dando la precedencia a Oriente en vez de a Occidente). En segundo lugar, conviene no cosificar la estructura externa o global. No es éste el lugar apropiado para ensayar todos los argumentos lanzados contra la teoría de los sistemas mundiales de Immanuel Wallerstein. Lo esencial aquí es recalcar que es muy importante oponer resistencia a la lógica funcionalista de un enfoque global-estructural. Y tampoco es éste el lugar apropiado para repasar el «debate agente-estructura», que se ha convertido en una verdadera industria casera dentro de la sociología. Pero como sosténía acertadamente E. P. Thompson en su crítica del estructuralismo althusseriano, los agentes no pueden ser considerados *Träger*, esto es, meros portadores pasivos de estructuras.¹² Y en tercer lugar, frente a Frank, Pomeranz y otros autores,¹³ una de las razones de que los individuos no sean meros «portadores pasivos de estructuras» es que la «estructura» (ya sea doméstica o global) no existe «ahí» independientemente de nuestra inteligencia o de nuestras concepciones. Las concepciones de la función de agente asociadas a la identidad son importantes por cuanto guían y configuran los intereses y acciones de los agentes. Es decir, los agentes actúan y responden de manera distinta dentro de un mismo ambiente estructural dependiendo de su identidad: Dicho de manera más simple, la forma en que los agentes conciben el mundo determina también

la forma en que *actúan* en él. Hasta cierto punto (aunque no de manera absoluta), pues, la estructura es lo que los agentes hacen de ella. Consideremos esta idea un poco más a fondo.

Digno de resaltar es en este contexto que, si bien China fue la potencia líder durante la mayor parte del segundo milenio, su identidad la llevó a preferir renunciar al imperialismo (como vimos en el capítulo III). Ciertamente su identidad era jerárquica, y en ella se imaginaba China como «el Reino Medio civilizado», para diferenciarla de todas las demás razas alejadas de ella, concebidas como «bárbaras». Pero a pesar de esta analogía superficial, el sistema tributario internacional chino era radicalmente distinto del imperialismo occidental. Como veímos con detalle en el capítulo III, el sistema tributario era más voluntario que obligatorio y, por otra parte, el estado chino no trató prácticamente en ningún momento de convertir culturalmente ni tan siquiera explotar a sus llamados estados vasallos.¹⁴ El sistema tributario tenía más bien por objeto atraer a los «vasallos» hacia China, empezando por poner ante sus narices unos beneficios económicos verdaderamente lucrativos. En último término, la identidad de China era más bien una entelequia defensiva cuya finalidad era preservar la autonomía cultural del país frente a potenciales invasores «bárbaros» (por ejemplo, los mongoles), y reproducir su legitimidad nacional a ojos de su propia población. En consecuencia, los chinos prefirieron renunciar al imperialismo aunque China fuera la principal potencia del mundo durante la mayor parte del segundo milenio.

La postura china contrasta radicalmente con la de Europa. La identidad europea empezó a definirse cada vez más en términos imperialistas, proceso que comenzó a partir de 1453 y que fue *in crescendo* a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Al llegar a este último período, los europeos ya habían construido mentalmente una gran línea divisoria entre Oriente y Occidente. El hecho de definir a Oriente como inferior e incapaz de alcanzar el desarrollo por sí mismo al tiempo que se definía la identidad de Occidente como in-

dependiente, activa y paternal, naturalmente instituía el imperialismo como un deber moral (esto es, la misión civilizadora). Es evidentemente cierto que hacia 1800 Occidente se las había arreglado para ocupar el primer puesto como potencia material-militar. Y no es menos evidente que éste fue un factor importante de la colonización de Oriente. Pero no había nada que hiciera inevitable el papel imperial que los europeos decidieron asumir en el mundo. Ya lo hemos visto en relación con la construcción de la identidad de China. En último término, los europeos no pretendían volver a crear el mundo simplemente porque «podían» (como quieren las explicaciones materialistas). Pretendían volver a crear el mundo porque creían que debían hacerlo. Es decir, sus acciones vinieron guiadas de modo significativo por su identidad, que consideraba el imperialismo una política moralmente apropiada (como explicamos en el capítulo X). En pocas palabras, no existe una relación intrínseca entre imperialismo y poder material superior, pues lo que en último término hizo imperialista a Europa, a diferencia de China, fue su identidad específica.

Sin embargo, nada de esto quiere decir que el poder material o los factores materiales carezcan de importancia. Pues de hecho tienen una importancia trascendental. En efecto, la difusión (y la apropiación) de los recursos materiales desde Oriente hasta Occidente es un aspecto fundamental de mi tesis en general. Y, repitiéndolo una vez más, el poder material fue un requisito decisivo del imperialismo británico. Pero lo que debemos señalar fundamentalmente es que el poder material en general y la gran potencia en particular se canalizan en direcciones distintas dependiendo de la identidad concreta del agente. Examinemos la genealogía de la identidad europea y cómo ésta determinó y guió las acciones que emprendieron los europeos, y cómo éstas a su vez permitieron la ascensión del Occidente oriental. Analizaré consecutivamente cada fila de la tabla 13.1.

A comienzos de la época medieval los europeos elaboraron su identidad de manera negativa frente al Oriente Medio musulmán.

El Islam fue escogido como el Otro en parte porque no existía nada inherente a Europa que pudiera ser aprovechado para crear una identidad concreta. La importancia de esta circunstancia radica en que este sentido negativo de la identidad condujo a la construcción de la cristiandad, que a su vez desempeñó un papel importante en la consolidación y la reproducción del sistema feudal europeo, así como en la realización de la «primera ronda» de Cruzadas (1095-1291). Como explicábamos en el capítulo V, sin esas ideas cristianas la estructura social sumamente desigual propia del feudalismo europeo no habría obtenido su legitimidad y, por consiguiente, habría acabado por estallar. De haber sido así, Europa habría regresado a la Edad Oscura (aunque también es posible que los europeos hubieran sido salvados de semejante destino por el efecto vigorizante del comercio y las carteras de recursos orientales que llegaron principalmente a través de Italia y España cruzando el Puente del Mundo islámico).

A partir de 1453 los europeos católicos se sintieron especialmente atemorizados por la llamada «amenaza turca». Y, como vimos en los capítulos VII y VIII, fue eso lo que provocó la «segunda ronda» de Cruzadas a partir de 1492-1498 (iniciada por Colón y Vasco de Gama respectivamente). La posterior «experiencia americana y africana» fue trascendental para permitir la reconstrucción de la identidad europea. En este sentido resultó decisiva la transmutación de la Cristiandad europea en Europa como el Occidente avanzado (véase el capítulo VIII). Mientras que durante el feudalismo los europeos se habían definido a sí mismos negativamente frente al Islam, su identidad se basaba en la inseguridad. A partir del siglo xv, los europeos empezaron por primera vez desde el año 500 a imaginarse superiores a los negros africanos y a los indígenas americanos, concebidos como salvajes paganos. Empezaba a aparecer el eurocentrismo (aunque basado en diversas concepciones cristianas de la diferencia). Fue esa actitud la que proporcionó a los europeos la autojustificación moral para emprender la apropiación

Tabla 13.1. *La construcción de la identidad occidental y sus consecuencias*

Fase de identidad	Yo	Otro	Estrategias apropiacionistas de Occidente en el mundo	
			Yo	Otro
(1) 500-1453	Europa construida como la cristianidad	El Oriente Medio musulmán y los «sarracenos» construidos como una amenaza hostil y mala	El ataque al Islam mediante la «primera ronda» de Cruzadas. Ningún apropiacionismo (aunque las Cruzadas permitieron la asimilación de diversos recursos de Oriente Medio)	El ataque al Islam mediante la «segunda ronda» de Cruzadas, iniciada por Colón y Vasco de Gama. Apropiación del oro y la plata de América, que financiaron el déficit comercial de Europa con Asia y permitieron obtener los beneficios del arbitraje mediante el proceso global de reciclaje de la plata. Apropiación de recursos «no europeos» por medio del tráfico de esclavos y de la mercantilización y la apropiación de la mano de obra africana y americana, lo que facilitó significativamente la industrialización de Occidente (y en especial de Gran Bretaña)
(2) 1453-c. 1780	Europa imaginada cada vez más como el Occidente avanzado	El Islam (principalmente los turcos otomanos) convertido a través de la cristianidad en una amenaza hostil y bárbara; los africanos y los indígenas americanos convertidos en «paganos» o «salvajes» y, por lo tanto, «maduros» para la explotación y la represión		
(3) c. 1780-1900	Los europeos imaginados como pueblo superior y la carrera de la civilización avanzada	El conjunto del mundo «no occidental» imaginado ahora como poblado por seres <i>salvajes</i> o <i>bárbaros</i> inferiores, y, por consiguiente, maduro para la explotación, la represión y la conversión cultural conforme al modelo occidental	El tráfico de esclavos (oficialmente hasta 1807 en Gran Bretaña) y la producción esclavista (oficialmente hasta 1833 en Gran Bretaña, 1865 en Estados Unidos, y 1888 en Brasil) facilitaron la industrialización de Occidente y especialmente de Gran Bretaña.	La apropiación de tierras, mano de obra y mercados asiáticos y africanos mediante el imperialismo formal e informal facilitó significativamente la industrialización de Europa y en especial de Gran Bretaña

imperial de los recursos del Nuevo Mundo y la sobreexplotación de los indígenas americanos y, sobre todo, de los negros africanos. En un primer momento, el principal beneficio económico procedió de la expoliación del oro y la plata, que permitió a los europeos financiar su déficit comercial con Asia y entrar en el negocio global del arbitraje. Al mismo tiempo, Europa occidental empezó a cristalizar como encarnación de la civilización avanzada, mientras que los habitantes de la Europa del este, junto con los turcos otomanos, eran imaginados como «bárbaros».

La «experiencia americana» del período comprendido entre 1500 y 1750-1780 representó la fase de transición de un «eurocentrismo cristianizado» incipiente a una concepción plenamente desarrollada de Europa occidental como entidad superior al resto del mundo. Lo fundamental es que a partir de 1700 la identidad europea sería reconstruida sobre unas bases propias del racismo implícito (hasta más o menos 1840) y a partir de esa fecha según los criterios del racismo explícito. Resultado de esta reconstrucción fue el establecimiento del imperialismo como deber moral (véase el capítulo X). Paradójicamente, el hecho de considerar a los pueblos de Oriente decididamente inferiores tuvo como consecuencia que la explotación y la apropiación de sus recursos (tierras, mano de obra y mercados) parecieran completamente naturales o legítimas. A su vez, este hecho contribuyó en una medida muy significativa a la industrialización de Gran Bretaña. Como explicábamos en el capítulo XI, todo ello comportó en primer lugar la apropiación de productos agrícolas procedentes de América que permitían el ahorro de tierras y la posibilidad de disponer de un suministro garantizado de algodón en rama producido por esclavos negros. En segundo lugar, la mercantilización de la mano de obra esclava negra produjo unos beneficios que permitieron un significativo incremento de la inversión en la economía británica (lo que yo llamo la «tesis de las grandes proporciones»). En tercer lugar, los esclavos negros supusieron por otra parte un enorme estímulo para el capital financiero británico. En cuarto lugar, las Leyes de

Navegación y la imposición del librecambio en el imperio permitieron el incremento de las exportaciones de Gran Bretaña, hecho que a su vez fomentó el desarrollo industrial del país. Y en quinto lugar, los británicos reorganizaron Oriente convirtiéndolo en un centro de abastecimiento de materias primas industriales de las que se apropiaron y que explotaron para satisfacer las necesidades industriales de su propio país. También vale la pena resaltar el hecho de que a lo largo de este proceso muchas economías orientales fueron obligadas a mantener unos niveles muy bajos a través de la «contención», lo que permitió por otro lado mantener el liderazgo económico de Gran Bretaña. Por último, el imperialismo comportó además un intento de «conversión cultural» de Oriente (es decir, un intento de etnocidio), pues Occidente se sintió amenazado por la llamada «desviación cultural de Oriente». Y en casos extremos, los europeos recurrieron también al genocidio y al *apartheid* social.

En resumen, podemos subrayar tres grandes argumentos. En primer lugar, fue la *inquietud racista* de Europa, y no su «inquietud racional», lo que permitió la fase final de la ascensión de Occidente. En segundo lugar, el indiscutible vínculo existente entre el hincapié que hago yo en la estructura global y la identidad radica en el hecho de que ésta se ha construido siempre en un contexto global. O, como dice Edward Said: «Oriente es una parte integrante de la civilización y la cultura *material* de Europa». ¹⁵ Y en tercer lugar, la idea eurocéntrica de que existe una férrea lógica de inmanencia que hizo inevitable la ascensión de Occidente resulta problemática si tenemos en cuenta el hecho de que sin la expoliación y la explotación de los recursos de Oriente —tierras, mano de obra y mercados— Europa no habría podido culminar su carrera y desembocar en la modernidad industrial. Por otra parte, la lógica eurocéntrica de inmanencia cae asimismo por tierra si consideramos que Europa tuvo una suerte enorme al conseguir culminar su carrera. O, como dice Michael Mann haciéndose eco de la importancia de la contingencia: «Así, pues, se produjo efectivamente el desarrollo de la his-

toria universal, pero no fue algo “necesario”, el resultado teleológico de un “espíritu universal”, el “destino del hombre”, el “triunfo de Occidente” ... ni nada de eso». ¹⁶ ¿Cómo permitió entonces la contingencia la ascensión del Occidente oriental?

EL IMPACTO DE LA CONTINGENCIA EN LA ASCENSIÓN DEL OCCIDENTE ORIENTAL

Los destacados autores antieurocéntricos Kenneth Pomeranz y James Blaut subrayan la «contingencia» (o accidente fortuito) como el factor decisivo de la ascensión de Occidente.¹⁷ En cierto sentido, la ascensión de Occidente puede explicarse de hecho casi en su totalidad por medio de la contingencia. Pues los europeos necesitaron una gran dosis de suerte, ya que no eran ni lo bastante racionales, liberal-democráticos ni ingeniosos para abrir independientemente la senda de su propio desarrollo. El primer y probablemente el más fortuito de los casos de suerte que les favoreció fue el hecho de que Oriente abriera la senda de un progreso económico significativo gracias a su capacidad inventiva, lo que a su vez proporcionó a los europeos las distintas «carteras de recursos» que sustentaron la ascensión de Occidente. En segundo lugar, si los asiáticos no hubieran creado también una economía global, muchas de sus innovaciones más avanzadas no habrían llegado nunca a Europa debido a la falta de una globalización oriental.

Un tercer ejemplo de extraordinaria buena suerte fue que las sociedades orientales más poderosas no intentaran colonizar Europa y absorberla en su órbita cultural (como posteriormente harían los europeos con ellas). Como señalamos en el capítulo II, los mongoles dieron media vuelta ante la perspectiva de conquistar el corazón de Europa y prefirieron dirigirse hacia China. Paradójicamente, los europeos tuvieron la inmensa suerte de que se creara el Imperio mongol. Pues éste puso en manos de Occidente numerosos produc-

tos y carteras de recursos orientales a través de la ruta norte de la economía global (la Pax Mongolica). Señalamos también en el capítulo V que a los musulmanes no les interesó conquistar la Europa occidental medieval, aunque llevaron a cabo numerosas incursiones «descaradas» en el continente. Además, como explicamos en el capítulo III, Europa se benefició en último término de la paciencia china, que prefirió no universalizar sus «criterios de civilización» a través del imperialismo. Por desgracia, la benévolas paciencia china sería castigada cuatrocientos años más tarde con la campaña imperial europea de introducción de drogas, guerras y ataques a la misión identidad china (véase el capítulo XI).

Un cuarto caso de suerte —como subraya Blaut— lo encontramos en el hecho de que los españoles descubrieran accidentalmente las Américas, donde había oro y plata en abundancia (véase el capítulo VIII). Fue un caso verdaderamente afortunado en primera instancia porque Colón supuso que había llegado a China. Pero se equivocó. De no haberse equivocado habría acabado haciendo la reverencia de respeto ante el emperador chino, lo cual habría supuesto un panorama muy distinto del que se desarrolló en las Américas. O como señala acertadamente Fernández-Armesto: «De haber sido capaz de llegar a Japón, Colón habría sido recibido como un personaje extravagante y exótico, habría sido objeto de burla por comer con las manos, y en China habría sido recibido como un tributario primitivo, que sólo era capaz de ofrecer regalos ridículos». ¹⁸ Además, si hubiera desembarcado en China, no habría encontrado los recursos de oro y plata existentes en las Américas. Y como esos recursos fueron especialmente importantes para que Occidente pudiera iniciar a partir de 1500 la fase de «acortamiento de distancias», semejante eventualidad habría supuesto un golpe durísimo. Por otra parte, como dice James Axtell,

si no hubiera traído el botín inmediato del oro y la plata de las Indias, los españoles [probablemente] habrían despedido a Colón

después de su primer viaje por considerarlo un italiano desquiciado, y habrían dirigido sus energías económicas hacia Oriente, siguiendo los pasos de los portugueses, en busca de las riquezas seguras de África, la India y las Indias Orientales.¹⁹

No obstante, es posible que Axtell se equivoque en cierto sentido. Pues sin la apropiación del oro y la plata americana, los europeos no habrían sido capaces de mantener ni siquiera su modesta presencia en Asia durante el período 1500-1800 (pues fue ese dinero el que financió sus actividades comerciales en esta zona; véase el capítulo VII). Por consiguiente, habrían sido «incapaces de dirigir sus energías económicas hacia África, la India y las Indias Orientales». Los europeos tuvieron además la trágica suerte de que los nativos americanos tuvieran unos sistemas inmunitarios inadecuados para hacer frente a las enfermedades euroasiáticas que ellos introdujeron, circunstancia que facilitó enormemente el proceso de colonización europea. Por la misma regla de tres, los europeos tuvieron además la grandísima suerte de disponer de la fuerza de trabajo productiva de los esclavos africanos y especialmente de que éstos tuvieran unos sistemas inmunitarios lo bastante fuertes como para resistir las enfermedades euroasiáticas.

Un quinto ejemplo genérico de buena suerte es el que podríamos resumir bajo el epígrafe «dio la casualidad de que los europeos supieron encontrarse a menudo en el lugar adecuado a la hora adecuada». Se nos viene a la imaginación más de una vez el ejemplo de las Américas. Pero otro caso pertinente es el de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, que casualmente se encontraba en la India en el momento en que el estado mongol empezó a desintegrarse por sí solo en varias facciones rivales. El hecho es que inicialmente los ingleses no derrotaron a la India por su poderío militar «abrumador». La llamada heroica victoria obtenida por Robert Clive en Plassey en 1757 fue fruto de la buena fortuna. Lo que causó la derrota del ejército indio fue no la superioridad del poderío

británico, sino una serie de choques intestinos que provocaron la ruina del ejército indio en lo que en realidad supuso un «golpe de estado en el campo de batalla».²⁰ Por otra parte, a partir de 1757 los británicos lograron hacerse con un dominio imperial únicamente porque supieron jugar la baza de las distintas facciones políticas. Sólo con posterioridad los fusiles europeos lograron consolidar el dominio de Gran Bretaña sobre la India. Pero si el estado mongol hubiera resistido en primera instancia, probablemente la India no habría lucido nunca como la joya de la corona imperial británica. Por otra parte, si los indios no hubieran sido los anfitriones acogedores y amables de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales desde comienzos del siglo XVII, los británicos no habrían gozado nunca de una presencia en el país ni habrían podido expandir su base de poder en él cuando el estado mongol empezó a desintegrarse por sí solo. Y todo lo demás no habría formado parte de la historia.

Resumiendo estas tres últimas secciones, ahora podemos comprobar que el relato de la ascensión del Occidente oriental no puede contarse apelando a la inmanencia de la estructura social de Europa. El liderazgo del poder global residió a todas luces en distintos lugares de Oriente hasta aproximadamente el año 1800. Entre más o menos 500 y c. 1000 el liderazgo del poder global correspondió al Oriente Medio. Hacia el año 1100 el «péndulo» empezó a desplazarse hacia el este, y China gozaría del protagonismo del poder intensivo global, mientras que hacia el siglo XV se haría con el liderazgo del poder extensivo global. A partir del año 1500 más o menos el péndulo empezó a desplazarse muy gradualmente otra vez hacia Occidente, al tiempo que los europeos se lanzaban al imperialismo e intensificaban simultáneamente sus contactos con Oriente. Pero no sería hasta bien entrada la fase de industrialización cuando el liderazgo del poder intensivo y del poder extensivo global pasara a Gran Bretaña. Por desgracia, no podemos saber si, en ausencia del imperialismo occidental, Oriente habría realizado o no la transición final al industrialismo moderno, pues las estrate-

gias de contención económica de Occidente bloquearon el crecimiento potencial de muchas economías orientales (aunque Japón supuso una excepción que confirma la regla antieurocéntrica, pues logró industrializarse en ausencia de la colonización europea). No obstante, la mejor analogía para entender la culminación definitiva de Occidente es la carrera de los 400 metros por relevos. Pues una cosa es segura: los británicos no habrían cruzado nunca la meta en primer lugar de no ser porque Oriente corrió los primeros 300 metros en tiempo récord. O, como dice de nuevo Jack Goody,

—la modernización es un proceso continuo en el que las distintas regiones han participado como si dijéramos dando saltos de rana. Ninguna está dotada de unas características [inventivas] únicas de tipo permanente que le permitan inventar o adoptar por sí sola unos cambios tan significativos como la Revolución Agrícola [o Industrial].²¹

CONCLUSIÓN

Ahora puedo presentar una visión antieurocéntrica alternativa de algunos de los grandes puntos de inflexión de la historia universal de los últimos mil quinientos años, momentos que, a mi juicio, deberían constituir el principal foco de atención de nuestros estudios. Esto me permite al mismo tiempo exponer en forma de tabla algunas de las tesis fundamentales del presente libro y presentarlas al lado de la explicación eurocéntrica de los hechos (véase tabla 13.2).

Cabe señalar que los autores explícitamente eurocéntricos, como Roberts y Landes, afirman que, a diferencia de lo que hace la explicación antieurocéntrica, la suya apela sólo a «hechos empíricos». Como afirmaba Roberts: «Si sólo hablamos de hechos ... y no del valor que les atribuimos, es perfectamente correcto situar a Europa en el centro de la historia de los tiempos modernos [es decir, a partir de 1500]».²² Y sin duda David Landes desdeñaría mi concep-

ción alternativa de la historia universal, como ha hecho con la de Andre Gunder Frank, tildándola de «historia mal escrita», «eurofóbica»,²³ o quizás incluso de «occidentalista». En este contexto en concreto resultan muy incisivas las sabias palabras de W. E. B. Du Bois: «Debemos dejar claros los hechos sin ceder obviamente a nuestros deseos, nuestro capricho o nuestras creencias. Lo que hemos descubierto, en la medida de lo posible, son las cosas que efectivamente ocurrieron en el mundo».²⁴ Pues como, consciente o inconscientemente, he sostenido a lo largo de todo mi libro, el eurocentrismo no selecciona los hechos relevantes con arreglo a una «objetividad científica», sino que selecciona sólo los «hechos» que permiten incluir a Occidente en el relato progresivo de la historia universal y excluir de ella a Oriente.

Así pues, sólo cuando prescindimos del eurocentrismo podemos empezar a elaborar una imagen más abierta, más llena de empatía y más completa de la historia universal. Y el concepto empatía no debería traducirse por «pensamiento ilusorio» (como habría dicho David Landes). La empatía es fundamental porque nos permite trascender las distorsiones arbitrarias y selectivas del eurocentrismo que erróneamente nos inducen a despreciar o marginar a Oriente. Por consiguiente una investigación histórica provista de empatía nos permite reclamar lo que George James llamaba con razón el «legado robado» de Oriente,²⁵ y devolver de ese modo a los pueblos orientales el estatus de agentes creativos y activos. Y lo hacemos no porque ése sea nuestro deseo, sino porque, como ha demostrado objetivamente este libro, los orientales han sido sin duda alguna uno de los muchos «pueblos sin historia» que han contribuido significativamente de múltiples maneras, incluso con el sacrificio, a la consecución del capitalismo moderno. Y sólo cuando lo reconozcamos podremos empezar a dar una explicación satisfactoria de la ascensión del Occidente oriental.

A la luz de todo lo expuesto resulta conveniente parafrasear las siguientes palabras de Henry Reynolds (destacado autor australiano

Tabla 13.2. *Dos visiones de los momentos clave de la historia universal, c. 500-1900*

	Eurocentrismo	Antieucentrismo
733	Victoria de Carlos Martel sobre los «sarracenos» en las batallas de Tours y Poitiers	751-1453 La victoria árabe en la batalla de Talas establece la supremacía del Islam en el oeste de Asia central. Los otomanos toman Constantinopla (1453)
600-1000	Europa abre la senda de la revolución agrícola medieval	China abre la senda de numerosas tecnologías que permitieron la revolución agrícola europea de los siglos XVIII y XIX
c. 1000	Los italianos abren la senda del comercio a larga distancia y el capitalismo primitivo e Italia se convierte en la primera potencia global	Los italianos entran en la economía global liderada por los aforasáticos. La globalización oriental permite la transmisión de «cartas de recursos» orientales que permiten el desarrollo del Occidente atrasado
A partir de 1095	Los cruzados europeos imponen su control sobre el Oriente Medio musulmán	Los italianos siguen dependiendo del Oriente Medio musulmán y de Egipto
c. 1400-1650	El Renacimiento italiano y la revolución científica	c. 800-c. 1400 Renacimiento oriental o musulmán (que posteriormente permite el Renacimiento europeo y la revolución científica)
1434	China se retira del mundo dejando un vacío que no tardan en llenar los europeos debido a su superioridad	1434-1800/1839 China sigue ostentando la preeminencia como máxima potencia comercial y máximo productor, al tiempo que logra resistirse a las incursiones occidentales e imponer sus condiciones a los mercaderes europeos
	Eurocentrismo	Antieucentrismo
1455	Gutenberg inventa la imprenta de tipos móviles de metal	1040-1403 Pi Shêng inventa la imprenta de tipos móviles (1040); los coreanos inventan la primera imprenta de tipos móviles de metal (1403)
1487-1488	Bartolomé Díaz es el primero en llegar al «cabo de las Tormentas»	c. 200-1421 Los árabes doblan el cabo de Buena Esperanza (c. 1450) y llegan remontando la costa hasta Europa. Los chinos (c. siglo IX), los polinesios (c. siglo III) y los indios navegan hasta el cabo y remontan la costa de África oriental
Después de 1492	Edad europea de los descubrimientos y aparición de la primitiva protoglobalización occidental	c. 500-1500/1800 Edad afroasiática de los descubrimientos: los orientales crean y mantienen la economía global (y encabezan la globalización oriental). Los chinos prefieren no iniciar el imperialismo
Después de 1492	Expolición del oro y la plata americana por los españoles	c. 1450 China impone una moneda de plata y, al ser el mayor productor y comerciante del mundo, supone la existencia de una grandísima demanda de la plata explotada por Europa en las Américas
1498	Vasco de Gama establece el «primer contacto» con el pueblo primitivo y aislado de la India	c. a partir de 800 Contactos comerciales de los indios con el resto de Eurasia; los indios son económicamente superiores a sus «descubridores» portugueses. La ciencia y la tecnología de China, India, acaso las de los negros africanos, y sin duda alguna las del mundo musulmán proporcionan las bases para la construcción de barcos y la navegación de los portugueses

	Eurocentrismo	Antieucentrismo
1498-c. 1800	Los europeos derrotan a los asiáticos y monopolizan el comercio mundial	1498-c. 1800 Los europeos no consiguen derrotar a los asiáticos y siguen dependiendo de ellos a cambio de una pequeña participación en el lucrativo comercio oriental: continuación de la edad afroasiática
1550-1660	«Revolución militar» europea	c. 850-1290 «Revolución militar» china, cuyos elementos tecnológicos vinieron a sustentar la revolución militar europea
1700-1850	Tiene lugar en Gran Bretaña el primer milagro industrial	600 a. e. v. -1100 Milagro industrial chino. La asimilación de las tecnologías e ideas chinas permite la revolución industrial británica
1700-1850	La industrialización británica supone el triunfo del cambio interno o autogenerado	1700-1850 Contribución significativa de los «no europeos» (especialmente de los africanos) a la industrialización británica a través de la apropiación y de la explotación de sus numerosos recursos
1853	El comodoro Perry «abre» el Japón Tokugawa, hasta entonces aislado; el Japón Meiji, como «país de desarrollo tardío», se industrializa copiando a Occidente	1603-1868 El Japón Tokugawa sigue unido a la economía global. El desarrollo independiente de los Tokugawa proporciona la trampa de lanzamiento necesaria para la subsiguiente industrialización Meiji (Japón como «país de desarrollo temprano»)
Década de 1820	Gran Bretaña invierte su déficit comercial con China	Década de 1820 Gran Bretaña sólo consigue invertir su déficit comercial con China inundando el país de drogas
1839-1858	Las guerras del opio y los tratados iniciales «obligan a abrirse» a China y salvan su economía atrasada	c. 850-1911 China continúa abierta al comercio mundial y alcanza un progreso económico considerable a lo largo de todo este período

no que se ha manifestado a favor de la reconciliación de los aborígenes) tomadas de su libro *Black Pioneers*:

Acaso la razón más importante para escribir un libro acerca de los pioneros [afroasiáticos] sea la constatación de que realizaron una contribución muy significativa al desarrollo de [Occidente], que nunca ha sido justa ni plenamente reconocida. Daba la sensación de que la leyenda del [pionero occidental] ... había sido tan importante para el desarrollo de la [identidad occidental y de las teorías occidentales de la Ascensión de Occidente] que no quedaba espacio discursivo para los pioneros [orientales]. Si se les incluyera, complicarían el relato, echarían por tierra el heroísmo de los blancos, y ensombrecerían su gloria. Si pudiera demostrarse que los [«no blancos»] desplegaron las mismas cualidades y los mismos atributos que los blancos [o incluso algunos superiores] ... los pioneros [occidentales] se verían empequeñecidos y su [brillantez] quedaría en entredicho. Ulteriores investigaciones podrían llevar a la conclusión de que [Occidente] debía mucho al «niño negro» anónimo que guió y ... mostró [a Occidente] los mejores logros del [desarrollo].²⁶

En efecto, uno de los grandes objetivos de mi libro ha sido llevar a cabo esas «investigaciones ulteriores», cuyos resultados sacan a la luz a los orientales hasta ahora innominados que abrieron la senda del capitalismo global a partir del año 500 e. v. y contribuyeron al mismo tiempo al desarrollo de Occidente.

Por último, las recientes palabras del difunto Edward Said incluidas en el prólogo a la reimpresión del año 2003 de su libro *Orientalism* resultan muy pertinentes en estos momentos:

Más que en el choque prefabricado de civilizaciones, debemos concentrarnos en la lenta colaboración de culturas que se solapan, que toman prestados elementos unas de otras, y que conviven ... Pero para obtener este [tipo] de percepción más amplia necesitamos

tiempo y una investigación paciente y escéptica basada en la fe en las comunidades de interpretación, tan difíciles de mantener en un mundo que exige una secuencia de acción y reacción inmediata.²⁷

Este volumen ha intentado ofrecer precisamente ese tipo de análisis. Por otra parte, apoyo plenamente el llamamiento del profesor Said en pro de un ulterior desarrollo de los análisis provistos de empatía que rechazan la polarización forzada de Oriente y Occidente, determinada por la política racista de este último que a menudo la ha acompañado, entre otras razones porque eso es ni más ni menos lo que la humanidad global exige. Pues al redescubrir nuestro pasado global colectivo hacemos posible un futuro mejor para todos.

NOTAS

NOTA AL PRÓLOGO

1. Nótese que he utilizado la expresión Oriente Medio y no «Asia occidental» sólo porque la primera resulta más fácil de identificar para el público en general. Cabe señalar asimismo que he utilizado el sistema Wade-Giles y no el Pinyin para transcribir los nombres chinos, una vez más por la sencilla razón de que el primero resulta más fácil de reconocer para el público en general que el segundo.

NOTAS AL CAPÍTULO I

1. Martin Bernal, *Black Athena*, I, Vintage, Londres, 1991. [Hay trad. cast., *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Crítica, Barcelona, 1993.]
2. Ibídem; Samir Amin, *Eurocentrism*, Zed Books, Londres, 1989; Janet L. Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, Oxford University Press, Oxford, 1989; James M. Blaut, *The Colonizers' Model of the World*, Guilford Press, Londres, 1993; Bryan S. Turner, *Orientalism, Postmodernism and Globalism*, Routledge, Londres, 1993; Jack Goody, *The East in the West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; Andre Gunder Frank, *ReOrient*, University of California Press, Berkeley, 1998; Kenneth Pomeráñez, *The Great Divergence*, Princeton University Press, Princeton, 2000; Clive Pointing, *World History*, Chatto & Windus, Londres, 2000. Véanse asimismo las obras menos re-

- cientes de Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam*, 3 vols., Chicago University Press, Chicago, 1974; y Eric R. Wolf, *Europe and the People without History*, University of California Press, Berkeley, 1982. [Hay trad. cast., *Europa y la gente sin historia*, FCE, México, 1987.]
3. David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, Little, Brown, Londres, 1998. [Hay trad. cast., *La riqueza y la pobreza de las naciones; por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Crítica, Barcelona, 2003.]
 4. John M. Roberts, *The Triumph of the West*, BBC Books, Londres, 1985.
 5. Felipe Fernández-Armesto, *Millennium*, Black Swan, Londres, 1996, p. 8. [Hay trad. cast., *Milenium*, Planeta, Barcelona, 1995.]
 6. W. E. B. Du Bois, *Africa and the World*, International Publishers, Nueva York, 1975 [1946], p. vii.
 7. Marshall G. S. Hodgson, *Rethinking World History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, p. 33.
 8. Edward W. Said, *Orientalism*, Penguin, Londres, 1991 [1978] [Hay trad. cast., *Orientalismo*, Debate, Madrid, 2002]; Victor G. Kiernan, *The Lords of Mankind*, Columbia University Press, Nueva York, 1986 [1969]; Hodgson, *Venture*, I; Bryan S. Turner, *Marx and the End of Orientalism*, Allen & Unwin, Londres, 1978.
 9. Eric Wolf, *Europe*, p. 5.
 10. Por ejemplo, Joseph R. Strayer y Hans W. Gatzke, *The Mainstream of Civilization*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1979; David S. Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969.
 11. Ruth Benedict, *Race: Science and Politics*, Modern Age Books, Nueva York, 1940, pp. 25-26. [Hay trad. cast., *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Tecnos, Madrid, 1979.]
 12. Du Bois, *Africa*, p. 148.
 13. Véase especialmente James M. Blaut, *Eight Eurocentric Historians*, Guilford Press, Londres, 2000.
 14. Karl Marx en Shlomo Avineri, *Karl Marx on Colonialism and Modernization*, Anchor, Nueva York, 1969, pp. 184, 343; véase asimismo Brendan O'Leary, *The Asiatic Mode of Production*, Blackwell, Oxford, 1989, p. 69.
 15. Karl Marx, «Chinese Affairs» (1862), en Avineri, *Marx*, pp. 442-444.

16. Por ejemplo, Karl Marx, «The Future Results of British Rule» (1853), en Avineri, *Marx*, pp. 132-133; Karl Marx, *Surveys from Exile*, Pelican, Londres, 1973, p. 320.
17. Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Penguin, Harmondsworth, 1985, p. 84. [Hay trad. cast., *El manifiesto comunista*, Crítica, Barcelona, 1998.]
18. Karl Marx, *Capital* III, Lawrence and Wishart, Londres, 1959, pp. 791, 333-334 [hay trad. cast., *El capital*, 6 vols., Folio, Barcelona, 1997]; Marx, *Capital* I, Lawrence and Wishart, Londres, 1954, pp. 140, 316, 337-339.
19. Marx, *Capital* I, p. 338. La cursiva es mía.
20. Karl Marx, *Capital* III, p. 726.
21. Karl Wittfogel, *Oriental Despotism*, Yale University Press, New Haven, 1963. [Hay trad. cast., *Despotismo oriental: estudio comparativo del poder totalitario*, Guadarrama, Madrid, 1966.]
22. Karl Marx, *Grundrisse*, Vintage, Nueva York, 1973, p. 110. [Hay trad. cast., *Grundrisse: Líneas fundamentales de la Crítica de la Economía Política*, Crítica, Barcelona, 1978.]
23. Karl Marx, *The German Ideology*, Lawrence and Wishart, Londres, 1965. [Hay trad. cast., *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1975.]
24. Georg W. F. Hegel, *The Philosophy of History*, Dover Publications, Nueva York, 1956. [Hay trad. cast., *Lecciones sobre la historia de la filosofía universal*, Alianza, Madrid, 1997.]
25. Teshale Tibebu, «On the question of Feudalism, Absolutism, and the Bourgeois Revolution», *Review* 13 [1] (1990), pp. 83-85.
26. Randall Collins, *Weberian Sociological Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 23. La cursiva es mía.
27. Véanse especialmente las siguientes obras de Weber: *The Religion of China*, The Free Press, Nueva York, 1951; *The Religion of India*, Don Martindale, Nueva York, 1958 [Hay trad. cast., *Ensayos sobre sociología de la religión*, 3 vols., Taurus, Madrid, 1987.]; *General Economic History*, Transaction Books, Londres, 1981 [Hay trad. cast., *Historia económica general*, FCE, México, 1983]; *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1958. [Hay trad. cast., *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1989.]

28. Por ejemplo, Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence*, Polity, Cambridge, 1985.
29. Por ejemplo, Immanuel Wallerstein, *The Modern World System*, I, Londres: Academic Press, 1974 [Hay trad. cast., *El moderno sistema mundial*, 3 vols, Siglo XXI, Madrid, 1979-1999.]; Giovanni Arrighi, «The World according to Andre Gunder Frank», *Review* 22 [3] (1999), pp. 348-353; Jared Diamond, *Guns, Germs and Steel*, Vintage, Londres, 1998. [Hay trad. cast., *Armas, gérmenes y acero*, Debate, Barcelona, 2004.]
30. Max Weber, *Economy and Society*, II, University of California Press, Berkeley, 1978, pp. 1192-1193. [Hay trad. cast., *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, FCE, Madrid, 2002.]
31. James Blaut, *Colonizer's Model*, cap. II.
32. Ibídem, p. 5.
33. Landes, *Wealth*, cap. 29.
34. Ibídem, p. xxi.
35. Lynn White, citada en Blaut, *Eight Eurocentric Historians*, p. 39. La cursiva está en el original.
36. Blaut, *Colonizer's Model*, pp. 115-119.
37. Immanuel Wallerstein, «Frank Proves the European Miracle», *Review* 22 [3] (1999), pp. 356-357.

NOTAS AL CAPÍTULO II

1. Michael Mann, *The Sources of Social Power*, I, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 6-10. [Hay trad. cast., *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Alianza, Madrid, 1991-1997.]
2. Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Verso, Londres, 1979, pp. 548-549. [Hay trad. cast., *El estado absolutista*, Siglo XXI, Madrid, 1998.]
3. Por ejemplo, David Held, Anthony McGrew, David Goldblatt y Jonathan Perraton, *Global Transformations*, Polity, Cambridge, 1999. [Hay trad. cast., *Transformaciones globales: política, economía y cultura*, Oxford, México, 2002.]
4. Janet L. Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, Oxford University Press, Oxford, 1989, p. 8.

5. Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Russell Sage Foundation, Nueva York, 1984, p. 62. [Hay trad. cast., *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza, Madrid, 1991.]
6. Jane Schneider, «Was there a Pre-Capitalist World-System?», *Pesant Studies* 6 (1977), pp. 20-29.
7. Abu-Lughod, *Hegemony*, p. 32.
8. Robert J. Holton, *Globalization and the Nation-State*, Macmillan, Londres, 1998, p. 28. Los destacados son míos.
9. William H. McNeill, *The Rise of the West*, Chicago University Press, Chicago, 1963, p. 460.
10. William H. McNeill, «The Rise of the West after Twenty-Five Years», en Stephen K. Sanderson (ed.), *Civilizations and World Systems*, Altamira Press, Londres, 1995, p. 314.
11. Jerry H. Bentley, *Old World Encounters*, Oxford University Press, Nueva York, 1993, especialmente caps. 1 y 3.
12. Philip D. Curtin, *Cross-Cultural Trade in World History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, p. 105.
13. Jack Goody, *The East in the West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 86; Nigel Harris, *The Return of Cosmopolitan Capital*, I. B. Tauris, Londres, 2003, pp. 15-24; André Wink, *Al-Hind: the Making of the Indo-Islamic World*, I, E. J. Brill, Leiden, 1990, cap. 2.
14. McNeill, «Rise of the West after Twenty-Five Years», p. 316.
15. Wink, *Al-Hind*, pp. 35-36.
16. George F. Hourani, *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Khayats, Beirut, 1963, pp. 36-38; Wink, *Al-Hind*, pp. 48-55.
17. Esta cita y las dos siguientes pertenecen al libro de Maxime Rodinson, *Islam and Capitalism*, Allen Lane, Londres, 1974, pp. 14, 16-17, y 29 respectivamente. [Hay trad. cast., *Islam y capitalismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.]
18. S. D. Goitein, *Studies in Islamic History and Institutions*, E. J. Brill, Leiden, 1968, pp. 228-229.
19. Marshall G. S. Hodgson, *Rethinking World History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, pp. 111-116, 141.
20. Ibídem, p. 133.

21. Robinson, *Islam*, p. 56.
22. Rita R. Di Meglio, «Arab Trade with Indonesia and the Malay Peninsula from the 8th to the 16th Century», en D. S. Richards (ed.), *Islam and the Trade of Asia*, Bruno Cassirer, Oxford, 1970, p. 126.
23. Hourani, *Arab Seafaring*, p. 62; Abu-Lughod, *Hegemony*, p. 199; W. E. B. Du Bois, *Africa and the World*, International Publishers, Nueva York, 1975 [1946], pp. 174, 192; Neville Chittick, «East African Trade with the Orient», en Richards, *Islam*, p. 98.
24. Al-Mansūr y al-Ya'qūbī citados en Hourani, *Arab Seafaring*, p. 64.
25. Marco Polo citado en Jonathan Bloom y Sheila Blair, *Islam: Empire of Faith*, BBC Worldwide, Londres, 2001, p. 164 [Hay trad. cast., *Islam: mil años de ciencia y poder*, Paidós, Barcelona, 2003.]; cf. Ibn Battūta, *Travels in Asia and Africa, 1325-1354*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1983, p. 101.
26. Wink, *Al-Hind*, pp. 28, 47.
27. Abu-Lughod, *Hegemony*, p. 36.
28. Philip D. Curtin, «Africa and the Wider Monetary World, 1250-1850», en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Later Medieval and Early Modern Worlds*, Carolina Academic Press, Durham, 1983, pp. 231-238.
29. Ibn Battūta, citado en Du Bois, *Africa*, p. 191.
30. John Middleton, *The World of the Swahili*, Yale University Press, New Haven, 1992.
31. Du Bois, *Africa*, Cap. 10; Eric R. Wolf, *Europe and the People Without History*, University of California Press, Berkeley, 1982, pp. 37-44. [Hay trad. cast., *Europa y la gente sin historia*, FCE, México, 1987.]
32. K. P. Moseley, «Caravel and Caravan: West Africa and the World-Economies, c. 900-1900 AD», *Review* 15 [3] (1992), p. 527; E. W. Bovill, *Caravans of the Old Sahara*, Oxford University Press, Londres, 1933, especialmente caps. 5-6.
33. Du Bois, *Africa*, cap. 7; Roland Oliver, *The African Experience*, Phoenix, Londres, 1999, caps. 6, 11.
34. Wink, *Al-Hind*, p. 61.
35. Jerry H. Bentley, «Cross-Cultural Interaction and Periodization in World History», *American Historical Review* 101 [3] (1996), p. 764.
36. O. W. Wolters, *Early Indonesian Commerce*, Cornell University Press, Ithaca, 1967.

37. Wink, *Al-Hind*, pp. 351-355.
38. Ibídem, pp. 86-104.
39. Véase S. D. Goitein, *Jews and Arabs*, Schocken Books, Nueva York, 1964.
40. Eric L. Jones, *Growth Recurring*, Clarendon Press, Oxford, 1988, cap. 3. [Hay trad. cast., *Crecimiento recurrente: el cambio económico en la historia mundial*, Alianza, Madrid, 1997.]
41. Fernand Braudel, *A History of Civilizations*, Penguin, Londres, 1995, p. 71. [Hay trad. cast., *Las civilizaciones actuales*, Tecnos, Madrid, 1983.]
42. Bloom y Blair, *Islam*, pp. 110-111.
43. S. D. Goitein, «The Main Industries of the Mediterranean Area as Reflected in the Records of the Cairo Geniza», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 4 [2] (1961), pp. 168-197.
44. Jones, *Growth Recurring*, p. 67.
45. Felipe Fernández-Armesto, *Civilizations*, Pan Books, Londres, 2001, pp. 120-131. [Hay trad. cast., *Civilizaciones: la lucha del hombre por controlar la naturaleza*, Santillana, Madrid, 2002.]
46. Abu-Lughod, *Hegemony*, p. 159.
47. Matthew Paris citado en Michael Edwardes, *East-West Passage*, Taunton, Nueva York, 1971, p. 70.
48. J. B. Friedmann, *The Monstruous Races in Medieval Art and Thought*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1981.
49. Abu-Lughod, *Hegemony*, p. 149.

NOTAS AL CAPÍTULO III

1. Tsun Ko, «The Development of Metal Technology in Ancient China», en Cheng-Yih Chen (ed.), *Science and Technology in Chinese Civilisation*, World Scientific, Singapur, 1987, pp. 229-238.
2. Robert Hartwell, «Markets, Technology, and the Structure of Enterprise in the Development of the Eleventh Century Chinese Iron and Steel Industries», *Journal of Economic History* 26 (1966), pp. 29-58.
3. Donald Wagner, *Iron and Steel in Ancient China*, E. J. Brill, Leiden, 1993, p. 407 y pp. 69-71.
4. Jacques Gernet, *A History of Chinese Civilization*, Cambridge Uni-

- versity Press, Cambridge, 1999, p. 69. [Hay trad. cast., *El mundo chino*, Crítica, Barcelona, 2005.]
5. Joseph Needham, Wang Ling y Lu Gwei-Djen, *Science and Civilisation in China*, IV [3], Cambridge University Press, Cambridge, 1971, pp. 300-306, 344-365.
 6. Peter J. Golas, *Science and Civilisation in China*, V [13], Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 190-197.
 7. Robert Temple, *The Genius of China*, Prion Books, Londres, 1999, pp. 119-120. [Hay trad. cast., *El genio de China*, Debate, Barcelona, 1987.]
 8. Ibídem, p. 119.
 9. William H. McNeill, *The Pursuit of Power*, Blackwell, Oxford, 1982, p. 29. [Hay trad. cast., *La búsqueda del poder*, Siglo XXI, Madrid, 1989.]
 10. Ibídem, p. 30.
 11. Eric L. Jones, *Growth Recurring*, Clarendon Press, Oxford, 1988, pp. 77, 81. [Hay trad. cast., *Crecimiento recurrente: el cambio económico en la historia mundial*, Alianza, Madrid, 1997.]
 12. R. Bin Wong, *China Transformed*, Cornell University Press, Ithaca, 1997, p. 90.
 13. Albert Feuerwerker, «The State and the Economy in Late Imperial China», *Theory and Society* 13 (1984), p. 300.
 14. Yoshinobu Shiba, «Urbanization and the Development of Markets in the Lower Yangtze Valley», en John W. Haeger (ed.), *Crisis and Prosperity in Sung China*, University of Arizona Press, Tucson, 1975, p. 43.
 15. Donald F. Lach y Edwin J. Van Kley, *Asia in the Making of Europe*, III, Chicago University Press, Chicago, 1993, pp. 1606-1607.
 16. Shiba, «Urbanization», pp. 20-23.
 17. Francesca Bray, *Science and Civilisation in China*, VI [2], Cambridge University Press, Cambridge, 1984, p. 565.
 18. Temple, *Genius*, p. 20.
 19. Angus Maddison, *Chinese Economic Performance in the Long Run*, OCDE, París, 1998, p. 31.
 20. Bray, *Science*, VI [2], pp. 286-288.
 21. Ibídem, p. 600.
 22. Citado en Lach y Kley, *Asia*, p. 1614.
 23. Gang Deng, *Chinese Maritime Activities and Socioeconomic Development, c. 2100 BC - 1900 AD*, Greenwood Press, Londres, 1997, pp. 68-69.

24. Temple, *Genius*, p. 186.
25. Gernet, *History*, p. 311; Joseph Needham, Ho Ping Yü, Lu Gwei-Djen y Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, V [7], Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 111-117.
26. Needham *et al.*, *Science*, V [7], pp. 161-210.
27. Ibídem, pp. 486-495.
28. Temple, *Genius*, p. 240; Needham *et al.*, *Science*, V [7], pp. 495-505.
29. L. Carrington Goodrich y Feng Chia-Sheng, «The Early Development of Firearms in China», en Nathan Sivin, *Science and Technology in East Asia*, Science History Publications, Nueva York, 1977, pp. 128-139; Wang Ling, «On the Invention and Use of Gunpowder and Firearms in China», en Sivin, *Science*, pp. 140-158.
30. Needham *et al.*, *Science*, V [7], p. 264.
31. Deng, *Chinese Maritime Activities*, p. 70.
32. Needham *et al.*, *Science*, V [7], pp. 689-695.
33. Temple, *Genius*, p. 248.
34. Frederic C. Lane, «The Economic Meaning of the Invention of the Compass», *American Historical Review* 68 (1963), pp. 151-152.
35. Irfan Habib, «The Technology and Economy of Mughal India», *Indian Economic and Social History Review* 17 [1] (1980), pp. 26-28; Joseph Needham, *Science and Civilisation in China*, I, Cambridge University Press, Cambridge, 1954, p. 243.
36. Véanse especialmente Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Verso, Londres, 1979, pp. 541-546 [Hay trad. cast., *El estado absolutista*, Siglo XXI, Madrid, 1999.]; Alan K. Smith, *Creating a World Economy*, Westview Press, Boulder, 1991, pp. 27-29; y David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, Little, Brown, Londres, 1998, pp. 55-59. [Hay trad. cast., *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Crítica, Barcelona, 2003.]
37. Takeshi Hamashita, «The Tribute Trade System and Modern Asia», en A. J. H. Latham y Heita Kawakatsu (eds.), *Japanese Industrialisation and the Asia Economy*, Routledge, Londres, 1994; Dennis O. Flynn y Arturo Giraldez, «China and the Manila Galleons», en Lat-

- ham y Kawakatsu, *Japanese Industrialization*, pp. 71-90; Andre Gunder Frank, *ReOrient*, University of California Press, Berkeley, 1998, pp. 111-117.
38. Landes, *Wealth*, p. 96.
39. Ibídem, p. 98.
40. Witold Rodzinski, *A History of China*, Pergamon Press, Oxford, 1979, p. 197.
41. Hamashita, «Tribute», p. 92.
42. Véase especialmente Gang Deng, «The Foreign Staple Trade of China in the Pre-Modern Era», *International History Review* 19 [2] (1997), p. 256.
43. Anthony Reid, *Southeast Asia in the Age of Commerce 1450-1680*, I, Yale University Press, New Haven, 1993, p. 15.
44. Frank, *ReOrient*, p. 114.
45. Philip D. Curtin, *Cross-Cultural Trade in World History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, p. 169.
46. Peter W. Klein, «The China Seas and the World Economy between the Sixteenth and Nineteenth Centuries: the Changing Structures of Trade», en Carl-Ludwig Holtfrerich (ed.), *Interactions in the World Economy*, New York University Press, Nueva York, 1989, pp. 71, 73-86.
47. Lach y Kley, *Asia*, p. 1618.
48. Por ejemplo, Jakob C. Van Leur, *Indonesian Trade and Society*, W. van Hoeve, La Haya, 1955.
49. Deng, *Chinese Maritime Activities*, p. 108.
50. P. J. Marshal, «Private British Trade in the Indian Ocean Before 1800», en Ashin Das Gupta y M. N. Pearson (eds.), *India and the Indian Ocean 1500-1800*, Oxford University Press, Calcuta, 1987, p. 297.
51. Han-sheng Chuan, «The Inflow of American Silver into China from the late Ming to the mid-Ch'ing Period», *Journal of the Institute of Chinese Studies of the China University of Hong Kong* 2 (1969), pp. 61-75.
52. Adam Smith, *The Wealth of Nations*, The Modern Library, Nueva York, 1965), p. 238. [Hay trad. cast., *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, Oikos-Tau, Barcelona, 1988.]
53. Clive Ponting, *World History*, Chatto and Windus, Londres, 2000, p. 520.

54. Richard Von Glahn, *Fountain of Fortune*, University of California Press, Berkeley, 1996; Frank, *ReOrient*, cap. 3.
55. Flynn y Giraldez, «China», p. 75.
56. Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence*, Princeton University Press, Princeton, 2000, p. 273.
57. Gernet, *History*, p. 420.
58. Yongjin Zhang, «System, Empire and State in Chinese International Relations», en Michael Cox, Ken Booth y Tim Dunne (eds.), *Empires, Systems and States*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001, pp. 43-63.
59. Joseph Fletcher, «China and Central Asia, 1368-1884», en John K. Fairbank (ed.), *The Chinese World Order*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1968, pp. 208-209.
60. Bin Wong, *China Transformed*, p. 89.
61. Louise E. Levathes, *When China Ruled the Seas*, Simon and Schuster, Londres, 1994, p. 20.
62. Felipe Fernández-Armesto, *Millennium*, Black Swan, Londres, 1996, pp. 129, 134. [Hay trad. cast., *Milenium*, Planeta, Barcelona, 1995.]
63. Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, I, Collins, Londres, 1981, p. 377. [Hay trad. cast., *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII*, 3 vols., Alianza, Madrid, 1984.]
64. Wang Shixin, «Commodity Circulation and Merchant Capital», en Xu Dixin y Wu Chengming (eds.), *Chinese Capitalism, 1522-1840*, Macmillan, Londres, 2000, pp. 46-64.
65. Pomeranz, *Great Divergence*, pp. 62-63.
66. Fang Xing, «The Role of Embryonic Capitalism in China», en Dixin y Chengming, *Chinese Capitalism*, p. 418.
67. Golas, *Science*, V [13], pp. 169-170.
68. Wang Shixin, «The Iron Industry of Foshan, Guangdong», en Dixin y Chengming (eds.), *Chinese Capitalism*, pp. 93-110.
69. Robert Marks, *Tigers, Rice, Silk, and Silt*, Cambridge University Press, Nueva York, 1997.
70. Por ejemplo, Susan Naquin y Evelyn Rawski, *Chinese Society in the Eighteenth Century*, Yale University Press, Londres, 1987.
71. Gernet, *History*, pp. 483-489.

72. Gang Deng, *Development versus Stagnation*, Greenwood Press, Londres, 1993, pp. 156, 171-172.
73. Jones, *Growth Recurring*, caps. 3-4.
74. Mark Elvin, *The Pattern of the Chinese Past*, Stanford University Press, Stanford, 1973, especialmente caps. 11-12.
75. Véase el estudio resumido de Paul A. Cohen, *Discovering History in China*, Columbia University Press, Nueva York, 1984.

NOTAS AL CAPÍTULO IV

1. Paul A. Bairoch, «The Main Trends in National Economic Disparities since the Industrial Revolution», en P. A. Bairoch y M. Lévy-Leboyer (eds.), *Disparities in Economic Development since the Industrial Revolution*, Macmillan, Londres, 1981, p. 7.
2. Angus Maddison, *Monitoring the World Economy*, OCDE, París, 1995, pp. 30, 182-190. [Hay trad. cast., *La economía mundial: 1820-1992: análisis y estadísticas*, Centro de desarrollo, OCDE, París, 1997.]
3. Angus Maddison, «A Comparison of Levels of GDP per capita in Developed and Developing Countries, 1700-1980», *Journal of Economic History* 43 [1] (1983), pp. 29-30; Maddison, *Monitoring*, pp. 23-24; David S. Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969, p. 14. [Hay trad. cast., *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Tecnos, Madrid, 1979.]
4. Bairoch, «Main Trends», pp. 7, 12, 14.
5. Maddison, «Comparison», p. 29.
6. Ibídem, p. 32.
7. Paul A. Bairoch, *Economics and World History*, Chicago University Press, Chicago, 1995, pp. 105-106.
8. Paul A. Bairoch, «International Industrialization Levels from 1750 to 1980», *Journal of European Economic History* 11 [2] (1982), pp. 269-333.
9. Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence*, University of Princeton Press, Princeton, 2000, pp. 36-41.
10. Süleyman Özmucur y Şevket Pamuk, «Real Wages and Standards of

- Living in the Ottoman Empire, 1489-1914», *Journal of Economic History* 62 [2] (2002), pp. 293-321.
11. James Z. Lee y Wang Feng, *One Quarter of Humanity*, Harvard University Press, Londres, 1999, capítulo 3.
 12. Susan B. Hanley, «A High Standard of Living in Nineteenth Century Japan: Fact or Fantasy?», *Journal of Economic History* 43 [1] (1983), pp. 183-192.
 13. Andre Gunder Frank, *ReOrient*, University of California Press, Berkeley, 1998, p. 127.
 14. Om Prakash, «The Dutch East India Company in the Trade of Indian Ocean», en Ashin Das Gupta y M. N. Pearson (eds.), *India and the Indian Ocean 1500-1800*, Oxford University Press, Calcuta, 1987, pp. 186-187.
 15. E. g. Charles P. Kindleberger, «Spenders and Hoarders», en C. P. Kindleberger (ed.), *Historic Economics*, University of California Press, Berkeley, 1990, pp. 35-85.
 16. Najaf Haider, «Precious Metal Flows and Currency Circulation in the Mughal Empire», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 39 [3] (1996), pp. 298-367; Frank, *ReOrient*, pp. 151-164.
 17. E. G. W. H. Moreland, *From Akbar to Aurangzeb*, Macmillan, Londres, 1923; Tapan Raychaudhuri, «The Mughal Empire», en Tapan Raychaudhuri e Irfan Habib (eds.), *The Cambridge Economic History of India*, I, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, pp. 172-173.
 18. H. Fukazawa, «Maharashtra and the Deccan: A Note», en Raychaudhuri y Habib, *Cambridge Economic History*, p. 202.
 19. B. R. Grover, «An Integrated Pattern of Commercial Life in Rural Society of North India during the Seventeenth and Eighteenth Centuries», en S. Subrahmanyam (ed.), *Money and the Market in India 1100-1700*, Oxford University Press, Delhi, 1994, pp. 238-239.
 20. Muzafar Alam, «Trade, State Policy and Regional Change: Aspects of Mughal-Uzbek Commercial Relations, c. 1550-1750», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 37 [3] (1994), pp. 215-218, 225-226.
 21. H. W. Van Santen, «Trade between Mughal India and the Middle East, and Mughal Monetary Policy, c. 1600-1660», en Karl R. Haellquist (ed.), *Asian Trade Routes*, Curzon Press, Londres, 1991, pp. 94-95.

22. Ashin Das Gupta, *The World of the Indian Ocean Merchant, 1500-1800*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 2001, p. 124.
23. Irfan Habib, «Banking in Mughal India», en Tapan Raychaudhuri (ed.), *Contributions to Indian Economic History*, I, Firma K. L. Mukhopadhyay, Calcuta, 1960, especialmente pp. 10-12.
24. Van Santen, «Trade», p. 92.
25. Das Gupta, *World*, p. 73.
26. Moreland, *From Akbar*.
27. Por ejemplo, Jakob Van Leur, *Indonesian Trade and Society*, W. Van Hoeve, La Haya, 1955.
28. Das Gupta, *World*, pp. 66, 92.
29. Ibídem, cap. 3.
30. Irfan Habib, «Merchant Communities in Pre-Colonial India», en James D. Tracy (ed.), *The Rise of Merchant Empires*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, p. 384.
31. Jack Goody, *The East and the West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 128.
32. Das Gupta, *World*, pp. 122-133.
33. Frank, *ReOrient*, pp. 84-92.
34. Grover, «Integrated Pattern», pp. 219-255.
35. Habib, «Merchant Communities», pp. 376-377.
36. Braudel, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, III, University of California Press, Berkeley, 1992, p. 509. [Hay trad. cast., *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII*, 3 vols., Alianza, Madrid, 1984.]
37. Arnold Pacey, *The Maze of Ingenuity* (Londres: Allen Lane, 1974), pp. 187-188. [Hay trad. cast., *El laberinto del ingenio: ideas e idealismo en el desarrollo de la tecnología*, Gili, Barcelona, 1980.]
38. Arun Das Gupta, «The Maritime Trade of Indonesia: 1500-1800», en Om Prakash (ed.), *European Commercial Expansion in Early Modern Asia*, Variorum, Aldershot, 1997, pp. 240-250.
39. Anthony Reid, *Southeast Asia in the Age of Commerce 1450-1680*, I, Yale University Press, New Haven, 1993, pp. 12, 15.
40. M. A. P. Meilink-Roelofsz, «Trade and Islam in the Malay-Indonesian Archipelago Prior to the Arrival of the Europeans», en D. S. Richards (ed.), *Islam and the Trade of Asia*, Bruno Cassirer, Oxford, 1970, p. 153.

41. K. N. Chaudhuri, *Trade and Civilisation in the Indian Ocean*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, pp. 186-187.
42. Anthony Reid, *Southeast Asia in the Age of Commerce 1450-1680*, II, Yale University Press, New Haven, 1993, p. 2.
43. E. g. John M. Roberts, *The Triumph of the West*, BBC Books, Londres, 1985, cap. 1.
44. R. N. Bellah, *Tokugawa Religion*, Beacon Press, Boston, 1970; David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, Little, Brown, Londres, 1998, cap. 23. [Hay trad. cast., *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Crítica, Barcelona, 2003.]
45. Walt W. Rostow, *The Stages of Economic Growth*, Cambridge University Press, Nueva York, 1960. [Hay trad. cast., *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, FCE, México, 1973.]
46. Eric L. Jones, *Growth Recurring*, Clarendon Press, Oxford, 1988, p. 153; Christopher Howe, *The Origins of Japanese Trade Supremacy*, Crawford House Publishing, Bathurst, Nueva Gales del Sur, 1996, p. 49. [Hay trad. cast., *Crecimiento recurrente: el cambio económico en la historia mundial*, Alianza, Madrid, 1997.]
47. J. I. Nakamura y M. Miyamoto, «Social Structure and Population Change: a Comparative Study of Tokugawa Japan and Ch'ing China», *Economic Development and Cultural Change* 30 [2] (1982), pp. 263-265.
48. Susan Hanley y Kozo Yamamura, *Economic and Demographic Change in Pre-Industrial Japan, 1600-1868*, Princeton University Press, Princeton, 1977, caps. 5-7.
49. Hanley y Yamamura, *Economic and Demographic Change*, pp. 69-78.
50. Thomas C. Smith, *The Agrarian Origins of Modern Japan*, Stanford University Press, Stanford, 1959, cap. 7. [Hay trad. cast., *Los orígenes agrarios en el Japón moderno*, Pax-México, México, 1964.]
51. Norbert Elias, *The Court Society*, Blackwell, Oxford, 1983. [Hay trad. cast., *La sociedad cortesana*, FCE, Madrid, 1993.]
52. Shinzaburō Ōishi, «The Bakuhā System», en Chie Nakane y Shinzaburō Ōishi (eds.), *Tokugawa Japan*, Tokyo University Press, Tokio, 1990, pp. 11-36.
53. Pomeranz, *Great Divergence*, p. 35.

54. Johann P. Arnason, *Social Theory and Japanese Experience*, Kegan Paul International, Londres, 1997, p. 257.
55. Jones, *Growth Recurring*, pp. 152-167.
56. E. S. Crawcour, «The Development of a Credit System in Seventeenth-Century Japan», *Journal of Economic History* 20 [3] (1961), pp. 347, 353-354.
57. Ronald P. Toby, «Both a Borrower and a Lender Be: from Village Moneylender to Rural Banker in the Tempō Era», en Michael Smitka (ed.), *The Japanese Economy in the Tokugawa Era 1600-1868*, Garland, Nueva York, 1998, pp. 325-354.
58. Ulrike Schaede, «Forwards and Futures in Tokugawa-Period Japan: a New Perspective on the Dōjima Rice Market», *Journal of Banking and Finance* 13 (1989), pp. 487-513.
59. Hanley y Yamamura, *Economic and Demographic Change*, p. 80.
60. David L. Howell, «Proto-Industrial Origins of Japanese Capitalism», *Journal of Asian Studies* 51 [2] (1992), pp. 269-286.
61. Ōishi, «Bakuhān System», pp. 26-28.
62. Frank, *ReOrient*, p. 106.
63. Dennis O. Flynn, «Comparing the Tokugawa Shogunate with Habsburg Spain: Two Silver-based Empires in a Global Setting», en James D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 354.
64. Satoshi Ikeda, «The History of the Capitalist World-System vs. the History of East-Southeast Asia», *Review* 19 [1] (1996), p. 55. El destacado es mío.
65. Ikeda, «History», pp. 55-57.
66. Maddison, *Monitoring*, pp. 182-190.
67. Ikeda, «History», p. 61.
68. Norman Jacobs, *The Origins of Capitalism and Eastern Asia*, Hong Kong University Press, Hong Kong, 1958, cap. 10.

NOTAS AL CAPÍTULO V

1. Carlo Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, Routledge, Londres, 1993, p. 138.

2. Lynn White, *Medieval Technology and Social Change*, Clarendon Press, Oxford, 1962, p. 52. [Hay trad. cast., *Tecnología medieval y cambio social*, Paidós, Barcelona, 1990.]
3. Haudricourt citado en Joseph Needham y Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, IV [2], Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 317.
4. James Burke, *Connections*, Macmillan, Londres, 1978, p. 63 [Hay trad. cast., *Conexiones*, Zeta Multimedia, Barcelona, 1996.]; Hugh Thomas, *An Unfinished History of the World*, Papermac, Londres, 1995, p. 90; Clive Ponting, *World History*, Chatto and Windus, Londres, 2000, p. 371. [Hay trad. cast., *Una historia del mundo*, Grijalbo, Barcelona, 1982.]
5. Joseph Needham en Mansel Davies, *A Selection from the Writings of Joseph Needham*, The Book Guild, Lewes, Sussex, 1990, p. 148.
6. Needham y Ling, *Science*, IV [2], p. 313.
7. Ibídem, pp. 319-328.
8. White, *Medieval Technology*, cap. I; Marc Bloch, *Feudal Society*, I, Chicago University Press, Chicago, 1961, p. 153. [Hay trad. cast., *La sociedad feudal*, Akal, Madrid, 1987.]
9. Joseph Needham, Ho Ping-Yü, Lu Gwei-Djen y Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, V [7], Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 17.
10. E. M. Jope, «Vehicles and Harness», en Charles Singer, E. J. Holmyard, A. R. Hall y T. I. Williams (eds.), *A History of Technology*, II, Clarendon Press, Oxford, 1956, pp. 556-557; White, *Medieval Technology*, pp. 14-20.
11. Ahmad Y. al-Hassan y Donald R. Hill, *Islamic Technology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 95-120.
12. William H. McNeill, *The Rise of the West*, Chicago University Press, Chicago, 1963, p. 485.
13. Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Verso, Londres, 1979. [Hay trad. cast., *El estado absolutista*, Siglo XXI, Madrid, 1999.]
14. Norbert Elias, *The Civilizing Process*, Blackwell, Oxford, 1994. [Hay trad. cast., *El proceso de la civilización*, FCE, México, 1993.] Hendrik Spruyt, *The Sovereign State and its Competitors*, Princeton University Press, Princeton, 1994.

15. Maxime Rodinson, «The Western Image and Western Studies of Islam», en Joseph Schacht y C. E. Bosworth (eds.), *The Legacy of Islam*, Oxford University Press, Londres, 1974, p. 9.
16. Véanse especialmente R. W. Southern, *Western Views on Islam in the Middle Ages*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1962; y Rana Kabbani, *Europe's Myth of the Orient*, Indiana University Press, Bloomington, 1986, cap. 1.
17. Edward W. Said, *Orientalism*, Penguin, Londres, 1991 [1978], p. 68. [Hay trad. cast., *Orientalismo*, Debate, Madrid, 2002.]
18. Philip K. Hitti, *History of the Arabs*, Macmillan, Londres, 1937, pp. 114, 459, 586, 613. [Hay trad. cast., *Historia de los árabes. Razón y fe*, Madrid, 1950.]
19. Kabbani, *Europe's Myth*, p. 5.
20. Said, *Orientalism*, p. 74.
21. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, II, The Modern Library, Nueva York, 1931, p. 801. [Hay trad. cast., *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, 8 vols., Turner, Madrid, 1984.]
22. Bernard Lewis, *The Muslim Discovery of Europe*, Phoenix, Londres, 1994, pp. 19-20; véase asimismo McNeill, *Rise*, p. 469.
23. Bloch, *Feudal Society*, I, p. 3.
24. Ibídem.
25. Maxime Rodinson, *Europe and the Mystique of Islam*, I. B. Tauris, Londres, 1987, p. 7.
26. Jonathan Riley-Smith, *The First Crusade and the Idea of Crusading*, Athlone Press, Londres, 1986, especialmente cap. 1.
27. V. Y. Mudimbe, *The Invention of Africa*, Indiana University Press, Indianapolis, 1988, p. 57.
28. Robert J. Holton, *Globalization and the Nation-State*, Macmillan, Londres, 1998, p. 32.
29. Georges Duby, *The Three Orders: Feudal Society Imagined*, Chicago University Press, Chicago, 1980. [Hay trad. cast., *Las tres órdenes, o lo imaginario del feudalismo*, Taurus, Madrid, 1992.]
30. Marc Bloch, *Feudal Society*, II, Chicago University Press, Chicago, 1961, pp. 412-420. [Hay trad. cast., *La sociedad feudal*, Akal, Madrid, 1987.]

31. Gerd Tellenbach, *Church, State and Christian Society at the Time of the Investiture Conflict*, Blackwell, Oxford, 1959, p. 39.
32. Michael Mann, *The Sources of Social Power*, I, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 381 y ss. [Hay trad. cast., *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Alianza, Madrid, 1991-1997.]
33. Thomas H. Greer y Gavin Lewis, *A Brief History of the Western World*, Harcourt, Brace Jovanovich, Nueva York, 1992, p. 45; cf. Gerard Delaney, *Inventing Europe*, Macmillan, Londres, 1995, p. 26.

NOTAS AL CAPÍTULO VI

1. Armando Sapori, citado en Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, III, University of California Press, Berkeley, 1992, p. 91. [Hay trad. cast., *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII*, 3 vols., Alianza, Madrid, 1984.]
2. Por ejemplo, Charles Kindleberger, *World Economic Primacy, 1500-1990*, Oxford University Press, Nueva York, 1996.
3. Braudel, *Civilization*, III, p. 94.
4. Adam Smith, *The Wealth of Nations*, The Modern Library, Nueva York, 1937 [1776], p. 13. [Hay trad. cast., *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Oikos-Tau, Barcelona, 1988.]
5. Janet L. Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, Oxford University Press, Oxford, 1989, p. 108; André Wink, *Al-Hind: the Making of the Indo-Islamic World*, I, E. J. Brill, Leiden, 1995, pp. 35-38.
6. Braudel, *Civilization*, III, pp. 128, 132.
7. Ibídem, pp. 129-130; Douglas North y Robert Thomas, *The Rise of the Western World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1973, p. 53. [Hay trad. cast., *El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica, 900-1700*, Siglo XXI, Madrid, 1991.]
8. M. J. Kister, «Mecca and Tamīn», *Journal of Economic and Social History of the Orient* 8 (1965), 117 y ss.
9. Jack Goody, *The East in the West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 58.
10. Abraham L. Udovitch, «Commercial Techniques in Early Medieval

- Islamic Trade», en D. S. Richards (ed.), *Islam and the Trade of Asia*, Bruno Cassirer, Oxford, 1970, p. 48.
11. Abraham L. Udovitch, *Partnership and Profit in Medieval Islam*, Princeton University Press, Princeton, 1970, p. 78; S. D. Goitein, *A Mediterranean Society*, I, University of California Press, Berkeley, 1967, pp. 362-367.
 12. Abu-Lughod, *Hegemony*, p. 216.
 13. Goitein, *Mediterranean Society*, I, pp. 197-199; Udovitch, «Commercial Techniques», pp. 61-62.
 14. Abu-Lughod, *Hegemony*, p. 223.
 15. Goody, *East*, p. 79; Abu-Lughod, *Hegemony*, p. 224.
 16. Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence*, Princeton University Press, Princeton, 2000, pp. 168-169; Goody, *East*, p. 75.
 17. Goody, *East*, pp. 68, 72.
 18. Emile Savage-Smith, «Celestial Mapping», en J. Brian Harley y David Woodward (eds.), *History of Cartography*, II [1], Chicago University Press, Chicago, 1992, pp. 12-70; Paul Kunitzsch, *The Arabs and the Stars*, Variorum, Northampton, 1989, caps. 8 y 10.
 19. Kunitzsch, *Arabs*, cap. 9.
 20. Joseph Needham, Wang Ling y Lu Gwe-Djen, *Science and Civilisation in China*, IV [3], Cambridge University Press, Cambridge, 1971, pp. 554-584; Hans Breuer, *Columbus Was Chinese*, Herder and Herder, Nueva York, 1972, pp. 83-102.
 21. George F. Hourani, *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, Khayats, Beirut, 1963, pp. 108-109.
 22. Lionel Casson, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton University Press, Princeton, 1971, pp. 243-245, y figs. 181, 182.
 23. Jules Sottas, «An Early Lateen Sail in the Mediterranean», *The Mariner's Mirror* 25 (1939), pp. 229-230.
 24. El análisis que viene a continuación está tomado de Lynn White, *Medieval Religion and Technology*, University of California Press, Berkeley, 1978, pp. 255-260.
 25. H. H. Brindley, «Early Pictures of Lateen Sails», *The Mariner's Mirror* 12 [1] (1926), pp. 9-10.
 26. Richard LeBaron Bowen, *Arab Dhows of Eastern Arabia* (Rehoboth, Mass.: edición particular, 1949), p. 7, n.º 9.

27. Brindley, «Early Pictures», 9.
28. Needham *et al.*, *Science*, IV [3], p. 609.
29. Cecil Torr, *Ancient Ships*, Cambridge University Press, Cambridge, 1895, pp. 86-91.
30. Ibn-Shariyā en Hourani, *Arab Seafaring*, p. 100.
31. Gerald R. Tibbets, *Arab Navigation in the Indian Ocean before the Coming of the Portuguese*, The Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland, Londres, 1971, p. 49.
32. Needham *et al.*, *Science*, IV [3], pp. 635-654.
33. Gavin Menzies, *1421*, Bantam Press, Londres, 2002, p. 43. [Hay trad. cast., *1421: el año en que China descubrió el mundo*, Grijalbo, Barcelona, 2004.]
34. Carlo Cipolla, *Before the Industrial Revolution*, Routledge, Londres, 1993, p. 210.
35. Arnold Pacey, *Technology in World Civilization*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1991, p. 43.
36. Ahmad Y. al-Hassan y Donald R. Hill, *Islamic Technology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 53.
37. Jonathan Bloom y Sheila Blair, *Islam: Empire of Faith*, BBC Worldwide, Londres, 2001, pp. 104-105.
38. Hugh Thomas, *An Unfinished History of the World*, Papermac, Londres, 1995, pp. 92-93. [Hay trad. cast., *Una historia del mundo*, Grijalbo, Barcelona, 1982.]
39. Joseph Needham y Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, IV [2], Cambridge University Press, Cambridge, 1965, pp. 556-557.
40. R. J. Forbes, «Power», en Charles Singer, E. J. Holmyard, A. R. Hall y T. I. Williams (eds.), *A History of Technology*, II, Clarendon Press, Oxford, 1956, pp. 614-617.
41. Dieter Kuhn, *Science and Civilisation in China*, V [9], Cambridge University Press, Cambridge, 1988, pp. 419-433.
42. Hugh Honour, *Chinoiserie: the Vision of Cathay*, John Murray, Londres, 1961, p. 35.
43. Robert Temple, *The Genius of China*, Prion Books, Londres, 1999, p. 120. [Hay trad. cast., *El genio de China*, Debate, Barcelona, 1987.]
44. Pacey, *Technology*, pp. 103-107; Temple, *Genius*, pp. 120-121.
45. Kuhn, *Science*, V [9], pp. 428-433.

46. Thomas F. Carter, *The Invention of Printing in China and its Spread Westward*, The Ronald Press Company, Nueva York, 1955, cap. 13.
47. Jacques Gernet, *A History of Chinese Civilization*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, p. 288. [Hay trad. cast., *El mundo chino*, Crítica, Barcelona, 2005.]
48. Al-Qazwini citado en al-Hassan y Hill, *Islamic Technology*, p. 191.
49. Tsien Tsuen-Hsuin, *Science and Civilisation in China*, V [1], Cambridge University Press, Cambridge, 1985, p. 297.
50. Carter, *Invention*, cap. 13; Tsien-Tsuen, *Science*, V [1], pp. 296-299.
51. Al-Hassan y Hill, *Islamic Technology*, p. 192.
52. Joseph Needham, *Science and Civilisation in China*, I, Cambridge University Press, Cambridge, 1954, p. 240.
53. Braudel, *Civilization*, I, p. 376.
54. David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, Little, Brown, Londres, 1998, p. 49. [Hay trad. cast., *La riqueza y pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Crítica, Barcelona, 2003.]
55. Ibídem, p. 48.
56. Needham y Ling, *Science*, IV [2], p. 464, y pp. 446-463; cf. Gernet, *History*, p. 341.
57. D. S. L. Cardwell, *Technology, Science and History*, Heinemann, Londres, 1972, p. 14.
58. Clive Ponting, *World History*, Chatto and Windus, Londres, 2000, p. 371.
59. Donald R. Hill, *Studies in Medieval Technology*, Ashgate, Aldershot, 1998, cap. 13, p. 15.
60. White, *Medieval Religion*, pp. 52-54.
61. Needham y Ling, *Science*, IV [2], pp. 543-544.
62. Bloom y Blair, *Islam*, pp. 106-107.
63. Michael Edwardes, *East-West Passage*, Taplinger, Nueva York, 1971, p. 85.
64. Needham *et al.*, *Science*, IV [3], p. 177.

NOTAS AL CAPÍTULO VII

1. J. M. Roberts, *The Triumph of the West*, BBC, Londres, 1985, pp. 175, 184, 186, 188, 194.
2. Ibídem, p. 201.
3. Michael Edwardes, *East-West Passage*, Taplinger, Nueva York, 1971, p. 135.
4. Brandon H. Beck, *From the Rising of the Sun*, Peter Lang, Nueva York, 1987, p. 17.
5. El papa Pío II citado en Robert Schwoebel, *The Shadow of the Crescent*, B. De Graaf, Nieuwkoop, 1967, p. 71.
6. Charles R. Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825*, Hutchinson, Londres, 1969, p. 21.
7. Ibídem, pp. 22-23.
8. M. N. Pearson, *The New Cambridge History of India*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, p. 38.
9. Véase el estudio contenido en Gerald R. Tibbets, *Arab Navigation in the Indian Ocean before the Coming of the Portuguese*, The Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland, Londres, 1971, pp. 206-208.
10. Janet L. Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, Oxford University Press, Oxford, 1989, p. 19 y pp. 209, 258, 363.
11. Joseph Needham, Wang Ling y Lu Gwei-Djen, *Science and Civilisation in China*, IV [3], Cambridge University Press, Cambridge, 1971, pp. 501-502; cf. Gavin Menzies, *1421*, Bantam, Londres, 2002, especialmente cap. 4. [Hay trad. cast., *1421: el año en que China descubrió el mundo*, Grijalbo, Barcelona, 2004.]
12. Colin Ronan (ed.), *The Shorter Science and Civilisation in China*, III, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, cap. 3.
13. Diogo do Couto citado en Anthony Reid, *Southeast Asia in the Age of Commerce 1450-1680*, I, Yale University Press, New Haven, 1993, p. 36.
14. Andre Wink, *Al-Hind: the Making of the Indo-Islamic World*, I, E. J. Brill, Leiden, 1995, pp. 27-28.
15. Pearson, *New Cambridge History*, p. 11.

16. Joseph Needham en Mansel Davies, *A Selection from the Writings of Joseph Needham*, The Book Guild, Lewes, Sussex, 1990, p. 176.
17. Joseph Desomogyi, *A Short History of Oriental Trade*, Georg Olms Verlagsbuchhandlung, Hildesheim, 1968, p. 83.
18. Michael Adas, *Machines as the Measure of Men*, Cornell University Press, Ithaca, 1989, pp. 41-45; Jack Goody, *The East in the West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 111.
19. Este párrafo y los dos siguientes están tomados de Patricia Seed, *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, pp. 107-128.
20. Martin Elbl, «The Caravel», en Robert Gardiner (ed.), *Cogs, Caravels and Galleons*, Brassey's, Londres, 1994, p. 91.
21. G. S. L. Clowes, «Ships of Early Explorers», *Geographical Journal* 69 (1927), p. 216; Needham *et al.*, *Science*, IV [3], p. 29.
22. Pedro Nunes, citado en Seed, *Ceremonies*, p. 126.
23. Tibbetts, *Arab Navigation*, pp. 9-11.
24. Citado en E. G. Ravenstein (ed.), *A Journal of the First Voyage of Vasco Da Gama, 1497-1499*, Bedford Press, Londres, 1899, p. 87.
25. Antonio Pigafetta, citado en Miriam Estensen, *Discovery*, Allen and Unwin, St Leonards, Nueva Gales del Sur, 1998, pp. 15-16.
26. Ahmad ibn-Mājid, citado en Tibbetts, *Arab Navigation*, p. 195.
27. Ravenstein, *Journal*, p. 163; Needham *et al.*, *Science*, IV [3], pp. 480-482; Menzies, *1421*, p. 38.
28. Goody, *East*, p. 92.
29. Menzies, *1421*, p. 43.
30. Gang Deng, *Chinese Maritime Activities and Socioeconomic Development, c. 2100 BC-1900 AD*, Greenwood Press, Londres, 1997, pp. 70-71.
31. Reid, *Southeast Asia*, I, pp. 20-21.
32. Boxer, *Portuguese*, p. 58.
33. Jakob Van Leur, *Indonesian Trade and Society*, W. Van Hoeve, La Haya, 1955, p. 159.
34. K. N. Chaudhuri, *Trade and Civilisation in the Indian Ocean*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, p. 79.
35. Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, III, University of California Press, Berkeley, 1992, pp. 212-213.

- [Hay trad. cast., *Civilización material, economía y capitalismo: siglos xv-xviii*, 3 vols., Alianza, Madrid, 1984.]
36. Clive Ponting, *World History*, Chatto and Windus, Londres, 2000, p. 525.
 37. M. A. P. Meilink-Roelofsz, *Asian Trade and European Influence in the Indonesian Archipelago between 1500 and about 1630*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1962.
 38. Adas, *Machines*, p. 48.
 39. Braudel, *Civilization*, III, p. 468. La cursiva es suya.
 40. P. M. Holt, Ann K. S. Lambton y Bernard Lewis, citados en Andre Gunder Frank, *ReOrient*, University of California Press, Berkeley, 1998, p. 118.
 41. Marshall G. S. Hodgson, *Rethinking World History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, pp. 97, 129.
 42. Frederic C. Lane, «Venetian Shipping during the Commercial Revolution», *American Historical Review* 38 [2] (1933), 228; Niels Steensgaard, *The Asian Trade Revolution of the Seventeenth Century*, Chicago University Press, Chicago, 1974, pp. 155-169.
 43. Pearson, *New Cambridge History*, p. 44.
 44. Najaf Haider, «Precious Metal Flows and Currency Circulation in the Mughal Empire», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 39 [3] (1996), pp. 298-367.
 45. Sanjay Subrahmanyam, «Precious Metal Flows and Prices in Western and Southern Asia, 1500-1750: some Comparative and Conjunctural Aspects», en S. Subrahmanyam (ed.), *Money and the Market in India 1100-1700*, Oxford University Press, Delhi, 1994, p. 201, y también pp. 197-201.
 46. Cálculos de Reid, *Southeast Asia*, I, Tabla 3, p. 27.
 47. Van Leur, *Indonesian Trade*, p. 212, cf. p. 235.
 48. Boxer, *Portuguese*, pp. 59, 61.
 49. Ibídem, p. 62.
 50. Pearson, *New Cambridge History*, p. 54.
 51. Philip D. Curtin, *Cross-Cultural Trade in World History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, p. 145.
 52. Ibídem, 144-148; véanse asimismo pp. 159-167 y cap. 8.
 53. Pearson, *New Cambridge History*, p. 55.

54. Tomé Pires, *Suma Oriental*, The University Press, Glasgow, 1944, pp. 268-269.
55. Reid, *Southeast Asia*, I, p. 23.
56. H. W. Van Santen, «Trade between Mughal India and the Middle East, and Mughal Monetary Policy, c. 1600-1660», en Karl R. Haellquist (ed.), *Asian Trade Routes*, Curzon Press, Londres, 1991, p. 89.
57. Van Santen, «Trade», p. 90.
58. Eric R. Wolf, *Europe and the People Without History*, University of California Press, Berkeley, 1982, p. 234. [Hay trad. cast., *Europa y la gente sin historia*, FCE, México, 1987.]
59. M. N. Pearson, «India and the Indian Ocean in the Sixteenth Century», en Ashin Das Gupta y M. N. Pearson (eds.), *India and the Indian Ocean 1500-1800*, Oxford University Press, Calcuta, 1987, p. 78.
60. Braudel, *Civilization*, III, p. 489.
61. P. J. Marshall, «Private British Trade in the Indian Ocean before 1800», en Das Gupta y Pearson, *India*, pp. 280, 283, 287, 292-293.
62. Om Prakash, «The Dutch East India Company in the Trade of the Indian Ocean», en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Late Medieval and Early Modern Worlds*, Carolina Academic Press, Durham, 1983, pp. 189-190.
63. Frank, *ReOrient*, pp. 74-75.
64. Wolf, *Europe*, p. 240.
65. Ponting, *World History*, p. 525.
66. Solimán, citado en Jonathan Bloom y Sheila Blair, *Islam: Empire of Faith*, BBC Books, Londres, 2001, p. 158. [Hay trad. cast., *Islam: mil años de ciencia y poder*, Paidós, Barcelona, 2003.]

NOTAS AL CAPÍTULO VIII

1. Véase asimismo Andre Gunder Frank, *ReOrient*, University of California Press, Berkeley, 1998, pp. 318-319, 334.
2. Colón, citado en Marc Ferro, *Colonization: A Global History*, Routledge, Londres, 1997, p. 5.
3. Tzvetan Todorov, *The Conquest of America*, Harper and Row, Nue-

- va York, 1984, p. 10, y pp. 11-13. [Hay trad. cast., *La conquista de América: el problema del otro*, Siglo XXI, México, 2000.]
4. Véase David B. Abernethy, *The Dynamics of Global Dominance*, Yale University Press, Londres, 2000, p. 184.
5. Edmundo O'Gorman, *The Invention of America*, Indiana University Press, Bloomington, 1961, especialmente Tercera Parte; véase asimismo Todorov, *Conquest*, pp. 14-33. [Hay trad. cast., *La invención de América*, FCE, México, 1984.]
6. Las Casas, citado en O'Gorman, *Invention*, p. 79.
7. Citado en Alfred W. Crosby, *The Columbian Exchange*, Greenwood, Westport, 1972, p. 11. [Hay trad. cast., *El intercambio transoceánico: consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*, UAM, México, 1991.]
8. Todorov, *Conquest*, p. 17.
9. Ibídem, pp. 46-47.
10. Richard Slotkin, *Regeneration Through Violence*, Wesleyan University Press, Middleton, 1973; Michael Kammen, *People of Paradox*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1972; Reginald Horsman, *Race and Manifest Destiny: the Origins of American Racial Anglo-Saxonism*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1981. [Hay trad. cast., *La raza y el destino manifiesto: orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, FCE, México, 1985.]
11. Richard Drinnon, *Facing West: the Metaphysics of Indian-Hating and Empire-Building*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1980, p. 99.
12. Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, VIII, Oxford University Press, Londres, 1963, p. 111, n. 2. [Hay trad. cast., *Estudio de la historia*, 3 vols., Alianza, Madrid, 1980.]
13. Patricia Seed, *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, p. 70.
14. Citado ibídem, p. 69.
15. Jan Nederveen Pieterse, *White on Black*, Yale University Press, Londres, 1992, p. 44.
16. George M. Frederickson, *Racism: a Short History*, Scribe Publications, Melbourne, 2002, p. 45.

17. Ibídem, p. 29.
18. Alexander Falconbridge, citado en James Walvin, *Black Ivory*, Howard University Press, Washington, DC, 1994, pp. 49-50, y pp. 38-58.
19. «Dicky Sam», *Liverpool and Slavery*, Scouse Press, Liverpool, 1984 [1884], p. 34.
20. Citado en «Transatlantic Slavery: Against Human Dignity», National Museums and Galleries on Merseyside, Liverpool, 2002, p. 12.
21. Herbert S. Klein, *The Atlantic Slave Trade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, p. 150.
22. Walvin, *Black Ivory*, pp. 250-251.
23. Peter Fryer, *Black People in the British Empire*, Pluto Press, Londres, 1988, pp. 10-11.
24. «Transatlantic Slavery», p. 8.
25. Orlando Patterson, *Slavery and Social Death*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1982.
26. John Thornton, *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1800*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.
27. C. L. R. James, *The Black Jacobins*, Allison and Busby, Londres, 1989 [1938]; W. E. B. Du Bois, *Africa and the World*, International Publishers, Nueva York, 1975 [1946], pp. 60-66. [Hay trad. cast., *Los jacobinos negros*, FCE, Madrid, 2003.]
28. William Denevan, *The Native Populations of the Americas in 1492*, University of Wisconsin Press, Madison, 1992.
29. Jan Carew, «Columbus and the Origins of Racism in the Americas: Part One», *Race and Class* 29 [4] (1988), p. 3.
30. David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, Little and Brown, Londres, 1998, pp. 99-112. [Hay trad. cast., *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Crítica, Barcelona, 2003.]
31. Véase el número especial de *Annals of the Association of American Geographers* 82 [3] (1992).
32. Crosby, *Columbian Exchange*, cap. 2.
33. James M. Blaut, *The Colonizer's Model of the World*, Guilford Press, Londres, 1993, pp. 184 y 186.
34. J. M. Roberts, *The Penguin History of the World*, Penguin, Londres, 1995, p. 641.

35. Blaut, *Colonizer's Model*, capítulo 4; Frank, *ReOrient*, cap. 2.
36. Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, pp. 183-185.
37. Thierry Hentsch, *Imagining the Middle East* (Montreal, Quebec: Black Rose Books, 1992); Iver Neumann, *Uses of the Other*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1999.
38. A. Rupert Hall, «General Introduction», en Marie Boas, *The Scientific Renaissance 1450-1630*, Collins, Londres, 1962, p. 6. Para un buen repaso de la postura eurocéntrica véase Frank, *ReOrient*, pp. 185-193.
39. Michael Edwardes, *East-West Passage*, Taplinger, Nueva York, 1971, p. 94.
40. Margaret Wertheim, *Pythagoras' Trousers*, Time Books, Londres, 1996, p. 35.
41. William H. McNeill, *The Rise of the West*, Chicago University Press, Chicago, 1963, pp. 602, 609.
42. Bernard Lewis, *The Muslim Discovery of Europe*, Phoenix, Londres, 1994, p. 221.
43. Jacques Gernet, *A History of Chinese Civilization*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 298, 337-347. [Hay trad. cast., *El mundo chino*, Crítica, Barcelona, 2005.]
44. Jack Goody, *The East in the West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 234.
45. Jonathan Bloom y Sheila Blair, *Islam: Empire of Faith*, BBC Worldwide, Londres, 2001, p. 125. [Hay trad. cast., *Islam: mil años de ciencia y poder*, Paidós, Barcelona, 2003.]
46. Wazir Hasan Abdi, «Glimpses of Mathematics in Medieval India», en A. Rahman (ed.), *History of Indian Science, Technology and Culture, AD 1000-1800*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 1999, pp. 50-94.
47. Seyyed Nasr, *Science and Civilization in Islam*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1968, cap. 5.
48. Charles Singer, «Epilogue: East and West in Retrospect», en Charles Singer, E. J. Holmyard, A. R. Hall y T. I. Williams (eds.), *A History of Technology*, III, Clarendon Press, Oxford, 1956, p. 767.
49. Juan Vernet, «Mathematics, Astronomy, Optics», en Joseph Schacht

- y C. E. Bosworth (eds.), *The Legacy of Islam*, Clarendon Press, Oxford, 1974, p. 477.
50. E. S. Kennedy, *Studies in the Islamic Exact Sciences*, American University of Beirut, Beirut, 1983, p. 41.
51. Joseph Needham y Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, III, Cambridge University Press, Cambridge, 1959, p. 109.
52. Bloom y Blair, *Islam*, p. 131.
53. Lewis, *Muslim Discovery*, pp. 128-130.
54. Joseph Needham, Lu Gwei-Djen y Nathan Sivin, *Science and Civilisation in China*, VI [6], Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 124-125.
55. Philip K. Hitti, *History of the Arabs*, Macmillan, Londres, 1937; p. 367. [Hay trad. cast., *Historia de los árabes. Razón y fe*, Madrid, 1950.]
56. Luis García Ballester, M. R. McVaugh y A. Rubio-Vela, *Practical Medicine from Salerno to the Black Death*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 13-29.
57. Needham *et al.*, *Science*, VI [6].
58. Swerdlow, citado en George Saliba, *A History of Arabic Astronomy*, New York University Press, Londres, 1994, p. 64.
59. Kennedy, *Studies*, pp. 50-83; Saliba, *History*, pp. 245-305.
60. N. Swerdlow y O. Neugebauer, *Mathematical Astronomy in Copernicus' De Revolutionibus*, Springer, Berlín, 1984, p. 295.
61. Martin Bernal, *Black Athena*, I, Vintage, Londres, pp. 155-156 [Hay trad. cast., *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Crítica, Barcelona, 1993.]; Frances Yates, *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1964, especialmente p. 154. [Hay trad. cast., *Giordano Bruno y la tradición hermenéutica*, Ariel, Barcelona, 1983.]
62. Wertheim, *Pythagoras' Trousers*, p. 81 y pp. 81-91.
63. Robert Briffault citado en Ziauddin Ahmad, «Muslim Contribution to Scientific Progress», en Mohammad R. Mirza y Muhammad I. Siddiqi (eds.), *Muslim Contribution to Science*, Kazi, Lahore, 1986, p. 117.
64. H. Floris Cohen, *The Scientific Revolution*, Chicago University Press, Chicago, 1994, cap. 8.

65. Du Bois, *Africa*, cap. 10.
66. Hitti, *History*, pp. 628-631.
67. Cheik Anta Diop, *The African Origins of Civilization*, L. Hill, Westport, 1974; Bernal, *Black Athena*, pp. 24, 151-155, 434-437.
68. Du Bois, *Africa*, p. 223.
69. Boas, *Scientific Renaissance*, pp. 29-30.
70. Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Verso, Londres, 1983. [Hay trad. cast., *Comunidades imaginadas*, FCE, México, 1993.]
71. Michael Mann, *The Sources of Social Power*, I, Cambridge University Press, Cambridge, 1986 [Hay trad. cast., *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Alianza, Madrid, 1991-1997.]; Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence*, Polity, Cambridge, 1985.
72. Michael Clapham, «Printing», en Charles Singer, E. J. Holmyard, A. R. Hall y T. I. Williams (eds.), *A History of Technology*, II, Clarendon Press, Oxford, 1956, p. 377.
73. Gernet, *History*, pp. 332-333; Tsien Tsuen-Hsuin, *Science and Civilisation in China*, V [1], Cambridge University Press, Cambridge, 1985, pp. 146-169; Thomas F. Carter, *The Invention of Printing in China and its Spread Westward*, The Ronald Press Company, Nueva York, 1955, p. 41.
74. Carter, *Invention*, p. 239.
75. Tsien Tsuen-Hsuin, *Science*, V [1], p. 145.
76. Donald F. Lach y Edwin J. Van Kley, *Asia in the Making of Europe*, III, Chicago University Press, Chicago, 1993, p. 1598.
77. Ibídem, p. 1595.
78. Gernet, *History*, p. 336.
79. Landes, *Wealth*, p. 51.
80. Lach y Kley, *Asia*, p. 1595, n.º 209.
81. Carter, *Invention*, pp. 239-240; Sang-woon Jeon, *Science and Technology in Korea*, MIT, Cambridge, Mass., 1974, pp. 173-184; Tsien Tsuen-Hsuin, *Science*, V [1], pp. 319-331.
82. Tsien Tsuen-Hsuin, *Science*, V [1], pp. 132-172, 303-313.
83. Robert Curzon, citado en Tsien Tsuen-Hsuin, *Science*, V [1], p. 313.
84. Carter, *Invention*, p. 242.
85. G. F. Hudson, *Europe and China*, Beacon Press, Boston, 1961, p. 168; y también Clapham, «Printing», pp. 378, 480.

86. J. M. Roberts, *Essays in Swedish History*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967.
87. Charles Tilly, *Coercion, Capital and European States, AD 990-1990*, Blackwell, Oxford, 1990 [Hay trad. cast., *Coerción, capital y los estados europeos: 900-1990*, Alianza, Madrid, 1992.]; Giddens, *Nation-State*, pp. 103-116, 222-254; Mann, *Sources*, I, caps. 12-15.
88. Joseph Needham, Ho Ping-Yû, Lu Gwei-Djen y Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, V [7], Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 49.
89. Paul Cressey, «Chinese Traits in European Civilization: a Study in Diffusion», *American Sociological Review* 10 [5] (1945), 598; Arnold Pacey, *Technology in World Civilization*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1991, p. 45.
90. Needham *et al.*, *Science*, V [7], pp. 47-50, 570-572.
91. O. F. G. Hogg, *English Artillery 1326-1716*, Royal Artillery Institution, Londres, 1963, pp. 6-9, 46; William H. McNeill, *The Pursuit of Power*, Blackwell, Oxford, 1982, pp. 81, 84. [Hay trad. cast., *La búsqueda del poder*, Siglo XXI, Madrid, 1989.]
92. Pacey, *Technology*, p. 47.
93. Needham *et al.*, *Science*, V [7], pp. 572-579.
94. Como reconoce incluso Lynn White en su *Medieval Religion and Technology*, University of California Press, Berkeley, 1978, p. 285; véanse asimismo Ahmad Y. al-Hassan y Donald R. Hill, *Islamic Technology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 106-107; y Needham *et al.*, *Science*, V [7], p. 77.
95. Al-Hassan y Hill, *Islamic Technology*, p. 108.
96. Pacey, *Technology*, p. 74.
97. Ibídem, p. 80.
98. Cf. Needham *et al.*, *Science*, V [7], pp. 455-465; Pacey, *Technology*, p. 75.

NOTAS AL CAPÍTULO IX

1. Phyllis Deane, *The First Industrial Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1965 [Hay trad. cast., *La primera revolución*

- industrial, Península, Barcelona, 1998.]; Peter Mathias, *The First Industrial Nation*, Methuen, Londres, 1983.
2. R. M. Hartwell, «Was there an Industrial Revolution?», *Social Science History* 14 (1990), 575; el destacado es mío.
3. Walt W. Rostow, *The Stages of Economic Growth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1961, p. 157. La cursiva es mía. [Hay trad. cast., *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, FCE, México, 1973.]
4. Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Verso, Londres, 1979, pp. 419-420. [Hay trad. cast., *El estado absolutista*, Siglo XXI, Madrid, 1999.]
5. David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, Little, Brown, Londres, 1998, p. 523. [Hay trad. cast., *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Crítica, Barcelona, 2003.]
6. David S. Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969, p. 84 [Hay trad. cast., *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Técnicos, Madrid, 1979.]; Charles P. Kindleberger, *World Economic Primacy*, Oxford University Press, Oxford, 1996, p. 132.
7. Landes, *Unbound Prometheus*, p. 39.
8. Marshall G. S. Hodgson, *The Ventures of Islam*, III, Chicago University Press, Chicago, 1974, p. 197.
9. Eric L. Jones, *Growth Recurring*, Clarendon Press, Oxford, 1988, p. 13. [Hay trad. cast., *Crecimiento recurrente: el cambio económico en la historia mundial*, Alianza, Madrid, 1997.]
10. Ibídem, p. 28.
11. Ibídem, p. 80.
12. Citado en Arnold H. Rowbotham, «The Impact of Confucianism on Seventeenth Century Europe», *The Far Eastern Quarterly* 4 [1] (1944), 227.
13. Ésta y las dos próximas citas proceden de Adolf Reichwein, *China and Europe*, Ch'eng-Wen Publishing Company, Taipei, 1967, pp. 77, 78 y 79 respectivamente.
14. William W. Appleton, *A Cycle of Cathay*, Columbia University Press, Nueva York, 1951, cap. 6; Reichwein, *China*, pp. 113-126;

- Hugh Honour, *Chinoiserie: the Vision of Cathay*, John Murray, Londres, 1961, pp. 44-52, 125-174.
15. Lewis A. Maverick, *China A Model for Europe*, I, Paul Anderson, San Antonio, Texas, 1946, pp. 111-123; Martín Bernal, *Black Athena*, I, Vintage, Nueva York, 1991, p. 172 [Hay trad. cast., *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Crítica, Barcelona, 1993.]; Francesca Bray, *Science and Civilisation in China*, VI [2], Cambridge University Press, Cambridge, 1984, p. 569.
16. J. J. Clarke, *Oriental Enlightenment*, Routledge, Londres, 1997, p. 49.
17. Kuo Hsiang, citado en Colin A. Ronan, *The Shorter Science and Civilisation in China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, p. 97.
18. Reichwein, *China*, pp. 101-109.
19. Basil Guy citado en Clarke, *Oriental Enlightenment*, p. 50.
20. Bernal, *Black Athena*, p. 198.
21. Sir William Temple citado en Michael Edwardes, *East-West Passage*, Taplinger, Nueva York, 1971, p. 107.
22. Oliver Goldsmith citado en Bernal, *Black Athena*, p. 198.
23. El octavo conde de Elgin, citado en Ronald Hyam, *Britain's Imperial Century 1815-1914*, Batsford, Londres, 1976, p. 37.
24. Jonathan Spence, *To Change China*, Little, Brown, Boston, 1969, p. 6.
25. Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, I, Collins, Londres, 1981, pp. 338-339. [Hay trad. cast., *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII*, 3 vols., Alianza, Madrid, 1984.]
26. Bernal, *Black Athena*, p. 172.
27. Maverick, *China*, pp. 13-14.
28. Leibniz, citado en Bray, *Science*, VI [2], p. 569.
29. Maverick, *China*, pp. 41-59; Bernal, *Black Athena*, p. 199.
30. Bray, *Science*, VI [2], p. 570.
31. Maverick, *China*; Wolfgang Franke, *China and the West*, Blackwell, Oxford, 1967, cap. 4.
32. Donald F. Lach y Edwin J. Van Kley, *Asia in the Making of Europe*, III, Chicago University Press, Chicago, 1993, p. 1890; véase asimismo Clarke, *Oriental Enlightenment*, p. 40.

33. Bray, *Science*, VI [2], p. 571.
34. Véase ibídem, pp. 553-555, 558-559.
35. Ibídem, pp. 581-583.
36. Robert Temple, *The Genius of China*, Prion Books, Londres, 1999, p. 20. [Hay trad. cast., *El genio de China*, Debate, Barcelona, 1987.]
37. Bray, *Science*, VI [2], pp. 366-375; Joseph Needham y Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, IV [2], Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 154.
38. Citado en Bray, *Science*, VI [2], p. 377.
39. Temple, *Genius*, pp. 23-25.
40. Ibídem, p. 27.
41. Álvarez Semedo, citado en Lach y Kley, *Asia*, p. 1595.
42. Los principios de Tull y la fórmula china aparecen reproducidos en Bray, *Science*, VI [2], pp. 559, 560.
43. Bray, *Science*, VI [2], p. 571.
44. Ibídem, p. 582.
45. Arnold Pacey, *The Maze of Ingenuity*, Allen Lane, Londres, 1974, p. 191. [Hay trad. cast., *El laberinto del ingenio: ideas e idealismo en el desarrollo de la tecnología*, Gili, Barcelona, 1980.]
46. Bray, *Science*, VI [2], p. 429-433.
47. Alfred W. Crosby, *The Columbian Exchange*, Greenwood, Westport, 1972, cap. 5; Braudel, *Civilization*, I, pp. 158-171. [Hay trad. cast., *El intercambio transoceánico: consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*, UAM, México, 1991.]
48. Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence*, Princeton University Press, Princeton, 2000, pp. 57-58.
49. Stuart Piggott, *Ruins in a Land Scape*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1976, pp. 115, 124.
50. Pomeranz, *Great Divergence*, pp. 59-68.
51. Peter J. Golas, *Science and Civilisation in China*, V [13], Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 285-287.
52. Robert Hartwell, «Markets, Technology, and the Structure of Enterprise in the Development of the Eleventh-Century Chinese Iron and Steel Industry», *Journal of Economic History* 26 [1] (1966), 48.
53. Golas, *Science*, V [13], pp. 186, 336.

54. Needham y Ling, *Science*, IV [2], pp. 135-136, 225-228, 369-370, 387, 407-408, 411.
55. Pomeranz, *Great Divergence*, pp. 61-62.
56. Temple, *Genius*, pp. 65-66; Joseph Needham, Ho Ping-Yü, Lu Gwei-Djen y Wang Ling, *Science and Civilisation in China*, V [7], Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 544-568.
57. Lynn White, *Medieval Technology and Social Change*, Clarendon Press, Oxford, 1962, p. 100. [Hay trad. cast., *Tecnología medieval y cambio social*, Paidós, Barcelona, 1990.]
58. Deane, *First Industrial Revolution*, p. 129.
59. Temple, *Genius*, p. 68.
60. *Ibídem*, p. 49.
61. Needham en Mansel Davies, *A Selection from the Writings of Joseph Needham*, The Book Guild, Lewes, Sussex, 1990, p. 144.
62. Ahmad Y. al-Hassan y Donald R. Hill, *Islamic Technology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, pp. 256-257.
63. Dharampal, *Indian Science and Technology in the Eighteenth Century*, Impex, Delhi, 1971, pp. 220-263.
64. Arnold Pacey, *Technology in World Civilization*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1991, p. 81.
65. Arun Kumar Biswas, «Mineral and Metals in Medieval India», en A. Rahman (ed.), *History of Indian Science, Technology and Culture, AD 1000-1800*, Oxford University Press, Nueva Delhi, 1999, p. 312, nn. 78-83.
66. Braudel, *Civilization*, I, p. 377.
67. Joel Mokyr, *The Lever of Riches*, Oxford University Press, Nueva York, 1990, p. 221. [Hay trad. cast., *La palanca de la riqueza: creatividad tecnológica y progreso económico*, Alianza, Madrid, 1993.]
68. Dieter Kuhn, *Science and Civilisation in China*, V [9], Cambridge University Press, Cambridge, 1988, p. 224.
69. A. P. Wadsworth y J. Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire 1600-1780*, Manchester University Press, Manchester, 1931, p. 106.
70. Pacey, *Technology*, pp. 103-107; Temple, *Genius*, pp. 120-121.
71. Kuhn, *Science*, V [9], pp. 428-433.
72. Denis Richards y Anthony Quick, *Britain 1714-1851*, Longmans, Londres, 1961, pp. 132-133.

73. Davies, *Selection*, p. 151.
74. Jones, *Growth Recurring*, p. 36.
75. Pacey, *Maze*, p. 190.
76. Braudel, *Civilization*, I, pp. 368, 370.
77. Temple, *Genius*, p. 54.
78. Joseph Needham, Wang Ling y Lu Gwei-Djen, *Science and Civilisation in China*, IV [3], Cambridge University Press, Cambridge, 1971, pp. 420-422.
79. F. T. Evans, resumido en Jones, *Growth Recurring*, pp. 18-19.
80. Richards y Quick, *Britain*, pp. 149-150.
81. Needham *et al.*, *Science*, IV [3], pp. 300-306, 359; Pacey, *Technology*, p. 6.
82. Jones, *Growth Recurring*, pp. 26, 27.

1. Gerard Delanty, *Inventing Europe*, Macmillan, Londres, 1995, p. 84.
2. George M. Frederickson, *Racism: a Short History*, Scribe Publications, Melbourne, 2002; James M. Blaut, *The Colonizer's Model of the World*, Guilford Press, Londres, 1993, p. 65.
3. Thierry Hentsch, *Imagining the Middle East*, Black Rose Books, Montreal, Quebec, 1992, pp. 112-113.
4. Samir Amin, *Eurocentrism*, Zed Books, Londres, 1989, p. 89.
5. Linda Tuhiwai Smith, *Decolonizing Methodologies*, Zed Books, Londres, 1999, p. 25.
6. John R. Mackenzie, citado en Smith, *Decolonizing Methodologies*, p. 22.
7. Véase Victor G. Kiernan, *The Lords of Mankind*, Columbia University Press, Nueva York, 1986 [1969].
8. *The Edinburgh Review*, citada en C. Northcote Parkinson, *East and West*, John Murray, Londres, 1963, p. 196. [Hay trad. cast., *El este contra el oeste*, Deusto, Bilbao, 1965.]
9. Lord Curzon, citado en Parkinson, *East*, pp. 221-222.
10. John Stuart Mill citado en Ronald Hyam, *Britain's Imperial Century 1815-1914*, Batsford, Londres, 1976, p. 55.

11. Hentsch, *Imagining*, pp. 107 y ss.
12. Martin Bernal, *Black Athena*, I, Vintage, Nueva York, 1991. [Hay trad. cast., *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Crítica, Barcelona, 1993.]
13. Denys Hay, *Europe: the Emergence of an Idea*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 1957, p. 1.
14. John Campbell y Philip Sherrard, «The Greeks and the West», en Raghavan Iyer (ed.), *The Glass Curtain Between Asia and Europe*, Oxford University Press, Londres, 1965, p. 71.
15. Martin Bernal, *Black Athena*, I, caps. 4-8.
16. Ali Mazrui, *World Culture and the Black Experience*, University of Washington Press, Seattle, 1974, especialmente pp. 38-81.
17. Blaut, *Colonizer's Model*, pp. 95-102.
18. Ibídem, p. 96.
19. D. N. Livingstone, «Climate's Moral Economy: Science, Race and Place in Post-Darwinian British and American Geography», en A. Godlewska y N. Smith (eds.), *Geography and Empire*, Blackwell, Oxford, 1994.
20. Philip D. Curtin, *The Image of Africa*, University of Wisconsin Press, Madison, 1964, pp. 65-66.
21. Hyam, *Britain's Imperial Century*, p. 37.
22. Michael Edwardes, *East-West Passage*, Taplinger, Nueva York, 1971, p. 109.
23. William Dampier, citado en Richard White, *Inventing Australia*, Allen and Unwin, Sydney, 1981, p. 3; véase asimismo Robert Hughes, *The Fatal Shore*, Harvill, Londres, 1996, p. 48. [Hay trad. cast., *La costa fatídica: la epopeya de la fundación de Australia*, Galaxia Gutenberg, Círculo de lectores, Barcelona, 2002.]
24. Peter Cunningham citado en White, *Inventing*, p. 8.
25. Edward Long, *History of Jamaica*, citado en Homi K. Bhaba, *The Location of Culture*, Routledge, Londres, 1994, p. 91.
26. Raghavan Iyer, «The Glass Curtain Between Asia and Europe», en Raghavan Iyer (ed.), *The Glass Curtain Between Asia and Europe*, Oxford University Press, Londres, 1965, p. 20.
27. Doctor James Hunt, citado en Hyam, *Britain's Imperial Century*, p. 81.
28. George citado en Hyam, *Britain's Imperial Curtain*, 158.

29. Frederickson, *Racism*, cap. 2.
30. A. J. Christopher, *Colonial Africa*, Barnes and Noble, Totowa, 1984, p. 83.
31. David B. Abernethy, *The Dynamics of Global Dominance*, Yale University Press, Londres, 2000, p. 222.
32. Lord Palmerston, citado en Hyam, *Britain's Imperial Century*, p. 39.
33. *Punch* (1849) citado en Richard Ned Lebow, *White Britain and Black Ireland*, Institute for the Study of Human Issues, Filadelfia, 1976, p. 40.
34. Marsden, citado en Hughes, *Fatal Shore*, p. 188.
35. Linda Colley, *Britons: Forging the Nation 1707-1837*, Yale University Press, New Haven, 1992.
36. Colley, *Britons*, pp. 29-30.
37. Edward W. Said, *Orientalism*, Penguin, Londres, 1991 [1978], p. 206, véase asimismo p. 227. [Hay trad. cast., *Orientalismo*, Debate, Madrid, 2002.]
38. Véase el estudio sumario en Curtin, *Image of Africa*; Ivan Hannaford, *Race: The History of an Idea in the West*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996; Michael Banton, *The Idea of Race*, Tavistock, Londres, 1977; Frederickson, *Racism*.
39. Benjamin Disraeli, citado en Banton, *Idea of Race*, p. 25.
40. Joseph Chamberlain, citado en White, *Inventing*, p. 71.
41. Lord Curzon, citado en A. P. Thornton, *The Imperial Idea and its Enemies*, St Martin's Press, Nueva York, 1966, p. 72.
42. James Lorrimer, *Institutes of the Law of Nations*, I, Blackwood and Sons, Edimburgo, 1883, pp. 10-12.
43. M. F. Lindley, *The Acquisition and Government of Backward Territory in International Law*, Longmans, Green, Londres, 1926, p. V.
44. John Westlake, resumido en Said, *Orientalism*, pp. 206-207.
45. Mohammed Bedjaoui, «Poverty of the International Order», en Richard Falk, Friedrich Kratochwil y Saul Mendlovitz (eds.), *International Law*, Westview Press, Boulder, 1985, p. 153.
46. Lord Carnarvon, citado en Hyam, *Britain's Imperial Century*, p. 105.
47. Said, *Orientalism*, p. 216.
48. Ibídem, pp. 207, 95.
49. Edward W. Said, «Representing the Colonized: Anthropology's Interlocutors», *Critical Inquiry*, 15 (1989), p. 216.

NOTAS AL CAPÍTULO XI

1. Dugald Stewart citado en Friedrich List, *The National System of Political Economy*, Longmans, Green, Londres, 1885, p. 120. [Hay trad. cast., *Sistema nacional de economía política*, Aguilar, Madrid, 1955.]
2. Peter Mathias, *The First Industrial Nation*, Methuen, Londres, 1983, p. 31.
3. Linda Weiss y John M. Hobson, *States and Economic Development*, Polity, Cambridge, 1995, p. 115.
4. *Economic Report of the President*, United States Government Printing Office, Washington, DC, 1996, p. 367.
5. J. V. Beckett y Michael Turner, «Taxation and Economic Growth in Eighteenth Century England», *Economic History Review* 43 [3] (1990), pp. 377-403; Paul Gregory, *Russian National Income, 1885-1913*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, pp. 130-132, 193.
6. Albert H. Imlah, *Economic Elements in the Pax Britannica*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1958, p. 115.
7. John A. Hobson, *Imperialism*, George Allen and Unwin, Londres, 1968 [1902], pp. 98-102. [Hay trad. cast., *Estudio del imperialismo*, Alianza, Madrid, 1981.]
8. J. V. Nye, «The Myth of Free Trade Britain and Fortress France: Tariffs and Trade in the Nineteenth Century», *Journal of Economic History* 51 [1] (1991), pp. 23-46.
9. D. C. M. Platt, *Finance, Trade, and Politics in British Foreign Policy 1815-1914*, Clarendon Press, Oxford, 1968, p. 87.
10. Platt, *Finance*, p. 89.
11. Sir Louis Mallet, citado en Platt, *Finance*, p. 89.
12. G. P. M. Dickson, *The Financial Revolution in England*, St Martin's Press, Londres, 1967.
13. Imlah, *Economic Elements*, pp. 70-75; Phyllis Deane y W. A. Cole, *British Economic Growth 1688-1959*, Cambridge University Press, Cambridge, 1969, p. 37.
14. Paul A. Bairoch, «International Industrialization Levels from 1750 to 1980», *Journal of European Economic History* 11 [2] (1982), p. 296;

- Angus Maddison, *Monitoring the World Economy*, OCDE, París, 1995), pp. 30, 182-190. [Hay trad. cast., *La economía mundial, 1820-1992: análisis y estadísticas*, Centro de desarrollo, París, 1997.]
15. Weiss y Hobson, *States*, pp. 118-119; P. K. O'Brien, «The Impact of the Revolutionary and Napoleonic Wars, 1793-1815, on the Long Run Growth of the British Economy», *Review* 12 [3] (1989), pp. 349-350.
 16. Cálculos de Stefan Oppers, «The Interest Rate Effect of Dutch Money in Eighteenth Century Britain», *Journal of Economic History* 53 [1] (1993), pp. 25-43.
 17. O'Brien, «Impact», pp. 346 y 345-357.
 18. N. F. R. Crafts, *British Economic Growth during the Industrial Revolution*, Clarendon Press, Oxford, 1985, pp. 62-63; Weiss y Hobson, *States*, pp. 120-121.
 19. Mathias, *First Industrial Nations*, pp. 32-33.
 20. Joseph Inikori, «Slavery and the Revolution in Cotton Textile Production in England», en J. E. Inikori y S. Engerman (eds.), *The Atlantic Slave Trade*, Duke University Press, Londres, 1992, cap. 6.
 21. Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence*, Princeton University Press, Princeton, 2000, p. 53.
 22. Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, III, University of California Press, Berkeley, 1992, p. 522. [Hay trad. cast., *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV-XVIII*, 3 vols., Alianza, Madrid, 1984.]
 23. K. N. Chaudhuri, *The Trading World of Asia and the English East India Company 1660-1760*, Cambridge University Press, Cambridge, 1978, pp. 273 y ss.; Braudel, *Civilization*, III, pp. 566-567, 572.
 24. A. P. Wadsworth y J. Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire, 1600-1780*, Manchester University Press, Manchester, 1931, pp. 124-128.
 25. Arnold Pacey, *The Maze of Ingenuity*, Allan Lane, Londres, 1974, pp. 278-282. [Hay trad. cast., *El laberinto del ingenio: ideas e idealismo en el desarrollo de la tecnología*, Gili, Barcelona, 1980.]
 26. Ha-Joon Chang, *Kicking Away the Ladder*, Anthem, Londres, 2002, p. 22. [Hay trad. cast., *Retirar la escalera: la estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*, Los libros de la catarata, Madrid, 2004.]

27. Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, pp. 151-155.
28. Braudel, *Civilization*, III, pp. 386-387.
29. P. K. O'Brien, «The Foundations of European Industrialization: from the Perspective of the World», *Journal of Historical Sociology*.
30. Richard Cobden, citado en Ronald Hyam, *British Imperial Century 1815-1914*, Batsford, Londres, 1976, p. 56.
31. Cobden, citado en Platt, *Finance*, p. 88.
32. Bowring, citado en Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, Andre Deutsch, Londres, 1944, p. 136. [Hay trad. cast., *Capitalismo y esclavitud*, Editorial de ciencias sociales, La Habana, 1975.]
33. John M. Hobson, «Two Hegemonies or One? A Historical-Sociological Critique of Hegemonic Stability Theory», en P. K. O'Brien y A. Clesse (eds.), *Two Hegemonies*, Ashgate, Aldershot, 2002, especialmente pp. 307-314.
34. Duque de Argyll, citado en Ronald Hyam, *British Imperial Century*, p. 66.
35. Chang, *Kicking Away the Ladder*.
36. Friedrich List, *National System*, pp. 189, 368.
37. Hyam, *British Imperial Century*, p. 25.
38. Werner Schlote, *British Overseas Trade from 1700 to the 1930s*, Greenwood Press, Westport, 1952, pp. 172-173.
39. R. P. Dutt, *The Problem of India*, International Publishers, Nueva York, 1943.
40. Horace Wilson (1845), citado en Peter Fryer, *Black People in the British Empire*, Pluto Press, Londres, 1988, p. 12.
41. Felipe Fernández-Armesto, *Millennium*, Black Swan, Londres, 1996, pp. 361, 367. [Hay trad. cast., *Milenium*, Planeta, Barcelona, 1995.]
42. List, *National System*, caps. 8, 13.
43. Charles Kingsley, citado en Hyam, *British Imperial Century*, p. 106.
44. Pierre Clastres, «On Ethnocide», *Art and Text* 28 (1988), p. 57.
45. Stanley Engerman, «The Slave Trade and British Capital Formation in the Eighteenth Century: a Comment on the Williams Thesis», *Business History Review* 46 (1972), pp. 430-433; Roger Anstey, «The Volume and Profitability of the British Slave Trade, 1761-1807», en Stanley Engerman y Eugene Genovese (eds.), *Race and Slavery in the Western Hemisphere*, Princeton University Press, Princeton, 1975, pp. 3-31.

46. Barbara Solow, «Caribbean Slavery and British Growth: the Eric Williams Hypothesis», *Journal of Development Economics* 17 (1985), p. 105.
47. William Darity, «British Industry and the West Indies Plantations», en Inikori y Engerman, *Atlantic Slave Trade*, p. 256.
48. Anstey, «Volume», p. 24. Nótese que sitúa los beneficios del tráfico de esclavos en 200.000 libras esterlinas al año y la renta nacional en 180 millones de libras.
49. Cálculos tomados de Deane y Cole, *British Economic Growth*, p. 34.
50. Cálculos tomados de Ronald Bailey, «Africa, the Slave Trade, and the Rise of Industrial Capitalism in Europe and the United States», *American History: a Bibliographic Review* 2 (1986), p. 32.
51. P. K. O'Brien y S. L. Engerman, «Exports and the Growth of the British Economy from the Glorious Revolution to the Peace of Amiens», en Barbara Solow (ed.), *Slavery and the Rise of the Atlantic System*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, p. 189.
52. Wardsworth y Mann, *Cotton Trade*, pp. 183-192; Inikori, *Africans*, pp. 372, 482.
53. Pomeranz, *Great Divergence*, p. 278.
54. Williams, *Capitalism*, pp. 98-102; Darity, «British Industry», p. 257.
55. Inikori, *Africans*, p. 356.
56. Ibídem, p. 361.
57. Darity, «British Industry», p. 255.
58. Inikori, *Africans*, pp. 427-472.
59. Crafts, *British Economic Growth*, p. 145.
60. R. P. Thomas y D. N. McCloskey, «Overseas Trade and Empire 1700-1860», en Roderick Floud y Donald McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, Cambridge University Press, Cambridge, 1981, p. 92.
61. O'Brien y Engerman, «Exports», p. 189.
62. P. K. O'Brien, «European Economic Development: the Contribution of the Periphery», *Economic History Review* 35 (1982), pp. 1-18; O'Brien, «Foundations», pp. 303-306.
63. O'Brien, «Foundations», pp. 310-311.
64. O'Brien y Engerman, «Exports», pp. 181-182.
65. Hyam, *British Imperial Century*, p. 209.

66. Eric L. Jones, *The European Miracle*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981, p. 83. [Hay trad. cast., *El milagro europeo: entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*, Alianza, Madrid, 1990.]
67. Pomeranz, *Great Divergence*, pp. 274-278.
68. Cálculos tomados de Hyam, *British Imperial Century*, p. 322.
69. W. S. Jevons, citado en Hyam, *British Imperial Century*, p. 47-48. El destacado es mío.
70. Alec Hargreaves, «European Identity and the Colonial Frontier», *Journal of European Studies* 12 (1982), p. 167.
71. Richard Broome, *Aboriginal Australians* (St Leonards, Nueva Gales del Sur: Allen and Unwin, 1982), p. 51; Henry Reynolds, *The Other Side of the Frontier*, Penguin, Ringwood, Victoria, 1982, pp. 122-123.
72. Henry Reynolds, *An Indelible Stain?*, Penguin, Harmondsworth, 2001, cap. 4.
73. Véase T. Barta, «After the Holocaust: Consciousness of Genocide in Australia», *Australian Journal of Politics and History* 31 [1] (1984), pp. 154-161.
74. E. Deas Thomson (1842), citado en Robert Hughes, *The Fatal Shore* (Londres, Harvill, 1996), p. 278. [Hay trad. cast., *La costa fatídica: la epopeya de la fundación de Australia*, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002.]
75. Barta, «After the Holocaust»; Colin Tatz, *Genocide in Australia*, Aboriginal Studies Press, Canberra, 1999; Reynolds, *Indelible Stain?*
76. Reynold, *Indelible Stain?*, pp. 155-179.
77. Anne-Marie Willis, *Illusions of Identity*, Hale and Iremonger, Sydney, Nueva Gales del Sur, 1993, pp. 96-97.
78. Jeffrey G. Williamson, «Why was British Growth so Slow during the Industrial Revolution?», *Journal of Economic History* 44 (1984), pp. 687-712.
79. Weiss y Hobson, *States*, pp. 119-123; O'Brien y Engerman, «Exports», pp. 193-209.
80. Lance Davis y Robert Huttenback, *Mammon and the Pursuit of Empire*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.
81. John M. Hobson, «The Military Extraction Gap and the Wary Titan:

- The Fiscal Sociology of British Defence Policy, 1870-1913», *Journal of European Economic History* 22 [3] (1993), pp. 463-473, 478-493. Véase asimismo Niall Ferguson, «Public Finance and National Security: the Domestic Origins of the First World War Revisited», *Past and Present* 142 (1994), pp. 148-153.
82. Paul M. Kennedy, *The Realities Behind Diplomacy*, Fontana, Londres, 1989, p. 32. La cursiva es suya.
 83. Avner Offer, «The British Empire, 1870-1914: a Waste of Money?», *Economic History Review* 46 [2] (1993), pp. 215-238.
 84. K. J. Holsti, *Peace and War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991, cap. 5.
 85. Thomas y McCloskey, «Overseas Trade», p. 100.

NOTAS AL CAPÍTULO XII

1. Cf. Graeme Gill, *The Nature and Development of the Modern State*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2003, pp. 172-191.
2. Linda Weiss y John M. Hobson, *States and Economic Development*, Polity, Cambridge, 1995, p. 45.
3. Margaret Levi, *Of Rule and Revenue*, University of California Press, Londres, 1988, pp. 112, 115.
4. John D. Brewer, *The Sinews of Power*, Unwin Hyman, Londres, 1989, pp. 129-132.
5. C. B. A. Behrens, *The Ancien Régime*, Thames and Hudson, Londres, 1967, pp. 138-143.
6. J. C. Riley, *International Government Finance and the Amsterdam Capital Market 1740-1815*, Cambridge University Press, Cambridge, 1980.
7. Weiss y Hobson, *States*, p. 45.
8. Michael Mann, *The Sources of Social Power*, II, Cambridge University Press, Cambridge, 1993, p. 390 y también pp. 450-452. [Hay trad. cast., *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Alianza, Madrid, 1991-1997.]
9. Max Weber, *Gesammelte Politische Schriften*, J. C. B. Mohr, Tübingen, 1988, pp. 126-127, 180-181, 230, 282, 377, 410. [Hay trad.

- cast., *Escritos políticos*, Alianza, Madrid, 1991.] Véase asimismo John M. Hobson y Leonard Seabrooke, «Reimagining Weber: Constructing international society and the social balance of power», *European Journal of International Relations*, 7 [2] (2001), pp. 239-274.
10. Adam Smith, *The Wealth of Nations*, The Modern Library, Nueva York, 1937 [1776]. [Hay trad. cast., *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Oikos-Tau, Barcelona, 1988.]
 11. Paul A. Bairoch, *Economics and World History*, University of Chicago Press, Chicago, 1993, p. 40.
 12. Weiss y Hobson, *States*, cap. 4.
 13. Colbert citado en E. H. Carr, *Nationalism and After*, Macmillan, Londres, 1945, p. 5.
 14. John M. Hobson, *The Wealth of States*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997; cf. John A. Hobson, *Imperialism: a Study*, George Allen and Unwin, Londres, 1968 [1902], pp. 94-109. [Hay trad. cast., *Estudio del imperialismo*, Alianza, Madrid, 1981.]
 15. Peter Flora, *State, Economy, and Society in Western Europe 1815-1975*, I, Macmillan, Londres, 1983, pp. 281-339. He corregido las cifras que da para Alemania.
 16. Hobson, *Wealth*, especialmente pp. 19-20, 210-211.
 17. Por ejemplo, Clive Trebilcock, *The Industrialization of the Continental Powers 1870-1914*, Longman, Londres, 1981; Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1962. [Hay trad. cast., *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Ariel, Barcelona, 1968.]
 18. James M. Blaut, *Eight Eurocentric Historians*, Guilford Press, Londres, 2000, p. 144.
 19. Flora, *State*, pp. 96-151.
 20. Ha-Joon Chang, *Kicking Away the Ladder*, Anthem, Londres, 2002, pp. 74-75. [Hay trad. cast., *Retirar la escalera: la estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*, Los libros de la catarata, Madrid, 2004.]
 21. Ibídem, pp. 75-76.

22. Patricia Springborg, *Western Republicanism and the Oriental Prince*, University of Texas Press, Austin, 1992, p. 19.

NOTAS AL CAPÍTULO XIII

1. Michael Mann, *The Sources of Social Power*, I, Cambridge University Press, Cambridge, 1986, p. 378. [Hay trad. cast., *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Alianza, Madrid, 1991-1997.]
2. Ibídem, p. 404.
3. Jack Goody, *The East in the West*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 8.
4. Lynn White, *Medieval Religion and Technology*, University of California Press, Berkeley, 1978, p. 80.
5. F. Oakley, citado en Goody, *East*, p. 8.
6. Mann, *Sources*, I, cap. 1.
7. Andre Gunder Frank, *ReOrient*, University of California Press, Berkeley, 1998, pp. 335-336.
8. Expresión que Nathan Sivin atribuye a la estructura levantada por Joseph Needham; véase Sivin, introducción del editor en Joseph Needham y Lu Gwei-Djen, *Science and Civilisation in China*, VI [6], Cambridge University Press, Cambridge, 2000, pp. 13-14. La expresión «diálogo global» de Pacey resulta también útil; Arnold Pacey, *Technology in World Civilization*, MIT Press, Cambridge, Mass., 1991; cf. Jerry H. Bentley, *Old World Encounters*, Oxford University Press, Nueva York, 1993.
9. Janet L. Abu-Lughod, *Before European Hegemony*, Oxford University Press, Oxford, 1989, pp. 18, 354.
10. Eric R. Wolf, *Europe and the People Without History*, University of California Press, Berkeley, 1982, p. 388 y pp. 385-391. [Hay trad. cast., *Europa y la gente sin historia*, FCE, México, 1987.]
11. James M. Blaut, *The Colonizer's Model of the World*, Guilford Press, Londres, 1993, p. 208, n.º 2.
12. E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Merlin Press, Londres, 1978. [Hay trad. cast., *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981.]
13. Frank, *ReOrient*, pp. xvi, xxvi; Kenneth Pomeranz, *The Great Diver-*

- gence, Princeton University Press, Princeton, 2000, Marshall G. S. Hodgson, *Rethinking World History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.
14. Cf. David Abernethy, *The Dynamics of Global Dominance*, Yale University Press, New Haven, 2000, especialmente cap. 10.
 15. Edward W. Said, *Orientalism*, Penguin, Londres, 1991 [1978], p. 2. La cursiva es suya. [Hay trad. cast., *Orientalismo*, Debate, Madrid, 2002.]
 16. Mann, *Sources*, I, p. 531.
 17. Pomeranz, *Great Divergence*; Blaut, *Colonizer's Model*.
 18. Felipe Fernández-Armesto, *Millennium*, Black Swan, Londres, 1996, p. 345. [Hay trad. cast., *Milenium*, Planeta, Barcelona, 1995.]
 19. James Axtell, «Colonial America without the Indians: Counterfactual Reflections», *Journal of American History* 73 [4] (1987), p. 984.
 20. Fernández-Armesto, *Millennium*, pp. 365-367.
 21. Goody, *East*, p. 7.
 22. John M. Roberts, *The Triumph of the West*, BBC Books, Londres, 1985, p. 201.
 23. David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations*, Little, Brown, Londres, 1998, p. 514. [Hay trad. cast., *La riqueza y la pobreza de las naciones: por qué algunas son tan ricas y otras son tan pobres*, Crítica, Barcelona, 2003.]
 24. W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction in America*, Russell & Russell, Nueva York, 1935, p. 722.
 25. George G. M. James, *Stolen Legacy*, Philosophical Library, Nueva York, 1954.
 26. Henry Reynolds, *Black Pioneers*, Penguin, Londres, 2000, pp. 9-10.
 27. Edward W. Said, Prefacio (2003) a *Orientalism*, Penguin, Londres, [1978] 2003, p. xxiii. [Hay trad. cast., *Orientalismo*, Debate, Madrid, 2002.]

ÍNDICE ANALÍTICO

- ábaco, sistema del, 174, 240
 abasíes, 67, 71, 72
 Abernethy, Albert, 312
 Abisinia, reino aksumita de, 68
 aborígenes australianos, 63, 309, 364
 Abū Nars, matemático, 241
 Abu-Lughod, Janet, 58, 59, 68, 74, 75, 77, 170, 173, 402-403; *Before European Hegemony*, 73
 acero, producción de, 128, 278, 283-285
 Acre, 76, 77, 254
 Adén, conquista de, 204
 Aduanas Portuarias Imperiales (API), 346
 África: comercio en, 68-69
 África, norte de, 55, 56, 61, 62, 67, 70-71, 76, 78-79, 169, 188, 391, 396
 África oriental, 69
 agricultura, 90-91, 109-110, 135; arado de vertedera de hierro, 271-273, 395; aventureña gira-
- toria, 273; revolución agrícola medieval, 146-148; rotación de cultivos, 277; sembradora y escardadora de tracción equina, 274-278
 Agustín, san, 246
 Ahmad Ibn Mājid, Shihāb al-Dīn, navegante, 189, 194, 201
 aislacionismo: China, 111; India, 120-129; Japón, 131-141
 al-Battanānī, matemático, 241
 Alejandro VI, papa, 224
 Alemania, 368, 377, 384
 Alfonso X el Sabio, rey de Castilla, 239
 álgebra, 239-240
 algodón, producción y comercio del, 110, 128, 213, 285-287, 348, 354, 410
 al-Haytham, matemático, 241
 al-Khwārizmī, Muhammad ibn Mu-sa, matemático, 239-241, 245; *Sobre el cálculo de los numera-les hindúes*, 240

al-Ṭūsī, Nasīr al-Dīn, matemático, 241

Álvarez Semedo, jesuita español, 92, 269; *Historia de la Grande y Reputada Monarquía de China*, 275

Amalfi, 395

América, «descubrimiento» de, 18, 19, 222, 413

Amin, Samir, 297

Andalusī, Sa'īd al-, 392

Anderson, Perry, 56, 259

anglos, 153

Anstey, Roger, 351, 352-353

antieuocentrismo, teoría del, 20-21, 47, 416, 418-420

antropología, 310-311

apartheid: intelectual, 373; social, 315, 411

apropiacionismo, proceso de, 19

árabes, 151

arado, desarrollo del, 147-148, 149

aranceles, 330-333, 339, 348, 380

Argyll, duque de, 346

Arkwright, Richard, 285, 286, 339

arnés, desarrollo del, 149-150

Arquímedes, 238; tornillo o rosca de, 95

Asia: mito de la dominación política europea en, 214-216; monopolio comercial europeo en, 207-213

Asia, sudeste de, 56, 62, 79, 98, 101, 111, 114, 129-131, 139, 140, 205

asimilacionismo, proceso de, 19

astrolabio, 174-175, 199, 398

astronomía, 71, 199, 244

Australia, 63, 309, 313; exportaciones de lana, 362, 365

ávaros, invasión de los, 149, 151, 153

Avennasar (al-Fārābī), 242, 243-244; *Catálogo de las ciencias*, 244

Averroes (Ibn Rushd), 242, 247

Avicena (Ibn Sīnā), 242, 243, 244; *Canon de medicina*, 244; *Libro de las curaciones*, 244

Axtell, James, 413-414

Bacon, Francis, 221, 245; *Novum Organum*, 91

Bacon, Roger, 252

Bagdad, 67, 75, 77, 238

Bairoch, Paul, 114-116

Banco de Inglaterra, 335

banian, comerciantes urbanos, 125-127

Banū Mūsā, hermanos, 182

Barclays Bank, 355

barcos: desarrollo de los, 91; mamáparos y compartimentos estancos en los, 289

Benedict, Ruth, 17, 30

Bengala, 214

Bentham, sir Samuel, 289

Bentley, Jerry, 70

Bernal, Martin, 19, 266, 303, 387

Bessemer, Henry, 283

Biblia, 311-312

Bin Wong, R., 89, 106

Bīrūnī, al-, 245

Blaut, James M., 38, 40, 44, 233, 294, 306, 382, 403, 412, 413

Bloch, Marc, 159, 163

Blumenbach, Johann Friedrich, 310

Boas, Marie, 248

Bodin, Jean, 300, 308

Bolsa de Londres, 336

Bossuet, historiador, 266

Bowen, Richard, 177

Bowring, John, doctor, 343

Boxer, Charles, 209

Brasil, 344

Braudel, Fernand, 71, 108, 128, 171, 207, 215, 267, 285, 339, 341

Bray, Francesca, 270, 272, 275-276

Briffault, Robert, 245

Brindley, H. H., 177-178

Brindley, James, 290

Broglie, duque de, 334

brújula, descubrimiento de la, 91, 174, 175-176, 221

Buena Esperanza, cabo de, 42, 77, 207

Buffon, conde de, 310

burguesía occidental, 33

burguesía oriental, 37

búsqueda de ingresos, proceso de, 381

Buzajānī, Abu'l-Wafā al-, matemático, 240, 241

Cabral, navegante, 196

Cairo, El, 77

Calicut, comercio de, 209

Calinico, arquitecto sirio, 254

Camper, Pieter, 310

Cana, Malemo, musulmán de Gujarat, 200

Canadá, 116

canales, construcción de, 290-291

cañón, invención del, 251, 252-254

capitalismo, orígenes del, 30, 39

carabelas, navegación con, 198, 202

Cardwell, D. S. L., 186

Carew, Jan, 233

Carlomagno, emperador, 153

Carlos Martel, 151-152, 158-159

Carnarvon, lord, 316

cartaz, sistema de, 210

Carter, Thomas, 184, 250-251

cartografía, 199

Cartwright, Edmund, 285

Casson, Lionel, 176, 178

Cesáreo de Arles, san, 176, 177

Chamberlain, Joseph, 315-316

Chambers, sir William, 288

Charron, Pierre, 308

Chaudhuri, K. N., 205

Chēng Ho, almirante chino, 105, 129, 194, 201-203

China, 31, 41, 44, 55, 56, 63, 73, 79, 102, 170; agricultura de, 275-277, 395; cañón, descubrimiento del, 43; comercio de la plata en, 102-103, 119; comercio internacional en, 104-107; comercio portugués en, 203-204; fabricación de relojes,

186-187; guerras del opio, 31, 346, 361; mito del aislacionismo y el estancamiento económico, 96-107; mito de la decadencia de la economía china, 108-111; molinos de agua en, 181; origen de la imprenta, 249; pólvora, descubrimiento de la, 43, 91; primer «milagro industrial» en, 83-96; primera revolución militar, 92-94; producción manufacturera, 116-117; reverencia como «norma de civilización», 347; revolución agrícola o revolución «verde», 90-91; revolución militar en, 251-255; sistema tributario de, 98

Ch'ing, dinastía, 92, 101, 329
Chingiz (Gengis) Khan, 73, 75
Christopher, A. J., 312
Cipolla, Carlo M., 145, 180
ciudades, desarrollo de las, 89
Clapham, Michael, 248
Clarke, J. J., 265
Clastres, Pierre, 320, 351
cláusula orientalista, 44-45
Clerc, Nicolas-Gabriel: *Yu le Grand et Confucius*, 265
clima, importancia del, 308
Clive, Robert, 414
Cobden, Richard, 334, 343
Cobden-Chevalier, tratado (1860), 333-334
Colbert, Jean-Baptiste, 268, 323, 379

Colley, Linda, 313-314
Collins, Randall, 35
Colón, Cristóbal, 18, 47, 195, 222, 407, 408; mito de, 223-236; «*Lettera Rarissima*», 224
comercio: aparición del, 29; global, 57-58, 72; en el mundo musulmán, 65-67; véase también aranceles; China; Gran Bretaña
commenda, pacto de la, 172-173
Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC), 124, 212-213
Compañía Inglesa de las Indias Orientales, 123, 126, 414, 415
comunismo, 33
confucianismo, 105, 249, 393
Confucio, 263, 309
Constantinopla, 76
contabilidad por partida doble, 173
conversión cultural frente a la tensión, 342-350
convertidor Bessemer, invención del, 283, 290
Cook, James, 364
Copérnico, Nicolás, 244
Corán, 64-65, 173, 184
Córdoba, 240
Corea, 63, 139, 140; invasión japonesa de, 99
Corea del Sur, 340
Cort, Henry, 278
Cosimo de Medici, 247
Couto, Diogo do, 194
Covilhão, Pedro de, 196

cráneo humano, mediciones del, 310-311
Creciente Fértil, 73
Cresques, Jacob ben Abraham, cartógrafo judío, 199
Cressey, Paul, 252
Crimea, puertos de, 78
cristianismo, 156-164; véase también Cruzadas; Iglesia católica
Crompton, Samuel, 285, 339
Crosby, Alfred, 233
Cruzadas, 47, 191, 197, 247, 398, 407
cruzados europeos, 182
Cuba, 225
Cunningham, Peter, 309
Curr, Edward, 364
Curtin, Philip, 61, 100, 308
Curzon, Robert, lord, virrey de la India, 250, 302, 316
Cuvier, Georges, 310
Dampier, William, explorador británico, 309
Dante: *Divina Comedia*, 156-157, 164
Darby, Abraham, 278
Darwin, Charles: *Sobre el origen de las especies*, 314
darwinismo social, 296, 314-317, 351
Das Gupta, Ashin, 124
Davis, Lance, 367
Deane, Phyllis, 282-283; *The First Industrial Revolution*, 258
Delanty, Gerard, 294
democracia, aparición de la, 29
Denevan, William, 232
despotismo oriental, teoría del, 26, 33, 37, 82, 88, 114, 122-123, 128, 300-304, 306, 374
Diario del primer viaje de Vasco de Gama, 200
Díaz, Bartolomé, navegante portugués, 193
difusionismo, proceso de, 19
dinero en metálico, 87
Disraeli, Benjamin: *Tancred*, 315
Du Bois, W. E. B., 232, 246-247, 417; *Africa in World History*, 22, 30, 222
Duby, Georges, 162
economía feudal europea, 148-150
economía global, 73-78, 111
Edad Media, 29, 43, 146, 186
Edinburgh Review, The, 300
Edwardes, Michael, 187-188, 237, 308
Egipto, Antiguo, 19, 33, 56, 187, 239, 304; bizantino, 63; fatimita, 70
Egipto, rutas comerciales por, 68, 77-79, 171
Ekeberg: *Una relación de la lanza china*, 269
Elgin, conde de, 266-267
Engels, Friedrich: *Manifiesto comunista*, 31-32
Engerman, Stanley, 351-352, 355, 359
Enrique el Navegante, príncipe de Portugal, 192, 194

Equiano, Olaudah, 230
esclavos, tráfico de, 230, 231, 234-235, 351-353, 414
España musulmana, 181, 182, 183, 184
especias, comercio de las, 204, 208, 209
esperanza de vida, 117, 231
Estados Unidos, 116, 352; aranceles, 333; Constitución de, 382; deuda federal, 329; esclavos en, 355; derecho de voto en, 385
estribo, invención del, 151-152, 154
Etiopía, 69
Euclides, 238
eurocentrismo, teoría del, 19, 20-30, 39-49, 54, 68, 89, 95, 115, 124-125, 223, 324, 373, 382, 389, 407, 418-420
Europa, 97; reconstrucción de la identidad europea, 297-300
evangelismo protestante británico, 311-314

Falconer, William, 308
Fang Xing, 109
Faraday, Michael, 285
fatimitas, 67
Fazārī, al-, 175
Federico Guillermo, gran elector de Prusia, 376
Fénelon, François de Salignac de la Mothe, 266
Feng, Wang, 117
Fēng-Tao, impresor, 249

fenicios, 240
Ferguson, Adam, 308
Fernández-Armesto, Felipe, 221, 349, 413; *Millennium*, 21, 107
feudalismo, 146, 147, 148-150, 164, 165; dimensión militar y de clase del, 150-155
Fibonacci, Leonardo, 174, 240
Ficino, Marsilio, 247
Fletcher, Joseph, 105-106
Flynn, historiador, 102
Francia, 184, 368, 375; burocracia en, 377; impuestos en, 375-376
francos, 153
Frank, Andre Gunder, 118, 138-139, 401, 404, 417
Frederickson, George, 229, 294
Fu Manchú, 309
Galen, médico griego, 243
Gama, Vasco de, navegante, 42-43, 47, 179, 195-197, 200, 201-202, 222, 223, 407, 408
Gandhi, Mahatma, 323
Gang Deng, 92
Gemeinschaft, concepto tradicional de, 65
Geniza, documentos de, 70
Génova, comercio en, 77-78, 171
geometría, 198, 239
gépidas, tribu de los, 153
Gerardo de Cremona, 241, 244
Gernet, Jacques, 104, 109
Gesellschaft, concepto moderno de, 65
Ghafur, Abdul, mercader, 123

Gibbon, Edward, 158
Ginés de Sepúlveda, Juan, 226
Giraldez, historiador, 102
Gladstone, William, 334
Gliddon, científico estadounidense, 314
globalización oriental, 19, 23, 56-63, 146, 148
Goa, 206, 209
Gobineau, Arthur de, conde, 295, 314; *La desigualdad de las razas*, 315
Goethe, Johann Wolfgang von, 373
Golas, Peter, 109, 279-280
Goldsmith, Oliver, 266
Goody, Jack, 61, 174, 239, 396, 416; *The East in the West*, 394
Gran Bretaña, 44, 83, 86, 116-117; «ahorro forzoso», política de, 336-338; balanza de pagos, 356; desarrollo del capital financiero, 335-336; deuda nacional, 328, 366; evangelismo protestante en, 311-314; exportaciones a las colonias, 357-358, 361; gastos militares, 326-328, 335, 337, 366, 367-368; impuestos, 329, 366; industria algodonera, 285-287; industria siderúrgica, 352; industrialización de, 110, 114, 235, 257-292, 324-325, 331, 335; Ley de Prácticas Corruptas e Ilegales (1883), 385; Leyes de Navegación, 357-358, 410-411; misión civilizadora imperial, 317-321, 341-365; orígenes afroasiáticos de la industrialización, 350-365; racismo científico en, 310-311, 314-315; revolución agrícola, 271-278; sistema de proteccionismo nacional, 330-335, 338-340, 366; tabla clasificatoria de la civilización según, 299-300, 301, 316-317, 318
Grecia, antigua, 19, 26, 33, 45, 175, 297, 303-304
Grover, B. R., 121-122
Guillermo de Rublick, 252
Gujarat, mercaderes de, 213
Gutenberg, Johannes, 248-250, 398
Guy, Basil, 265-266
Habib, Irfan, 126
Ha-Joon Chang, 348, 385
Han, dinastía china, 149-150
Hanley, historiador, 137
Hanseática, Liga, 62
Hargreaves, Alec, 363
Hargreaves, James, 285
Harris, Nigel, 61
Hartwell, Robert, 83, 85, 108, 258, 279
Harvey, William, 243
Hassan, Ahmad Y. al-, 180
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 33-34
Hentsch, Thierry, 296
Hermes Trismegisto, sabio egipcio, 244
Herodoto, 387
herradura de las caballerías, 149

hierro, producción de, 108-109, 128, 182, 185-187, 278, 283-285, 398
 hierro, revolución del, 83-85
 Hill, Donald R., 180
 Hobo-Dyer, proyección de, 24
 Hobson, John A., 323, 367; *Imperialism*, 333
 Hodgson, Marshall, 24, 25, 53-54, 65, 66, 260
 Holanda, 140; en el Sudeste Asiático, 205-206, 212-213, 214-216; y el desarrollo del arado, 272
 Holton, Robert, 60, 162
 Honour, Hugh, 182-183
 hotentotes, 310
 Hudson, G. F., 251
 hulla, producción de, 282-283
 Hume, David, 263
 Hung-hsi, emperador, 105
 Hungría, 153
 hunos, invasión de los, 153
 Hunt, James, doctor, 310
 Huntsman, Benjamin, 284
 Huttenback, Robert, 367
 Hyam, Ronald, 360

Ibn al-Haytham, científico egipcio, 243
 Ibn al-Nafis, médico egipcio, 243
 Ibn as-Saffār, astrónomo cordobés, 199
 Ibn Battūta, viajero islámico, 68, 69
 Ibn Khalaf al Murādī: *Libro de los secretos acerca de los resultados de los pensamientos*, 239

Ibn Khaldūn, 113, 392
 Ibn Khurradhbih, escritor, 70
 Ibn-Mājid, Ahmad, 200
 I-Ching, viajero chino, 70
 identidad de la cristiandad, invención de la, 155-165
 Idrīsī, al-, 245
 Iglesia católica, 164, 192-193, 226, 227-228
 Ikeda, Satoshi, 138-139
 Ilustración, 29, 237, 261, 296-297, 306, 399; oriental, 262-267
 imperialismo, 19, 298-299, 307, 316; véase también Gran Bretaña
 Imperio carolingio, 62
 Imperio mongol, 73-75
 Imperio otomano, 224, 254-255, 344, 346
 imprenta, 89, 91, 221; orígenes orientales de la, 248-251, 398
 impuestos: en Francia, 375-376; sobre la renta, 380-381
 India, 31, 43, 70, 110, 111, 114, 151, 195, 302; exportaciones de té a China, 361; industria siderúrgica, 349-350; producción de algodón, 348, 349
 industrialización, 29; Meiji, 141; sustitución de las importaciones, 338-339; véase también Gran Bretaña
 Inglaterra: Carta Magna de, 382; comercio en Asia, 214, 215-216
 Inikori, Joseph, 355-356.

inventos mecánicos chinos, 95
 Irak, 71, 73, 76; antiguo, 239
 Islam, 47, 56, 63-72, 156-160, 172-173, 247, 392
 Italia, 79, 165, 171, 184, 187; ciudades-estado comerciales de, 62
 James, C. L. R., 232
 James, George, 417
 Japón, 56, 99, 111, 114, 116, 131, 216, 340, 344, 368; agricultura, 135; *daimyo*-(aristocracia), 134; estructura social, 132; expansión del comercio, 135-141; exportaciones de plata, 208; Grupo de los Diez, 136; *samurai* (vasallos militares), 134
 jesuitas, 89, 249, 268-269, 273, 288
 Jevons, W. S.: *The Coal Question*, 362-363
jihad (*djihād*), 66, 158
 Jones, Eric, 71, 72, 88, 133, 135, 260, 292, 362; *Growth Recurring*, 133
 Juan, preste, rey negro católico, 191, 192
 Juan de Sevilla, 244
 Juan II, rey de Portugal, 196
 judíos: científicos, 197; mercaderes, 70
 Justiniano, emperador, 177
 Kabbani, Rana, 157
 Kay, John, 285
 Kelly, William, 283
 Kennedy, Paul, 368
 Kidd, Benjamin: *La evolución social*, 315
 Kiernan, Victor, 25
 Kindī, al-, erudito, 240, 242
 Kingsley, Charles, 296, 314, 351
 Kipling, Rudyard, 28, 307
 Kley, Edwin J. Van, 249
 Knox, Robert, 295, 314; *Las razas del hombre*, 315
 Kuo Hsiang, 265
 Labban, Kushyar ibn, erudito, 240
 Lach, Donald F., 249
 Landes, David, 40, 48, 97, 115, 185, 249-250, 259, 416, 417; *The Wealth and Poverty of Nations*, 20, 21, 41
 Lane, Frederic, 95
 Las Casas, Bartolomé de, 225-227
 Le Goff, Jacques, 81
 Lee, James Z., 117
 Leibniz, Gottfried Wilhelm, 263, 264-265
 Lejano Oriente, 68, 70
 Leonardo da Vinci, 95, 188, 282
 Leser, Paul, 272
 Levathes, Louise, 106
 Lewis, Bernard, 159
 liberalismo, 20
 librecambio, 332-333, 335, 339, 342-343, 378-379
 Lin, comisario, 361
 Lindley, M. F., 316
 Linneo, Carl: *Systema Naturae*, 309

- List, Friedrich, 323, 348, 350, 363
 Liu An, 257, 265
 Lloyds Bank, 355
 lombardos, 151
 Lombe, John, 287
 Long, Edward, 310
 Lorrimer, James, 316
 Luis XIV, rey de Francia, 268, 375
 Lutero, Martín, 242
 Lyons, lord, 334

 Ma'mūn, al-, califa-abasí, 238
 Macao, 203, 206, 211, 214
 Macartney, lord, 347
 Mackenzie, John, 298
 Maddison, Angus, 114-115, 141
 Maeterlinck, Maurice, 310
 Magallanes, Fernando de, 201
 magiares, 154
 Māhānī, al-, erudito, 240
 Mahoma, 63, 64, 156, 172, 241
 Mājid, Ahmad ibn-, navegante, 42
 Malebranche, Nicolas, 263
 Mallet, sir Louis, 334
 mamelucos de Egipto, 78
 Mann, Michael, 55, 377, 395, 401, 411
 Mansūr, al-, 67
 Manuel I, rey de Portugal, 217
 Maquiavelo, Nicolás, 300
 Marsden, Samuel, 313
 Martini, Francesco di Giorgio, 95
 Martini, Martino, 269
 Marx, Karl, 25, 31, 31-34, 38, 300, 403; *El capital*, 32; *Grundrisse*, 33; *La ideología alemana*, 33; *Manifiesto comunista*, 31-32
 marxismo, 20; fundamentos orientalistas del, 31-34
 matemáticas, 239-241; islámicas, 71
 Mathias, Peter, 325-326, 338; *The First Industrial Nation*, 258
 Mazrui, Ali, 304
 McCloskey, D. N., 369
 McNeill, William H., 60-61, 81-82, 88, 153, 167-168; *The Rise of the West*, 145-146
 Meca, La, 63, 65
 Meiji, era, 131, 132-134, 137, 141
 Meilink-Roelofsz, 130
 mercaderes: chinos, 100-101, 206; indios, 122-124, 127; musulmanes, 125-126, 391
 Mercator, mapa del mundo de, 23-24
 Meroe, capital del reino de Kush, 69
 Mesopotamia, 239
 Mill, John Stuart, 300, 302
 Ming, dinastía china, 96, 99-101, 202-203, 329
 misioneros cristianos, 312
 molinos de agua, 86-87, 180-181
 molinos de viento, 181-182
 mongoles, 73-76, 122-123, 412
 Montaigne, Michel, 308
 Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, 266, 300, 308
 Moreland, estudioso eurocéntrico, 124
 Mudimbe, V. Y., 162

- musulmanes, 62, 153
 musulmanes árabes, 63, 152

 navegación, revolución de la, 174-180
 Needham, Joseph, 84, 93, 178, 182, 186, 188, 195-196, 250, 252, 253, 281, 283
 Newcomen, Thomas, 278
 Nicolás IV, papa, 77
 Nicolás V, papa: bula *Dum diversas*, 192; bula *Inter caetera*, 192; bula *Romanus Pontifex*, 192
 nobles de Oriente, 37
 Norberg, Jonas, 273
 Nott, científico estadounidense, 314
 Nunes, Pedro, 199

 O'Brien, Patrick, 342, 358-359
 O'Gorman, Edmundo, 225
 Occidente dinámico frente a Oriente inmutable, 26-29
 Offer, Avner, 368
 omeyas, 67
 óptica, 243
 orientalismo, 25
 Oriente Medio, 55, 56, 61, 62-63, 70, 82, 168-170, 188, 391, 396, 406
 oro, producción de, 234-235
 Orwell, George, 311
 ostrogodos, 153

 Pacey, Arnold, 180, 252, 284-285
 Palestina, 75

 Palmerston, Henry John Temple, vizconde de, 312
 papel, fabricación del, 71, 89, 183-185, 398
 Paris, Matthew, cronista, 74
 Patterson, Orlando: *Slavery and Social Death*, 231
 Paul, Lewis, 285, 339
 Pearson, M. N., 214
 Pegolotti, Balducci, 74
 Perry, Matthew Calbraith, comodoro, 131, 140
 persas, 152; sasánidas, 63
 Persia, 63, 70, 76, 182, 344
 Peste Negra, epidemia de, 75, 109
 Peter Pan de Oriente, teoría de, 305-307
 Peters (o Peters-Gall), proyección de, 24
 Peters, Arno, 24
 Pi Shēng, inventor de la imprenta de tipos móviles, 249
 Pigafetta, Antonio, aventurero italiano, 201
 Pío II, papa, 192
 Pirenne, tesis de, 62
 Pires, Tomé, 167; *Suma Oriental*, 211
 Plácido, padre, 293-294
 plata: comercio de la, 138, 208; producción de, 234-235
 Polinesia, 63, 68
 Polo, Marco, 68, 81, 90, 92, 93, 187, 225, 267, 289
 pólvora, descubrimiento de la, 43, 91, 93, 221, 251-252

Pomeranz, Kenneth, 103, 108, 117, 279, 282, 355, 362, 404, 412

Portugal, comercio en Asia, 203-206, 209-211, 214-215; era de los descubrimientos de, 193-197

Postlethwayt, Malachy, 324

Procopio, 176-177

Producto Interior Bruto (PIB): China, 110, 114; Gran Bretaña, 110; Oriente frente a Occidente, 117

proletariado occidental, 33

protestantismo, 38, 311-314

Prusia, 376, 377; *Junkers*, terratenientes de, 376-377

Ptolomeo, 238, 241; *Geografía*, 245

Puente del Mundo musulmán, 43, 65, 79, 168, 179, 185, 201, 237, 244, 397, 407

Punch, revista satírica inglesa, 312-313

Qazwīnī, al-, 184

Quesnay, François, 263, 264-265

racionalidad, línea divisoria de la, 36

racismo: científico, 310-311, 314-315, 351; explícito, 295-296, 410; implícito, 295-296, 341-342; y la mercantilización de Oriente, 350-365

Rāzī, al-, erudito, 242, 243

Reade, Windood, 293

Reid, Anthony, 99

relojes, fabricación de, 185-187

Renacimiento, 29, 45, 62, 188, 236-237, 246-247, 248, 303

«Renacimiento oriental», 237-248

Retzius, antropólogo, 310

revolución agrícola británica, 271-278

revolución agrícola de la Europa medieval, 43, 146-150

revolución agrícola o revolución «verde», 90-91

revolución científica, 29, 45, 398

revolución científica islámica, 242-247

revolución financiera, orígenes orientales de la, 172-174

Revolución francesa, 376, 382

Revolución Gloriosa inglesa, 382

revolución industrial británica, 47, 82, 128, 258-267, 352; orígenes chinos de la, 278-285

revolución militar europea, orígenes orientales de la, 251-255

Reynolds, Henry, 417; *Black Pioneers*, 421

Ricardo, David, 343, 360

Ricci, Matteo, 267, 269

riego, sistemas de, 181

Roberto de Ketton, 241

Roberts, John M., 234, 416; *The Triumph of the West*, 20, 21, 190, 217-218

Rodinson, Maxime, 64, 66, 156, 160

Rodzinski, Witold, 98

Rojo, ruta del mar, 67

Roosevelt, Theodore, presidente de Estados Unidos, 385

Rostow, Walter, 132, 258, 292

Rusia, 131, 368; autocrática, 328, 329

rutas comerciales, 66-68, 73-79

Sacro Imperio Romano, 153, 155

Said, Edward, 25, 157, 298, 317, 321, 411; *Orientalism*, 421-422

sajones, 153

Saladino, Salah al-Din al-Ayyubi, sultán de Egipto, 167, 254

Santo Tomé, 214

sedá, industria y comercio de la, 71, 86, 139, 286

sedá, ruta de la, 74, 151, 207

Seed, Patricia, 198

Selim el Cruel, emperador otomano, 217

Sententiae astrolabi, 175

Sharīa, ley sagrada islámica, 65

Shiba, Yoshinobu, 89

Shivājī, príncipe maratha, 121

Siam, 140, 344

Singapur, 117

Singer, Charles, 240

Sīrāf, puerto de, en el golfo Pérsico, 67

Siria, 63, 71, 75

Small, James, 272

Smiles, Samuel, 343

Smith, Adam, 88, 102, 169, 263, 264, 325, 343, 358, 378, 381

Smith, Linda Tuhiwai, 298, 387-388

Smoot-Hawley, ley estadounidense de aranceles, 379

socialismo, 33

Solimán el Magnífico, sultán otomano, 217

Solow, Barbara, 352

Sottas, Jules, 176-177

Spencer, Herbert, 314

Springborg, Patricia, 386

Śrīvijaya, reino de, en Sumatra, 70

Stewart Chamberlain, Houston, 315

Stewart, Dugald, 325

Su Tzu-Jung, 186

Sudán negro, 246

Suecia, 273

sufragio universal, 382-384

Suiza, 117

Sumatra, 70

Sung, dinastía china, 44, 82, 83-96, 90, 94, 95-96, 103, 108, 110, 260, 261, 279, 290-291, 392

Swerdlow, Noel, 244

Tailandia, 346

Taiwán, 340

Talas, batalla de (751), 184

Tamerlán, 75

T'ang, dinastía, 61, 70

Tasmania, 364

tecnología importada de Oriente, 43-44

tejidos, fabricación de, 71, 125, 182-183

Telford, Thomas, 288
 Temple, Robert, 90, 92, 273, 281, 289
 Temple, sir William, 266
 teología racional islámica, 241
 textiles, máquinas, 285-287, 339
 Thomas, Robert P., 369
 Thompson, E. P., 404
 Thornton, John, 231-232
 Tibbetts, Gerald, 67, 179, 200
 Tilly, Charles, 58
 tipos de interés, 123
 Todorov, historiador, 226, 227
 Tokugawa, época, 131, 132-139, 141
 Toledo, caída de (1085), 238-239, 240
 Tordesillas, Tratado de (1494), 224, 228
 Tormentas, cabo de las, 193-194
 Townshend, Turnip, 277
 Trevithick, Richard, 278
 Trigault, Nicolas, 269
 trigonometría, uso de la, 198, 241
 Tull, Jethro, 271, 274-276; *Horse-Hoeing Husbandry*, 275
 Turgot, Anne-Robert-Jacques, ministro de Finanzas de Luis XVI, 269
 Turner, Bryan, 25
 Udovitch, Abraham, 172
 Uglidisi, al-, erudito, 240
 Urbano II, papa, 160
 usura, prohibición de la, 173
 Van Santen, H. W., 122, 213

vapor, máquina de, 278, 279-282
 vela latina, uso de la, 174, 176, 177-179, 198
 Venecia, comercio en, 55, 77-79, 168, 171
 vikingos, 151, 154
 visigodos, 153
 Vivaldi, hermanos, 77
 Vogt, Karl, 315
 Voltaire, François-Marie Arouet, 53, 263, 266, 271; *Essai sur les moeurs*, 264; *L'orphelin de la Chine*, 264; *Zadig*, 264
 Vora, Virji, mercader, 123
 Wagner, Donald, 85
 Wallerstein, Immanuel, 404
 Walter de Millemete, 252
 Wang Chén: *Tratado de agricultura*, 280
 Watt, James, 278, 282, 285
 Weber, Max, 25, 31, 34-40, 64, 173, 222, 300, 374, 377, 378, 379, 381, 389
 weberianismo, 20; fundamentos orientalistas del, 34-40
 Westlake, John, 316
 White, Lynn, 42, 149, 176-178, 187, 282, 397
 Whitehead, William, 257
 Wilde, Oscar, 48
 Wilkinson, John, 278, 280, 282, 288
 Williams, Eric: *Capitalism and Slavery*, 360
 Wink, André, 61

Wittfogel, Karl, 33
 Wolf, Eric, 18, 29, 403; *Europe and the People without History*, 399
 wu-wei, concepto chino del, 265-266
 Wyatt, John, 285, 339
 Yamamura, historiador, 137
 Ya'qūbī, al-, autor, 67
 Zahrāwī, al-, erudito, 242
 Zaragoza, conquista de (1118), 240
 Zimbabwe, 69

ÍNDICE DE TABLAS

1.1. La construcción orientalista y patriarcal de «Occidente frente a Oriente»	27
1.2. La visión orientalista de «Oriente» y «Occidente» según Max Weber: la gran línea divisoria de la «racionalidad»	36
10.1. El discurso británico del imperialismo: la tabla clasificatoria de las civilizaciones y la invención racista del mundo	301
11.1. Gastos reales del gobierno británico (expresados como una proporción de la renta nacional)	327
11.2. Carga relativa (en términos reales) de la defensa de las principales potencias europeas durante sus respectivas etapas de industrialización.	328
11.3. Niveles arancelarios medios durante la etapa de industrialización de algunos países europeos	330
12.1. La introducción de los derechos políticos de la ciudadanía en los principales estados occidentales . .	383
13.1. La construcción de la identidad occidental y sus consecuencias	408
13.2. Dos visiones de los momentos clave de la historia universal, c. 500-1900	418

ÍNDICE

Prólogo y agradecimientos	9
Mapa: Proyección Hobo-Dyer del mundo	14
I. Contra el mito eurocéntrico del Occidente primordial	17

PRIMERA PARTE

ORIENTE COMO ZONA DE DESARROLLO TEMPRANO: ORIENTE DESCUBRE Y DIRIGE EL MUNDO POR MEDIO DE LA GLOBALIZACIÓN ORIENTAL, 500-1800

II. Pioneros islámicos y africanos: la construcción del Puente del Mundo y la economía global en la era afroasiática de los descubrimientos, 500-1500	53
III. Pioneros chinos: el primer milagro industrial y el mito del aislacionismo chino, c. 1000-1800	81
IV. Oriente sigue siendo hegemónico: el doble mito del despotismo oriental y el aislacionismo de la India, el Sudeste Asiático y Japón, 1400-1800	113

SEGUNDA PARTE

OCCIDENTE FUE EL ÚLTIMO EN LLEGAR: LA GLOBALIZACIÓN
ORIENTAL Y LA INVENCIÓN DE LA CRISTIANDAD, 500-1498

- V. La invención de la cristiandad y los orígenes orientales del feudalismo europeo, c. 500-1000 145
- VI. El mito del pionero italiano, 1000-1492. 167
- VII. El mito de la época de Vasco de Gama, 1498-c. 1800 189

TERCERA PARTE

OCCIDENTE COMO ZONA DE DESARROLLO TARDÍO
Y LAS VENTAJAS DEL ATRASO: LA GLOBALIZACIÓN ORIENTAL
Y LA RECONSTRUCCIÓN DE LA EUROPA OCCIDENTAL
COMO EL OCCIDENTE AVANZADO, 1492-1850

- VIII. El mito de 1492 y la imposibilidad de América: la aportación afroasiática a la recuperación de Occidente, 1492, c. 1700 221
- IX. Los orígenes chinos de la industrialización británica: Gran Bretaña como país de desarrollo tardío y secundario, 1700-1846. 257
- X. La construcción de la identidad racista europea y la invención del mundo, 1700-1850: la misión civilizadora imperial como vocación moral 293
- XI. El lado oscuro de la industrialización británica y el mito del *laissez-faire*: la guerra, el imperialismo racista y los orígenes afroasiáticos de la industrialización . 323

CUARTA PARTE

CONCLUSIÓN: EL OCCIDENTE ORIENTAL FRENTE AL MITO
EUROCÉNTRICO DE OCCIDENTE

- XII. El doble mito del estado liberal-democrático racional de Occidente y la gran línea divisoria entre Oriente y Occidente, 1500-1900 373
- XIII. La ascensión del Occidente oriental: identidad y función de agente, estructura global y contingencia . . 387
- Notas 423
- Índice analítico 471
- Índice de tablas 487

